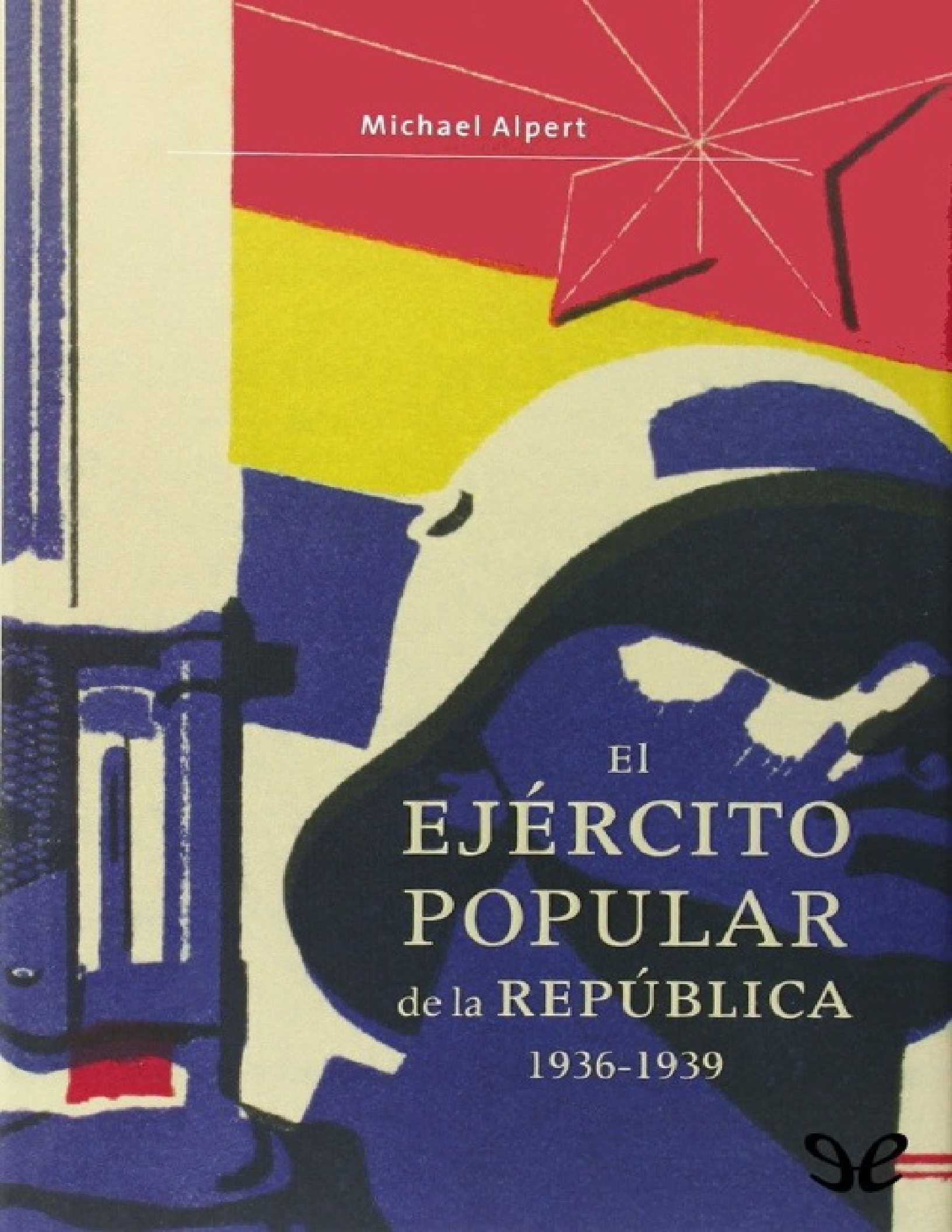
Michael Alpert

El EJÉRCITO POPULAR de la REPÚBLICA

1936-1939



Es éste libro el mejor estudio de conjunto del ejército republicano en la guerra civil española; una obra que se ha convertido en un clásico y que ha sido completamente revisada y actualizada teniendo en cuenta las investigaciones más recientes. No es, nos advierte el autor, «un estudio de historia militar», sino el relato de «un episodio fascinante de la historia de España y de Europa» que nos muestra cómo los republicanos organizaron un nuevo ejército para hacer frente a una revuelta militar que contaba con el apoyo y las armas del fascismo internacional. Alpert parte del estado de las fuerzas en presencia en julio de 1936 y va siguiendo el período «miliciano» de la guerra y la militarización posterior, contrasta el papel de los militares profesionales con el del nuevo cuerpo de oficiales con que hubo de cubrir la escasez de mandos y examina la función que cumplían los comisarios políticos. De este modo, a través de la formación, reforma y reorganización del ejército, seguimos la lucha de los republicanos hasta su derrota y hasta la represión de que fueron víctimas. Ésta es la historia de unos hombres que lucharon con dignidad y heroísmo, y que merecen ser recordados.

Michael Alpert

El Ejército Popular de la República, 1936-1939

ePub r1.0
ugesan64 19.12.14

Título original: *The Republican Army in the Spanish Civil War, 1936-1939*
Michael Alpert, 2007
Traducción: José Martín Arancibía

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.2

Lista de abreviaturas

CNT *Confederación Nacional del Trabajo. Sindical anarquista de base amplia*
FAI *Federación Anarquista Ibérica. Dirigentes de la CNT y revolucionarios anarquistas*
JSU *Juventudes Socialistas Unificadas. Movimiento juvenil socialista y comunista unido*
MAOC *Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas. Milicias comunistas organizadas antes de la guerra*
PCE *Partido Comunista de España*
POUM *Partido Obrero de Unificación Marxista. Partido marxista de izquierdas*
PSOE *Partido Socialista Obrero Español*
PSUC *Partido Socialista Unificado de Cataluña. Partido catalán socialista-comunista unificado*
UGT *Unión General de Trabajadores. Federación de sindicatos socialistas*
UMRA *Unión de Militares Republicanos y Antifascistas*

Abreviaturas en las notas

Los documentos del Servicio Histórico Militar, sección sobre la guerra civil (*Archivo de la Guerra de Liberación*), van abreviados de la siguiente manera:

CGG *Cuartel general del Generalísimo. Documentos, principalmente de los Servicios de Información, procedentes del Cuartel General de Franco*
DN *Documentación nacional. Documentos del Ejército Nacional*
DR *Documentación roja. Documentos del Ejército Republicano*
L *Legajo*
C *Carpeta*
sf. *No se menciona fecha*
sl. *No se menciona el lugar de publicación*

Los documentos oficiales consultados incluyen la *Gaceta de Madrid*, posteriormente la *Gaceta de la República* —a la que cito como *Gaceta*— y el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* —al que cito como DO.

Los documentos ingleses citados proceden de la sección FO 371 (correspondencia general del Foreign Office). Llevan el prefacio W y terminan con la cifra 41, que corresponde a España.

Nota a la tercera edición

PARA ESTA tercera edición de El Ejército Republicano en la Guerra Civil *hemos hecho los cambios y reinterpretaciones que el paso del tiempo impone sobre nuestra visión, pero más importantes han sido los resultados de las publicaciones recientes sobre el tema de la intervención soviética en el conflicto de 1936-1939, principalmente las obras de Gerald Howson y de Daniel Kowalsky (véase bibliografía) y, por otra parte, una serie de trabajos que han servido para clarificar y en algunos casos cambiar nuestra perspectiva sobre las Brigadas Internacionales que formaron parte del Ejército Popular. Además, siendo ésta la apelación que se dio al ejército que defendió la República, hemos cambiado el título original de este libro por el que alude al más sencillo de* Ejército Popular, 1936-1939.

Damos las gracias especialmente a aquellas entidades y personas que con sus invitaciones a participar y hablar sobre el tema militar en coloquios, congresos, etc. nos han animado a emprender esta revisión.

Londres, enero de 2007

Nota a la segunda edición

ESTA FUE una de las primeras obras que la editorial Ruedo Ibérico sacó en España después de la muerte de Franco. Los fallos de distribución de aquella empresa, sin embargo, más sus crecientes dificultades financieras, hicieron que la obra no tuviera la distribución adecuada. Luego, cuando la editorial quebró, esta obra desapareció.

Muchos colegas y amigos nos instaron a no perder el libro de vista, por lo cual, y gracias al interés de Siglo XXI, que en los años intermedios nos editó dos libros, aparece otra vez. Al releerlo después de once años, nos preguntábamos si a estas alturas no hacía falta una obra completamente refundida. Sin embargo, a pesar de la aparición de otras obras sobre el tema (sobre todo la enorme y magistral obra de don Ramón Salas Larrazábal), creemos que este libro, que no constituye una historia del Ejército Popular, sino una visión de sus características más acusadas, sigue ofreciendo algo de interés y de importancia.

En realidad, aparte de la obra del general Salas, han salido relativamente pocas nuevas publicaciones sobre el tema en estos años. Las que hay las hemos citado en la bibliografía revisada. Creemos que nuestra visión global del ejército de la República sigue siendo válida y que no sufrirá profundas modificaciones a base de nuevas investigaciones primarias. Por esto, la ofrecemos tal como salió por primera vez, aunque lleva un nuevo primer capítulo, algunas modificaciones sobre la cuestión de las finanzas y sobre el levantamiento del coronel Casado, y naturalmente los cambios y matizaciones lingüísticos que se imponen.

MICHAEL ALPERT

Londres, abril de 1988

Prefacio

A PESAR DE LA CANTIDAD de publicaciones existentes sobre la guerra civil española, carecemos de estudios globales sobre los ejércitos en liza, así como de monografías sobre aspectos concretos de ellos. Hasta ahora, se han publicado breves artículos del especialista en historia española contemporánea Ricardo de la Cierva y del coronel Ramón Salas, en la compilación de artículos dirigida por el profesor R. Carr (*The Republic and the Civil War in Spain*, Macmillan, 1971), y en *The Spanish Revolution*, del profesor S. Payne (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1970) hay un capítulo dedicado al Ejército Republicano. Un estudio de importancia sobre el Ejército Republicano, del coronel Salas, apareció demasiado tarde para que pudiésemos consultarlo, salvo en lo que se refiere a algunos detalles ocasionales, aunque ya se habían publicado adelantos de su información en la *Historia ilustrada de la guerra civil española*, de Ricardo de la Cierva (Madrid, 1970) y en *La guerra de España desde el aire*, de J. Salas (Barcelona, 1969). Asimismo, en la revista *Historia y Vida* (Madrid-Barcelona) han aparecido ocasionalmente interesantes aclaraciones del coronel Salas y del profesor De la Cierva, normalmente en forma de respuestas a preguntas de los lectores o a partir de artículos sobre aspectos de la guerra. Igualmente, el coronel Salas ha tenido la atención de proponernos, a título personal, algunas referencias.

Las fuentes documentales del ejército republicano han sido utilizadas por el coronel J. M. Martínez Bande en su serie de monografías sobre campañas concretas (véase la bibliografía), pero sus trabajos son de historia militar y se sirve de la documentación para hacer una historia de la guerra más que de los ejércitos.

Presumiblemente, también utilizó fuentes documentales el jefe del Estado Mayor del Ejército Republicano, Vicente Rojo, para sus libros *España heroica* (Buenos Aires, 1942) y *Así fue la defensa de Madrid* (México, 1967). Es también probable que las obras sobre la guerra de los dirigentes comunistas de Milicias, Enrique Líster (*Nuestra guerra*, París, 1966) y Juan Modesto (*Soy del Quinto Regimiento*, París, 1969), así como del subsecretario de Defensa en la parte final de la guerra, Antonio Cordón (*Trayectoria: memorias de un artillero*, París, 1971), se basen igualmente en alguna medida en fuentes documentales. Aparte de estas obras, pocos personajes de quienes se podría esperar que escribiesen memorias importantes lo han hecho. Los libros de Indalecio Prieto, ministro de Aire y Marina y posteriormente de Defensa nacional, son en realidad reimpresiones de artículos o discursos, y, a decir verdad, no tratan, como él mismo los llama, más que de los entresijos de la guerra, aunque como tales resulten muy útiles. Las memorias de Largo Caballero son decepcionantemente poco informativas, y Juan Negrín no dejó sus recuerdos. Esta carencia de biografías y autobiografías resulta para el historiador un obstáculo tan grande como la falta de memorias militares. Con la excepción de Rojo, el general Gámir y el coronel Casado, los oficiales superiores profesionales no han escrito sus recuerdos. No tenemos nada de Miaja, Hernández Sarabia, Matallana, Prada, Llano, Perea, ni de otros muchos. Y, entre las fuentes impresas, las de Rojo resultan poco informativas porque dicen bien poco acerca de los problemas cotidianos o sobre de lo que él opinaba, y Casado y Gámir escribieron simples apologías. No existe un libro semejante a los diarios publicados por generales de otros ejércitos después de guerras de importancia. Y tampoco, salvo de modo efímero, han registrado sus experiencias los soldados sin graduación.

Ello se ha debido a las circunstancias de la vida española desde el final de la guerra, y sólo recientemente han aparecido en España algunas obras de combatientes republicanos. Otros problemas los han constituido las dificultades materiales de publicación en el exilio y la especial reticencia de los españoles. Es para pensar que muy pocas personas escribieron dietarios personales, y, además, las implicaciones emotivas de la guerra civil, la

amargura entre los derrotados y exiliados y el temor a las consecuencias de sus revelaciones han disuadido a los perdedores de escribir. Y, naturalmente, todo lo escrito aparece sobrecargado de una parcialidad emocional.

La historia militar general de la guerra resulta apropiadamente tratada por los estudios, relativamente no tendenciosos y muy profesionales, del coronel Martínez Bande. Asimismo, se han publicado y han tenido una vasta audiencia estudios politicomilitares de este período. Las obras de Hugh Thomas (*The Spanish Civil War*, Eyre & Spottiswoode, Londres, 1961), Gabriel Jackson (*The Spanish Republic and the Civil War*, Princeton, 1965) y P. Broué y E. Témime (*La révolution et la guerre d'Espagne*, París, 1961) son los más importantes. Se han hecho algunos estudios económicos de la España republicana durante la guerra (F. Mintz, *L'autogestión dans l'Espagne républicaine*, París, 1971, por ejemplo), y han publicado estudios sobre la implicación soviética y no soviética en la guerra española Patricia van der Esche (*The International Repercussions of the Spanish Civil War*, La Haya, 1951), B. Bolloten (*The Grand Camouflage*, Hollis & Cárter, Londres, 1961) y otros varios estudiosos norteamericanos. Así pues, parece que un estudio de uno de los ejércitos contendientes sería una útil contribución a la historiografía de la guerra civil española.

El presente no es un estudio de historia militar o social, sino que, fundamentalmente pretende examinar el desarrollo de una institución, sus diversas características y aspectos peculiares y su hundimiento. Confío en que arroje luz sobre un período de la historia que interesa tanto al lector común como al historiador.

La parte más importante del trabajo de investigación realizado para esta obra ha consistido en el estudio de obras primarias y secundarias sobre la guerra civil española, así como en el examen de los archivos del ejército republicano disponibles en la actualidad, aunque dudo que en su totalidad, en Madrid. Este trabajo ha sido completado con la utilización de documentos oficiales en España, así como con correspondencia personal y entrevistas con hombres cuyos recuerdos y opiniones tienen alguna importancia. El examen de la abundante prensa y de los folletos editados por el ejército republicano ha sido muy valioso.

Debo profundo agradecimiento al profesor Hugh Thomas, quien me sugirió el tema, leyó el manuscrito y me alentó constantemente; también a la Politécnica Central de Londres, por su ayuda para permanecer en España durante el otoño de 1971. La Escuela de Posgraduados en Estudios Europeos Contemporáneos de la Universidad de Reading y la Dirección General de Enseñanza de Londres me proporcionaron una ayuda financiera que agradezco muy de veras.

Igualmente deseo dar las gracias a los responsables españoles de los archivos militares y de la Hemeroteca municipal de Madrid. Y entre mis informadores quisiera dar las gracias al profesor Stanley Payne, a Serafín y Miguel González Inestal y al fallecido Manuel Tagüeña, así como a todos aquellos a quienes menciono por sus iniciales porque desean conservar el anonimato. Toda opinión que no se atribuya directamente a sus fuentes es, naturalmente, mía propia. Por último, agradezco a mi esposa su aliento y la ayuda que me ha prestado.

Londres, agosto de 1976

I

1

El ejército de 1936

LOS DOS EJÉRCITOS de la guerra civil eran en su esencia españoles, pese a que el franquista —o nacional[1]— contenía importantes contingentes italianos terrestres, y el republicano disponía de las Brigadas Internacionales. A pesar de la presencia de banderas falangistas o de comisarios políticos, los dos ejércitos se enraizaban en modelos castizos militares, siendo desgajados del tronco antiguo del ejército español. De modo que, antes de considerar la formación y naturaleza del ejército republicano, se impone una consideración previa del ejército de la preguerra[2].

El ejército de 1936 tenía una plantilla de 101 455 soldados en la Península e islas más 30 383 en Marruecos, procedentes la mayoría del reclutamiento forzoso. Desde 1930, el período efectivo de servicio obligatorio había sido de un año. Teniendo en cuenta las exenciones y prófugas, más los *cuotas*, con su servicio muy reducido, además de los médicamente rechazados, la plantilla probablemente no se completaba, por lo cual no solamente los soldados del ejército peninsular sino también una parte significativa de los de Marruecos, que en teoría deberían haber sido voluntarios, eran reclutas, en general bisoños.

Pese a las reformas efectuadas durante la II República, el equipo y preparación del ejército eran deficientes. El nivel técnico era bajo dado que muchos de los reclutas que procedían de las clases sociales con estudios o que tenían títulos cumplían sólo un período breve de servicio dejando,

como siempre había sido el caso, a los hijos de la clase obrera, a menudo analfabetos, para constituir la masa del ejército.

Con la pacificación, acabada en 1927, de la zona del protectorado español en Marruecos, pozo sin fondo de vidas y dinero desde 1909, junto con la carencia de fondos para maniobras realistas y extensivas, el ejército no había tenido la experiencia de guerra. Naturalmente un ritmo e intensidad mayor de instrucción se reservaba para el Tercio de Extranjeros, o Legión, fuerza voluntaria de élite y en realidad casi completamente española, y para las fuerzas de tropas indígenas marroquíes o Regulares. Estas unidades —Legión y Regulares— desdoblarían y ensancharían sus unidades durante la guerra civil, formando el núcleo de las fuerzas de los sublevados contra el gobierno de la República.

El ejército carecía también de material moderno. La artillería, pese a contar con algunas piezas nuevas, poseía un material heterogéneo y anticuado. En general, no se simpatizaba con las ideas de modernización corrientes en la Europa militar de entreguerras. La técnica militar —pese a la indudablemente alta formación especializada de los componentes de las armas de Artillería e Ingenieros— estaba atrasada. Pero en todo caso, faltaban los recursos para proveer al ejército de medios de motorización o de mecanización. Al principio de la guerra civil, España contaba con solamente dos pequeñas unidades de carros de combate. Los escritores militares españoles describían y comentaban los experimentos con carros realizados en el extranjero, pero su reacción era casi siempre hostil. No se consideraban ni se ejercían las técnicas de infantería ideadas en Alemania para solucionar el problema de cómo avanzar contra una línea de defensa en profundidad. En resumidas cuentas, con la excepción de la presencia ocasional de tropas en la calle para mantener el orden público en épocas de huelga (presencia debida por una parte a la carencia de una fuerza adecuada de policía urbana hasta la creación por la II República de la Guardia de Asalto y, por otra, a que los militares esperaban que se recurriera a ellos para mantener el orden), la vida cuartelera para la oficialidad, así como para la tropa, ha debido de ser de aburrida rutina.

I. Los militares

En cambio, si los que cumplían el servicio militar lo veían, con más o menos ilusión, como un mero intervalo en su vida, para los jefes y oficiales el ejército representaba su carrera y sus ideales. La conocida hipertrofia de los cuadros —en 1932, año de máximo efecto de la reducción de escalas impuesta por la II República, había 58 generales y 12 968 jefes y oficiales en las escalas— era debida a un atraso en la visión social que no insistía en el retiro anticipado de los militares a medida que iban llegando al empleo que marcaba el límite de sus capacidades profesionales. Sólo 26 coroneles de los 217 que figuraban en las cuatro armas principales en 1936 tenían menos de 55 años; la mayoría de los generales superaban esta edad también y raros eran los comandantes con menos de 40 años. La estructura social exigía el ingreso de ingentes cuadros de nuevos alféreces por carecer el sistema militar español de una adecuada oficialidad de complemento. Tal estructura creaba constantes atascos en las escalas. Los más ambiciosos y capaces, entonces, veían sus ambiciones frustradas por la rigurosa antigüedad exigida para los ascensos, mientras tampoco se veían como satisfactorios los ascensos por méritos en campaña corrientemente concedidos durante las guerras de África, ya que tales ascensos, según insistían muchos, estaban sujetos a favoritismos y a abusos, además de confundir la capacidad de administrar y mandar unidades con el valor personal.

En contraste quizá con sus colegas de Inglaterra, Francia o Alemania, países que o reclutaban a sus oficiales militares de una categoría social alta y con recursos financieros propios, o que poseían una estructura social y educacional desarrollada y universal, la procedencia social del militar español solía ser de un medio no muy acomodado y normalmente poco dado a preocupaciones liberales o intelectuales. El cadete era frecuentemente uno de los muchos hijos de un pequeño funcionario o suboficial. El grado de autorreclutamiento de los militares españoles era

alto. Tampoco era raro el ingreso en las academias a una edad muy joven, de modo que la academia militar hacía las veces de colegio de enseñanza media y, por su disciplina y el largo período pasado en ella, de algo así como «seminario» militar.

La intervención en la política, así como el golpismo, habían sido característicos del ejército. Si desde un punto de vista tal fenómeno se puede considerar como inevitable, dado el desbarajuste, el vacío político y las urgencias frecuentes durante la época de guerras civiles del siglo XIX, desde otra perspectiva podría explicarse por la percibida ausencia en España de otros modos de avanzar en la sociedad. El ejército era, en efecto y hasta cierto punto, una vía de acceso al poder y a la consideración social para el militar que a menudo tenía un origen social bajo o era él mismo un ex sargento que por sus dotes había sido promovido al empleo de oficial de la escala de Reserva Retribuida, oficiales a los que vulgarmente se llamaba *chusqueros*.

Si en el siglo XIX las sublevaciones militares habían sido de tendencia liberal, durante el período contado desde la restauración de la monarquía (por golpe militar del general Martínez Campos al final de 1874), las nuevas generaciones de militares reaccionaron desfavorablemente a los fenómenos del obrerismo, sobre todo en su modalidad anarquista española, violenta o sindical; y a los del regionalismo catalán y del anticlericalismo típico de la gama de actitudes intelectuales disidentes o republicanas. Naturalmente, la catástrofe militar y naval de la guerra contra Estados Unidos de 1898, polarizó ideas y emociones. Para los militares, eran ellos los que cargaban con las muertes, enfermedades y heridas y con la derrota y la vergüenza, mientras que, según ellos, el país, minado por ideas subversivas y gobernado por políticos débiles y venales, había despachado un ejército y una Marina a una guerra para la cual no estaban adecuadamente preparados. Para los que veían la cuestión militar como microcosmos de los males de España, la pérdida de Cuba y Filipinas demostraba las deficiencias del ejército y de una actitud que quedaba atrasada en tradicionalismos anticuados en lugar de reformar el ejército como parte de un cambio general que europeizaría y modernizaría al país en su totalidad.

Las actitudes se iban paulatinamente polarizando. El ejército reaccionó a las críticas de su actuación aparecidas en la prensa catalana, con un asalto físico a la redacción de *La Veu de Catalunya*, seguida por la aprobación el 20 de marzo de 1906 de la Ley de Jurisdicciones empleada durante los 25 años siguientes para amordazar críticas.

La fundación en 1916 de la Junta de Defensa del Arma de Infantería para defender los intereses en materia de ascensos de los oficiales de aquella arma, tal como existían ya entre las armas facultativas de Artillería e Ingenieros, tuvo como efecto la creación de Juntas semejantes en guarniciones en toda España. Las Juntas, dejando aparte su condición sindical reñida con el papel de militar, reflejaban el empleo de la amenaza de la fuerza para conseguir los deseos militares, y representaban una coerción de sucesivos gobiernos y, en especial, de ministros de Guerra, que en aquellos tiempos solían ser casi siempre generales del ejército.

Las Juntas no actuaron, como quizá ingenuamente se había esperado entre círculos catalanistas y reformistas, como punta de lanza de una revolución que condujera a la elección de Cortes Constituyentes y a un régimen más sano. Al contrario, los militares se desvincularon del movimiento reformista, excepto cuando era cuestión de contribuir, con sus medios de fuerza, a la represión de las huelgas de 1917 y años siguientes, que amenazaban los intereses de aquellas fuerzas de la burguesía que buscaban la reforma política.

La visión, quizá particularista, del ejército, se plasmaría en la Ley de Bases para la Organización del Ejército, presentada por el ministro paisano Juan de la Cierva y aparecida en la *Gaceta de Madrid*, el 10 de marzo de 1918. Esta Ley ensanchó la plantilla del ejército, creando más destinos para la oficialidad. Atacaba el superávit de tantos militares instituyendo una situación de reserva, aunque no se hizo nada para agilizar los ascensos o para rebajar la edad para el retiro. Otras medidas, tales como el aumento de sueldos y la casi supresión de los ascensos por mérito en campaña, respondían a deseos naturales de la oficialidad, pero no hicieron nada para sanear los verdaderos focos del problema ni para contestar a las preguntas de ¿qué clase de ejército necesitaba España? ¿Cuánto debía gastar en él? ¿Cómo deberían introducirse los cambios necesarios?

El desastre militar de Annual, de agosto de 1921, tuvo el efecto de catalizar los descontentos militares. De una parte, la investigación de las responsabilidades del desastre y el resentimiento del ejército contra la injusticia de cargarle toda la culpa, más el temor a una verdadera reforma e incluso a un abandono de Marruecos, jugaron un papel importante en la conspiración que acabó en el golpe de Estado del general Primo de Rivera del 13 de septiembre de 1923. De otra, la incompetencia y la corrupción del *establishment* militar, motivaron el auge de los africanistas y, a su vez, de la dirección de la campaña que terminó con la victoria final contra las tribus guerreras del Protectorado. Esta campaña fue señalada por el avance profesional de un grupo de militares africanistas, tipificado por Francisco Franco, que llegó al empleo de general a la edad de 34 años.

II. Divisiones entre los militares

Las Juntas cristalizaron la hostilidad entre los oficiales que esperaban pasar su vida profesional en guarniciones peninsulares, y los africanistas que se prestaban voluntarios para ir a Marruecos, donde eran mayores las posibilidades de ejercer el oficio militar, de alcanzar ascensos y gloria, aunque mayores también eran las posibilidades de morir, resultar herido o enfermar.

La opinión pública estaba dividida con respecto a los africanistas. Los tradicionalistas los consideraban unos héroes que sacrificaban vida y salud a la gloria de la misión civilizadora de España. Los progresistas los tenían por unos mercenarios rapaces y sedientos de sangre que protegían intereses comerciales contra la reprimida protesta del pueblo marroquí, recibiendo en cambio medallas y ascensos gracias a la intervención del rey.

En lo que se refiere a las agrupaciones obreras, el antimilitarismo era inseparable de los conceptos fundamentales del anarquismo, lo que sería fuente de no pocos problemas en el ejército de la República durante la guerra civil. Los socialistas, por su parte, se oponían menos al principio militar que a la práctica, puesto que el servicio militar pesaba más sobre la

clase obrera. Para la izquierda, Marruecos era fuente de corrupción, camarillas y favoritismo[3]. Resulta interesante que un africanista de marca, el coronel José Asensio Torrado, jefe del Teatro Central de Operaciones nombrado por Largo Caballero en septiembre de 1936 y posteriormente subsecretario de Guerra, sufrió destitución y duras críticas por actitudes que, según sus detractores, había desarrollado en su carrera en África[4].

Poseemos una lista típica de africanistas en el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* del 31 de enero de 1933, en el cual el ministro, don Manuel Azaña, decreta sobre la validez de ascensos otorgados durante la campaña de África. Los varios centenares de militares que figuran en las listas ofrecen un posible análisis de comportamientos en la guerra civil. En ellas se encuentran la flor y nata de la sublevación franquista… el mismo Franco, Alonso Vega, Asensio Cabanillas, García Escámez, Muñoz Grandes, Goded, Fanjul, Orgaz, Aranda, Álvarez-Arenas, Varela, Monasterio, Barrón, Delgado Serrano, Losas, Sáenz de Buruaga, Tella, Castejón. Otros africanistas de nota que serían jefes del ejército de Franco eran Barrera, García Valiño y Esteban-Infantes. Sin embargo, en estas relaciones de africanistas condecorados y ascendidos aparecen personas de tanto relieve en el ejército y en las fuerzas aéreas de la República como Pozas y Llano de la Encomienda, Díaz Sandino y Camacho, Asensio Torrado, Hidalgo de Cisneros y Riaño, Otal y Villalba, Valcázar y Del Rosal. Pero africanistas típicos eran Sanjurjo, que dirigió la campaña victoriosa contra Abd-el-Krim, conspiró contra la República en 1932 y era el dirigente electo del gobierno que se pensaba seguiría al golpe de 1936, y Franco, que había pasado casi toda su carrera militar en Marruecos, habiendo conseguido casi todos sus ascensos por méritos de campaña.

III. Primo de Rivera 1923-1930

La división existente en el ejército a propósito de los ascensos resulta manifiesta en la enemistad entre las armas facultativas de Artillería e Ingenieros por un lado, y la Infantería por otro. Aquéllas se comprometían,

al salir de la academia, a aceptar ascensos sólo por rigurosa antigüedad, juzgando a menudo que los ascensos ganados en campaña por la Infantería no eran equitativos y que se debían a veces a pura suerte.

La crisis se desencadenó durante el período primorriverista de 1923-1930. Primo de Rivera insistió en ascender por méritos en campaña, en contra de lo legislado en la Ley de Bases de 1918, la cual permitía tales ascensos a cuentagotas. En 1926, como consecuencia, los artilleros se declararon en huelga, siendo suspendidos de empleo y sueldo unos dos mil jefes y oficiales. El rencor ocasionado por la cuestión de los ascensos motivó otras sublevaciones, siendo cerrada la academia de Artillería de Segovia e imponiéndose fuertes multas. La reorganización del Estado Mayor (EM) por Primo de Rivera, suprimiendo el cuerpo de EM y estableciéndolo como un mero servicio, atacando así su carácter separado, produjo también rencor, pero posiblemente mayor acritud fue motivada por la política de retiros más o menos arbitrarios, que afectó no sólo a artilleros sino a prestigiosos generales de Infantería.

La culminación de las reformas de la dictadura fue la reapertura de la Academia General Militar en 1927. Esta obligada institución de estudios en común para todos los cadetes militares, antes de que procediesen a las academias de arma, si bien correspondía a una necesidad admitida[5], causó enemistad entre las armas especializadas, sobre todo porque se nombró como director al general Franco, el cual se rodeó de un equipo de africanistas como plantilla de profesores. La fuerza de la influencia de este vivero de nuevos militares quedaría evidente cuando en la guerra civil la proporción de los oficiales que salieron de aquel centro y que lucharon en el ejército franquista era mucho mayor que la en todo caso pequeña proporción de profesionales que sirvió en el ejército de la República[6].

Esta breve visión de las divisiones en el seno del cuerpo militar entre 1917 y 1931 habrá de tenerse en consideración en los orígenes del ejército de la República. Sería por cierto erróneo describir la división del cuerpo de Oficiales que tuvo lugar al estallar la guerra como una línea que separaba con toda nitidez a los junteros de los antijunteros, a los africanistas de los peninsulares, a las armas facultativas de la Infantería, o a los militares que apoyaban a la dictadura primorriverista de los que conspiraban contra ella.

Pero con todo, y hasta cierto punto, el ejército republicano heredó las actitudes de los junteros. Muchos conspiradores de los años veinte se encontraban entre los mandos[7], entre ellos varios que, procediendo de las armas técnicas, servirían como mandos superiores de unidades de Infantería, en contraste con los jefes nacionales. Sirvan como ejemplo Hernández Sarabia, Moriones y Jurado. Además, se mantuvieron los vínculos con la política, debido en parte a la politización del ejército republicano, mientras que los jefes franquistas, por lo menos superficialmente, rechazaron la política.

IV. La II República (1931-1936)

En el período conocido como el de los gobiernos de Manuel Azaña es cuando se realizó lo que fue la más completa de las reformas del ejército, aunque en términos absolutos quedó mucho por hacer cuando el gobierno de Azaña cayó por fin en septiembre de 1933.

Indudablemente la reforma fue motivo de un ambiente de resacas e intrigas, de odios y de envidia, pero al fin y al cabo, las divisiones que se produjeron en el ejército en julio de 1936 no parece que tuvieran mucha relación con los conflictos de 1931-1933. Pese a la historiografía de la posguerra, durante la época del Frente Popular en 1936 no había gran posibilidad de una disolución del ejército ni de la Guardia Civil. Sea lo que fuere el odio suscitado entre los militares por las medidas de Azaña en 1931-1933, odio provocado en cierta medida por una campaña de mentiras y que además no fue compartido por tantos como se ha dicho, ninguna medida de Azaña podía haber inclinado a los militares a temer por la misma existencia de la institución militar. Si tal había sido el caso en 1931, cuando por algunas frases sacadas de su contexto se hubiera podido con cierta justificación, pero equivocadamente, creer que Azaña pensaba suprimir el ejército, era imposible en 1936 cuando la situación internacional ya no era una de las esperanzas de paz permanente y de internacionalismo, sino de un temor generalizado a otra guerra europea contra un Hitler agresivamente

resuelto a recrear el militarismo alemán, ahora revanchista, y contra un Mussolini de pelo en pecho, campeando por Abisinia con las botas del nuevo hombre fascista.

Ahora bien, la rapidez con la cual Azaña legisló, o más bien decretó, su reforma —ya que lo hizo casi sin discusión parlamentaria— junto con su evidente falta de tacto y su desprecio hacia ciertos sentimientos *íntimos* militares, tuvo el efecto de crear entre el ejército un ambiente no sólo de rencor sino de desdén hacia el republicanismo de izquierdas, el cual volvería a estar presente en 1936 entre militares cuyo sentido de pertenecer a la *familia militar* dominaba cualquier otra actitud política o social.

V. Las reformas

La reducción de las escalas de generales, jefes y oficiales se llevó a cabo con rapidez, puesto que el famoso Decreto del 25 de abril de 1931, que articuló el retiro extraordinario, amenazaba a los militares, sin precisar a cuáles, con el retiro forzoso si la mayoría no aceptaba la oferta del retiro con la paga completa que correspondía a su empleo (generalmente sin pluses de mando ni de destino). El resultado fue la salida de la profesión militar de más de 8000 militares. De un total de 190 generales y asimilados en 1931 se pasó a 90 en 1932 y de 20 576 jefes y oficiales se redujeron las escalas a 12 373.

Sería difícil analizar si la fricción y la amargura causadas por esta interrupción en las carreras de tantos oficiales tuviera el efecto de inclinarlos a sublevarse en 1936 contra una República presidida por Manuel Azaña. Se puede, sin embargo, subrayar el hecho de que entre la izquierda era corriente la convicción de que demasiados militares de ideas progresistas se habían retirado —entre ellos, varios de los oficiales implicados en la sublevación republicana de Jaca de diciembre de 1930—. El superviviente más conocido de la época, Francisco Franco, creía que la mayoría de los militares monárquicos se habían quedado en el ejército[8]. Efectivamente, la mayor crítica de algunos autores consiste en que el

gobierno republicano perdió oficiales indiscriminadamente, ya que Azaña se negó a realizar una purga, creyendo que había dado la ocasión de jubilarse en condiciones favorables a los que no se encontraban cómodos sirviendo a la República. Resulta interesante que muchos de los altos mandos del ejército republicano durante la guerra —entre ellos Cordón, Prada, y Francisco Galán— se acogieron al decreto de retiros de Azaña.

El decreto no incluyó una reducción en las edades del retiro. Una de las consecuencias fue que entre los jefes y generales eran principalmente los más antiguos en su empleo los que se quedaron en el servicio y los más modernos los que se fueron. El resultado fue que no se rejuvenecieron las escalas, sobre todo entre los coroneles y generales. En ambos ejércitos de la guerra civil hubo que retirar a muchos generales y jefes que por su edad no reunían las condiciones físicas necesarias. En el ejército republicano, de los varios generales que en teoría hubieran podido emplearse en mandos, pocos de ellos lo hicieron.

Otra medida de Azaña, importante en lo que se refiere a la guerra civil, era la racionalización de los regimientos, donde se suprimió toda una serie de unidades que existían solamente en cuadro. El resultado fue un ejército de menos pero más completos regimientos de Infantería y de Caballería, de Artillería y de Ingenieros, a base de los cuales Gil-Robles, ministro de la Guerra en 1935, pudo realizar el comienzo de la modernización del armamento y equipo militares.

Es dudoso si las reformas contenidas en los Decretos del 14 de julio de 1931, que fusionaron la escala de Reserva Retribuida —la de los oficiales ascendidos desde filas— con la activa de oficiales graduados de las academias; la Ley del 4 de diciembre, que creó el cuerpo de Suboficiales, tratando así de dignificar a un grupo atrayéndolo a la República, o la Ley del 12 de septiembre de 1932, sobre el Reclutamiento y Ascensos de la Oficialidad del Ejército, tuvieran mucha influencia en reforzar el sentimiento de lealtad a la República cuando llegaron las presiones y las circunstancias del 18 de julio de 1936. Lo que es cierto es que no hubo suficiente tiempo para que tuviese fruto la idea de Azaña de que con sus reformas atraería a la carrera militar a jóvenes con estudios, los cuales pasarían rápidamente por los empleos de suboficial para proceder a la

academia militar ocupando el 60% de las plazas que la Ley les reservaba. La nueva Ley exigía a los muchachos que opositaban al ingreso directo en las academias militares, que hubiesen cumplido un curso universitario de ciencias, pero se redujo tanto la entrada en los años de la II República que la medida no tuvo efectos significativos. Unicamente, quizá por el carácter llamativo del hecho, el cierre de la Academia General Militar de Zaragoza, dirigida por Franco, medida tal vez necesaria habida cuenta de las circunstancias financieras, tuvo como efecto la politización de una reforma puramente técnica. Por esto el cierre de la Academia contribuyó a la leyenda de un Azaña resentido y perverso, resuelto a destruir o «triturar» —el uso indebido de este verbo por Azaña se le quedó como un íncubo— el ejército y dejar así a España «indefensa ante el bolchevismo y la masonería».

La revisión de los ascensos en campaña, como se ha señalado arriba, tuvo efectos sobre varios militares que luego figurarían en cargos importantes del ejército de la República durante la guerra civil. Sin embargo, la propaganda esgrimida sobre la medida subrayaba la imagen de una República que trataba mal a sus propios héroes en beneficio de los militares de la confianza del ministro, su «gabinete militar». Por cierto, el gabinete no actuó satisfactoriamente en lo que a los destinos se refiere, sobre todo en la guarnición de Madrid[9]. El mismo Azaña se refiere a sí mismo como prisionero de una camarilla. Su problema era que no tenía confianza en los generales, tales como el mismo Franco, a quienes los militares en general respetaban por sus dotes y cualidades. Azaña juzgaba que ésos, en su mayoría africanistas, por ser monárquicos o primorriveristas, nunca podrían compartir su propia visión de un ejército republicano apropiado para la república burguesa que Azaña vislumbraba.

VI. Gil-Robles y Franco

El período que corre desde noviembre de 1933 a febrero de 1936, conocido a menudo como el «Bienio negro» y caracterizado por gobiernos

centro —radicales o radical— cedistas, vio, como era de esperar, el apartamiento del mando de los generales en los que Azaña había depositado su confianza, para ser sustituidos por los distinguidos como primorriveristas o africanistas y fundamentalmente hostiles al concepto militar republicano. Uno de los primeros actos del gobierno era el de amnistiar al general Mola, caído en desgracia por su actuación como director general de Seguridad en los meses que precedieron a la declaración de la República el 14 de abril de 1931, y su nombramiento al mando militar en Marruecos. Asimismo, se amnistió al general Sanjurjo y a otros militares, encarcelados siguiendo una condena por rebelión militar en agosto de 1931.

Al general Franco, ascendido ya a general de División, se le nombró asesor especial del ministro Diego Hidalgo para la represión de la sublevación de Asturias de octubre de 1934, saltando por encima del jefe de Estado Mayor, el apolítico Masquelet[10]. Cuando Gil-Robles ocupó la cartera de Guerra en 1935, nombró a Franco como jefe del Estado Mayor. El general Fanjul, el cual como diputado había atacado las reformas de Azaña y que sería fusilado tras su intento de sublevarse en Madrid en 1936, fue nombrado subsecretario de la Guerra. Goded, a quien Azaña había favorecido hasta que los dos tuvieron sus diferencias y que también sería pasado por las armas en 1936 en Barcelona, fue nombrado director de Aeronáutica además de inspector de la Tercera Inspección General.

Una serie de militares o abandonaron el servicio o fueron separados como consecuencia de la sublevación de Asturias. Hernández Sarabia renunció. Hidalgo de Cisneros dimitió de la agregaduría en Roma. Militares catalanes como Federico Escofet y Enrique Pérez Farrás sufrieron condenas de muerte. Jesús Pérez Salas, Vicente Guarner, Fernando Condés y varios más pasaron por consejos de guerra y serían caracterizados en 1936 como oficiales leales al gobierno y, en varios casos, jefes señalados de las fuerzas republicanas en la guerra civil.

En general, se dejó la reforma Azaña sustancialmente sin tocar, enfrentándose más bien con la necesidad de modernizar el equipo militar, cuyo atraso la insurrección de Asturias había subrayado. En 1931 el ambiente mundial había sido una esperanza de paz perpetua. Para el verano de 1935, no obstante, la República de Weimar había desaparecido para ser

sustituida por la agresiva marcialidad hitleriana, confinada por el momento en Alemania. Pero la Italia mussoliniana ya ensayaba sus tanteos en Abisinia, que en diciembre sería víctima de la agresión fascista. En noviembre de 1935 se aprobó un proyecto ambicioso de Gil-Robles para la adquisición de aviación, con un gasto de 400 millones de pesetas en cinco anualidades, y se anunció la fabricación de 24 nuevas baterías de artillería del 75 y la modernización de material anticuado, más la compra del 15,5 largo Schneider. Se proyectaron nuevas adquisiciones de carros de combate. Además se proyectó una gran reforma organizativa para dotar al ejército de unidades combativas necesarias, de montaña y mixtas. Toda una serie de proyectos revelan la dirección determinada de Franco en el Estado Mayor.

Ahora bien, la presión financiera imposibilitó el desarrollo de la mayoría de estos proyectos, si bien las Cortes acordaron aumentar en un 40% el presupuesto militar para 1936 como parte de un programa trienal de rearme con un presupuesto extraordinario de mil cien millones de pesetas. Es dudoso que ningún gobierno, aun uno monocolor, hubiera podido imponer tal gravamen impositivo sobre el país.

El gobierno del Frente Popular, elegido en febrero de 1936, no prosiguió el programa de Gil-Robles, excepto en cuanto a la mejora de las defensas de las Baleares y del Estrecho de Gibraltar, zonas cuya dotación artillera fue incrementada. Cuando empezó la guerra civil, la entrega de las 24 baterías nuevas del 75 estaba ultimándose.

El golpe de 1936 fue tal vez provocado por la acción o inacción del gobierno del Frente Popular, pero solamente porque el ejército estaba enormemente sensibilizado a cambios baladíes y puesto que su historia le condicionaba a esperar cumplir el papel de guardián del orden público declarando el estado de guerra. Sin embargo, la disolución del ejército y la creación de una milicia armada popular no fue sino *propuesta* por los socialistas madrileños como un cambio en la política del partido[11].

Dadas las vicisitudes históricas del ejército y las divisiones en su seno, aún más profundas a raíz de los conflictos del período Azaña y el envolvimiento del ejército en las luchas sociales del Bienio Negro, no es de extrañar que el advenimiento de un gobierno del Frente Popular fuera motivo de inquietud entre los militares. El papel tradicional del ejército en

el mantenimiento del orden público iba a chocar con la creciente exuberancia de la calle, y la fuerza militar adoptó, equivocada pero comprensiblemente, la obsesión de que no solamente la sociedad de valores tradicionales que ella defendía estaba en peligro, sino también que la forma de destruir tal sociedad, destrucción planeada en la opinión militar por fuerzas ocultas y manejadas por Moscú o la masonería, era la supresión del ejército como tal.

El manifiesto del Frente Popular no contenía nada que sugiriera tales medidas. Sin embargo, ese temor estaba en la base de la hostilidad militar hacia el régimen. Dada la «intoxicación» a la que se veía expuesto el militar cuando un diario de la importancia del católico y conservador *El Debate* escribía, «En el ejército español hay una reserva de valores morales que van faltando en el mundo»[12] no es de extrañar que tuviese una idea de su propio papel hasta cierto punto irreal.

VII. UME, UMRA Y MAOC

El movimiento pendular de la política española durante la República y sus efectos en la vida de los militares habían motivado la creación de asociaciones semisecretas que reflejaban los matices de las ideologías que apoyaban. Había dos asociaciones principales: la UME (Unión Militar Española), en cuyo seno se planteó en muchas guarniciones la conjura de la sublevación de julio de 1936, y la UMRA (Unión Militar Republicana y Antifascista).

La UMRA surgió en 1935 como resultado de la fusión de la Unión Militar Antifascista, fundada por el Partido Comunista a finales de 1934[13], y de la Asociación Militar Republicana, a la que no se puede hallar patrocinador concreto, aunque parece haberse originado en los círculos republicanos que conspiraban durante la dictadura. La fusión entre los dos organismos tuvo lugar a finales de 1935[14].

La primera reunión de la UMRA se celebró en el domicilio del capitán Palacios, de Sanidad Militar, quien más adelante mandaría una división del

ejército republicano. El manifiesto lo redactó el teniente coronel Carratalá, muerto al negarse a sublevarse en Madrid en julio de 1936. Entre los fundadores de la UMRA había mandos del futuro ejército de la República como Enciso, Orad de la Torre, Fuentes, Barceló y Ristori de la Cuadra.

El capitán Eleuterio Díaz Tendero, encargado más tarde de apreciar la lealtad de los militares, fue el animador de la UMRA, de la que ocupó la presidencia[15]. En Barcelona, la UMRA fue favorecida por el gobierno catalán, la Generalitat, siendo sus dirigentes el coronel Escobar, de la Guardia Civil, después general del Ejército Republicano, Díaz Sandino, jefe de las fuerzas aéreas y consejero de Defensa de la Generalitat, Vicente Guarner, organizador de la UMRA[16], así como un número significante de oficiales de la Guardia de Asalto[17].

La UMRA ayudó a la causa antifascista proporcionando oficiales para la instrucción de las milicias que se iban formando, en su mayor parte a base de las Juventudes Socialistas Unificadas. Uno de los instructores fue el capitán de Ingenieros Carlos Faraudo, asesinado por pistoleros de la derecha, y otro el teniente Castillo, cuyo asesinato fue vengado por sus compañeros con el del líder derechista, José Calvo Sotelo.

De estas milicias, las más conocidas son las MAOC (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas), que se ejercitaban regularmente los domingos y festivos en la sierra. Las cifras que dan los autores comunistas varían entre los mil y mil quinientos militantes, pero esta cifra probablemente no representa más que el núcleo[18]. También pueden significar el deseo de los comunistas de minimizar su actividad anterior a la guerra. En cualquier caso, estas cifras no guardan una mínima relación con la de los 150 000 milicianos que cita un documento de la sección de información del Cuartel General nacional durante la guerra, fuente que se basaría en los notorios «documentos» empleados en la propaganda nacional para justificar la sublevación[19]. Existe poca información sobre las MAOC, aparte de la que procede de fuentes comunistas. Según una de tales fuentes, el papel de las MAOC se limitaba a la protección de reuniones, mientras que su armamento consistía en un pequeño número de pistolas[20].

Por último, apenas resulta evidente la preparación militar por parte de la izquierda, aparte de la instrucción informal de las MAOC y a pesar de toda

la verborrea revolucionaria, desfiles, y banderas rojas de la primavera y verano de 1936[21]. Los delegados de la Comintern que visitaron España no eran militares[22].

VIII. Militares republicanos

La característica de muchos —aunque no por cierto todos— de los militares implicados en actividades republicanas es su antielitismo. Algunos eran intelectuales, como Manuel Matallana o Vicente Rojo, ambos futuros generales del ejército republicano. Otros son francamente de izquierda, como los hermanos Galán. Otros, como Casado, despliegan un republicanismo generalizado. Varios habían participado en conspiraciones abortivas y tenían relaciones con políticos que, como mínimo, deseaban una completa reforma del ejército y en ocasiones le eran francamente hostiles. Los conjurados nacionales, por su parte, se asociaban con políticos pero nunca se fiaban de ellos. Los dirigentes de la derecha durante la II República —Gil-Robles, José Antonio Primo de Rivera, Fal Conde, Martínez de Velasco, Salazar Alonso, Lerroux, etc.— desaparecieron en las cárceles republicanas, se retiraron a balnearios franceses e incluso fueron arrestados por los sublevados, pero no solían figurar en los gobiernos franquistas. Los jefes militares republicanos, en contraste, vivieron la guerra en un ambiente de conflicto político y casi todos ellos se vieron obligados a identificarse con una u otra agrupación política.

Esto no es para criticarlos, ya que reconocieron que el origen de la autoridad era la administración civil, a la cual la mayoría de ellos permanecieron leales hasta el final de la contienda. Pero hay que reconocer que la incapacidad de separar el ejército de la política fue un rasgo permanente en el bando republicano durante la guerra civil.

La historia azorada de la II República había polarizado la opinión militar, dividiéndola lo suficiente, quizá, como para ser hasta cierto punto la causa del fracaso del *putsch* de tres días planeado para julio de 1936. Puesto que había un reducido grupo de oficiales «que verdaderamente compartían

el ideal de una transformación de la sociedad por medio de la implantación de la dictadura del proletariado, y éste hallábase reforzado por el número bastante importante de los republicanos asqueados por las vilezas de la “monarquía sin corona”, y que, aun regidos por ideas burguesas, preferían luchar a favor de un régimen socialista que no seguir sosteniendo […] los privilegios de las antiguas oligarquías»[23], sería posible formar el ejército de la República. Podía añadirse que, para muchos, aquello para lo que estaban luchando no era un régimen socialista sino sencillamente la constitución que habían jurado defender.

2

Las fuerzas militares y paramilitares el 18 de julio de 1936

I. Organización

En la Península, las islas Canarias y las Baleares, el ejército estaba organizado en ocho divisiones administrativas (divisiones orgánicas) y dos comandancias militares. Los mandos de División estaban, por orden numérico, en Madrid, Sevilla, Valencia, Barcelona, Zaragoza, Burgos, Valladolid y La Coruña. Las unidades estaban distribuidas dentro de las regiones. Por ejemplo, la 3.ª División tenía unidades situadas en Alcoy, Alicante y Murcia así como en Valencia, y la 2.ª Brigada de Infantería, aunque formaba parte de la división de Madrid, tenía su cuartel general en Badajoz.

Había brigadas de Montaña con puestos de mando en Gerona, Bilbao y Oviedo y un mando independiente (la Comandancia exenta) en Asturias.

La estructura de la división consistía en dos brigadas de Infantería, cada una de ellas con dos regimientos, siendo la fuerza total de cada uno de ellos de unos 1200 hombres. La división reglamentaria contaba además con dos regimientos de Artillería, un batallón de Zapadores y otras unidades auxiliares. Algunas divisiones tenían regimientos de Caballería.

En total había cuarenta regimientos de Infantería, así como ocho batallones de Montaña, dos batallones de Ametralladoras y un batallón Ciclista, diez regimientos de Caballería, una unidad de Artillería a caballo y

un grupo de cañones autopropulsados, dieciséis regimientos de Artillería ligera y cuatro de Artillería pesada, cuatro regimientos de Artillería costera y unidades de Artillería de montaña y de cañones antiaéreos. Existían un regimiento y ocho batallones de Zapadores y otras varias unidades especializadas de Ingenieros. Por último, había dos regimientos de carros de combate[1].

En teoría, después de reprimidas las sublevaciones nacionales y demarcada lo que sería la España republicana, a disposición de ésta estaban las siguientes unidades: treinta y siete batallones de Infantería de un total de ochenta y ocho (cuarenta regimientos de dos batallones y ocho batallones de Montaña), tres de los diez regimientos de Caballería, cinco de los ocho batallones de Zapadores, uno de los dos batallones de Ametralladoras y uno de los dos regimientos de Tanques. Tenía también el batallón Ciclista y un número considerable de unidades menores de especialistas, aunque sólo uno de los cuatro grupos de telegrafistas. Los nacionales tenían un grupo de artillería de Montaña y los Pontoneros. En cuanto a la Artillería, la zona republicana poseía dos de los cuatro regimientos costeros, dos de los cuatro regimientos de Artillería pesada y seis de los dieciséis de Artillería ligera.

Antes de tratar de analizar estos datos y de dar las cifras correspondientes, debemos decir que en realidad muchas de estas unidades no estaban a disposición de las autoridades republicanas. Los dos regimientos de Caballería de Barcelona, por ejemplo, siguieron a sus oficiales en la rebelión y hubo que reconstituirlos por completo. Uno de los batallones del regimiento de Ferrocarriles estaba compuesto en gran parte por estudiantes universitarios con pocas simpatías por la causa del Frente Popular[2]; el regimiento de Transmisiones se pasó en masa a los nacionales el 20 de julio llevándose al hijo del dirigente socialista Largo Caballero[3].

Igualmente, resulta dudoso que la República consiguiera conservar gran cosa del regimiento de Artillería pesada de San Sebastián después de ser tomada la ciudad por los nacionales el 13 de agosto de 1936. Los ejemplos semejantes podrían multiplicarse.

Más adelante trataremos de ver hasta qué punto consiguió la República servirse de las formaciones militares que le habían quedado. Pero, para dar

una descripción más fiel, deberemos analizar las proporciones numéricas de las fuerzas a disposición de ambos lados.

Los estudiosos de los aspectos militares de la guerra civil dan cifras discordantes, y algunos de ellos no mencionan sus fuentes[4].

Los estadillos de los regimientos indican que podemos tomar como una representación fiable de la verdadera situación las siguientes cifras:

Zona republicana	
Total de efectivos disponibles en las principales Armas: Infantería, Caballería, Artillería, Tanques e Ingenieros	27.135
Total de efectivos en todas las Armas	34.280
Soldados de permiso	11.908
Total de efectivos disponibles en la zona republicana si los soldados de permiso volvían a sus unidades	46.188
Zona nacional	
Total de efectivos disponibles en las principales Armas	30.387
Total de efectivos en todas las Armas	31.760
Soldados de permiso	13.166
Total de efectivos disponibles si los permisionarios volvían a sus unidades	44.926

El total de efectivos en las Armas principales ha sido cambiado levemente para corregir errores obvios mientras se incluyen cifras estimadas para las unidades no contabilizadas. Pero los totales de todos los efectivos y de los permisionarios son los del documento del Servicio Histórico Militar. Los totales absolutos resultan mayores porque incluyen las unidades auxiliares. La zona nacional tiene una proporción mayor de permisionarios, lo cual es probablemente fortuito. Naturalmente, resulta imposible saber cuántos de los permisionarios regresaron a sus unidades.

Resumiendo, las fuerzas disponibles en ambos lados fueron, en las cuatro Armas principales:

	Republicanos	*Nacionales*
Infantería	14.595	18.181
Artillería	7.064	7.543
Caballería	1.213	2.756
Ingenieros	3.996	1.659
Carros	267	248

La conclusión no tiene vuelta de hoja: en Infantería, que era claramente el Arma más importante, los nacionales tenían una superioridad considerable, aunque no aplastante. El lado republicano sólo era preponderante en lo que se refiere a los Ingenieros y a los pocos millares de hombres en puestos de no combatientes que había en la capital. Además, en la España nacional no desertó ninguna unidad, como lo hizo en la republicana el regimiento de Transmisiones. En Caballería hacía poco que la República había trasladado dos regimientos de la división de Madrid y éstos resultaron muy útiles a los nacionales. Los dos regimientos de Caballería de Barcelona se sublevaron de muy buena gana y de hecho el n.º 3 fue propuesto para una medalla colectiva después de la guerra[5].

En cuanto a las cifras de la Guardia Civil, con una formación militar imponente; los Carabineros, utilizados para el control de las fronteras, y las Guardias de Seguridad y de Asalto, policía urbana armada creada por la República para asegurar el orden público sin tener que llamar al Ejército, en 1936 eran las siguientes:

	Suboficiales y números
Guardias civiles	32.869
Carabineros	14.113
Guardias de Seguridad y Asalto	17.660[6]

[6]

Para el cálculo de los efectivos que le quedaron a la República no basta con localizar los 24 tercios y 10 zonas[7], en los que tales fuerzas estaban organizadas, pues frecuentemente las líneas divisorias entre los

combatientes los atravesaban. Por ejemplo, en Córdoba, la provincia estaba en su mayor parte en manos republicanas, en tanto que la capital estuvo en poder de los nacionales desde el primer momento. Se obtiene una descripción más clara analizando las comandancias (subdivisiones), que eran mucho menores[8]. Este análisis da los siguientes resultados:

	Comandancias		
	Republicanas	*Nacionales*	*Total*
Guardia Civil	108	109	217
Carabineros	54	55	109
Grupos de Asalto[9]	10	7	17

[9]

Hemos atribuido el máximo posible de comandancias a las fuerzas a disposición de la República, teniendo en cuenta todas las sublevaciones de la Guardia Civil registradas.

La Guardia Civil se rebeló, entre otros lugares, en La Roda y Puente Genil[10]; tuvo que ser desarmada en Málaga[11]; todos sus oficiales fueron fusilados en Murcia[12]; en Badajoz se unió al contingente de Cáceres y se pasó a las fuerzas sublevadas tras desobedecer las órdenes gubernamentales de marchar a Madrid[13]. En Asturias y Andalucía, en general, la Guardia Civil se sublevó[14]. La mayor parte de la Guardia Civil de la provincia de Jaén se aisló y fue asediada por fuerzas gubernamentales durante varios meses en Santa María de la Cabeza. El ejemplo más conocido de resistencia de la Guardia Civil durante la guerra es el de los aproximadamente ochocientos hombres que resistieron el asedio del Alcázar de Toledo.

La lealtad del 50% de comandancias de la Guardia Civil que no estaban implicadas en la rebelión era también dudosa.

Incluso en Barcelona, donde el aplastamiento de la sublevación puede adscribirse en gran parte a la lealtad de los jefes de la Guardia Civil, el general Aranguren y el coronel Escobar, un observador bien informado asegura que más del 40% de los oficiales fueron destituidos más adelante por las autoridades republicanas[15]. Es evidente que sólo en raras ocasiones

podían las unidades de la Guardia Civil pretender gozar de la confianza del gobierno.

Los Carabineros, fuerza con distinta tradición, no resultó tan fiable para los insurgentes como la Guardia Civil. Se dieron casos de resistencia a los nacionales por parte de los Carabineros, especialmente en Galicia. Un autor observa que cerca de un millar de ellos se refugiaron en Portugal y fueron trasladados en barco a la zona republicana[16]. Otras unidades de Asturias lucharon valerosamente contra las fuerzas que avanzaban para socorrer a los sublevados de Oviedo[17].

El número de Carabineros fue aumentado hasta cerca de cuarenta mil hombres en el transcurso de la guerra. La decisión de reclutar 14 000 hombres más se tomó en octubre de 1936[18]. Normalmente, eran considerados como tropas de choque y en general estaban bien armados y entrenados. Pero varios autores de diferentes opiniones políticas y militares han observado su insatisfactoria conducta. Se ha afirmado que el Cuerpo fue un refugio para jóvenes con buenas relaciones, que en febrero de 1939 atravesaron la frontera con Francia sin haber sufrido el más mínimo daño y que padecieron de desmoralización en gran escala[19]. Es cierto que el Cuerpo resultaba atractivo. Las condiciones para ingresar en él eran: ser español, de entre dieciocho y veinticinco años de edad, de un metro sesenta y cinco centímetros de alto como mínimo y presentar un certificado de buena conducta y otro de lealtad de una organización política o sindical del Frente Popular[20]. Estas condiciones eran más fáciles de cumplir que las de tiempos de paz en que se exigía un examen sobre un programa duro. Se presentaron tres veces más candidatos de los solicitados. La antigua Dirección General de Carabineros, cuyo último titular había sido el general sublevado Queipo de Llano, fue suprimida, pasando el cuerpo bajo la dirección de la subsecretaría del Ministerio de la Guerra, encargándose de hacerlo un coronel leal, Rodríguez Mantecón, ascendido a general de Brigada. Da la impresión de que aunque el cuerpo de Carabineros podría haber formado el núcleo de unas divisiones de choque, nunca llegó a hacerlo, aunque algunas unidades, en particular la 40.ª División, constituían una élite militar. Además, aunque se suponía que el Cuerpo se hallaba bajo la dependencia del Ministerio de la Guerra, de hecho permaneció en gran

medida bajo el mando directo de Juan Negrín, jefe del gobierno desde mayo de 1937, y del doctor Rafael Méndez, nuevo director general de Carabineros[21].

La Guardia de Asalto no parece haberse opuesto al alzamiento en las ciudades en que éste triunfó, pero, hablando en términos generales, en la zona republicana, su oposición contribuyó al fracaso insurgente, especialmente en Madrid y Barcelona[22]. Como estas dos ciudades, así como Valencia y Bilbao, quedaron en manos republicanas, es posible que el Frente Popular pudiese contar con una proporción mayor de números del Cuerpo que los sublevados. En cuanto a los bien entrenados grupos de Asalto, podemos atribuir las compañías en una proporción casi parigual a ambos bandos. En el total de los Cuerpos de Seguridad y Asalto, probablemente controlase más hombres el gobierno.

No obstante, la lealtad de la mayor parte de los oficiales (procedentes del Ejército y a menudo africanistas) no era muy grande en ninguna parte, ya que durante el Bienio Negro habían sido depurados por el coronel Muñoz Grandes[23], quien posteriormente mandó la División Azul que combatió con los alemanes en el frente ruso y luego fue vicepresidente del gobierno. A lo largo de 1939 sólo 254 nombres aparecen en el *Boletín Oficial del Estado* como destituidos por sus actividades durante la guerra. Hay también otros indicios que señalan la dudosa lealtad de los guardias de Asalto[24].

Este Cuerpo también reclutó hombres después de empezada la guerra[25]. Las condiciones no fueron tan rigurosas como antes de ella, pero era esencial obtener el aval de una organización frentepopulista. Para 1937 había cerca de 40 000 guardias de Asalto, más que en toda España antes de la guerra[26]. Fueron utilizados en ocasiones como tropas de choque, por ejemplo en el intento de mantener el frente catalán en diciembre de 1938. En la misma batalla se les utilizó para capturar a desertores y desempeñaron en gran parte un papel de policía militar. Su separación del Ejército (los controlaba el Ministerio de la Gobernación) motivó las quejas de Rojo[27], y Henríquez Caubín, que critica a toda fuerza no controlada por los comunistas, asegura haber visto a toda una división de Asalto atravesar la

frontera en condiciones excelentes que indicaban que podía haber ofrecido perfectamente resistencia[28].

Como con los Carabineros, parece que las autoridades republicanas perdieron la oportunidad de utilizar un núcleo relativamente fiable de hombres entrenados como armazón de un nuevo ejército. El caos de las dos primeras semanas, que abrió el camino a las milicias populares e inevitablemente al Ejército Popular, hizo inútiles todos los intentos de utilizar las fuerzas existentes, y esto es algo que se ve con claridad cuando se considera la utilidad de estas fuerzas para el esfuerzo bélico de la República.

II. Las fuerzas militares y paramilitares en el esfuerzo bélico republicano

Todos los datos disponibles tienden a demostrar, con poquísimas excepciones, que las unidades existentes en la zona gubernamental fueron de poca utilidad, principalmente porque sus oficiales, en proporciones variables, se habían rebelado, dudaban, no se mostraban suficientemente de confianza en las primeras escaramuzas o habían hecho todo menos anteponer su lealtad a la República a su fidelidad a sus compañeros de armas o a sus opiniones políticas. De ahí que las unidades del ejército de la zona republicana no puedan compararse con las unidades de la otra zona.

Por ejemplo, un batallón de Valladolid pudo marchar al frente con sus oficiales sin que los ataques de las milicias le afectasen. Pero cuando se dice de una unidad que había formado parte de una columna republicana de los primeros momentos, eso significa que unos pocos restos diseminados de secciones o pelotones, posiblemente al mando de un alférez o teniente o de un sargento ascendido, al que los soldados muy bien podían no conocer, se habían fusionado con las milicias. Se pueden imaginar las consecuencias de este hecho sobre la disciplina y capacidad de lucha.

En la región de Madrid fue donde más fuerzas regulares hubo disponibles y quizás es conveniente mencionar las otras regiones brevemente antes de pasar a ella[29].

En el área cubierta por las columnas que salieron de Barcelona para atacar el frente de Huesca-Zaragoza a finales del verano de 1936, la única huella de fuerzas regulares son las raras compañías y unidades menores de los cuatro batallones de Montaña acantonados en Cataluña. Hasta cierto punto, la presencia de tropas se debió a la lealtad del coronel Villalba, jefe de la media Brigada de Montaña cuyo puesto de mando estaba en Barbastro[30]. El batallón realmente presente en Barbastro constaba de sólo 382 hombres y no le afectó la rebelión. Los otros habían tenido dificultades y no estaban completos. Por eso es improbable que hubiese más de mil soldados en esas columnas, así como unos pocos centenares de hombres del Regimiento n.º 16 de Lérida. En su mayor parte, estas tropas se unieron a la columna de Ascaso y Jover que asediaba Huesca.

En la región de Valencia, las tropas regulares unidas a las columnas dirigidas por los oficiales Peire, Benedito, Manuel Pérez Salas y Eixea fueron aproximadamente unos 2250 hombres. La columna de casi 400 guardias civiles de distintas partes de la región se pasó a los sublevados cuando iban de camino para tratar de aplastar el alzamiento triunfante de Teruel[31].

En Andalucía, en la columna del general Miaja que atacó Córdoba en agosto de 1936, había unos 250 guardias civiles y carabineros y una sección de Ametralladoras del batallón de Castellón. Ocasionalmente aparecen referencias a tropas de regimientos procedentes de Almería, Alcoy y Málaga, pero nunca se las llega a identificar con precisión.

Las guarniciones de Galicia y Asturias se habían sublevado. La única excepción del norte de España fue el batallón de Montaña con sede en Bilbao que durante cierto tiempo fue operacional aunque sus oficiales no eran de confianza y más tarde fueron juzgados militarmente.

Fue en la región militar de Madrid donde hubo que disolver el menor número de unidades. Pero incluso allí, tras licenciar a las tropas y detener a los oficiales que habían tomado parte en la primera semana de la guerra, al hacer recuento, la región madrileña resultó que contaba únicamente con 70

oficiales y 1313 suboficiales y soldados[32]. Era imposible construir una fuerza con esos hombres, diseminados anteriormente por toda la guarnición, que el 1 de julio de 1936 constaba de 828 oficiales y 10 425 suboficiales y soldados[33]. Un documento del 3 de septiembre proporciona una viva descripción de las dificultades encontradas para formar un batallón. Las tres compañías, con aproximadamente la mitad de sus fuerzas reglamentarias, estaban mandadas por oficiales del Depósito de Remonta, las escuelas de conductores y la agrupación motorizada, entre otros. En cuanto a los soldados, los cuatro regimientos de Infantería originales estaban tan desparramados que hubo que utilizar a los Zapadores y otros especialistas. Incluso para obtener fusiles se envió un desmesurado número de telegramas y se recogieron armas en pequeñas cantidades de muchas poblaciones[34].

La guarnición de Madrid había sido subvertida en cierta medida por el Partido Comunista[35]. No podemos decir hasta qué punto ocurrió esto, aunque el agregado militar británico observó en dos ocasiones en abril de 1936 que existía una «minoría subversiva» de suboficiales. También observó que los oficiales más jóvenes estaban menos politizados, comentario significativo dado que fueron precisamente esos oficiales los que se sublevaron en la mayoría de las otras guarniciones de España[36].

De hecho, sería erróneo pensar que las autoridades republicanas pudiesen utilizar coherentemente las unidades del área de Madrid. Manuel Azaña comenta que había sido difícil hallar media docena de compañías y un batallón de Zapadores para marchar a la sierra en los días que siguieron al estallido de la guerra[37]. La posible exageración de Azaña indica, empero, el caos existente en Madrid.

Para conseguir una impresión general del papel jugado por estas fuerzas dentro del esfuerzo bélico general de las primeras semanas, se pueden consultar los archivos de las diversas columnas que lucharon en torno a Madrid[38]. Así, por ejemplo, la columna de Giménez Orge estaba compuesta de milicianos, pero además por 142 guardias civiles, casi dos compañías de guardias de Asalto y pequeñas unidades de artilleros y telegrafistas. El 24 de octubre de 1936, la columna de López Tienda tenía 519 soldados sobre un total de 5073 hombres. La columna de Mangada

tenía, el 10 de octubre de 1936, 825 soldados sobre una columna de 4789 hombres.

Los archivos están completos para varios días, y el 16 de octubre de 1936 había en quince columnas que luchaban en torno a la capital 12 492 soldados y guardias sobre un total de 52 131 hombres.

En muchos casos, de esos 12 492 soldados y guardias, puede tratarse de milicianos encuadrados en unidades militares como conductores, radiotelegrafistas o transportistas de municiones. Es también posible que las unidades paramilitares contuviesen hombres apenas recién incorporados. La cifra es, por lo tanto, probablemente máxima, pero aun si el número de hombres con instrucción militar no era más de 9000, se trataba de una fuerza suficiente para oponerse a las fuerzas rebeldes. Fue este equilibrio el que hizo que se consiguiese defender los accesos al norte y noreste de Madrid, y si las fuerzas gubernamentales, mucho mayores, no hicieron retroceder a los insurgentes, se debió casi con certeza a su indisciplina, por un lado, y a su falta de oficiales, por otro. Cuando las fuerzas profesionales marroquíes y legionarias franquistas entraron en contacto con las tropas y las milicias republicanas que defendían las entradas sur y occidental de Madrid, su instrucción y disciplina superiores les sirvieron para dominar a esos grupos heterogéneos y faltos de disciplina.

Sigue en pie la cuestión de si el gobierno de Giral, que permaneció en el poder desde el 19 de julio hasta el 4 de septiembre de 1936, hubiese actuado mejor no armando a las milicias sino haciendo la guerra con las fuerzas militares que tenía, aumentadas con reservistas y una fuerza policíaca mayor. A menudo todos responden a esto afirmativamente, a excepción de los comunistas, que ideológicamente se hallan ligados a la creencia en la eficacia del Ejército Popular de masas. Esta respuesta resulta muy atrayente. Las milicias no lucharon en general con brillantez, se enemistaron con oficiales leales y obstruyeron el esfuerzo bélico. Incluso la mayoría de los anarquistas, opuestos al principio de autoridad, acabaron por tener que aceptar la militarización. También puede afirmarse que la construcción de un amplio ejército muy bien podía haber provocado en los insurgentes como respuesta la llamada a filas, prolongando e intensificando así la guerra y aumentando la dureza de la derrota. Pero este argumento

pasa por alto que las fuerzas puramente militares a disposición de la República, en términos de batallones de Infantería y de los oficiales para su mando, eran mucho menores que las que tenían los sublevados. Y además ignora el hecho de que si el gobierno frentepopulista hubiese sido lo bastante fuerte como para negarse a distribuir armas a las milicias, en tal caso también lo hubiera sido para dominar una rebelión militar tan mal planeada que estalló aun a medio preparar y que fracasó donde sus dirigentes creían que iba a triunfar y triunfó donde pensaban que fracasaría. Para cuando el gobierno republicano había conseguido encauzar y controlar las milicias, ya había pasado el momento de que la guerra civil pudieran combatirla los ejércitos existentes el 18 de julio de 1936.

3

El período miliciano: de julio a diciembre de 1936

I. Orígenes de las milicias

La reacción inmediata de la población de Madrid ante la rebelión fue observada por el comandante Segismundo Casado López, en aquel entonces al mando de la escolta de Caballería presidencial. Más tarde escribió:

> Todos los partidos políticos y organizaciones sindicales del Frente Popular comenzaron a reclutar voluntarios para repeler la agresión. No tuvieron necesidad de servirse de ardides o propaganda para hacerlo, pues las masas, tanto de obreros como de campesinos, acudieron a millares y de inmediato a enrolarse en las diferentes unidades de las Milicias[1].

Un participante en los combates escribe:

> Todos nosotros republicanos recordamos cómo empezamos a combatir. Algunos amigos se reunían, subían a un camión, un automóvil privado o requisado; algunos tenían pistolas, otros fusiles y algunos cartuchos. Salimos en busca de fascistas. Cuando hallamos resistencia, luchamos. La mayoría de las veces, cuando se acababa la munición, nos volvíamos, no a una posición defensiva o algo por el estilo, sino al lugar de donde habíamos salido[2].

Otro observador comentaba, tras haber visto la negligencia de las Milicias: «¡Cómo se ve que los españoles no han hecho la guerra!»[3].

En realidad, si hubiese estado en el lado rebelde, habría podido advertir que no era la falta de experiencia bélica lo que ocasionaba todo aquel caos,

sino más bien la falta de dirección y ruptura de la disciplina social.

Resulta interesante contemplar las Milicias desde el punto de vista de un militar del Ministerio de la Guerra a quien tuvieron que recurrir en cuanto les faltaron aprovisionamientos[4]. José Martín Blázquez, capitán de Intendencia, fue uno de los miembros del pequeño grupo de militares leales que se encargó de la administración del Ministerio tras el alzamiento. Describe las difíciles condiciones en que tuvo que trabajar, interrumpido por constantes solicitudes de vales de abastecimiento por parte de las Milicias. Madrid estaba siendo saqueado a la busca de armas y alimentos y los únicos que ayudaban, según Martín Blázquez, eran los diputados socialistas y, significativamente, los ocasionales milicianos comunistas que trataban de razonar con otros que hacían peticiones excesivas[5].

Los oficiales profesionales como Martín Blázquez se encontraban en la difícil situación de poder ser acusados de complicidad con los rebeldes si se negaban a atender las peticiones de las Milicias. Esto explica su apresuramiento en resguardarse bajo la protección de algún partido político, especialmente el PCE, que con respecto a la guerra tenía una postura semejante a la suya[6].

El asunto de los abastecimientos tenía que solucionarse antes de que el despilfarro desembocara en una rendición inmediata por inanición. Se atajó el problema con la abolición forzosa del Comité popular de Abastecimiento, un organismo miliciano para las expropiaciones, y su reemplazamiento por un organismo oficial, el Comité provincial de Abastecimientos; a ello siguió un decreto ordenando que los aprovisionamientos fuesen obtenidos del adecuado almacén ministerial sólo por orden de la sección de Servicios[7].

Como la orden que limitaba la utilización de los vales topaba con obstrucciones en su aplicación, más adelante fue promulgada otra con idéntico efecto[8]. Los abastecimientos irregulares no pararon hasta que empezó a ejercer su control la Inspección General de Milicias.

La Inspección General de Milicias se creó para ordenar una situación existente desde la toma del cuartel de la Montaña el 19 de julio y la derrota correspondiente de los rebeldes en otras ciudades y pueblos. Después de las reparaciones más esenciales, el cuartel de la Montaña y otros muchos

fueron abiertos como centros de enrolamiento de diferentes batallones. Los dirigían comités de partidos frentepopulistas.

La prensa traía, prácticamente a diario, llamamientos a engancharse en los batallones de milicianos, que estaban organizados por los partidos políticos, las grandes centrales UGT y CNT, sindicatos dependientes de ambas y por círculos y otras asociaciones.

Entre las Milicias formadas por agrupaciones profesionales estaban el batallón *Artes Blancas*, el batallón *Artes Gráficas* e incluso las *Milicias de Artistas de Variedades* de la UGT. Entre las Milicias organizadas por habitantes de las provincias refugiados en Madrid estaban las Milicias burgalesas y las Milicias castellanas *Los Comuneros*[9].

Los héroes políticos de los distintos partidos también estuvieron representados en los nombres de las Milicias. Existió el batallón Aida Lafuente, llamado así por una miliciana comunista muerta en Asturias en 1934, el batallón Condés, por el oficial de la Guardia de Asalto implicado en la muerte de Calvo Sotelo, y por lo menos tres unidades que llevaron el nombre del mártir alemán Ernst Thaelman[10].

Otros nombres de las Milicias consistían en finalidades y consignas utilizadas. Entre ellos estaban las compañías de Acero del Quinto regimiento, el batallón UHP (*Unión de Hijos del Proletariado o Uníos Hermanos Proletarios*), y la columna anarquista que utilizaba la misma consigna que Zapata, el revolucionario mexicano, *Tierra y Libertad*.

Los primeros días de existencia de una de estas unidades han sido descritos por Víctor de Frutos, quien pasó de dirigirla a mandar la 10.ª División. El batallón Primero de Mayo se formó a partir de hombres del distrito de Carabanchel (Madrid). Utilizó los edificios de la Escuela de Tiro y disfrutó de los servicios de la banda de música de la plaza de toros de Carabanchel. El batallón consiguió contar rápidamente con 350 hombres, bastantes para que las autoridades considerasen que era viable. Sólo cincuenta de ellos habían hecho el servicio militar, pero seis antiguos cabos se encargaron de la instrucción. Algunos hombres, sobre todo de la CNT, no apreciaban en lo más mínimo los ejercicios en el patio del cuartel, y otros problemas de disciplina consistían en convencer a los hombres para que permaneciesen de noche en el edificio o al menos lograr que no se llevasen

los fusiles a sus casas. La unidad contaba con un comandante de Carabineros como jefe. Al cabo de una semana de ejercicios, la primera Compañía, tras elegir a sus oficiales, salió para el frente. Pero la mayor parte del batallón hizo un mes de ejercicios[11].

Desde el primer día de la sublevación, el gobierno había intentado resolver el problema de tener un ejército o alguna otra fuerza con que reemplazar a los restos del antiguo ejército. A José Fernández Navarro se le ordenó el 19 de julio de 1936, junto a los otros oficiales leales, Lacalle, Marina, Sánchez Aparicio y Mangada, formar un batallón de voluntarios.

Los comienzos del ejército republicano pueden fecharse claramente el 3 de agosto de 1936, cuando se publicó un decreto instituyendo batallones de voluntarios a reclutar entre milicianos de veinte a treinta años. Serían mandados por oficiales y suboficiales de carrera, llevarían uniformes y distintivos y servirían durante un mínimo de dos meses o por la duración de la campaña[12].

Este compromiso tan breve es una muestra de la estrechez de perspectiva de las autoridades republicanas, aunque, naturalmente, no podían prever que Franco lograría cruzar el estrecho existente entre Marruecos y España pudiendo aportar así a la campaña los soldados moros y la Legión.

Los voluntarios tendrían las mismas condiciones de comida y alojamiento que los soldados de quintas y posteriormente tendrían preferencia para puestos en la policía y como funcionarios subalternos. Sus empleos les serían conservados y podían nombrar ellos mismos a sus sustitutos durante su ausencia. El reclutamiento para los batallones de voluntarios se amplió el 18 de agosto a reservistas que pudiesen presentar un certificado de lealtad de una organización frentepopulista. Servirían durante seis meses o por la duración de la campaña, recibirían diez pesetas al día pero tenían que procurarse ellos mismos la comida.

Conforme a estos decretos, el primer batallón de voluntarios invitó al enrolamiento a milicianos el 4 de septiembre y éste tuvo lugar rápidamente. El batallón desfiló por Albacete, donde se instruía, el 17 de septiembre. El segundo batallón pasó revista el 24 de septiembre y el cuarto estuvo listo para el 17 de octubre[13].

La organización de estas fuerzas corrió a cargo de la Junta central de Reclutamiento, formada por Diego Martínez Barrio, dirigente del partido de Unión Republicana y delegado del gobierno para Levante; Mariano Ruiz Funes, ministro de Agricultura; y el general Martínez Monje, antiguo general jefe de la División de Valencia. Su ámbito de acción iba a incluir las provincias de la España republicana excepto Cataluña, el País Vasco, Santander y Asturias. Las fuerzas centrífugas de la revolución española habían impelido ya a esas regiones a actuar con independencia de Madrid.

Cada uno de los cuatro sectores principales en que fue dividido el territorio de la Junta debía tener un funcionario de alto rango a su frente, con poderes delegados para requisar[14]. El Decreto les concedía autoridad plena y afirmaba que cualquier obstrucción a su tarea, que obviamente era de esperar de milicianos incontrolables, sería considerada como traición. La Junta Central tenía su sede en Albacete, ciudad escogida quizá porque, aunque carecía de instalaciones militares, era un nudo de comunicaciones y estaba apartada de la sobrecargada atmósfera de Madrid. El posterior desarrollo de la zona como base de las Brigadas Internacionales probablemente se debió a esta decisión anterior de instruir allí a los batallones de voluntarios.

Los batallones de voluntarios no fueron bien recibidos por todo el mundo. Entre otros, *Claridad*, el diario socialista de izquierdas, proclamaba el 20 de agosto de 1936: «Pensar en otro tipo de ejército que sustituya las actuales milicias para de algún modo controlar su acción revolucionaria es pensar de manera contrarrevolucionaria».

Esta hostilidad contra la militarización, asociada principalmente a la CNT, no era algo exclusivo de los anarquistas. En realidad, como más adelante se verá, sólo los comunistas pidieron la militarización desde el principio. No es fácil entender tal oposición. Otros países en guerra han advertido que incluso un ejército de ciudadanos debe formarse siguiendo las líneas comunes de organización militar del país. En la España sublevada, la militarización fue llevada a cabo y las Milicias falangistas fueron organizadas militarmente por una simple orden. Pero en la zona republicana la rebelión militar había cristalizado el sentimiento de aversión hacia el militarismo español entre gran parte del sector progresista y revolucionario

de la población y se expresó en forma de creencia de que había llegado el momento de terminar de una vez con el sistema. Se creía que los nacionales no podían ser más que unos oficiales que dirigían a algunos reclutas renuentes en un pronunciamiento más, amenazados seriamente en su retaguardia por una población hostil y totalmente incapaces de resistir durante mucho tiempo al potencial industrial y financiero de la España republicana[15].

A pesar de los batallones de voluntarios, eran claramente las Milicias quienes estaban llevando el peso de la lucha. Así pues, al gobierno le resultaba indispensable controlarlas, lo cual empezó a hacer con la creación de la Inspección General de Milicias el 8 de agosto de 1936. Fue nombrado inspector general Luis Barceló, prominente jefe comunista recientemente ascendido a coronel[16]. El papel de la Inspección era canalizar dinero, aprovisionamientos y órdenes militares para las columnas milicianas, disolver las que eran demasiado pequeñas para resultar viables y dirigir su militarización. El 20 de octubre fa inspección pasó a ser controlada más estrechamente por el jefe de Operaciones de la zona Centro, que entonces era Asensio, y cambió de nombre por el de Comandancia Militar de Milicias. Su nuevo director fue Servando Marenco, un hombre surgido del anonimato del cuerpo de Oficinas Militares, y con el que el nuevo ejército de la República contrajo una gran deuda, pues los batallones de Milicias fueron absorbidos por las Brigadas Mixtas del Ejército Popular de la República con muy pocas dificultades cuando llegó el momento.

La Comandancia de Milicias creció tan rápidamente que dejó atrás a los batallones de voluntarios, abandonados el 28 de agosto[17]. El mismo Decreto reconocía que las Milicias constituían el Ejército y disponía que los hombres apropiados fuesen ascendidos a suboficiales, grados que serían reconocidos después de la guerra. Ésta es, significativamente, la primera indicación de que se hubiese advertido que «después de la guerra» haría falta una nueva plantilla militar y sería preciso repensar todo el concepto de los antiguos cuerpos de oficiales y suboficiales. Los oficiales de Milicias estudiarían en nuevas escuelas para oficiales[18]. Los milicianos estarían exentos de las obligaciones militares después de la guerra. El 16 de agosto, la *Gaceta* había decretado que las Milicias militarizadas tendrían derecho al

rancho y a diez pesetas al día (los voluntarios, recordémoslo, tenían que procurarse su propia comida[19]). Los oficiales de pagaduría de los batallones seguirían en sus puestos, pero en cada columna iría un oficial de Intendencia.

Inicialmente se asignaron diez millones de pesetas para financiar las pagas a las Milicias. Es evidente que el gobierno no tenía intención de consentir peticiones hinchadas a base de hombres inexistentes, pues un Decreto de la *Gaceta* del 1 de septiembre amenazaba con retener la paga de agosto a menos que las listas de hombres fuesen enviadas al Ministerio para su control.

Naturalmente, la distribución de las pagas no fue perfecta. El ministro de la Guerra, el teniente coronel Juan Hernández Sarabia, habló de «dificultades insuperables» con respecto a los pagos, por lo cual el quinto regimiento comunista se quejó, en los términos de su comisario, Contreras: «El miliciano no sabe nunca a punto fijo cuándo va a recibir el sueldo; ignora también de quién lo recibe: si es de su regimiento, de su sindicato, de su partido o del Ministerio de la Guerra»[20].

En cuanto a la provisión de mandos, un oficial que se pasó a los sublevados informaba de lo siguiente: «Carecen en absoluto de mandos eficientes, pues la oficialidad subalterna está reclutada entre las clases … dándoles … mandos de compañías. Las clases y cabos están hechos por el mismo procedimiento y no tienen ninguna autoridad»[21].

Según este informe, la mayoría de los milicianos estaban insatisfechos.

La Comandancia Militar de Milicias tenía su propia estructuración, anunciada el 21 de octubre[22]. A las órdenes de Marenco, a quien se otorgaron plenos poderes, había un secretario y cinco secciones: reclutamiento, organización y personal, armas y vestuario, alimentación y servicios médicos. A partir de entonces se acabaría la transmisión de dinero a través de los partidos políticos.

La tarea de la Comandancia era inmensa. Marenco envió circular tras circular con instrucciones destinadas a forjar el comienzo de un ejército a partir de las multitudes indisciplinadas que habían llenado las calles de Madrid tras la derrota de los sublevados. Estas órdenes se caracterizan por sus extensos preámbulos de explicación y justificación de las instrucciones,

algo necesario entonces porque las Milicias se resistían por principio a la disciplina y a las instrucciones. Una serie de cartas de septiembre recuerda a los comités de partido y sindicales que se debe obedecer a la Comandancia.

Los pagos fueron controlados estrechamente. Algunas cartas se niegan a pagar a hombres desarmados o cuyas tareas no pueden considerarse como estrictamente militares. Una conclusión de una reunión de la Comandancia celebrada el 9 de octubre decía: «A partir del día 11 del actual, no se abonarán más nóminas que las presentadas por batallones perfectamente encuadrados, armados y militarizados».

Un ejemplo notable de la puntillosidad con que se llevaban las cuentas fue la decisión de la Comandancia de pagar sólo 80 pesetas en lugar de 170 por los diecisiete días que iban del 18 de julio al 5 de agosto, decisión tomada porque durante este período los milicianos habían recibido subsidios de sus ayuntamientos y habían requisado alimentos sin autorización[23].

El 21 de mayo de 1937, la Pagaduría de la Comandancia devolvió al Erario la minúscula suma de 3768,19 pesetas; resulta evidente por la escrupulosidad de su contabilidad que estaba decidida a gastar el dinero público sólo en aquellas milicias que aceptasen la autoridad. El gobierno tenía un control casi completo de los gastos en unos excelentes archivos contables.

Los registros de la Comandancia contienen información sobre el número y la identidad política de los milicianos, sus edades, lugares de origen, ingresos anteriores y proporción de heridos[24]. El análisis de estas cifras muestra que, en general, el reclutamiento para las Milicias se hacía entre los jóvenes con oficios no especializados y no entre hombres casados con empleos de categoría superior. No sería correcto hablar de masas lanzadas a enrolarse en las Milicias.

Para calcular el número de milicianos que hubo, el método que da margen a menos errores consiste probablemente en dividir la suma de dinero gastado en un período dado por las diez pesetas diarias que ganaban los milicianos. Corremos así el riesgo de sobrestimar las cifras a causa de los exagerados estadillos de las columnas, pero, por otro lado, algunas Milicias cenetistas al principio no reclamaron sus pagas porque el hacerlo

implicaba aceptar la militarización[25]. De esta forma, los errores se compensan.

La suma total gastada por la Comandancia Militar de Milicias entre el 15 de agosto de 1936 y el 28 de febrero de 1937 se aproximó a los 179 millones de pesetas. El número medio de hombres por días es, pues, de 97 282. En realidad, como la suma de febrero fue mucho mayor que la de los meses anteriores, esa cifra resulta excepcionalmente elevada y la de 89 391 hombres para octubre de 1936, dada en el apéndice 3, resulta probablemente verosímil[26].

En julio y agosto de 1936 había muy pocas unidades en forma militar pero para septiembre había por lo menos cuarenta y seis unidades que pedían salarios para más de 300 hombres. No se había fijado el personal de un batallón miliciano, pero 300 hombres parece haber sido una cifra considerada viable. Para septiembre la mayoría de las Milicias tenían tales batallones, siendo los más numerosos de ellos los batallones de voluntarios numerados, el batallón Joven Guardia, el batallón Juventud Campesina y el batallón El Terrible[27].

En octubre de 1936 había setenta y cuatro batallones que afirmaban tener al menos 330 hombres cada uno[28].

Este hecho indica que las Milicias formaban ya un ejército embrionario y, como veremos más adelante, fue en octubre cuando algunos de estos batallones empezaron a incorporarse a las Brigadas Mixtas del nuevo ejército.

II. Las milicias de Aragón y Levante

La Comandancia Militar de Milicias comprendía la España central, del Sur y el Levante. En Cataluña, la situación era distinta. Si las columnas de Aragón tenían comunicaciones con alguien, era con el Consejo de Defensa del gobierno autónomo de Cataluña, la Generalität, dirigida por el teniente coronel Díaz Sandino[29]. Los militares de Barcelona habían sido diezmados al fracasar su rebelión por lo cual resultó imposible mantener sobre las

Milicias nada parecido a la autoridad de que Madrid, con su armazón gubernamental, podía disfrutar.

Lluís Companys, presidente de la Generalitat, habiendo reunido a los dirigentes de la CNT y la FAI después del aplastamiento de la sublevación, les sugirió que formasen un comité de Milicias y nombrasen como asesor militar a un militar de conocido separatismo y opiniones de izquierdas expulsado del Ejército tras la rebelión de octubre de 1934, Enrique Pérez Farrás. Los comités milicianos fueron sustituidos por el Comité de Milicias Antifascistas que incluía a conocidos dirigentes cenetistas y faístas y delegados de los partidos catalanistas[30]. La composición del Comité varió incluyendo representaciones de grupos menores como el POUM, los comunistas y Estat Catalá[31].

Los cuarteles fueron ocupados por las Milicias y rebautizados *Lenin*, *Marx*, *Bakunin*, *Vorochilov*, etc.

La formación de la primera columna surgió como resultado de la inesperada captura de Zaragoza por los nacionales y del peligro para Cataluña de un rápido avance de los mismos a través de Aragón. Se organizó una poderosa columna de voluntarios, opinando Companys que deberían mandarla dos hombres de reconocido prestigio militar y político[32], porque hombres prestigiosos tendrían más posibilidades de que se obedeciesen sus órdenes pues, si no, la columna resultaría anárquica además de anarquista. Se seleccionó a Pérez Farrás y Buenaventura Durruti, carismático dirigente de la CNT-FAI[33], siendo aceptados sin la menor vacilación, tras de lo cual se procedió a pedir voluntarios. Se presentaron tantos que hubo que hacer una selección para poder armar a todos.

Resulta difícil calcular el número de milicianos. Abad de Santillán[34] y Peirats[35] hablan de 150 000 en los primeros días y el primero se refiere a 30 000 en el frente para septiembre. Sanz afirma que 18 000 pasaron por el cuartel Bakunin en sólo un mes. Para llegar a alguna conclusión deberemos examinar individualmente cada columna, pero desafortunadamente carecemos de libros de contabilidad llevados con minuciosidad del tipo de los de la Comandancia de Milicias madrileña[36].

De norte a sur había trece columnas identificables a grandes rasgos:

La columna Pirenaica, al mando del comandante Mariano Bueno, avanzaba hacia Huesca con 1500 milicianos y dos baterías (seis u ocho cañones) de 105 mm.

La columna Villalba, compuesta posiblemente por un millar de milicianos al mando del coronel Villalba en Barbastro, avanzaba sobre Huesca, uniéndose a las dos columnas del POUM, la Lenin y la Maurín. La columna total debe haber tenido 4500 efectivos. Las columnas del POUM también tuvieron un exceso de voluntarios. Había algunas compañías internacionales reclutadas entre los atletas que habían acudido a Barcelona para las abortadas olimpiadas populares. No había militares profesionales entre ellos excepto posiblemente uno o dos suboficiales de la Guardia de Asalto. Ni José Rovira ni Jordi Arquer, los dirigentes de las columnas, tenían instrucción militar, aunque la capacidad de Rovira pronto se hizo patente[37].

La columna Los Aguiluchos, dirigida por García Oliver, tenía unos 2000 efectivos. García Oliver regresó pronto a sus tareas administrativas en Barcelona, dejando el mando a Luis Escobar y Miguel García Vivancos, después jefe de la 25.ª División. Esta columna y la columna Roja y Negra se unieron a la columna Ascaso, mandada por Domingo Ascaso y Gregorio Jover, totalizando hacia primeros de septiembre posiblemente 7000 hombres.

La columna del PSUC contaba con 2000 efectivos y tres baterías de artillería. La mandaba José del Barrio, después jefe de Cuerpo.

La columna Durruti fue probablemente la mayor de todas. Las cifras que se han dado como totales varían de los 6000 milicianos de *The Times* del 24 de julio a los 1200 de Koltsov[38].

En noviembre, la columna Durruti fue lo bastante fuerte como para enviar unos 3000 hombres a Madrid[39].

Al sur del Ebro estaban la columna Hilario, con 1000 hombres, que contaba con algunos soldados de la guarnición de Tarragona; la columna Coronel Martínez Peñalver, con 600 soldados; la columna nacionalista catalana Maciá-Companys, y la columna Ortiz. Estas dos últimas tenían unos 4500 hombres.

Éstas eran las principales columnas en Aragón en 1936. Parece improbable que el total de hombres en el frente a un mismo tiempo pasase de 25 000. Se enfrentaban a un número menor de hombres en el lado sublevado, pero como las Milicias estaban en posición de atacantes, que tendrían que haber sido netamente superiores, resultaban extremadamente débiles, teniendo en cuenta, además, que luchaban contra tropas y Milicias adecuadamente militarizadas y dirigidas por oficiales de experiencia.

En la región valenciana había dos columnas que atraían el interés, la columna de Hierro[40] y la columna Uribarri[41].

No hay duda de que la columna de Hierro tuvo una existencia tormentosa. Uno de sus principales apologistas reconoce que regresó del frente a Valencia en septiembre y pidió la disolución de las fuerzas de policía y su reemplazamiento por vigilantes milicianos[42]. Asimismo, destruyó los archivos policíacos y judiciales.

Hasta qué punto se puede afirmar que aterrorizó a la región, es algo que depende del valor que se otorgue a las críticas de los oponentes a la columna de Hierro. Parece probable que la columna se convirtiese en el chivo expiatorio de los atropellos y depredaciones cometidos por otras Milicias[43]. De hecho, hay indicios que resultan favorables a la columna.

En una reunión celebrada en Valencia el 22 de marzo de 1937 se hizo público su presupuesto. El dinero, muy probablemente conseguido de modo irregular, se había gastado del siguiente modo:

100 000 pesetas en escuelas «racionalistas».
100 000 pesetas en hospitales bélicos dirigidos por la CNT.
100 000 pesetas en ayudar a anarquistas extranjeros.
200 000 pesetas en alimentos para Madrid.
1 000 000 de pesetas en publicaciones, una biblioteca y la prensa anarquista internacional[44].

Aunque gran parte de este dinero se gastó en cosas que de cualquier modo tendría que haber proporcionado el Estado, la columna no tenía ciertamente derecho a hacer expropiaciones por cuenta propia ni a decidir a qué debían dedicarse tales sumas. Pero si esta contabilidad era correcta, y la

CNT tenía fama de una rectitud total en asuntos financieros, está claro que no se utilizó nada para construir un imperio ni para mantener a dirigentes de modo suntuoso. A ese respecto, puede defenderse la actividad de la columna de Hierro.

Los pocos números que han quedado del periódico de la columna, *Línea de Fuego*[45], informan de que en octubre de 1936 se resolvió en una reunión expulsar a hombres que habían cometido «inmoralidades» citándose cinco nuevas leyes para la disciplina miliciana, tomadas de *Frente Libertario*, editado por el Comité de Defensa de la CNT para las Milicias:

1. Todos deben obedecer a los comités de batallón y a los dirigentes delegados.
2. El miliciano no puede hacer lo que quiera en asuntos militares y debe ir adonde le ordenen.
3. Quienes desobedezcan serán castigados.
4. Las faltas graves incluyen la deserción, el abandono de puesto, el pillaje y hacer observaciones desmoralizadoras.
5. Aunque el enrolamiento sea voluntario, los milicianos son soldados de la Revolución y deben obedecer.

El tono con que fue reproducido este pentálogo en *Línea de Fuego* indica al menos que los dirigentes de la columna buscaban la disciplina. Las propias palabras podrían haber procedido de cualquier manual miliciano, incluso comunista.

Finalmente, la columna de Hierro fue militarizada convirtiéndose en la 83.ª Brigada Mixta a finales de marzo de 1937 y ya no ocasionó más problemas. Pero muchos incontrolables habían sido encarcelados, como observó Azaña, advirtiendo el profundo cambio que había ocurrido en el frente de Teruel[46].

La columna Uribarri o Fantasma fue dirigida por Manuel Uribarri, oficial de la Guardia Civil de marcadas opiniones izquierdistas. Se trataba de un hombre alborotador y pendenciero que se peleó con el capitán Bayo cuando la expedición de Mallorca en agosto de 1936, y con Líster más

adelante. Bayo se queja de su conducta y hay pruebas de que, al menos, era persona muy pagada de sí mismo[47].

Aunque la columna Fantasma tuvo sus problemas y publicó una lista de recomendaciones disciplinarias, su cronista la describe como una organización casi perfecta. Según él, las transmisiones funcionaban perfectamente, con líneas directas con Madrid, Valencia y todos los aeródromos (*sic*). En cuanto a la educación, había escuelas, proyecciones de películas, conferencias, una biblioteca circular y una pequeña orquesta. Tenía un sistema postal, a cargo de un funcionario de Correos, una sección que se encargaba de los sospechosos de fascismo en los pueblos por los que pasaban, dos almacenes de provisiones en Valencia, una fábrica de vestimenta que empleaba a cien mujeres, tres talleres de armamento y un quirófano completo[48].

La importancia de todo esto reside en que los defensores de las columnas no militarizadas consideraban primordial subrayar que se podía conseguir una excelente organización sin recurrir a la militarización. Desafortunadamente, esta columna no tuvo éxito en Mallorca y, además, las fuerzas enemigas le hicieron retroceder de forma continua hasta Madrid.

III. Las milicias en el norte

Bilbao y San Sebastián vieron concentraciones milicianas tan pronto fue dominado el alzamiento. La creación de las Milicias vascas data del 8 de agosto de 1936, cuando los dirigentes de la Junta de Defensa, los políticos nacionalistas vascos Irujo, Monzón y Lasarte, aconsejados por el capitán Saseta, oficial simpatizante del nacionalismo vasco, decidieron convocar a sus militantes para que formasen la Euzko Gudarostea, o Milicias vascas. A finales del año había setenta batallones, de ellos treinta y dos nacionalistas vascos, y el resto socialistas, anarquistas o comunistas[49].

Las Milicias nacionalistas vascas se diferenciaban de las demás principalmente en que su disciplina era mejor. Lo que pretendían no era hacer la revolución sino conservar su independencia, concedida por el

Estatuto de Autonomía aprobado el 1 de octubre de 1936. En el resto de España, la quema de iglesias y la matanza de sacerdotes fue a menudo obra de las Milicias, pero, aunque estos hechos sucedieron ocasionalmente en Vizcaya, no fueron obra de los batallones nacionalistas vascos, que hasta tenían capellanes[50].

También se diferenciaban de las otras Milicias en que contaban con muy pocos oficiales profesionales. En la plantilla de oficiales de los batallones vascos sólo aparece una pequeña compañía de Tanques con un oficial profesional a su mando y éste procede de la Guardia Civil. También hubo escasez de aprovisionamientos los primeros días[51].

IV. El Quinto Regimiento

Vamos a considerar ahora con cierto detalle los dos grupos de Milicias más significativos. Se trata del Quinto Regimiento, del Partido Comunista, y de la milicia cenetista de la España central, es decir las Milicias Confederadas de la Región Central.

Enrique Líster, que sustituyó a Castro Delgado como jefe del Quinto Regimiento, escribe que el Regimiento se basó en los MAOC y en el quinto de los cinco batallones de voluntarios que se decidió crear tan pronto como fue dominado el alzamiento en Madrid[52]. Esta información coincide con la de Fernández Navarro[53]. Modesto, que también lo mandó durante breve tiempo, explica que se ordenó a las MAOC concentrarse en el convento de salesianos de la calle de Francos Rodríguez[54].

Se puede, pues, desconfiar de las afirmaciones según las cuales el Quinto Regimiento fue llamado así porque la guarnición madrileña anterior a la guerra había tenido cuatro batallones. Lo que ocurrió fue que el quinto batallón de voluntarios, que Fernández Navarro se había encargado de formar, se unió a unos embriones de formaciones de las MAOC del distrito de Cuatro Caminos y utilizó el convento como cuartel. Los dirigentes del Partido Comunista fueron informados de ello y en la reunión del 20 de julio

se tomó la decisión de formar unas Milicias comunistas que sirvieran de ejemplo.

La cuestión del número de efectivos del regimiento es importante en la medida en que da idea de la contribución comunista a los esfuerzos milicianos. Pero se topa con la dificultad de que el regimiento era un centro de instrucción y no una fuerza de combate. Por eso no siempre resulta posible saber cuáles batallones pertenecían a él. Todos los autores comunistas dan una cifra de 70 000 hombres, procedente del último número del periódico del regimiento, *Milicia Popular*. Según esas fuentes, la mitad de ellos eran comunistas. Pero esto parece dudoso pues hubiese sido difícil encontrar 35 000 comunistas, en su mayoría jóvenes, en la España de 1936, y esa cifra debe incluir a miembros de las Juventudes Socialistas.

Los registros de la Comandancia Militar de Milicias y otras dos plantillas existentes en el Archivo[55] indican una cifra de hombres para el regimiento de entre 22 500 y 25 000. Una plantilla firmada por Líster, probablemente en octubre de 1936, habla de cincuenta batallones[56]. Aun si cada batallón hubiera tenido quinientos hombres, que es improbable, el total no habría pasado de 25 000. Además, existen varios comentarios interesantes de la Pagaduría de la Comandancia de Milicias. Originada por la renuncia de la Pagaduría a reconocer uno de los batallones del regimiento, aparece en los documentos esta queja, expresada en términos generales:

> El Quinto Regimiento presenta sus nóminas englobadas y sin hacer distinción de cuáles son los batallones que integran el dicho documento de reclamación. Es decir, que con el título de Quinto Regimiento han venido presentando sus nóminas en las que sólo se percibe a su lectura una numerosa relación nominal. Esta modalidad del Quinto Regimiento, cree esta Pagaduría, envuelve un grave perjuicio para la buena marcha de las funciones de organización encomendadas a esta Comandancia[57].

En otro comentario se puede leer: «Creo cumplir con mi deber señalando este volumen extraordinario de hombres que, dado su elevado número, exigen desde el punto de vista orgánico militar una especial estructuración muy diferente a la adoptada para el resto de los batallones que forman las milicias nacionales»[58].

Careciendo de más pruebas al respecto, parece correcto afirmar que el Quinto Regimiento instruyó a unos 25 000 hombres, la mitad de la cifra asegurada por sus dirigentes[59].

Se ha asegurado que el Quinto Regimiento dio origen a conocidos y competentes oficiales y comisarios. Entre los que se citan figuran Ascanio, Leal, Modesto, Líster, Merino, Aguado, Pertegás, Barcia, Delage, Santiago Álvarez, José del Campo, Castro Delgado, Galán, Contreras, García Val, Barbado, Daniel Ortega y Durán[60]. Algunos de esos hombres hubieran tenido una actuación renombrada aun sin el Quinto Regimiento: por ejemplo, Modesto. Una notable omisión de la lista citada la constituye la ausencia de Valentín González, «El Campesino», rebelde, en años posteriores, contra el partido.

Lo original y significativo del Quinto Regimiento fue su actitud realista con respecto a la guerra. Mientras que la euforia de los primeros días parecía expresarse en las demás Milicias por la convicción de que unos cuantos camiones llenos de hombres valientes, con fusiles y armas cortas cogidos de los cuarteles, podrían fácilmente hacer huir al puñado de oficiales y falangistas rebeldes, sobre todo porque pensaban que los reclutas que había con los sublevados estaban allí a pesar suyo y que la población les era hostil, el Quinto Regimiento sabía que tenía que enfrentarse a un enemigo formidable. Las otras Milicias no advertían la importancia de los oficiales ni de la disciplina, aun en el caso de no ser abiertamente hostiles a ella, pero la actitud del Quinto Regimiento era totalmente distinta. De ahí que la relativa estrechez de miras —por lo menos al principio de la guerra — de los dirigentes cenetistas Mera y Durruti diese paso a la instrucción revolucionaria y a la experiencia de Carlos Contreras, seudónimo de Vittorio Vidali, el comunista italiano y principal consejero militar de la Comintern en España hasta la llegada de los rusos.

En una serie de artículos publicados en *Milicia Popular*, el bien redactado diario del Regimiento, Contreras analizó la significación de la guerra y cómo habría que hacerla. Los artículos constituyen el meollo de la actitud del Partido Comunista con relación a los aspectos militares de la guerra civil española y resultan enormemente significativos con respecto a las opiniones del partido sobre lo que debería ser el nuevo Ejército.

Contreras comenta la sorpresa de muchos ante las victorias del pueblo sobre fuerzas profesionales en Madrid y otras ciudades. Equivocadamente, sigue diciendo, este hecho ha originado la creencia de que el profesionalismo es inútil y de que basta el mero heroísmo. Pero el heroísmo por sí solo puede ser contraproducente y sólo resulta decisivo cuando va aliado a una técnica militar adecuada. El mando es esencial y a los hombres competentes debe dárseles autoridad plena.

La concepción del técnico militar subordinado al responsable político, prevaleciente en las columnas cenetistas, dice Contreras, es totalmente incorrecta en una guerra revolucionaria. Y más aún lo es el que las decisiones las tomen comités. La equivocación del antimilitarismo consiste en que se confunde la palabra «oficial» con su papel en el antiguo Ejército. La diferencia entre el oficial, incluso profesional, del ejército revolucionario, y el oficial rebelde reside en su relación con sus soldados. Pero la existencia de autoridad y la primacía de los principios militares son indiscutibles[61].

Apenas resulta necesario subrayar el atractivo de esta postura para los oficiales profesionales.

Aunque el Quinto Regimiento fue un centro de instrucción, formó sus propias unidades de combate, las compañías de Acero, y la brigada de la Victoria. Como estas unidades estaban asociadas directamente al regimiento y, por lo tanto, al partido, se suponía que no cometerían los errores típicos de otras Milicias. Se impusieron restricciones al reclutamiento; los admitidos tenían que reunir buenas condiciones físicas, poseer rudimentos de formación militar y jurar obedecer la estricta disciplina del regimiento. Las compañías de Acero eran unidades con autonomía completa, que contaban con sus propios servicios de transmisiones, secciones de ambulancias, etc. Este hecho resulta significativo pues esta concepción de la autonomía constituye el meollo de la Brigada Mixta, unidad básica del Ejército republicano.

Los archivos no contienen documentación sobre las realizaciones bélicas de estas unidades del Quinto Regimiento, pero el regimiento no sobresalió por encima de las realizaciones generales de las Milicias[62].

Hacia finales de agosto las compañías de Acero se fusionaron con la brigada de la Victoria. Esta unidad regresó del frente el 15 de septiembre, siendo recibida por el consabido aparato propagandístico, con discursos y por conocidos antifascistas extranjeros. Sus proezas no habían sido espectaculares. Desde luego, ninguna milicia realizó grandes hazañas en septiembre, pero la determinación de los autores de *Milicia Popular* en glorificar los inexistentes triunfos de las tropas instruidas por el Partido Comunista resulta un ejercicio tan evidente de propaganda que fácilmente puede llevar al lector a minimizar las realizaciones, posiblemente reales, del Quinto Regimiento en otros campos.

El principal éxito del Quinto Regimiento aparte de haber advertido la importancia de la disciplina, consistió en incluir en su organización la totalidad de la infraestructura militar: la administración, un Estado Mayor, una escuela de formación de oficiales, unidades de guerrillas, abastecimientos, transportes y transmisiones, una escuela de enfermeras y organizaciones femeninas para ayudar a las familias de los combatientes; ideó la transmisión propagandística al enemigo mediante altavoces y promovió las primeras campañas de alfabetización. Adoptó fábricas y, en palabras de Líster:

> … cooperó con entusiasmo y lealtad al trabajo de las autoridades; sostuvo una estrecha ligazón con todos los partidos políticos y sindicatos; ayudó concretamente a los otros batallones … mantuvo ininterrumpido contacto con la población civil por medio de publicaciones, periódicos, mítines, conferencias, cine, banda de música, compañías de artistas, exposiciones, carteles, etc [63].

La principal de las publicaciones del Quinto Regimiento fue su diario *Milicia Popular*[64]. Bien escrito, fue el vehículo de que se sirvió el partido para dar publicidad a sus ideas sobre la formación del nuevo Ejército. También hubo una editorial que publicó obras de escritores como Sender y Alberti, a los que ya entonces se tenía por autores de calidad.

Hubo cursillos de un nuevo bachillerato abreviado, mientras las transmisiones de la emisora del regimiento comenzaron con charlas de Líster, Sender y comunistas extranjeros como Pietro Nenni.

Lo más llamativo es la energía puesta por las autoridades del regimiento en trabajar las mentes de sus hombres. Había visitas diarias de personalidades del Frente Popular y corresponsales extranjeros, que quedaban muy impresionados por su nivel de organización y moral. No se dejó nada al azar, y, por ejemplo, una casa cuna inaugurada en agosto para los hijos de los combatientes contaba con dos psicoanalistas alemanes.

Este torrente de energía fue liberado por la Comisión de Trabajo Social, que constituye un interesante precedente del sistema de comisariados utilizado en el Ejército republicano. Además de la labor de agitación ya descrita, la comisión organizó exposiciones artísticas (sobre temas estrictamente realistas y revolucionarios) y proyectó las películas sobre la revolución rusa *Chapaiev*, *Kronstadt*, y el *Acorazado Potemkin* en cines provisionales, no sólo en Madrid sino también en pueblos a todo lo largo del frente. Como indicación de la febril actividad de la comisión, diremos que hubo cuarenta y siete sesiones en el espacio de una visita de cuarenta y cuatro días a Teruel y Andalucía con un camión y un proyector. Sólo el 27 de diciembre hubo seis proyecciones en los alrededores de Madrid.

El 27 de diciembre de 1936, *Milicia Popular* anunciaba que el 70% del Quinto Regimiento se encontraba ya en las Brigadas Mixtas y que no habría más enrolamientos para el regimiento. Los cuarteles serían evacuados y se pondría todo a disposición de las autoridades de las Brigadas Mixtas. Las secciones de Estado Mayor desaparecerían ya que existía el Estado Mayor del Ejército. Las salas de los cuarteles se convertirían en la Casa del Combatiente, anticipándose así al Hogar del Soldado del Ejército republicano.

El 27 de enero de 1937, el Quinto Regimiento fue disuelto oficialmente. Había cumplido su tarea.

Un examen cuidadoso de los archivos de hombres y secciones del Quinto Regimiento nos lleva a la conclusión ineludible de que hubo un considerable intento propagandístico para subrayar la importancia del regimiento y, por lo tanto, del Partido Comunista para estimular una actitud «correcta» con respecto a la guerra y la formación del Ejército. Pero no por ello se debe subestimar la importancia de la unidad. Haber instruido a 25 000 hombres fue ya un asombroso esfuerzo para un grupo minoritario; y

el intento de conseguir contra la corriente que se respetasen los valores militares también debe considerarse algo positivo. Su influencia en el sistema de comisariados está fuera de toda duda. Muchas de las cosas que posteriormente se hicieron en el Ejército Popular tuvieron su principio en el regimiento. La proliferación de propaganda impresa es una de ellas. Si el Quinto Regimiento no fue tan importante para la creación del ejército republicano como asegura el Partido Comunista, en cambio, sí ha tenido enorme importancia en la historia de la revolución.

V. Las milicias anarquistas

Las Milicias de la CNT en la España central carecen de la publicidad que ha tenido el Quinto Regimiento[65].

El Comité de Defensa de la CNT llevó a cabo un examen previo de las solicitudes de ingreso para asegurarse de que no se trataba de simpatizantes de los sublevados que trataban de emboscarse en las Milicias. Luego fue convocando a los hombres para las Milicias a medida de las necesidades. Cada veinte hombres elegían un delegado; cada cien, o centuria, otro delegado, y el Comité de batallón estaba compuesto por los delegados de centuria[66].

Los anarquistas buscaban un sistema lo más democrático posible pero, incluso en sus primeras formaciones de Milicias, resulta evidente la contradicción entre la teoría y la práctica. Aunque se llamasen grupos o centurias, de hecho eran secciones y compañías. Dejando aparte todas las teorías, la organización y la jerarquía son connaturales a la guerra, de modo que la CNT tuvo que aprender a vivir contando con ellas.

En cuatro días se incorporaron cuatro mil hombres a la columna anarquista, armados con lo que habían conseguido en las instalaciones militares de Alcalá de Henares tomadas por asalto por los grupos cenetistas. Su dirigente militar era un militar profesional, Francisco del Rosal Rico, y el dirigente político el ascético Cipriano Mera, que llegaría a mandar un cuerpo de Ejército.

El «Estado Mayor» consistía en un ingeniero civil y tres periodistas[67].

Como otras Milicias, las Milicias Confederales tenían un conjunto de reglas que resaltaban la importancia de la disciplina. La exhortación final aseguraba con énfasis que no se trataba de disciplina cuartelera, y que, por lo tanto, los compañeros podían aceptarla.

La unidad mayor era la columna Del Rosal, que contaba en agosto con 835 milicianos[68]. Había también una columna cenetista de Andalucía y otras pocas unidades que contaban con un total de 1238 efectivos con derecho a paga. El total puede haber sido más elevado pues los primeros días algunos anarquistas se negaron a cobrar porque entendían que hacerlo significaba aceptar la militarización.

En septiembre había 5591 efectivos contabilizados en nómina y en octubre se pagaron sumas para 12 515 milicianos de la columna de Andalucía, la columna España Libre, las Milicias Confederales y otras. La cifra aumentó rápidamente y en diciembre las dos Milicias anarquistas consolidadas, la columna de Andalucía y las Milicias Confederales, aparecieron en contabilidad con más de 23 000 hombres.

Aunque se hizo mucha menos propaganda en torno suyo, las Milicias anarquistas de la España central parecen haber tenido una organización que no le envidiaba en nada a la del Quinto Regimiento. Existían los abundantes comités interrelacionados para el abastecimiento, el reclutamiento y los pagos; los reclutas pasaban un examen médico y eran alojados en cuarteles[69].

Es cierto, sin embargo, que gran parte de la información existente sobre estas columnas procede de la propia CNT, deseosa de no quedarse atrás en la carrera por demostrar su temprana participación en el combate contra el fascismo. Por eso tales informaciones no pueden considerarse como totalmente ciertas en todos los aspectos, si bien la comparación de las aseveraciones cenetistas con la información disponible en los archivos muestra que los informes anarquistas no son exagerados.

VI. Los logros de las milicias

Otro asunto, con respecto al cual los hechos han sido oscurecidos por los autores que han publicado apologías de la conducta de sus propios grupos políticos, es el de la disciplina y los logros militares de las Milicias. Los comunistas alaban el heroísmo de sus fuerzas, mientras los anarquistas condenan la militarización de 1937 por haber ahogado el verdadero espíritu miliciano[70]. Pero casi todos los informes de oficiales profesionales expresan críticas.

Las principales críticas se refieren al pánico que condujo a retiradas innecesarias. Un informe, interesante y extenso, típico de los entonces redactados con frecuencia, es el del coronel Mariano Salafranca sobre la columna de Oropesa, que defendía la principal carretera al suroeste de Madrid.

Se le había ordenado hacerse cargo de la columna la noche del 28 al 29 de agosto de 1936, aunque, escribe, sus colegas le habían puesto sobre aviso acerca de lo irremediable de la situación[71]. No tenía ninguna información ni sostuvo alguna reunión previa al respecto, así como tampoco hubo transmisión de poderes. La moral era baja y un oficial de Milicias había sido asesinado al tratar de parar una desbandada. Como cuartel general, Salafranca tuvo que utilizar una caseta de peón caminero desde la cual intentó organizar la columna, dispersa a lo largo de quince kilómetros de carretera. El 30 de agosto impuso canales apropiados para las reclamaciones «para contar esa abrumadora y perniciosa intervención de cada miliciano con el mando».

Al menos un grupo de Milicias abandonó sus puestos para tomar la cena en el pueblo próximo.

Los comentarios de Salafranca sobre los milicianos son atinados:

> Sus retiradas tienen por causa la estructura militar del miliciano y la heterogeneidad de la constitución de las milicias, que reúnen masas en las que desorganizadamente se mezclan espíritus nobles, valientes y apasionados de la causa que defienden, con tipos de características completamente opuestas … y … una masa amorfa, dispuesta, según las circunstancias, a seguir a unos y otros, sin sentimientos propios, buscando egoístamente, en casos difíciles y de peligro … el camino más fácil para la conservación de su vida.

Salafranca sigue diciendo que todo esto se sabía, mientras critica al Estado Mayor por haber confiado una zona llana y abierta a una columna miliciana, siendo de dominio público que las Milicias no podían combatir en campo abierto sino únicamente en terrenos accidentados con árboles o coberturas de otro tipo[72].

Incluso este informe tan relativamente localizado indica que si las Milicias hubiesen sido utilizadas en zonas donde hubieran podido servirse más de las coberturas naturales, si se les hubieran suministrado oficiales y suboficiales de modo apropiado, si la logística del aprovisionamiento de municiones hubiese sido mejor, y, en términos generales, si las autoridades republicanas hubieran sido capaces de utilizar a sus milicianos como lo hicieron los nacionales con los requetés y falangistas, entonces no se habría exigido tanto de ellos.

En tales circunstancias, la falta de moral resulta excusable. El fusilamiento seguro era la suerte que esperaba a los milicianos capturados por las columnas moras y legionarias que avanzaban rápidamente[73].

Pero sería un error suponer que las Milicias no combatieran nunca valientemente. Ejemplos de valerosa resistencia pueden hallarse en los informes de jefes sublevados sobre la captura de Espejo (Córdoba), la zona minera de Río Tinto, Almendralejo, Mérida y Sigüenza donde las Milicias resistieron hasta el fin[74].

El comentario de Vicente Rojo, más adelante jefe del Estado Mayor del ejército republicano, es el más ponderado: «Las unidades de milicias podían resistir esporádicamente en algunos lugares donde se imponía la energía de algunos jefes, pero esto no impedía que el conjunto fuese incesantemente arrollado y que el repliegue careciese de un mínimo de orden, aunque en la lucha se multiplicasen los actos de valor»[75].

Las Milicias dieron muestras de desconocer totalmente las reglas militares más elementales. Se lanzaban hacia adelante en líneas largas y horizontales y luego se arracimaban, ofreciendo un excelente blanco. No se apartaban de las carreteras, de manera que un simple avión armado con una ametralladora podía deshacer toda una columna.

No obedecían las órdenes; sus jefes tenían que añadir amenazas a las órdenes escritas. Su disciplina de fuego era mala. Los milicianos gastaban

centenares de balas intentando derribar aviones con sus fusiles consiguiendo únicamente revelar su posición. A menudo se negaban a cavar trincheras. Comprensiblemente, no tenían mucha resistencia ante las privaciones físicas y se resentían del gran calor del verano[76]. Un programa de instrucción militar mejor, si hubiesen estado dispuestos a aceptarlo, les habría preparado mejor en todos los aspectos.

En el frente de Aragón estas características de las Milicias se dieron con más agudeza aún, pero no resultaron tan obvias porque los nacionales eran demasiado débiles para hacer algo más que mantener sus líneas. Los hombres regresaban a Barcelona los fines de semana, discutían las órdenes, se negaban a entregar material a Milicias de diferentes opiniones políticas y a fortificar las posiciones.

Si la experiencia de George Orwell en los cuarteles del POUM fue algo típico, entonces no resultan sorprendentes los pobres resultados conseguidos en el frente:

> En mi segundo día de estancia en el cuartel comenzó lo que cómicamente fue denominado «instrucción». Al principio hubo terribles escenas de caos. Los reclutas eran en su mayoría muchachos de dieciséis o diecisiete años de los barrios bajos de Barcelona, llenos de ardor revolucionario, pero desconocedores por completo de lo que significa la guerra. Resultaba imposible incluso conseguir que guardaran la fila. La disciplina no existía; si a uno no le gustaba una orden, se salía de la fila y discutía ásperamente con el oficial… La supuesta instrucción era simplemente un ejercicio para aprender a desfilar … esa cosa absurda e inútil que me habían enseñado a mis quince años … Evidentemente, si sólo se tienen unos pocos días para enseñar a un soldado, lo que hay que enseñarle son las cosas que le van a hacer más falta … Y a esa multitud de muchachos impacientes, en cambio, que al cabo de pocos días iban a ir a las líneas del frente, ni siquiera se les enseñaba cómo disparar un fusil ni retirar el seguro de una bomba de mano[77].

Los dirigentes de las Milicias se daban cuenta de que algo había que hacer. El oficial de Información agregado a la columna Del Rosal informaba al Estado Mayor de que la CNT había decidido robustecer la disciplinas[78]. Todas las Milicias publicaron instrucciones acerca del buen gobierno y conducta militares. Federica Montseny, ministra anarquista de Sanidad, pidió disciplina en su discurso fúnebre en honor de Durruti uniéndose otros dirigentes anarquistas a su petición[79].

De hecho, tras las derrotas de septiembre de 1936, pocas personas se habrían mostrado en desacuerdo con esas peticiones. Pero a fin de cuentas, los fines anarquistas se limitaban a que los hombres obedeciesen a sus delegados, pero podían cambiar a éstos si no estaban de acuerdo con ellos. Pero andar cambiando de oficiales no es manera de luchar en una guerra y antes de que pasara mucho tiempo la CNT tendría que modificar su actitud.

VII. Las milicias y los oficiales profesionales

A la vista de esta situación, la posición de los oficiales profesionales no era nada envidiable. Tanto el general Riquelme como Asensio fracasaron como comandantes en jefe de la España central, debido sobre todo a su incapacidad para adaptarse a las Milicias.

Hasta cierto punto, el fracaso de Riquelme no puede atribuirse a las Milicias. No había tenido ningún mando activo durante varios años y no parece haber sido capaz de mandar una fuerza sobre el terreno. En su informe pide una larga lista de las cosas imprescindibles más elementales, como platos, material de escritorio y tiendas. Si las columnas de Aragón habían indicado a sus hombres que acudiesen equipados de sábanas, jabón y toallas y habían asegurado que los grupos con ametralladoras podrían permanecer juntos[80], era algo comprensible en Barcelona, donde no había quedado una infraestructura militar. Pero antes de aceptar las críticas sobre las Milicias de la España central, se plantea la cuestión de por qué la gran cantidad de oficiales que había en Madrid no actuaron con tanta eficacia como sus colegas de Valladolid y Burgos ni cuidaron de que los hombres fuesen al frente con al menos el equipo reglamentario.

Las Milicias acusaron a menudo a los militares profesionales de traición. Muy frecuentemente el oficial estaba simplemente haciendo todo lo que podía para pasarse a las filas nacionales, pero, por otra parte, las Milicias hacían peticiones imposibles de cumplimentar[81]. Como consecuencia de esta confianza, a veces las Milicias obligaron a los

oficiales a dirigirlas desde la primera línea y de ese modo una o dos brigadas mixtas perdieron un personal militar insustituible.

VIII. Los comunistas y los oficiales

El valor y la utilidad de los oficiales profesionales fueron advertidos en primer lugar por los comunistas del Quinto Regimiento. Entre los profesionales elogiados en los primeros números de *Milicia Popular* estaban Manuel Márquez, Miguel Gallo, los hermanos Galán, Mangada y Barceló. Aunque más adelante Asensio perdiese su mando por presiones comunistas, fue generosamente elogiado cuando Largo Caballero lo ascendió a general y le dio el mando de la zona Centro a principios de septiembre de 1936.

El 16 de septiembre, *Milicia Popular* publicó la contestación de Asensio agradeciendo al Quinto Regimiento y a «Carlos Contreras» por haberlo nombrado comandante de honor. No es posible saber si los comunistas se volvieron contra Asensio porque se negó a adherir al partido o porque consideraron que sus métodos no llevaban al éxito. Los comunistas advirtieron claramente que la actitud de los oficiales profesionales debía adaptarse a las exigencias de la situación, se adhirieran o no al partido. La Pasionaria los elogió cuando fue nombrada comandante de honor del Quinto Regimiento, y lo hizo en estos términos: «Militares leales, que se pusieron al lado de la República, que merecen toda clase de consideraciones y de respetos, que luchan con el pueblo, y el pueblo tiene el deber de tener confianza en ellos».

Bien diferente era esta actitud de la de un mes después, cuando *Milicia Popular* publicó un artículo de Contreras sobre: «… tantas derrotas de las tropas leales, derrotas provocadas por la incapacidad y la inepcia de unos generales».

A los únicos generales a que puede referirse es a Asensio y Miaja. Y Contreras sigue diciendo: «Los generales de la retirada, si continúan

ordenando retiradas, deben ser retirados. Si van de buena fe, a darles la pensión y en paz».

Resultaría muy difícil tratar de demostrar que esto significaba un intento del Partido Comunista, instigado por los consejeros de la Comintern, de tomar el poder. Más bien se trataba de una creencia sincera en que los oficiales profesionales debían ser reemplazados por jóvenes de las Milicias. Cualquiera que fuese su opinión sobre Miaja, los comunistas se condujeron con él con gran lealtad durante toda la guerra[82].

IX. Conclusiones

Al estudiar el período de las Milicias se pueden extraer algunas conclusiones:

En primer lugar, que la sublevación y la revolución exacerbaron la tendencia centrífuga que siempre aparece en épocas de crisis de la historia española. Este hecho se reflejó en las tres zonas principales de esfuerzos milicianos, el Centro, Cataluña y el País Vasco. No hubo, por ejemplo, un empeño común para llevar adelante la ofensiva en Aragón, donde el enemigo era relativamente débil, para poder aliviar así la presión sobre Extremadura. También habría sido aconsejable enviar cierto número de oficiales al País Vasco, lo cual habría dado muy buenos frutos pues los batallones vascos estaban menos en contra de la disciplina que los de Madrid. No se hizo así, por lo cual los tranquilos frentes rebeldes no fueron molestados en absoluto en tanto la Legión y los moros avanzaban por Extremadura hacia Madrid.

En segundo lugar, las Milicias no pueden ser descritas como «la nación en armas». En toda el área controlada por la Comandancia Militar de Milicias, la mayor cifra que se puede dar con respecto a ellas es de 92 000 hombres. En Cataluña y Valencia, el número de hombres que se alistó en las Milicias fue notablemente bajo teniendo en cuenta la considerable densidad de su población así como el grado de politización de ambas regiones. Sólo en las provincias vascas el esfuerzo hecho fue considerable, pero incluso en

este caso debemos recordar que los batallones recensados en el apéndice 4 incluyen un amplio número de reclutas llamados a filas entre octubre y diciembre de 1936.

En tercer lugar, el gobierno probablemente erró el no utilizar las fuerzas de que disponía como armazón para la incorporación de reservistas y las fuerzas paramilitares acrecentadas.

Pero la debilidad del gobierno de Giral, que tomó posesión el 19 de julio de 1936, le obligó a consentir que las Milicias tuvieran su propia dirección. El intento de formar batallones de voluntarios reclutados de las Milicias pero bajo disciplina militar fracasó. El fenómeno de las Milicias aparece como consecuencia inevitable de la situación política y social.

En cuarto lugar, fue en este período cuando los comunistas cristalizaron sus concepciones e introdujeron muchas de las características del ejército posterior, en especial el sistema de comisarios políticos. Ellos eran los que tenían ideas más claras sobre la situación, pero lo han ocultado con una barrera de propaganda que libra las batallas políticas de la guerra española sin clarificar los problemas.

En quinto lugar, las Milicias desmoralizaron a los oficiales profesionales que debían relacionarse con ellas y en la última parte de la guerra muy pocos de ésos aparecieron como dirigentes de talla. Los jefes de 1939, Rojo, Casado, Moriones, Escobar, Matallana y Prada eran casi desconocidos a finales del verano de 1936.

Por último, en conjunto las Milicias resultaron inútiles militarmente. No estaban mal armadas, como prueban las enormes listas de material capturado por los sublevados. Estas listas prueban también que eran generalmente incapaces incluso de destruir sus cañones u otras armas antes de retirarse, una de las reglas más elementales de la guerra.

Esta última es una conclusión de validez general. Una fuerza revolucionaria sin disciplina sólo resulta efectiva si tiene tiempo y espacio suficientes para lograr la necesaria estructura militar y si la fuerza que se le opone carece de eficacia. Así, el paralelismo que tan a menudo se trazó entonces con los ejércitos de las revoluciones rusa y francesa resulta incorrecto. Como casi siempre ocurre, España es también en esto *sui generis*.

4

La militarización

> Reducir aquellas masas a la disciplina, hacerlas entrar en una organización militar del Estado, con mandos dependientes del gobierno, para sostener la guerra conforme a los planes de un Estado Mayor, ha constituido el problema capital de la República.
>
> Manuel Azaña, *Obras completas*, t. III, p. 487.

I. La situación militar

En octubre de 1936 estaba claro, en la zona republicana, que España estaba empeñada en una guerra civil y no en un mero golpe militar con focos diseminados. La euforia de julio y agosto había desaparecido. Penosas reflexiones y reconsideraciones asaltaban a muchos, especialmente a quienes se habían opuesto a la militarización de las Milicias, entre ellos el dirigente socialista Largo Caballero, que en septiembre había formado un nuevo gobierno[1].

Las circunstancias habían obligado a los dirigentes de los batallones de Milicias de la CNT y a muchos otros a reconsiderar su actitud. Evidentemente, la «disciplina de la indisciplina», por utilizar la expresión anarquista, no había funcionado. Las Milicias se habían retirado casi hasta Madrid ante la superior capacidad de fuerzas mucho menores. Las tropas nacionales de la mayoría de los frentes habían recogido grandes cantidades de material abandonado[2], que el ejército republicano echaría seriamente de menos meses después. Al norte y al este de la capital, los sublevados habían establecido posiciones que durarían hasta 1939 y también habían logrado enlazar su Ejército del Norte con el de África. En Aragón, desde Huesca, pasando por Zaragoza y hasta Teruel, mantenían sus líneas con pocas dificultades, después de haber rechazado los primeros ataques de las columnas milicianas de Barcelona y Valencia. El general Queipo de Llano estaba consolidando las fronteras de su feudo andaluz. Aunque los nacionales eran débiles a lo largo de todas esas líneas, ninguna fuerza de Milicias consiguió atravesarlas. Al norte, Irán estaba a punto de caer en manos de los nacionales que, además, estaban avanzando rápidamente en Asturias.

Con todo, los nacionales no podían vencer claramente, pues sus esperanzas en un golpe de tres días se habían evaporado, aunque las fuerzas republicanas no podían impresionarles sobremanera. Era evidente que ante la previsión de una guerra a gran escala se requería una reorganización.

II. Reorganización y nombramiento

El primer acto de Largo Caballero consistió en destituir al general Riquelme del mando de las fuerzas republicanas en el Centro y nombrar en su lugar a José Asensio Torrado[3]. Asensio era el coronel de Estado Mayor más antiguo de los jefes republicanos y además joven para su grado. Tenía cuarenta y cuatro años y era coronel desde 1927. Creía en la eficacia y la disciplina e insistía en la necesidad de manifestaciones exteriores de organización militar[4].

Asensio fue en gran medida responsable, tanto como jefe del Centro como, posteriormente, en su cargo de subsecretario de la Guerra, del eficiente impulso que se dio a la organización del ejército y, a ese respecto, la evidente confianza de Largo Caballero en él estuvo justificada. Su posterior caída sobrevino como resultado de su incapacidad para controlar la situación en Málaga, que cayó sin defenderse en febrero de 1937, y a raíz de una campaña comunista de dos meses en contra suya, cuyas razones no son claras.

José Miaja Menant, el general que había tenido el mando de la I Brigada de la división orgánica de Madrid, fue otro de los nombramientos de Largo. Había actuado con muy poca fortuna en su intento de recuperar Córdoba a principios de agosto siendo relegado al cuartel general de Valencia[5]. Largo le requirió para que tomase el mando en Madrid el 22 de octubre.

Las razones de este nombramiento y del posterior ascenso de Miaja a la jefatura de la Junta de Defensa de Madrid son complicadas y poco claras. Su carrera militar no había sido especialmente distinguida desde su juventud. Había pasado largos períodos de tiempo en puestos burocráticos y cajas de reclutas. Resultó favorecido por la República, siendo nombrado general en 1932 y mandando diversas brigadas. Incluso estuvo temporalmente como ministro de la Guerra del gobierno del Frente Popular de febrero de 1936. Pero también se le había llamado para formar parte del efímero gabinete de Martínez Barrio la mañana del 19 de julio de ese año. Esto es significativo porque dicho gabinete se formó como último intento de llegar a un acuerdo con los sublevados. El general insurgente Mola, con quien Martínez Barrio trató de entrar en contacto, se había referido a Miaja en términos favorables[6].

Quizá fuese su conservadurismo lo que estimaban en él las autoridades. Era uno de los jefes de más antigüedad en Madrid y estaba en buenas relaciones con los oficiales profesionales que estaban siendo reincorporados al ejército, careciendo además de antecedentes como conspirador y habiéndose negado a la entrega de armas a las Milicias. También había protestado en varias ocasiones por las ejecuciones sumarias de militares rebeldes[7].

En octubre de 1936 se necesitaba un general con antigüedad y que no fuese conocido por ser un extremista de izquierdas. Informaciones posteriores de fuentes comunistas indican que se le utilizó como símbolo y este punto de vista puede resumirse en las claras palabras de Líster: «Se necesitaba un general y él era general … todos nos hemos esforzado por rodearle de un prestigio que maldito si se merecía…»[8].

Krivitski, agente de Stalin en España, escribe que los consejeros rusos, que llegaron en agosto y septiembre, fueron los que seleccionaron a Miaja[9].

Otro de los nombramientos de Largo Caballero fue el del general Sebastián Pozas como jefe de la División de Madrid[10] y, pocos días después, como jefe de la zona Centro relevando a Asensio que fue nombrado subsecretario de la Guerra[11]. Como director general de la Guardia Civil, Pozas había rechazado las sugerencias del general Franco para que tomase el control de la situación en la época de las elecciones de febrero de 1936[12]. En el gobierno Giral, desde el 19 de julio de 1936 al 4 de septiembre, había sido ministro de la Gobernación. Los comunistas apoyaron su nombramiento porque aprobaban toda medida que llevase la disciplina de la jerarquía militar a la anarquía miliciana. *Milicia Popular* proclamaba que el Quinto Regimiento pondría «… a su disposición todas nuestras fuerzas, nuestro entusiasmo, nuestras energías»[13].

Aguirre, el dirigente vasco, pidió repetidamente que Asensio o Pozas le fuesen enviados para organizar el poco firme Estado Mayor vasco[14]. En particular, Aguirre quería un sustituto del general enviado por Largo al frente vasco el 15 de noviembre de 1936. Se trataba de Francisco Llano de la Encomienda, que había ascendido a general en 1932 y tenía la suficiente confianza del gobierno frentepopulista como para ser nombrado en 1936 al frente de la División orgánica de Barcelona aunque sólo era general de Brigada. Su nombramiento para el Norte, sin embargo, había sido precipitado y Llano no había recibido órdenes claras[15].

Entre otros nombramientos hechos por Largo, probablemente aconsejado por Asensio, hubo el del general Bernal como jefe de la recién organizada División de Albacete[16], organización formada para administrar los distintos cuerpos militares que estaban siendo puestos en pie en aquella

zona así como en la región de Málaga que previamente habían estado a cargo de la segunda región militar, entonces casi por entero en manos de los nacionales. Puede considerarse un puesto burocrático para un general cuya lealtad no era suficiente para confiarle un puesto activo, aunque posteriormente sería nombrado director general de Transportes[17] y después jefe de la base naval de Cartagena[18].

Fernando Martínez Monje, otro general de Brigada que ocupaba un puesto superior a su categoría, ayudó a conservar Valencia para el gobierno. Después de servir en la Junta delegada en Albacete (véase el capítulo 3), fue nombrado para mandar el Ejército del Sur, creado en noviembre de 1936, en el que permanecería hasta el escándalo de la caída de Málaga en febrero de 1937. Málaga arrojaría al olvido a él y a otros nombrados por Largo Caballero.

III. El Alto Mando y el Estado Mayor Central

Poco después de su nombramiento como jefe del gobierno, Largo Caballero reformó el Consejo Superior de Guerra. Este organismo había sido creado en 1931 como cuerpo superior consultivo del ministro, en aquella época Azaña. Lo componían el jefe del Estado Mayor y los tres generales inspectores del ejército. A finales de 1936, sólo uno de esos hombres, el general inspector García Gómez Caminero, estaba al servicio de la República y hasta el nombramiento de Vicente Rojo como jefe del Estado Mayor en mayo de 1937 y su ascenso a general en noviembre de ese año, el cargo de jefe del Estado Mayor no volvió a tener el prestigio de antes de la guerra. Como se anunció el 9 de noviembre de 1936[19], el Consejo Superior de Guerra sería un organismo político, compuesto por el ministro de la Guerra, en ese caso el jefe del gobierno, y cierto número de ministros: Prieto (socialista), de Aire y Marina; Just (Izquierda Republicana), de Obras Públicas; Uribe (PCE), ministro de Agricultura; García Oliver (FAI), de Justicia; y Álvarez del Vayo (socialista), de Estado.

El Consejo Superior de Guerra empezó a funcionar poco después del nombramiento de los cuatro ministros de la CNT y al parecer se creó a sugerencia suya. Se trataba probablemente de lo más que estaba dispuesto a hacer el gobierno con respecto a la propuesta del Pleno de Organizaciones regionales de la CNT de que dirigiese las operaciones un Consejo Nacional de Defensa con representación paritaria de la UGT y los partidos republicanos[20]. No han quedado actas de las sesiones del Consejo y parece haber tenido poca influencia en la organización del ejército que, en septiembre y posteriormente, avanzó grandemente en su desarrollo a través de un Estado Mayor Central reformado.

El Estado Mayor Central del ejército español había sido reorganizado en 1931 sobre bases tradicionales. A su frente estaban un general de División con el segundo jefe. El EMC tendría las siguientes cinco secciones tradicionales: 1. Organización y movilización; 2. Información; 3. Operaciones; 4. Servicios y Abastecimientos; 5. Cartografía[21].

Una vez apaciguado el caos de la sublevación en Madrid, del Estado Mayor del Ministerio de la Guerra se encargó un grupo de militares republicanos que asumieron una ingente tarea tratando de cumplimentar las incesantes peticiones de las Milicias y de encarrilar a las unidades y sus operaciones. El coronel Casado escribe que sólo había veinticinco oficiales de Estado Mayor[22], afirmación exagerada aunque Casado se refería al cuerpo de Estado Mayor únicamente y no a los oficiales diplomados del mismo[23].

No obstante, debió de ser difícil hallar oficiales capaces y que consintieran en encargarse de tan enorme labor, y los que lo hicieron eran conocidos como fervientes republicanos: Sarabia, Cordón, Menéndez, Estrada, Casado, Fontán y Fe.

Ni que decir tiene que los rebeldes que habían abandonado sus puestos habían dejado tras de sí el caos en el Estado Mayor Central y que esta situación se agravó por las depredaciones de las Milicias. Muchos de los oficiales que habían permanecido debieron ser destituidos por temor a su posible deslealtad y hasta septiembre no se pudo volver a tener una apariencia de orden[24]. Durante breve tiempo funcionó un «Secretariado técnico» dirigido por Antonio Cordón, con Martín Blázquez y José Cerón

como secretarios, y secciones de pagos, abastecimientos y obras; una especie de Estado Mayor «fantasma»[25].

Largo Caballero y Asensio trabajaron denodadamente para poner orden en el caos existente en el Ministerio de la Guerra y el Estado Mayor, logrando acabar con el incesante ir y venir de «personajes y personajillos» que aseguraban ser piezas claves de la resistencia[26].

El nuevo Estado Mayor fue anunciado el 5 de septiembre de 1936, fruto del primer día de Largo en su cargo[27]. A su frente estaba Manuel Estrada Manchón, que antes de la guerra era comandante del Estado Mayor destinado en Madrid y disponible. Casi todos los oficiales de las secciones eran comandantes y sólo una minoría procedía del antiguo cuerpo de Estado Mayor, aunque muchos se habían diplomado. Algunos nombres que después alcanzarían renombre en el ejército republicano aparecieron entonces por primera vez: Casado, Rojo y Cordón fueron nombrados para la sección de Operaciones; José Luis Fuentes fue hecho responsable de la Artillería, cargo elevado más adelante al de inspector general.

En la reorganización del Estado Mayor del 20 de octubre de 1936[28], Rojo, cuya capacidad había resultado patente, fue nombrado segundo jefe del Estado Mayor. Hubo además otros cambios, debidos principalmente a la aparición de consejeros civiles para facilitar la organización del ejército. Entre éstos estaban el comisario del Quinto Regimiento, el llamado «Carlos Contreras»; Ángel Gil Roldán y Miguel González Inestal, de la CNT; Daniel Ortega del PCE, y otros varios. La aparición de sus nombres en el nuevo Estado Mayor sólo indicaba que estaban ayudando en lo que se refería a las Milicias, no que estuvieran entrometiéndose en la conducción de las operaciones.

Una tercera plantilla del Estado Mayor fue publicada el 30 de noviembre. Contenía los nombres de los jefes de sección y manifestaba que las organizaciones políticas y sindicales podían nombrar un miembro para cada sección, pero no se hacía mención nominal de ningún paisano[29]. El principal cambio fue la salida de Estrada, nombrado jefe de la sección de Información, sustituido por el general Toribio Martínez Cabrera, jefe entonces de la base naval de Cartagena y encargado de importantes puestos del Estado Mayor en el pasado.

No puede decirse que hubiese falta de capacidad en ninguno de estos tres estados mayores. La mayoría de sus miembros eran jefes en activo del cuerpo de Estado Mayor o diplomados de él. El Estado Mayor de los sublevados no era en absoluto más distinguido. En febrero de 1937, éste consistía en un general, un coronel y otros seis jefes, todos de activo y del cuerpo de Estado Mayor, dos oficiales retirados del Cuerpo y cinco diplomados. Resultaría difícil establecer si los nacionales tenían un Estado Mayor mejor que el de los republicanos, dado que desempeñaban papeles distintos. Los nacionales tuvieron en todo momento una clara dirección superior y no sufrieron presiones políticas. Lo que sí puede decirse con seguridad es que el Estado Mayor republicano era potencialmente tan capaz como el de los nacionales.

Además del importante problema de establecer un Estado Mayor había la cuestión vital de la autoridad. De todas partes surgían llamamientos en pro del mando único, incluso de Cataluña donde la Generalitat, en una declaración oficial del 26 de septiembre de 1936, pedía: «Mando único, coordinación de todas las unidades combatientes, creación de las milicias obligatorias y refuerzo de la disciplina».

Prieto, ministro de Marina y Aire, pidió en la prensa el mando único[30]. El diario de Largo Caballero, *Claridad*, anteriormente opuesto a la militarización, lo pedía el 27 de agosto de 1936. Secundando la línea comunista, Largo proclamaba que todas las fuerzas debían considerarse a las órdenes del Ministerio de la Guerra, incluidas las de Aragón. «El Estado Mayor y el Ministerio de la Guerra elaboran y realizan gradualmente un plan concreto a fin de crear un Ejército Popular de nueva planta»[31].

Finalmente, incluso la CNT, tan tradicionalmente opuesta a la autoridad, reclamó el mando único cuando Juan Peiró, ministro anarquista de Industria, habló en Valencia el 27 de noviembre de 1936[32].

La proclamación oficial del establecimiento del mando único, que naturalmente no correspondía a la situación real, apareció en la *Gaceta* el 16 de octubre de 1936, en un Decreto que afirmaba que el Ministerio de la Guerra asumía todo el mando a través del Estado Mayor Central que actuaría «no como órgano ejecutivo del Mando, sino como cuerpo consultivo y auxiliar de quien lo ejerce, o sea, del jefe superior».

Esta peculiar aseveración parece tender a asegurar al público antimilitarista que el Estado Mayor Central no iba a dirigir la guerra aparte de la autoridad gubernamental.

IV. La militarización de las Milicias

El Estado Mayor Central y los políticos de más relevancia estaban de acuerdo en que era absolutamente indispensable militarizar totalmente las Milicias y establecer un ejército sobre bases adecuadas.

Una de las primeras tareas del gobierno era conseguir un mayor control de las Milicias. En especial, la cantidad de hombres que se dedicaban a actuar como fuerzas policíacas sin control gubernamental contribuía al problema del orden público y a poner trabas al esfuerzo bélico. El decreto de la *Gaceta* del 17 de septiembre de 1936 abordaba este problema estableciendo las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia, declarando ilegal toda fuerza que no estuviese encuadrada en ellas. Una de las razones dadas para la creación de esta fuerza de vigilantes fue que muchos enemigos de la República habían entrado a formar parte de esos grupos ilegales. Puede haber sido cierto que muchos individuos, sospechosos por sus antecedentes, trataran de demostrar su lealtad al régimen uniéndose a grupos extremistas. Pero la misma existencia de bandas semicriminales que saqueaban, raptaban y cometían asesinatos era un desafío al gobierno que no podía justificar su combate contra el fascismo en el extranjero si toleraba la actividad de tales individuos.

Tras haberse ocupado de tales grupos ilegales, Largo dirigió su atención al principal organismo miliciano. Se ha afirmado en ocasiones que se oponía a la militarización y que fueron sus consejeros soviéticos los que le convencieron de que era esencial llevarla a cabo[33]. No hay prueba alguna de que esto fuese cierto. El hecho de que nombrase a Asensio jefe de la zona Centro el mismo día en que formó su gobierno indica que quería proporcionar a la Milicia una base militar adecuada. También parece improbable que Largo, que en una ocasión expulsó al embajador soviético

de su despacho y que fue arrojado del poder por su negativa a seguir las instrucciones comunistas, pudiera ser persuadido a actuar en contra de sus opiniones[34].

A fines del primer mes de Largo Caballero en su puesto se publicaron dos importantes decretos[35]. El preámbulo del primero reconocía que era preciso un ejército eficiente y que las Milicias existentes deberían formarlo. Todos los oficiales y suboficiales de Milicias considerados políticamente de confianza pasarían al ejército («Pasarán a las escalas activas del ejército»). El Estado Mayor Central los encaminaría a las Armas y Cuerpos donde se precisasen sus servicios. El segundo Decreto proclamaba: «Se inicia así la formación del futuro ejército del Pueblo», y establecía que desde el 10 de octubre en la zona Centro y desde el 20 en otras regiones, las Milicias estarían sometidas al Código de Justicia Militar. Los milicianos que no deseasen aceptarlo debían enviar sus nombres a la Comandancia de Milicias la cual los borraría de sus plantillas. La edad mínima para el alistamiento sería de veinte años y la máxima de treinta y cinco, reglamentación primordial, ya que se habían alistado muchachos de dieciséis años y también hombres de edad avanzada.

Con las unidades de Milicias enormemente diseminadas y el mal estado en el que estaban las comunicaciones, la Comandancia tuvo que hacer ímprobos esfuerzos para imponer el orden. En fecha tan tardía como el 13 de diciembre de 1936 se emitió una circular que ordenaba a las columnas de Milicias que hicieran inmediatamente un censo de todos sus componentes, para llegar con ello a «la verdadera militarización de las milicias, que tantas veces hemos pedido todos»[36].

En enero de 1937, la Comandancia aún tenía que prohibir a las columnas que admitiesen directamente nuevos reclutas[37].

La uniformización y el uso del saludo, manifestaciones externas de la militarización, tenían que justificarse frecuente y escrupulosamente. Las explicaciones que anteceden a cada circular son muy prolijas. Un ejemplo puede ser una carta de diciembre de 1936 a las columnas, que pide, en la medida de lo posible, que los hombres lleven una canadiense y pantalones oscuros, porque: «La uniformidad en el vestido fue siempre el signo exterior que marcó el grado de disciplina de un ejército».

Otras vestimentas estaban «reñidas con la seriedad del momento que vivimos y del ideal que a todos nos une».

Se recomienda el saludo, y el oficial superior debe devolverlo porque: «El saludo no humilla, sino que estrecha lazos de afecto y despierta corrientes de simpatía»[38].

Lo prolijo de esta circular contrasta con las órdenes de los nacionales, encabezadas habitualmente por un «Sírvase cumplir…», y en las que no se da la menor explicación. No había necesidad de recordar a los falangistas o requetés que debían hacer el saludo. En los documentos del ejército republicano hay muchos ejemplos de extensos preámbulos a órdenes sencillas, explicables por el odio a todo lo que tuviese que ver con la tradición militar, odio que había cristalizado con la rebelión[39].

Una semana después de estos dos decretos, se prohibió a las Milicias que utilizaran nombres para designar a las unidades militares, indicando que iban a ser incorporadas a las nuevas Brigadas Mixtas. A las columnas que aún contaban con núcleos de los regimientos de antes de la guerra se les dieron instrucciones de que no utilizaran los números o nombres de regimiento, aunque, claro está, las Milicias se adhirieron a sus nombres, y aún en abril de 1937 se consideró necesario difundir una circular recordando a los batallones que no tenía validez ningún documento que utilizase nombres en vez de números. A los comisarios se les instaba a atenerse a ello[40].

El 27 de octubre de 1936, la *Gaceta* publicó un prototipo de batallón de Milicia[41], que debería servir de modelo a los batallones del nuevo ejército.

Consistía en cuatro compañías de Fusileros y una compañía de Ametralladoras a cargo de capitanes. Cada compañía constaba de tres secciones; cada sección de dos pelotones, y cada pelotón de tres escuadras.

Lo que llama la atención en estas directrices es su total fidelidad a la tradición. No se encuentra la menor señal de que las autoridades admitieran que la carencia de oficiales y suboficiales profesionales y la gran cantidad de soldados sin instrucción requiriesen un modo de articulación muchísimo más flexible. El peso de la burocracia en el Ministerio de la Guerra resulta evidente. Los detalles aparecen subrayados con insistencia, llegando incluso

a determinar cuál soldado debe llevar la pistola de señales y cuál cabo de escuadra debe ir armado de un revólver.

Este prototipo indica dos cosas: en primer lugar, que el nuevo ejército no iba a tener una estructura revolucionaria; en segundo lugar, que sus organizadores no habían advertido la enorme escasez de cuadros o, más probablemente, que sus burocráticas mentes no iban a ajustarse a la realidad de la situación.

Hasta entonces, la militarización había tenido que ver con los batallones de Milicias, pero ya resultaba evidente que hacía falta una estructura algo más permanente[42].

V. Las Brigadas Mixtas

La Brigada Mixta fue seleccionada como unidad básica a la que serían incorporados los batallones.

«Mixta» quería decir que, además de los batallones de Infantería, otras varias Armas, tradicionalmente dependientes de divisiones o cuerpos, serían agregadas a la brigada para hacerla autónoma. Esas Armas incluían Caballería, Artillería de calibre mediano, Transmisiones, Zapadores y otras tropas de segundo escalón.

Es muy improbable que la Brigada Mixta fuese introducida a raíz de persuasión por parte de los consejeros rusos[43]. Tampoco era una formación totalmente desconocida en España[44]. El término aparece en el Decreto de la *Gaceta* del 26 de abril de 1931 que reorganizaba las fuerzas de montaña de Asturias en una unidad denominada Brigada Mixta. Más significativo aún es que la *Revista de Estudios Militares* publicara una serie de artículos de conocidos oficiales del Estado Mayor tras un informe sobre las maniobras suizas de 1933[45]. La mayoría de los autores propugnaban la Brigada Mixta.

Martín Blázquez escribe que la Brigada Mixta se había creado en las campañas de Marruecos y que los consejeros rusos y el Estado Mayor español habían llegado a la misma idea por separado[46].

Al parecer, esto es cierto. La Brigada Mixta se asemejaba a la tradicional columna española improvisada con la que se había luchado en las guerras marroquíes. Hasta cierto punto, los regimientos de Infantería rusos eran ya unidades interarmas, que contaban con artillería, ingenieros y auxiliares[47]. Tampoco los autores rusos reclaman la paternidad del sistema tal como se utilizó en España. Koltsov, corresponsal en Madrid de *Pravda*, escribe que el prototipo, aunque no la idea, de la brigada, se adoptó ante la insistencia del Quinto Regimiento[48], el consejero ruso de artillería Voronov afirma que el Estado Mayor español consintió en aceptar las brigadas ante la insistencia del Partido Comunista y «otras organizaciones democráticas»[49]. Finalmente, en su testimonio, el jefe del Estado Mayor del ejército republicano, Vicente Rojo, dice que se adoptó la brigada por su idoneidad para la situación[50].

Lo más probable es que los consejeros rusos y el PCE, entre bastidores o en el Consejo Superior de Guerra, alentasen a un Estado Mayor español ya deseoso de ello, a adoptar la Brigada Mixta como unidad a la que incorporar los batallones de Milicias.

La estructura de la Brigada Mixta es descrita diferentemente por distintos autores, debido sobre todo a que el modelo varió a lo largo de la guerra[51]. Pero, con todo, fue claramente el modo más práctico de agrupar los batallones de Milicias.

Un estudio sumario de la estructura de la Brigada Mixta muestra sus limitaciones. Cuatro batallones de Infantería, aun si tenían el número de hombres fijado, probablemente serían insuficientes para merecer el apoyo de tantas unidades de segundo escalón. Habría siempre tendencia a un desequilibrio numérico entre las tropas de servicios (transmisiones, intendencia, etc.) y las de combate.

Luego, en la realidad, las brigadas normalmente carecían de su artillería de acompañamiento y de gran parte de los servicios, con lo que resultaban unas columnas no demasiado útiles, que no diferían gran cosa de las columnas de Milicias[52].

El 18 de octubre de 1936 se dictó la orden de formación de las seis primeras Brigadas Mixtas[53]. Como lugares de instrucción, el Estado Mayor seleccionó los centros de Alcalá de Henares, Ciudad Real, Albacete,

Alcoy, Murcia y Villena. El 3 de noviembre, mediante una orden urgente por teletipo, se dispuso que las brigadas marcharan a Madrid, aunque resultaba evidente lo improvisado de su formación[54].

La 1.ª y 2.ª Brigadas constaban de ocho batallones de Milicias y tropas de Caballería, Artillería, Zapadores y servicios[55]. Las brigadas siguientes se formaron sobre el mismo modelo, pero con la diferencia de que el suministro de unidades auxiliares pronto se agotó.

Los jefes de las primeras seis brigadas eran:

1.ª Brigada: Líster, jefe del Quinto Regimiento.

2.ª Brigada: Jesús Martínez de Aragón, hermano de un aviador e hijo de un fiscal de la República.

3.ª Brigada: José María Galán, capitán de Carabineros y hermano de Fermín, fusilado por su sublevación prorrepublicana de 1930.

4.ª Brigada: Arturo Arellano, militar retirado.

5.ª Brigada: Fernando Sabio, militar retirado.

6.ª Brigada: Miguel Gallo, capitán de Infantería del Cuarto militar de la Presidencia.

Casado, en su determinación por subrayar la influencia comunista, escribe que tres de estos oficiales eran miembros del PCE[56]. Líster asegura que cuatro de ellos habían surgido del Quinto Regimiento[57]. Lo cierto es que todos ellos habían combatido con las primeras Milicias. Líster, Galán y Gallo eran miembros del partido, pero faltaban oficiales profesionales en los que pudiera confiar el Estado Mayor mientras los historiales políticos de esos hombres eran totalmente fiables. El hecho de que tres fueran comunistas y todos ellos de izquierdas parece una acusación anodina. Tenían un historial de éxitos con las Milicias y, por lo tanto, podían continuar ese éxito con la mejor organización entonces disponible. No parece correcto asegurar que su nombramiento se debió *únicamente* a la presión de los comunistas y posiblemente de los consejeros soviéticos. Lo más probable es que los nombramientos fuesen correctos dadas las circunstancias.

Los batallones de Milicias se transformaron rapidísimamente en brigadas. Para la primavera de 1937 en la zona Centro se habían formado las Brigadas 1 a 50, y de ahí hasta la 82 estaban siendo organizadas en Levante y Andalucía a partir de reservistas llamados a filas. En mayo de 1937 había 153 brigadas en la España central y del sur, así como en Aragón. La numeración de las brigadas del Norte (las provincias vascas, Santander y Asturias) seguía hasta la 189[58].

Naturalmente, esas brigadas no estaban listas para el combate desde ningún punto de vista y sólo resultaban superiores a las unidades enemigas en número. Por ejemplo, la IV División de Modesto, parte de las fuerzas defensivas de Madrid, tenía tres brigadas, la 36, la 41 y una aún sin numerar ya que carecía de armas. De los ocho batallones de las 36 y 41 Brigadas, dos estaban desarmados[59].

Los remanentes de los regimientos de la preguerra fueron distribuidos entre las brigadas, junto con todos los oficiales disponibles[60].

Se conservan muchas cartas patéticas de familiares de milicianos, escritas con objeto de descubrir su paradero. En ocasiones llevaba muchísimo tiempo saber dónde estaban, ya que los batallones de Milicias a menudo habían sido distribuidos entre varias brigadas. Los partidos políticos y organizaciones sindicales también trataban de encontrar unidades y hombres, y la respuesta común del Ministerio de la Guerra era que ya no se podía identificar a las Milicias y que desde luego ya no podían describirse en términos políticos[61].

VI. La organización militar posterior

Resulta difícil afirmar si los creadores de las Brigadas Mixtas pretendían que fuesen utilizadas como unidades independientes agrupadas como fuese preciso para acciones determinadas, o bien como primera fase de un ejército articulado sobre el modelo tradicional de divisiones y cuerpos de Ejército. Lo más probable es que los burócratas impulsaran la creación de la siguiente fase de la estructura. En noviembre de 1936, las autoridades

decidieron formar divisiones sobre el modelo clásico de tres brigadas por división.

Las tres primeras divisiones se establecieron el 27 de noviembre de 1936, compuestas por brigadas acantonadas al norte y oeste de Madrid. Como jefes, el ministerio nombró al teniente coronel Domingo Moriones, del regimiento de Ferrocarriles, al comandante Enrique Fernández Heredia, del cuerpo de Artillería, y a Adolfo Prada, oficial retirado. Estos tres oficiales ejemplifican de algún modo el problema de los mandos del ejército republicano. Uno estaba retirado; los otros dos procedían de las Armas técnicas. Ninguno de ellos había mandado una gran unidad en el campo de batalla y, sin embargo, tanto Moriones como Prada llegaron a ser jefes de Ejército.

Otras cinco divisiones se formaron en el frente madrileño antes de acabar el año 1936, a cargo todas ellas de oficiales profesionales, menos la IV, mandada por Modesto que ya había emprendido su meteórica carrera.

Estas divisiones resultaban heterogéneas por su formación, número de hombres y armamento. Para ilustrar este hecho puede servirnos la VI División[62].

Su jefe, el coronel Mena, un conocido jefe retirado de izquierdas, y sus tres jefes de Brigada, el teniente coronel Romero, el comandante de Carabineros Rovira y el teniente coronel Arce, habían desempeñado un papel significativo en la defensa de Madrid a primeros de noviembre[63]. Los puestos de mando de la división y las brigadas estaban en diversos lugares de la ciudad. Las tres brigadas estaban formadas por ocho, seis y seis batallones respectivamente, aunque el número de sus soldados era de sólo 4015, 4031 y 3025. Había sido preciso incorporar veinte batallones de Milicias a la división, pero aún no se habían conseguido reunir los doce batallones del tamaño reglamentario. En un informe del 19 de enero de 1937[64], está anotado que cada brigada iba armada con cinco o seis calibres distintos de fusil, problema que acosaría incluso a unidades menores del ejército republicano durante largo tiempo y que indica el grado de caos que había en la Administración. Es cierto que se carecía de fusiles, pero con una mejor organización se podía haber logrado que al menos en un batallón se

tuviesen armas de igual calibre, con lo que el suministro de cartuchos hubiera sido mucho más fácil[65].

Por la documentación existente, parece que en esa época no había una organización de divisiones completa. Estas primeras divisiones de Madrid eran simplemente aglomeraciones de batallones y no se podía decir que en número de hombres, armamento o estructura tuviesen la potencia de una división en el sentido usual del término.

El siguiente paso organizativo fue la estructura por cuerpos, cuya puesta en marcha se anunció con la creación del cuerpo de Ejército de Madrid el último día de 1936. Este sería el I Cuerpo de Ejército para cuyo mando fue nombrado el teniente coronel Moriones, incluyendo la 1.ª, 2.ª y 3.ª Divisiones. Las otras divisiones existentes formaron el II Cuerpo de Ejército[66].

Rápidamente se establecieron más unidades. En junio de 1937, un mes antes de la primera prueba del nuevo ejército en Brunete, había sesenta y dos divisiones en el ejército republicano, articuladas en diecisiete cuerpos de ejército.

En lo que se refiere a la organización superior del ejército, algunos documentos de fines de 1936 mencionan el «primer» y «segundo» ejércitos, que se formarían a partir de las distintas brigadas del frente madrileño[67]. Pero estas fuerzas eran demasiado escasas y desorganizadas como para utilizar el término de «Ejército» para referirse a ellas, y luego no vuelve a aparecer.

Los comienzos de una forma de organización de Ejército pueden hallarse en las instrucciones del Ministerio de la Guerra de la noche del 6 al 7 de noviembre de 1936, cuando los nacionales, según se pensaba, iban a entrar en Madrid y el gobierno fue evacuado a Valencia[68]. Se le ordenó al general Miaja hacerse cargo de la defensa de la ciudad, con un mando separado confiado al general Pozas. El mando de Pozas fue el núcleo del Ejército del Centro.

Dio la coincidencia de que ese mismo día la Generalitat formó las divisiones catalanas en un intento, de breve vida, de formar un ejército catalán (véase más adelante). El 14 de noviembre de 1936, el general Llano de la Encomienda recibió órdenes para encargarse de las fuerzas del norte

de España y formar el Ejército del Norte. El 15 de diciembre de ese mismo año, la organización por brigadas y divisiones en las provincias de Córdoba y Granada se había desarrollado lo bastante como para que se ordenase al general Martínez Monje, que había estado instruyendo las brigadas en Albacete, tomar el mando del recién creado Ejército del Sur. Más adelante en 1937, se formarían tres nuevos ejércitos: del Este, de Extremadura y de Levante. El Ejército del Sur se denominaría ejército de Andalucía y se crearía un nuevo ejército de Operaciones. Para la batalla del Ebro, el Estado Mayor Central pondría en pie el ejército del Ebro y, tras la división de la España republicana en dos mitades, en abril de 1938, habría dos grupos de Ejército.

VII. L'exèrcit de Catalunya

Hasta que el mando central no tomó el control de la administración militar de Aragón, en mayo de 1937, no se estableció una militarización adecuada, según el modelo general del resto de España, en la región controlada por las fuerzas de la Consejería de Defensa de la Generalitat de Catalunya.

El 24 de octubre de 1936, las autoridades de Barcelona publicaron un Decreto de militarización de las Milicias catalanas disolviendo el Comité de Milicias Antifascistas y movilizando a los hombres de entre 20 y 30 años así como a quienes poseían aptitudes especiales. Vicente Guarner, asesor técnico de las Milicias, fue nombrado jefe del Estado Mayor, es decir, que ocupó el mismo puesto que antes, pero, en teoría, con más autoridad. El 6 de diciembre de 1936, las fuerzas en el frente desde Huesca a Teruel se convirtieron en el Exèrcit de Catalunya[69]. Constaba de tres divisiones, con puestos de mando en Barcelona, Tarragona y Gerona, a cargo de los militares profesionales De la Peña, un coronel de 59 años que anteriormente había organizado el reclutamiento y presidido el tribunal militar que había sentenciado a muerte a los generales rebeldes Goded y Fernández Burriel; el coronel Villalba, que ya estaba al mando de una columna de Milicias, y

Eduardo Medrano, oficial retirado. La Generalitat consideraba que estas divisiones, y una cuarta que apareció en enero de 1937, debían estar bajo su control y no tenían por qué aceptar las órdenes del Estado Mayor de Valencia. Esto, naturalmente, no reflejaba lo contenido en la Constitución ni en el Estatuto de Autonomía, documentos que reservaban al Estado la cuestión de Defensa. Las divisiones catalanas no fueron numeradas sino que conservaron los nombres de las columnas a partir de las cuales se habían originado: Ascaso, Carlos Marx y Durruti. Tampoco aceptaron el sistema de Brigadas Mixtas hasta que les obligó a hacerlo la toma del poder por el gobierno central en mayo de 1937. Por qué se negaban a aceptar las brigadas no está claro[70].

El ejército de Cataluña fue suprimido cuando el gobierno se enfrentó a la CNT, que era mayoritaria en Barcelona, en mayo de 1937. La Consejería de Defensa fue sustituida por el general Pozas, nombrado jefe del ejército del Este, mientras militares del gobierno central se ocuparon de los servicios de Seguridad[71]. Las divisiones fueron numeradas de la 26 (ex Durruti) a la 30 (ex Maciá-Companys). La gran ilusión de una Cataluña libre que se defendiese a sí misma se había desvanecido.

VIII. La militarización en el Norte. Euzkogudarostea

La militarización en el Norte se realizó muy rápidamente, aunque no exactamente en la forma prescrita. Las Milicias vascas, que habían estado controladas por diversas juntas políticas, fueron militarizadas el 26 de octubre de 1936[72]. Las dificultades surgieron cuando el general Llano de la Encomienda ordenó que se numerasen los batallones. Los vascos se negaron a numerar los batallones o a formarlos en Brigadas mixtas hasta finales de abril de 1937. En lugar de ello, hicieron un intento de formar un ejército vasco independiente, el Euzkogudarostea, una formación tan ilegal constitucionalmente como el ejército de Cataluña[73]. Se decretó un modelo de unidad y se llevó a cabo una importante movilización de reservistas. Aguirre, el presidente vasco, militarizó las industrias de guerra, decretó

zonas bélicas y creó un Estado Mayor a cuyo frente estaba él mismo. Las fuerzas vascas eran considerables gracias al amplio reclutamiento. El 26 de noviembre de 1936, había 25 000 hombres en los batallones, además de un regimiento de Artillería, seis batallones de Intendencia, Sanidad y otros servicios, un logro considerable teniendo en cuenta la casi completa ausencia de personal militar en la región[74].

Una característica peculiar de las unidades vascas fue que no tenían comisarios políticos sino una extraña estructura de mando de dos oficiales, uno para las operaciones y otro para la Intendencia.

Oficialmente, el ejército vasco era el cuerpo Vasco, o XIV, del Ejército del Norte, pero el general Llano no consiguió obligar a Aguirre a admitirlo.

Según avanzaban rápidamente los sublevados hacia Bilbao, creció la desesperación de Aguirre. En abril, cablegrafió a Madrid varias veces pidiendo que fuese enviado al Norte, el ahora general Asensio, blanco de críticas por el desastre de Málaga. A finales de mes Aguirre pidió la presencia de Pozas, quejándose de que Llano de la Encomienda era incapaz de dirigir los 60 000 hombres con que ya contaba el ejército vasco. Pero su petición no fue atendida hasta el 27 de mayo de 1937, y sólo parcialmente. Llano fue relevado, pero le sustituyó el general Mariano Gámir Ulíbarri, que antes de la guerra había mandado una de las unidades de Valencia y esperaba un puesto desde el principio de la contienda. Aguirre estuvo satisfecho con Gámir, que permaneció en el Norte hasta casi el final de la campaña y luego regresó a la zona republicana a través de Francia. El informe de Aguirre al gobierno sobre la conducta de la guerra en el Norte contiene dilatadas quejas sobre interferencias en los asuntos del ejército vasco. Habla de intentos de introducir el sistema de comisariado, de lo que acusa a los comunistas. También se queja de conjuras por parte de los consejeros de Llano para ocasionar problemas al Estado Mayor vasco[75]. El punto de vista contrario fue expuesto al gobierno el 21 de noviembre de 1937 en un informe del teniente coronel Francisco Buzón, que había servido en el Estado Mayor del Ejército del Norte[76]. Aunque alababa el control del orden público mantenido por los vascos, criticaba al ejército vasco por no admitir comisarios y por la desconfianza entre oficiales y soldados que de ello resultaba. También reprochaba a Aguirre su negativa a

establecer una estructura de brigadas o divisiones (cosa que se hizo después de la caída de Bilbao) y el peculiar sistema de mando doble. Criticaba, además, la capacidad de los jefes.

Santander y Asturias, las otras dos provincias controladas por la República en la España del norte, también tenían dificultades. En Santander el jefe con mando era José García Vayas, que antes de la guerra había mandado el batallón de Infantería con sede en Santoña. En Asturias, la guarnición se había sublevado enteramente. Las Milicias de ambas provincias aceptaron la orden de militarización, numeraron sus batallones y a principios de 1937 tenían ya un sistema de divisiones y brigadas[77]. Ese mismo año, las fuerzas de Santander se convirtieron en el XV Cuerpo de Ejército y las de Asturias en el XVI y XVII, con un total de treinta y una brigadas.

A pesar de la aceptación de la militarización en ambas provincias, los problemas del Ejército del Norte eran insuperables. Habían quedado muy pocos jefes y oficiales de carrera en la región. Un problema más serio era el cantonalismo que apareció inmediatamente. Asturias fue gobernada desde que empezó la guerra por un Comité del Frente Popular presidido por el dirigente socialista Belarmino Tomás, que se encargaba de los asuntos militares con ayuda de un comité ejecutivo. El jefe de Operaciones era otro socialista con experiencia revolucionaria de la rebelión de los mineros asturianos de 1934, Ramón González Peña.

Santander se mantuvo separada del resto de la región y la situación llegó a tales extremos que el jefe del Ejército del Norte, el general Llano de la Encomienda, tuvo que someterse a un control aduanero al pasar la «frontera».

El informe de Buzón criticaba el tiempo y el personal que se malgastaba en burocracia mezquina, así como la ociosidad de los oficiales de Santander, que pasaban el tiempo en los cafés o en las elegantes instalaciones veraniegas en vez de utilizar los primeros meses de 1937 para instruir a sus fuerzas.

A finales de 1936 y principios de 1937, las fuerzas republicanas de la región eran superiores numéricamente a los sublevados y las cifras citadas por el coronel Martínez Bande demuestran que no carecían de armas[78].

Este hecho lo confirma el jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte republicano, Francisco Ciutat, quien achaca el fracaso militar de la República en la región a la falta de un esfuerzo concertado, «motivo por el cual el ejército no pudo aprovechar sus momentos de superioridad material y numérica durante el invierno de 1936»[79].

IX. Conclusiones

Puede afirmarse que, hacia junio de 1937, la militarización ya había sido llevada a cabo. Los vestigios del sistema de Milicias que quedaban en Aragón estaban siendo extirpados; los vascos y otras fuerzas del Norte tenían a rasgos generales idéntica organización que el resto del ejército de la República; se habían dado largos pasos en la creación de un nuevo cuerpo de Oficiales; la formación militar avanzaba aprisa, habían llegado grandes cantidades de armas y el Ejército Popular estaba a punto de enfrentarse a su primera gran prueba, la batalla de Brunete.

Era un gran ejército con más de medio millón de hombres[80]. Probablemente más de lo que por entonces tenían los nacionales[81]. Pero cualquier plantilla de una brigada republicana tomada al azar muestra que los modelos, tal como habían aparecido en la *Gaceta*, eran en gran parte ilusorios.

Largo Caballero y el Estado Mayor del Ministerio de la Guerra habían construido lo que era probablemente el mayor ejército de toda la historia de España, con una estructura de tipo clásico. Pero apenas había alguien en el Ejército Republicano que tuviese experiencia práctica de esa estructura en una guerra sobre el terreno. En el lado nacional, las divisiones sobre una base permanente no fueron organizadas hasta que no estuvieron completos los batallones, con un número adecuado de oficiales y suficientes armas. Los cuerpos de Ejército se creaban normalmente cuando se decidía agrupar cierto número de divisiones para una ofensiva. En la España republicana, el Estado Mayor Central impuso la jerarquía de divisiones, cuerpos y ejércitos sobre la base de las Brigadas Mixtas, que a su vez estaban formadas

imperfectamente y, como más adelante se verá, inadecuadamente armadas y dirigidas.

A pesar de estas faltas, debe apuntarse en el haber del Estado Mayor la tremenda energía que desplegó para construir ese ejército; la cantidad de oficiales hospitalizados por ataques cardíacos y gástricos no resulta, pues, sorprendente[82]. Los logros del personal de organización del Ministerio de la Guerra deben considerarse no sólo en comparación con los de los nacionales sino también teniendo en cuenta el trasfondo de feroz oposición a la militarización de todos los partidos del Frente Popular a comienzos de la guerra, de los anarquistas durante gran parte de las hostilidades y de gran parte de los reservistas llamados a filas según lo requerían las necesidades bélicas.

Hoy se pueden criticar los errores de las autoridades militares republicanas, pero la naturaleza de su formación y su difícil situación como militares profesionales hizo que para ellos fuese embarazoso, y a veces peligroso, señalar los peligros del tipo de organización que se estaba formando, sobre todo porque se estaba llevando a efecto con la aprobación de potentes fuerzas políticas a las que no se podía enfrentar ningún militar.

X. La situación militar en julio de 1937

Los acontecimientos se habían desarrollado rápidamente durante los meses de formación del Ejército Popular. En el Norte, los sublevados habían roto las defensas de Bilbao, que cayó en su poder el 19 de junio de 1937. En la España central, Madrid había sido defendido con éxito en noviembre y diciembre de 1936, y los intentos de los nacionales de aislar a la ciudad habían fracasado, aunque los republicanos habían perdido terreno.

Las Brigadas Internacionales habían llegado y tomado parte en los combates en torno a Madrid, y las fuerzas italianas agregadas al Ejército Nacional habían tomado Málaga, jugando también un papel en el Norte, aunque habían sufrido una seria derrota en Guadalajara. Esta última batalla se había utilizado como propaganda para demostrar que ni el fascismo era

invencible ni la mecanización una panacea. Aunque estas dos afirmaciones eran correctas, la batalla de Guadalajara no era un buen ejemplo de ellas. El optimismo republicano estaba fuera de lugar, pues los italianos habían avanzado mucho más de lo que se habían visto obligados a retroceder y las circunstancias logísticas y el tiempo habían dado a las fuerzas republicanas una considerable ventaja. Los intentos del Ejército Popular de tomar la iniciativa de la ofensiva, al norte de Madrid, habían fracasado. Al Este, Teruel, un saliente nacional, aún permanecía sin conquistar y no había ninguna actividad militar significativa a lo largo de la línea Huesca-Zaragoza. Las brigadas republicanas de las líneas de Extremadura y Andalucía no causaban ningún impacto en las diseminadas unidades, formadas por reclutas, milicias falangistas y guardias civiles, de los nacionales. Finalmente, la República había perdido Málaga, catástrofe que provocó una investigación del papel jugado por los generales Asensio, subsecretario de la Guerra, Martínez Monje, jefe del Ejército del Sur, y Martínez Cabrera, jefe del Estado Mayor. Aunque la causa contra ellos fue sobreseída, esos generales no volvieron a desempeñar un papel de primer plano. Málaga mostró que las autoridades tenían que controlar a los elementos civiles si se quería defender adecuadamente una zona de batalla. Indirectamente, la pérdida de esa ciudad ocasionó, tres meses después, la caída de Largo Caballero, el aplastamiento de la CNT y el POUM en Barcelona, y el establecimiento del gobierno de Negrín.

II

5

Los militares profesionales del ejército republicano

El papel jugado por los militares de carrera en el ejército republicano es un asunto al que casi todos los comentaristas de la guerra civil se refieren en algún momento. Los autores de izquierdas subrayan que hubo pocos militares de carrera en las fuerzas republicanas, que de ellos bien pocos sirvieron por convicción y la mayoría lo hicieron por haberse encontrado residiendo en la zona gubernamental en el momento de la sublevación. Para esos autores, el escaso número, falta de entusiasmo e incluso las traiciones de los oficiales profesionales fueron una de las causas principales de la derrota militar de la República[1].

Investigaciones más recientes han puesto en tela de juicio esa cifra de quinientos oficiales profesionales[2]. Hasta ahora no se han citado fuentes, pero se asegura que hubo entre cuatro y cinco mil oficiales profesionales en el Ejército Popular de la República.

Las fuentes que permitirían llegar a una conclusión no son de fácil acceso, puesto que el público no puede utilizar los archivos de los juicios militares de la posguerra. No obstante, es interesante señalar que, después de más de treinta años de publicaciones sobre la guerra española, se está empezando a permitir a los historiadores españoles tocar, aunque sea con muchísimas precauciones, un asunto que podría comprobarse mediante los archivos legales[3]. Esta nueva actitud parece deberse al paso del tiempo y al fallecimiento de la mayoría de los oficiales republicanos. Además, la

investigación universitaria sobre la guerra que se desarrolló a partir de la segunda mitad de los años sesenta ha marcado el fin de la anterior costumbre de las publicaciones españolas de describir a los oficiales de carrera que combatieron por la República como masones, indeseables o «vendidos al Frente Popular»[4].

I. Los generales

En 1936 había tres tenientes generales aún en activo (no se habían producido más ascensos a ese grado desde el Decreto de la *Gaceta* del 25 de mayo de 1931)[5].

Todos ellos, López Pozas, Castro Girona y Rodríguez Casademunt, tras una investigación, fueron expulsados del ejército por las autoridades republicanas. El primero fue asesinado en la masacre de Paracuellos de Jarama. De los veinticuatro generales de División, los jefes de la mayoría de las divisiones orgánicas se negaron a rebelarse y algunos, Salcedo en La Coruña, Batet en Burgos, Villabrille en Sevilla, Molero en Valladolid y Gómez Morato, Alto Comisario en Marruecos, fueron detenidos por los sublevados[6]. El jefe de la División de Zaragoza, Miguel Cabanellas, se sublevó, y lo mismo hicieron Goded en las Baleares y Franco en las Canarias. López Ochoa, considerado responsable del aplastamiento de la revolución de Asturias de 1934, fue asesinado en Madrid[7]. Otros generales de División, Losada, Villegas, González Carrasco, Virgilio Cabanellas y Sánchez Ocaña fueron destituidos por las autoridades republicanas. Rodríguez del Barrio murió justo antes del alzamiento. Núñez del Prado, director general de Aeronáutica, fue fusilado por los nacionales. Efectivamente, sólo una minoría de los generales de División tomó parte en la sublevación. Este hecho no debe asombrar, dado que el ascenso al cargo supremo estaba en gran medida dictado por consideraciones políticas y que el gobierno frentepopulista de febrero de 1936 había efectuado cambios en puestos claves (véase el capítulo 1). Aunque el gobierno desconfiaba de Franco y otros conspiradores, la rebelión de Queipo de Llano, inspector

general de Carabineros, y de Miguel Cabanellas fue una sorpresa para las autoridades, pues ambos eran masones y tenían antecedentes republicanos[8].

Entre los generales de División que permanecieron fieles al gobierno estuvieron Pedro La Cerda, José Riquelme, Cristóbal Peña Abuín, Juan García-Gómez Caminero y Carlos Masquelet. Todos ellos estaban próximos a los 65 años de edad, excepto Riquelme, y tenían cargos en su mayor parte honoríficos[9]. Ninguno tuvo un papel activo en la guerra pasadas las semanas iniciales. La situación no era muy distinta en el Ejército Nacional pues de los generales divisionarios sólo Franco y Queipo jugaban un papel activo. Dos de los generales de División más jóvenes, Fanjul y Goded, perdieron la vida en la sublevación[10]. Gil Yuste, Ponte, Orgaz y Dávila procedían de la reserva.

Entre los generales de Brigada, permanecieron leales a la República los siguientes: Aranguren, general de la Guardia Civil; Pozas, director general de la Guardia Civil; Llano de la Encomienda, jefe de la División de Barcelona; Martínez Monje, de la de Valencia; Castelló, de la 2.ª Brigada de Infantería (Badajoz); Miaja, de la 1.ª Brigada de Infantería (Madrid); Martínez Cabrera, jefe de la base de Cartagena; Gámir y San Pedro Aymat, jefes de Brigada de Infantería en Valencia; Cavanna del Val y Cardenal, generales de Brigada de Artillería; Cruz Boullosa, subsecretario de la Guerra, y Carlos Bernal, temporalmente sin cargo. De éstos, Pozas, Llano, Martínez Monje, Gámir, Miaja, Cabrera y Bernal fueron empleados activamente por el ejército republicano, pero la edad media de estos generales era de más de 60 años. Cierto número de generales de Brigada fue detenido y fusilado por los sublevados: Caridad Pita en La Coruña, Romerales en Marruecos y Campins en Granada. De los restantes generales, la mayoría fueron cesados sin derecho a pensión por la República, porque estaban en el Ejército Nacional o porque tras una investigación de su pasado no se les encontró suficientemente fiables como para mantenerlos en el ejército republicano. Algunos fueron fusilados por haber participado en la sublevación, entre ellos Fernández Burriel en Barcelona y García La Herrán en Madrid. Otros pocos fueron cesados con derecho a pensión.

Muy pocos generales españoles eran de todo corazón leales a la República, o más bien al gobierno frentepopulista de 1936. Varios también fueron detenidos o fusilados en la España nacional, otros tenían demasiada edad como para poder utilizar su capacidad militar. Aunque se puede decir con certeza que gran parte de los generales de Brigada que se encontraban en lo que después sería la zona republicana no tomaron parte en el alzamiento, las autoridades republicanas, después de una investigación, los consideraron desleales y los expulsaron del ejército. Otros permanecieron disponibles, sin mando significante, que nunca se les confió, y a unos pocos se les concedió el retiro.

De los pocos que permanecieron en el ejército republicano, Castelló sufriría una crisis psicológica y se refugiaría en Francia[11], y Miaja, al final, se sublevó contra el gobierno de Negrín. Martínez Cabrera y Martínez Monje no ocuparon cargos de importancia después de la pérdida de Málaga a principios de 1937, faltando poco para que se le formase juicio[12].

Llano de la Encomienda y Gámir no tuvieron ningún mando activo después de su fracaso en las campañas del Norte en 1937, y lo mismo ocurrió con Pozas tras el colapso del frente del Este en abril de 1938[13]. Se puede decir que, a excepción de Miaja, ningún general de antes de la guerra jugó un papel significativo en el ejército republicano sino en épocas limitadas de la contienda. Aunque pocos generales de antes de la guerra, aparte de Mola, Varela, Queipo, Saliquet y Franco, tuvieron actividades importantes en el Ejército Nacional, sin embargo, Mola, de 49 años, y Varela, de 45 eran dos de los más jóvenes generales de Brigada pudiendo, por lo tanto, ocuparse del mando en campaña.

II. Los jefes y oficiales

La plantilla de militares en activo en el ejército español en 1936 comprendía 8851 en la Península e islas y 1683 en Marruecos. A todos los efectos, estos últimos podemos atribuírselos por entero al Ejército Nacional[14]. Los oficiales de las fuerzas aéreas y del cuerpo de Seguridad y

Asalto están incluidos en la plantilla, pero además había 1516 oficiales de la Guardia Civil y 743 de Carabineros. El total de jefes y oficiales en las escalas activas era 15 401[15].

Las cifras que da el Servicio Histórico Militar basadas en los estadillos de los regimientos del 1 de julio de 1936, determinan que había 2271 oficiales ocupando puestos de activo en las principales Armas en la España republicana el 18 de julio de 1936, y 2655 en la zona nacional[16]. Estas cifras parecen probables ya que corresponden a la proporción de las unidades acantonadas en ambas zonas. Los análisis de las fuerzas de la Guardia Civil y Carabineros conducen a la conclusión de que probablemente había el mismo número de oficiales en cada zona, aunque, aparte de en Madrid y Barcelona, la mayoría de los oficiales de la Guardia Civil se rebelaron[17], mientras que los de Asalto tendían a ponerse del lado del vencedor.

El *Anuario Militar* muestra que había 423 oficiales destacados en las fuerzas aéreas[18]. También había gran número de oficiales en situación de disponibles u ocupando puestos semiciviles en la Administración del Estado.

No parece incorrecto conjeturar que el número de militares que se encontró en cada lado después de la rebelión fue aproximadamente equivalente, pues aunque la capital, y mayor centro militar, Madrid, estaba en manos republicanas, la mayoría de las divisiones orgánicas estaban bajo el control de los nacionales.

Además, una considerable proporción de los casi 9000 militares que se habían retirado estaba aún en edad militar. Por todo ello, a grandes rasgos se puede decir que en la España republicana había quizá 10 000 militares[19].

Aunque había una cantidad prácticamente igual de oficiales en la España republicana que en la zona nacional, resulta problemático cuántos de ellos estaban después de la rebelión con vida, libres y eran de confianza.

Un examen de la documentación disponible sobre los militares detenidos o fusilados en la zona republicana indica que, sólo en Madrid cerca de 250 sufrieron esa suerte inmediatamente después de abortada la rebelión. Cifras de otras ciudades indican un posible total de mil doscientos sobre cuya falta de fiabilidad no había ninguna duda[20]. Y era sólo el

principio. Durante la guerra, un Comité de Control (véase más adelante) investigó el historial y la conducta de los oficiales profesionales mientras el *Diario Oficial* publicó periódicamente largas listas de destituciones. En ocasiones la expresión indicaba que estaban luchando en las fuerzas nacionales y en otras que se desconocía su paradero, pero hay largas listas de nombres de oficiales a quienes se encontró indignos de confianza en la zona republicana[21]. En los *Diarios* del 17 y 19 de mayo de 1938, aparecen como destituidos 129 oficiales. En los del 27 y 31 de enero; 2, 3, 9 y 24 de febrero; 3, 22 y 30 de marzo, fueron dados de baja un total de 3668 oficiales. *El Sol* informa el 23 de agosto de 1936 de la destitución de 23 coroneles y otros 50 militares y tal tipo de informaciones aparecía con regularidad. La *Gaceta de Madrid* del 27 de agosto de 1936 anunciaba la destitución de setecientos oficiales de la Guardia Civil. Seis coroneles de Estado Mayor y otros nueve oficiales también del Estado Mayor aparecieron destituidos en el *Diario* del 14 de febrero de 1938. De los 700 oficiales supervivientes de la Academia General Militar de Zaragoza (véase el capítulo 1), sólo 37 tuvieron que ser dados de baja después de la guerra, presumiblemente por haber servido a la República. Ochenta y cuatro de los 700 habían sido fusilados en la zona republicana. El resto o sirvió en el Ejército Nacional o estuvo detenido en la España republicana[22].

El número de oficiales detenidos lo calculó el corresponsal de *Pravda*, Koltsov[23], que estaba próximo a los núcleos dirigentes, en 3000 en 1936, y Aralar, con más precisión, estimó que había 1100 (incluidos los retirados), de los cuales 700 eran comandantes o de graduación superior, detenidos sólo en la prisión Modelo de Madrid el 11 de agosto de 1936[24].

Estas cifras sugieren que posiblemente 4000 militares residentes en la zona republicana fueron de inmediato fusilados o detenidos.

En la *Gaceta* del 26 de julio de 1936, se autorizaba a todos los militares de menos de 65 años a solicitar su reincorporación a la escala de activo, haciéndose mención elogiosa de alguno como Francisco Galán (*Gaceta*, 23 de septiembre de 1936).

Una imagen más verídica sería la dada por el oficial de reserva, tan incompetente que mató a un miliciano en Toledo al intentar disparar un

cañón[25]. Documentos posteriores indican que los oficiales de complemento no respondieron a la invitación[26].

También se puede conjeturar alguna información de las Escalas Provisionales del ejército correspondientes a la situación entre junio y septiembre de 1938[27]. Es incompleta y difícil de interpretar porque no hace claras diferencias entre oficiales de carrera, reservistas integrados desde una situación de reserva y suboficiales ascendidos, pero da a entender que el número de jefes y oficiales profesionales de la escala de 1936 que aún estaban en servicio en las fuerzas republicanas no pasaba de 2000, lo que corresponde al cálculo del general Rojo, aunque Rojo habla de «miembros» del antiguo ejército, y puede que incluyese a los suboficiales[28].

III. Los mandos del Ejército Republicano

Un examen de los oficiales a distintos niveles de mando en los ejércitos enfrentados indica la enorme insuficiencia de los oficiales de carrera que aún prestaban servicios a la República[29].

En el Ejército Nacional, en enero de 1938, todos los jefes de ejército, Dávila, Saliquet, Queipo y Franco, el jefe supremo, habían sido ya generales en 1936 (aunque Dávila había pasado a la reserva). Los jefes de Cuerpo habían sido todos coroneles de Infantería[30]. Los jefes de División, en su mayoría tenientes coroneles. Todos los oficiales al mando de unidades de Infantería procedían de esa Arma y casi todos aparecen en la escala de 1936. Incluso al final de la guerra, en 1939, cuando a los oficiales subalternos se les podía haber confiado puestos de responsabilidad, una lista de los 36 jefes de Brigada nacionales muestra que todos ellos menos dos, habían sido comandantes, tenientes coroneles y en algún caso incluso coroneles, de Infantería y de la escala activa. Muy pocos alféreces provisionales mandaron más que una sección y es dudoso que algún oficial que no fuese de carrera llegase a mandar un batallón[31].

Las listas de mandos republicanos ofrecen, en cambio, un contraste revelador. El cuadro de jefes del 18 de diciembre de 1937 muestra que los mandos de ejército estaban a cargo de Juan Hernández Sarabia, que en 1936 era teniente coronel de Artillería y consejero personal de Azaña; Adolfo Prada, que se había retirado de comandante; Ricardo Burillo, cuya experiencia militar la había adquirido en África como capitán y que en 1936 era comandante de los guardias de Asalto[32]; José Miaja, general de Brigada, y Sebastián Pozas, también general de Brigada[33]. Los cuerpos de Ejército estaban mandados casi en su totalidad por oficiales profesionales, pero la mayoría de ellos habían tenido una graduación comparativamente menor antes de la guerra[34]. Moriones había sido teniente coronel de Ingenieros; Vidal, coronel de Infantería; y Sánchez Plaza, teniente coronel de Caballería. Estos tres al menos habían mandado batallones y regimientos. Pero Perea y Romero no estaban en la escala activa en 1936 y no habían llegado a ser más que capitán y comandante respectivamente antes de retirarse. Aunque Ortega había alcanzado la graduación de teniente coronel, en 1936 sólo era alférez de Carabineros[35], después de pasar 30 años en el ejército como suboficial.

Los jefes de División a fines de 1937 tenían aún menos categoría. De los cincuenta y nueve, el que mayor graduación había alcanzado había sido teniente coronel. Cuatro habían sido comandantes de Infantería y dieciocho, capitanes. Los demás oficiales profesionales eran un teniente de Caballería de reserva, un teniente de Infantería, un oficial de Ingenieros, topógrafo de profesión y piloto, un alférez recientemente ascendido y capitanes y comandantes retirados[36]. Sólo diecisiete pueden ser identificados claramente como oficiales de Milicias. De ellos, Líster, Martínez Cartón, Del Barrio y Cristóbal habían estado en la Unión Soviética, pero sólo Líster había recibido alguna instrucción militar[37].

De las listas de mandos se desprende claramente que si había oficiales profesionales se les prefería a los oficiales de Milicias, pero, aunque algunos oficiales profesionales concretos pudieron resultar competentes en cuanto a división, en general tenían graduación menor que antes de la guerra sus equivalentes en el Ejército Nacional. La importancia de la falta

de experiencia, en Marruecos o incluso en maniobras, sobre todo a nivel de batallón no será nunca bastante señalada.

En el nivel de mando de Brigada, había 49 oficiales profesionales con mando o como jefes de Estado Mayor de las 188 brigadas mencionadas en el Cuadro de Mandos de diciembre de 1937. Las brigadas republicanas estaban compuestas por cuatro batallones con un complemento de artillería y otros servicios para hacerlas autónomas. En este sentido lo eran más que la brigada nacional que consistía meramente en media división[38]. Aunque de menor tamaño, la brigada republicana precisaba de una dirección de al menos igual importancia que la de la nacional. Pero en 1936, esos 49 oficiales profesionales habían sido, en su mayor parte, capitanes con muy escasa experiencia reciente en campaña[39].

En los niveles más altos hubo suficientes oficiales de Estado Mayor, aunque no todos los jefes de Sección, ni siquiera a nivel de cuerpo de Ejército, eran oficiales de carrera o incluso no profesionales que hubiesen seguido el curso de Estado Mayor. En el nivel de división, gran parte de los jefes de Estado Mayor eran oficiales de Infantería, en un caso un alférez, reciente suboficial de la Guardia Civil. En el nivel de brigada, los hombres con instrucción de Estado Mayor eran virtualmente desconocidos.

Así pues, resulta claro que, cualquiera que fuese el número teórico de oficiales en activo o de la reserva que residían en la zona republicana al empezar la guerra, muy pocos fueron empleados para mandar unidades combatientes. Algunos autores han opinado que hubo un fallo político en la zona gubernamental, la cual dejó de aprovechar los servicios de muchos militares que hubieran sido útiles a la causa republicana. Pero es igualmente posible subrayar que luchar contra sus compañeros en una causa hacia la cual muchos militares eran tibios, era una quimera. Se consideró prudente no emplear a muchos militares y, si en algunos casos las autoridades republicanas se equivocaron con personas leales, en otros ocurrió lo contrario.

IV. Adictos a la causa del pueblo, leales geográficos y desafectos al régimen

Aunque las generalizaciones sobre los militares de carrera que prestaron servicios en el ejército republicano son arriesgadas porque cada cual actuó por motivos individuales, algunas clasificaciones pueden facilitar la descripción, mientras consideraremos como casos aparte a uno o dos oficiales prominentes.

Existía, sin duda, un pequeño grupo de oficiales cuya lealtad no podía ponerse en duda. Afiliados a la UMRA, o miembros de partidos de izquierdas o republicanos, asociados al nacionalismo catalán o identificados de otros modos con actitudes políticas que harían imposible poner en cuestión su lealtad. Los dos hermanos Galán supervivientes, por ejemplo, eran miembros del Partido Comunista[40].

Ambos llegaron a mandar cuerpos de Ejército, aunque José María no era más que teniente de Carabineros y Francisco un capitán retirado de la Guardia Civil. Otro, Miguel Gallo, había tomado parte en la sublevación de Jaca de 1930[41], era comunista y había prestado servicios en el Cuarto militar de la Presidencia[42]. Capitán de 32 años en 1936, dos años después mandaba un cuerpo de Ejército. Luis Barceló, otro miembro del PCE, era dirigente de la UMRA y posiblemente uno de los que planearon la muerte de Calvo Sotelo[43]. Es muy posible que formara parte de los tribunales sumarísimos que actuaron en Madrid al día siguiente del aplastamiento de la rebelión[44]. Fue el primer inspector de Milicias[45]. Habiendo llegado a ser jefe de cuerpo de Ejército, fue fusilado por orden del coronel Casado cuando este último combatió a los comunistas en las calles madrileñas al final de la guerra[46]. Enrique Pérez Farrás fue uno de los pocos nuevos oficiales asociados al separatismo catalán. Había sido condenado a treinta años de cárcel por su participación en el alzamiento barcelonés de 1934[47]. Durante la guerra llegó a coronel[48], pero su nombramiento al frente de las

Milicias catalanas lo había hecho la Generalitat (véase el capítulo 3) y, después de la militarización de 1937, fue trasladado a puestos de retaguardia[49].

Había un considerable número de militares cuyas actitudes políticas no estaban dictadas por su pertenencia a un partido sino más bien por sus estrechas relaciones con políticos republicanos y con aquellos que habían conspirado contra la monarquía y la dictadura de Primo de Rivera. Algunos de ellos alcanzaron altos puestos en el ejército republicano. Juan Perea Capulino, por ejemplo, era un capitán de Infantería retirado que se había relacionado con la perseguida CNT en los años veinte[50]. Después de dirigir Milicias en la defensa de Madrid, mandó una división, alcanzando pronto el grado de teniente coronel[51]. En 1938, se le confió el mando de un ejército (el del Este), que conservó hasta el colapso del frente catalán en 1939. Leopoldo Menéndez[52] y Juan Hernández Sarabia, ambos consejeros de confianza del presidente Azaña, llegaron a mandar el ejército de Levante y el grupo de Ejércitos de la Región Oriental, respectivamente.

La mayoría de estos oficiales habían sido miembros de la UMRA (véase capítulo 1).

Podemos hacer una división ulterior en el amplísimo grupo de oficiales que no habían estado asociados a ideas progresistas antes de la guerra. Algunos se presentaron en sus puestos al comienzo mismo de las hostilidades, dirigiendo columnas milicianas o encargándose de los problemas logísticos en el Ministerio de la Guerra. Otros permanecieron en segundo término durante breve tiempo, apareciendo gradualmente conforme el gobierno iba haciéndose con el control de la situación.

La primera subdivisión comprende a hombres como José Fontán, comandante del Estado Mayor que permaneció en su puesto en el Ministerio de la Guerra, ocupando cargos importantes de Estado Mayor durante toda la guerra; José Cerón, otro comandante de Estado Mayor, descrito por dos fuentes distintas como apolítico, católico y conservador[53]; Antonio Escobar, coronel de la Guardia Civil de Barcelona, de conocido catolicismo[54] y a quien se atribuye la responsabilidad de haber dirigido a la Guardia Civil contra los oficiales rebeldes de Barcelona, por lo que fue fusilado después de la guerra[55]. Mandó columnas en Madrid y fue enviado

a Barcelona en mayo de 1937 para que tomase el control de los servicios de Seguridad[56]. Llegó a ser general y a mandar el ejército de Extremadura[57].

Hubo otros muchos hombres de este matiz conservador que sin embargo, sirvieron en el ejército de la República en unos momentos en que los oficiales profesionales arriesgaban frecuentemente la vida a manos de sus propios hombres. Sin saber lo que dijeron en su defensa cuando fueron juzgados y ante la ausencia de diarios y memorias, la única conclusión posible es que no se pueden hacer generalizaciones superficiales acerca de las razones de su comportamiento.

Por último, hubo un grupo de oficiales a los que se ha denominado frecuentemente «leales geográficos»[58], es decir, hombres que permanecieron leales simplemente porque se encontraban en la zona republicana. Pero en esta categoría hubo muchos hombres que dieron lo mejor de sí mismos, no dudando en asumir responsabilidades elevadas, otros que se limitaron a no aparecer en primer plano, esperando que una actitud negativa les salvaría a ellos y probablemente incluso el empleo y la carrera aun en el caso de una victoria nacional, y luego aquellos que actuaron como agentes enemigos y sabotearon el esfuerzo bélico de la República[59].

Del primer grupo, la figura principal fue Vicente Rojo, hombre perteneciente a la «casta» militar, hijo de un 2.º teniente recién muerto[60]. Había pasado la mayor parte de su carrera dedicado a estudiar y como profesor de la Academia de Toledo, donde era conocido por su interés por las nuevas teorías sobre la guerra con tanques expuestas en los años veinte y treinta por Liddell-Hart y Fuller[61]. En 1936 diplomado de Estado Mayor, ascendido recientemente a comandante, era ayudante de campo de uno de los generales después destituidos por la República, y contaba 42 años.

Primero apareció como oficial de la sección de Operaciones del primer Estado Mayor Central republicano[62]. En la escalilla de Estado Mayor del mes siguiente ya era segundo jefe de Estado Mayor[63]. Su capacidad era obviamente evidente.

Los comunistas, que por su decisión y disciplina tenían gran influencia en Madrid, aseguran que lo habían propuesto al general Miaja como jefe de Estado Mayor para la defensa de Madrid[64]. Rojo causó ciertamente una

impresión favorable a los comunistas, especialmente a Koltsov, el corresponsal de *Pravda*[65]. Incluso su cita para el ascenso a general iba acompañada de la afirmación de que a menudo le elogiaban los expertos extranjeros[66]. La actitud de Rojo para con los comunistas resulta difícil de interpretar. No se amilanaba ante ellos, pues fue el responsable de la destitución de Kléber, jefe de la XI Brigada Internacional y héroe del día, cuando éste se estaba poniendo por encima de sus superiores[67]. Rojo asegura que no tenía el menor interés por la política y que su principal preocupación era el mantenimiento de la estructura jerárquica del ejército[68]. Se esfuerza por subrayar la independencia de su Estado Mayor Central de las presiones políticas y por afirmar que eran raras las fricciones entre las autoridades militares y las civiles. Como cabía esperar, niega la importancia de los consejeros rusos y la de las Brigadas Internacionales en la defensa de Madrid[69]. Estas denegaciones pueden ser de algún modo respuesta a la acrítica afirmación de Largo Caballero de que Rojo era comunista[70] y a las acusaciones de la CNT de que estaba demasiado apartado para saber lo que ocurría realmente en el frente[71].

El apartamiento y voluntaria discreción de Rojo constituyen uno de los rasgos salientes de su carácter, que resulta evidente en lo escueto de sus comunicaciones con Prieto en el Ministerio de la Defensa[72]. Pero iban acompañados de una incapacidad para transmitir entusiasmo y determinación a sus tropas. Negrín opinaba de él que poseía todas las cualidades de competencia y disciplina que requería un jefe de Estado Mayor, pero que carecía de dotes de mando[73]. En cierta medida, la claridad de juicio de Rojo le llevó al pesimismo. Durante las retiradas de la primavera de 1938, sus comunicaciones por teletipo a Prieto, clara y convincentemente expresadas, mostraban pocas esperanzas en una victoria final. Tras el desastre de Cataluña en enero de 1939, estaba en desacuerdo con la decisión de resistir[74].

El apartamiento de Rojo de la política parece haber sido totalmente voluntario. No era infrecuente que tuviese que mediar en disputas entre unidades militares de fuerte caracterización política. En una carta a Hernández Sarabia, que estaba al mando del grupo de Ejércitos de Cataluña, Rojo se refiere a las protestas de la CNT por el nombramiento de jefes de

Brigada comunistas. Él se disocia del problema, pidiendo únicamente que «semejantes conflictos se resuelvan lo más rápidamente posible»[75].

Desafortunadamente, el ejército republicano era inevitablemente político, con las divisiones políticas de la retaguardia presentes y en ocasiones aumentadas, en el frente. El apartamiento de Rojo, aunque laudable, era con todo irrealista. Hubo ocasiones en que debió haber mostrado una actitud más firme, como, por ejemplo, cuando Líster sacó de Teruel a su XI División en contra de las órdenes que tenía[76]. Como dijo Negrín a Azaña, le faltaba el carisma personal del mando.

El propio Rojo lo sabía y se lamentaba de que no hubiese un jefe militar supremo, un generalísimo[77].

El despegado profesionalismo de Rojo le llevó a mostrar cierta falta de empatía por los hombres que dirigía, rayana en el menosprecio. Reconoció ante Prieto que las retiradas de los asustados reclutas republicanos sin experiencia estaban más allá de su comprensión[78].

Al cabo de dos semanas de la agotadora batalla de Brunete en julio de 1937, escribía: «… falta de decisión y energía … ponen de relieve una actitud de pasividad inconveniente a la situación táctica»[79].

Cuando se le solicitaron refuerzos durante los duros combates invernales de 1937-1938 en Teruel, escribió: «No cree el Mando necesario recordar que es contrario al espíritu de abnegación que debe presidir toda actividad militar el hacer alusión a fatigas o a penalidades pasadas, propias de toda guerra»[80].

Rojo era plenamente consciente de las limitaciones del ejército. Era imposible predecir la conducta de las tropas sometidas a tensión y en general tenderían a ser presas del pánico. En esta opinión, incluía a los mandos. Como escribió a Prieto después del abandono de Teruel: «Quiero llevar a su ánimo una convicción de que tardaremos aún mucho tiempo para que los jefes de nuestro ejército se comporten como es debido, tanto los de milicias como los profesionales y los comisarios»[81].

Apenas hay críticas sobre Rojo[82], y sería presuntuoso criticar la capacidad militar de un estratega a quien sus oponentes mismos consideraban el oficial de Estado Mayor más capaz de España[83].

No obstante, podemos poner en duda la oportunidad de dar órdenes operacionales que el ejército republicano no podía llevar a cabo por falta de la suficiente instrucción. Pero, aunque pueda criticarse el olímpico despego de Rojo, es con todo verdad que un jefe de Estado Mayor debe mantener tal actitud si quiere actuar con eficacia. Resulta interesante saber que el mayor éxito de Rojo lo constituyó la defensa de Madrid, donde contaba con un general en jefe con el que se entendía, Miaja.

Aunque Rojo escribió tres libros sobre la guerra civil española, en ellos hay una enorme ausencia de comentarios personales suyos sobre su propia situación. Como conservador, debería esperarse que hubiese estado del lado de los rebeldes. De hecho, incluso a principios de la guerra, los autores nacionales encontraron excusas para su conducta. Cuando parlamentó con el coronel Moscardó en el Alcázar de Toledo asediado, se aseguraba que puso a su familia como excusa por no estar él también dentro de la fortaleza[84]. Pero no dio jamás la más leve muestra de deslealtad y nunca se ha hecho la menor alusión a ello. Incluso parece ser que desaprobó el golpe de Casado de marzo de 1939[85].

Un militar tan conservador y profesional no podía por menos que encontrar difícil su adaptación al nuevo ejército, pero lo consideró un reflejo de la naturaleza individualista del pueblo español. Cuando Rojo pidió en 1954 permiso para volver a España, alguien escribió en el expediente «Negadle el pan y la sal». Su regreso fue autorizado por fin en 1956, posiblemente porque el exjefe del Estado Mayor, ahora enfermo, contaba con el apoyo de su antiguo colega en la plantilla de profesores de la Academia de Toledo, el ahora general Emilio Alamán. Cuando Rojo volvió a España en 1957 fue procesado y condenado por «adhesión a la rebelión» a treinta años de reclusión. Se le aplicó un indulto en seguida, sin que el interesado lo pidiera. Rojo quedó, sin embargo, sujeto a las penas accesorias de pérdida de carrera, de derechos pasivos, y a la inhabilitación completa. Resultaba una «no-persona»[86].

La reputación del general Miaja ha experimentado altibajos con el paso del tiempo y la publicación de obras sobre la guerra de España[87]. Su biógrafo hace todo lo posible por construirle un historial proletario y progresista, pero sólo puede mostrar unos pocos hechos que por sí mismos

nada prueban: su padre trabajaba en la fábrica de armas de Trubia, cerca de Oviedo; Miaja era abstemio, durante breve tiempo fue vegetariano y practicaba el montañismo. Leía libros de historia y problemas sociales y fue destituido de su cargo de juez del tribunal militar que juzgó a los huelguistas de 1917 (uno de los cuales, Largo Caballero, sería en 1936 su superior inmediato) a causa de su postura «liberal». Aparte de este último hecho, del que no existe otra evidencia, y que, en todo caso, databa de diecinueve años antes de la guerra, nada indica que los sentimientos de Miaja fuesen muy distintos a los de los demás oficiales.

Su carrera no careció de cierta brillantez. Había transcurrido entre Marruecos y España y consiguió rápidamente ascender, siendo coronel a los 47 años. Es cierto que fue ascendido a general en el período azañista de la II República, pero también lo fueron López Pinto, Fernández Burriel, García Aldave y otros muchos que en 1936 se sublevarían[88]. Aunque puede que ni Gil Robles ni Franco tuvieran confianza en él cuando ocuparon el Ministerio de la Guerra en 1935, porque fue trasladado de Madrid y perdió el mando a finales de este mismo año[89].

Su nombramiento como ministro interino de la Guerra del gobierno del Frente Popular de 1936, ¿indicaba que simpatizaba con los ideales revolucionarios[90]? Desde luego, volvió a estar en favor y recuperó su mando madrileño[91]. A su postura durante los meses siguientes y a su posición en el ejército se alude en una carta del dirigente de la rebelión militar de julio, el general Mola, al coronel Peñamaría, que debía jugar un importante papel en el alzamiento en Madrid: «Pese a lo que digo de Miaja, no tengo mal concepto de él y me resisto por ello a creer las malas cualidades que generalmente se le atribuyen»[92].

Miaja no respondió claramente cuando se le preguntó si se uniría o no al alzamiento[93].

Es interesante observar que Miaja fue nombrado ministro de la Guerra en el gobierno de Martínez Barrio del 19 de julio de 1936. Como se trataba de un gobierno formado con el propósito de apaciguar a los rebeldes, se puede presumir que se incluyó en él a Miaja como garantía para los sublevados de que el nuevo gobierno era conciliador. No era la primera vez en que se utilizaba a Miaja para calmar situaciones difíciles. El 17 de mayo

había sido enviado a Alcalá de Henares para examinar los motivos de las disputas entre los oficiales de los regimientos de Caballería con sede en la ciudad y los grupos antimilitaristas. Una misión similar le había conducido a Toledo a principios de junio. En ambos casos la solución que dio fue el traslado de las unidades del Ejército en cuestión[94]. No obstante, Miaja se negó a seguir como ministro de la Guerra en el gobierno de Giral (que duró desde el 19 de julio al 4 de septiembre de 1936)[95].

Ese fue el motivo de que el general Castelló, que había dejado Badajoz creyendo que iba a mandar la división de Madrid, se encontrase a su llegada con que iba a ser ministro de la Guerra[96].

La actitud de Miaja en los primeros días de la guerra fue equívoca. Probablemente no sentía el menor entusiasmo por la entrega de armas a las Milicias[97]. Era miembro de la UME. La propia *Historia de la Cruzada*, normalmente aprobatoria o condenatoria sin ambages, no consigue explicar su actitud. Probablemente, lo que más contó para él fue la situación de su familia. Su mujer e hijos estaban en la zona nacional, y ésta fue la razón que se adujo con respecto a su fracaso en la toma de Córdoba inmediatamente después del comienzo de la rebelión[98], aunque Miaja aseguraba que se debió a la falta de cobertura aérea[99]. Fuera cual fuese la razón de ello, Miaja fue cesado y enviado a Valencia al mando de la División[100]. Ocupó el mando de Madrid el 24 de octubre de 1936, y desde entonces ya no hubo más dudas acerca de su lealtad[101].

La metamorfosis de un general sin especial brillantez y sin una pauta clara de lealtades que pasó a ser el Salvador de Madrid empezó la noche del 6 al 7 de noviembre de 1936, cuando el gobierno, que se preparaba a marchar a Valencia, le ordenó hacerse cargo de la defensa de la ciudad. Pero incluso en esto hay alguna duda, porque las cartas de nombramiento de Miaja para Madrid y Pozas para la región Centro se metieron en sobres con las direcciones cambiadas. Aunque es casi seguro que se debió a la confusión de la evacuación, podía haber tenido serias consecuencias si ambos generales no hubiesen desobedecido las instrucciones y abierto las cartas antes del alba[102]. Las informaciones sobre la reacción de Miaja ante su nombramiento son contradictorias, pero lo que sí sería cierto es que los comunistas le dieron todo el apoyo que pudieron porque precisaban de un

militar de alta graduación a quien poder exhibir. Su historial conciliatorio y sus protestas contra las ejecuciones sumarias de oficiales rebeldes servirían para atraer al gran número de militares vacilantes. Pero el propio Miaja probablemente pensó que se le estaba sacrificando[103].

¿Hasta qué punto era Miaja capaz? Es algo que merece una reconsideración. Aunque como estratega militar carecía de reputación[104], sus dotes consistieron en conjuntar las fuerzas disparatadas que había en la capital y en conseguir que Madrid sobreviviese durante más de dos años sin que acabasen con su resistencia las disensiones internas.

En las reuniones de la Junta Delegada de Defensa, el gabinete en miniatura que regía Madrid, compuesta de dos miembros del PSOE, dos de la UGT, dos del PCE, dos de las JSU, dos de la CNT y dos de su organización juvenil, las Juventudes Libertarias, dos de Izquierda Republicana, dos de Unión Republicana y dos del Partido Sindicalista[105], Miaja rara vez tomaba la palabra y generalmente se adhería a la decisión mayoritaria[106]. Por las actas de las reuniones que quedan[107], parece que en efecto así era, y que la capacidad de Miaja residía en hacer sugerencias útiles, en especial el nombramiento de Rojo y del resto del Estado Mayor madrileño. Lo acertado de la elección de un Estado Mayor eficiente y dejarle luego hacer su trabajo debió mucho a sus intervenciones[108].

Miaja era hombre amante de las anécdotas y de excelente humor, que disfrutaba con la adulación de que era objeto en Madrid[109]. Este placer rayaba en la vanidad y molestaba a sus colegas[110]. Largo Caballero se quejaba frecuentemente al presidente Azaña de la «falta de cooperación» de Miaja. Azaña consideraba que el austero Largo estaba irritado por cómo disfrutaba Miaja de su popularidad y que, en realidad, el general merecía la adulación de que se le rodeaba[111]. Las actas de la Junta muestran que Miaja no se dejaba influir por las lisonjas. En respuesta a una carta halagüeña de Martínez Cabrera, jefe del Estado Mayor Central, escribió: «¡Déjate de literaturas, que el tiempo no está para floreos!»[112].

La crítica que le hace Azaña se refiere a lo difícil que era entablar una conversación con él: «Locuaz … Salta de una cosa a otra, como un pájaro».

Pero los diarios de Azaña muestran a menudo que los asuntos militares le aburrían. Sus referencias a las observaciones de Miaja sobre los nuevos

reclutas, los jefes de Milicias, discusiones con el Estado Mayor y otras cuestiones, son irritantemente vagas, cuando podrían haber arrojado una luz valiosa sobre los puntos de vista del general, que ahora sólo tenemos por fuentes de segunda mano[113].

Si Miaja se hubiese mantenido en el poder sólo por conveniencia política, el menosprecio popular se habría hecho sentir de inmediato. Pero era una persona valiente y de recursos. Arengaba a los milicianos en fuga bajo el fuego enemigo y envió balas de fogueo a una posición que amenazaba con abandonarse por falta de municiones[114]. También fue capaz de establecer una especie de mentalidad de «nosotros solos» que hizo que Largo le recordase que no era más que el jefe de una Junta delegada[115]. Su popularidad es lo que Prieto consideraba más importante de él cuando propuso su nombramiento como jefe supremo de la zona Centro después de que los nacionales partieron en dos la España republicana en la primavera de 1938[116].

Miaja causaba tensiones en altas esferas por su negativa a destacar tropas a su mando para operaciones planeadas en otros sectores. El más importante de los episodios de este tipo fue el ataque preparado en Extremadura en mayo de 1937[117]. El Estado Mayor Central pretendía lanzar una ofensiva para capturar Mérida y aislar al Ejército Nacional de Andalucía. El Ejército del Centro, al mando de Miaja, elaboró el plan del ataque contra Brunete —más adelante realizado— pero se resistió a la orden del Estado Mayor Central de destacar las fuerzas necesarias para el ataque en Extremadura.

Miaja acabó por obedecer las órdenes, destacando las brigadas requeridas, aunque probablemente sea cierto que al principio se negó a hacerlo. La acusación de que estaba manejado por los consejeros soviéticos, los cuales por motivos propagandísticos hubieran preferido una victoria ruidosa en el frente de Madrid, es difícil de dilucidar, porque Miaja estaba tratando de construir un fuerte ejército en la España central, donde evidentemente pensaba que había más peligro. El 13 de febrero de 1937, se quejaba de que se le llevaban las unidades en cuanto acababa de formarlas: «Parece que tienen empeño en que pase otro Málaga, y como quiero estar

con la dignidad debida defendiendo Madrid, como me corresponde y como creo que lo he hecho, no puedo continuar así»[118].

Desde luego, cualquier general se hubiese resistido a trasladar ocho de las mejores brigadas del Ejército del Centro[119]. El plan para la ofensiva de Extremadura, que tuvo su origen en el Estado Mayor Central, era de gran osadía y visión estratégica. Desde luego los riesgos eran grandes, y es posible que el consejero soviético de aviación tuviera buena causa para negarse a destacar aviones. En todo caso, es evidente que consideraciones políticas pesaron más, ya que Miaja, los soviéticos y todos debían de haber acatado las órdenes del ministro de la Guerra y jefe del Gobierno, Francisco Largo Caballero.

Miaja se volvió a negar a destacar tropas para una operación proyectada como parte de un ataque combinado por mar y tierra contra Motril (Granada) a finales de 1938, para aliviar la presión enemiga sobre Cataluña[120]; pero es que las medidas de seguridad se habían descuidado tanto que la ofensiva muy bien podía haber acabado en un desastre[121].

El «comunismo» de Miaja, de que se quejaba Largo a Azaña, era el de un general que advertía que los comunistas eran eficientes y disciplinados. Azaña era lo bastante astuto como para escribir en su diario que el general no era comunista. De hecho, se desconocían sus opiniones políticas. En 1932, había dicho a Azaña que pensaba que se debería fusilar a los socialistas[122]. Lo cierto es que Miaja y las autoridades de Valencia estaban en desacuerdo. Miaja daba muestras de independencia, lo que constituía, como se quejaba Casado, jefe de Operaciones, una falta militar[123]. Pero también es cierto que Miaja pensaba, y posiblemente no le faltaba razón, que le habían dejado abandonado a sus propios recursos la noche del 6 al 7 de noviembre de 1936, y que, por lo tanto, tenía derecho a tomar decisiones por sí mismo. Después de todo, era general de Brigada, en tanto que la mayoría de los miembros del Estado Mayor Central no habían pasado de comandantes antes de la guerra. Fue la prudencia, el orgullo o la testarudez más que una supuesta obediencia a los comunistas lo que hizo que Miaja se negase a destacar tropas al frente de Aragón en 1938, traslado que los comunistas hubieran apoyado[124].

Aún no está totalmente resuelta la cuestión de la lealtad de Miaja a la causa republicana. Los comunistas le han acusado de permitir que su Estado Mayor fuese infiltrado por agentes y simpatizantes de los nacionales, algunos de los cuales, de hecho, estaban negociando con el enemigo ya en febrero de 1939[125]. Pero todas estas acusaciones se han hecho sin pruebas y es improbable que respondan a la realidad. Miaja tenía que hacer constantemente equilibrios entre los comunistas, los oficiales profesionales y el enemigo. Además debía regir una ciudad e impedir que los intereses políticos enfrentados de la Junta de Defensa desembocaran en una guerra civil[126].

En abril de 1938, Miaja fue nombrado jefe del Grupo de Ejércitos del Centro, Extremadura, Andalucía y Levante[127]. Debe de haber advertido que la causa de la República estaba perdida y las fuentes diplomáticas informan de que ya en octubre de 1938 corría el rumor de que se había hecho con un pasaporte diplomático[128]. El 3 de enero de 1939, declarado el estado de guerra, Miaja fue nombrado jefe supremo en la zona Central, pasando el general Matallana, cuyo deseo de acabar la guerra era más conocido, al mando del grupo de Ejércitos. Una vez que el gobierno salió de España, Miaja, con el estado de guerra declarado, se encontraba en una situación desconocida hasta entonces por los militares republicanos. Miaja se comunicó con Negrín y Rojo en Toulouse la noche del 9 de febrero por medio de su secretario Antonio López Fernández[129]. En esos momentos, el general deseaba concertar una paz negociada[130]. Según su biógrafo, Miaja había querido que continuase la resistencia hasta que se enteró de los ínfimos recursos que le quedaban al ejército republicano[131].

Esta explicación indicaría una ingenuidad y falta de comprensión de la situación totalmente ajenas a Miaja. Su aceptación de la presidencia contribuyó ciertamente a que el Consejo Nacional de Defensa tuviese aceptación entre los militares de la zona Centro-Sur. Para entonces, publicada ya por los nacionales la Ley de Responsabilidades Políticas, Miaja sabía que bien pocas esperanzas podía abrigar sobre su propio futuro[132]. También debía encontrarse física y psicológicamente agotado[133]. Al aceptar la presidencia del Consejo Nacional de Defensa, donde no era más que una figura de paja, dio muestras o de ser un hombre

enormemente valiente o, si no, extremadamente vanidoso. Puede que efectivamente interviniera la vanidad, pues su ascenso a teniente general, debido al gobierno Negrín, no fue anulado, como lo fue el de Rojo[134]. En todo caso, el intento de rendición negociada de Casado fracasó y Miaja marchó al exilio pasando por Orán, Marsella y París. En mayo de 1939, acompañado de su familia, que había sido canjeada anteriormente[135], emigró a México. Si los nacionales le hubieran capturado es casi seguro que habría sido fusilado; de hecho, el Tribunal de Responsabilidades Políticas de Melilla lo condenó a quince años de destierro y a la pérdida de sus propiedades y de la nacionalidad. A su mujer se le impuso una multa de un millón de pesetas[136]. En México, tuvo algunas actividades en asociaciones de exiliados y dio conferencias; finalmente murió en 1958[137].

A pesar de las denegaciones de su biógrafo, Miaja fue un «leal geográfico» que se vio obligado a una situación de la que no hubiese sido capaz de salir por sí mismo y que su indudable vanidad hallaba agradable. Si se hubiese negado a prestar servicios en Madrid, como se negó a ser ministro de la Guerra, su pertenencia a la UME y los demás hechos que una investigación pudiera sacar a la luz le habrían podido costar la vida. No sabía cómo acabaría la guerra y no podía arriesgar el bienestar de su familia.

La inmensa mayoría de los oficiales profesionales del ejército republicano eran, sin duda, «leales geográficos», con pocas simpatías, si es que tenían alguna, por la revolución popular que tuvo lugar en 1936 y 1937, sobre todo en las zonas controladas por los anarquistas y la Generalitat de Catalunya.

Su frialdad hacia la revolución la narra vívidamente un periodista argentino que entró en el puesto de mando del coronel Villalba en Barbastro y saludó con el puño en alto; ningún oficial le respondió y todos se quedaron mirándole fríamente[138]. Pero utilizar el término de «leales geográficos» en sentido peyorativo no sería correcto, aunque sólo fuese porque también podría aplicarse a gran número de militares que sirvieron en el Ejército Nacional y que se limitaron simplemente a cumplir las órdenes de sus superiores inmediatos. En 1936, la mayoría de los oficiales no se preocupaban por la política sino por el acuciante problema de cómo vivir de

sus pagas. Lo único en común que tenían con las fuerzas conservadoras del país era el mantenimiento del orden público[139]. Por eso no está fuera de lugar pensar que, una vez pasado el caos inicial, los oficiales que vivían en la zona republicana y no tenían nada que ver con la rebelión, consideraban que lo mejor que podían hacer, sobre todo si tenían a sus familias con ellos, era ocupar un puesto en el nuevo ejército. Probablemente, pensaban que, en el peor de los casos, si vencían los nacionales, no estarían en peor situación que antes y podrían regresar a su rutina de antes de la guerra[140]. Y si vencían los republicanos, lo que en 1936 parecía probable, quedaba abierto el camino para ascender rápidamente, ya que millares de oficiales rebeldes serían expulsados del ejército.

Resulta enormemente difícil analizar este grupo de oficiales y descubrir en qué medida su falta de entusiasmo, su desagrado ante la politización del nuevo ejército o sus quejas por la falta de eficacia, una vez que se les había terminado la rutina de antes de la guerra y que tenían que tratar con hombres que normalmente eran paisanos y no militares, resultaban más característicos de estos oficiales que la traición pura y simple[141].

Muchos autores incurren en acusar de traición a oficiales profesionales. Como es natural, se trata casi siempre de hechos ocurridos al principio de la guerra, cuando la situación aún era fluida[142]. La «traición» en tales circunstancias es un término muy relativo. Hubo oficiales que consintieron en dirigir Milicias para salvar la vida[143] y naturalmente en algunos casos intentaron y consiguieron pasarse a los nacionales. A menudo, también se tomó por traición lo que no era más que una negativa a emprender una táctica militarmente poco aconsejable.

Aunque existen indicaciones de casos de traición ya bien avanzada la guerra, no se puede saber hasta qué punto tales actos eran intencionados o sólo resultado de la ineficiencia. Las referencias soviéticas glosan este asunto y no parece que haya motivos para dudar de lo fundado de las acusaciones al respecto. Maidanik, por ejemplo, cita los archivos soviéticos para acusar a la mayoría de los oficiales de Estado Mayor de ser antirrepublicanos. Aunque obedecían formalmente las órdenes, trataban de evitar que tuviesen pleno efecto y saboteaban los abastecimientos. A menudo se telefoneaban órdenes «oscuras» y «provocadoras»[144]. Las

acusaciones que se hacen se refieren normalmente a la confusión, el desorden, los documentos que se extraviaban, la falta de información sobre planes operacionales, los traslados innecesarios de tropas.

Pero, en cambio, los oficiales profesionales dieron muestras, en gran proporción, de valor. El comunista argentino Córdova Iturburu observó que los militares que dirigían las milicias sufrían grandes pérdidas. Los comisarios tenían que explicar a los milicianos que por lo menos los oficiales de Estado Mayor debían quedarse en la retaguardia[145]. En la defensa de Madrid hubo 45 oficiales profesionales que perdieron la vida en combates hasta el 12 de enero de 1937, sobre un total de 1400 muertos[146].

En muy raros casos se trataba de verdadera traición y no de ineficacia. El asunto más conocido fue la entrega de información sobre los puntos diseñados para ser intencionadamente débiles del Cinturón de Hierro de Bilbao. El traidor fue el comandante Goicoechea, que había diseñado las fortificaciones. De hecho, el ejército vasco padeció de ineficacia debida en medida muy grande a traiciones y aumentada probablemente por la falta de oficiales profesionales y la ausencia de comisarios[147]. Otros dos oficiales encargados de la construcción del Cinturón de Hierro, Murga y Anglada, fueron fusilados cuando se descubrió que formaban parte de una red de espionaje[148]. Otros miembros del Estado Mayor de Aguirre no regresaron a la zona republicana después de la derrota, de modo que fueron separados del ejército por desconocerse su paradero[149], frase que probablemente indicaba la sospecha de que habían huido a Francia o se habían pasado al enemigo.

La acusación de traición se ha referido la mayoría de las veces a la rebelión de Casado de marzo de 1939 contra la política de continuar la guerra y el nombramiento de comunistas para los puestos claves. Un amplio número de militares apoyó a Casado, efectivamente la mayoría de los de la zona Centro-Sur (el otro grupo de Ejércitos había pasado a Francia con Rojo y el Estado Mayor Central). Informaciones detalladas sobre el golpe de Casado y las últimas tres semanas de la guerra se pueden hallar en otras fuentes y las discutiremos en el capítulo 9[150]. Entonces examinaremos la acusación de traición hecha a Casado y a sus asociados. También se hicieron acusaciones específicas contra Antonio Garijo y Félix Muedra,

jefes pertenecientes al Estado Mayor. Los comunistas que combatieron a Casado fusilaron a tres oficiales del EM del Ejército del Centro, Otero, Fernández Urbano y Pérez Gazzolo, acusados de traición[151].

Antonio Garijo Hernández era jefe de la sección de Información del grupo de Ejércitos de la región Central. Posiblemente, se había hecho sospechoso por su falta de discreción[152], pero resulta difícil creer que hubiese permanecido en su puesto tras una investigación cuidadosa[153]. Era uno de los oficiales que negociaban la paz en las reuniones con los nacionales en el aeródromo de Gamonal, cerca de Burgos. Las actas[154] de lo tratado en dichas reuniones no dan pie a suponer que Garijo estuviese pasando informaciones. Desde luego, le preocupaba la situación futura de los oficiales republicanos apolíticos. Pero tanto Rojo como Miaja ponían en duda las acusaciones de que se hubiese dedicado a pasar informaciones a los nacionales durante la guerra[155]. La defensa de Garijo por el anarquista García Pradas refuerza la creencia de que probablemente los comunistas detestaban al jefe de Información que, si era un traidor, fue muy circunspecto[156].

V. El Gabinete de Información y Control

En medida considerable, la fiabilidad y lealtad de los oficiales profesionales fue asegurada por el Gabinete de Control organizado a principios de la guerra para conceptuar a los militares, tanto de reserva como en activo, y a los suboficiales.

La incertidumbre sobre las actitudes de los oficiales hizo que fuese esencial investigar sus antecedentes. Incluso si en una situación menos caótica muchos oficiales habrían deseado aplastar la rebelión, en la situación de un ejército licenciado y con las armas en posesión de las Milicias, los oficiales, a menos que tuviesen antecedentes izquierdistas comprobados, no eran de fiar. La confirmación de un oficial por un comité de investigación le daría confianza para dirigir los batallones de Milicias de

las nuevas Brigadas Mixtas, y obligaba al comisario político de la unidad a apoyarle sin reservas.

Gran cantidad de oficiales figuraron en las listas de hombres pasados temporalmente a la situación de disponibles mientras se llevaba a cabo una investigación, listas que en la división de Madrid aparecían a diario. De hecho, el general Miaja informó al Ministerio de la Guerra de que al menos un sesenta por ciento de los oficiales eran de lealtad dudosa[157].

El primer comité de clasificación apareció en septiembre de 1936, ocupándose de examinar las solicitudes de ingreso de milicianos como oficiales en el ejército[158]. El comité estaba formado por Eleuterio Díaz Tendero, fundador de la UMR, representante del Ministerio de la Guerra; Luis Barceló, inspector general de Milicias; y Gonzalo de Benito, del EM Central.

Poco después, las autoridades organizaron el Gabinete de Información y Control, cuya tarea consistía en investigar los antecedentes de los oficiales y clasificarlos como F (fascistas), A (antifascistas), R (republicanos) o I (indiferentes).

Los resultados de las investigaciones del Gabinete son aún secretos, pero puede conjeturarse que muy pocos oficiales fueron clasificados como R o A y un número mucho mayor como I[159].

Díaz Tendero escribió un informe muy importante (fechado del 25 de noviembre de 1936), en el cual, tras fustigar la ineficacia y desorden de los primeros meses de la guerra, habla de los militares de carrera[160]. Según él, y por su situación bien podía saberlo, había suficientes oficiales y suboficiales para los cargos inferiores, así como un amplio número de oficiales y sargentos retirados. No había falta de oficiales hasta el nivel de compañía, pero sí gran escasez de capitanes. Díaz Tendero recomendaba que se ascendiese a los alféreces y brigadas, consejo que se siguió (véase más adelante). No había tampoco escasez de jefes, seguía diciendo Díaz Tendero, y preguntaba por qué no se los utilizaba. Su respuesta era que la confusión y el individualismo interferían la asignación de oficiales a las unidades. Citaba una batería de artillería que contaba con cuatro oficiales y 22 suboficiales, y otra que sólo tenía un sargento. También se quejaba de que muchos oficiales de Milicias gozaban del prestigio de tener militares de

carrera bajo sus órdenes. Muchos oficiales habían dejado sus unidades y permanecían en sus casas y había muchísimos que habían pasado a engrosar la burocracia militar.

Díaz Tendero se lamentaba de que a menudo el Ministerio de la Guerra no utilizase a oficiales a quienes recomendaba el Gabinete y en cambio diese puestos a hombres a quienes éste no consideraba de confianza[161]. Esto llevaba a que éste y su jefe fuesen acusados de ineficacia. Aunque era un hombre amargado, por proceder de filas y haber permanecido de capitán durante 14 años, su informe era veraz[162]. Las influencias personales, la falta general de disciplina y la ausencia de orden conducían a una distribución desequilibrada de oficiales.

Durante las primeras semanas de la guerra el GIC fue la oficina donde se confrontaban todos los datos reunidos por los comités de información y control locales, compuestos por militares de toda graduación de los distintos frentes. Posteriormente, pasó a depender del Ministerio de la Guerra[163]. Iba a ser el único organismo con derecho a decidir sobre la lealtad de un oficial, debiendo consultarse antes de un ascenso o si un oficial retirado solicitaba su reingreso en el ejército. Sus gabinetes estaban compuestos de tres a siete miembros, la mitad menos uno de los cuales se elegían entre los comisarios políticos. En Madrid, Barcelona, Valencia, Albacete y Mahón (Menorca) habría comités regionales que a su vez elegirían el GIC supremo. Esta medida de Largo Caballero significó bases efectivamente menos personales del sistema y se nombró un nuevo jefe, Antonio Fernández Gaizarín[164]. A Díaz Tendero se le destinó al frente Norte el 23 de febrero de 1937. Hasta cierto punto, puede ser verdad que su traslado formaba parte de la campaña anticomunista de Largo Caballero, ya que Díaz Tendero, aunque no era miembro del partido, estaba estrechamente asociado a él[165]. Los oficiales protegidos por los comunistas y el Quinto Regimiento apenas habían tenido problemas para conseguir ascensos y nombramientos, y ese hecho puede haber dado lugar a quejas. Pero también es posible que se nombrase a Díaz Tendero para el Norte con la intención de que impusiera allí orden y organizase una dependencia del GIC.

A lo largo de 1937 y 1938 el GIC fue examinando sin pausa los antecedentes de los oficiales y suboficiales. Aquellos cuya adhesión al

Régimen resultaba confirmada, eran ascendidos con efectos desde el 19 de julio de 1936 al empleo inmediatamente superior[166]. Otros, descritos como desafectos al Régimen, eran separados del ejército, con pérdida incluso de sus derechos pasivos y sin prejuicio de las responsabilidades penales en que estuvieran incursos, si se les investigaba *in absentia*. Entretanto, gran cantidad de oficiales y suboficiales permanecieron sin destino. La situación llamó la atención del corresponsal de *The Times*, quien escribió: «Aparte de algunos oficiales retirados, nuevamente en servicio, que hacen un papel más bien patético, ha desaparecido el antiguo tipo de oficial del ejército»[167]. Dadas las circunstancias, era lo único que podía ocurrir.

Desde luego, es cierto que la mayoría de ellos habrían servido gustosos en el ejército republicano en otras circunstancias. Si, por ejemplo, la estructura del antiguo ejército no hubiese sido destruida al liberar a los hombres de su juramento de lealtad y licenciar los regimientos; pero la España republicana se encontraba en una situación revolucionaria y las personas que no fueran totalmente de confianza tenían que ser mantenidas aparte.

A los militares que se habían retirado con los beneficios de la ley Azaña del 25 de abril de 1931, con la excepción de los que eran notablemente leales, se les miraba con sospecha, porque se consideraba que ellos se habían retirado para no servir a la República a la vez que cobraban el sueldo entero. En realidad, los tribunales declararon que el 57 por ciento de los militares investigados eran leales, aunque se les seguía sospechando de desafección (Véase Cervera, Javier, *Madrid en guerra: la ciudad clandestina, 1936-1939*, Madrid, Alianza, 1998, págs. 154-155 y 186-187). Después de un año de guerra, Vicente Rojo, jefe de Estado Mayor, le escribió a Prieto, ministro de Defensa Nacional, una carta larga en la cual se quejaba de la desconfianza general demostrada hacia los militares de carrera, algunos de los que se sentían injustamente perseguidos. «… la general desconfianza —escribe Rojo— hacia los que han prestado de manera desinteresda y abnegadamente un leal concurso …»[168].

En efecto, destaca el fenómeno de que la organización y formación básica militar de las nuevas Brigadas Mixtas era a menudo encargado a un militar de carrera, pero lo más común era que en el momento de afectarse la

brigada a una división y quedar lista para el servicio en campaña, se transfirió el mando a un oficial de milicias[169].

A finales de 1937, aún se estaba destituyendo a oficiales. El Ministerio, reconociendo que podían haberse cometido injusticias, requirió de aquellos militares que no habían sido confirmados en sus puestos que se diesen a conocer para que no se les expulsara del ejército por desconocer su paradero[170]. El hecho de que un oficial pudiese realmente estar en un puesto pero sin confirmar en él, y luego pudiese ser destituido por no reconocerse su existencia, indica el grado de continuación de la burocracia tradicional.

Díaz Tendero, aunque miembro fundador del GIC, quizá no fuese miembro del PCE y no parece que el Gabinete estuviese dentro de la órbita comunista durante la primera parte de la guerra[171]. Cuando Antonio Cordón fue nombrado subsecretario de la Guerra[172], vinculó el GIC a la sección de Personal de su propio gabinete y volvió a poner a Díaz Tendero al frente de la sección[173]. Gracias a ello, Cordón, y por lo tanto el PCE, tuvieron pleno acceso a los expedientes de los oficiales. Consecuencia de esto fue una queja de la FAI, más avanzado el año, de que oficiales de primera fila y republicanismo acendrado estaban siendo dados de lado[174].

VI. Su capacidad

Pocos comentaristas dejan de criticar la capacidad de los oficiales profesionales; críticas que no resultan sorprendentes cuando se trata de oficiales de la Guardia Civil, de Carabineros o de Artillería, que actuaban como jefes de División o Brigada de Infantería; o de tenientes haciendo el papel de jefes de EM y de sargentos como jefes de batallón. Como siempre, Azaña expresó mordazmente su visión de las cosas. Hablando de Juan Cueto, jefe de una de las columnas Milicianas vascas, de 55 años de edad, escribe: «Un jefe de Carabineros, ya entrado en años, apartado

profesionalmente de toda instrucción de campaña, no parecía el más indicado para el caso»[175].

Había escasez de oficiales experimentados en el nivel de compañía y batallón, carencia enmascarada por los ascensos masivos de suboficiales, alféreces y tenientes[176].

Naturalmente, a fin de cuentas pocos generales y jefes quedaron para el nuevo ejército. De los generales ya hemos hablado. En cuanto a los coroneles, en 1937, los nacionales afirmaban que estaban con ellos 74 de Infantería[177]. De los 49 restantes de la escala de 1936, una vez descontados los fusilados, detenidos y destituidos, quedaban poquísimos. En todo caso, el después mariscal Malinovski fustiga la «supervivencia de tradiciones decrépitas, burocracia, indiferencia, atraso e incapacidad a niveles más elevados, a menudo dominados por oficiales profesionales de activo, educados en la rutina del ejército monárquico»[178].

Para que no se piense que se trata simplemente de propaganda comunista, citaremos al propio Rojo, que quizá padeció más que ninguno de sus subordinados de la ineficacia en el cumplimiento de sus planes, y que escribe: «Los jefes, acostumbrados a combatir en posiciones y con un enemigo fijado en ellas, sienten temor al vacío, sobre todo cuando el espacio en que han de caer supera sus posibilidades de combate. En una palabra, se sabe combatir en posiciones pero no maniobrar»[179].

Esto explica también las prolijas órdenes de los Estados Mayores republicanos, observadas y criticadas por los consejeros soviéticos[180].

Pero las críticas soviéticas deben tomarse con precaución, sobre todo porque tienen en cierta medida un trasfondo político. Malinovski, por ejemplo, se refiere a la mentalidad burocrática y a la incapacidad a niveles superiores de los oficiales republicanos, pero lo relaciona con el predominio en el alto mando de oficiales profesionales «ajenos a los intereses del pueblo»[181]. Esto implica que se debería haber dado más oportunidades a los oficiales de Milicias. Más adelante consideraremos a los oficiales de Milicias, pero, aunque algunos actuaron excepcionalmente bien, otros lo hicieron muy mal y la presunción de Malinovski no resiste, por lo tanto, al análisis.

Los jefes militares republicanos tampoco dejaron de criticar a los oficiales profesionales subordinados a ellos. El teniente coronel Matallana, en su informe sobre Brunete, por ejemplo, desde su cargo de jefe del EM del Ejército del Centro, hace críticas concretas al jefe del XVIII Cuerpo, Fernández Heredia, que no colaboraba con su propio jefe de EM y no conocía bien a las unidades a su mando. Otros jefes no sabían cómo disponer de sus recursos o cómo coordinar la Artillería con la Infantería de ellos dependiente. En consecuencia, Matallana recomienda que todos los jefes de Brigada, División y Cuerpo pasen un curso de capacitación[182].

Los informes de los nacionales también arrojan a menudo mucha luz al respecto. Un oficial profesional, pasado a los nacionales, escribió un informe sobre el VIII y IX Cuerpos del ejército republicano del Sur. En él, observa la inconveniencia del nombramiento de un oficial de Artillería, que como tal era excelente, como jefe de Cuerpo. En concreto, no daba muestras del mínimo interés por trabajar con su EM y así no podían emprenderse operaciones militares normales y su distribución de fuerzas dejaba mucho que desear[183].

Las críticas sobre la competencia profesional de los oficiales de carrera aparecen tan a menudo, y en fuentes tan distintas, que dan a entender que la ineficacia, causada por la gran escasez de oficiales experimentados a casi todos los niveles, fue un factor primordial de la derrota republicana.

VII. Conclusiones

En conclusión, las diferentes opiniones acerca del papel jugado por los oficiales profesionales aparecen ejemplificadas en la obra del oficial de carrera Jesús Pérez Salas y del dirigente comunista de Milicias Enrique Líster[184].

Pérez Salas, hermano de tres oficiales republicanos y de uno del Ejército Nacional, tenía un historial de pequeñas conspiraciones contra la monarquía. Había servido durante breve tiempo en el Cuarto militar de Azaña y como jefe de Seguridad de Barcelona. Después de la sublevación

de octubre de 1934, salió de España y no regresó hasta la victoria del Frente Popular en 1936.

Sus opiniones, que coinciden en lo fundamental con las del coronel Casado, pueden considerarse expresión de las de la mayoría de los oficiales. Según ellas, los oficiales del ejército en términos generales no tenían puntos de contacto reales con la oligarquía ni el clero. Su preocupación verdadera era el orden público. Nunca se debió haber armado a las Milicias y se podía haber utilizado la estructura militar existente. Si se hubiese protegido a los oficiales profesionales de las interferencias políticas y se les hubiese tenido más respeto y en una posición mejor con relación a los oficiales de Milicias, se podría haber formado un cuerpo de Oficiales sobre la base del existente.

Estas opiniones afirman algo muy discutible. Lo que ocurría era que, ya desde la Sanjurjada de 1932, los antimilitaristas, a quienes podemos considerar la opinión más progresista de España, desconfiaban de los oficiales. Llevó meses hacer aceptar la militarización a unidades, incluso a las no anarquistas. Y además, cualesquiera que fuesen los intereses de la generalidad de los oficiales profesionales, de hecho, se habían sublevado o unido sin reticencias a los rebeldes.

Líster opinaba que entre los oficiales profesionales había verdaderos leales, así como incompetentes y también enemigos de la República. Gran parte de ellos no apreciaban la naturaleza política de la guerra ni del Ejército Popular[185]. Estas apreciaciones son en términos generales correctas. Los calificativos que utiliza Líster son los que resultan más dudosos. Las fuerzas de la República vieron de distintas maneras la «naturaleza política» de la guerra. La expresión «Ejército Popular» la consideraremos más adelante, cuando examinemos todos los aspectos del comunismo en el ejército republicano, pero ya podemos decir que difícilmente se puede aplicar al ejército republicano tras un estudio desapasionado de él.

6

Un nuevo cuerpo de Oficiales

I. Ascensos

La grave escasez de mandos condujo al gobierno a iniciar una serie de medidas para proporcionar a las primeras columnas dirigentes que tuvieran al menos algunos conocimientos de técnica militar. Para ello, en sucesivos números de su *Diario Oficial*[1], el Ministerio de la Guerra ascendió a todos los suboficiales a la graduación superior, aunque con la restricción de que debían pasar determinadas pruebas; los brigadas fueron ascendidos a alféreces y todos los alféreces y tenientes ascendieron una graduación. Resultado inmediato de ello fueron las largas listas de ascensos a cabos y sargentos en la Guardia Nacional republicana (ex Guardia Civil), Carabineros y Guardia de Asalto[2].

El 22 de septiembre de 1936 se reconocieron estos ascensos con antigüedad desde el comienzo de la guerra[3]. El Decreto del 21 de octubre ascendió a todos los oficiales leales un grado hasta el de coronel, si lo aprobaba el Gabinete de Información y Control. Una orden posterior de principios de 1937 requería a todos los oficiales a quienes el Gabinete había calificado de «leales provisionales» y que, por lo tanto, no habían sido ascendidos, a que enviasen sus detalles para una reconsideración inmediata de sus casos[4]. Relativamente pocos oficiales habían recibido la aprobación incondicional del GIC: 50 capitanes, 270 tenientes y 1080 alféreces y suboficiales habían sido ascendidos a finales de noviembre[5]. También

fueron ascendidos 792 suboficiales y alféreces más en año nuevo[6]. Para 1937, con un número creciente de oficiales de Milicias y menos necesidad de profesionales para mandar las unidades, el Ministerio requirió a los oficiales que habían sido ascendidos para que ocupasen sus cargos durante seis meses antes de pasar a sus nuevas graduaciones[7].

Los ascensos por lealtad se sucedieron a todo lo largo de la guerra. Incluso a finales de 1938, el *Diario Oficial* seguía registrando ascensos con efectos desde el 19 de julio de 1936, a menudo al mismo tiempo que se confirmaba una graduación superior en la fecha de publicación del decreto. En un caso, 505 suboficiales fueron nombrados tenientes con antigüedad desde el comienzo de la guerra y, con efecto inmediato, fueron ascendidos a capitanes[8].

II. Los jefes

Un cambio notable lo constituyó la fusión de las dos graduaciones de general en una sola. A efectos prácticos, ello significaba que los generales de Brigada leales fueron autorizados a llevar las insignias de teniente general: tres estrellas doradas ribeteadas de rojo en los ángulos formados por una espada y un bastón cruzados. Su denominación sería simplemente la de generales. Gozarían de los privilegios de los generales de División, pero sólo tendrían la mitad de la paga si el GIC no les autorizaba a ocupar un puesto de mando[9]. Éste era, se supone, el caso de generales como San Pedro Aymat y Cavanna del Val, a los que no se confió ningún puesto pero tampoco se les destituyó. Al parecer, Largo Caballero decretó esta medida a pesar suyo, pues ese mismo año, más adelante, se quejó en una reunión pública de que «compañeros socialistas», refiriéndose probablemente a Prieto y quizá a Negrín, hubiesen dado un aumento de cuatro mil pesetas anuales de paga a los generales de Brigada. En realidad, los únicos generales de División de antes de la guerra que había en el ejército republicano eran La Cerda, Riquelme, Peña Abuín, García Gómez Caminero y Masquelet. A excepción de Riquelme, todos se hallaban cerca

del retiro. La asimilación de graduaciones parece haber sido simplemente un recurso utilizado para ascender a los generales leales del mismo modo que a los demás oficiales.

Las pagas de los oficiales no aumentaron sino que permanecieron a su nivel de antes de la guerra, casi exactamente el mismo que en el Ejército Nacional, es decir, de 5000 pesetas al año para un teniente a 22 000 para un general. Estando la paga de los soldados rasos a diez pesetas por día, la diferencia de antes de la guerra entre los soldados y los oficiales se redujo grandemente.

Empero, a finales de 1938 se adoptó la decisión de reestablecer las distintas graduaciones del generalato. El motivo aducido fue el desarrollo del ejército y la necesidad de establecer la adecuada consideración a la jerarquía en el mando en una etapa posterior y ya no revolucionaria. El decreto significaba el fin del igualitarismo de los primeros días de la guerra civil, cuando los generales llevaban monos de trabajo azules y Bernal, el general de Brigada más reciente, fue asimilado a la misma graduación que Riquelme, que era general de División desde 1929.

En 1938, desde luego, había muchos más generales. Prieto, como ministro de Defensa, había ascendido a Escobar, Rojo y Hernández Sarabia. La reorganización a gran escala del ejército después del desastre de 1938 trajo consigo los ascensos de Menéndez, amigo íntimo de Azaña y jefe del ejército de Levante, muy ensalzado por el subsecretario comunista de la Guerra, Cordón, a causa de su capacidad técnica y de su energía, aunque criticado por el mismo autor por su falta de comprensión de lo que era el nuevo ejército[10]; criticado también por la CNT que, en un informe, lo calificaba de «comunista, elemento fusilable»[11]. No era realmente una contradicción. Menéndez trabajaba con jefes comunistas que respetaban su eficiencia, pero no es cierto que tuviese simpatías políticas por ellos, como lo demuestra su asociación al golpe anticomunista de Casado. Otros ascendidos a general fueron Matallana, jefe del EM del Grupo de Ejércitos del Centro, y Jurado, jefe de la Defensa Antiaérea[12]. Casado sería nombrado general en 1939, negándose a aceptar el ascenso porque consideraba que el gobierno de Negrín no tenía derecho a hacerlo[13]. Los únicos jefes de ejército a quienes no se nombró generales fueron Moriones,

del ejército de Andalucía; Perea del ejército del Este; y Prada, que había mandado el Ejército del Norte tras la caída de Santander en agosto de 1937 y el de Andalucía desde octubre de 1937 hasta abril de 1938 y luego el ejército de Extremadura hasta que Casado lo requirió para que tomase el mando del Centro en marzo de 1939[14].

Había consideraciones políticas implicadas en los ascensos y en el freno a la carrera de hombres que habían ocupado puestos que merecían una promoción. Perea, por ejemplo, estaba muy bien considerado por las unidades anarquistas bajo su mando que apreciaban lo que Ricardo Sanz, dirigente de la 26.ª División llama: «Su labor … verdaderamente enaltecedora. Gracias a su actuación, las cuestiones políticas ramplonas, introducidas en la mayor parte de las unidades de los demás ejércitos, no encontraron eco en el ejército del Este, ni pudieron desarrollarse ante el muro de contención que representaba su nuevo jefe»[15].

Prada fue acusado por los anarquistas de haber intentado fusilar a hombres de la CNT y de ser por lo menos simpatizante del PCE[16]. Ésta fue la información que recibió Azaña, aunque fue lo bastante sagaz como para menospreciar otros chismorreos maliciosos[17]. Prada, anota el presidente sarcástico, «que ahora es comunista», fue elegido para mandar en el Norte por el autonombrado Consejo de Asturias, por encima del general Gámir Ulíbarri[18]. También se aseguró de Prada que actuó con severidad draconiana con respecto a sus subordinados, habiendo hecho fusilar a tres jefes de Brigada[19]. Se sabe poco de sus tomas de posición durante 1938 pero es evidente que Casado confiaba plenamente en su anticomunismo, pues lo llamó para que ocupase su puesto como jefe del Ejército del Centro en 1939[20].

Así pues, resultaría que los dos jefes, Prada y Perea, que deberían haber sido ascendidos a generales y no lo fueron, eran tajantemente anticomunistas. ¿Eran entonces Menéndez, Matallana y Jurado procomunistas? Desde luego, los comunistas tenían en buena consideración a Matallana. Cordón le conceptuaba de honrado, enérgico y convencido en 1939 de que se podía prolongar la resistencia en el centro de España[21]. Zugazagoitia, que durante algún tiempo fue secretario del Ministerio de la Guerra, creía que su lealtad iba hacia Negrín pero que había representado

una comedia al tratar de disuadir a Casado de rebelarse[22]. Casado estaba convencido de que Negrín desconfiaba de Matallana y pretendía arrestarlo[23].

El ascenso de Jurado no siguió las pautas habituales. No estaba al mando de un ejército, pero, como inspector de la defensa antiaérea, tenía el mismo estatus que el general Bernal, que era director de otro servicio primordial: los Transportes. Pero Bernal había sido general antes de la guerra mientras que Jurado no había sido más que comandante. De Jurado se afirmaba que se había presentado voluntario nada más estallar la guerra[24], pero el hecho de que su familia estuviese en Marruecos hacía que se tuviese bastante suspicacia al respecto[25]. De cualquier modo, ni Modesto ni Líster, los dos personajes militares comunistas de más importancia, tienen mucho bueno que decir de él. Lo vieron como a un oficial anticuado, renuente a aceptar el ejército de nuevo estilo[26]. Jurado se negó a regresar a España tras la derrota de Cataluña, a pesar de que en el último momento, Rojo le había nombrado sustituto de Hernández Sarabia como jefe de todo el Grupo de Ejércitos del Este[27]. Este hecho resulta difícil de entender a menos que se debiese a algún motivo político. No había dado muestras de una especial capacidad durante la guerra y desde luego no tenía la experiencia de ninguno de los otros dos jefes de ejército del Grupo, Modesto y Perea[28]. El ascenso de Jurado sigue siendo un enigma y en tanto que los de Menéndez y Matallana pueden explicarse como razonables en términos generales y hechos con la aprobación de los comunistas, el suyo en cambio no.

El ascenso inmediato a la graduación superior de todos los oficiales leales fue seguido de cierto número de ascensos por méritos en campaña. En el *Diario Oficial* del 28 de diciembre de 1937, que registraba el ascenso de Sarabia a general, Federico de la Iglesia, jefe del EM del ejército de Maniobras, pasó a ser coronel, lo mismo que Fontán, jefe de Operaciones del Ejército del Centro; Sáez Aranaz, jefe del EM del ejército de Levante; Menéndez, jefe entonces del XX Cuerpo de ejército; Fernández Heredia, del XVIII Cuerpo; y Gallego, al frente de la artillería en la batalla de Teruel, que estaba teniendo lugar entonces. A principios de 1938, otros jefes prominentes fueron ascendidos a coroneles[29]: los hermanos Pérez Salas,

Joaquín del VIII Cuerpo y Jesús, exsubsecretario de la Guerra; Casado, jefe del ejército de Andalucía; Cordón, subsecretario de la Guerra; Fuentes, inspector general de Artillería; Armentia, jefe de la Artillería en el ejército de Andalucía; Pérez Farrás, exconsejero militar de la columna Durruti; Valcázar, jefe de la Artillería del ejército de Extremadura; Casado Veiga, que ocupaba el mismo puesto en el Ejército del Centro; y De los Mozos, responsable de Fortificaciones en el grupo de Ejércitos del Este. Todos estos oficiales, excepto Cordón, habían sido comandantes al comienzo de la guerra, aunque Jesús Pérez Salas había estado exiliado desde 1934. La antigüedad variaba considerablemente de unos a otros. Pero el prestigio de sus puestos precisaba un reconocimiento efectivo, siendo la única excepción Pérez Farrás, que no ocupó ningún cargo de importancia después de la militarización de la columna Durruti. Puede que su ascenso se debiese a presiones de la CNT.

Todos estos ascensos parecen razonables, tanto desde el punto de vista de las responsabilidades que tenían esos oficiales como de su antigüedad en el ejército. Hubo algunos ascensos «relámpagos» como el caso, por ejemplo, de Cordón, que pasó de capitán retirado a general[30]; y el de Rojo, de comandante a teniente general, pero pocos oficiales ascendieron más de un grado por méritos además de su ascenso por lealtad, de tal manera que no parece que en el caso de que hubiesen vencido los republicanos el ejército hubiese estado tan sobrecargado de generales como en 1936. Sumando los ascendidos a los doce generales que aún estarían en activo en 1939, el total no resultaría excesivo, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de los generales anteriores a la guerra estaban a punto de retirarse.

A pesar de esto, Azaña comentó en su diario el 15 de agosto de 1938: «Rivalidades y disputas por los ascensos. Esto no tiene remedio»[31].

En anotaciones posteriores, el presidente hace comentarios acerbos sobre la prodigalidad de ascensos, en especial los realizados, escribe, para contentar a los comunistas. Un coronel de Aviación, Riaño, le había dicho que ya había ocho coroneles de Aviación aunque no había puestos ni para los cuatro anteriormente existentes, y que el resultado de ello fue tomarlo como pretexto para hacer más generales. No era verdad. Los únicos generales de Aviación eran Hidalgo de Cisneros, jefe del Servicio[32], y

Emilio Herrera, director general de los servicios técnicos de la Aeronáutica[33]. Ese mismo año, Azaña escribió que Negrín había reconocido en su presencia que se concedían demasiados ascensos y que después de la guerra serían fuente de problemas. No obstante, aunque se le insistía para que lo hiciese, Negrín se había negado a fusionar las plantillas de profesionales, oficiales de Milicias y oficiales «en campaña»[34]. Resultaba evidente que rara vez se otorgaban ascensos a milicianos más allá de comandante, y si la República hubiese ganado la guerra, es difícil que se cumplieran las predicciones de Azaña sobre el exceso de jefes, que podemos interpretar como reflejo de su costumbre de obtener sus informaciones de aquellos oficiales con los cuales tenía confianza.

III. Los oficiales

Se llevaron a cabo considerables cambios externos en el sistema de graduaciones. Un decreto promulgado mientras se estaban formando las Brigadas Mixtas suprimió los grados de brigada y alférez[35]. Los alféreces de 1936 habían sido casi todos nombrados entre los suboficiales y los que tenían esa graduación al empezar la guerra habían sido ascendidos a tenientes. Puede haber parecido innecesario seguir manteniendo esas graduaciones en el nuevo ejército, pero el resultado fue que el ejército republicano se quedó sin suboficiales experimentados. No ocurrió lo mismo en el Ejército Nacional, y esta diferencia contaría. Como regla general, en ejércitos de masas no resulta muy difícil improvisar alféreces provisionales y, por lo tanto, se considera que no hace falta ahorrar sus vidas, tal como ocurrió en el frente occidental durante la primera guerra mundial[36]. El verdadero armazón de un ejército lo constituyen los suboficiales con experiencia, y de ellos había pocos en el ejército republicano por lo que en el nivel de pelotón y sección se dio una ineficacia generalizada. En su informe sobre el ataque a La Granja (Segovia) de junio de 1937, José María Galán, conocido oficial progresista, señaló que los oficiales de baja graduación eran incapaces y que por ello los jefes habían perdido el

contacto con sus unidades[37]. El teniente coronel Menéndez, posteriormente jefe del ejército de Levante, informó a Azaña sobre la batalla de Brunete de julio de 1937, indicándole que los oficiales eran nulos a todos los niveles, y especialmente los jefes de batallón[38]. Durante la batalla misma, Azaña, a quien informaban sus consejeros militares, escribió en su diario que, a la vista de la marcha nocturna por sorpresa con que se había capturado el pueblo de Brunete y del hecho de que la mayor parte de los alrededores estaban débilmente protegidos por los nacionales: «Ni en Brunete … hubo nadie que se diese cuenta de la situación y resolviese aprovechar la improvista facilidad del avance. Sin embargo, en eso consiste el talento militar: en sacar parte de lo imprevisto»[39].

Rojo, en una carta a su amigo Manuel Matallana, que ocupaba un cargo de Estado Mayor en la Zona del Centro, en pocas palabras resume la cuestión «… se ha producido el problema de siempre en nuestras ofensivas y es que la gente se desinfla … hay poca decisión en el momento de echarse adelante … lo achaco a la falta de iniciativa de los mandos que son capaces de … desarrollar con acierto la primera parte de las papeletas … pero cuando llegan a verse solos en el campo y al tener que actuar … haciendo uso de su iniciativa, se les nota que no tienen nada dentro y carecen de confianza en sí mismos»[40].

Un informe del comisario general (este tipo de informes se hacían normalmente a partir de los de los comisarios de la unidad) sobre Teruel (noviembre de 1937-febrero de 1938) criticaba igualmente la escasez de oficiales capaces[41].

Tales informes se habían convertido de hecho en un lugar común, y pueden ejemplificarse en los comentarios del jefe del EM, Vicente Rojo, el cual se lamenta de la costumbre de enviar informaciones incorrectas[42]. Ordena que se deje de hablar sin el menor cuidado, que se tenga más obediencia a las órdenes superiores, confianza en el Estado Mayor, menos confianza en las antiguas concepciones sobre el mantenimiento de una línea continua y la protección de los flancos; los oficiales deberían estar más próximos a sus unidades, tener al menor número posible de tropas en la línea del frente y otras muchas recomendaciones tan elementales que normalmente debería seguirlas cualquier oficial sin que hiciese falta

recordárselas. Una semana después de esta circular, un jefe del ejército de Levante redactó la siguiente acta al final de una reunión del EM. Se impondrían severas sanciones para castigar —entre los oficiales—: «falta de entusiasmo, abandono del puesto, evitar el peligro, fingir enfermedad, pesimismo, falta de respeto por los jefes, y parcialidad política»[43].

Una circular de Brigada, que resultaba típica, instruía a los oficiales para que no elevasen quejas acerca de sus pagas o graduaciones, escribiesen informes honrados y sin ambigüedades y fuesen puntuales[44].

IV. Los oficiales de milicias

Enseguida resultó evidente que el ascenso del personal militar no iba a resolver el problema de los oficiales, sobre todo a la vista de cómo habían sido diezmados los suboficiales y oficiales del antiguo ejército. En consecuencia, se promulgó un decreto con instrucciones para la formación de nuevos oficiales de complemento, es decir, aquellos que poseían formación superior y, por lo tanto, habían seguido en la preguerra un período brevísimo, o incluso sólo por las mañanas o tardes, de servicio militar y a quienes luego se les concedía el cargo de oficiales que «complementaban» sus Cuerpos cuando era necesario, asistían después a un curso de quince días y entonces se convertían en oficiales efectivos. Los suboficiales que habían ingresado en las fuerzas paramilitares después de su servicio militar podrían, tras un cursillo de veinticinco días, pasar a alféreces. Los licenciados en ciencias, estudiantes de ingeniería y bachilleres podrían ingresar en el ejército y convertirse en oficiales después de pasar también unos cursillos de breve duración[45]. Pero tres semanas después apareció otro decreto que dejaba en suspenso el anterior ya que no resultaba urgente el reclutamiento de oficiales[46]. Resulta desconcertante que se aseverara tal cosa en un momento en que las Brigadas Mixtas estaban formándose y el Gabinete de Información y Control señalaba la falta de oficiales y recomendaba específicamente la creación de cursos de enseñanza acelerados para oficiales[47]. Pero es posible que uno de los

motivos fuese la fría acogida de las columnas milicianas a los oficiales procedentes de los cursillos y a los oficiales en situación de reserva. Sobre todo estos últimos parecen haber sido recibidos con poco entusiasmo, excepto los conocidos por sus ideas progresistas, como Emilio Bueno y Francisco Galán. La reincorporación de este último al ejército fue objeto de elogio en la *Gaceta de Madrid* que se refirió a que con toda «lealtad y entusiasmo lucha por las libertades del pueblo»[48].

Aunque se había autorizado a todos los oficiales en situación de retiro de menos de sesenta y cinco años a ingresar en el ejército sin más requisitos que pedir su reincorporación[49], no parece que lo hiciesen muchos[50]. Muchas fuentes secundarias recuerdan la falta de eficiencia de esos hombres así como de los de la plantilla de complemento[51].

Mucho más importante fue el número creciente, así como la influencia, de los oficiales que procedían de las Milicias. En general, habían logrado su autoridad gracias a haber fundado las columnas o porque anteriormente eran dirigentes sindicales o, como en el caso de los comunistas, porque habían sido seleccionados y preparados previamente por su partido por sus cualidades de dirigentes.

Las Milicias habían sido militarizadas por el Decreto publicado en la *Gaceta* del 29 de septiembre de 1936. El día anterior, todos los suboficiales y oficiales de las Milicias «que hubiesen sido acreedores de ello» fueron nombrados oficiales y se invitó a los suboficiales a que enviasen sus solicitudes para ser incluidos en la escala del ejército[52]. Pero pasados pocos meses, el Ministerio de la Guerra trató de verificar los datos de los oficiales de Milicias, quejándose de que de los 1412 casos considerados, 1042 no habían comunicado datos esenciales. Otras solicitudes se referían a personal que ya estaba en el ejército y a quien, por lo tanto, no afectaba el decreto. Así pues, se promulgó uno nuevo por el que se autorizaba a todos los oficiales de Milicias a pasar automáticamente a la escala del ejército revisándose ulteriormente los expedientes. Las graduaciones existentes se reconocieron, pero la plantilla de Milicias iría en antigüedad detrás de la de los oficiales profesionales[53]. Habría un despacho permanente en la sección de Personal con representación de las Milicias, el Comisariado político y el

Gabinete de Información y Control. Su tarea consistiría en considerar a quiénes se permitiría permanecer de oficiales después de la guerra.

No resulta sorprendente que los funcionarios del Ministerio de la Guerra tuviesen dificultades para verificar los expedientes de los oficiales de Milicias. Los ascensos se habían otorgado sobre la marcha y según las necesidades de la acción. Vittorio Vidali, alias «Carlos Contreras», comisario del Quinto Regimiento, dijo a Anna Louise Strong, periodista norteamericana, que «se hacía oficial a todo aquel que parecía inteligente»[54].

Y en la historia de la guerra del PCE se dice lo siguiente: «No pocas veces iban al combate con el grado de sargentos y regresaban como comandantes»[55].

Líster recuerda que el propio coronel Asensio prendió la estrella de ocho puntas de comandante en su guerrera el 20 de agosto de 1936, tras un ataque logrado en la sierra de Guadarrama[56]. Y además resultaría probable que los partidos políticos y las poderosas federaciones sindicales que formaron las Milicias hayan insistido en que sus oficiales estuviesen en paridad con los suboficiales y oficiales ascendidos en lo que respecta a las escalas activa y de reserva. De hecho, se originó un considerable caos administrativo debido a que había personal militar sirviendo en las Milicias con graduación superior a la que tenían en el ejército. Estando en curso de composición la escala provisional del ejército republicano de 1938 (véase el capítulo 5), el Ministerio insistió para que esos hombres optasen por las Milicias, con graduación mayor pero sin que se les garantizase la readmisión en el ejército después de la guerra, o por el ejército, en cuyo caso volverían a la escala de profesionales, pero con sólo el ascenso por lealtad (si lo aprobaba el GIC) y la posibilidad de otro[57].

V. Oficiales superiores de milicias

A los oficiales de Milicias no se les permitió pasar de comandantes[58], graduación que tenían la mayoría de los jefes de columnas y que

correspondía a la de jefe de batallón en el ejército español. Se puede ver claramente la influencia de los militares profesionales, los cuales, aunque algunos dirigentes de las Milicias llegarían pronto a mandar brigadas y divisiones, no querían que ningún nuevo miliciano tuviese más graduación que ellos. Además, la existencia de oficiales superiores de Milicias después de la guerra causaría estragos en el sistema tan cuidadosamente equilibrado de antigüedades. La cuestión iba unida al problema de los ascensos por méritos que tanto encono habían provocado en el ejército y que habían desembocado en las Juntas de Defensa de 1917, los problemas con los oficiales de Artillería en los años veinte y el descontento del período de Azaña.

Pero a finales de 1937, con el crecimiento del ejército y la destitución de gran cantidad de oficiales tras una investigación sobre ellos del GIC, los oficiales de Milicias se hallaban a menudo al frente de brigadas e incluso de algunas divisiones y cuerpos[59].

El 5 de enero de 1938 se publicó un Decreto que iba precedido de un largo preámbulo referido al Decreto de febrero de 1937, que restringía los ascensos, para continuar diciendo: «No parece justa una limitación tan rígida, si bien procede adoptar medidas que, al levantar ese tope, impidan el acceso a los altos cargos del ejército a quienes no han probado en el campo de batalla una suficiencia militar, que se acredita conjuntamente por el valor personal …».

El significado de estas palabras puede juzgarse por el tono negativo de la expresión, sin el menor elogio a los logros de los oficiales de Milicias y sólo un ascenso concedido a regañadientes para los jefes de probada habilidad en el campo de batalla. Las detalladas instrucciones requerían que esos ascensos fuesen acordados únicamente por decreto del Consejo de ministros a propuesta del ministro de Defensa nacional, en aquel entonces Indalecio Prieto. La decisión de hacer esta concesión a los mayores de las Milicias se tomó bajo presiones, pues como se ve claramente por su informe al PSOE tras su destitución, Prieto estaba convencido de que los comunistas intrigaban en su contra[60].

Es interesante examinar a quién se ascendió y cuándo. El ascenso de Líster fue el primero de todos, y se publicó en el mismo número del *Diario*

Oficial que el Decreto que autorizaba tales ascensos[61]. Se mencionaba concretamente que se debía a sus hazañas durante la batalla de Teruel. El anuncio de su ascenso el mismo día en que resultaba posible y los informes oficiales de que Líster se había negado a acatar las órdenes del teniente coronel Ibarrola, su inmediato jefe, en el sentido de mandar regresar a Teruel alguna de sus unidades, por cierto muy maltrechas, son fuertes presunciones de que Prieto firmó el Decreto de mala gana y bajo la presión del PCE[62].

Incluso es posible que, cuando se aprobó el 5 de enero de 1938 el Decreto ascendiendo a Líster para resolver la cuestión del ascenso que Rojo, sin tener facultades para hacerlo, le había concedido, el Gobierno se viera en la necesidad de derogar la norma que limitaba los ascensos de todos los milicianos al empleo de mayor.

Empero, los cuatro primeros ascensos aparecen cuidadosamente equilibrados entre comunistas y anarquistas. Después de Líster, fue Cipriano Mera, jefe del IV Cuerpo, que había sido recomendado para ascender después de Guadalajara en marzo de 1937[63], el primer anarquista en llegar a teniente coronel. El siguiente ascendido fue Antonio Beltrán, protegido de Prieto y en aquel entonces al mando de la 43.ª División, descrito como «anarquista independiente»[64]. Luego se ascendió a título póstumo a Durruti, el más famoso de los jefes anarquistas de columna, muerto en Madrid en noviembre de 1936[65]. Se ascendió también a los oficiales de Milicias Modesto, Valentín González «El Campesino», Durán, Toral, Del Barrio y Tagüeña, todos ellos comunistas, y a los anarquistas Jover y García Vivancos, Recalde, jefe de la 19.ª División y Gallego Pérez, que aunque oficial profesional permanecía aún en la plantilla de Milicias[66]. A partir de entonces, hubo pocos ascensos pero, en septiembre de 1938, se ascendió a tenientes coroneles a otros trece mayores de Milicias. Entre los más conocidos estaban Martínez Cartón, el diputado que había ocupado la fortaleza nacional de Santa María de la Cabeza al frente de la 16.ª Brigada mixta; Manuel Cristóbal Errandonea, que había dado muestras de su capacidad en la defensa de San Sebastián[67]; y Daniel Ortega, el jefe de los Servicios de Madrid[68]. Los tres eran comunistas. Entre los dirigentes cenetistas, sólo Sanz, de la 26.ª División (excolumna

Durruti) y Castán, de la 118 Brigada de la 25.ª División (excolumna Ortiz) fueron ascendidos[69]. Hubo un evidente lapso de varios meses entre el ascenso de Líster y los siguientes, que puede explicarse o por la urgencia y presión de los asuntos que tenía que tratar el Gabinete o por la desgana de algunos ministros en otorgar los decretos correspondientes. El 24 de abril de 1938, el *Diario Oficial* publicó otro Decreto aligerando los reglamentos de forma que los ascensos pudiesen concederse por una orden ministerial aprobada por el Gabinete, lo cual probablemente explica el conjunto de ascensos que hubo después.

Si se compara esta cifra de 27 ascensos de oficiales de Milicias con el total de 74 ascensos hechos en todo el ejército entre abril y septiembre de 1938, resulta evidente que el cese de Prieto en el Ministerio de Defensa no dio satisfacción real a quienes pedían el reconocimiento del papel desempeñado por los comandantes de Milicias. No se ascendió, por ejemplo, a los comunistas Asensio y Pertegás, jefes de División del Ejército del Centro, ni a los oficiales de Milicias que formaban la mayor parte del EM del ejército del Ebro.

Los ascensos para los milicianos no fueron más allá de la graduación de teniente coronel. Si no tomamos en cuenta los ascensos otorgados por Negrín cuando ya no tenía ningún poder para hacerlos efectivos, el 3 y 4 de marzo de 1939[70], nombrando general a Modesto y coronel a Líster, el único ascenso por encima de teniente coronel fue el de Modesto, jefe del ejército del Ebro, nombrado coronel durante la batalla del Ebro[71].

Los ascensos de los oficiales de Milicias, la confirmación en sus mandos y los nuevos puestos fueron negociados a través de un organismo especial, la Comisión revisora de Empleos de oficiales de Milicias[72]. Normalmente, el cuerpo de Ejército en que servía el oficial enviaba la documentación, saliendo las confirmaciones en el *Diario Oficial*. El gran número de oficiales del apéndice 12 que no son profesionales pero tampoco aparecen descritos como de Milicias, se explica por los retrasos burocráticos en la comprobación y publicación. Durante algún tiempo, la Comisión fue presidida por Jesús Pérez Salas, que dimitió de su mando al frente de la 30.ª División después de la batalla de Belchite en agosto de 1937 y pasó a formar parte de la subsecretaría del Ministerio de la Guerra,

donde sucedió a Fernández Bolaños como subsecretario el 27 de marzo de 1938[73]. Pérez Salas se queja de que la Comisión estaba dirigida de hecho por un oficial de Milicias comunista, cuyo nombre no da, y de que favorecía a los miembros del PCE[74]. Dadas las circunstancias de la guerra civil española, el nombramiento de Pérez Salas, oficial profesional condenado por los anarquistas a pesar de su actitud fuertemente anticomunista, era un error, sobre todo por su preocupación por la posición de que gozarían *después* de la guerra los oficiales profesionales, ansiedad que le ocultaba la gravedad de la situación *durante* la guerra[75].

En virtud de su cargo en el Ministerio, Pérez Salas formaba también parte de la comisión que nombraba los mandos (la Junta de Mandos), formada por Rojo, Fernández Bolaños y un vocal cooptado. Esta Junta nombraba los jefes de Cuerpo, División y Brigada, y la sección de Personal de la subsecretaría confirmaba todos los demás mandos y hacía recomendaciones para ascensos. Aunque no podía quejarse, como a menudo lo hace, de que allí hubiese comunistas, Pérez Salas disputó con Rojo a propósito del ascenso de los oficiales de Milicias y de la postergación de los militares de carrera y aseguraba que Rojo trataba de imponer su voluntad por encima de la de la Junta[76]. No hay pruebas de ello, aunque sí es cierto que Rojo mostró cierta debilidad con respecto a la actividad política dentro del ejército (véase capítulo 5), pero resultaría difícil demostrar que el ejército republicano no utilizara a todos los oficiales profesionales que eran capaces de dirigir unidades, dadas las condiciones políticas y militares del momento.

VI. Algunos jefes de Milicias

La figura de Juan Modesto resulta sobresaliente. No sólo fue el oficial de Milicias de mayor graduación, siendo coronel desde julio de 1938 y ascendido a general el último mes de la guerra, sino que además los autores de memorias sobre aquella época se cuidan de no criticarlo. El propio general Rojo, jefe del EM republicano, se halló fuertemente impresionado

por él. En febrero de 1938, durante la batalla de Teruel, escribió al ministro de Defensa: «Me inspira gran confianza»[77].

Tres días después, el 22 de febrero, Rojo se refirió de nuevo a las relevantes cualidades de Modesto, quien era:

> Verdaderamente admirable por su actividad y por el acierto que ha tenido en el manejo de las unidades, ya que la descomposición que aquí había ha sido perfectamente contenida y en su frente, desde que vino al mando, los acontecimientos se han sucedido con el mayor orden dentro de las dificultades inherentes a la situación táctica que tenía que resolver[78].

Modesto se había distinguido ya antes a ojos del jefe del EM en un ataque al Cerro de los Ángeles, una colina situada al sur de Madrid[79]. Refiriéndose a la retirada de Cataluña en 1939, Rojo escribe que Modesto se mostró competente y sereno[80].

Modesto era claramente persona que causaba buena impresión. Ascendió rápidamente, lo que ya le había ocurrido antes de la guerra, habiendo subido también deprisa dentro del PCE, en el que había ingresado en 1930 con veinticuatro años[81]. Al cabo de tres años ya se había señalado y se le llamó a Madrid después de haber trabajado con plena dedicación en su provincia natal, Cádiz. Evidentemente, impresionó a los dirigentes del partido, ya que se le seleccionó para ir a Moscú a seguir un curso de teoría marxista[82]. El que se le escogiera para seguir ese curso cuando ni siquiera había completado los estudios primarios es ya de por sí una indicación de su capacidad. No se veía obligado a abandonar el país, como Líster, ni era persona con cierta formación como Martínez Cartón o el comunista vasco Larrañaga, todos los cuales pasaron algún tiempo en la Unión Soviética antes de la guerra[83]. Cuando Modesto regresó a España en 1936 se le nombró responsable nacional de las Milicias antifascistas[84]. Su carrera militar comenzó el 27 de julio de 1936, cuando marchó a la sierra al mando de un grupo.

Según cuenta, pronto estaba ya discutiendo de asuntos militares de igual a igual con militares profesionales como Fontán y Burillo[85], y a partir de entonces fue casi siempre el primer oficial de Milicias en recibir un mando o una graduación. Se le concedió (no oficialmente) la estrella de comandante como jefe del batallón Thaelman[86]. Desde luego, no hay

pruebas de que se distinguiese en aquellas fechas de constantes derrotas de las Milicias. Se encontraba combatiendo en Extremadura, lo que probablemente fue el motivo de que se confiase el mando del Quinto Regimiento a Líster, que estaba en la sierra, mucho más a mano. Pero cuando a Líster se le dio el mando de la 1.ª Brigada mixta, se nombró a Modesto para sustituirlo al frente del Quinto Regimiento[87].

El paso decisivo en el ascenso de Modesto fue su nombramiento al mando de una de las divisiones formadas en el frente de Madrid a fines de 1936[88]. En contraste con Líster y Valentín González, «El Campesino», y otros dirigentes comunistas que escribieron sus recuerdos pero olvidaron mencionar a sus jefes del EM, Modesto no deja de mencionar y alabar a Federico de la Iglesia, su jefe de Estado Mayor en la 4.ª División, ni a José Sánchez Rodríguez, que estuvo a sus órdenes desde julio de 1937[89]. Esto indica el evidente atractivo personal de Modesto, subrayado por quienes lo conocieron[90]. En la batalla del Jarama, mandó un grupo de fuerzas formado por su 4.ª División y otras brigadas y fue situado en el importante sector que defendía las entradas del sur de la ciudad de Madrid. Cuando se formó el V Cuerpo como núcleo de un ejército de Maniobras en marzo de 1937, se le confió el mando a Modesto[91]. Esta autoridad sobre un Cuerpo que comprendía divisiones a cargo de otros conocidos dirigentes comunistas dio el tono para el tipo de mando que existiría durante lo que quedaba de guerra. En mayo de 1937, a la 11.ª División de Líster, englobada en el V Cuerpo de Modesto, se le ordenó tomar el Cerro del Águila, como parte de una operación contra el Cerro de Garabitas, centro nacional de observación para la artillería que bombardeaba Madrid. Este ataque resultó un desastre, pero, en tanto que Líster cuenta que se limitó a sacar de allí a sus tropas y a desafiar a Miaja a que lo destituyese, Modesto recuerda tranquilamente cómo «persuadió» a Miaja para que suspendiera el ataque[92]. Si se consideran ciertos estos relatos, muestran que Modesto era un jefe de Milicias capaz de ejercer considerable influencia sobre sus superiores, particularmente porque escribe que a ello le ayudó su consejero ruso «Petrovich» (el después mariscal Meretskov)[93].

El siguiente paso de la carrera militar de Modesto fue la batalla de Brunete, donde mandó una poderosa fuerza, compuesta por las Divisiones

11, 35 (Internacional), y 46, así como un regimiento de Caballería, doce baterías de Artillería y treinta tanques[94], teniendo la responsabilidad parcial del eje central de la operación. Las críticas del jefe de EM del Ejército del Centro, Matallana, se limitaron en el caso del V Cuerpo a sugerir que se debía haber prestado más atención a los flancos, pero en general el éxito fue considerable[95]. El propio Modesto comenta que el V Cuerpo y el XVIII, que recibieron la mayoría de las críticas, habían actuado con insuficiente coordinación[96]. De hecho, las maniobras de «El Campesino» y su 46.ª División dejaban mucho que desear, al consistir en violentos ataques frontales y grandes pérdidas en el intento de tomar el pueblo de Quijorna[97]. El jefe de la 35.ª División, el general «Walter», también escribió un informe sobre las deficientes realizaciones de su propia división que achacó a su insuficiente instrucción. Líster, el otro jefe de División de Modesto, se limita a alabar a su 11.ª División (en muchos aspectos, se trata de elogios merecidos) y, sin mencionar a Modesto por su nombre, critica a los mandos por no aprovechar el éxito inicial[98]. El consejero de confianza de Azaña, Menéndez, le informó de que «El Campesino» y Líster se detestaban mutuamente y para acabar de rematar su descripción dijo —y sólo era un elogio a medias— que al menos Modesto era capaz de interpretar un mapa militar. Ya Modesto había dado casi con certeza muestras de ser capaz militarmente y entre los «milicianos» sólo «El Campesino» menospreciaba la técnica militar, pero el desprecio que Menéndez, oficial de Artillería con un enorme sentido de la profesionalidad, sentía por los dirigentes de las Milicias era transmitido y aparece en los diarios de Azaña en un tono paternalista que realmente no hace justicia ni a Modesto ni a Líster[99].

El V Cuerpo, reforzado con tanques, artillería, coches blindados y otras armas de tal modo que se convirtió en un ejército a escala reducida, tomó parte en la batalla de Belchite que comenzó el 24 de agosto de 1937. Esta batalla se señaló por la captura de Belchite por fuerzas del V Cuerpo y una ausencia total de continuación del primer esfuerzo. Se achacó la culpa de ello a los jefes de menor graduación, como dijo Prieto a Azaña[100] y a la carencia de un jefe supremo, como escribió más adelante Cordón[101], jefe del EM, al general Pozas, que se había responsabilizado de la operación.

Modesto estuvo al frente de las tropas en Teruel durante breve tiempo tras su toma por las fuerzas republicanas el 8 de enero de 1938, aunque su mejor División, la 11.ª, fue incorporada a otro Cuerpo. La otra División de Modesto, la 46.ª, mandada por «El Campesino», estuvo implicada en la evacuación de la ciudad, que dio pábulo a muchos comentarios. «El Campesino» acusó a Modesto de haberlo abandonado en la ciudad[102]. La contraacusación de Modesto consiste en que «El Campesino» era un cobarde que abandonó Teruel contra sus órdenes expresas y en un momento en que no se encontraba en peligro inmediato[103]. La falta de acuerdo entre «El Campesino» y los otros dirigentes comunistas de las Milicias tiene raíces más profundas y relacionadas con una violenta aversión por parte de Líster[104], y alcanzaría su cénit durante la batalla del Ebro, cuando Líster, con mando superior, destituiría a «El Campesino» por cobardía[105]. Pero en el caso de Teruel, las pruebas documentales revelan que la situación no fue bien entendida ni por el propio Rojo. Desde luego que la 46.ª División perdió gran cantidad de hombres y los nacionales reconocieron que había combatido eficientemente[106]. Además, se concedió a «El Campesino» la medalla del valor, en el intervalo de dos acusaciones de cobardía[107]. En su correspondencia con Rojo de aquella época, Prieto escribió que «El Campesino» era un mentiroso y que no había tenido en absoluto que combatir para evacuar Teruel, afirmación claramente contradicha por el informe nacional del 26 de febrero de 1938, según el cual «el copo que nuestras fuerzas hicieron al entrar en Teruel ocasionó a esta unidad [la 46.ª División] una sangría tal que a poco desaparece para siempre»[108].

Así pues, resultaría que Modesto no estaba haciendo lo posible por disimular los ataques a uno de sus subordinados, posiblemente con el propósito de ganarse a otro, Líster, cuya posición era evidentemente más fuerte. Desde luego, la caída en desgracia y encarcelamiento de «El Campesino» en la Unión Soviética después de la guerra tiende a quitar crédito a todo lo que Modesto escriba sobre él en una publicación más moderna.

El 16 de abril de 1938, como resultado de una reorganización efectuada después de las desastrosas retiradas de marzo, Modesto recibió el mando de la Agrupación Autónoma del Ebro[109], que más adelante se convirtió en el

ejército del Ebro[110]. Incluía el V Cuerpo, el XV y posteriormente el XII. Es significativo que Modesto afirme haber nombrado personalmente sus jefes de División[111]. Esta independencia resulta confirmada, en forma de crítica, por Ricardo Sanz, jefe de la 26.ª División cenetista, quien escribe: «Había llegado a un estado tal el engreimiento de los componentes de este ejército, que sus principales jefes se negaban a recibir órdenes de sus inmediatos superiores dentro de la jerarquía militar. Se destituían y se nombraban mandos … prescindiendo en absoluto de los trámites y normas militares»[112].

No hay duda de que la dirección de Modesto del ejército del Ebro y su participación en la batalla del Ebro de julio a noviembre de 1938 resultaron enormemente competentes. «Modesto se ha portado extraordinariamente bien dando una vez más pruebas de sus excelentes condiciones» le escribió Rojo a su amigo en Madrid, Manuel Matallana[113]. El secreto de la operación, el paso nocturno del río, el veloz avance y la dirección de un ejército que llegó a contar a veces durante la batalla con once divisiones, por parte de una persona de treinta y dos años ayudada por un EM de cuyos miembros sólo el jefe era oficial profesional y cuyos jefes de Artillería e Ingenieros eran u oficiales de baja graduación ascendidos o suboficiales, da pruebas de grandes cualidades administrativas y organizativas. Su propia opinión era que, a pesar de las evidentes dificultades causadas por la falta de protección aérea para los puentes esenciales del río Ebro, la «preparación política y moral» es decir el condicionamiento psicológico de las tropas, suplió la deficiencia del material[114]. Los errores graves fueron más de naturaleza táctica que estratégica, consistiendo en la ausencia de operaciones de diversión y de guerrilla para evitar que los nacionales trajesen un número aplastante de fuerzas desde otros frentes. El logro final de Modesto consistió en volver a llevar el ejército a la margen norte del Ebro sin que se produjese pánico ni hubiese grandes pérdidas de material[115].

Modesto estuvo al frente de su ejército durante la batalla de Cataluña, conduciéndolo a Francia. Tagüeña, jefe del XV Cuerpo, recuerda que Modesto fue el último de todos en cruzar la frontera[116].

Regresó a España en avión el 14 de febrero de 1939[117]. El 3 de marzo una orden aparecida en el *Diario Oficial* lo nombraba general. Aunque Casado, la figura principal de la España republicana en marzo de 1939, sólo lo supone, se ha afirmado que Modesto estaba propuesto para el mando del Ejército del Centro[118].

Evidentemente, los dirigentes comunistas no consideraron útil atacar a Casado y permanecieron en Elda (Alicante), donde tenía su residencia Negrín[119]. La decisión del partido fue que la rebelión de Casado había acabado con cualquier posibilidad real de resistir con éxito a Franco y que los dirigentes debían utilizar el tiempo y los medios a su disposición para organizar la marcha de los que corrían más peligro en caso de ser capturados[120].

Modesto marchó a la Unión Soviética, donde fue admitido en la academia militar Frunze con el grado de jefe de Brigada (en esa época, el ejército soviético no clasificaba a sus generales por graduaciones sino por sus funciones. La de Modesto era *Kombrig*), más elevado que el de los otros jefes de Milicias[121]. No tomó parte activa en la segunda guerra mundial aunque fue ascendido a general. Hacia el final de la guerra fue agregado al nuevo ejército polaco y, en 1945, marchó a Francia donde encabezó la Agrupación de Antiguos Oficiales Republicanos (AFARE). Tampoco tomó parte activa en la guerra de guerrillas lanzada desde Francia en 1946[122]. Murió en Praga en 1969.

El más joven de los jefes milicianos republicanos era Manuel Tagüeña Lacorte, nacido en 1913, de 23 años cuando empezó la guerra y 26 a su final. En contraste con Líster y Modesto, procedía de las clases medias, aunque esto no parece haber tenido ninguna influencia en su carrera durante la guerra civil, aparte posiblemente de que pudo escoger compañeros estudiantes de Ciencias como jefes de EM. Al estallar la guerra, Tagüeña estaba preparando su doctorado en Físicas y daba clases como profesor ayudante en la Universidad de Madrid[123]. Su actividad política había comenzado pronto y ya en 1930 formaba parte de la Federación Universitaria Española y dos años después de las Juventudes Comunistas. Después de estar implicado en el fallido intento revolucionario de octubre de 1934 en Madrid, se libró de ser juzgado militarmente, al parecer por

negligencia de las autoridades[124], aunque los informes sobre sus actividades políticas impidieron que se le concediese la graduación de alférez de complemento a que le daban derecho sus estudios. Hizo un brevísimo servicio militar al pagar una suma de dinero para reducirlo y se lo acortaron más aún por ser su madre maestra nacional[125]. Su preparación militar era claramente nimia, menor que la de Modesto, que había sido cabo en África, y la de Líster, que había recibido alguna instrucción en Rusia. Pasó el año anterior a la guerra reorganizando las Milicias juveniles socialistas.

Después de participar en el aplastamiento de la rebelión militar en Carabanchel y en los encuentros preliminares de la sierra, recibió su primer nombramiento como ayudante del refugiado político italiano Fernando De Rosa que estaba al frente del batallón de Milicias Octubre n.º 11. El batallón había reclamado las pagas de 260 hombres en julio de 1936, pero en septiembre había aumentado hasta contar con 2827[126]. Tagüeña ocupó su mando con la graduación de mayor cuando De Rosa fue muerto a mediados de agosto[127]. El batallón siguió creciendo y a principios de 1937 contaba con dieciséis compañías[128]. Entonces se convirtió en la 30.ª Brigada mixta que mandó Tagüeña durante varios meses, ayudado por su jefe de EM, Alejandro Veramendi, teniente de Carabineros el cual llegó a ser jefe de la sección de Servicios del EM del I Cuerpo[129].

El 1 de agosto de 1937, Tagüeña tomó el mando de la 3.ª División, relevando a un militar de carrera, pero como esa división no formaba parte del ejército de Maniobras al que pertenecían las otras divisiones formadas principalmente por comunistas, no participó en las batallas de Brunete y Teruel, permaneciendo en situación de instrucción en el frente del Centro como parte del I Cuerpo. Cuando los nacionales rompieron el frente de Aragón en marzo de 1938, Tagüeña marchó con su división al frente del Este, y menciona una fuente rusa para alardear de que ese traslado «superaba todas las normas logísticas»[130].

Tagüeña fue nombrado al frente del reconstituido XV Cuerpo el 15 de abril de 1938, a propuesta de Modesto y con la aprobación de Rojo[131].

Según el jefe de EM de una de sus Divisiones, la 35.ª, Tagüeña gozaba de un prestigio creciente que se extendía a sus jefes de División, a los que

consiguió dotar de un grado considerable de independencia[132].

El XV Cuerpo jugó un papel primordial en la batalla del Ebro y en la retirada en lucha de Cataluña. Hay algunas indicaciones de que Tagüeña dio muestras de dureza, posiblemente deseoso de justificar su mando a pesar de su juventud, ya que sólo tenía veinticinco años. Informaciones privadas afirman que, incluso al final, en la misma frontera francesa, ordenó fríamente fusilar a desertores[133]. La orden n.º 44 del XV Cuerpo contiene amenazas de muerte para los oficiales que se retiraran[134].

En relación con estas ejecuciones, Tagüeña afirmaba que las amenazas de fusilamiento por retirarse sin haber recibido órdenes para hacerlo, aunque proferidas a menudo, rara vez se cumplían, si bien hubo más casos durante la batalla del Ebro[135].

Uno de los rarísimos informes procedentes de un militar británico comenta que Tagüeña era un «afabilísimo caballero», aunque joven para sus responsabilidades. Posteriormente, el mismo jefe, el general de Brigada Molesworth, miembro de la Comisión de Control de la retirada de los voluntarios extranjeros, informaba de que la disciplina era escasa, raros los saludos y de que el vestuario y calzado de los soldados estaban en malas condiciones[136].

El XV Ejército fue el último en cruzar el Ebro y el propio Tagüeña, con Modesto, los comisarios y el Estado Mayor del ejército del Ebro, fue de los últimos en atravesar la frontera con Francia el 9 de febrero de 1939[137]. Tagüeña regresó a España con otros dirigentes el 14 de febrero de 1939, pero no se le confió ningún mando, aunque Casado asegura que Negrín iba a encargarle la vital evacuación del puerto de Alicante[138].

En su momento, regresó en avión a Toulouse con los demás dirigentes del PCE.

Pasó la segunda guerra mundial en la Unión Soviética como alumno y después instructor en la academia militar Frunze, lo que indica su capacidad. A principios de 1946 fue enviado a Yugoslavia, donde la disputa entre la URSS y Tito, con quien simpatizaba, hizo que el PCE lo dirigiera a Checoslovaquia y allí se le mantuvo separado de sus compañeros, dedicándose a trabajos universitarios. Fue sometido a un interrogatorio político, pero, como escribe, «nunca sabré hasta qué punto estaba realmente

en peligro»[139]. Resultado de todo ello fue que rompió con el Partido Comunista.

Llegó a México en octubre de 1955, trabajando allí como consejero de compañías farmacéuticas y realizando investigaciones científicas hasta su muerte en 1971.

El principal oficial anarquista fue Cipriano Mera Sanz, que ya tenía cuarenta años de edad en 1936 y era líder de los trabajadores de la construcción de Madrid donde, al empezar la guerra, se encontraba encarcelado por sus actividades huelguísticas[140]. Se convirtió en el responsable político de la columna Del Rosal y su actitud antimilitarista llegó en cierta ocasión a hacer llorar a Del Rosal, que era un oficial profesional[141]. Su capacidad militar e iniciativa eran, empero, grandes, y lo demostró enseguida cuando tomó parte en el aplastamiento de la rebelión militar en Alcalá de Henares y Guadalajara, así como en su ataque relámpago contra Teruel[142]. La capacidad de Mera fue reconocida por su nombramiento —presumiblemente por elección— al frente de la columna cenetista del frente de Pozuelo, en las proximidades de Madrid en noviembre de 1936[143]. Pasados cuatro meses, estaba mandando la división en Guadalajara donde cumplió todos sus objetivos[144]. Con respecto a Brunete, Modesto consideraba importante narrar una escena que ocurrió entre él y Mera, quien, en palabras de Modesto, estaba fuera de su elemento y dijo que se sentía incapaz de llevar a cabo su tarea pidiendo que se le relevase del mando[145]. Fue posiblemente por esa época cuando Mera pasó una crisis de conciencia sobre su actitud con respecto al militarismo, crisis que observaron muchas personas[146]. Su cambio de opinión había sido extraordinario, y un subcomisario general anarquista recuerda que se había acercado en una ocasión a Mera a propósito de algunos informes que debía transmitir a la CNT y que Mera le había gritado que él no daba información a nadie que no fuese el Cuartel general del Ejército del Centro. El comisario le replicó a Mera que había tenido grandes dificultades para hacerle aceptar la militarización y que ahora en cambio tenía demasiado respeto por ella[147].

Los mandos del Ejército del Centro respetaban la capacidad de Mera y recomendaron su ascenso después de Guadalajara[148]. De hecho, las

críticas de Modesto sobre Mera tras la batalla de Brunete eran totalmente injustas ya que la división de Mera cumplió sus órdenes[149].

A fines de 1937, Mera estaba al mando del IV Cuerpo del Ejército del Centro y permaneció en ese puesto hasta el final de la guerra. A pesar de su elevada posición, el director del diario *CNT* de Madrid escribió lo siguiente de él: «Bajo su uniforme de teniente coronel[150], Mera no había perdido la apariencia franca y simple de su vida anterior. Seguía siendo un albañil, un trabajador, y la soltura con que se movía en los altos círculos militares reflejaba el aire serio de un hombre que está cumpliendo con determinación su misión. Del mismo modo que en los años anteriores había pasado del sindicato a la cárcel y de la cárcel al tajo»[151].

El papel que jugó Mera en la rebelión de Casado hizo que le atacaran los autores comunistas. Modesto afirma que Mera abandonó el frente aunque Mera insiste en que las tropas del IV Cuerpo del ejército que ayudaron a Casado eran de reserva y no de línea[152]. En un tono más violento, Líster escribe que Franco lo recompensó a Mera perdonándole la vida[153]. Es dudoso que el apoyo de Mera a Casado jugase en su favor cuando se lo juzgó militarmente, aunque no se puede saber con seguridad. En cualquier caso, Mera no sabía en qué iba a parar todo aquello, y si se considera que la rebelión de Casado fue una traición, entonces hay que considerar igualmente al apoyo de Mera[154]. Pero, desde el punto de vista anarquista, habiendo pasado el grueso de aquellas unidades incluidas en la esfera de la CNT a Francia con el ejército del Este, una lucha hasta el fin dirigida por los comunistas significaría el fin de su organización. Es dudoso que confiasen en la capacidad de Casado para negociar la paz, y el propio Mera escapó al África francesa, desde donde fue devuelto a España y condenado a muerte en 1941, pena conmutada posteriormente por otra de cárcel, que cumplió parcialmente. Después vivió en Francia hasta su fallecimiento a finales de 1975[155].

Otro dirigente anarquista de las Milicias, Miguel García Vivancos, era un activista barcelonés que había emigrado a América durante la represión de los años veinte[156]. Junto con Durruti, los dos militantes Ascaso, Sanz y otros dirigentes de la CNT, tomó parte en el aplastamiento de la rebelión en Barcelona el 19 de julio de 1936, saliendo después para el frente como

segundo jefe de la columna Los Aguiluchos. Durante el asedio de Huesca en septiembre de 1936, comenzó una campaña en pro de la militarización, que apoyaba decididamente la mayoría de su batallón, aunque tuvo que expulsar a un dirigente de un grupo llamado Los Puritanos, que deseaban mantener viva la llama de la resistencia a la autoridad. Hubo grandes disputas entre los anarquistas, pues unos veían la inevitabilidad de la militarización y otros deseaban mantener la indisciplina o «espontaneidad» de las Milicias. García Vivancos planeó la militarización con otro dirigente miliciano, después jefe de Cuerpo, Gregorio Jover, en contra de la oposición de extremistas como Domingo Ascaso, que acabó por ser destituido. Pero con todo, hasta febrero de 1937, la columna no estuvo militarizada.

Vivancos fue nombrado jefe de la 125.ª Brigada Mixta de la 28.ª División (excolumnas Ascaso, Aguiluchos y Rojo y Negro). Consumió sus energías en justas verbales con extremistas anarquistas y con un núcleo grande de anarquistas italianos. Durante el conflicto interno que tuvo lugar entre el gobierno, por un lado, ayudado por el PCE y el PSUC, y la CNT, por otro lado, en mayo de 1937, intervino para persuadir a la 29.ª División del POUM de que no abandonase el frente para marchar a Barcelona, y tuvo también que apaciguar a sus propios hombres, muchos de los cuales querían regresar a la ciudad y combatir a los comunistas. No hay la menor duda de que hombres como Vivancos, Sanz y Jover contribuyeron en enorme medida con su sentido de la responsabilidad a mantener estable el frente de Aragón en mayo de 1937, cuando, si hubiesen regresado todos ellos a Barcelona, habrían defendido sus intereses inmediatos y los del POUM. Más adelante, durante el verano, Vivancos persuadió a la división del POUM para que se presentase a revista y comprobó que se había expulsado a determinadas personas que saboteaban el proceso de militarización. Pero cuando a través de Valencia llegó la orden de disolver el POUM, decidió que era un asunto político y que sin disolver la división poumista se detendría el aflujo de armas soviéticas.

Vivancos, evidentemente, se estaba convirtiendo en un hombre en quien se podía confiar. El hecho de que en septiembre de 1937 se le nombrase al frente de la 25.ª División indica su posición y muestra que difícilmente

habría defendido a la 29.ª División si esa unidad hubiese sido como afirmaban los comunistas, un nido de fascistas emboscados[157]. La 25.ª División había sido mandada por Antonio Ortiz que, según Vivancos, no se había mostrado nada cooperador durante la batalla de Belchite en agosto de 1937. No obstante, aunque fue seleccionado por el general Pozas, jefe del ejército del Este, Vivancos escribe que no podía ocupar el puesto sin el consentimiento del Comité Nacional de la CNT, sin darse cuenta de que esta afirmación suya invalida lo que dice sobre que la mayoría de los miembros menos extremistas de la CNT habían aceptado la militarización, e indica hasta qué punto la política predominaba aún en asuntos puramente militares. En contraste con esto, resulta imposible imaginarse a los carlistas o falangistas insistiendo en su derecho a confirmar o no los cambios hechos por Franco en los mandos de las Divisiones. La CNT, en este caso, asintió a la destitución de Ortiz[158].

La 25.ª División fue acoplada a la 11.ª División, comunista, durante la batalla de Teruel. Vivancos describe, en una conversación imaginaria, o reconstruida, una reunión con Líster antes de la batalla en la que ambos juraron que no consentirían que los intereses partidistas se interfirieran en su mutua lealtad. Líster no menciona la reunión aunque elogia a Vivancos y a otros anarquistas «magníficos y disciplinados»[159].

Cuando llegó el momento, Líster no dio muestras de cooperación y Vivancos escribe que abandonó a la 25.ª División. Cree que fueron la parcialidad y el favoritismo rusos los que consintieron a Líster sacar sus tropas sin haber recibido órdenes para hacerlo. Ibarrola, el jefe de Cuerpo, no podía hacer nada mientras Rojo trataba de evitar tener que tomar una decisión. Los informes archivados sobre Teruel muestran de hecho que las opiniones de Vivancos eran en términos generales acertadas, pero evita hablar de la conducta de su propia división. Hubo en efecto cierta lucha entre la 25.ª División y una división de Carabineros (la 40.ª) a propósito de sus respectivos derechos al botín. La 25.ª tuvo que ser relevada[160]. Una de sus Brigadas, la 117, volvió al campo de batalla sin haber descansado y resultó destrozada, al ser ametrallada por la aviación enemiga. La brigada fue formada de nuevo pero, en febrero de 1938, incluso con 600 nuevos reclutas, sólo contaba en total con 1831 hombres. Los reclutas sólo

conocían la formación de orden cerrado pero no cómo servirse apropiadamente de un fusil ni cómo lanzar una granada. No había suficientes fusiles y muchos estaban en malas condiciones. La combinación de agotamiento, inexperiencia y falta de armas y protección aérea provocaron una retirada desordenada[161]. Nada de todo esto, lo comenta Vivancos, aunque describe extensamente las bajísimas temperaturas y el miserable equipo de sus hombres, comparándolo con el lujoso vagón de ferrocarril, con calefacción central, que constituía el puesto de mando de Hernández Sarabia, jefe del ejército de Levante.

La 25.ª División sufrió graves pérdidas en las retiradas de marzo de 1938, y permaneció en la región Centro-Sur como parte del XVII Cuerpo. García Vivancos perdió su cargo siendo sustituido por Eusebio Sanz[162].

Así pues, García Vivancos fracasó como jefe porque a su división se le encomendó una tarea imposible en Teruel. Pero había contribuido con éxito a la militarización de las columnas cenetistas.

VII. Escuelas de formación de oficiales y suboficiales

El establecimiento de cursos de breve duración para formar oficiales fue algo postulado en términos generales ya en las tres semanas posteriores al inicio de la guerra. Estarían organizadas en tres ramas, continuando Ja división tradicional entre las armas de Infantería, Artillería e Ingenieros[163]. Pero en realidad no se organizó nada por entonces. Largo Caballero publicó un decreto un mes después de su nombramiento como jefe del gobierno y ministro de la Guerra, en el que se refería a la notoria insuficiencia de oficiales capaces. Este decreto apareció cuatro días después del aludido en el capítulo 6, IV, que aseguraba que no era urgente el reclutamiento de oficiales. Resulta claro por la yuxtaposición cronológica de ambos decretos que no se apreciaba a los hombres a quienes se confiaban cargos militares por sus títulos universitarios. Largo había cambiado de opinión, seguramente influido por los funcionarios del Ministerio que podían observar la reacción de los milicianos ante los «señoritos». Por Decreto del

9 de octubre se organizaron tres centros dependientes del Estado Mayor Central. Los oficiales de Infantería y Caballería serían formados en Carabanchel, unas grandes instalaciones militares al sur de Madrid; los artilleros en el cuartel del Regimiento de Artillería a Caballo, con una sección en Cartagena, especializada en artillería costera; y los ingenieros encargados de Transmisiones, en Retamares. Habría cursos de quince días para formar nuevos oficiales y para los que ya actuaban como mandos de batallón y compañía. Tomarían también parte en ellos suboficiales ascendidos y oficiales de Milicias. El curso sería intensivo, con ocho horas diarias como mínimo, y se pondría el énfasis en la práctica, enseñando sólo el mínimo indispensable de teoría. Los profesores serían suboficiales y oficiales profesionales.

Entretanto, se había organizado la primera escuela operativa de oficiales en el convento de los escolapios de Sarriá (Barcelona) dirigida por Juan García Oliver, en aquel entonces responsable de las Milicias catalanas. Hay diversas descripciones de su funcionamiento, pero parece haber consistido en un curso común a todas las Armas, seguido de ejercicios prácticos y clases por especialidades. Posteriormente, se hizo lo preciso para que residiesen allí los hombres de fuera de Barcelona, en condiciones de higiene estrictas. Las clases tenían como materias la táctica, el armamento, las señales, fortificación, topografía, tiro de fusil, explosivos, equitación y contabilidad[164]. Los primeros nuevos oficiales que salieron de la escuela fueron de gran calidad, pero pronto disminuyó el nivel medio debido a la escasez de hombres con suficiente formación[165]. Además, los nuevos oficiales eran mal recibidos por las Milicias que los consideraban símbolos de la autoridad que rechazaban y señoritos, los tradicionales ociosos de clase media[166]. Al principio, algunos oficiales fueron enviados a sus puestos de mando sin ni siquiera haber visto antes el frente, y otros jóvenes fueron a los cursos a instancias de sus padres que preveían la movilización general y, por su experiencia militar, querían que sus hijos aprovechasen la oportunidad de convertirse rápidamente en oficiales y además gratuitamente[167].

Ésta no era la única escuela organizada por la Generalitat catalana; también había una Escuela de clases o suboficiales, que pronto fue

boicoteada merced a la oposición de García Oliver y Largo Caballero[168]. En Valencia, se organizó un cursillo para armeros, esencial a la vista de la indisciplina y la ignorancia que dejaban enseguida fuera de servicio las armas, pero sólo se graduó una promoción. Por último, diremos que también la CNT organizó una Escuela de Artillería en Barcelona[169].

Al cabo de cierto tiempo, se abrieron las nuevas escuelas anunciadas en la *Gaceta*. Al principio, había cinco, de Infantería, Artillería, Caballería, Ingenieros y Transmisiones, en su mayor parte en pequeñas guarniciones de la antigua división de Valencia como Paterna, Godella, Almansa y Chinchilla. Por ejemplo, se afirma que el ministro comunista Vicente Uribe había organizado una que formaba al mes a cien hombres capaces de mandar una compañía o batería[170]. La mera presunción de que se pudiese formar a un jefe de batería en un mes indica hasta qué punto la formación de oficiales corría peligro de convertirse en otro recurso mediante el cual un partido o grupo podía medir su prestigio, y también muestra lo mucho que Largo Caballero y su consejero militar Asensio sirvieron a la República al centralizar la educación militar.

Los cursillos del Ministerio en contraste con los de los partidos duraban tres meses para los oficiales de Infantería y Caballería y cuatro meses para los de las Armas especializadas[171]. Los alumnos tenían una paga de 12,50 pesetas al día.

Un decreto posterior varió el nombre de las escuelas, las cuales pasaron a llamarse Escuelas Populares de Guerra[172], llevando cada una de ellas un número. Los exámenes de ingreso, incluso para las escuelas especializadas de Artillería e Ingenieros, no eran especialmente rigurosos y hubo muchos candidatos, presentándose 3000 a la primera convocatoria de la Escuela de Artillería, la Escuela Popular de Guerra n.º 2 de Lorca. El examen de ingreso consistió en un breve test psicotécnico, una larga serie de cálculos mentales aritméticos, otra de matemáticas elementales y una prueba de razonamiento verbal. En el examen de ingreso del 15 de diciembre de 1936, algunos de los ejercicios conservados muestran el nivel enormemente bajo de algunos candidatos. Un maestro de escuela fue incapaz de resolver un sencillo problema aritmético y un profesor de matemáticas no pudo completar unas elementales secuencias de números. Incluso un candidato

con título universitario no consiguió realizar los ejercicios[173]. Es de presumir que esos candidatos no consiguieran ingresar, pero el hecho de que pudiesen pensar en presentarse y fueran apoyados por una recomendación indica el bajo nivel de los estudios y las pobres perspectivas que existían para el nuevo cuerpo de Oficiales[174].

En el Ejército Nacional, los oficiales de Artillería recibían una preparación de tres meses, pero era esencial tener un buen nivel de conocimientos matemáticos[175]. Como punto de referencia, diremos que los candidatos a las escuelas de oficiales de Artillería del ejército británico durante la segunda guerra mundial tenían que haber servido previamente en filas y tener un conocimiento práctico básico de cañones; además, realizaban un cursillo de seis meses.

Participaron en el primer cursillo de Lorca 273 hombres. Eran la flor y nata del reclutamiento y pronto disminuyó el nivel medio[176]. Gran cantidad de maestros de escuela se presentaban a ingreso, lo cual no resulta sorprendente, pues difícilmente otras personas con estudios podían obtener el aval de un partido político o un sindicato.

A los alumnos que no aprobaron el curso se les permitió presentarse a la siguiente convocatoria, y si volvían a fracasar se les enviaba al frente. Había grandes deseos de llevar el uniforme de oficial y la mayor parte de ellos estudiaron mucho[177]. Una vez terminado el curso, los nuevos oficiales fueron enviados al centro permanente de Artillería (COPA) de Almansa para realizar un cursillo práctico de dos meses. Había un oficial ruso entre los profesores, pero sus explicaciones se consideraron abstrusas[178].

En la Escuela Popular de Guerra n.º 3 para oficiales de Infantería, Caballería e intendencia, el 29 de diciembre de 1936 se convocaron 400 plazas[179]. El ingreso fue limitado a los ciudadanos españoles de entre 19 y 36 años pertenecientes a las Milicias, el ejército regular o las fuerzas de policía que presentasen un aval, y el examen consistiría en el normal de ingreso en la escuela de oficiales: cuatro horas de ejercicios de escritura y gramática, tres preguntas sobre geografía e historia elemental, traducción optativa de una lengua extranjera y matemáticas básicas. Los ingresados

seguirían un curso común de veintiún días y luego se especializarían en un Arma, permitiéndose repetir una vez[180].

En el norte de España, el jefe del Ejército del Norte, el general Llano de la Encomienda, fue autorizado a abrir la Escuela Popular de Infantería, en Bilbao, y una para oficiales de Artillería en Trubia[181]. Había también escuelas en Santander[182].

La primera promoción de la Academia Militar de Euzkadi, escuela no oficial organizada por el gobierno vasco, constaba de 250 oficiales de infantería y 130 de Artillería e Ingenieros, de los cuales 108 fueron ratificados por el Ministerio de Defensa. En una carta al ministro, el presidente vasco Aguirre anunciaba que ya estaba completo el segundo curso y solicitaba el reconocimiento oficial de la escuela[183], pero como Bilbao cayó el 19 de junio de 1937, la Academia desapareció.

En mayo de 1937, Largo Caballero proclamó que él había creado seis escuelas populares de guerra, logro del que podía estar orgulloso. La n.º 1 era la Escuela Popular de Instructores de Guerra de Cataluña. El Decreto de 24 de mayo de 1937 requirió que se adaptase a los reglamentos ministeriales[184]. Esta escuela había gozado de prestigio entre las Milicias catalanas y el Exèrcit de Catalunya, de breve vida, pues siguió existiendo incluso después de que el gobierno central asumiese las funciones militares de la Generalitat en mayo de 1937. Las escuelas n.º 2, 3, 4, y 5 eran, respectivamente, para formar oficiales de Artillería, Infantería, Caballería e Intendencia, Ingenieros y Transmisiones. La n.º 6 era la Escuela Popular del Ejército del Norte. La Escuela Popular de Estado Mayor, abierta para formar oficiales de EM[185], tuvo en total seis convocatorias, la última de las cuales se anunció a fines de 1938[186]. La mayor parte de las promociones fueron pequeñas y casi todos los participantes en los cursos eran oficiales profesionales, algunos de los cuales actuaban ya como oficiales de EM. Según los reglamentos, todos los nuevos jefes de EM de las grandes unidades y jefes de Sección de los EM tenían que ser o bien oficiales profesionales o bien oficiales de Estado Mayor en campaña (provisionales). Se requirió a todos los hombres que ocupaban un puesto de esas características a que siguieran el curso teniéndose intención de hacer posteriormente lo mismo con los EM de las brigadas[187]. Entre los

ingresados en noviembre de 1938 estaban, por ejemplo, el jefe del EM del II Cuerpo, el jefe de la sección de Servicios del ejército del Este y los jefes del EM de las 9.ª, 12.ª, 20.ª, 26.ª y 31.ª Divisiones, la mayoría de los cuales no aparecen en la escala de 1936 siendo probablemente oficiales de Milicias[188].

El problema de los oficiales de EM sin instrucción adecuada era muy grave. Cuando el general Pozas estaba al mando del Ejército del Centro se quejó de que se estaba sacando de Madrid, donde había un número suficiente de ellos, a los oficiales de EM, y enviándolos a otros ejércitos, dejando a su propio Estado Mayor exhausto[189]. En el ejército de Extremadura, aun en abril de 1938, el único oficial de EM calificado era el jefe del EM, Sáez Aranaz, siendo los demás miembros un teniente de campaña y oficiales de Milicias[190].

El examen de ingreso para la Escuela Popular de Estado Mayor era, desde luego, más difícil que el de las otras escuelas, pues consistía en una composición de dos horas, dos horas y media de descripción topográfica de una región, una hora de interpretación de un plano militar y un ejercicio de redacción de órdenes de campaña. La segunda parte del examen consistía en una prueba de capacidad táctica basada en la situación imaginaria de una fuerza combinada de Artillería e Infantería, para la cual se pedía a los candidatos redactar un conjunto de órdenes de operaciones. Había cincuenta plazas y la competencia era muy reñida, pues varios centenares de hombres de gran calificación se presentaron al examen[191]. La formación de oficiales del Estado Mayor fue lamentablemente lenta, de modo que con más energía en la instrucción es posible que la labor del EM hubiese resultado más eficiente. Este último curso acabó abruptamente cuando los nacionales atravesaron el río Segre a fines de diciembre de 1938 para empezar su ataque a Cataluña.

En 1937, ya se advirtió que las escuelas populares de guerra no estaban formando el suficiente número de oficiales. El 11 de agosto se anunció una reorganización importante y su extensión a todo el campo de la educación militar[192]. Hasta entonces, decía la orden circular, la instrucción militar había sido espasmódica y las escuelas habían carecido de unidad y coordinación, atrayendo además a un tipo de alumnos no apropiado. No se

especificaba lo que quería decir este último comentario, pero puede suponerse que fas pruebas de ingreso favorecían a los hombres con estudios, en tanto que el carácter del ejército republicano tendía a favorecer a los oficiales de Milicias. El servicio en el frente, la firmeza y el carácter políticos estaban empezando a considerarse más importantes que la capacidad para aprobar los exámenes. De hecho, aparte de la utilización del término «unificación», no se dio ningún cambio evidente en las propias escuelas. El cambio más importante de la instrucción militar en general fue la organización de un sistema de enseñanza en las propias unidades. Toda la instrucción militar fue asentada en bases oficiales y cada batallón organizaría cursos para aspirantes a cabos y cada brigada, para sargentos. Se exigiría de las divisiones que organizasen cursos de campaña obligatorios para oficiales, hasta el nivel de compañía si tales oficiales no habían pasado por una de las escuelas populares de guerra. A nivel de Cuerpo, habría escuelas de aplicación para preparar oficiales para las Armas especializadas. Finalmente, en los ejércitos del Sur, Centro y Este habría escuelas de información, para preparar oficiales para el mando de divisiones o unidades mayores. Todas ellas estarían bajo el control de la sección de Instrucción del Ministerio de Defensa Nacional. La circular señalaba además que el mero hecho de haber seguido un cursillo no capacitaba para el ascenso, pero que las calificaciones en la Escuela se tendrían en cuenta en los expedientes.

No había duda de que las escuelas populares de guerra no estaban formando suficientes oficiales de calidad y como dijo Rojo a Azaña, «rinden muy poco» de forma que el ejército se vio obligado a instruir aprisa a hombres ascendidos a oficiales en el campo de batalla[193].

Incluso un año después, la escala provisional del ejército recensaba únicamente 6444 oficiales en campaña[194]. No disponemos de las cifras finales, pero la instrucción militar era evidentemente un problema grave y nunca se llegó a poner remedio a la carencia de oficiales. A la vista de los 22 936 alféreces profesionales formados por el Ejército Nacional[195], el fracaso republicano resultaba, incluso, aún mayor. La opinión del agregado militar británico era que entre las fuerzas republicanas había una relativa escasez de hombres con el nivel cultural preciso[196], lo cual resultaba desde

luego cierto, aunque quizá no se trataba tanto de escasez de hombres con nivel suficiente de cultura como de su desgana de servir, lo que era más importante. Conversaciones mantenidas con hombres con estudios que prefirieron no ser oficiales dan a pensar que los excesos de las primeras semanas, el aplastamiento del POUM y la necesidad de apoyo comunista en determinados ejércitos, añadidos a la falta de confianza en la capacidad de los mandos superiores y al sentimiento de que no se podría ganar la guerra, hicieron que muchos hombres evitasen estar en primer plano. En las circunstancias de una guerra civil tan politizada que ser oficial significaba aceptar totalmente la propaganda republicana, esta actitud resulta comprensible.

También se carecía de instructores apropiados; a menudo los profesores de las escuelas eran oficiales y suboficiales desfavorablemente conceptuados por el Gabinete de Información y Control, y personas cuyos planes de estudio muestran una lamentable falta de imaginación sobre el tipo de enseñanza que había que proporcionar dadas las circunstancias. En la Escuela Popular n.º 1, por ejemplo, tuvo lugar un cursillo para sargentos aspirantes a oficiales, de una duración de un mes y consistente en: organización, información, logística, táctica, armamento (desde fusiles a cañones y antitanques), telemetría, explosivos, fortificación (detallada en once apretadas líneas mecanografiadas), transmisiones y topografía[197]. La mayor parte de la enseñanza debe haber sido evidentemente teórica y el resultado no pudo ser más que un palimpsesto de impresiones abigarradas. En otra ocasión, se publicó un informe sobre el batallón de instrucción de la Escuela Popular del Norte, que da una idea completa del sistema de enseñanza seguido[198]. El informe describe la Escuela desde el 14 de enero de 1937 hasta el 25 de julio del mismo año, y, según él, estaba organizada de modo tradicional, con un oficial de guardia, inspecciones del cuartel, informes escritos, etc. Se ponía gran énfasis en la limpieza, y los reglamentos se habían copiado directamente de otros antiguos, que por su estilo semiarcaico con verbos a veces en futuro de subjuntivo, databan aparentemente del siglo anterior. Este respeto por la tradición resulta sorprendente, pues la Escuela la mandaba un hombre que había estado al frente de un batallón de Milicias, aunque probablemente se trataba de un

suboficial del ejército y, en cualquier caso, el tener ideas políticamente avanzadas no implica necesariamente la modernidad con respecto a los asuntos militares. En total, hubo trece cursos, y al comienzo sólo se propuso para el ascenso a una pequeña proporción de alumnos; hasta el tercer curso no se recomendó a algunos hombres para su ascenso a sargentos. El cuarto curso empezó una especialización en morteros y ametralladoras, y los siguientes fueron de duración irregular debido a las crecientes necesidades del frente. En el curso onceno, todos los hombres salieron como suboficiales y el EM Central requirió a la escuela para que se expansionase. En julio de 1937, tenía capacidad para recibir a 1500 alumnos con 27 instructores, y resulta expresivo de la permanencia de concepciones pasadas de moda el que uno de los instructores fuese un profesor de esgrima. De hecho, el curso no estuvo nunca al completo y la vez que más alumnos hubo fueron 658. Naturalmente también padecía de una carencia crónica de armas, y la mayoría de los fusiles eran japoneses, aunque también se utilizaron algunos franceses sin repetición y otros veintitrés tipos de distinta procedencia. En total, en sus meses de existencia, el batallón de instrucción de Noreña formó a 2971 cabos y 1182 sargentos, de los que 16 siguieron más adelante estudios para oficiales.

Algunas divisiones y brigadas publicaron informes sobre sus escuelas de instrucción internas. La 44.ª Brigada, por ejemplo, con sede en El Pardo, al norte de Madrid, organizó cursos para suboficiales durante el verano de 1937, y publicó un atractivo folleto con fotografías del general Miaja y de María Teresa León, la esposa del poeta comunista Alberti, que visitó el campamento y distribuyó los premios[199]. El curso duró del 14 de mayo al 14 de junio de 1937, y la jornada comenzaba a las 6 de la mañana y finalizaba a las 9,30 de la noche. En conjunto, era típico de la mayoría de los cursos realizados en las brigadas o divisiones, con su instrucción física, el énfasis en la higiene personal, clases de temas militares elementales y conferencias sobre política, educación moral, etc. Pero, como siempre, el formalismo y conservadurismo que realmente se daban indican que la propia instrucción y los conceptos inculcados eran estrechamente convencionales. Pocos cursos parecen haber tratado de decir a los futuros suboficiales qué hacer en una circunstancia dada, sino más bien parecen

haber tendido a atiborrarlos de conocimientos que podrían o no serles útiles en el futuro. Los innumerables comentarios sobre el bajísimo nivel de los mandos que aparecen a todo lo largo de los archivos del ejército republicano demuestran que aunque el intento era laudable los resultados fueron decepcionantes.

Pero que no era imposible organizar ese tipo de cursos adecuadamente nos lo demuestra el curso aprobado por el mismo Rojo cuando era jefe del EM en Madrid[200], destinado a perfeccionar a los oficiales de Milicias y a sus unidades. El centro estaba en Barajas, en aquel entonces aeródromo militar. El profesorado constaba de jóvenes capitanes profesionales, un oficial de la Comandancia de Milicias y un inspector del cuerpo de Ejército de Madrid. Habría siempre dos batallones instruyéndose y cada uno pasaría por un cursillo intensivo de tres días, que se repetiría cuantas veces fuese posible cuando no se encontraran en el frente, y al que asistiría todo el batallón con sus oficiales. Rojo subrayaba que sólo debía enseñarse el mínimo de teoría, y una muestra de esta orientación práctica nos la da el que los reglamentos exigían la demostración de tiro con morteros de todos los tipos utilizados en el frente. Los cursillos trataban del despliegue de unidades, montaje y desmontaje de los diversos tipos y calibres de fusiles utilizados, marchas de aproximación al enemigo, ataques simulados y lectura de mapas. No era una escuela de oficiales, pero éstos y los suboficiales tenían que asistir a los cursillos, y no sería correcto juzgar el relativo éxito del Ejército del Centro por la existencia de estos cursillos, pues se suspendieron después de la centralización de la enseñanza militar en 1937, pero desde luego significaron un despliegue de gran imaginación y planeamiento.

El requisito de que los candidatos a las escuelas de oficiales tuvieran que demostrar su pertenencia a un sindicato u organización política republicana, a no ser que formaran parte del ejército en 1936, se mantuvo durante toda la guerra y para todas las escuelas. Un servicio de tres meses en el frente era necesario para el ingreso debiendo el comisario político de la unidad avalar la lealtad al régimen del candidato. Se hacía una primera selección en el nivel de división, pero en la mayoría de las escuelas el examen de ingreso parece haber sido una formalidad más, consistente en

unos ejercicios de redacción, capacidad de expresión, algo de historia y geografía y matemáticas elementales. Poco más se requería para el ingreso en las escuelas de especialistas. En los cursos de Ingenieros, por ejemplo, se exigía al candidato que supiese los principios de la electricidad, pero tanto en esa materia como incluso en matemáticas podía empezar el curso habiendo obtenido 40 puntos sobre 100, y si no los conseguía podía seguir un curso preparatorio, repetible si no lo aprobaba[201]. Esto indica el bajo nivel de los candidatos y quizá también la situación real: es decir, que a un candidato aprobado por el comisario o el grupo político que controlaba la unidad no se le podía dejar que fracasase.

La insistencia en la afiliación a un sindicato o partido político tuvo como efecto la continuación de la influencia de que ya gozaban esas organizaciones, lo que se reflejó en las escuelas preparatorias de oficiales dirigidas por el PSOE[202] y la CNT[203]. Los reglamentos impuestos por la CNT arrojan luz sobre el tipo de personas que ingresaban en su escuela: se les prohibía escribir en las paredes, cometer «inmoralidades» y, significativamente, mandar delegaciones para protestar.

Raramente había consejeros rusos en la escuelas populares de guerra, aunque hubo algunos en la Escuela de Artillería de Lorca y en el Centro Instructor de Tanquistas en Archena[204]. El idioma planteaba un grave problema, y así Krivoshein y sus compañeros instructores tenían que enseñar a los tanquistas españoles sin un intérprete y por señas[205]. Un problema similar ocurría en la escuela de especialistas en ametralladoras de Albacete; el comisario pidió que se le enviasen intérpretes respondiéndole el Ministerio que en el futuro sería mejor que se utilizase a rusos que hablasen un idioma más «corriente»[206].

A finales de 1938, hubo otra reorganización de importancia que se hizo demasiado tarde para que tuviese efectos decisivos[207]. Su principal contribución consistió en organizar la Inspección General de Instrucción Militar, algo que los nacionales ya habían hecho el año anterior, encomendándosela al general Orgaz[208]. El general inspector sería Mariano Gámir Ulíbarri, destituido por los dirigentes militares asturianos y posteriormente representante de España en la comisión para la retirada de los voluntarios extranjeros[209]. Tras el nombramiento de Gámir Ulíbarri

salió un plan de largo alcance y bien concebido: las escuelas populares se convertirían en Politécnicas militares, y se establecía definitivamente que los suboficiales y oficiales de campaña serían instruidos en las unidades y que las escuelas de especialistas continuarían únicamente para jefes de División o superiores, oficiales de EM y especialistas. En enero de 1939, se llevó a la práctica uno de los proyectos al establecerse la Escuela de Aplicación Táctica del Ejército, que proporcionaría «cuadros eventuales» para el mando de Divisiones y Cuerpos. Tras un curso de cuatro meses, los aprobados serían nombrados para *cuadro de mando de gran unidad superior*.

El paso gradual a la instrucción de suboficiales y oficiales en las unidades mismas fue una gran mejora, pero no podía llevarse a cabo hasta que las propias unidades estuviesen correctamente organizadas, y no se puede decir que la concepción de la instrucción de oficiales fuese equivocada, salvo en lo que atañe a la falta de imaginación y sobrecarga de los cursos. Tal como era el ejército republicano, no parece que hubiese otro modo de hacerlos, y la comparación que a menudo se hace con la revolución soviética es incorrecta, porque el ejército Rojo contaba con gran número de oficiales con experiencia bélica y con la práctica general de los cuatro años de guerra mundial. Aun así, si el ejército republicano hubiese dispuesto del suficiente tiempo y la proporción de armamentos hubiese sido más equilibrada, es posible que hubiese podido instruir a sus oficiales sobre bases más prácticas, ya que no había una evidente falta de capacidad para organizar la instrucción militar, pero hasta casi el final de la guerra no se pudo llevar a la práctica. Indudablemente, el factor más importante era la falta de confianza en los oficiales profesionales, y esto, junto con el antimilitarismo de la CNT y de otros grupos, redujo en general el nivel de la enseñanza militar. En segundo lugar, la insistencia en los avales políticos, unida a la revolución social y a las violencias del principio de la guerra, desalentaron a jóvenes con buen nivel de estudios de tratar de ingresar en las escuelas de oficiales. En tercer lugar, la carencia de instructores apropiados obligó a las escuelas a apoyarse en hombres de dudosos antecedentes políticos y en otros ineficientes o de mentalidad estrecha, y mientras que los nacionales utilizaron los eficientes servicios de los

suboficiales e instructores alemanes, no parece que los rusos actuaran como tales salvo en las escuelas de especialistas que contaban con equipo militar soviético, y el problema del idioma resultó grave. En cambio, todos los alemanes hablaban español[210]. La cuestión se agravó, además, por las mayores responsabilidades que los oficiales y suboficiales tenían que asumir en el ejército republicano, ya que a menudo sus superiores eran incompetentes.

VIII. Uniformes e insignias

Los oficiales profesionales tuvieron que acostumbrarse a cambios considerables operados en el ejército tal y como ellos lo conocían. El decreto de supresión del grado de alférez y que cambiaba la denominación de comandante en mayor y el decreto que otorgaba un ascenso inmediato a los oficiales leales[211], el ingreso de oficiales de reserva y de sargentos ascendidos, la investigación de los antecedentes de todos los oficiales y la expulsión y detención de muchos, deben haber causado desconcierto a personas acostumbradas a llevar una monótona vida de guarnición durante diez, veinte o más años. Pero también debieron acostumbrarse a los cambios en uniformes y saludos, ya que en otro decreto se anunciaban nuevas insignias[212].

Las tradicionales estrellas de seis y ocho puntas fueron sustituidas por un sistema de barras finas y gruesas doradas. Los tenientes y capitanes llevarían dos o tres barras delgadas una encima de otra. Los mayores, tenientes coroneles y coroneles tendrían una, dos o tres barras más gruesas. Los oficiales llevarían las barras en la manga y los jefes en la bocamanga. Así la tradicional división entre jefes (de comandante para arriba) y los demás oficiales se seguía manteniendo. En los uniformes de verano, las barras irían prendidas sobre una bastilla en la parte izquierda del pecho. Los cabos llevaban un galón rojo en la manga y los sargentos una barra roja vertical. Se conservaron las insignias tradicionales de las Armas. No se dio ninguna razón para haber escogido las barras, pero como las utilizaba el

ejército francés es posible que fuese lo primero que se le ocurrió al Ministerio de la Guerra para sustituir a las estrellas. Lo revolucionario era la estrella roja de cinco puntas que llevaban todos los militares de sargento en adelante, así como el saludo con el puño derecho alzado[213]. La estrella roja fue suprimida por el coronel Casado, evidentemente por sus asociaciones con el comunismo y ostensiblemente «toda vez que no tiene significación jerárquica»[214].

Al principio de la guerra, los oficiales tendían a llevar el mono de las Milicias, cuando no se trataba de una indumentaria más variada. El capitán de Infantería Francisco Ciutat, por ejemplo, jefe de EM del Ejército del Norte, en una fotografía de fines de 1936 se viste con lo que parece ser un chándal[215] y un corresponsal británico observó que incluso el general Riquelme llevaba un mono y el comandante Rojo el mismo indumento cuando trató de convencer a los defensores del Alcázar de Toledo de que se rindiesen[216]. Pero Asensio, como jefe del Frente Central y posteriormente subsecretario de la Guerra, insistió en que se vistiese el adecuado uniforme de oficial, y un voluntario holandés observó que incluso a los sargentos se les ordenó presentarse a que se les tomaran medidas para los uniformes[217].

Ante el hecho de que la graduación de un oficial no reflejaba necesariamente su cargo, el ministerio aprobó posteriormente un conjunto de distintivos de mando[218]. Se trataba de estrellas negras de tres puntas —después fueron doradas—, que se llevarían con el ángulo hacia arriba debajo de las barras que indicaban la graduación. Una estrella significaba que su portador mandaba una brigada, dos una división, tres un cuerpo y cuatro un ejército. Los jefes de EM de esas unidades llevarían estrellas del tradicional color azul pálido del Estado Mayor español.

IX. Conclusiones

La primera impresión que se tiene es el predominio de las actividades políticas en materias de instrucción y ascensos de oficiales. Y no se trataba tanto de que un partido, el comunista, impusiera su voluntad, como de que

el desarrollo del Ejército no podía verse libre de las tensiones políticas de la retaguardia, y ello con respecto a todos los partidos y organizaciones.

Al mismo tiempo, las presiones políticas parecen haber servido de aguijón para todo tipo de progresos dentro del Ejército, mientras que donde reinaba la burocracia militar, persistían el tradicionalismo y el atraso.

La cuestión de los ascensos seguía estando tan enmarañada como antes y aun resultaba exacerbada por las tensiones políticas, en contraste con la mayoría de los países en guerra, en los que desaparecen los bloqueos de ascensos.

Sería incorrecto decir que consideraciones puramente militares no determinaron muchos ascensos y nombramientos, pero la impresión más persistente que sobre ello queda es la de su improvisación. Evidentemente, el elemento que más se echaba en falta para la formación de criterios apropiados para crear un nuevo cuerpo de Oficiales y nuevos cuadros de mando fue el tiempo.

7

Los comisarios políticos

I. Su institución

En un ejército que se hallaba tan íntimamente ligado a la política interior y cuyos soldados desconfiaban al principio de los militares de carrera, fue hasta cierto punto inevitable la institución de un mando político, distinto del de operaciones. El papel de los comisarios en el ejército soviético era de dominio público, y el jefe de EM del ejército republicano afirmó más tarde, presumiblemente para justificar su existencia, que en los ejércitos de las revoluciones francesa y estadounidense se habían nombrado a comisarios con responsabilidades similares[1].

La institución, aunque no el término, del comisario, existió desde el comienzo de la guerra. Las columnas milicianas contaban con un «responsable» o «delegado político» que acompañaba a la columna, explicando y justificando las órdenes del mando militar y ocupándose de asuntos como la evacuación de heridos, el abastecimiento, las comunicaciones y otros similares que en aquellos momentos posiblemente se consideraran secundarios con relación a la finalidad principal de la lucha[2].

Pero, en cierta medida, el papel de esos dirigentes se limitaba a cuestiones que más adelante pasarían bajo el control del EM militar. Fueron los comunistas quienes primero advirtieron el valor del Comisariado en sí mismo como institución que podía jugar un papel propio en la guerra

española. En las páginas de *Milicia Popular*, el diario del Quinto Regimiento, pueden hallarse muchas referencias a los Comités de Milicias, representativos de todas las organizaciones del Frente Popular, entre cuyas tareas estaban: 1. La organización de las poblaciones capturadas; 2. La seguridad política y militar; 3. La dirección de actividades políticas y sociales, incluida la redacción de diarios y otras publicaciones; 4. Visitar a las familias de todos los milicianos; 5. Cuidar del orden y la disciplina en la columna.

Los Comités de Milicias no tenían funciones de mando, pero colaborarían con las autoridades militares[3].

A principios del otoño, según los reportajes periodísticos, el Partido Comunista estaba nombrando ya comisarios siguiendo el ejemplo de la Revolución Rusa[4].

A través de *Milicia Popular*, el Quinto Regimiento estableció Comités en todas sus distintas y diseminadas unidades. Las tareas de los Comités se enumeraban del siguiente modo: 1. El corresponsal de *Milicia Popular* en la unidad organizaría discusiones sobre los problemas tratados por el diario y se comprometería a confeccionar un boletín de la compañía; 2. Otro miembro del Comité organizaría charlas sobre cuestiones políticas, sociales, militares y sanitarias; 3. Se elegiría un comisario político (era la primera vez que aparecía tal denominación e iba con letras mayúsculas, igual que la descripción de sus funciones: EL COMISARIO POLÍTICO ES EL DIRIGENTE DEL COMITÉ; ESTÁ EN LIGAZÓN ESTRECHA CON EL MANDO MILITAR); 4. Los Comisarios de compañía forman el Comité de batallón, éste nombra un comisario de sector que recibe órdenes del regimiento[5].

Que era preciso algún tipo de intermediación entre el mando militar y los milicianos es algo que se desprende claramente de los informes de los oficiales militares que mandaban las columnas[6]. Y lo confirmó una nota del Ministerio de la Guerra publicada en la prensa y que proclamaba el reconocimiento oficial de la existencia de los comisarios[7]. Era evidente que los milicianos no tenían intención de obedecer incondicionalmente las órdenes de los oficiales profesionales y que desconfiaban de ellos. Además, la carencia de una actitud realista con respecto a los peligros de la situación se expresaba no sólo en la negativa persistente a obedecer las órdenes sino

también en la desgana en admitir que la disciplina era tan importante como el valor y que, de hecho, a menudo daba origen a éste, que el pillaje no tenía justificación y que la Revolución no quería decir que los milicianos pudiesen hacer caso omiso de las órdenes. Uno de los ejemplos más vividos de este problema se manifestó en el desembarco en Mallorca (del 16 de agosto al 3 de septiembre de 1936), operación cuyo jefe, el capitán Bayo, tuvo grandes dificultades con los indisciplinados milicianos catalanes y valencianos que formaban el grueso de sus fuerzas, que no atendían a sus órdenes y se dedicaban a saquear. De hecho, Bayo tuvo que fusilar a algunos de ellos[8].

Seis semanas después de su subida al poder, Largo Caballero instituyó el Comisariado de Guerra[9].

El prólogo del decreto que instituía el Comisariado expresaba sucintamente su propósito:

> La naturaleza político-social de las fuerzas armadas que actúan en todo el territorio sometido al gobierno legítimo de la República y el motivo mismo de la guerra civil hace necesario, a la par que imprimir la máxima eficacia militar al ejército en armas contra la rebelión, ejercer sobre la masa de combatientes constante influencia, a fin de que en ningún caso esta necesidad esté en pugna con la absoluta conveniencia de prestigiar la autoridad de los mandos. Antes al contrario tiende, además de a lo que consignado queda, a establecer una corriente espiritual y social entre los jefes, oficiales y clases del ejército leal y los soldados y milicianos que componen el volumen total de éste, de tal suerte que el noble afán combativo que a todos nos agrupa en los momentos actuales se centuplique, y al ser traducido en hechos, tengan éstos la virtud de que cada acción del ejército leal al régimen sea paso firme y definitivo en orden al logro de la victoria total.

Evidentemente, Largo contemplaba la posibilidad de que los combatientes pudiesen perder el aliento que los animaba. Esta orden, tomada literalmente, podía indicar meramente que había demasiados milicianos indisciplinados, pero, considerando el historial posterior del ejército, en especial la gran cantidad de deserciones, la frase adquiere un significado más profundo[10]. Aunque puede que no se les pasara por la cabeza a quienes redactaron el decreto, expresaba empero la verdadera situación posterior por lo cual una de las principales tareas de los comisarios durante la guerra sería recordar a los hombres las razones que tenían para combatir.

El decreto subraya que la nueva institución no iba a afectar al prestigio del mando militar, lo cual puede considerarse tanto una advertencia a quienes habían urgido la creación del Comisariado como una tranquilizante señal de apaciguamiento a los oficiales leales.

Con el decreto, el gobierno instituyó el Comisariado general de Guerra, cuya tarea específica era «ejercer un control de índole politicosocial sobre los soldados, milicianos y demás fuerzas armadas al servicio de la República[11]» y «lograr una coordinación entre los mandos militares y las masas combatientes»[12]. El Ministerio de la Guerra conservaba su derecho a nombrar al comisario general, a los cuatro subcomisarios generales y a los comisarios delegados que instituía el decreto. La redacción deja claro que el ministro conservaba su control de los comisarios, y aunque se podría nombrar un número limitado de comisarios delegados, sólo podría hacerse mediante una orden firmada por el ministro.

En otro decreto del mismo día aparecían los siguientes nombramientos:

Julio Álvarez del Vayo, que conservaba su cartera de ministro de Estado, era nombrado comisario general.

Felipe Pretel, del PSOE, era nombrado secretario general[13], y se nombraba subcomisarios generales a:

Antonio Mije, del PCE.

Crescenciano Bilbao, dirigente sindicalista, socialista del ala moderada de Prieto.

Ángel Pestaña, uno de los dirigentes de la CNT de Barcelona en los años veinte y fundador después del Partido Sindicalista[14].

Ángel Gil Roldán, un joven dentista de la CNT, propuesto por ésta porque no pensaba que el puesto tuviera importancia bastante como para que se encargase de él alguien con más experiencia. Los mejores militantes cenetistas se dedicaban entonces a las nuevas Brigadas Mixtas o estaban en el frente[15].

Es significativo que se confiara la importante tarea de comisario general a Álvarez del Vayo, quien seguía conservando su puesto de ministro de Estado, lo que, especialmente en aquella época, le imponía un gran trabajo de negociaciones con las potencias extranjeras y frecuentes desplazamientos a la Sociedad de Naciones. Es improbable, pues, que

Álvarez del Vayo hiciese algo más que firmar documentos. Además, los otros comisarios principales no eran figuras de primera fila. El partido de Pestaña, por ejemplo, sólo había logrado dos escaños en las elecciones a Cortes de febrero de 1936. Llamativamente ausentes estaban los partidos republicanos[16]. De hecho, el decreto y sus ampliaciones subsiguientes no muestran que se tuviese una finalidad clara al establecer el Comisariado y dan la impresión de que Largo Caballero lo otorgó sin percibir realmente la significación que tendría. Algo acredita esta impresión la afirmación de Gregorio Gallego, dirigente cenetista madrileño, de que fue el propio Pestaña quien sugirió la formación del Comisariado[17]. No parece que haya motivos para creer que se tratase de una estratagema cuidadosamente planeada por los comunistas para apoderarse del poder[18]. Y tampoco los autores comunistas actuales afirman haber sugerido el decreto, aunque sí, y con razón, que donde primero hubo comisarios fue en las unidades comunistas[19].

Al día siguiente, la *Gaceta* publicó dos órdenes circulares que ampliaban y aclaraban la misión del Comisariado, que: «No irá en momento alguno en menoscabo del prestigio y autoridad del mando militar»[20].

Su tarea más importante era asegurar la confianza entre los oficiales y la tropa. Los comisarios no se entrometerían en los planes militares, sino que estarían obligados a facilitar su ejecución. Las autoridades militares firmarían las órdenes relativas a las armas, municiones y otros suministros, pero éstos irían con la contrafirma de los comisarios para «la mayor rapidez de las peticiones y la satisfacción de las masas de combatientes». Una vez más, la vaguedad de la redacción indica que quienes habían dictado la orden no tenían claro lo que deseaban lograr con ella. Si los comisarios sólo iban a cuidar de que se mantuviese la confianza entre los oficiales y la tropa, ¿por qué hacia falta, por ejemplo, que firmaran ellos también una petición de municiones? ¿Por qué aseguraría su firma mayor velocidad a los suministros? Estas cuestiones indican que había distintas presiones y que el papel de los comisarios se convertiría probablemente en lo que ellos mismos decidieran ser. ¿Qué sucedería, por ejemplo, si un comisario se negaba a firmar una petición del jefe militar o, lo que sería más importante, si se negaba a firmar una orden de un jefe superior a otro de menor

graduación, como requería también la orden circular del 17 de octubre de 1936?

La segunda orden enumeraba los deberes de los comisarios. Éstos ejercerían una «influencia moral decisiva», que provendría de su conducta pública y privada, y recordarían continuamente a los hombres la índole política y social del Frente Popular. La orden seguía explicando brevemente las consecuencias que acarrearía una victoria fascista, citando como ejemplos las matanzas ocurridas en las zonas ocupadas, cuya noticia habían dado los refugiados. Los comisarios debían informar también a los milicianos de que una vez ganada la guerra se instauraría, en todos los aspectos, un Nuevo Orden. En segundo lugar, la orden subraya la necesidad de convencer a los milicianos de que debían obedecer a los oficiales profesionales y de que éstos gozaban de la confianza de las autoridades. Los comisarios debían convencer a los oficiales de que no tenían nada que temer de la nueva institución. Los comisarios debían resolver las querellas por motivos políticos y mantener la imparcialidad, cuidando únicamente de que las peticiones de suministros fuesen hechas del modo correcto.

Estas órdenes eran a un tiempo instrucciones para los comisarios que ya trabajan oficiosamente y, más importante, orientaciones para el comisario general y los partidos políticos sobre los deberes de los comisarios delegados de guerra. La vaguedad del concepto resulta una vez más evidente, y las mismas órdenes están mal concebidas, confundiendo una instrucción general con las ideas específicas que pretendían que transmitiesen los comisarios. Sugiere este hecho no sólo que las Milicias eran indisciplinadas, lo que se demostró cumplidamente en las retiradas de octubre de 1936, sino también que no se comprendía enteramente la significación de la guerra. Este último punto se expresa en una frase que o bien fue escrita apresuradamente o se dejó intencionadamente con la vaguedad que muestra: «Hay que recordar continuadamente a los hombres cuál es el contenido politicosocial del conglomerado antifascista».

El Decreto del 16 de octubre había mencionado sólo un comisario general y cuatro subcomisarios generales, pero autorizaba al ministro de la Guerra a nombrar cuantos comisarios delegados fueran precisos. Seis semanas después, al tiempo que se formaban las Brigadas Mixtas, un

decreto establecía que habría un comisario por compañía, batallón y brigada[21]. Posteriormente, se nombraron comisarios de División[22]. En 1938, por ejemplo, la 11.ª División contaba con un comisario de División, tres de Brigada, trece de Batallón y noventa y dos delegados[23].

II. Los comunistas y el comisariado

Los autores e historiadores comunistas coinciden en general en afirmar que el PCE fue la primera organización que en la guerra española advirtió la importancia de los comisarios y que, como resultado de ello, de sus filas salió la mayoría de los comisarios en los primeros seis meses de guerra[24]. Según el corresponsal de *Pravda*, el partido había enviado ya comisarios en septiembre de 1936 y tenía cerca de doscientos en sus puestos cuando apareció la orden de creación del Comisariado[25]. En el frente central, se aseguraba que el ochenta por ciento de los comisarios eran comunistas[26]. Esta preponderancia se reflejaba en las pérdidas. Según el comunista Antón, comisario inspector del frente central, 52 comisarios comunistas resultaron muertos o heridos en ese frente entre octubre de 1936 y marzo de 1937, comparados con 27 de otras organizaciones políticas, 18 de los cuales eran además miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas[27]. Según los archivos soviéticos, 125 de los 186 comisarios de batallón del Frente Central en abril de 1937 eran comunistas[28].

La razón de esta supremacía no es difícil descubrirla. El comisario general, Álvarez del Vayo, lo explica sucintamente: los comunistas preponderaban porque se tomaron al Comisariado en serio dedicando a él sus mejores militantes[29]. En cambio, la CNT no creía que el Comisariado tuviese gran importancia y por consiguiente pospuso los nombramientos. El cenetista nombrado subcomisario general, Gil Roldán, era un joven, miembro reciente de la CNT, considerado como alguien que podía representar a la CNT, en tanto que los militantes más importantes y con más experiencia se hallaban en el frente o ayudando a la militarización de las

Milicias. Por lo tanto, y no es de extrañar, Gil Roldán no defendió con eficacia los intereses de la Confederación en los nombramientos de comisarios de unidad siendo sustituido por Miguel González Inestal[30]. El contraste entre el propósito manifiesto y la prontitud de los comunistas en organizar el Comisariado y el desconcierto de los anarquistas se ve por cómo recuerda González Inestal su nombramiento: cuando protestó ante la CNT de que no sabía nada de asuntos militares, se le respondió que por poco que supiera siempre sería más que los demás[31].

En la primavera de 1937, Largo Caballero reaccionó con energía contra el creciente poder del PCE. En lo que respecta al Comisariado, lanzó un ataque contra los nombramientos no confirmados de comisarios de unidades[32]. Las personas encargadas del nombramiento de comisarios fueron llamadas al orden y se les recordó enérgicamente que sólo podía nombrar comisarios el ministro de la Guerra, que todos los que ocupaban puestos como tales debían ser confirmados en sus cargos y que, en adelante, las personas propuestas debían demostrar que habían formado parte de una organización frentepopulista antes de la guerra. Las cartas de Largo, publicadas a diario por el Comisariado General de Guerra, le muestran confirmando y haciendo nuevos nombramientos desde entonces todos los días.

Poco tiempo después, a principios de mayo de 1937, Largo Caballero perdió el poder, y su sucesor en el Ministerio de la Guerra, rebautizado Ministerio de Defensa Nacional para incluir la Marina y las fuerzas aéreas, fue el socialista moderado Indalecio Prieto, que siguió intentando poner al Comisariado bajo el control del Ministerio. Como medida de emergencia, confirmó en sus puestos a la mayor parte de los comisarios de batallón y brigada[33], pero destituyó a uno de los subcomisarios generales, el comunista Mije[34].

Más adelante, ese mismo año, después de las batallas de Brunete y Belchite y a raíz de la formación de tres nuevos ejércitos, el de Andalucía, el de Extremadura y el de Levante y como resultado de la extensión del reclutamiento, Prieto requirió que se estableciese una lista completa de comisarios por edades[35]. Poco después, se publicó una orden relativa a los hombres en edad de ser llamados a filas, que no podrían servir como

comisarios excepto a nivel de Brigada y abajo. Esta reglamentación afectó en particular a Francisco Antón, el excomisario inspector del Frente Central, de 27 años de edad, que fue rebajado y enviado a una brigada a Teruel. Según Prieto no fue a la unidad citada, la brigada sufrió grandes reveses y Prieto destituyó a Antón del Comisariado[36].

Una orden posterior de Prieto impidió a los comisarios realizar actividades propagandísticas contra los nacionales, tarea reservada desde entonces a una sección especial del mando del ejército[37]. El proselitismo en favor del Partido Comunista realizado por los comisarios fue objeto de los ataques tanto de Largo como de Prieto[38]. La insistencia de Prieto en que los comisarios en edad militar[39] debían ir al frente o dejar el Comisariado y su negativa a corroborar muchos nombramientos de comunistas hicieron que Dolores Ibárruri le atacase violentamente en una reunión de la sesión plenaria del Comité Central del Partido celebrada en Valencia el 13 de noviembre de 1937[40]. La Pasionaria habló del debilitamiento de la actividad de los comisarios, debido en parte a la burocratización de quienes ocupaban los empleos superiores del Ministerio, lo que era una acusación contra los cambios efectuados por Prieto, y se refirió también a la «actitud incomprensible» del ministro de Defensa, que se había negado a confirmar los nombramientos de «centenares de comisarios, con un admirable historial de lucha». En algunos casos, siguió diciendo, esos comisarios oficiosos habían muerto en campaña, sin que a sus familiares se les abonase la pensión correspondiente.

La finalidad de Prieto parece haber sido tratar de equilibrar el número de comisarios según las distintas agrupaciones políticas. Su conclusión al respecto fue que no lo había logrado porque el Consejo Supremo de Guerra (véase el capítulo 4) se había negado a apoyarle[41].

No obstante, en alguna medida logró equilibrar la influencia comunista mediante juiciosos nombramientos, como el del dirigente socialista Alfredo Nistal como secretario del comisario general[42]. Como Álvarez del Vayo se hallaba a menudo ausente, su puesto resultaba vital, ya que servía de contrapeso a la influencia comunista de Enrique Castro Delgado, que sustituyó a Pretel como secretario general[43]. Igualmente, durante una

breve ausencia de Álvarez del Vayo, en enero de 1938, el representante de la UGT, Crescenciano Bilbao, actuó como comisario general interino.

Prieto recibió presiones también de los anarquistas, que le hicieron una serie de sugerencias el 23 de octubre de 1937[44] consistentes en que se nombraran cinco subcomisarios generales, uno por los socialistas, otro por los anarquistas, los comunistas, sindicalistas y republicanos, y que todo el Comisariado debía renovarse proporcionalmente a la influencia y partidarios de las diversas fracciones representadas en el país. Así, según ese plan, los socialistas y anarquistas tendrían cada uno el 23% de los comisarios, el PCE contaría con el 14% y los restantes grupos contarían con cifras menores[45].

Una reorganización de la importancia de la propuesta resultaría imposible e inconveniente, ya que habría que destituir a muchos comisarios que estaban actuando excelentemente y sustituirlos por hombres nuevos y sin ninguna experiencia. El intento de Prieto podría reducirse únicamente a intentar *limitar* el aumento de poder del PCE, pues no resultaría posible despolitizar una institución que era primordialmente política, ya que los comisarios actuaban y guiaban a los hombres diferentemente según sus creencias políticas y también porque, dadas las circunstancias, sólo los partidos políticos y la CNT tenían recursos de donde extraer comisarios.

Prieto en realidad logró trasladar a muchos comisarios y, según un informe, cambió de destino a 131[46], no todos comunistas. Prieto también recelaba del poderío de la CNT y dijo al presidente Azaña que aunque personalmente no sentía gran entusiasmo por la institución del Comisariado, deseaba poder corregir sus desequilibrios —en aquel entonces un 49% de los comisarios eran miembros del PCE o de las JSU— según se fuesen produciendo vacantes. También le dijo al presidente que sólo había vetado el nombramiento de un comisario de Brigada[47]. Evidentemente, Prieto veía una clara diferencia entre vetar los nombramientos comunistas y negarse a confirmar nombramientos ya hechos, lo que a menudo hizo.

Siguiendo con su política de reducir el ámbito de acción de los comisarios y de controlarlos más estrechamente, Prieto dio instrucciones a los subcomisarios generales para que se limitasen a inspeccionar las acciones de sus subordinados y abandonasen todas las demás actividades.

Se destituyó a todo el personal burocrático y consejeros y se requirió al comisario general para que a partir de entonces se utilizase únicamente el personal indispensable[48]. En diciembre de 1937, Prieto nombró sesenta y cinco nuevos comisarios de Brigada[49], aunque puede que en algunos casos se tratase de sustituciones. No obstante, el *Diario Oficial* no menciona sus afiliaciones políticas. Los comisarios que habían ocupado un cargo en el Ejército del Norte, parte de los cuales habían regresado a la España republicana, fueron informados de que sus nombramientos no habían sido confirmados y que, en cualquier caso, no se les pagaría ningún atraso a contar desde octubre de 1937, cuando cayó el último reducto republicano del norte, Gijón[50]. El último acto de Prieto consistió en suprimir el puesto de delegado político, el de rango inferior en el ejército, que hacía de representante del comisario en las escuadras y secciones. A cambio, subrayó el papel del delegado de compañía, que se elegiría entre los suboficiales y soldados y recibiría un suplemento de paga. Debía contar más de veintiún años, haber estado en el frente durante al menos seis meses, tener un buen expediente y haber pertenecido a una organización del Frente Popular antes de la guerra[51].

Podría haberse considerado que la caída de Prieto, propiciada por los comunistas[52], y su sustitución al frente del Ministerio de Defensa por Negrín, iba a reforzar el papel de los comisarios, pero en realidad, hubo sorprendentemente pocas leyes al respecto y no aparecen muestras evidentes de tal cambio.

Negrín restauró el grado de comisario general, caído en desuso desde la dimisión de Álvarez del Vayo en noviembre de 1937, nombrando a Bibiano Fernández Ossorio y Tafall, en aquel entonces subsecretario de Gobernación y miembro de Izquierda Republicana[53].

A Ossorio se le proporcionó un secretario, un republicano centrista, Antonio Ortega, con la graduación, relativamente elevada, de comisario de División. Es posible que éste convenciese a menudo al comisario general para que resistiese a las presiones comunistas del secretario general, Castro Delgado[54].

En una orden posterior, Negrín subrayó la subordinación del Comisariado al Ministerio de Defensa, el que los subcomisarios generales

debían limitar su actuación a inspeccionar y que la propaganda exterior era un asunto militar controlado por el EM Central[55]. Esto significaba restaurar las órdenes de Largo y Prieto y no que Negrín desease dar más autoridad a los comisarios, sino que las órdenes anteriores no se habían obedecido. La frase: «El Comisario completará las funciones del Mando militar sin interferencia en el mismo … Su autoridad debe ser ganada por su trabajo educativo y su comportamiento …»[56], indica claramente que no se iban a otorgar tratos de favor.

Pero el equilibrio político resultó alterado cuando Negrín nombró al comunista Jesús Hernández comisario del Grupo de Ejércitos del Centro[57], que tenía dos comisarios de ejército comunistas, y al anarquista Gil Roldán para un puesto equivalente en el grupo de Ejércitos del Este, la mitad del cual estaba compuesto por el ejército del Ebro comunista, y que contaba con dos comisarios de ejército comunistas[58]. Negrín afirmó que había intentado que hubiese un equilibrio político entre los subcomisarios generales, aunque mantuvo el predominio existente de los socialistas[59].

Pero si examinamos quiénes eran los comisarios de los puestos superiores, no nos resulta posible confirmar la afirmación de Negrín. Había, es cierto, un equilibrio entre los dos grupos de Ejércitos, en el sentido de que el comisario principal de uno era comunista y el del otro anarquista, pero este último no fue nombrado oficialmente hasta el 19 de septiembre de 1938, cuando el ejército del Ebro, comunista, ya había afirmado su identidad. La intensidad del trabajo político de este ejército (véase más adelante) no era lo más apropiado para que un comisario cenetista como Gil Roldán tuviese mucha efectividad. En el mismo número del *Diario Oficial*, Negrín nombró al comunista Castro Delgado secretario general del Comisariado. Según Castro, el PCE solicitó la opinión de los subcomisarios, y de ella dedujo que Crescenciano Bilbao y Miguel González Inestal no ayudarían a los comunistas, pero que Felipe Pretel, de la UGT, podría ser controlado con toda facilidad y que Ossorio y Tafall, el nuevo comisario general, les resultaría muy útil[60]. Además, cuatro de los comisarios de ejército, Ortega, del de Levante; Piñuela, del de Centro; Delage del ejército del Ebro, y Mantecón, del ejército del Este, eran miembros del PCE. El comisario inspector de Andalucía era Serafín

González Inestal, de la CNT. Así pues, parecería que la mayor parte de los puestos principales del comisariado estaban ocupados por comunistas, aunque se dio un crecimiento regular de la representación de la CNT, la UGT y el PSOE a lo largo de 1938[61].

Pero no había prisa en confirmar a comisarios comunistas en sus puestos ni en ascenderlos. Santiago Álvarez, por ejemplo, que había sido comisario de la 11.ª División desde marzo de 1937 y del V Cuerpo desde abril de 1938, fue muy ensalzado pero ascendido al empleo de comisario de División únicamente, aunque se le confirmó como comisario del V Cuerpo, pero esto no ocurrió hasta finales de 1938[62]. Un decreto similar ascendió a Fusimaña, del XV Cuerpo[63], a Mantecón, que, como delegado del gobierno había acabado con el semiindependiente Consejo de Aragón anarquista en 1937, y entonces era comisario del Ejército del Este[64], y a Sevil, de la 45.ª División[65]. La mayoría de ellos eran comunistas del ejército del Ebro y habían actuado a las órdenes de Líster y Modesto desde el nacimiento del ejército republicano.

III. El papel de los comisarios

El término «comisario» no tenía necesariamente una connotación soviética. Por ello, no había motivos para pensar que se estuviese imitando el modelo soviético simplemente porque se había adoptado el mismo nombre[66].

Se ordenó que a los comisarios se les pagase de los presupuestos de sus unidades, con la intención de obviar así cualquier irregularidad en su nombramiento y de evitar toda apariencia de que los mantenían las organizaciones políticas. Sus pagas y empleos serían[67]:

Empleo	*Equivalencia en el ejército*	*Paga anual en pesetas*
Comisario general	General de División	22.000
Subcomisario general	General de Brigada	17.000
Inspector (de División)	Coronel	13.000
Comisario de Brigada	Teniente coronel	11.000
Comisario de Batallón	Mayor	9.000
Comisario de Compañía	Capitán	7.500

Naturalmente, de ello no se deduce necesariamente que los comisarios fuesen ascendidos a la graduación correspondiente a los puestos que ocupaban. A la vista de la lentitud con que se confirmaron los nombramientos (véase *supra*), sería raro que sucediese tal cosa, y de hecho hay pruebas de que los comisarios no fueron ascendidos a una graduación superior a la de los jefes militares de sus unidades. Por ejemplo, el comisario de la 35.ª División fue ascendido a comisario de Brigada, equivalente a teniente coronel, algún tiempo después de que su jefe militar fuese ascendido a esa misma graduación[68].

Posteriormente, la paga de los comisarios fue aumentando, y los comisarios de compañía, por ejemplo, además de su salario de 625 pesetas mensuales, recibirían un suplemento de combate de 15 pesetas diarias[69].

A principios de 1937, se introdujeron los uniformes e insignias[70]. Los comisarios llevarían una gorra redonda con visera, uniforme de color chocolate con una «C» dorada en el cuello y su graduación en la manga, dorada para los comisarios superiores y en seda roja de comisario de Brigada para abajo. Al mes siguiente, se cambió la gorra por la normal de los oficiales. Los comisarios superiores llevarían en ella un galón dorado[71], y en fotografías posteriores el uniforme de los comisarios no se distingue del de los oficiales más que en la «C» que aparece en el centro de las gorras: las bajas en acciones de guerra habían sido tan grandes que resultaba más prudente no ser reconocibles a primera vista[72].

Hubo muchos manuales publicados para instruir a los comisarios[73]. Sus deberes eran múltiples, excediendo con mucho a los que Largo Caballero había contemplado en sus Decretos del 16 y 17 de octubre de

1936. Se les requería, por ejemplo, para que comprobasen la condición de las armas y controlasen las transmisiones, el abastecimiento y los servicios sanitarios. La mayor parte de los mandos militares carecían de experiencia, y no eran los profesionales que el Decreto de 1936 había concebido al frente de las tropas. Su nivel de capacidad era bajo de modo que los comisarios debían insistir para que se les ofrecieran más cursillos de perfeccionamiento. Los manuales recomendaban reuniones conjuntas con los oficiales para analizar el resultado de las operaciones, y se ordenaba a los comisarios que no llevasen a cabo una política partidista, sino que estimulasen la discusión en el Rincón del Combatiente, instalaciones con biblioteca y que servían para dar clases y discutir, similares al Hogar del Soldado de unidades mayores. Cada brigada debía contar con su revista, a la que deberían contribuir los soldados y que debía estar libre de toda orientación sectaria. Los comisarios debían vigilar la salud de los soldados, ver que se desinfectasen, cuidar de que hubiera ropa limpia para ellos y propagar la campaña contra las enfermedades venéreas. En el ámbito intelectual, debían organizar grupos de lectura así como reuniones políticas y cuidar de que la prensa se distribuyese regularmente y fuese objeto de discusiones. Debían ocuparse del reforzamiento de la conciencia política y comprensión de las causas de la guerra y evitar la confraternización que ocasionalmente se daba con los nacionales en los frentes inactivos[74].

El comisario tenía constantemente tareas que realizar. Debía nombrar activistas en las unidades menores y asegurar que lo que éstos hacían recibiese publicidad en los periódicos murales que publicaban los batallones, e incluso las compañías. Debía sostener charlas, conferencias, discusiones y proyecciones de películas con regularidad. El comisario supervisaría los cursos para analfabetos y además de todo ello debía explicar la finalidad de los ataques y cuidar de que se obedeciese y tratase con respeto a los oficiales[75].

Los comisarios enviaban informes a sus superiores, quienes a su vez los resumían en una circular redactada en el cuartel general del Comisariado de Guerra. Algunos de esos informes muestran que los comisarios se ocupaban en gran medida de los aspectos militares de las operaciones. Un informe típico del Comisariado General del Ejército de Levante, que cubría el mes

que va desde mediados de diciembre de 1937 a mediados de enero de 1938, durante la batalla de Teruel, resume los informes de los comisarios de menor graduación[76]: cada tema se trata con pulcritud, y van desde una descripción del trabajo político realizado hasta una crítica de la propaganda dirigida a las tropas nacionales que era demasiado floja porque se habían dado órdenes de que se encargase de ello la sección de Información del EM Central, que no estaba preparada para la tarea. Se criticaba con libertad a los oficiales, y, por ejemplo, se dice que el jefe de EM del ejército, Sáez Aranaz, no había visitado el frente desde hacía mucho tiempo y que en su lugar había tenido que hacerlo su segundo. Heredia, jefe del XVIII Cuerpo, era ineficiente. Estas acusaciones resultan la mayor parte de las veces confirmadas por otras fuentes[77]. Los informes criticaban la organización del Estado Mayor y señalaban defectos en la distribución de los puestos de mando, en la atribución de unidades a divisiones y cuerpos y en el constante cambio de jefes. Los comisarios, de hecho, informaban sobre toda clase de asuntos: transportes, cuidados médicos, abastecimientos, transmisiones, artillería, fortificaciones, caballería, armamento y la disciplina general.

Este documento citado era un informe de importancia sobre una batalla, pero los comisarios también redactaban informes día a día sobre unidades en frentes inactivos. Por ejemplo, el comisario de la 41.ª División del XIX Cuerpo situada en un sector tranquilo del ejército de Levante, informaba el 23 de abril de 1938 que el frente estaba inactivo, que aparentemente no había ningún cambio en las fuerzas enemigas, que se había relevado a un batallón, se habían cavado trincheras y daba también una lista de las armas en poder de la división. Ninguna de estas informaciones era de incumbencia inmediata del comisario según los primeros decretos y podía fácilmente haber desembocado en una fuga de información al enemigo. El comisario informaba también, desde luego, del trabajo político que estaba realizando, dedicado sobre todo a explicar la política del nuevo gobierno de Negrín. La 69.ª Brigada, comentaba, había realizado un estudio intensivo de la prensa, concentrándose en el congreso de la Internacional Sindicalista[78].

En alguna medida, las circunstancias habían requerido que los comisarios informasen de asuntos puramente militares. Mientras era jefe del EM en Madrid, Rojo había ordenado que los comisarios recién nombrados

marchasen a las columnas y controlasen el funcionamiento de todos los servicios, en especial los de aprovisionamiento de municiones, alimentos, transportes y equipo sanitario, y les pidió que informasen total y precisamente sobre las columnas[79]. Así pues, puede haberse dado el caso de que se utilizase justamente al comisariado para equilibrar la falta de fiabilidad de los militares de carrera y de Milicias, que eran quienes deberían haberse ocupado de ello. El comisario general, Álvarez del Vayo, a petición del Ministerio de la Guerra, pidió a los comisarios de División que informasen con detalle de la vestimenta, alimentación y pagas y que diesen cuenta de cualquier irregularidad[80].

Cuando llegaban a las brigadas los nuevos reclutas de quintas, se daban instrucciones a los comisarios para que organizasen una recepción y les diesen charlas sobre las causas de la sublevación militar y los beneficios que para el campesinado resultarían de la victoria de la República. Esto se haría sobre un fondo que comprendía la colectivización anarquista y la política comunista de protección del pequeño campesino, que indudablemente era oportuna en las circunstancias, dado que estaban siendo llamados a filas muchos jóvenes de familias campesinas de Cataluña y de las ricas huertas valencianas, de Alicante y Murcia[81]. Los comisarios debían explicar la organización del ejército y la necesidad de la disciplina; debían mantenerse alertas contra los simpatizantes de los nacionales y también ocuparse de recensar a los analfabetos[82].

La totalidad de las actividades de los comisarios fue sopesada en una conferencia que tuvo lugar en Albacete en abril de 1937[83]. El funcionamiento de todos los servicios era considerado claramente como parte de la responsabilidad de los comisarios, al mismo tiempo que el mantenimiento de la disciplina y del apoyo general a los mandos. Su principal tarea era la preparación política y psicológica de los hombres para las operaciones militares, en tanto que, fuera de la línea de combate, su trabajo debía consistir en cuidarse de la prensa, de la campaña de alfabetización y del mantenimiento de la moral. La higiene debía ser preocupación primordial.

IV. La prensa militar

Un canal primordial de la influencia de los comisarios lo constituían las revistas de las unidades. La extrema abundancia de diarios o revistas, en general bien hechos, era una de las características peculiares del ejército republicano[84].

Podemos distinguir tres tipos principales de prensa militar: 1. El boletín con noticias recogidas de la prensa internacional; 2. La revista de unidad, que reflejaba las actividades y aspiraciones de la brigada o división; 3. La hoja de propaganda, consistente en gran medida en exhortaciones.

En junio de 1937 había más de 130 publicaciones editadas por brigadas y divisiones[85]. El subcomisario encargado de Prensa y Propaganda, aun reconociendo el enorme valor del medio, observaba, no obstante, diversos defectos que debían corregirse, entre ellos la revelación inintencionada de información al enemigo, el sectarismo partidista y la falta de seriedad[86]. Más adelante, en el otoño de ese mismo año, el Comisariado creó una inspección de prensa para que diese directrices al respecto[87]. El informe insistía en que los autores debían concentrar sus esfuerzos en describir el carácter de la contienda, en la campaña de alfabetización y en los problemas internos de la unidad de que se tratase. Los errores observados por la inspección incluían un exceso de intelectualismo en las publicaciones y una instrucción militar pedante, característica ésta cierta también con respecto a la instrucción práctica (véase el capítulo 5). El exceso de intelectualismo era ciertamente una falta que cometían muchos comisarios, y así el comisario inspector del ejército del Este dijo a Azaña que algunos comisarios habían dado conferencias sobre temas tan alejados de la situación inmediata que las tropas se habían reído al escucharlas y protestado de que se les obligase a asistir a ellas[88].

Muchas publicaciones estaban excepcionalmente bien editadas. Incluso un diario publicado muy al principio de la guerra en la columna Ortiz, de Aragón, estaba bien compuesto y carecía de erratas[89]. Una de las

principales características de las publicaciones editadas por los comisarios de unidades, sobre todo comunistas, era la concentración en los asuntos internos de la unidad, con fotografías de los hombres que se habían distinguido; esto resulta especialmente evidente cuando comparamos las revistas de la 25.ª, 26.ª y 27.ª Divisiones. Esta última, una división del PSUC, editaba una publicación de mucha mayor calidad que las otras[90].

Para una publicación realmente interesante, debemos examinar *Acero*, el órgano del V Cuerpo, dirigido por Santiago Álvarez, el capaz comisario de Líster[91]. Estaba impreso en un papel de buena calidad con tipografía atractiva y fotografías bien reproducidas. El material que publicaba era variado y, por ejemplo, su número de febrero de 1938 incluía un artículo dedicado a comentar la anulación del decreto que restringía los ascensos de los oficiales de Milicias —cambio que había afectado al jefe del Cuerpo, Líster—, una exhortación sobre el espíritu del V Cuerpo, un artículo sobre la vida bajo los nacionales en Teruel, que había estado en manos republicanas durante breve tiempo, un ensayo bien escrito del jefe de EM, López Iglesias, sobre el factor moral, páginas sobre las Brigadas Internacionales y el papel jugado por el V Cuerpo en la batalla de Teruel, y artículos y fotografías sobre el batallón de ametralladoras del Cuerpo. La revista era un acierto a causa de su concreción y elección apropiada de los temas así como por su calidad técnica. El soldado podía identificarse y de ahí que la propaganda, que de otro modo podía haber encontrado el menosprecio del lector, tuviese un público. En algunos artículos, las exigencias intelectuales eran elevadas, pero no oscuras y debemos recordar que se trataba de la revista de un cuerpo de Ejército y que las divisiones y brigadas tenían sus propias publicaciones. La 11.ª División, por ejemplo, publicaba una excelente revista, sin propaganda y dedicada por entero a sus unidades, con fotografías de los hombres que se habían distinguido, artículos sobre los oficiales y comisarios, escritos en catalán para los nuevos reclutas de las provincias catalanoparlantes, artículos humorísticos y un comentario de noticias[92].

Algunas publicaciones, en cambio, eran de una extraordinaria torpeza. Uno de los peores ejemplos, sobre todo teniendo en cuenta que era la revista de un ejército y que podía contar con muchos más recursos que los

órganos de unidades menores, era la publicada por el ejército de Extremadura[93], *El Frente*, una hoja mal impresa consistente en recortes de noticias recogidas de la prensa diaria y en un editorial. Incluso las noticias carecen en ocasiones de toda importancia (la visita del rey de Inglaterra a Francia en julio de 1938, por ejemplo).

Los comisarios de este ejército, empero, subrayaron en otro informe que ellos desplegaban una intensa actividad, que las unidades menores de cada brigada recibían cada mes cerca de 150 charlas, y que se distribuían mensualmente 7500 ejemplares de la prensa diaria también a cada brigada. *El Frente* es mencionado como el vehículo de comunicación del inspector con las tropas[94].

V. La salud

Un tema que no falta prácticamente nunca en las publicaciones de las unidades, en toda ocasión y a todos los niveles, es la cuestión de la salud, que era una de las responsabilidades de los comisarios. Los principales problemas al respecto eran la falta de higiene personal, el insuficiente material sanitario y la negligencia en el cuidado de las enfermedades venéreas.

La prostitución había sido atacada en Barcelona mediante una campaña de reformas, pero las enfermedades venéreas eran la causa más corriente de bajas en las Milicias a pesar de una campaña con carteles que avisaban a los milicianos de los peligros y les advertían que ocultar su enfermedad era una falta tan grave como la deserción[95]. Castro Delgado, jefe del Quinto Regimiento, informa de 200 casos en esa unidad en un solo mes[96]. Aunque lo menciona sobre todo para atacar al Partido Comunista y a la Pasionaria por su insistencia en que las mujeres jugasen el mismo papel que los hombres en la guerra y en que marchasen ellas también al frente, en *Milicia Popular*, el órgano del Regimiento, era frecuente que se insistiese en el cuidado que había que tener con respecto a las relaciones sexuales. El número de afectados por enfermedades venéreas fue elevándose

enormemente según transcurría la guerra, y un representante británico informaba que en el año que iba de agosto de 1936 a agosto de 1937, sólo un hospital había tenido 2200 pacientes ingresados y había tratado a 87 800 sin internar; entre septiembre de 1937 y marzo de 1938, el hospital había registrado 94 000 casos, entre los que no se incluían las infecciones benignas que se curaban en las secciones médicas de las unidades. Después de la primavera de 1938, todos los enfermos ambulantes eran curados en la línea de frente, a causa de la extensión de la infección voluntaria. El tratamiento no fue eficaz además por la carencia de medicamentos; faltaba Salvarsán y las medicinas que se usaban en sustitución suya no eran de gran eficacia[97].

Los comisarios y las autoridades médicas cooperaban en la distribución masiva de manuales sobre higiene personal. Ocasionalmente, los consejos prodigados eran irreales: un folleto recomendaba la total abstención de relaciones sexuales en tanto que otro aconsejaba el matrimonio[98].

A veces, los comisarios emprendían campañas de moralización, como la búsqueda y secuestro de pornografía. Cierta publicación de Batallón, al atacar a la extendida lectura de publicaciones pornográficas, aseguraba que las masturbaciones resultantes de ello producían tuberculosis[99]. La pornografía y la prostitución eran consideradas concomitantes de la sociedad española de antes de la guerra. Ninguna de ellas resultaría necesaria bajo el nuevo orden.

El ejército del Ebro, al mando de su enérgico comisario, Luis Delage, tomó medidas muy severas para contener la extensión de las enfermedades venéreas. El 5 de julio de 1938, se publicó una orden en la que el mando del ejército requería a todos los oficiales médicos para que cuidasen de que se cumpliesen todas las medidas profilácticas, inspeccionasen los prostíbulos de las ciudades situadas en la retaguardia, examinasen a los hombres cada quince días e informasen de los casos de infección nuevos que detectasen. A éstos se les impondría un mes de arresto; si reincidían, incurrirían en prisión militar mientras una infección posterior llevaría aparejada una acusación de autolesión, lo que, en una fuerza con disciplina tan rígida como el ejército del Ebro, probablemente significaría una condena más drástica aún[100].

Otro problema grave con el cual se enfrentaban los médicos era la sarna, mencionada frecuentemente en los informes de los comisarios y originada por una combinación de falta de instalaciones para lavarse y de costumbres antihigiénicas. Las publicaciones de las unidades contienen a menudo avisos sobre cómo evitar o curar esa enfermedad.

La salud mental, por otro lado, no parece haber sido un problema muy grave. Sólo un 1,5% de los combatientes tuvieron que ser licenciados por padecer de neurosis originadas por la contienda, siendo el porcentaje menor en las tropas que estaban en el frente. Se publicó un folleto sobre higiene mental que ponía el énfasis en alentar una actitud positiva y la ayuda mutua[101].

La cuestión de las enfermedades venéreas y de otras enfermedades causadas voluntariamente ilustra no sólo el papel del comisario como persuasor, sino también las características de un ejército que trataba de ser revolucionario y veía claramente que la falta de disciplina llevaba a su autodestrucción. Al leer los bondadosos consejos, repetidos incansablemente en casi todos los números de las revistas de las unidades, de que había que lavarse regularmente, limpiarse los dientes, cortarse el pelo y tener cuidado con las mujeres, resulta evidente que la ausencia de una disciplina instituida era un grave error, y ésta es una de las contradicciones del Ejército Popular; porque como representaba una revolución, de actitud si no de hecho, se sentía que a los hombres no se les podía ordenar nada que no fuese estrictamente militar; había que convencerlos. Pero la prostitución era endémica y habían desaparecido las restricciones morales de la Iglesia y la familia. Este último punto puede haber sido más importante que la ausencia de una declarada disciplina. De conversaciones con oficiales nacionales y personal de los hospitales se deduce que las enfermedades venéreas no constituyeron un grave problema en el Ejército Nacional y que la sarna era infrecuente. En alguna medida, puede atribuirse este hecho a una mejor rotación de las unidades, pues algunas fuerzas republicanas, por ejemplo, pasaban muchas semanas en el frente[102]. Y también debe tenerse en cuenta el idealismo religioso de muchos de los soldados nacionales, que luchaban voluntarios justamente por su deseo de combatir la permisividad de la España republicana, aunque

también es posible que la ausencia de enfermedades venéreas se debiese más bien a que no existían grandes ciudades en la retaguardia inmediata, en tanto que los mayores contingentes de tropas republicanas se hallaban en torno a Madrid y allí iban de permiso, o a Barcelona o a las ciudades levantinas. Otra razón importante fue la elevada paga del soldado republicano y el hecho de que tenía pocas cosas en que gastarla[103].

VI. Cultura

Otra preocupación de primer orden del Comisariado fue la formación cultural de los soldados, y en esto, una vez más, el Quinto Regimiento fue el pionero. Sus publicaciones pedían a los comités de columna que informasen al puesto de mando de si poseían bibliotecas y de qué uso hacían de ellas, para sistematizar la entrega de libros[104]. Poco después, se informó de que estaban funcionando clases de alfabetización[105].

La alfabetización constituía una de las primeras y mayores finalidades del trabajo del comisario. Ahora bien, alfabetizar a los reclutas había figurado desde hacía tiempo entre las tareas de los mandos del ejército de la preguerra[106]. Sin embargo, la zona gubernamental se encontraba ahora en pie de guerra. A las masas de nuevos soldados había que concienzarlos para hacerles comprender por qué estaban luchando, de modo que el poder leer la propaganda del Frente Popular se imponía como necesidad urgente, si bien la alfabetización representase en todo caso un esfuerzo noble en aquellas circunstancias difíciles.

Algunos comisarios eran maestros, profesionales de la enseñanza. Se establecieron unas relaciones estrechas entre el Ministerio de Instrucción Pública, encabezado por Jesús Hernández del PCE, la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza y el Comisariado de Guerra, dando así a muchos la impresión de constituir un coto cerrado frentepopulista o siquiera comunista.

En la zona del Centro, en octubre de 1937[107], se aseguraba que había 42 493 hombres recibiendo clases, y tan importante resultó la campaña de

alfabetización que el Ministerio de Instrucción Pública fue autorizado a organizar un cuerpo de Maestros que podían ser movilizados a tal propósito. Les pagaría el Ministerio, aunque estarían sujetos a las reglamentaciones militares[108]. Las cifras oficiales hablan de 95 000 analfabetos recensados por los Milicianos de la Cultura, como se denominaba a los enviados del Ministerio de Instrucción Pública. La cifra se redujo a 52 750 para octubre de 1937, una disminución de casi 40 000[109]. Se aseguraba que aprendieron a leer 70 000 hombres en total[110].

También se alentó la educación cultural general, y aunque, al principio, ésta no se distinguía de la propaganda bélica y consistía en gran medida en la proyección de películas sobre la Revolución Rusa, pronto mejoró. El Servicio de Bibliotecas del Frente era muy activo[111], y aunque las indicaciones que sobre él poseemos son muchas veces propagandísticas o de segunda mano, podemos percatarnos de la preocupación que sentía el Comisariado por los libros por un informe de la 45.ª División fechado el 20 de mayo de 1938: «Se han mejorado las bibliotecas de los Batallones con libros culturales e históricos recuperados en Tortosa»[112].

Parte de la obra realizada por los servicios educativos fue enormemente positiva. Los dibujos cómicos de la prensa militar ilustran repetidamente los problemas de los soldados que no siguen los consejos del comisario. Uno de los que se hizo muy popular y era reproducido en varias publicaciones narraba las peripecias del recluta Canuto [113]. Se trataba de historietas bien dibujadas con pareados que ilustraban la afición a beber de Canuto, su falta de higiene, la suciedad de sus armas, su analfabetismo, cobardía, enfermedades venéreas y otras faltas semejantes. Aunque Canuto no llega nunca a padecer las peores consecuencias de sus errores, el propósito didáctico estaba bien expresado.

Otro argumento determinante que se explicaba a menudo al soldado era que si aprendía a leer y a escribir podría escribir a su novia y leer sus cartas sin tener que servirse de un intermediario, citándose ejemplos de cartas escritas por soldados a sus madres por primera vez.

El Hogar del Soldado, que había existido en el antiguo ejército, se difundió hasta que fue cosa normal que hubiese uno en cada centro de descanso; había un Rincón de Cultura en el frente siempre que resultaba

posible. Otra de las obligaciones de los milicianos de la cultura era recoger obras de arte, manuscritos y libros en las zonas ocupadas y enviarlos al Ministerio de Instrucción Pública para su salvaguardia[114].

En ocasiones, los esfuerzos de los milicianos de la cultura y de los comisarios a cuyas órdenes trabajaban resultaban fuera de lugar, y así, por ejemplo, en un manual dedicado a los milicianos se instaba a los hombres a que cultivasen su personalidad para poder combatir la injusticia y también como un «refugio espiritual»[115]. La finalidad era encomiable, pero el manual mismo constituía un triste fracaso, pues contenía capítulos consistentes en citas sobre varios temas abstractos de diversos autores, desde Emerson, pasando por Carlyle, Marco Aurelio, Gladstone y Napoleón, al ministro anarquista de Justicia, García Oliver. Otro capítulo trataba de cuestiones de higiene, con las materias expuestas por orden alfabético. El estilo resulta ampuloso y su valor práctico nulo. Cualquier miliciano capaz de comprender el manual no tenía ninguna necesidad de sus consejos. Un competente sargento que cuidase de que se obedeciesen las instrucciones relativas a la higiene, habría resultado mucho más útil.

Los concursos eran otra forma de actividad a cargo de los comisarios; tenían la doble finalidad de mantener la moral y mejorar la forma física. En el otoño de 1938, tuvo lugar en la 17.ª División el siguiente típico Curso de emulación, como se los denominaban[116].

El jurado constaba del jefe con mando, el comisario, el comisario de la cultura más antiguo y un soldado. Había un premio para quienes construyesen más rápidamente una fortificación eficaz y para el batallón que contase con el mayor número de alfabetizados en un período dado. Los premios individuales consistían en plumas estilográficas y a veces en permisos. Un cabo que escribió el mejor trabajo sobre un tema técnico ganó premios similares. El entusiasmo en la enseñanza y el aprendizaje fueron recompensados oportunamente con libros. La entrega de premios tuvo lugar en Brihuega, cerca de Guadalajara. Cada vencedor pronunció un pequeño discurso, y después hablaron el comisario y el mando, refiriéndose especialmente al heroísmo del ejército del Ebro y a las directrices del doctor Negrín para vencer.

Aunque toda esta actividad educativa era muy loable y era muestra de civilidad, parece fuera de lugar si se compara con el bajo nivel de instrucción descrito en los manuales faltos de imaginación publicados para la instrucción en campaña[117]. Los comisarios no parece que se ocupasen de la enseñanza de cuestiones relativas al combate, a pesar de que los manuales que se utilizaban se basaban en el anticuado Reglamento Técnico de Infantería, y hacían hincapié en doctrinas tradicionales sin el menor propósito de aprovechar las circunstancias específicas de la guerra española, dado que, por una vez, los soldados españoles no combatían a un enemigo irregular, como en Marruecos, aunque había grandes oportunidades para el combate irregular dada la extensión de los frentes y la naturaleza escabrosa de buena parte del territorio.

VII. Los comisarios del ejército del Ebro

Hasta que no se estudien los archivos del Comisariado del ejército del Ebro, y en particular los de su V Cuerpo, no se podrán ver ni apreciar las posibilidades reales de la institución[118].

El ejército del Ebro estaba formado por el V Cuerpo de Líster, el XV Cuerpo de Tagüeña y el XII Cuerpo de Vega. Mandado por Modesto, y con Luis Delage, exdirector de Propaganda del Comité de Madrid del PCE[119], como comisario, el ejército del Ebro era el descendiente espiritual del Quinto Regimiento, y por consiguiente la labor de los comisarios en su preparación fue considerada de la máxima importancia. El jefe del ejército escribió lo siguiente: «La preparación política y moral, arma que suplía las insuficiencias, era la obra del Comisariado, desde el comisario de compañías hasta el del ejército, pasando por el de batallón, brigada, división y cuerpo»[120].

Y Líster, jefe del V Cuerpo:

> En la realización de la operación del paso del río, y luego en toda la resistencia, desempeñó un gran papel la preparación política y moral de los hombres. El trabajo de los comisarios, dirigidos por el del ejército del Ebro, Luis Delage, de los milicianos de la cultura

y del grupo de escritores y dibujantes-combatientes fue enorme … y ello era obra de un gran trabajo político[121].

El problema había sido subrayado en un conjunto de notas que resumían un informe sobre las victorias nacionales de la primavera de 1938; notas que se hicieron circular con las órdenes generales del recién formado ejército del Ebro[122]. Según ellas, las derrotas se habían originado por una multiplicidad de factores, algunos de los cuales sería labor de los comisarios superarlos, como la disensión política, la apatía e incluso la traición de oficiales con mando, el fatalismo y el derrotismo y la tendencia a echarles las culpas a los subordinados.

La circular n.º 4 del Comisariado del V Cuerpo, publicada el 2 de abril de 1938 y firmada por Delage justo antes de ser nombrado comisario de la Agrupación Autónoma del Ebro, describe la reorganización del Cuerpo, la distribución de fuerzas y llega a definir las tareas de los comisarios[123]. A éstos se los criticaba por su pasividad, al menos, por haberse limitado a tratar de resolver los problemas en vez de haberse ocupado positivamente de la moral de las tropas; se les advertía que debían cuidarse de los simpatizantes nacionales y derrotistas y asimismo explicar a todos los soldados la importancia de mantener las posiciones. A cada comisario de División se le confiaba una misión específica, mientras la circular completa debería discutirse en las brigadas en presencia del comisario de División.

Todas las circulares de Delage repiten y subrayan los deberes de los comisarios; están escritas en un estilo claro y elevado, aunque conciso, y expresan conceptos abstractos con claridad de tal manera que los comisarios más bisoños pudiesen remachar la propaganda con sus propios hombres. Delage exigía que se le explicasen las cuestiones a cada soldado personalmente, y no se trataba de un recurso retórico, pues gracias al comisario de compañía, a los «activistas» y a los milicianos de la cultura era algo que se podía llegar a hacer.

Casi todas las circulares incluyen instrucciones para los comisarios de los servicios, tales como el cuerpo Médico, el de transmisiones y el de abastecimientos, a quienes se alentaba a comprender la importancia de su misión. Como escribe Líster: «Existía una tendencia general a colocar en

los servicios a hombres que se consideraba no servían para misiones más combativas, de primera línea. Yo seleccioné siempre para los servicios a hombres escogidos entre los mejores en el combate y puse a su cabeza a mandos de los más probados»[124].

Una ilustración de la labor diaria en la larga preparación del ejército del Ebro puede indicarnos la actividad desplegada: el 11 de mayo de 1938 el Comisariado del V Cuerpo informaba de que se estaba instruyendo a los nuevos suboficiales de la 46.ª División y que se sostenían discusiones sobre las recientes victorias de los chinos sobre los japoneses. Se estaban formando grupos especiales de unidades antiaéreas y antitanques, y para todo ello se llevaba a cabo una gran campaña política en la que los soldados tomaban parte en las discusiones sobre el mantenimiento del material y la importancia de la disciplina en general. Pasando a la 45.ª División, el informe del comisariado hablaba de los cursillos de alfabetización que se desarrollaban entre los soldados. Para subrayar la solidaridad entre el ejército y la retaguardia, la 45.ª —seguía el informe— había «ahijado» una fábrica catalana, enviando a los obreros el pan y tabaco que tanto escaseaban en la zona civil. El establecimiento de vínculos con fábricas u otros centros de trabajo constituía una expresión de solidaridad instituida ya al principio de la guerra por el Quinto Regimiento. Precisamente —seguía el informe del comisariado— la 11.ª División, sucesora del Quinto Regimiento, había organizado un acto de confraternización con paisanos en su centro de descanso. El establecimiento de buenas relaciones con la población civil había sido una de las preocupaciones básicas de la política de la 11.ª División. En el ejército republicano, la disciplina andaba generalmente relajada y no eran raros actos de pillaje, pero Líster se esforzó grandemente por cultivar relaciones amistosas con la población civil[125]. Ésta, naturalmente, era la política comunista, tal como la había expresado el consejo de Stalin a Largo Caballero de tener consideración con los pequeños campesinos[126].

Todos los batallones, sigue diciendo el informe, tenían periódicos murales y se estaba dando la bienvenida a nuevos reclutas; el 9 de mayo, Negrín y Rojo habían visitado la 1.ª Brigada.

Poco antes del cruce del Ebro, Santiago Álvarez, comisario del V Cuerpo, dio a la luz unas instrucciones para los comisarios a su mando[127]. Bien escritas e inspiradas, contenían indicaciones claras sobre la finalidad política del ataque. Militarmente, había que cruzar el Ebro para aliviar la presión de los nacionales sobre los defensores de Valencia. Políticamente, el ataque pretendía:

> Demostrar a los pusilánimes y cobardes en nuestro propio campo que nosotros tenemos un fuerte ejército, que nuestro pueblo no quiere compromisos, que nuestros bravos soldados quieren luchar hasta expulsar los invasores de nuestra patria … La unidad de nuestro pueblo en torno al gobierno de Unión Nacional es un hecho real que cada vez adquiere más fortaleza[128].

Tal era el mensaje; el método consistía en la resistencia *à outrance*, en que los comisarios se esforzasen aún más, confianza implícita en el mando, sorpresa, audacia, disciplina y cuidadosa atención al condicionamiento de cada hombre.

La presión era continua. El comisario de la 139.ª Brigada de la 45.ª División recibió el 10 de octubre de 1938 un mensaje señalándole que su unidad no había tenido justificación para abandonar dos colinas el día anterior y que además los oficiales y comisarios no habían estado en la línea de fuego so pretexto de dedicarse a descubrir a unos pocos soldados remisos; en tales ocasiones era cuando los hombres de la línea de combate se encontraban solos y de ello «se aprovechaban los provocadores»[129]. Dejando aparte el uso incorrecto del término «provocadores», con el que los comisarios se referían a los soldados con moral baja, la cuestión parece bien planteada.

El ayudante del agregado militar británico, el comandante Mahoney, escribió a últimos de 1938:

> El soldado republicano está vigilado cuidadosamente por el comisario político. El nacional, aunque mejor alimentado físicamente, no está tan bien nutrido mentalmente. Se le dice, una vez por semana los domingos, que está luchando en defensa de Cristo; al republicano se le dice siete días a la semana que está luchando por sus derechos. Las diferencias en los métodos y en la fuerza de las llamadas a mentes primitivas e insensibles, no es preciso subrayarla[130].

Este comentario resulta quizá más informativo acerca del propio Mahoney que sobre el ejército español, y le hubiese sido más útil examinar el papel del comisario y considerar al menos si tenía un puesto que cubrir, aunque fuese con forma distinta, en otros ejércitos.

El ejército británico había descansado siempre en una disciplina severa y en las ordenanzas reales, con cuya observancia se habría puesto fin a la mayor parte de los problemas a que debieron enfrentarse los comisarios españoles. El Ejército Nacional no tenía necesidad de comisarios porque no carecía de oficiales profesionales ni de suboficiales con experiencia. En unas fuerzas profesionales como la Legión o un cuerpo de voluntarios fanáticos, inspirados por la religión, como era el caso de los requetés, el equivalente a los comisarios republicanos eran las tradiciones y los capellanes militares. El Comisariado fue la única solución posible para el problema de cómo acoger a reclutas a menudo renuentes y hacer de ellos un ejército razonablemente eficaz sin basarse en formas externas y tradicionales de disciplina.

Incluso cuando critican las actividades de los comisarios comunistas, los autores anarquistas no atacan a la institución misma; ni tampoco lo hace el general Rojo, quien escribe que faltas cometidas por ambas partes ocasionaron fricciones entre oficiales y comisarios, pero que pronto se puso fin a ello[131]. La opinión del coronel Casado era que muchos comisarios hicieron una excelente labor, pero que «estorbaron, minaron y anularon al Alto Mando Militar»[132].

Tal punto de vista no era raro entre los profesionales, pero no resulta fácil hallar pruebas convincentes en favor de sus acusaciones.

Lo que sí es probablemente cierto, y no resulta sorprendente, es que, una vez formado el ejército, los comisarios molestasen a quienes habían estado en las Milicias y tenían conciencia política[133].

Tampoco encontramos pruebas, aparte de las afirmaciones anarquistas, de que los comisarios hiciesen reinar el terror[134]. Hay un documento —se trata de una copia y, por lo tanto, no es enteramente de fiar— que sugiere que el comisario podía: «Degradar y suprimir físicamente a aquellos mandos que no estuvieran de nuestra parte y fueran enemigos declarados del Régimen»[135].

La fecha del documento es el 28 de marzo de 1938, es decir, durante el desastroso colapso del ejército republicano en Aragón y, por lo tanto, podría referirse a una situación concreta e incluso a un oficial determinado. Esta probabilidad aumenta al tratarse de una carta de un comisario de Brigada a un subordinado suyo de un batallón. No lleva la mención de «secreto» y quizá era un documento específico escrito a raíz de la situación de esa unidad concreta.

El trabajo de los comisarios políticos se resume mejor citando parte de un informe redactado por Luis Delage, comisario del ejército del Ebro, sobre la actividad de los comisarios en ese ejército desde el comienzo de la batalla del Ebro el 25 de julio de 1938 hasta el 10 de septiembre:

> Se celebraron reuniones de Comisarios hasta las compañías, algunas entre mandos y comisarios, en las cuales se hizo un análisis de la primera fase y se sacaron conclusiones para el futuro; se estableció una estrecha convivencia con la tropa; se tiraron millares de octavillas y manifiestos sobre el significado de la ofensiva y defensiva; se destacaron, con un sentido político justo, los casos de heroísmo y buen comportamiento para despertar el estimulo de todos; se encaminó el trabajo a crear una confianza ilimitada en los mandos, en el sentido de que no se podían crear situaciones difíciles si se cumplían a rajatabla las órdenes y no ceder un palmo del terreno reconquistado. Se hizo propaganda al enemigo, utilizando los pocos medios de que se disponía … Se estableció un trabajo de emulación dentro de las mismas unidades para intensificar la fortificación, destacando diariamente a los que más cumplían … Cada noche se establecían turnos de vigilancia con los comisarios a la cabeza y entre la tropa se orientó el trabajo a crear el odio profundo hacia los traidores que desertaban, comentando las notas enviadas por este Comisariado sobre penas impuestas a evadidos y desertores, y explotando datos conocidos sobre el trato dado por el enemigo a algunos que se pasaron a sus filas.
>
> Pero fundamentalmente el más fuerte trabajo fue orientado a explicar la importancia política y militar de la ofensiva y la necesidad, por tanto, de RESISTIR aun en las condiciones más difíciles[136].

VIII. Deserciones

En algunos casos, los comisarios predicaban a convencidos, pero ante el reclutamiento forzoso que, en la batalla del Ebro, el último gran esfuerzo de la República, ocupó a todos los hombres aptos de entre 18 y 36 años, los

comisarios tuvieron que luchar contra un considerable aumento de las deserciones.

En los comienzos de la guerra, la deserción se había dado sobre todo entre hombres cuyas opiniones y circunstancias probablemente les hacían incompatibles con las fuerzas republicanas, especialmente cuando éstas aún no estaban militarizadas y las fuerzas de orden público no controlaban aún la situación revolucionaria de 1936. Por ejemplo, frecuentemente se pasaban a los nacionales guardias civiles porque las sospechas, amenazas y mofas les hacían la vida imposible[137]. Pero también se pasaban milicianos, y así, 97 milicianos de la columna de Hierro, que probablemente se habían unido a ella con esa finalidad, lo hicieron el 22 de diciembre de 1936[138]. Evasiones similares ocurrieron en Málaga antes de su caída y en Guadalajara[139]. Durante la batalla de Brunete, un grupo de hombres del 3.º Batallón de la 21.ª Brigada mataron a su oficial y se pasaron al enemigo, hecho que el jefe de la División, el general «Walter» (Sverchievsky) atribuyó al bajo nivel de conciencia política y preparación[140]. Por todo el frente norte, como los vascos no compartían enteramente las aspiraciones del resto de la España republicana, hubo muchos casos de deserción. El jefe del Ejército del Norte comenta que el mínimo número de desertores de Asturias contrastaba con la gran cantidad de ellos que había en la provincia de Santander, de predominio derechista[141], y la situación se puso tan grave en Santander que hacia el final de la campaña, en agosto de 1937, en ocasiones se disparaba contra los desertores[142]. Entre los soldados, en la defensa final del Norte, la deserción alcanzó tales proporciones que un gobierno autónomo, encabezado por el dirigente de los mineros Belarmino Tomás, asumió el poder el 28 de agosto, «debido deserciones ejército»[143]. El último jefe, el coronel Prada, se vio obligado a fusilar a tres jefes de Brigada y seis de batallón[144]. Si tal era la situación entre los jefes, no es extraño que los soldados desertasen.

Más adelante, las deserciones tendían a ocurrir a causa de las malas condiciones, especialmente en Teruel, y de la baja moral de los reclutas, que a menudo eran exmilicianos cenetistas a quienes no había agradado nunca la militarización[145]. La batalla de Teruel, en especial, con sus extremas condiciones climatológicas, dio lugar a muchísimas deserciones y

consiguientes fusilamientos. Un informe firmado por Rojo el 31 de diciembre de 1937 se refiere a la ejecución de seis «agitadores» a raíz de una desbandada y requiere a los jefes de las unidades a que fusilen a tales personas «de manera fulminante, para que sirva de ejemplo»[146]. En la 84.ª Brigada, formada por la columna Torres-Benedito, se amotinaron dos batallones que se negaban a regresar a la línea del frente. El 20 de enero de 1938 se fusiló a 46 hombres y 60 quedaron en espera de juicio[147]. Un documento nacional del 15 de febrero de 1938 estima que en total se fusiló a cien hombres de esa unidad[148].

Las desastrosas retiradas de marzo de 1938 plantearon graves problemas de deserciones, sobre todo cuando, y eran muchos los casos, los hombres no se encontraban lejos de sus hogares, en Cataluña o Levante. Un decreto del Ministerio de Defensa llegó a acusar a paisanos de ocultar desertores y organizaba los llamados Centros de Recuperación de Personal. En un intento de dominar la situación, las autoridades debían dar cuenta de los hombres en edad militar que no estaban en el ejército y se empezó una revisión de los exentos de tareas militares. Incluso oficiales y suboficiales profesionales en situación de disponibilidad debían presentarse a la sección de Personal de la subsecretaría de Defensa[149].

No resultaba fácil localizar a quienes habían escapado al servicio militar, y por eso, en agosto de 1938, el Ministerio publicó nuevamente una amnistía general para los reclutas que no hubieran informado de su paradero y para los desertores que regresaran a sus unidades. Para alentar más a tales hombres, se revisarían todos los casos, incluso aquellos en que había recaído sentencia de condena a batallones disciplinarios y se conmutaron varias penas de muerte[150].

Gil Roldán, comisario del Grupo de Ejércitos del Este, cenetista, intentó analizar el problema de las deserciones en un informe al comisario general[151]. Señalaba que el asunto no era en absoluto sencillo, pues algunos desertores regresaban a sus unidades y otros se habían alistado voluntarios y eran antifascistas notorios. La labor política de los comisarios (leyendo entre líneas, quiere decir la insistencia comunista en la propaganda) era insuficiente para afrontar las malas condiciones. Gil Roldán subrayaba que las verdaderas razones de la deserción eran «el

abandono en que se encuentran y es precisamente EN ESTO DONDE A MI JUICIO RESIDE LA CLAVE DEL ORIGEN DE la mayor parte de la DESERCIÓN»[152]. El rancho era insuficiente, muchos hombres carecían de vestidos y comida adecuados, la paga era irregular y las organizaciones políticas ocasionaban resentimientos por su favoritismo en la distribución de los paquetes de alimentos. Por último, los soldados sentían preocupación por la situación de la retaguardia y de sus familias.

Este informe refleja la situación de las unidades cenetistas, que se quejaban de que a los comunistas se les trataba como a una élite y de que se les abastecía siempre con lo mejor[153].

A pesar de tales afirmaciones, las unidades comunistas también tuvieron su parte de desertores, debidas sobre todo a que estaban completadas con nuevos reclutas y hombres que trataban de evitar la llamada obligatoria a filas[154].

Es difícil conseguir cifras concretas sobre deserciones en el ejército del Ebro, en su mayor parte de composición comunista. Ni Modesto ni Líster hablan de ello, porque sería reconocer un fracaso de los comisarios, pero Henríquez Caubín, jefe del EM de la 35.ª División, menciona que las deserciones habían alcanzado un alto nivel[155], y las fuentes nacionales también comentan el fenómeno[156]. El ejército del Ebro puso en funcionamiento un rigidísimo sistema disciplinario, que incluía una compañía correctiva en cada cuerpo y la divulgación de los oportunos asuntos del código militar por la prensa, los comisarios y suboficiales[157]. Pero parece que se ha hecho desaparecer la documentación relativa al número de ejecuciones, que no hemos encontrado en los archivos[158].

A raíz de la invasión de Cataluña por los nacionales aumentaron las deserciones y según el jefe de EM los alcaldes alentaban y ocultaban a los fugitivos[159]. Dada la generalización de las clases medias en Cataluña, que había proporcionado unas fuerzas milicianas comparativamente pequeñas en 1936, y dado el hecho de que miles de jóvenes catalanes se pasaron a las filas nacionales, llegando incluso a formar el Tercio de Montserrat, carlista y catalán, no resulta extraño que el reclutamiento para el ejército republicano en retirada total no constituyese un éxito entre los jóvenes catalanes[160]. Enrique Líster insiste en defender a los catalanes, lo que

refuerza la idea de que durante la guerra no se consideró, con razón o sin ella, favorable la actitud de éstos[161].

A principios de 1939, se publicó un folleto dedicado especialmente al problema de las deserciones[162]. Reconocía el gran aumento de evasiones desde la derrota de Cataluña, y lo achacaba principalmente al fracaso de los comisarios en la educación política de los nuevos reclutas. El folleto recordaba a los comisarios que ordenanzas anteriores autorizaban investigaciones sobre los comisarios si la deserción alcanzaba niveles tales que el trabajo político podía considerarse defectuoso. Este reconocimiento del problema lo confirma el general Matallana en su aseveración a Negrín en la reunión de mandos de febrero de 1939 de que la deserción había alcanzado «espantosas proporciones»[163].

En una guerra civil no es extraño que haya hombres que deseen pasarse al otro bando y tales deserciones no se debían necesariamente a razones políticas. En algunos casos pueden haber influido razones familiares y personales y, en efecto, también los soldados nacionales se pasaban al enemigo[164]. Pero, hasta donde sabemos, no hubo casos de deserción en masa ni muchas deserciones o evasiones de los reclutas del Ejército Nacional. En realidad, se llamó a pocas quintas y a partir de una población que aumentaba regularmente, incluidos muchos prisioneros de guerra. También resulta evidente por conversaciones con antiguos soldados nacionales que tenían mucha más confianza en sus jefes que las tropas republicanas. Por último, las tropas de choque nacionales, los requetés, la Legión y los moros, estaban constantemente colmadas de voluntarios, en tanto que las fuerzas republicanas equivalentes, las Brigadas Internacionales y las unidades «de élite» como la 11.ª y la 46.ª Divisiones, resultaban tan destrozadas que había que reconstruirlas casi por entero después de cada batalla de importancia. Por ejemplo, los informes nacionales calculan las pérdidas de la 11.ª División en Teruel en 4500 hombres y las de la 46.ª División en 4000. Para el 1 de mayo de 1938, cuando la 46.ª División pasó a formar parte del nuevo ejército del Ebro, su comisario informó de que contaba con 6882 hombres en total[165], poco más de la mitad de la plantilla[166]. Y puede incluso que esa cifra tan baja fuese mayor que la real, según asegura «El Campesino», su exjefe, quien ha asegurado que

normalmente se comunicaban cifras superiores a las verdaderas para conseguir mayores suministros[167]. Así, resulta evidente que incluso esas divisiones, que habitualmente llevaban el peso del combate, se completaban regularmente con reclutas, a los que todo el cuidado y habilidad de los comisarios no podían convertir en combatientes de igual valía que los legionarios, los moros o los requetés nacionales.

IX. LA JUSTICIA MILITAR

Como parte de la campaña de militarización comenzada por Largo Caballero, se organizaron tribunales interinos especiales para juzgar los delitos militares, en tanto se reorganizaba el cuerpo Jurídico Militar[168].

El gobierno instituyó tribunales populares especiales de guerra, que serían presididos por el comisario del sector y tendrían entre tres y cinco jueces de las Milicias o el ejército, uno de los cuales al menos debía ser de la misma graduación que el acusado[169]. Los delitos que juzgarían esos tribunales fueron reseñados en mayo de 1937 siguiendo el Código de Justicia Militar[170]. Delitos como la deserción, la desobediencia y el automutilamiento se definían claramente con sus penas correspondientes[171], que consistían en la muerte o el internamiento en un campo disciplinario. No es posible saber el número de ejecuciones llevadas a cabo a raíz de juicios militares, pero tanto Prieto, ministro de Defensa, como Irujo, ministro de Justicia, seguían el principio de votar siempre en contra de la confirmación de sentencias de muerte[172]. En un intento de humanizar la situación de los condenados se ordenó que no se les informase de su inminente muerte hasta que fuesen a «entrar en capilla», es decir, pocos minutos antes.

Bajo el control de Prieto, el Ministerio publicó reglamentos ulteriores sobre los juicios militares[173]. Su efecto consistió en acabar con la influencia de los comisarios, que seguirían formando parte de los tribunales,

pero el presidente sería desde entonces un jefe. La sentencia tenía que aprobarla primero el jefe de Ejército o de Cuerpo y sólo luego el comisario.

Un reajuste final de Negrín prohibía que los comisarios pronunciasen una arenga antes del fusilamiento del reo[174].

Para los condenados a encarcelamiento, la vida en los campos disciplinarios era dura, pero por lo que sabemos de ella no era cruel; la paga se reducía a una peseta diaria, pero las nueve restantes de la paga del soldado se enviaban a sus familiares. La alimentación, equipo y pensiones de después de la guerra serían las mismas que las de los soldados en situación normal[175].

Los castigos impuestos en las unidades podían incluir el envío a compañías o pelotones disciplinarios, la retención de la paga o la asignación de trabajos extraordinarios.

X. Conclusiones

Parece evidente que la institución del Comisariado no fue fruto de una decisión claramente meditada y que los comunistas, si no la sugirieron, sí que se apresuraron a aprovechar las oportunidades que ofrecía. En general, y teniendo en cuenta las tareas que implicaba ser comisario, los mejores fueron los comunistas. No se tuvo nunca intención de que los comisarios suplantasen o estorbasen en lo más mínimo a los oficiales, pero con el aumento del tamaño del ejército el Comisariado se ocupó cada vez más de los asuntos militares. Los comisarios resultaban imprescindibles para preparar a los nuevos reclutas, dada la ausencia de disciplina militar tradicional y dado también que se trataba de una guerra civil. Se imponía la necesidad de convencer a las masas recién reclutadas al Ejército Popular que, pese a las grandes escisiones dentro del Frente Popular y en los movimientos obreros y sindicales, la República les ofrecía un porvenir mejor para todos, incluso los que luchaban enfrente, que el futuro prometido por los sublevados. Por otra parte, había que hacer hincapié en que se trataba de una guerra contra el «invasor» alemán e italiano. Tal era la

posición ideológica comunista. El problema y la contradicción íntima radicaban en que tal posición hacía sospechar a muchos que la visión comunista lo dominaba todo, pese al concepto —de innegable valor— de la unidad nacional[176]. Pero es imposible llegar a una conclusión concluyente sobre los éxitos de la campaña al haber sido derrotado el ejército republicano, derrota que no puede achacarse en absoluto a los comisarios: el Comisariado político tuvo su origen en condiciones que pudieran contribuir por sí mismas a la derrota y es posible que, al menos en el Ebro, la intensa labor política de los comisarios contribuyese a prolongar la guerra. Pero sí es una pregunta pertinente hasta qué punto el sistema de comisarios mantuvo en el ejército las querellas políticas entre los comunistas y la CNT, cuestión que examinaremos en el próximo capítulo. Por último, no hay duda de que la contribución más duradera que hicieron fue la difusión del alfabetismo y de la educación, y carece de importancia que gran parte de ello se hiciese con la finalidad de que los alfabetizados fuesen más permeables a la propaganda escrita. Por lo que respecta a sus aspiraciones culturales, el ejército republicano puede tomarse como ejemplo.

III

8

Los comunistas

I. La política comunista en el ejército

La intensa conciencia política de la España republicana y la desaparición de muchas de las formas externas del antiguo ejército, llevaron inevitablemente a que las actitudes políticas e ideológicas jugaran un papel primordial en el ejército republicano.

El caos de las primeras semanas de la guerra trajo consigo el crecimiento del Partido Comunista de España (PCE) como organización con la que muchos de los oficiales del ejército podían identificar sus propósitos, por un lado a causa de su énfasis en el orden y la disciplina, y por otro porque la política de la Internacional Comunista de los frentes populares había hecho que el Partido Comunista jugase el papel del organismo que podía proteger la República burguesa contra quienes consideraban que la rebelión militar de 1936 ratificaba la destrucción del Estado y justificaba la Revolución, con sus aspectos subsiguientes de secuestro de bienes, asesinatos casi indiscriminados y, en lo que respecta al ejército, la supresión de la estructura tradicional y de las formas militares vigentes. Desde el principio de la guerra resultaba evidente que el PCE se oponía a todo ello, mientras el Quinto Regimiento, los escritos de «Carlos Contreras» en *Milicia Popular* y los discursos de dirigentes comunistas con respecto a los oficiales profesionales que no se habían sublevado, no dejaban la menor duda sobre la orientación inmediata del PCE[1]. En una

fecha tan temprana como el 24 de julio de 1936, El Comintern envió un mensaje a José Díaz, secretario del PCE, insistiendo que el ejército no debería ser sustituido por Milicias y que había que alentar a los militares profesionales para que se presentasen voluntariamente a defender la República, incluso por una amnistía si fuera preciso[2].

Al tiempo que el PCE se preocupaba de que no se antagonizase a aquellos militares republicanos leales que, a pesar de ello, tenían opiniones tradicionales, estaba también preocupado por el peligro de los «fascistas» dentro del ejército, pero de todas maneras, la purga del ejército se pospondría hasta el aplastamiento de la sublevación, afirmaba el comunista Antonio Mije en septiembre de 1936, confiado aún en un rápido final de la guerra[3].

Poco después de la subida de Largo Caballero al poder, a principios de septiembre de 1936 el Comité Central del PCE envió una delegación al jefe del Gobierno subrayando la absoluta necesidad de que la guerra tuviese una dirección centralizada, no sólo en sus aspectos militares, que Largo contaba ya con establecer gracias al nombramiento de Asensio y al establecimiento de un EM Central[4], sino también mediante la formación de un Comité de guerra con plenos poderes. Los miembros que proponían para ese Comité eran Largo, como presidente; Prieto, como ministro de Defensa, poniendo así a su cargo la responsabilidad del ejército, en manos de Largo entonces; Mije, encargado de las industrias bélicas (más adelante sería subcomisario general); Julio Just, de Izquierda Republicana, para encargarse de los Transportes; y un miembro de la CNT, para los Abastecimientos. El PCE proponía además la formación de un amplio ejército de reserva en la región de Alicante[5]. Era la época en que se tomó la decisión de formar sólo seis Brigadas Mixtas y no hay duda de que los planes comunistas demostraban un alto grado de realismo, que no fue apreciado por Largo, quien rechazó sus propuestas.

Tampoco aceptó el jefe del gobierno y ministro de la Guerra las propuestas de la CNT, que celebró un pleno de sus federaciones regionales en septiembre de 1936[6], cuyas conclusiones recomendaban el establecimiento de unas milicias controladas por comités de trabajadores y soldados, con representación paritaria de la UGT y la CNT. Los oficiales

profesionales se mantendrían en la situación subordinada de técnicos o consejeros que tenían en las columnas anarquistas. El mando supremo de las operaciones bélicas correspondería a un Consejo Nacional de Defensa presidido por el primer ministro, con representación paritaria de la CNT, la UGT y los partidos republicanos. Los ayuntamientos serían sustituidos por consejos de defensa y el orden público lo asegurarían las Milicias populares. Se pedía la unidad del mando[7].

Uno o dos paisanos comunistas de importancia aparecieron en el Estado Mayor, y se pudo ver tal tendencia con claridad en la plantilla del EM del 20 de octubre de 1936[8], cuando Alejandro García Val, secretario comunista del sindicato de trabajadores de la Confección y uno de los organizadores del Quinto Regimiento, que posteriormente fue director de los servicios de Transportes, fue nombrado ayudante del jefe del EM, Manuel Estrada. La otra figura importante era Vittorio Vidali, alias «Carlos Contreras», nombrado jefe de la sección de Organización del EM. Pero ambos tenían como función ser representantes *civiles*, y es muy improbable que Vidali pudiese tener algo de tiempo libre, ocupado como estaba con el Quinto Regimiento, para participar en las tareas del Estado Mayor, y la idea de que García Val pudiese ejercer alguna seria influencia «comunista» sobre Estrada y Rojo y los otros muchos oficiales profesionales con que debía tratar, resulta insostenible[9]. Emile Kléber también apareció en la plantilla del 20 de octubre en la sección Operaciones del EM, pero parece probable que fuese una manera de asignarle al ejército ya que aún era demasiado pronto para confiarle el mando de la XI Brigada Internacional. En otras palabras, el hecho de que determinados nombres apareciesen en una lista en el *Diario Oficial* del Ministerio de la Guerra no significa que jugasen papeles militares significativos en esos puestos[10].

El PCE hizo a menudo llamamientos para un reclutamiento a gran escala y para formar reservas importantes[11]. En cierta medida, esos llamamientos estaban fuera de lugar, no sólo por la firme oposición existente al reclutamiento forzoso y al militarismo en general, sino también porque no había ni armas ni oficiales bastantes para armar o instruir a esas reservas.

Aunque la petición de un reclutamiento masivo puede haber sido irrazonable, las ocho condiciones para la Victoria, publicadas por el Comité Central del PCE el 18 de diciembre de 1936, demostraban una clara conciencia de la situación. Las condiciones eran las siguientes: 1. Establecimiento de un Ejército Popular; 2. Organización militar tradicional; 3. Un único Estado Mayor General; 4. El fin de las Milicias; 5. Disciplina de hierro; 6. El fin de las zonas bélicas independientes y la preparación de un plan que abarcase todas las operaciones; 7. Servicio militar obligatorio; 8. Respeto a los oficiales profesionales leales[12].

Las ocho condiciones no mencionan al cuerpo de Comisarios políticos. Puede que se debiese a que los comunistas, por las razones antes aducidas, estuviesen satisfechos de la labor al respecto[13]. Pero los oponentes de los comunistas consideraron a los comisarios como vehículos que aseguraban el ascenso a los oficiales sólo si ingresaban en su partido. Luis Araquistáin, embajador republicano en Francia en 1936 y 1937 y asociado estrechamente a Largo Caballero, se lamentaba de que los comisarios trataban de obligar a los hombres a adherirse al partido recompensándolos si lo hacían y persiguiéndolos en caso contrario: «Desde el primer momento los comunistas fueron los privilegiados, la aristocracia del ejército republicano»[14].

II. La reacción de Largo Caballero y Prieto

Largo Caballero se volvió ferozmente contra los comunistas y es conocido el episodio de cuando despidió al embajador soviético, despotricando contra el ministro de Estado, Álvarez del Vayo. Era consciente de los métodos comunistas, según uno de sus ministros, el vasco Manuel de Irujo, al haber recibido «una amarga lección que le produjo efectos saludables» cuando los comunistas tomaron el control de las JSU[15]. La reacción de Largo consistió fundamentalmente en no hacer caso de las peticiones de los comunistas de que sustituyese a Asensio como subsecretario de la Guerra y de que estableciese un amplio ejército basado

en el reclutamiento forzoso. También reaccionó negándose a sancionar el gran número de nombramientos de comisarios hechos irregularmente. En sus memorias, se queja del proselitismo comunista, del partidismo en los ascensos y de su influencia en los hospitales que hacía que los miembros del PCE recibiesen más atención que los demás heridos, y de las alabanzas excesivas que de las unidades comunistas hacía la prensa de esa orientación, todo lo cual hacía que ingresasen en el PCE hombres que normalmente no habrían simpatizado nunca con él[16].

De hecho, la principal reacción de Largo parece haber sido de despecho y actos de desafío abierto, más que una utilización de su enorme prestigio y poder para evitar los aspectos más indeseables del predominio comunista. El hecho de que la importancia del Comisariado político sólo fuese comprendida totalmente por el PCE es un buen ejemplo de ello: Largo hubiese actuado mejor instando a la UGT a que dedicase más de sus afiliados a comisarios y firmando él personalmente los nombramientos en vez de quejarse después de que Álvarez del Vayo había hecho ya la labor a sus espaldas haciendo que los comunistas predominaran en el Comisariado de Guerra. Del mismo modo, hubiese sido mejor que en vez de organizarle una escena al embajador soviético hubiese exigido su revocación inmediata, y, en realidad, la contestación de Largo a la carta de Stalin del 21 de diciembre de 1936 se refería al embajador en términos muy laudatorios[17].

Gran parte del proselitismo de que se quejaba ocurría porque las Milicias políticamente conscientes estaban ya en unidades cuya complexión ideológica había quedado establecida y ello dejaba al PCE el trabajo con los reclutas de 1937y 1938, tarea para la que sus bien instruidos comisarios y activistas resultaban especialmente apropiados[18].

Las cifras comunistas de afiliados del partido movilizados y, por lo tanto, el aumento de miembros, resultan impresionantes, pues se ha afirmado que en 1936 contaba con 35 000 militantes y que en marzo de 1937 ya eran casi 250 000[19]. Un cincuenta y tres por ciento de ellos estaban en el ejército en esas fechas[20]. En marzo de 1938, se aseguraba que un tercio del ejército era miembro de las JSU[21], y en mayo de ese mismo año, un documento comunista capturado por el enemigo hablaba de casi 35 000 «militantes» sólo en el Ejército del Centro y de un

reclutamiento de cerca de quinientos nuevos afiliados por semana; el documento era para uso interno del partido y hace también críticas a otros logros, de manera que muy probablemente sean ciertas las cifras que da[22].

En el capítulo anterior hemos examinado los esfuerzos de Largo Caballero y después Prieto para reducir la influencia comunista en el Comisariado político. Tratando de despolitizar al propio ejército, Prieto prohibió al personal militar tomar parte en actos de naturaleza política. Los desfiles, utilizados a menudo para la propaganda política, también se prohibieron a menos que contasen con una aprobación previa[23], y resulta interesante saber que Diego Hidalgo, ministro de la Guerra en 1934, había dado órdenes similares en julio de ese año y que el preámbulo de su orden aludía a los trece decretos similares publicados entre 1841 y 1897. A este respecto, era el Ejército Nacional, en el que la política se hallaba rigurosamente reprimida en favor de la eficiencia militar, el innovador, y el nuevo ejército republicano era quien mantenía las tradiciones[24].

III. La reacción comunista

La reacción del PCE a la arremetida de Prieto se expresó en el informe de Dolores Ibárruri a la sesión plenaria del Comité Central del partido celebrada el 13 de noviembre de 1937[25], y consistió en un análisis detallado de las opiniones del partido sobre cómo se estaba librando la contienda.

Tras criticar a Largo Caballero por servirse de militares profesionales que no eran dignos de confianza y al Ministerio de la Guerra por sabotear al Quinto Regimiento, la Pasionaria subrayó la mayor importancia de la labor política puesto que entonces el ejército se componía en gran medida de reclutas y no de voluntarios. El decreto que prohibía el proselitismo no debía ser pretexto para impedir las explicaciones sobre el significado del Frente Popular que, dijo, era responsable de una significativa colaboración entre el PCE y la CNT. Hizo varias críticas detalladas sobre la ausencia de disciplina, de fortificaciones adecuadas, de una seria labor de Estado Mayor

y de interés por el bienestar de las tropas, diciendo que si aquellos que deberían ocuparse de esas cuestiones no lo hacían, entonces «nuestros mandos militares», evidentemente los comunistas, tendrían que tomar sobre sí esas responsabilidades.

La última parte del discurso contenía sugerencias sobre el trabajo del PCE con el ejército. Dijo que el partido había actuado correctamente al establecer células a todos los niveles a partir de las compañías y al organizar comités politicomilitares a nivel provincial. El contacto estrecho entre los militares del frente y la dirección del partido había proporcionado datos muy útiles y a cambio el PCE había prestado una ayuda valiosísima al Comisariado político. Los militantes del partido habían dado el ejemplo a los otros grupos políticos y su labor había mejorado la moral de la retaguardia.

No obstante, señalaba la Pasionaria, se había empleado un exceso de celo al intentar promover al partido en determinados lugares. Los miembros del PCE debían dejar de poner trabas a quienes no compartían sus opiniones.

Los prejuicios de Prieto eran la causa del cisma político del ejército. Era cierto que los comunistas tenían una representación enorme en el Comisariado, pero esto se debía a su capacidad y experiencia.

En la misma reunión, el secretario del partido, José Díaz, tras atacar a Largo por la pérdida de Málaga, se lamentó de que los prejuicios de Prieto hubiesen dado origen al ingreso en el Comisariado de demasiados «señoritos», refiriéndose con ese término a personas de cultura superior que desconocían las tareas que se suponía iban a cumplir[26].

La norma era una intensa labor política, aprobada como estaba por las jerarquías del partido, que aceptaban el riesgo de que se les acusase de sectarismo. En 1938, el partido tenía comités de enlace en los Cuerpos y en todas las unidades menores, elegidos democráticamente en compañías y batallones. Había instructores del partido a todos los niveles. Fuera cual fuese la opinión de los otros partidos políticos al respecto, el PCE opinaba que sobre todo los socialistas se oponían con todas sus fuerzas a sus comités y que, incluso en las unidades en que el mando y el comisario eran

comunistas, los responsables del partido aún no eran suficientemente instruidos[27].

Un informe anónimo posterior dirigido al partido con el título de «Algunas experiencias de la ofensiva del Ebro» y fechado a finales de 1938, alababa la ejecución del ataque y señalaba el respeto que sentían los militares profesionales por los jefes milicianos del PCE. En aquella ocasión, según el autor del informe: «Los comités del partido funcionaron bien, pero se notaron algunas debilidades»[28].

Estos documentos y discursos indican el grado de intervención del PCE en el ejército, y muestran asimismo la conciencia que tenía el partido del peligro de enajenar otras fracciones de opinión, pero indican que, dada la situación, las conclusiones del partido eran correctas.

Pero si los comentarios de Prieto representaban fielmente los hechos, entonces también él actuó correctamente al tratar de hacer desaparecer el proselitismo dentro del ejército. Su primer decreto al respecto comienza con tono alarmado: «Afanes de proselitismo vienen invadiendo zonas militares».

Y proseguía prohibiendo a los miembros de las fuerzas armadas hacer propaganda dirigida a convencer a cualquiera, fuera cual fuese su graduación, para que ingresase en algún partido. Incluso la mera sugerencia de un superior a un soldado de que podía cambiar de afiliación política sería considerada falta militar y entrañaría la pérdida del empleo[29].

Su decreto posterior, que prohibía a los militares participar en actos políticos públicos, hacer declaraciones a la prensa o por radio o realizar desfiles sin permiso, iba precedido de la explicación de que la composición política peculiarmente multifacética del ejército hacía esencial que nadie pudiese obligar a un miembro de él a ceder en sus ideas, y el ejército mismo debía cuidar de ser apolítico, pues «el ejército … es el pueblo mismo»[30].

En cierto sentido, como lo vieron los comunistas, esas afirmaciones resultaban contradictorias. ¿Cómo podía un ejército tan fuertemente politizado despolitizarse de golpe? La aplicación de esos decretos, junto con el control más estrecho ejercido sobre los comisarios, hizo imposible que el PCE llegase a un acuerdo con Prieto y por ello maquinaron su caída en abril de 1938.

IV. Juicio

La autodefensa del PCE consiste en que, aunque era cierto que sus militantes ocupaban un número desproporcionado de cargos de responsabilidad, la insistencia de Prieto en la representación proporcional quitaba seriedad a la conducción de la guerra. En opinión del comunista Antonio Cordón, el nombramiento de Julián Zugazagoitia, asociado a Prieto, como secretario general del Ministerio de Defensa, era un intento anodino de equilibrar el balancín político[31]. Cordón tenía motivos para estar despechado pues Prieto le había cambiado en dos ocasiones de puesto, quitándole una vez el cargo de jefe del EM del ejército del Este[32] y otra el de jefe de operaciones del EM Central[33]. Cordón trata de demostrar que, aunque como subsecretario a partir de abril de 1938 fue él quien hizo todos los nombramientos hasta el nivel de batallón, las designaciones de mandos superiores los hacía una comisión que él presidía, pero en la que había miembros del EM Central, el inspector general del Arma implicada y el jefe de personal de la subsecretaría[34]. Con ello intenta demostrar que los nombramientos se hacían correctamente, pero si se considera que él presidía la comisión, que el EM Central era un organismo apolítico que trataba de evitar tensiones partidistas y que su jefe, Vicente Rojo, se mostraba irresuelto en ese tipo de asuntos y que el inspector general del Arma era un oficial de edad avanzada elegido para ese cargo porque ya no servía para el mando activo[35], resulta probable que, con Prieto fuera y Negrín ocupando la jefatura del gobierno y el Ministerio de la Defensa Nacional también, los asuntos de los nombramientos estuviesen totalmente bajo el control de Cordón. Una pequeña referencia aclara algo la manera de proceder de éste. Escribe a propósito de un viaje que hizo a la zona Centro-Sur: «También di cuenta detallada de mi viaje a la dirección del partido, claro está»[36].

Y parece no darse cuenta de la gravedad de lo que escribe. Se trata de un coronel del ejército, que ocupa el puesto vital de subsecretario de la

Defensa, y que informa a paisanos de asuntos de gran importancia y alto secreto.

V. Discusiones posteriores a la guerra

La preponderancia de los comunistas en los altos mandos fue el tema de la correspondencia de Prieto con Negrín después de la guerra. Escribió aquél que los comunistas ocupaban la subsecretaría del ejército (Cordón) y de las Fuerzas Aéreas (Núñez Maza), el mando de la Aviación (Hidalgo de Cisneros), la jefatura del Estado Mayor de la Marina (Prados), el comisariado de la zona Centro-Sur (Hernández), la dirección general de Seguridad (Cuevas)[37] y la de Carabineros (Marcial Fernández)[38].

Los problemas al respecto son: ¿Fueron nombrados esos hombres porque eran comunistas y, una vez en su cargo, su pertenencia al PCE influyó en sus apreciaciones y conducta? Con relación al ejército republicano, ya hemos examinado el caso de Antonio Cordón. Jesús Hernández obtuvo su nombramiento a raíz del reparto que se hizo de las dos zonas en que había quedado cortada la España republicana. En los Carabineros y la policía, un documento interno del PCE que analiza el reclutamiento en esas fuerzas, observa que el partido había conseguido pocos éxitos entre los hombres que ya formaban parte del Cuerpo antes de la guerra y que tampoco tenía mucho éxito entre los nuevos oficiales. En el importantísimo Servicio de Información Militar (SIM), el autor del documento del PCE comentaba que a los pocos comunistas que allí estaban les hacían los socialistas la vida imposible[39]. En Madrid, los jefes de nueve de los catorce grupos de Seguridad eran comunistas[40], lo cual no era excesivo dada la fuerza del partido en la ciudad, su liderazgo de la guerra y su primacía en abogar por el restablecimiento de métodos policíacos legales en lugar de las bandas irregulares de control favorecidas por otros grupos. En los Carabineros había poquísimos miembros del PCE, ya que el Cuerpo era un feudo socialista[41]. Esta observación comunista confirma los comentarios del doctor Rafael Méndez, a quien le dijo Negrín que el

Cuerpo, una vez reorganizado, debía mostrarse «impenetrable a la influencia comunista»[42].

Juan Negrín respondió a la carta de Prieto con una extensa defensa de su política de nombramientos[43].

Aseguró que las elecciones que hizo para los cargos se basaban en datos estrictamente apolíticos y señalaba que no nombró a ningún comunista ni anteriormente cuando fue ministro de Hacienda ni más adelante en los puestos dependientes directamente del jefe del gobierno. En cuanto a los departamentos militares, escribió que ya existía gran cantidad de comunistas cuando él accedió al Ministerio de la Defensa nacional y que habían sido nombrados por Largo y Prieto. Con respecto a Cordón, Negrín sabía que se trataba de un hombre de «carácter nada fácil», pero se había mostrado enormemente competente al reorganizar los restos del ejército que tan desastrosamente se había retirado en la primavera de 1938. Núñez Maza había sustituido a Camacho, otro comunista, y no había habido la menor queja sobre su actuación. Se habían nombrado no comunistas para la subsecretaría de Marina (Játiva) y para la jefatura de Abastecimientos (Trifón Gómez). El socialista Otero había permanecido al frente de la sección de Armamentos. Como comisario general, escribió Negrín, había nombrado a Ossorio y Tafall, de Izquierda Republicana, y, como comisarios de la Aeronáutica y la Marina, a los socialistas Belarmino Tomás y Bruno Alonso. Entre los subcomisarios generales, Negrín aseguraba haber establecido una representación proporcional, pero con predominio socialista[44]. Señaló que al comunista Hernández le equilibraba el cenetista Gil Roldán, al ser, respectivamente, comisarios de la zona Centro-Sur y de la catalana. Manuel Ulíbarri, socialista, fue puesto al frente del SIM, donde llevó a cabo una purga de comunistas. En cuanto a Prados, Negrín lo destituyó por su parcialidad. Con respecto a los mandos militares, Negrín daba la lista de sus nombramientos: Hernández Sarabia, Jurado, Perea, Casado, Moriones, Escobar, ninguno de los cuales era comunista. Modesto, según Negrín, fue nombrado jefe del ejército por una serie de circunstancias fortuitas. Negrín hacía afirmaciones similares con respecto a mandos inferiores.

Por último, Negrín señalaba que los comunistas eran, después de todo, «hermanos de lucha» y que se les debería haber respetado como tales. La prueba de que no tenían tanto poder como afirmaba Prieto fue el éxito de la sublevación de Casado en marzo de 1939.

Naturalmente, estas afirmaciones de Negrín no están totalmente exentas de argucias. Cuando Negrín se refiere a Los socialistas, muy bien puede estar incluyendo a algunos que actuaban bajo la influencia comunista, como era el caso de Ossorio y Tafall, que, en realidad, ni siquiera era miembro del Partido Socialista. Y afirmar que Modesto fue nombrado jefe de ejército por casualidad es inaceptable. A Modesto se le confió el mando de la Agrupación Autónoma del Ebro, compuesta por el V y el XV Cuerpo. Lo que debería haber dicho Negrín es que cuando se tomó la decisión de dar al grupo el rango de ejército, el mando debería haberse entregado a alguna otra persona. Pero Modesto era naturalmente el hombre más adecuado para mandar un ejército que él había formado e instruido específicamente para la operación del Ebro.

No se ha hecho pública ninguna respuesta de Prieto a la carta de Negrín, y la defensa que hizo Negrín de sí mismo y de los nombramientos concretos que critica Prieto parece más o menos convincente, a excepción del de Cordón, que no era el único jefe competente disponible y que controlaba virtualmente todos los nombramientos menos los más elevados, y del caso del Comisariado, donde predominaban los comunistas. Pero argumentar a ese nivel resulta extremadamente difícil y una frase sacada de las memorias de Cordón no demuestra que cumpliese en todo momento órdenes del PCE. En último análisis, es imposible saber si tan crucial era que tantos puestos importantes estuviesen en manos de comunistas, sobre todo teniendo en cuenta que muchísimos militares se inscribieron en el partido únicamente por las especiales circunstancias de la guerra.

VI. Los agravios de la CNT

Con todo, fue especialmente la CNT quien trabajó con un enorme sentido de estar siendo agraviada. Para explicarlo se requeriría un examen profundo del PCE porque había atraído cierta cantidad de cenetistas, los menos conscientes, a sus filas, lo cual no resulta extraño pues la CNT contaba con muchos miembros que no compartían las convicciones anarquistas y para tales personas era completamente natural aceptar un carné del PCE cuando el Partido Comunista se hallaba en el momento de mayor dinamismo.

La CNT había visto la adopción por Largo Caballero e institucionalización dentro del nuevo ejército de las tesis del PCE, radicalmente opuestas a las suyas. Había tenido que disolver sus Milicias, aceptar la militarización, había visto cómo sus miembros eran reclutados obligatoriamente, su poder reducido drásticamente a raíz de los disturbios de mayo de 1937 de Barcelona y, finalmente, sus colectividades fueron duramente perseguidas.

La FAI y el Comité de Defensa de la CNT recibían regularmente quejas sobre la influencia comunista y las consecuencias desagradables de ella para militantes cenetistas.

Según esos informes, hombres con magníficos historiales habían desertado de unidades mandadas por comunistas y regresado a sus anteriores formaciones cenetistas porque se negaban a escuchar las prédicas de los comisarios comunistas y porque tenían la impresión de que cuando estaban vinculados a unidades comunistas se les utilizaba a menudo como carne de cañón. Por ejemplo, la 116.ª, la 117.ª y la 118.ª Brigadas de la 25.ª División de García Vivancos (antigua columna Ortiz) habían sido dispersadas entre varios cuerpos para acabar así con una conocida unidad anarquista que se había mantenido unida desde julio de 1936. A menudo, los puestos más buscados de unidades especiales —tanquistas, por ejemplo — se les negaban a cenetistas con pretextos especiosos, y lo mismo ocurría con las plazas de las escuelas populares de guerra[45].

Una causa de frecuentes quejas era que los hombres del PCE resultaban favorecidos en lo que respecta a los ascensos. Una circular de la FAI de septiembre de 1938 decía que se habían concedido 5500 ascensos a los comunistas sobre un total de 7000 hechos entre mayo y septiembre de ese

año[46]. En realidad, se habían otorgado cerca de 20 000 ascensos y la queja de la FAI probablemente se refiriera a los ascensos a teniente y capitán, que fueron aproximadamente 7500[47]. Careciendo de la lista de nombres y de otra de los miembros del partido para compararlas resulta imposible saber si es cierto lo afirmado por la FAI y parece improbable que la organización anarquista tuviese pruebas concluyentes al respecto. Ahora bien, no hay duda de que hubo un número muy elevado de ascensos en la 27.ª División, que se basaba en la columna organizada en Barcelona por el PSUC al mismo tiempo que las columnas anarquistas (después, 24.ª, 25.ª, 26.ª y 28.ª Divisiones) y la columna del POUM (después, 29.ª División). En la 27.ª, en un solo día, se nombraron 46 nuevos capitanes, 157 tenientes y 395 sargentos[48]. Al día siguiente, en cambio, en la 25.ª División sólo se ascendió a 15 nuevos capitanes y 36 tenientes[49], sin que parezca que hubiese ninguna razón militar para semejante discriminación, y sin que vuelva a aparecer una relación de esa magnitud de hombres ascendidos de la 25.ª División. La 27.ª División adquiría gloria gracias a esos ascensos y al gran número de medallas concedidas a sus combatientes[50]. Pero esto no quiere decir que las presiones de los comunistas consiguiesen ascensos inmerecidos, aunque, desde luego, los ascensos a oficial dependerían de capacidades que deben haberse encontrado más o menos igual repartidas en todas las unidades. Desde el punto de vista cenetista, la distribución de los nuevos sargentos y oficiales entre otras unidades era, temía la Confederación, parte de un plan para extender la influencia comunista en el ejército.

Naturalmente, no puede decirse que todos los ascendidos de la 27.ª División fuesen comunistas, o que el hecho de serlo les hiciese más aptos para el ascenso. Irónicamente, el jefe de la División, José del Barrio, rompió con el PCE en 1948 y Modesto lo critica por sus deficiencias de la época de la guerra[51].

Hubo también otros informes frecuentes sobre la discriminación sufrida por la CNT a manos dedos todopoderosos comunistas. A niveles elevados, de Rojo dijo la CNT que había seguido instrucciones de los comunistas y que el jefe de Información (Estrada) y el de Personal (Díaz Tendero) eran miembros del partido. Cordón, el subsecretario, estuvo sometido a

constantes críticas de la CNT. Se le acusó de proteger a oficiales comunistas que asesinaban a cenetistas y de dirigir entre bastidores la política de diseminación de las unidades anarquistas. Asimismo, la CNT se quejaba de no tener ninguna influencia en el SIM ni en las Fuerzas Aéreas.

Dentro de los ejércitos, la CNT aseguraba estar pobremente representada en el mando, a pesar de su gran contribución al esfuerzo bélico. En el grupo de Ejércitos del Este, el jefe, Hernández Sarabia, era, según ellos, instrumento de los comunistas, aunque su destitución y relevo por Jurado en el último momento probablemente se debió a su falta de entendimiento con el jefe del ejército, el comunista Modestos. El único partidario de la CNT en el grupo de Ejércitos del Este era Perea, jefe del ejército del Este, uno de cuyos Cuerpos, el X (Jover), y una División, la 26.ª (Sanz), estaban controladas por los anarquistas. En el ejército del Ebro, mandado por Modesto, Líster, Vega y Tagüeña, difícilmente podía darse influencia anarquista. En la zona Centro-Sur, Miaja fue descrito por la CNT como un «elemento sin carácter»; Menéndez, del ejército de Levante, como «comunista y elemento fusilable»; y Prada, del de Extremadura, como «socialista comunizante». Había unos pocos cuerpos y divisiones cuyos jefes simpatizaban con la CNT, pero las brigadas que contaban con una mayoría de militantes anarquistas habían sido distribuidas entre las divisiones de forma que estuviesen separadas. En total, informaba el Secretariado Militar de la CNT, la posición de la Confederación era en septiembre de 1938 la siguiente:

	Total	*Mandados por cenetistas o simpatizantes de la Confederación*
Grupos	20	
Ejércitos	62	(Perea y Casado)
Cuerpos	212	(Jover y Mera), pero los jefes del XIII (Romero), XVI (Palacios), VI (Gallego) y VIII (Joaquín Pérez Salas) eran muy anticomunistas y, por lo tanto, en buenas relaciones con la CNT
Divisiones	709	

El informe seguía analizando los mandos cenetistas en cuarteles, batallones de transportes y de retaguardia. En lo que concernía al Comisariado político, sólo Gil Roldán, del grupo de Ejércitos del Este, González Inestal, del ejército de Andalucía y unos pocos comisarios de Cuerpo pertenecían a la CNT[52].

Otros puntos que aparecen frecuentemente en los informes elevados a los comités de la CNT son que el Partido Comunista mantenía células en todas las unidades, lo que el PCE reconocía, y que los comunistas conspiraban para asesinar a oficiales y comisarios poco cooperadores. Este asunto afectó especialmente a la 43.ª División durante el período en que estuvo copada en los Pirineos en 1938, cuando la CNT estaba molesta por la campaña de enaltecimiento de los comunistas con respecto a ella[53].

El problema para juzgar adecuadamente esos informes es que no parece que se llevase a cabo ninguna investigación seria al respecto. En lo que se refiere a los jefes, la queja de la CNT de que no estaba suficientemente representada es correcta, pero no es de extrañar. De pocos militares profesionales podía esperarse que simpatizasen con el movimiento libertario, que había sido siempre la expresión misma de la indisciplina y una amenaza a valores tradicionales de un modo que nunca lo había sido la UGT. Los únicos militares que la CNT calificaba de «amistosos» eran o decididamente anticomunistas, como Casado, o habían entablado relaciones

amistosas con dirigentes de la CNT durante las conspiraciones de los años veinte, como Perea. Los informes eran asimismo correctos en sus juicios sobre Cordón, en la medida en que éste era comunista, pero sería difícil demostrar que a ese hecho se debiera la incorrección del trato otorgado a la CNT. Decir que Menéndez era un «elemento fusilable» era una observación que parece sin sentido. Pero lo importante no es tanto averiguar hasta qué punto tenía razón la CNT en sus quejas como advertir su actitud y el hecho de que rencores políticos de esa clase iban creciendo en el ejército republicano cuando la finalidad principal de la militarización de las Milicias había sido, entre otras cosas, acabar con las diferencias políticas. Además, el mero hecho de que la CNT fuese una organización amplia y que tuviese tantos militantes, si no más, en las fuerzas armadas que el PSOE, las JSU o el PCE, no significaba que debiera tener un número proporcional de mandos. Los comunistas aceptaban la disciplina; los oficiales profesionales estaban acostumbrados a ella y, por lo tanto, los oficiales profesionales y los comunistas compartían idénticas perspectivas. La CNT no dio dirigentes militares, a excepción de Durruti, que fue muerto a comienzos de la guerra, y de Mera. Aunque puede ser verdad que el comunista Líster, por ejemplo, tuvo éxito únicamente gracias a contar con un buen jefe de EM, también es verdad, por otro lado, que las columnas anarquistas de Aragón habían aceptado de mala gana la militarización y que se habían producido fuertes querellas en el seno de la CNT y dentro de sus unidades a propósito de la militarización y la aceptación de los mandos profesionales[54]. Admitido el sentimiento de injusticia de la CNT, no debe sorprender, no obstante la situación suya en los mandos y el Comisariado político.

En 1938, la CNT era más consciente del peligro a que se enfrentaba de lo que lo había sido antes. Había pecado de confiada y por ello perdido su poder en Barcelona en mayo de 1937. Cuando hubo contemplado la caza del POUM, el encarcelamiento de sus dirigentes y más adelante la destrucción del Consejo de Aragón anarquista, advirtió con más claridad el peligro[55], y así, en marzo de 1938, invitó a los pertenecientes a las quintas de 1926, 1927 y 1928 a enrolarse voluntarios en los batallones de la CNT[56].

La prensa anarquista dirigió una proclama a estos combatientes diciéndoles que no necesitaban más disciplina que el «imperativo de su conciencia antifascista»[57].

Se trataba de proteger a los simpatizantes anarquistas de tener que pasar por las cajas de reclutas y de allí ser enviados a brigadas comunistas; y en segundo lugar, asegurar que las divisiones anarquistas recibían soldados anarquistas igualmente. Casi todos los voluntarios fueron incorporados directamente a la 26.ª División[59], lo cual era, naturalmente, un procedimiento enormemente irregular en cualquier ejército, pero demuestra hasta qué punto predominaban las consideraciones y temores políticos.

9

Aspectos internacionales

I. Las Brigadas Internacionales

Conviene hablar brevemente de las seis Brigadas Internacionales (XI, XII, XIII, XIV, XV y CXXIX), aunque no formasen más que una parte mínima del Ejército Popular, primero porque tuvieron una actuación importante en casi todas las grandes batallas de la guerra, y segundo porque representaban concretamente la reacción de la clase obrera extranjera y de los partidos de izquierda a la guerra de España. Aquí, sin embargo, es cuestión solamente de asuntos militares.

Sin entrar, entonces, en los pormenores de la reacción de los organismos internacionales de la izquierda ante la situación en España en 1936, diremos que la Internacional Comunista delegó en el Partido Comunista Francés (PCF) la responsabilidad de movilizar voluntarios para luchar a favor de la República. Una de las primeras decisiones fue la de enviar a España a Vital Gayman, consejero municipal parisino, y a André Marty, célebre por haber protagonizado un amotinamiento en la flotilla francesa destacada en 1919 en el Mar Negro, y miembro del directorio de la Comintern. El exiliado partido comunista alemán (KPD), por su parte, apeló a sus afiliados que tuvieran experiencia militar a que se ofreciesen para ir a luchar contra el fascismo en España. Además, los emigrados españoles que vivían en Francia pidieron ayuda para volver a defender la República. Por su parte, los líderes exiliados italianos, Luigi Longo, Randolfo Pacciardi y Pietro

Nenni, marcharon a España. Sin embargo, las iniciativas quedaron incoherentes hasta que el presidium de la Internacional Comunista, el 18 de septiembre de 1936, decidió:

«Proceder al reclutamiento, entre los trabajadores de todos los países, de voluntarios que tengan experiencia militar, con miras a enviarlos a España». Gayman, en una conferencia dirigida a los mandos y comisarios de la XI Brigada, declaró que había que «aportar […] los conocimientos técnicos militares que la guerra mundial, de una parte, y el servicio militar obligatorio en los países de Europa Occidental, por otra, permitieron obtener a miles de obreros y campesinos fascistas de Francia, de Bélgica, de Italia, de Alemania, de Europa Central y de los Balcanes»[1].

Como se verá, casi todos los relatos y memorias de los interbrigadistas indican que la realidad distaba mucho de la ilusión. Dado el énfasis puesto, lógicamente, en que los voluntarios internacionales deberían poseer alguna experiencia militar, se hubiera imaginado que no se enviarían voluntarios que no tuviesen unos conocimientos militares genuinos y útiles. Ahora bien, Marty y su comisario Mario Nicoletti, enviaron una carta a París, en una fecha tan temprana como el 27 de octubre de 1936, cuando se estaba todavía formando las primeras brigadas, quejándose de que en un grupo de 515 voluntarios recién llegados «cerca del 42 por ciento no hicieron el servicio militar»[2]. Incluso hay gente físicamente inapta para el servicio. Este grupo era «aun peor que el precedente». Faltaban oficiales, por lo cual se formó compañías al mando de un suboficial. «Se encargó los batallones a exoficiales subalternos … A todo voluntario que tuviera un mínimo de experiencia militar se le asignaba algún puesto de mando…». Skoutelsky comenta atinadamente: «¡Qué lejos estaba de las tropas de choque del comunismo internacional organizados en un ejército disciplinado teledirigido desde Moscú!»[3].

Cuando el primer batallón de la primera Brigada Internacional (luego la XI Brigada) desfiló por la Gran Vía de Madrid el 8 de noviembre[4] la marcialidad y el paso firme de sus componentes alemanes hicieron creer a algunos espectadores que se trataba de los rusos cuya ayuda se esperaba de día a otro[5]. Si los espectadores hubieran aprendido que se trataba de alemanes —pueblo guerrero si lo había— probablemente hubieran quedado

aun más impresionados y, sin embargo, equivocados. Estos alemanes ¿tenían edad para haber luchado siquiera en las últimas semanas de la guerra de 1914-1918? En efecto, para haber contado en 1914-1918 con una experiencia que fuera útil para la guerra de España dieciocho años más tarde, un voluntario tendría que tener al final de 1936 casi 40 años. No sabemos el promedio de edad de los voluntarios alemanes, pero no debe de haber sido marcadamente diferente del de los otros voluntarios, los cuales, como se verá, tenían entre 18 y 36 años. Además, el tratado de Versalles había prohibido el servicio militar obligatorio en Alemania, no reintroducido hasta 1935, para cuando la mayoría de los voluntarios, afiliados a los poderosos movimientos comunista, socialista y sindical alemanes tan rápidamente desarticulados por los nazis, habían debido de huir ya de su país.

En cuanto a los voluntarios franceses, su promedio de edad era de entre 26 y 34 años, Más precisamente, sólo el 18,1 por ciento de los franceses tenían más de 36 años[6]. Ahora bien, en Francia sí existía el servicio obligatorio. Uno de los resultados fue que entre los voluntarios había jefes y oficiales de complemento. Es decir que excepcionalmente la proporción de voluntarios franceses con experiencia militar era importante, a pesar de las quejas que elevaban los responsables del Partido Comunista de Francia destacados en España.

En el caso del total de 2200 voluntarios ingleses, la inmensa mayoría (el 74 por ciento) tenía entre 21 y 35 años. Es verdad que algunos de los más conocidos voluntarios ingleses habían luchado entre 1914 y 1918, por lo cual, como el comandante Nathan y el capitán Wintringham, más McCartney, Fry y Overton, y algunos más, llegaron a puestos de alto mando en el batallón inglés. Inglaterra, sin embargo, como Estados Unidos, no obligaba a sus ciudadanos a cumplir el servicio militar. Si algunos de los voluntarios de clase media (en todo caso una minoría) contaban con una formación básica militar en los cuerpos que mantenían muchos colegios de pago, la mayoría de los reclutas ingleses eran de clase obrera, habiendo abandonado los estudios a los catorce años y, por supuesto, eran personas de carácter contestario y antidisciplinario. Muchos eran de poco valor militar, como se quejó Will Paynter, el funcionario del sindicato minero,

ante Harry Pollitt, secretario general del Partido Comunista Británico. Unos 250 de los ingleses, el 19,6 por ciento, tenían más de 36 años y posiblemente hubieran sido militarizados en 1918. Sólo once declararon que habían sido militares de profesión[7].

Entre los norteamericanos, Robert Merriman, primer jefe del batallón Lincoln, había estado durante dos años en el cuerpo de Oficiales de complemento (el ROTC) de la Universidad de Nevada, mientras otro mando, Oliver Law, había sido soldado durante seis años. Precisamente por ello se les elevó al mando, aunque el famoso «Lobo», Milton Wolff, que llegó a mandar a los Lincolns, no tenía experiencia militar. Seguramente la cifra de un 34 por ciento de los norteamericanos que tenían formación militar, que cita Skoutelsky, parece dudosa[8].

Por supuesto, dado que los voluntarios deseaban luchar en España, y en principio se exigía experiencia militar, no se debe creer a pies juntillas las declaraciones de tantos de ellos en el sentido de que poseían conocimientos militares. En todo caso, los mismos españoles no estaban más desprovistos de conocimientos militares que los extranjeros. En España, existía el servicio militar; muchos milicianos habían hecho la guerra del Rif en los años veinte, otros habían estado en la Legión. En realidad, es difícil concluir que los voluntarios extranjeros, aun los que habían hecho la guerra, pudiesen aportar más que la, por supuesto, muy importante aportación de solidaridad y la conciencia de que la República no había sido totalmente abandonada.

La idea de que las Brigadas Internacionales eran el equivalente de la Legión, es decir unas unidades de choque, no es fácilmente defensible. No obstante, en el primer año de guerra, se les trataba a los internacionales como si en realidad tuvieran la capacidad y el armamento militar de la Legión. En efecto, el decreto que daba un *estatus* preciso a los internacionales reza «En sustitución del Tercio de Extranjeros… se crearán las Brigadas Internacionales como unidades del Ejército de la República»[9]. La consecuencia fueron enormes pérdidas entre los internacionales, obligando al mando a reconstruir brigadas enteras. El 4 de marzo de 1937, Vital Gayman, el concejal municipal parisino destacado en la base de los internacionales en Albacete, elevó un informe que protestaba: «Se debe

impedir que se especule con la moral particularmente alta de … las unidades internacionales para lanzarlas armadas únicamente de su valor y sus pechos desnudos, sin suficiente apoyo de artillería, aviación ni carros de asalto, contra las ametralladoras o fusiles ametralladores del enemigo»[10].

Con fecha del 21 de agosto de 1937, el coronel Simonov, uno de los consejeros militares rusos, envió al mariscal Voroshilov, Comisario de Pueblo para Asuntos de Defensa, el cual lo elevó a Stalin, un informe de André Marty, jefe de la Base de los internacionales en Albacete, en el cual el comunista francés se refirió al gran cansancio en el estado político-moral de los internacionales, la falta de confianza, manifestada en los constantes y repetidos pedidos de permiso para volver a Francia, la fricción entre las varias nacionalidades y lo que el paranoico Marty atribuía a las actividades de «elementos provocadores y hostiles»[11].

Tantas bajas había habido que paulatinamente se fue «españolizando» las Brigadas Internacionales. Para diciembre de 1937, desde el mando internacional en Albacete se informaba que, de 46 814 efectivos, 26 725 o el 57 por 100 de las brigadas eran españoles[12]. En efecto, las batallas de Brunete y Belchite, del verano de 1937, habían sido, en palabras de Skoutelsky «demoledoras para las Brigadas Internacionales. Los cuadros de mando se negaban a obedecer órdenes; batallones enteros se desintegraron». Hubo que disolver la XIII Brigada[13]. El jefe de la base en Albacete, el coronel «Gómez», es decir el comunista alemán Wilhem Zaisser, envió, en julio de 1938, un informe a Moscú donde escribía que la caída en la moral de los internacionales, más el trabajo de zapa quintacolumnista, conducía a que Albacete estuviera inundado de soldados desmoralizados, a los cuales hubo que concentrar en un campamento de reeducación por el cual pasaron cuatro mil[14]. Otro informe firmado con la autoridad del coronel Sverchievsky («Walter»), el polaco que llegó a encabezar una división, fechado el 14 de enero de 1938, critica las cualidades militares de las unidades internacionales después de la sangría de las batallas de Brunete y Belchite de 1937 y de Teruel entre 1937 y 1938. Así, el distinguido jefe militar comunista escribe que los internacionales lucharon en Brunete peor que brigadas españolas sin foguear, y habla de pánicos y desbandadas. En fin, Sverchievsky no escatima comentarios

peyorativos. Atribuye la baja en el rendimiento militar de los internacionales a que éstos llegaron con la idea de que iban a «salvar España», por lo cual los internacionales se sentían superiores a los españoles. Por otra parte, la disciplina entre los internacionales era insuficiente; descuidaban la limpieza de sus armas personales, los estados mayores eran exageradamente abultados, la instrucción no era lo que debía de ser y, por último, los internacionales estaban obsesionados con la política, descuidando la instrucción y entrenamiento militares[15]. Por otra parte, Grigory Shtern, principal consejero militar ruso, se dirigió el 2 de julio de 1937 a Moscú en estas palabras: «… He empezado a tener graves preocupaciones acerca de las Brigadas Internacionales … la actitud hacia ellas de los españoles y de ellas hacia los españoles; cuestiones de moral, el chovinismo de las nacionalidades (sobre todo los franceses, los polacos y los italianos), el deseo de ser repatriados; la presencia de enemigos en las filas de los internacionales»[16]. Incluso el general Kléber, que había sido jefe de la XI Brigada Internacional hasta que el jefe del Estado Mayor de la defensa de Madrid, Vicente Rojo, manifestó graves quejas sobre su comportamiento y disciplina, en un largo informe fechado 14 de diciembre de 1937, repite las impresiones ya citadas[17].

Había cinco Brigadas Internacionales. Más tarde se creó otra, la CXXIX, pero a esas alturas la mayor parte de sus componentes eran españoles. Los internacionales ayudaron a levantar la moral de las tropas de la República. Dieron un ejemplo de solidaridad, de altruismo y de heroicidad, dado que, como se ha visto, no eran gladiadores fogueados en la guerra, ni se encontraban bien pertrechados de material, ni sus generales eran maestros del arte militar. Sin embargo, aunque tomaron parte en la mayor parte de las grandes batallas, sufriendo una cantidad intolerable de bajas, no se puede decir ni que dieran ejemplo de disciplina ni de capacidad militar a las fuerzas españolas, ni que su rendimiento fuera mejor que algunas unidades de solera del Ejército Popular.

¿Cuántos habían sido? Según los informes más solventes que hasta ahora han sido encontrados en los archivos de la Comintern, que no tuvo motivos para esconder la verdad, y cuyas cifras se basaron en estadillos enviados desde Albacete, se calcula que el total de efectivos llegados a la

base de Albacete subió, hasta agosto de 1938, a 32 256[18]. A tales alturas de la guerra, ya no llegaban más voluntarios. Incluso es posible que se contabilizara al mismo interbrigadista más de una vez si volvía a Albacete, quizá después de unas semanas hospitalizado. Por supuesto, no estaban todos en España a la vez. Aparte de los internacionales, muchos extranjeros lucharon en otras unidades del Ejército Popular. Las cifras citadas tampoco incluyen al personal auxiliar, sobre todo los médicos y enfermeras, ni a los aviadores, tanquistas y consejeros soviéticos, tema de la próxima sección.

II. Los asesores rusos

Aunque no es posible fechar con exactitud la llegada de los consejeros militares soviéticos, algunos de ellos llegaron acompañando las primeras remesas de armamento soviético, mientras muchos más iban llegando durante octubre, noviembre y diciembre de 1936. Casado asegura que llegaron en la segunda quincena de septiembre de 1936[19], y como él estaba en el Estado Mayor debió de ser uno de los primeros en saberlo. La carta enviada por los dirigentes soviéticos a Largo Caballero con fecha del 21 de diciembre de 1936 se refiere a los consejeros como presentes ya en España y a las «insistentes peticiones» de especialistas hechas a través de Rosenberg, el embajador soviético[20]. Stalin, Molotov y Vorochilov subrayaban que el papel de los rusos sólo podía ser el de consejeros y requerían a Largo para que no dudase en dar a los dirigentes soviéticos una apreciación del valor de la contribución de los consejeros. Largo contestó a esta carta el 12 de enero de 1937 elogiando a los oficiales soviéticos: «Los camaradas que, llamados por nosotros, han venido a ayudarnos, nos prestan grandes servicios. Su gran experiencia nos resulta muy útil y contribuye de modo eficaz … puedo asegurarles que cumplen su cometido con verdadero entusiasmo y un valor extraordinario»[21].

Tampoco puede afirmarse con seguridad, con pruebas objetivas, cuántos rusos acudieron a España. Pero contamos con varias afirmaciones que podemos comparar: El presidente Azaña había sido informado por Largo

Caballero, presumiblemente hacia febrero de 1937, cuando ya habían llegado la mayoría de los consejeros superiores, que la cifra total era de 781[22]. Según la información de Azaña, en agosto de 1937 la mayor parte de los rusos ya se había marchado. El presidente de la República concluía que: «Las masas rusas, que nunca han llegado a un millar de personas, repartidas por diferentes servicios, se acercan rápidamente a casi nada»[23] y añade, haciéndose eco probablemente de las opiniones de sus confidentes militares: «No es para lamentarlo».

Walter Krivitski, un agente secreto soviético que huyó a Estados Unidos y, por lo tanto, no tendría motivos para subestimar las cifras, afirma que no hubo nunca más de dos mil rusos en España. Sólo los pilotos y tanquistas tomaron parte en acciones bélicas y el resto eran en su mayoría consejeros de EM, instructores, ingenieros, especialistas de industrias bélicas, expertos en guerra química, mecánicos de aviación, operadores de radio y especialistas artilleros[24].

Una obra publicada en la Unión Soviética da las siguientes cifras: 772 aviadores, 351 tanquistas, 222 consejeros e instructores militares, 77 miembros de la Marina, 100 artilleros, 52 expertos militares de otras clases, 130 ingenieros y trabajadores de la industria aeronáutica, 156 especialistas en radio y comunicaciones, 204 intérpretes; 2064 en total, de los cuales sólo hubo entre seiscientos y ochocientos en España a la vez[25]. Estas son las cifras que da también Vittorio Vidali (Carlos Contreras) en un artículo publicado en el diario italiano *Avanti*[26]. Después de laboriosas investigaciones en las fuentes soviéticas ahora asequibles, el total resulta ser 2082[27].

Existen algunas nóminas de «extranjeros» agregados al Ministerio de Defensa Nacional correspondientes a octubre, noviembre y diciembre de 1937, y a enero, febrero y marzo de 1938 y julio de este último año[28].

Las cifras totales van de 258 en septiembre de 1937 a 426 en marzo de 1938. Las nóminas están redactadas por graduaciones, desde general de División a teniente e incluyen todos los meses a cerca de 150 intérpretes, algunos de los cuales eran españoles. Con esto obtendríamos una media aproximada de sólo 250 consejeros, pero podemos presumir que no todos estaban reseñados en las listas, y de hecho, de los firmantes de *Bajo la*

bandera de la España republicana, sólo el futuro mariscal Rodion Malinovski aparece en ellas. Otros generales que firman los recibos son Perpich, Kreming, Leonidov, Maximov, Duvrovich, Alexánder, Bikov y Schilov. De ellos, sólo Maximov, Bikov y Schilov aparecen mencionados en las fuentes citadas exhaustivamente por Alcófar, y parece improbable que no se mencionase nunca a los otros generales; después de todo, eran generales de División y normalmente no se ocultaba su presencia. Sólo las nóminas ya debieron ser vistas por cierto número de personas, por lo que lo más probable es que los nombres de esos generales fuesen seudónimos y que *sean* mencionados por otros comentaristas bajo otros nombres. Sería interesante saber si esas listas contienen los nombres de todos los consejeros rusos presentes en España durante el mes de referencia y, si no, por qué aparecían ellos y no los demás. Si no había más asesores soviéticos, entonces resultaría que las diversas cifras más elevadas dadas por otras fuentes se aplicarían probablemente sólo a los meses críticos de octubre de 1936 a julio de 1937 y que una vez que el nuevo Ejército había dado muestras de sus posibilidades en Brunete y Belchite, la mayoría de los rusos abandonaron el país y, en tal caso, la información de Azaña de que la mayor parte de los 800 asesores rusos se habían marchado resultaría correcta.

El militar más importante ruso en España era Jan Berzin, y cuando Malinovski llegó, se presentó inmediatamente a él. Parece haber sido una figura popular, a quien los rusos llamaban «el viejo»[29]. Había estado al frente del Servicio de Información soviético durante quince años[30]. Louis Fischer se refiere habitualmente a él como Grishin, que era sólo uno de sus seudónimos[31].

El problema de los seudónimos dificulta el establecimiento de una lista de nombres, pero hay algunos casos tan conocidos que no dejan lugar a dudas.

Vladimir Efimovich Goriev, que no mencionan ni Krivitski ni el corresponsal de *Pravda*, Koltsov, era agregado militar en Madrid. El escritor Arturo Barea, que pudo haberle encontrado cuando éste trabajaba en la censura en el edificio de la Telefónica de Madrid, que se utilizaba como puesto de observación para la artillería, lo describe como «guapo, alto, de mejillas prominentes… hablando bien el español, un excelente

inglés y con una ilimitada capacidad de trabajo»[32]. Durante la defensa de Madrid en noviembre de 1936 colaboró estrechamente con Rojo, el jefe del EM republicano. La impresión de Rojo fue que era inteligente y cortés y que nunca trataba de imponer sus opiniones[33]. Esto, naturalmente, es normal que lo diga pues un jefe español no habría permitido pensar que se dejaba mandar por extranjeros, pero Rojo no tenía motivos para desfigurar los hechos, ya que protestó violentamente en el caso de Kléber, que fue destituido por vanagloriarse y no trabajar en armonía con los españoles[34]. Teniendo en cuenta la invitación de Stalin a Largo de que hiciera presentes sus quejas si no estaba satisfecho de la conducta de los asesores soviéticos, parece muy probable que la conducta de Goriev fuese enteramente correcta. Aunque en tal caso, poco tenía que hacer en Madrid, que no carecía de jefes militares españoles, y de hecho Rojo niega que Goriev tuviese nada que ver con la organización de la defensa de Madrid[35]. Durante algún tiempo, a finales de 1936, Goriev estuvo como asesor en Bilbao[36], y parece haber sido incapaz de poner remedio a la catastrófica situación del País Vasco. En contraste con la zona central de la España republicana, donde en general los rusos trabajaban en contacto estrecho con los oficiales españoles, Goriev y los demás consejeros rusos alentaron al presidente Aguirre a que prescindiera de sus oficiales profesionales y se encargase directamente del mando, lo que hizo el 5 de mayo de 1937. Teniendo en cuenta las pobres realizaciones y posteriores deserciones e incluso traiciones de los oficiales españoles de esa región, el consejo de los rusos era acertado[37]. Desde el punto de vista soviético, probablemente se trataba de cumplir lo mejor posible una tarea desagradable, pues Aguirre, que no apreciaba a los comunistas y se había resistido a la implantación del Comisariado político, había criticado a los «elementos perniciosos y políticamente equivocados», refiriéndose probablemente a Francisco Ciutat, el jefe comunista del EM[38]. No obstante, el episodio demuestra que los asesores soviéticos no se ocupaban realmente de los problemas políticos, sino sólo de la resistencia al enemigo.

Tras la caída de Santander, Goriev y otros veintiséis rusos permanecieron como asesores del coronel Prada en Gijón hasta su caída, a raíz de la cual fueron evacuados en un atrevido vuelo[39].

El experto en tanques enviado a España era Semion Krivoshein. En su informe, no duda en afirmar que tuvo relaciones estrechas con comités locales del PCE, que le proporcionaron un coche con chófer. Encabezaba un pequeño grupo de especialistas rusos en tanques y organizó el primer centro de instrucción de tanquistas españoles en Archena (Murcia). Hace un interesante resumen de la primera batalla de tanques de la guerra, que tuvo lugar en Seseña el 29 de octubre de 1936, y señala que aunque los tanques T-26 se comportaron muy bien, hubo poca coordinación táctica con la infantería española[40].

El sucesor de Krivoshein fue Dimitri Pavlov («Pablo»), que en diciembre de 1936 formó una brigada de tanques T-26 en Archena[41] y estuvo al mando de ellos durante la batalla de Guadalajara[42].

A pesar de sus éxitos en España, el haber fracasado lamentablemente contra los alemanes en 1941, debido sobre todo a que no había asimilado las nuevas tácticas tanquistas y había dividido sus tanques en lugar de juntarlos en puntas de lanza como los alemanes, fue la causa de su ejecución[43].

Tal fue la suerte de varios de los consejeros soviéticos. Berzin desapareció en 1937, siendo sustituido en España por Stern («Grigorevich»)[44]. Goriev[45] y Kulic («Kupper»)[46] también desaparecieron.

Lo más difícil de determinar es la contribución exacta de los asesores soviéticos. Ellos mismos aseguran haber tenido una influencia decisiva, y así Voronov («Volter») escribe que aunque el jefe de la artillería española, Fuentes, no mostraba una actitud amistosa, sus instrucciones (las de Voronov) sobre cómo apostar los cañones y otros asuntos técnicos fueron impresas y utilizadas por el ejército republicano. Tenía que enseñar las nuevas técnicas, organizar la cooperación con las otras Armas, dibujar planos y escribir manuales y cuadros sinópticos[47]. También Malinovski («Malino») dice haber tenido un papel vital en la batalla del Jarama[48], al asesorar a Líster[49], en el EM del Ejército del Centro[50] y como consejero del general Menéndez[51].

Uno de los informes más completos y más autoelogiosos es el de K. A. Meretskov («Petrovich»), Según él, Berzin era el asesor militar superior de la República, aunque Meretskov tenía acceso directo al Estado Mayor

español. Afirma haber sido la mano derecha de Largo Caballero y haberle propuesto un nuevo EM. Es posible que los nombramientos de Largo para el EM del 20 de octubre de 1936, de cierto número de paisanos en puestos de asesoramiento pero manteniendo a la mayoría de los profesionales, le fuesen aconsejados por los rusos. Pero si fue así, casi enseguida hubo un cambio radical, pues el EM general anunciado el 30 de noviembre de 1936 resultó muy distinto al haber cambiado a su jefe y a todos los jefes de Sección[52]. La afirmación más excesiva de Meretskov es la que hace de haber sido él quien persuadió a Largo de dejar Madrid y marchar a Valencia en noviembre de 1936, afirmación que hace poco después de haber lamentado lo difícil que era entrar en contacto con el jefe del gobierno. Según Meretskov, los rusos encabezaron reuniones y sugirieron la formación de las Brigadas Mixtas. Incluso la CNT los respetaba y empezó a solicitar su ayuda, llegando a pedirles consejo cuando se planeaba un ataque a Teruel en el invierno de 1936.

En cuanto a los juicios de Meretskov sobre Miaja y Rojo parecen más equilibrados. «Miaja —escribe—, era una persona con la que resultaba difícil trabajar, pues no sabía nada de los “intereses de los trabajadores” y obstruía la organización y dirección de las operaciones militares; a pesar de ello, era un general competente». Rojo era «trabajador» y estaba «significativamente más a la izquierda que Miaja». Esta última afirmación puede entenderse como que era más complaciente que Miaja, hecho confirmado por otras fuentes[53]. A pesar de las dificultades, Meretskov asegura que perseveró con Miaja, el cual fue prestando gradualmente atención a sus consejos. Por las mañanas, Miaja perfilaba sus planes tal como había acordado con Meretskov la noche anterior. Rojo los apoyaba y sólo se discutían cuestiones de detalles[54].

La apertura de las fuentes soviéticas ha permitido leer los comentarios, hechos no con fines propagandísticos ni redactados con suma cautela, como fue evidentemente el caso de *Bajo la bandera de la España Republicana*, por los militares soviéticos sobre los jefes españoles y sobre sus propios colegas rusos. Entre ellos, una de las primeras cartas de Vladimir Goriev («Sancho»), el agregado militar soviético, a Voroshilov, Comisario del Pueblo para Asuntos de Defensa, describe la falta de un adecuado sistema

de mando en la fuerzas de la República, la ausencia de control, la insuficiencia de cuadros, la mala distribución de material y alimentos, y el ambiente general de negligencia[55]. Goriev confirma el fenómeno de la atracción ejercida por el PCE sobre los militares de carrera. Un mes después describe la falta de coordinación entre el jefe del Estado Mayor, el comandante Estrada, y el recién ascendido general Asensio, a quien Largo Caballero había entregado el mando del Teatro de Operaciones del Centro. Aquí se ve el comienzo de las críticas a las que Asensio sería sujeto en las semanas venideras. Goriev explica que Asensio no se ha enterado que los jefes milicianos no tienen suficiente preparación como para entender sus breves instrucciones, y luego escribe unas frases interesantes: «Recordarás cómo se emitían órdenes durante nuestra guerra civil. No se recibían órdenes, sino más bien instrucciones que explicaban qué hacer y cómo hacerlo». El comentario ayuda a comprender la marcada verborrea de las instrucciones que más tarde saldrían de las secciones de Operaciones de los Estados Mayores del Ejército Popular. Explican también que, aunque Goriev no creía que Asensio traicionara a la República, opinaba de este excoronel africanista, que por brillante que pudiera ser en cuestiones de táctica, no servía para las necesidades militares de aquel momento preciso[56].

Jan Berzin, pseudónimo de Pavel Ivanovich Kiuzis Peteris, jefe de la Asesoría Militar Soviética en España, en una carta a Voroshilov con fecha del 12 de enero de 1937, manifiesta sus críticas en un tono bastante más subido. Emplea la palabra *sabotaje* —que no se debe tomar literalmente sino comprender en el contexto soviético en el cual se empleaba para castigar cualquier ejemplo de incompetencia— al criticar la burocracia española, «desde el Estado Mayor General hasta los ferrocarriles». Berzin despotrica contra los españoles: «… a veces tengo un gran deseo de sacar de sus despachos y fusilar a algunos de estos cabrones. Nunca hubiera podido imaginar tanto sabotaje incontrolado y no castigado … tal pereza e irresponsabilidad como las que reinan aquí en el Estado Mayor y en la burocracia de la administración. Hay personas que sencillamente no obedecen las órdenes del Ministerio de la Guerra, o hacen lo contrario y quedan tranquilamente en su cargo. Nadie ha sido castigado». Berzin vuelve

a la carga el 22 de febrero, después de la destitución de Asensio por Largo Caballero, muy contra la voluntad del jefe del gobierno. «Cada medida es demorada y saboteada por el Estado Mayor»[57]. Sus palabras evocan cómo la dejadez, la pereza y la irresponsabilidad habían sido las características de los militares rusos en la época zarista. Imponer disciplina en las propias fuerzas revolucionarias —el Ejército Rojo— había sido también una tarea difícil.

Al fin, los asesores rusos se salieron con la suya con la detención de los generales Asensio, Martínez Cabrera y Martínez Monje, y de los coroneles Hernández Arteaga y Villalba, acusados de responsabilidad en la pérdida de Málaga. Villalba quedó absuelto, mientras los otros tuvieron al fin sus causas sobreseídas.

A pesar de la actitud crítica rusa hacia los militares y la burocracia española, no se puede decir que la intervención de los asesores soviéticos haya sido brillantemente planificada. Aparte la insuficiencia de personal y las dificultades creadas por la carencia de intérpretes, en otra carta del 16 de octubre de 1936, Goriev se queja de las restricciones impuestas sobre los asesores. «Visitar una unidad, observar la instrucción que reciben, dar enseñanzas allí mismo, ayudar, no se permite para no desobedecer las órdenes. Es peligroso estar demasiado frecuentemente con militares [españoles], en caso de que la gente hable de ello»[58]. El problema era grave. Los asesores tenían la obligación de asesorar, a la vez que no debían imponerse ni llamar la atención extranjera a su presencia. Grigorii Shtern, principal asesor, resumió escuetamente el problema: antes de abandonar la URSS, Voroshilov le había dicho: «En ningún caso des una orden, pero … haced todo lo necesario para alcanzar la victoria»[59].

Los asesores no sufrían ilusiones sobre su propio valor. El coronel Sverchievsky («Walter» en España), escribía, a mediados de 1938, que, como mando de una división del Ejército Popular, había conocido a muchos más españoles que la mayoría de los asesores. Por otra parte, hablaba castellano, todo lo cual lo capacitaba para aprender mucho sobre cómo los mismos españoles veían a los asesores. Por supuesto, insiste Sverchievsky, la construcción del ejército se debe mucho a los asesores. Pavlov, de Tanques, Shmushkievich, de Aviación, Shtern, Malinovski y muchos más

trabajaron bien. Pero no se trataba sólo del apoyo material sino también del moral. Algunos asesores habían fracasado. Se habían cometido muchos errores operacionales en las diversas batallas hasta aquella fecha, Brunete, Belchite y Teruel. Un gran porcentaje de los asesores sobreestimaba sus propias capacidades, creyendo que una breve visita a unas unidades militares las potenciaba para expresar sus puntos de vista sobre el Ejército Popular. Había que estudiar España mucho más. Sverchievsky hace críticas personales de aviadores y de carristas. Si algunos de los asesores hacían comentarios poco aconsejables, aquellos españoles que objetan a su presencia se encontraban fortalecidas[60].

Lo que era peor, añadía Sverchievsky, y la suya no era una voz en el desierto, fue la actitud y tono de alto en bajo adoptado por demasiados de los rusos hacia los mandos españoles, a quienes trataban como si fueran *dilettanti* con poca experiencia y si el Ejército Popular «llevaba todavía pañales». Falta de tacto, mala educación e insuficiente respeto eran características demasiado presentes, sobre todo cuando buscaban los rusos dar enseñanzas a los militares profesionales (Sverchievsky menciona al coronel Hernández Saravia, por ejemplo). Por otra parte, Sverchievsky critica la autopresentación desordenada de algunos asesores, que iban sin afeitar y vestidos con trajes civiles sucios y mal planchados cuando alternaban con los elegantes militares españoles. Aun más graves eran los cargos hechos por un organizador del Partido[61], donde informa a Moscú que algunos de los asesores se emborrachaban, se dedicaban a seducir mujeres y hasta hacían mal uso de los fondos.

Por último, Sverchievsky hace hincapié en la ignorancia del idioma castellano por parte de bastantes rusos en España, sobre todo los que llevaban muchos meses en el país[62].

Con las pruebas con que contamos, no nos es posible saber hasta qué punto imponían sus opiniones los asesores a los oficiales españoles. Comprensiblemente, ningún oficial español, ni siquiera los dirigentes comunistas de las Milicias, admiten que lo hicieran. Líster, por ejemplo, evita referirse directamente al asunto excepto cuando dice que si estaba en desacuerdo con los rusos, lo decía sin más[63]. La opinión de Casado era que las propuestas rusas eran rechazadas a menudo por el EM General, pero

que frecuentemente prevalecía en último término su opinión[64]. Ciertamente, muchos documentos llevaban la mención de «camarada ruso» entre la lista de personas a quienes había que transmitir una copia, y la aparente ausencia de documentos firmados por algún ruso en los archivos del ejército republicano nos lleva a la conclusión de que se retiraron o destruyeron ese tipo de documentos y que posiblemente buena parte del asesoramiento se hiciese oral e informalmente. Parece cierto, empero, que los asesores soviéticos trabajaron con más intensidad en momentos de crisis, no porque fuesen superiores, sino simplemente a causa de la falta de experiencia de combate de los jefes españoles. Así, Voronov escribe que los consejeros tomaron el mando durante la batalla del Jarama[65], y que lo mismo hizo Pavlov en Brihuega[66]. Incluso en una obra tan tendenciosa como la *Historia de la cruzada española*, los autores admiten que, a pesar de los rumores en contra, no se sabe que hubiese expertos extranjeros relacionados con los planes del paso del Ebro[67]. En realidad, era casi lo contrario, ya que el día 21 de julio de 1938, cuatro días antes de la operación del Ebro, el general ruso Maximov le indicó a Rojo que el ataque sería un fracaso. Rojo envió una carta de protesta, que refleja su ira, al jefe del Gobierno y ministro de Defensa Nacional, el Dr. Negrín: «No es admisible que cuando faltan poco más de 48 horas para poner en efecto un proyecto de operaciones que ha sido aprobado por VE, surjan dificultades de la índole de las que se han apuntado, por la persona que tenía conocimiento del plan desde que comenzó su gestación y contaba con su aquiescencia»[68]. Rojo se creía desautorizado, por lo cual enseguida ofreció su dimisión a Negrín, el cual evidentemente no hizo caso. La maniobra del Ebro se realizó, sin que se oyera nada más de las opiniones de Maximov sobre el mismo.

En cambio, un ejemplo importante de la posible imposición de las ideas de los asesores al Estado Mayor español fue la ofensiva planeada en Extremadura en la primavera de 1937. El plan fue elaborado por Casado, en aquel entonces jefe de la Sección de Operaciones[69], y consistía en un ataque con dos puntas de lanza en dirección a Mérida y a lo largo del Tajo hacia Oropesa, golpeando así al enemigo en un punto débil y cortando en dos la zona nacional. Cuando ya estaba todo preparado, se advirtió que las

brigadas precisas no estaban siendo destacadas del frente central (a las órdenes de Miaja) como se había ordenado. El nuevo plan consistía en utilizarlas para atacar Brunete. Cuando Miaja aceptó finalmente mover sus tropas, los rusos se negaron a permitir a las Fuerzas Aéreas destacar los aviones precisos[70].

Todo indica que los rusos estaban imponiendo sus ideas, pero tampoco debe pasarse por alto la característica renuencia de Miaja a dejar que lo privaran de tropas a su mando y parece ir relevante argüir que tal actitud puede haber estado inspirada por los rusos[71]. Pero probablemente se trataba de algo más que de pura estrategia, con respecto a la cual los que se oponían al ataque de Extremadura pudieron muy bien llevar la razón[72]. Azaña opinaba que los comunistas del gobierno no querían ofrecer a Largo Caballero la oportunidad de que les pidiese la dimisión, de manera que cuando Largo criticó a Miaja por su negativa a obedecer las órdenes, no pusieron ninguna objeción, a pesar de que la negativa de Miaja coincidía con los deseos de los consejeros soviéticos. Hernández y Uribe, los ministros comunistas, se limitaron a solicitar pruebas de indisciplina que habrían justificado la destitución de Miaja. Probablemente para entonces, Miaja había llevado ya a cabo los movimientos de tropas que se le habían requerido. Para que la cuestión resulte aún más embrollada, debemos decir que Azaña recibía copias de las órdenes, no a través de canales oficiales, sino gracias a un amigo de uno de sus ayudantes[73].

Así pues, no podemos extraer afirmaciones concluyentes al respecto. Es cierto que había asesores rusos, y media docena de generales de División es un número muy elevado. Es presumible que hiciesen comentarios, la mayor parte de las veces a través de intérpretes, y que diesen su opinión, y es probable que sus opiniones coincidiesen muy a menudo con las de los oficiales españoles. Cuando no era así, es imposible saber si las opiniones rusas predominaban siempre o no. En último análisis, podemos preguntarnos si no se trata más bien de una discusión bizantina, pues no se puede decir que en ningún momento la preponderancia de una opinión española o rusa tuviese efectos decisivos.

El control ruso de los tanques y aviones soviéticos es, desde luego, otro asunto y hay pruebas abundantes de que la Aviación no estaba controlada

por los españoles y a menudo faltaban aviones cuando se precisaban. Por ejemplo, el 19 de febrero de 1938, Rojo comentaba los incesantes ataques aéreos que estaban padeciendo sus fuerzas y la ausencia de las Fuerzas Aéreas Republicanas. Al día siguiente, Prieto le preguntó si no contaba con un jefe de Aviación en su puesto de mando. Rojo le respondió que no lo sabía,(!) que tenía relaciones con un mando de la Aviación de la retaguardia, pero que no existía un enlace oficial[74].

III. Armas: el material ruso

La cuestión de la cantidad de armas que envió la Unión Soviética al Ejército Republicano es otra a la cual hoy, gracias a la apertura de las fuentes, se puede dar una respuesta casi concluyente[75].

El problema del armamento era muy grave. En los primeros días de la guerra, la pérdida de las fábricas de cartuchos de Sevilla y Granada y la falta de confianza que se tenía en muchos de los oficiales de Ingenieros y especialistas de Artillería de las fábricas, así como la preocupación de los dirigentes sindicales por formar las Milicias, dieron lugar a graves problemas de abastecimiento de armas, y hubo frecuentes escaseces a todo lo largo de la guerra. Otro problema lo constituía la enorme variedad de calibres y modelos de armas que se habían reunido. En Madrid, que había dispuesto de los depósitos de la antigua Primera División, pero había gastado las existencias de armas en las retiradas de las Milicias del verano y otoño de 1936, un informe citado por Rojo para noviembre de 1936 asegura que había 24 192 fusiles para cerca de 38 000 hombres[76]. Los fusiles eran de dieciséis tipos distintos, de calibre 6,5, 7, 7,92 y 7,7 mm procedentes de Alemania, Checoslovaquia, Rusia y España además de los 2000 fusiles mexicanos que ese país había enviado a España por orden del presidente Cárdenas[77]. Desafortunadamente, la mayoría de ellos se habían perdido en Talavera y en la retirada de Toledo. En realidad, había 65 000 fusiles en los depósitos de Madrid, pero sólo 5000 cerrojos. El resto se encontraron en el

cuartel de la Montaña tras su toma y es de suponer que la mayoría no fueron nunca contabilizados por las autoridades militares[78].

Las referencias que hay a otras armas, ametralladoras, morteros, cañones, antitanques, artillería pesada, etc., subrayan siempre la enorme variedad de su procedencia y calibres, así como de sus capacidades. Como escribió Azaña: «La entrega de armas es siempre lenta, problemática y nunca suficiente»[79].

La ruptura social y la falta de fiabilidad en los especialistas dificultó la producción de guerra en la región industrializada de Cataluña y, aunque el coronel Guarner, jefe del EM de las Milicias catalanas, afirma que hubo cierto aumento de la producción en febrero de 1937, casi todo se envió al frente vital de Madrid[80].

Hasta cierto punto, la cuestión de las armas es un asunto en el que hay indicaciones a un tiempo de escasez y de abundancia. En el País Vasco, por ejemplo, el propio ministro Irujo tuvo que marchar a Bilbao y volver con seis morteros y veinte fusiles en su coche[81]. Pero hay otras indicaciones de la llegada de grandes cantidades de armas al Norte[82]. Resulta muy difícil determinar la situación real si no se toman en cuenta gran número de factores desconocidos, como la idoneidad de las armas a su llegada, tanto desde el punto de vista de su calidad como de su pertinencia para la situación militar, el aprovisionamiento de municiones del modelo y calibre apropiados, el que llegasen cuando hacían falta y consideraciones similares. En la campaña de Santander, un documento habla de que las fuerzas republicanas contaban con 261 cañones, pero eran de 25 manufacturas distintas y sus calibres variaban entre 37, 47, 70, 75, 76,2, 77, 80, 105, 115, 127, 150, 152,4, 155 y 210 mm. No es raro, pues, que el documento se queje de una constante escasez de municiones[83]. Y también habría que saber hasta qué punto se carecía de hombres con la suficiente habilidad como para utilizar del mejor modo posible toda esa variedad de armas.

Las cifras carecen de significado a menos que puedan relacionarse con lo que se necesita. Al final de la guerra, los nacionales poseían: 1 090 000 fusiles y otras armas personales; 35 000 armas automáticas; 7600 morteros; 3200 cañones; 651 tanques[84]. En contraste, el presidente Negrín dijo al diplomático británico Skrine-Stevenson que precisaba: 500 000 fusiles;

12 000 ametralladoras; 1600 cañones; 200 tanques; 400 aeroplanos, para mantener Cataluña y el frente Centro-Sur[85].

Si comparamos estas cifras con las dadas por el general Matallana a Negrín en febrero de 1939, apreciaremos la gravedad de la situación del ejército republicano. Las cifras de armas que quedaban eran las siguientes: 800 cañones, 80 tanques, 350 000 fusiles[86].

Anteriormente, en la última ofensiva de envergadura de la República, la del Ebro, los nacionales contaban con setenta y seis baterías de artillería, veintidós de ellas de gran calibre (de más de 149 mm)[87]. A tres cañones por batería, que era la media normal en esa fase de la guerra, los nacionales tenían 228 cañones. Las cifras totales del ejército del Ebro son desconocidas, pero, poco antes de la ofensiva, cuando la fuerza atacante había reunido toda su potencia, el V Cuerpo contaba únicamente con cuarenta y ocho piezas que funcionasen[88].

En enero de 1939, no había más que 173 cañones en buen estado en todo el grupo de Ejércitos de Cataluña[89].

Y cuando había cañones, faltaban proyectiles. Rojo señala que los cañones de 105 mm estaban siempre escasos de proyectiles y gastaban en una andanada el aprovisionamiento de un día[90]. Modesto se refiere a un suministro de ocho proyectiles por día[91].

Los obuses frecuentemente no estallaban. En dos semanas del verano de 1938, al efectuar una inspección en ocho fábricas distintas, se descubrieron 5035 proyectiles defectuosos de 75 y 105 mm[92]. Gran parte de ellos se deberían a la ineficacia y falta de disciplina, pero también debemos recordar que el agente de los nacionales en Madrid que se dio a conocer al coronel Casado estaba al mando de un taller de reparaciones de artillería[93]. El gran número de oficiales que había recibido calificaciones desfavorables pero no condenatorias del Gabinete de Información y Control debe ser considerado como saboteadores en potencia en la retaguardia.

El general Rojo resumía los problemas en un teletipo enviado al ministro de la Defensa a finales de la batalla de Teruel en febrero de 1938: «Nuestro problema es, como me he cansado de repetir, de una trágica sencillez: material, material y material… Con que tuviéramos la mitad o la

tercera parte del material de que dispone el enemigo, nuestra victoria estaría prontamente asegurada»[94].

La raíz del problema estribaba, naturalmente, en el Pacto de No Intervención que impedía al gobierno español republicano comprar armas a otras potencias. El Pacto no era cumplido por Italia ni por Alemania, y la República se veía obligada a adquirir armas donde podía. Los representantes británicos en España opinaban que ambos bandos fabricaban sólo una pequeña parte de las armas que utilizaban[95]. Dados tales problemas, el suministro de material por parte de la URSS adquiere una gran importancia.

La Unión Soviética firmó el Pacto de No Intervención el 23 de agosto de 1936, pero el embajador soviético en Londres, que representaba a la URSS en las reuniones del Comité de No Intervención, afirmó que Rusia se consideraría libre de toda obligación si los alemanes e italianos no cesaban de suministrar armas a los nacionales[96]. El 23 de octubre, el embajador, Maiski, afirmó que la URSS ya no se consideraba obligada por el Pacto[97].

El día 25 de julio, José Giral, presidente del gobierno, dudoso de que Léon Blum fuera capaz de superar la oposición dentro de su propio gobierno al envío de material a España, había enviado el siguiente mensaje al embajador ruso destinado en París: «El gobierno de la República española necesita suministrar a su ejército una cantidad significativa de armas modernas para hacer frente a la guerra que ha empezado … conociendo las posibilidades y disponibilidad de armamento que tiene la URSS, he decidido solicitar a Vd. que informe a su gobierno del deseo del nuestro y de la necesidad de buscar en su país el suministro de una gran cantidad de armas y de pertrechos militares de todas clases»[98]. Giral todavía no pedía que Moscú enviase a personal combatiente ni asesor. Sin embargo, cuatro días más tarde, la URSS declaró: «El gobierno español nunca ha pedido ayuda. Estamos convencidos de que encontrarán en su propio país recursos suficientes para liquidar este amotinamiento de los generales fascistas, que siguen órdenes de otros países»[99]. Los agentes de la información militar soviética y de la Comintern estaban al tanto de las deficiencias armamentísticas de la República. A primeros de septiembre, Rosenberg, el recién llegado embajador a España, Koltsov, el periodista y

agente personal de Stalin, y el embajador de España en Moscú, don Marcelino Pascua, subrayaron ante la cúpula gubernamental y militar soviética la gravedad de la situación. El comisario de Defensa, Voroshilov, le propuso a Stalin el envío masivo de material, dándole el jefe soviético el visto bueno. El proyecto de ayuda militar, la Operación X, a realizar por la Sección Y —en paralelo con los llamados Ufficcio Spagna y Sonderstab W, de Italia y de Alemania respectivamente— fue elaborado por Semyon Uritsky, jefe del directorado de Información Militar del Ejército Rojo.

Dentro de la URSS, el movimiento de material por tren desde los almacenes hasta el puerto de embarque en el Mar Negro venía controlado estrechamente por fuerzas de seguridad. Para despistar, dando a saber que el material iba destinado a Extremo Oriente, en los vagones se pegaban etiquetas que indicaban Vladivostok como destino.

El número de los llamados *igreks* (letras Y) es decir viajes, según las listas contabilizadas por Gerald Howson, totalizan 48[100] realizándose el primer viaje en el mercante español *Campeche*, que llegó a Cartagena el día 4 de octubre de 1936 con seis cañones de marca inglesa, seis mil proyectiles, 240 lanzadores de granadas de marca alemana con sus correspondientes municiones, y 20 362 fusiles con seis millones de cartuchos[101]. El segundo *igrek* fue el *Komsomol*, que llegó el 12 de octubre con cincuenta carros de combate, acompañados por el coronel ruso Krivoshein con cincuenta carristas pero sin piezas de repuesto, equipos de mantenimiento ni personal especializado de mantenimiento. Además, Krivoshein desembarcó sin saber ni siquiera adónde iba destinado, ni se lo sabía decir el agregado naval ruso, Nikolai Kuznetsov, de modo que Krivoshein se vio obligado a efectuar llamadas telefónicas antes de que se dirigiera con los carros a la base establecida en el balneario de Archena, a una distancia de noventa kilómetros de Cartagena[102]. La confusión debió tener su origen en que las autoridades militares españolas o no sabían que llegaban carros, o no se habían puesto en comunicación —suponiendo que existía un modo de comunicar con el *Komsomol* en alta mar— con Krivoshein, o que sencillamente el caos era tanto que no se había destacado a un militar de empleo apropiado para dar la bienvenida al coronel soviético.

El contraste entre la calidad del material enviado desde la URSS en el *Campeche* y en el *Komsomol* no podía ser mayor. En el primero, llegaron los fusiles que dieron pábulo a las declaraciones en el sentido de que la URSS envió material viejo e inservible. Efectivamente, los fusiles eran de seis diferentes calibres, incluso del totalmente obsoleto 11 mm. De los 58 183 fusiles que mandó la URSS en 1936, casi 26 000 eran objetos antiguos que llegaron con pocos cartuchos. Otros seis mil, muy usados, llegaron con la mitad de los cartuchos que deberían tener[103]. El caso era igual con las ametralladoras norteamericanas Colt, cuyas cintas estaban deterioradas, y las St. Etienne y Chauchat francesas que ya habían sido retiradas del frente por su poca fiabilidad durante la primera guerra mundial. Ahora bien, mucho del material, tal como las 280 piezas de artillería inglesas y japonesas (el 28 por ciento de lo que se encontraba en los parques soviéticos), que Voroshilov le comunicó a Stalin, con fecha 2 de noviembre de 1936, que iba a enviar a España, no era necesariamente ni muy antiguo, datando quizá de principios del siglo, ni en mal estado.

Estimación del número total de equipamientos, armas y pertrechos militares enviados a España, 1936-1939, según Ribalkin y otros autores

	Ejército Republicano	*Ejército de los nacionales*	
Tipo de material	*URSS*	*Alemania*	*Italia*
Aparatos aéreos	648	621	632
Carros de combate	347	250	150
Vehículos blindados	60	—	—
Cañones	1.186	700	1.930
Morteros	340	6.174	1.426
Ametralladoras	20.486	31.000	3.436
Fusiles	497.813	157.306	240.747
Proyectiles (cartuchos)	862.000.000	250.000.000	324.900.000
Obuses	3.400.000	1.100.000	7.700.000
Bombas aéreas	110.000	—	17.000
Submarinos	—	—	4

Equipamientos, armas y pertrechos militares enviados a la República Española desde la URSS, 1936-1939, según Howson

Tipo de material	*Enviados desde la URSS*
Aparatos aéreos	623 más 4 instructores U II
Carros de combate	331
Vehículos blindados	60
Cañones	1.090 - 1.228
Lanzagranadas	240 - 340
Ametralladoras	12.578 - 15.008
Fusiles	294.645 - 379.645
Proyectiles (cartuchos)	—
Obuses	—
Bombas aéreas	—
Submarinos	—

Pertrechos militares entregados por la Unión Soviética a la República Española durante el período comprendido entre el mes de octubre de 1936 y el mes de enero de 1939, según datos oficiales soviéticos publicados en 1974

	1.10.1936-1.08.1937	*14.12.1937-11.08.1938*	*25.12.1938-28.01.1939*	*Total*
Aparatos aéreos	496	152	—	648
Carros de combate	322	25	—	347
Vehículos blindados	60	—	—	60
Cañones	714	469	3	1.186
Ametralladoras	12.804	4.910	2.772	20.486
Fusiles	337.793	125.020	35.000	497.813

Pertrechos militares entregados por la Unión Soviética a la República Española durante el período comprendido entre el mes de octubre de 1936 y el mes de julio de 1937, según datos oficiales soviéticos publicados en 1974 y documentos del RGVA

	1.10.1936-6.12.1936	*7.12.1936-31.03.1937*	*1.04.1937-1.08.1937*	*Total*
Aparatos aéreos	136	197	163	496
Carros de combate	106	150	66	322
Vehículos blindados	30	30	—	60
Cañones	174	540	—	714
Ametralladoras	3.750	3.527	5.527	12.804
Fusiles	60.183	128.817	148.793	337.793

FUENTE: Kowalsky, págs. 214-215.

En 1936, los carros de combate constituían el arma de tierra más moderna, cuyo empleo se pensaba que daba la mayor posibilidad de triunfo a un ejército. Y en efecto llama la atención el contraste entre los fusiles y ametralladoras, muchos de ellos inservibles, enviados desde la URSS, y los carros de combate que trajo el *Komsomol*. El carro T26 fue la máquina bélica más potente que actuó en la guerra civil[104]. No obstante, estos carros tenían sus problemas, como indica el hecho de que los sublevados consiguieron capturar un número impresionante de ellos[105]. Potencialmente, el peso y el armamento del T26 prometían que, en el contexto de la guerra de España donde los sublevados empleaban el más débil *Panzer Mark I* y las tanquetas pequeñas italianas, el T26 llevaba las de triunfar. Ahora bien, el T26 no tenía un blindaje capaz de resistir los disparos de los cañones anticarros alemanes. Además, a causa de que las ametralladoras del carro T26 giraban dentro de la misma torreta que el cañón, no podían inclinarse suficientemente para disparar a un individuo que se acercara a una distancia muy próxima. Dado que era también difícil conducir el tanque y dirigir su fuego mirando desde el interior de la máquina, los carristas luchaban con la torreta abierta, por lo cual un enemigo valiente y resuelto podía destruir el tanque echando dentro una botella de gasolina con una mecha encendida, invento que en la segunda guerra mundial se llamaría el «cóctel Molotov».

El 26 de noviembre de 1936 llegó la segunda remesa: 56 carros T26. Éstos formaron la Primera Brigada Blindada. Para primeros de septiembre de 1937, la URSS había enviado a España 306 carros de combate, de los que 80 habían quedado destrozados y 17 con importantes daños[106].

El carro soviético BT5, cincuenta de los cuales llegaron el 14 de agosto de 1937, con sus veinte toneladas de peso, sus 40 km/h de velocidad, sus tres ametralladoras y su cañón de 45 mm y sus 60 mm de blindaje, había sido diseñado en vistas al empleo del carro como arma independiente. Estas máquinas sufrieron un fracaso rotundo el 13 de octubre 1937 en Fuentes del Ebro, a unos treinta kilómetros al sudeste de Zaragoza. La manera más segura de que la infantería avanzara más o menos a la misma velocidad de los carros con vistas a ocupar el terreno conquistado hubiera sido montarla en vehículos motorizados bien protegidos y todo terreno. Sin embargo, en Fuentes de Ebro, la infantería, sin haber sido entrenada para ello, subió encima de los carros. El plan era que, bajando de los carros detrás de las líneas enemigas, se tomaría a éstas por sorpresa. Desafortunadamente, la XV Brigada (principalmente internacional), que debía realizar la maniobra, no había realizado los ejercicios necesarios. Se perdieron 19 de los 45 carros que tomaron parte en la acción, enfangándose algunos, mientras las bajas de la infantería fueron cuantiosas, entre otros motivos porque la naturaleza accidentada del terreno y la construcción de los BT5 tuvieron el efecto de hacer caer a muchos soldados a tierra donde resultaron blancos del fuego hostil. Los pocos BT5 que lograron entrar en Fuentes de Ebro no pudieron maniobrar en sus calles estrechas, encontrándose entonces fácil presa del enemigo[107].

Los carros de combate BT5 eran lo mejor que producía la industria militar soviética. Manejados por personal con una formación apropiada, en terreno adecuado, con cobertura aérea y con comunicación radiofónica, hubieran constituido un enemigo formidable. Ahora bien, con insuficientes especialistas rusos, con tripulaciones escasamente preparadas, inexperimentadas y que hablaban diferentes lenguas, y sin que los mandos y estados mayores hubiesen estudiado el terreno con detalle, los BT5 sufrieron accidentes y averías que los expusieron al fuego enemigo. Los carros resultaban vulnerables especialmente a los magníficos cañones alemanes de 88 mm[108]. Dicho de otra manera, hay que tener en consideración no las cualidades teóricas de una arma sino su empleo en las circunstancias reales. Resulta evidente por las pérdidas en la primera acción donde se empleó los carros, que tuvo lugar el 29 de octubre de 1936 en

Seseña, que los T26 avanzaron con gran éxito unos 20 km, dejando atrás la infantería acompañante y sin contar con cobertura aérea. Si desde un aspecto hicieron mucho daño a las posiciones del enemigo, desde otro las tripulaciones terminaron el ataque sin saber dónde estaban ya que no poseían radio. Sin combustible, ya que la cuestión de la distancia que iban a cubrir no había sido considerada, los carros no tuvieron otra alternativa que la de volver a su punto de partida.

La consecuencia de la mala o insuficiente preparación, entrenamiento y estudio fue que, en el primer mes de su actuación, las unidades soviéticas blindadas perdieron entre el cincuenta y el sesenta por ciento de sus máquinas, por botellas de gasolina, por minas antitanque y por impactos de artillería. Para la batalla de Brunete en julio de 1937, 68 carros rusos habían sido destruidos y 116 quedaron necesitados de reparaciones[109].

El que la potencia de los carros soviéticos fuera mayor que la de los carros italianos y alemanes que emplearon los sublevados tiene poco que ver. Aunque entre 331 y 347 carros de combate fueron enviados por la URSS durante toda la guerra, rara vez podían reunirse cien máquinas. Normalmente las operaciones se realizaban con unas cuantas compañías totalizando unas decenas de carros, más o menos como hacían los nacionales. En segundo lugar, la calidad y nivel de formación de los tripulantes eran bajos. Cuando el coronel inglés Martel, especialista en carros, observó en 1936 las maniobras anuales rusas, comentó que éstas resultaban confusas debido a que los mandos no sabían controlar ni coordinar los movimientos de las máquinas, siendo muy inadecuado el entrenamiento táctico[110]. Además, la URSS envió tripulantes sólo al comienzo de su intervención, siendo los conductores a menudo españoles sin formación adecuada y a veces voluntarios internacionales, lo cual llevaba al caos lingüístico. Recibieron pocas nociones de teoría o de doctrina. Dada, por otra parte, la casi ausencia de carros en el ejército español de preguerra (los pocos carros Renault del primer regimiento de carros de la guarnición de Madrid fueron incorporados en una compañía con mando ruso), y el poco entusiasmo mostrado por los agregados militares españoles cuando informaban sobre las maniobras con tanques realizados en el extranjero, los militares españoles habían tenido pocas

posibilidades de adquirir nociones del empleo táctico del carro de combate[111]. Por último, los carros rusos necesitaban un mantenimiento técnico para el cual no existían facilidades más que rudimentarias[112].

El problema es que no se podían extraer conclusiones válidas sobre la utilización de los tanques en la guerra de España, porque no se utilizaban correctamente. Los jefes del EM se daban cuenta de ello y Rojo criticaba la falta de coordinación con la Infantería, al tiempo que Matallana, jefe del EM del Ejército del Centro, se quejaba de que en Brunete no se había elaborado un plan conjunto de operaciones entre los tanques y la Infantería, y que sin tal coordinación los tanques estaban abocados a la destrucción, sin que se ganase ninguna ventaja práctica con su utilización, y que el origen del problema estribaba en la «gran autonomía» de que gozaba el jefe de los tanques. Como resultado, el EM del Ejército del Centro no sabía cuántos tanques tenía cada cuerpo ni cuántos estaban en reserva, dónde se encontraban ni cuántos se habían perdido[113]. Esta afirmación y las de otros jefes militares sobre la batalla de Brunete prestan credibilidad a la declaración del coronel Casado de que: «Ni la Fuerza Aérea ni el cuerpo tanquista estuvo controlado por el Ministerio de Defensa Nacional, ni, en consecuencia, por el Estado Mayor General»[114].

Si el carro de combate era un arma nueva en España, no puede decirse lo mismo en cuanto a la Aviación, arma en la que pilotos españoles habían sido hasta pioneros.

En los años 1930, la Aviación se veía fundamentalmente como un arma que servía de ayuda táctica a las fuerzas de tierra. El empleo estratégico de aviones se limitaba al bombardeo de centros civiles, tales como los bombardeos de Madrid y Barcelona por aviación alemana e italiana, y ocasionales bombardeos por aviación republicana sobre ciudades de la zona sublevada, ataques que, aun siendo responsables de graves pérdidas humanas, no tuvieron significantes efectos sobre la marcha de la guerra. Incluso la destrucción de Guernica, aunque el empleo de bombas incendiarias representaba un experimento en infundir terror entre la población civil, tenía también un motivo táctico al buscar cortar la retirada de fuerzas vascas sobre Bilbao.

En cuanto a números, en resumidas cuentas, Alemania e Italia enviaron 1253 aviones a los sublevados, mientras la URSS mandó 648 a la República. La fabricación y el montaje de aviones en la zona del gobierno resultó insuficiente porque los aparatos construidos o carecían de motores o de ametralladoras o de los dos. Los informes soviéticos criticaron la lentitud de la vitalización de la industria bélica debida a la rémora de los procesos burocráticos[115].

Por lo que se refiere al uso táctico de Aviación, el contraste es notable entre el bombardeo concentrado por parte de los sublevados de posiciones fortificadas enemigas, y el no-empleo de tal técnica por la Aviación republicana. La técnica de los nacionales explica la frecuente ocupación por tropas sublevadas de posiciones enemigas bien fortificadas y hasta montañosas, tal como en la campaña de Asturias de 1937. Los frentes republicanos de Aragón fueron destruidos empleando el bombardeo táctico aire-tierra en la primavera de 1938 por parte de una acumulación de centenares de aviones. Joaquín García Morato, el as nacional, desarrolló el ataque en «cadena», que tuvo un efecto desintegrador sobre los puentes que comunicaban las fuerzas del Ejército Popular con la retaguardia al otro lado del río Ebro durante la sangrienta batalla de julio a noviembre de 1938. El jefe del arma de cazas de la Aviación gubernamental subraya en sus memorias que hubo mucha menos colaboración aire-tierra entre las fuerzas gubernamentales que entre los sublevados[116]. Por otra parte, cualitativa y cuantitativamente el fuego antiaéreo alemán resultaba más efectivo o cuantioso que el de sus contrarios, sobre todo al acercarse el final de la guerra, cuando la Aviación alemana atacaba campos de aviación gubernamentales sin encontrar defensa antiaérea. A la vez, la carencia de aviones republicanos llegaba a tales límites que las columnas y artillería nacionales rara vez se camuflaban[117].

Los cazas rusos I-15 y I-16, los llamados «Chato» y «Mosca», supremos en 1936, dominaban los cielos mientras había suficientes de ellos y suficientes pilotos rusos que sabían sacar el máximo rendimiento de estos aviones, los mejores de su época. Hubo en España un total de 770 aviadores rusos, de los cuales la cifra máxima en un momento dado —298— se encontraban volando para la República a finales de 1936. En comparación

con Alemania, que envió a España a los aviadores del *Luftwaffe* con fines de adquirir experiencia de combate, los soviéticos retiraron a sus aviadores en cuanto fue posible, o para no arriesgar perderlos, o para que su presencia no fuera notada. La URSS adiestró a cierto número de promociones de pilotos españoles, en la 20.ª Academia Militar de Pilotos ubicada en Kirovabad (Azerbaiyán), a costa de la República. 193 españoles marcharon a la URSS el 1 de febrero de 1937 para realizar un curso intensivo de cinco meses. En total, se formaron quinientos pilotos españoles, incluso 185 que completaron el curso en mayo de 1939 después de terminada la guerra civil, más otros doscientos que no llegaron a volar en España[118]. En realidad, los flamantes pilotos españoles, pese a su entusiasmo y su valor, carecían de horas de vuelo en comparación con sus adversarios. Es decir, que no estaban siempre suficientemente preparados para lo avanzado de los aviones, produciéndose en consecuencia accidentes frecuentes, lo cual muestra una marcada diferencia entre el número de aparatos perdidos por accidente: 147 de los gubernamentales en comparación con 13 para los sublevados[119].

Alemania, en contraste, empleando la guerra de España como banco de pruebas de su Aviación, en constante desarrollo, mejoró su caza *Messerschmidt Bf.109*, de modo que para 1939 este caza tenía una autonomía de dos horas en el aire, una velocidad máxima de 323 millas o 516 kilómetros por hora y un aparato eficaz de radio. Con depósitos de combustible adicionales, tenía suficiente autonomía para escoltar bombarderos. Ningún caza gubernamental podía desempeñar este papel, de modo que éstos no lograron sacar todas las ventajas potenciales de sus bombarderos rápidos SB «Katiuska» muy vulnerables al fuego de cazas por la insuficiente protección de sus depósitos de combustible[120].

El R-5 «Rasante», biplano de reconocimiento y bombardeo, de los cuales la URSS envió 31 aparatos en noviembre de 1936, se empleó en misiones de bombardeo a niveles bajos. Sin embargo, las pérdidas hicieron que se los juzgara demasiado lentos y vulnerables para operar sin escolta de cazas. La historia del grupo, reducido por pérdidas al tamaño de una escuadrilla, sugiere que la Aviación gubernamental podría haber desempeñado un papel de constante acoso de infantería enemiga si los rusos

hubiesen continuado enviando el R-5, de los cuales se construyó en la URSS un ingente número. Algo semejante podía decirse del R-Z «Natacha», un R-5 modernizado, de los que 31 llegaron a España en enero de 1937. El instructor soviético en El Carmolí, Cartagena, preparó a los pilotos españoles, sobre todo para el vuelo a bajo nivel y para la defensa contra cazas. En la batalla de Guadalajara de marzo de 1937, los Natacha tuvieron una actuación brillante, atacando a las fuerzas italianas desde niveles bajos. Ahora bien, la URSS envió un total de 155 R-5 «Rasante» y R-Z «Natacha»[121]. Por supuesto, dadas las pérdidas inevitables en acción de guerra y en accidentes, la Aviación gubernamental sufrió la consecuencia de la evidente desgana soviética de proporcionar más aparatos, a pesar de las solicitudes incluso por parte de los propios asesores rusos en España[122]. Por otra parte, si los rusos hubiesen desarrollado versiones más avanzadas de sus célebres cazas y si los hubiesen enviado a España en números iguales a los de la Legión Cóndor alemana, y con pilotos soviéticos mejor preparados que los españoles que hicieron cursillos intensivos en la URSS, es posible que el progreso de la guerra hubiera sido diferente. Una vez que algunos de los cazas rusos I-16 «Mosca» recibieron los motores Wright-Cyclone F54 que los capacitaban para operar eficazmente a las alturas donde los *Messerschmidts* ulteriores funcionaban mejor, su rendimiento prometía ser mayor, pero para entonces ya era demasiado tarde[123].

Uno de los comentarios que hacen los observadores hostiles a la URSS es el que se refiere al precio y calidad de los armamentos soviéticos. Resulta interesante volver a examinar un documento anónimo de los archivos militares, porque se trata de la factura soviética por las mercancías y aprovisionamiento que suministraron. Cada tanque T-26 había costado 247 845 pesetas, lo que considera el autor razonable. Los fusiles habían salido a un precio medio de 153,75 pesetas, cada uno que consideraba alto teniendo en cuenta que se trataba de fusiles ya utilizados. Las ametralladoras y fusiles automáticos variaban desde 1200 pesetas por un fusil automático usado a 7380 pesetas por una ametralladora Maxim nueva. Como cada Maxim de fabricación española salía por 5000 pesetas, el autor cree que su precio era muy elevado. Las pistolas, a 180 pesetas, también

tenían asignado un precio demasiado alto, pero la artillería, si no era usada, se vendió a precios razonables. Con las debidas reservas, las conclusiones del autor fueron que, dadas las circunstancias, no se sobrecargó demasiado el precio del material. En total, hasta esa fecha (28 de enero de 1937), se habían gastado 440 millones de pesetas[124].

Actualmente, ciertas investigaciones dan a entender que la URSS manipuló los tipos de cambio aplicables al coste del material militar que envió a España, últimamente con cargo a las reservas de oro depositado en Moscú, muy a favor de sus propios intereses[125]. Hasta ahora no ha habido una respuesta a tal grave acusación.

No eran raras las críticas a la calidad de las armas de origen ruso o suministradas por los soviéticos; ya se ha visto el tema de los fusiles y ametralladoras. Un teniente de Artillería recuerda que prestó servicios en una batería de cañones de 107 mm que no tenían mecanismo de retroceso y reculaban peligrosamente al dispararlos. Se pensaba que eran restos de la guerra ruso-japonesa de 1904[126]. Líster escribe varias frases al respecto, y asegura que el material de mala calidad y anticuado fue adquirido por agentes del gobierno, en tanto que, en su opinión, las armas enviadas por la Unión Soviética eran las mejores de que se podía disponer[127]. En el caso de los tanques y aviones, es cierto, y también lo es que parte del material comprado resultó deficiente, pues incluso los nacionales, al capturar algún barco que lo transportaba, tuvieron que repararlo antes de poder utilizarlo[128]. Walter Krivitski, uno de los organizadores del transporte de material ruso, recuerda que hubo comerciantes que compraron armas en Alemania, algunas de mala calidad[129]. La otra cara de esas compras fue revelada por el almirante Canaris, jefe del servicio de Información alemán, quien dispuso a través de un comerciante la consecución de material viejo, que se saboteó en Alemania limando los percutores, disminuyendo las cargas de las granadas, etc., y fue revendido al comerciante, a quien se lo compró el gobierno español[130].

El significado real de la ayuda exterior al ejército republicano puede aclararse probablemente examinando los valores relativos de las armas pagadas con el oro español enviado a la URSS y los totales conformes de la ayuda alemana e italiana a los nacionales.

Ambos bandos tuvieron que hacer frente al problema de efectuar pagos internacionales. Puesto que poseía la reserva aurífera de la nación, la República pudo, después de ciertas maniobras legales, emplearla para comprar material en el exterior. Vendió oro por un valor de 195 millones de dólares en Francia y, habiendo decidido depositar la mayoría del tesoro restante en la URSS, gastó unos 518 millones de dólares al movilizar tal oro en el mercado internacional. Finalmente, se gastó unos 20 millones de dólares de plata. Añadiendo unas pequeñas cantidades más, el total gastado con la venta de tesoro ha debido de ser de unos 744 millones de dólares. En este cálculo no se incluyen varios créditos y transacciones comerciales.

Los sublevados, para financiar el esfuerzo de guerra, tuvieron recurso a varios mecanismos pero, sobre todo, al crédito. Puesto que la valoración en la posguerra de las cantidades adeudadas varían según la forma de calcularlas, el total de apoyo extranjero de los sublevados se puede calcular como entre un máximo de 716 y un mínimo de 694 millones de dólares[131].

Ahora bien, habría que calcular el valor del crédito extendido por la Texaco al bando sublevado[132], además de la influencia comercial adquirida por Alemania en España, las cantidades entregadas por personajes ricos, y el valor de los excedentes de los productos agrícolas.

En cuanto a las cantidades de material militar enviadas a los sublevados desde Italia y Alemania, fueron, siguiendo los cálculos de Thomas y de Salas[133]:

Aviones	1260
Tanques	350
Cañones	1737
Ametralladoras	11 726
Fusiles y pistolas	427 000
Proyectiles	9 000 000

Como se ve, solamente en armas automáticas y quizá ligeramente en fusiles y carros la contribución soviética fue mayor. Lo que es innegable es que las fuerzas militares de la República se encontraban a menudo carentes de material en momentos críticos. Esto fue debido en parte a la situación de

los tanques y la Aviación ya mencionada, pero también porque la República no conseguía reunir las ingentes cantidades de Artillería pesada para bombardeos masivos antes de los ataques de Infantería o para la lucha en terreno montañoso, tal durante la batalla del Ebro. Además, las circunstancias del principio de la guerra hicieron que el material disponible en los depósitos militares sufriera grandes mermas, una parte sensible de las cuales había ido a parar en las manos de las más eficaces fuerzas sublevadas[134].

IV. EL SIM

Comprensiblemente, en una situación como la de la España republicana, donde los límites de la autoridad eran vagos y la rebelión militar había investido a toda suerte de grupos del poder de actuar autónomamente, se multiplicaron las organizaciones parapoliciales. La llegada de muchos extranjeros, entre ellos agentes secretos de importancia, se añadió a la multiplicidad de servicios de investigación, y, además, había ciertamente gran número de personas cuyos antecedentes había que poner en claro: derrotistas, especuladores y saqueadores, «incontrolables», asesinos que mataban a sus víctimas aprovechándose del caos y agentes nacionales.

Las organizaciones que proliferaban incluían las oficiales del Ministerio de Defensa y el Servicio de Información del EM General, el sistema interno de seguridad de las Brigadas Internacionales, el Departamento especial de Información del Estado, dirigido por la policía, redes mantenidas por los vascos y catalanes y otras varias[135].

Para tratar de ordenar algo la situación, Prieto organizó el Servicio de Información Militar (SIM) en agosto de 1937[136]. No era éste el único motivo: el Ejército Popular sufría de los problemas de todos los ejércitos de masas. En éstos, los reclutas ingresan en unidades que no son de solera y que carecen del armazón de soldados y suboficiales de carrera, a menudo mandados por jefes que tampoco son profesionales. Tales ejércitos son propensos a la indisciplina, a los amotinamientos y a las deserciones. Se

creería que en principio, esos ejércitos serían menos rigurosos en la imposición de disciplina especialmente sobre sus componentes voluntarios, tal como fue el caso, por ejemplo en el batallón inglés de las Brigadas Internacionales, donde la pena de muerte no se imponía aunque en unos pocos casos se envió a personas recalcitrantes a puestos de tal peligro que terminaron muertos[137]. En realidad, a veces se imponen en los ejércitos revolucionarios feroces castigos ejemplares, incluso fusilamientos en masa, mientras que en un ejército como el británico, por ejemplo, aun en las condiciones atroces de la guerra de 1914-1918, los aproximadamente 350 fusilados lo fueron a título individual, por regla general por deserción ante el enemigo. Antes de hacer aspavientos ante ciertas amenazas draconianas manifestadas por parte de comisarios y mandos, sobre todo comunistas, en la guerra de España, habría que investigar semejantes casos en otros ejércitos, empezando con los de las revoluciones francesa y estadounidense, los de la guerra de Secesión norteamericana, y, llegando más cerca a nuestro tiempo, los ahorcamientos de desertores realizados por policía militar alemana al tambalearse el régimen nazi en la primavera de 1945. Y por último, en el ejército de Franco, ¿no hubo fusilamientos por deserción ni jefes que, armados de revólveres, disparaban sobre sus propios hombres si éstos huían hacia atrás durante un ataque? Los continuos fracasos del Ejército Popular, especialmente después de la pérdida de la zona del Norte, y de Teruel, más las derrotas de la primavera de 1938, condujeron a deserciones sobre todo entre los efectivos procedentes del reclutamiento forzoso. En contraste, el Ejército Nacional llamó menos clases de reservas y, por otra parte, éstas iban ingresando en unidades de solera de un ejército donde eran los moros y la Legión los que cargaban con los papeles más difíciles, y donde la tónica general era la de una victoria inevitable. Incluso puede ser que el trabajo de los comisarios, dedicado a explicar la naturaleza de la guerra a los nuevos reclutas, acabara, por aburrimiento o hastío de oír el mismo «rollo», por tener consecuencias contrarias. Y en efecto, parece que el número de deserciones hacia el campo de los sublevados era mayor que en dirección contraria[138]. Ahora bien, no es inverosímil que la misma ausencia de una represión tan completa y dura entre la población civil en la zona gubernamental como la que tuvo lugar en la zona sublevada era

motivo por el que las autoridades militares iban paulatinamente notando un aumento de derrotismo y de baja moral entre las unidades que encabezaban, a medida que ingresaban en el ejército personas que simpatizaban con el enemigo.

Por consiguiente, se estructuró un sistema de justicia militar bastante rigurosa, aunque las condenas duras citadas por la historiografía se impusieron por actos de indisciplina y deserciones que con toda certeza serían quizá aun más severamente castigados en el ejército contrario[139]. Ahora bien, una de las características especiales de la justicia militar en el Ejército Popular lo constituía el hecho de que el comisario de la unidad a la que pertenecía el culpable tenía que estar de acuerdo con la sentencia del Tribunal de Guerra, y en caso de desacuerdo el caso pasaría al Tribunal Supremo. Sería interesante examinar algunos procesos para ver si el comisario ejercía una influencia moderadora en la severidad de la pena impuesta. Durante la crisis de marzo de 1938, cuando las fuerzas franquistas dividieron en dos a la zona gubernamental, es cuando el Comisariado General de Guerra, habiendo recibido la aprobación del jefe de Estado Mayor, Rojo, temiendo la derrota completa, emitió una orden que permitía a los comisarios dar muerte ellos mismos, sin formación de causa «a aquellos mandos que no estuvieran de nuestra parte y fueran enemigos declarados del régimen»[140]. Ser «enemigo declarado» suscita unas preguntas. Tal enemigo ¿cómo podía llegar a ostentar un mando? En julio de 1938, se ordenó el cese de fusilamientos sin causa, aunque no se puede saber cuántas ejecuciones tuvieron lugar ni si fueron impuestas por motivos que no hubieran exigido la misma pena de haber intervenido un proceso en forma legal.

Prieto explica que tuvo cuidado de que en el SIM hubiese distintas representaciones políticas y en mantenerlo fuera de la influencia soviética. Una persona a quien nombró jefe en el Ejército del Centro, Gustavo Durán, era comunista y, según Prieto, trató de reclutar a miembros del PCE como agentes. A raíz de ello se le volvió a destinar al ejército mientras Prieto informó a la misión soviética de que Durán no estaba habilitado para hacer tales nombramientos. Prieto nombró entonces a Manuel Uribarri. No

obstante, en su discurso al PSOE tras su apartamiento del Ministerio de Defensa, reconoció que había sido un error[141].

Uribarri había sido oficial de la Guardia Civil en Valencia y había participado activamente en la formación de las primeras Milicias, peleándose con el capitán Bayo a propósito de la expedición de Mallorca y mandando luego la columna Fantasma en Extremadura[142].

Resulta extraño que no se encontrase a ningún oficial más apropiado a quien confiar el mando del SIM, pero Uribarri formaba parte del grupo de oficiales profesionales de confianza que habían conspirado contra Primo de Rivera y era conocido de los hombres políticos[143]. Confesó a Prieto que debía rendir informes directos a agentes soviéticos[144], aunque desconocemos qué presiones pudieron hacerse sobre él para tal cosa. Finalmente, abandonó España con oro y joyas, huyendo probablemente de los comunistas por algún asunto que sigue sin aclararse[145]. Se puede presumir que el SIM aceptó sobornos y que Uribarri estuvo implicado en ello y puede que por ahí se convirtiese en un instrumento de los rusos, pero se carece de pruebas al respecto.

En 1938, Negrín nombró a un socialista, Paulino García, para que enderezase las «atrocidades», posiblemente irregularidades financieras, de Uribarri y purgase el servicio de comunistas[146]. De hecho, las fuentes comunistas indican que, en esa fase de la guerra, su participación en el SIM era mínima. En abril de 1938, en la zona Centro, había 248 agentes del SIM miembros del PSOE o la UGT y sólo dos del PCE[147].

Los nacionales han acusado al SIM de haber torturado a los sospechosos, y dadas las pruebas aportadas después de la guerra podemos considerar la acusación fundada[148]. La CNT igualmente ha hecho coro a estas acusaciones[149], y es posible que efectivamente el SIM atrajese a sádicos de la misma manera que otras organizaciones similares, pero es dudoso que después de abril de 1938 fuese una organización especialmente controlada por los comunistas, y de hecho, Casado tenía suficiente confianza en el jefe del SIM en Madrid, el socialista Pedrero García, como para darle instrucciones para la preparación de su golpe de Estado de marzo de 1939[150]. A pesar de ello, el Consejo Nacional de Defensa, casadista,

suprimió el SIM y lo sustituyó por un organismo de policía que dependía enteramente del mando militar[151].

V. Conclusiones

El Partido Comunista de España experimentó inevitablemente un aumento de miembros e influencia debido a la evidente oportunidad de sus puntos de vista sobre cómo llevar a cabo la lucha, así como por la mejor disciplina de sus Milicias, lo cual llevó a los intentos de Largo Caballero y posteriormente Prieto de limitar la influencia del PCE, con el efecto de conseguir el enfrentamiento de los comunistas, que reaccionaron provocando la caída de ambos ministros. Pero la opinión no comunista no estuvo nunca satisfecha con la situación.

La supresión de las colectividades anarquistas de Aragón y la reducción de su poder en Cataluña aumentaron los resentimientos dentro del campo republicano.

La ayuda soviética consistió en asesores, que no parecen haber excedido esa función, excepto en puestos altamente especializados, y se marcharon probablemente en su mayoría a finales de 1937, y, aunque su control de los tanques y la Aviación impidió el desarrollo de una estrategia integrada, es improbable que sus puntos de vista tácticos influyeran en el Estado Mayor español. Las armas soviéticas, cuando se dispuso de ellas en el momento oportuno, fueron una ayuda vital para la República, pero las limitaciones del transporte por el Mediterráneo reducían su suministro en comparación con el recibido por los nacionales. El prestigio del PCE aumentó gracias a la presencia de los rusos y los suministros de armas pero es dudoso que la URSS ejerciese en ningún momento presiones en favor de algún miembro concreto del Partido.

La influencia del PCE puede haber sido exagerada, quizá porque las acusaciones de Prieto han sido sobreestimadas y no poseemos material de Juan Negrín, que explicara sus puntos de vista y defendiera sus acciones, pero el control por Negrín de los Carabineros y los Guardias de Asalto hace

pensar que era consciente de una posible amenaza comunista. La tanda final de nombramientos de dirigentes comunistas de las Milicias para puestos importantes ocurrió porque Negrín se vio forzado a ello ante la fuerte inclinación a rendirse de los militares profesionales que ocupaban puestos vitales.

El mando soviético en España, por su parte, evitaba en cuanto fuera posible inmiscuirse en las divisiones internas españolas sobre el papel del PCE, dejando tales preocupaciones a los representantes de la Comintern. Precisamente el secretario general de este organismo, Dimitrov, escribió con fecha 31 de julio de 1937, una carta a Voroshilov en la cual le explicó cómo Prieto, ministro de Defensa Nacional, «hizo todo lo posible para oscurecer la valentía, capacidades y hazañas de los mandos comunistas Líster, Modesto, Campesino y otros»[152]. Aquí Dimitrov hace un comentario importante, alegando: «[Prieto] teme que el Ejército Popular, encabezado por mandos procedentes del pueblo, endurecidos por la batalla, represente una fuerza enorme revolucionaria y, por consiguiente, desempeñe un papel decisivo en determinar la vida social y económica, el sistema político de una España futura. Por este motivo, preferiría que el Ejército Popular fuese antifascista de una manera indeterminada, y se mantuviese lejos de la actividad política, sobre todo la comunista, y en esto lo apoyan los militares de carrera, sobre todo Rojo. Por lo menos, quiere que los mandos no sean revolucionarios activos».

Dimitrov describe aquí los temores de Prieto incluso con cierta moderación. Eran, sin embargo, *temores*, no hechos, y todo induce a creer que en aquel momento ni la Internacional Comunista ni la URSS vislumbraban crear una especie de «Democracia Popular» en España, tal como haría Stalin en los países de la Europa Oriental después de 1945 en circunstancias harto diferentes[153].

Ambas opiniones, la comunista y la anticomunista, tienen parte de razón, y lo importante de todo ello fue que existía tanto temor mutuo que, a pesar de la innegable cooperación, el exceso de politización de cada problema reducía la confianza y la preparación moral del Ejército.

10

Reorganización, derrota, rendición y consecuencias

I. Reorganización

En julio de 1937 el ejército republicano se estaba desarrollando velozmente a partir de su estado embrionario del otoño anterior. El Ejército del Centro, formado en el momento de la defensa de Madrid, estaba ya firmemente establecido con sus cinco Cuerpos, (I, II, III, IV y VI). El Ejército del Sur, a punto de convertirse en los ejércitos de Extremadura y Andalucía, se componía de los VII, VIII y IX Cuerpos. Las columnas de Aragón y el Exèrcit de Catalunya, de breve vida, habían sido fundidos en el ejército del Este, con los X, XI, XII y XIII Cuerpos. El Ejército del Norte, retrocediendo a Santander, estaba tratando de reorganizar los restos del cuerpo Vasco (el XIV) y contaba con los cuerpos de Santander y Asturias (XV, XVI y XVII). Un nuevo Cuerpo, el XVIII, estaba a punto de ser lanzado sobre Brunete el 6 de julio de 1937, y el V Cuerpo se le uniría como núcleo de un ejército de Maniobras. Las agrupaciones de Cuenca y Teruel eran aún los restos de las primeras columnas de Milicias, pero pronto formarían el nuevo ejército de Levante. Según un cálculo nacional de aquel entonces, había en total preparados 16 cuerpos de Ejército y 157 brigadas. Sugería una media de 2700 hombres por cada brigada, lo que hacía un total de 424 000 hombres. Se calculaba que el ejército republicano contaba con cerca de 374 000 en el frente[1].

Siguiendo con la reorganización del ejército, un decreto de mediados de julio de 1937 ordenaba la disolución de la estructura de antes de la guerra que se había convertido en una rémora. Todas las divisiones orgánicas, la división administrativa de Caballería, la organización por brigadas del antiguo ejército y la división de Albacete, instituida en 1936 para organizar los batallones de voluntarios, iban a extinguirse. La división de la España republicana en lo que se refería a la administración militar se haría basándose en las provincias. El reclutamiento, ya casi en su totalidad de quintas forzosas, se canalizaría a través de los Centros de Reclutamiento, Instrucción y Movilización (CRIM) que seguían el esquema organizativo de las antiguas Cajas de Reclutas. El CRIM se ocuparía asimismo de los militares retirados, de los familiares de los muertos y heridos, y de la reagrupación de las unidades dispersas y la recuperación de material. El decreto establecía igualmente batallones de retaguardia en cada zona, batallones que actuarían como una especie de policía militar. Se reservarían plazas en ellos para hombres de cierta edad que ya hubiesen estado largo tiempo en el frente[2].

Resultaba evidente que las Brigadas Mixtas eran insatisfactorias, pues había demasiadas como para poder mantener a todas con la plantilla reglamentaria. La carencia de oficiales y de armas significaba que el ejército republicano no estaba sirviéndose de estos limitados recursos y de su considerable potencial en efectivos, del modo más apropiado.

Teniendo en cuenta los problemas inherentes al sistema de brigadas que hemos tratado en el capítulo 4, es interesante examinar una propuesta anónima de reorganización conservada en los archivos del Ministerio de Defensa Nacional[3]. Reconociendo la escasez de oficiales y armas automáticas, sugería que se reconstruyese el ejército siguiendo estas líneas:

Habría sólo cuatro ejércitos, el del Sur, el del Centro, el del Este y el de Maniobras, fundiendo el de Levante con el del Este. No se crearían más cuerpos y su número sería de 17. Según esto, el documento debe de ser de hacia noviembre de 1937, pues para entonces ya habían dejado de existir los Cuerpos numerados del XIV al XVII, del Ejército del Norte, y los Cuerpos XVIII a XXI habían sido creados en octubre de 1937, y, añadidos a los 13 existentes, totalizan 17. Cada cuerpo, según la propuesta, consistiría en dos

divisiones en vez de tres; lo cual era una sugerencia muy acertada, pues los jefes de Cuerpo del ejército republicano —de graduaciones relativamente bajas y carentes de experiencia— eran probablemente incapaces de manejar eficazmente tres divisiones. La división misma se convertiría en la principal unidad de combate («gran unidad»), en vez de la brigada, que probablemente se había transformado en organismo de combate independiente sólo a raíz de las especiales circunstancias de octubre de 1936. De ese modo, pues, las brigadas perderían sus Estados Mayores, que probablemente no podían utilizarse eficientemente en todos los casos, y se reconstruirían sobre una base de cuatro batallones, en vez de tres, con una base de instrucción y suministros, cosa de que carecían las brigadas, y que se asemejaría al sistema británico de «batallón enlazado» (*linked battalion*), consistente en una unidad de instrucción que «alimenta» de tropas a los batallones que actúan. Para ahorrar oficiales, se ampliarían los batallones, constando de 930 hombres, en lugar de los 786 de la última reglamentación de 1937, y contarían con 21 oficiales en lugar de 24. Asimismo, se proponían reformas al nivel de compañía, pelotón, sección y escuadra, encaminadas todas ellas a reducir su autonomía, y con ello el número de oficiales necesarios, y a aumentar la capacidad bélica de las unidades.

El autor de la propuesta[4] calculaba que su plan permitiría ahorrar los oficiales de un Ejército, sesenta brigadas, 302 batallones, 1710 compañías (*sic*: a cinco compañías por batallón, deberían ser 1510) y 5130 secciones.

No hay señales de la respuesta que se dio al plan y aunque se cambiaron frecuentemente las reglamentaciones, no se hizo ninguna alteración de importancia a la muy clásica estructura de Ejército = 3 Cuerpos; 3 Cuerpos = 3 Divisiones; 1 División = 3 Brigadas; 1 Brigada = 4 Batallones; 1 Batallón = 5 Compañías.

Evidentemente, el peso de la burocracia y la tradición era demasiado grande, pues incluso el mismo Prieto sugirió una reducción del número de unidades, para poder utilizar mejor a los oficiales competentes de que se disponía, pero no se hizo ninguna modificación[5].

El mecanismo del reclutamiento forzoso siguió actuando inexorablemente sin tener en cuenta la carencia de casi todo lo necesario, y en octubre de 1937 se había movilizado a los reemplazos de 1930, 1937,

1938 y 1939. Cada quinta proporcionaba unos 50 000 hombres, según explicó Rojo a Azaña, añadiendo que los mozos más jóvenes de la quinta de 1939 se utilizarían para reemplazar las pérdidas y no para formar nuevas unidades[6]. Para entonces, se habían formado ocho nuevas divisiones, numeradas de la 63 a la 70, (las número 48 a 62 habían sido destruidas en el Norte y sólo algunos de sus números fueron reasignados en 1938). También se habían creado cinco nuevos cuerpos de Ejército, numerados del XIX al XXIII, dirigidos por los militares profesionales Vidal, Menéndez, Perea, Burillo y José María Galán. El ejército de Levante (Cuerpos XIX y XIII) se creó el 19 de agosto de 1937. El del Sur había sido desdoblado entre los ejércitos de Andalucía (Cuerpos IX y XXIII) y el de Extremadura (VII y VIII). El servicio de espionaje nacional reconocía la celeridad de la organización republicana y que se estaban mejorando los métodos de instrucción[7]. El informe nacional, aunque con conocimiento de las localizaciones de los puestos de mando de los nuevos cuerpos, no daba cuenta de que con ellos se pretendía formar un ejército de Maniobras, basado en los fogueados V y XVIII Cuerpos, que habían combatido en Brunete.

El 11 de diciembre de 1937, Rojo publicó una orden general destinada a evitar confusiones en la nomenclatura y a determinar cuáles mandos tenían derecho a un Estado Mayor[8]. Esta preocupación por los formalismos y el prestigio se echa notablemente de menos en el Ejército Nacional que mantenía el sistema tradicional de regimientos.

Por debajo del Ministerio y la Subsecretaría, decía la orden de Rojo, cada Arma contaba con su inspector general. Otros servicios, como Transportes, Transmisiones, Ferrocarriles, etc., tenían directores generales o jefes militares.

Sólo se reconocían las denominaciones de ejércitos, cuerpos, divisiones y brigadas, y, como unidades tácticas, únicamente el batallón, el escuadrón de Caballería y la batería de Artillería. No se admitirían los regimientos ni ninguna formación tipo Milicias, con lo cual probablemente se ajustaba a la realidad de la situación, pues no hay datos de que siguiesen existiendo Milicias.

La instrucción sólo se reconocía en lo que atañía a las escuelas populares de guerra numeradas y a algunas instituciones especiales de Carabineros y otros cuerpos paramilitares. Al haberse suprimido las divisiones orgánicas, las demarcaciones territoriales consistían en Comandancias militares, que controlaban los batallones de retaguardia y otras formaciones, todas las cuales contaban igualmente con su número. El reclutamiento sólo se podría efectuar a través del CRIM. Había «Bases» y «Centros permanentes» de Carros, Artillería (COPA) e Ingenieros (COPI).

Los Estados Mayores funcionarían incluso en el nivel de las brigadas, aunque había gran escasez de hombres apropiados a ese nivel (véase el apéndice 12). Cuando los hubiese, se destinaría un oficial diplomado de EM a cada división, tres o cuatro a cada cuerpo y siete u ocho a cada ejército. Entretanto, se ordenaba a las unidades atenerse a las ordenanzas oficiales al respecto. Después de la guerra, Rojo afirmó que en 1939 todos los ejércitos, cuerpos y divisiones y gran parte de las brigadas contaban con su EM[9]. Pero su calidad no era buena. En el ejército de Extremadura, por ejemplo, un año después de su creación, el jefe del EM, Javier Linares, fue descrito como un «*bon viveur*», y los jefes de Operaciones, Información y Servicios no eran profesionales. Su sección de Servicios, especialmente, tenía oficiales de Milicias que «desde luego, no conocían los reglamentos».

El jefe del ejército, Burillo, no mantenía contactos estrechos con su jefe de EM, mientras el informe del SIM condenaba al Estado Mayor por su falta de actividad, hablando de su «parálisis completa». El EM estaba compuesto por antiguos oficiales de baja graduación o por hombres nuevos, y la culpa de un desastre reciente se achacaba fundamentalmente al jefe de EM y a los jefes de sección del mismo que, se sugería, deberían ser degradados al mando de un batallón[10].

Desde luego, los oficiales profesionales mediocres funcionaban peor en los EMS que los buenos oficiales de Milicias, contando el ejército del Ebro, por ejemplo, sólo con un oficial profesional en su EM, que había estado con Modesto, el jefe del ejército, desde 1937. Se trataba del coronel de Ingenieros José Sánchez Rodríguez, diplomado de EM. Pero el resto del EM, oficiales de Milicias todos ellos, habían sido escogidos cuidadosamente por el propio Modesto, quien escribe lo siguiente:

> Y es que cuando tienes un Estado Mayor que has creado, eligiendo a los mejores, cuidándolos, viendo sus cualidades, estimulándoles, dándoles iniciativa y tomando ejemplo, puedes apoyarte tranquilamente en ellos y confiar en que las misiones que te encomienden podrán ser cumplidas[11].

Lo cual demuestra que en una guerra como la civil española, que se combatió contando en general con oficiales apáticos en todo el bando republicano, el papel del EM resultaba vital. Pero la estructura del ejército requería más oficiales de EM de los que se disponía.

A fines de 1937, la estructura del ejército republicano era tal como aparece en el apéndice 12. El Ejército del Norte había desaparecido pero se habían organizado los ejércitos de Levante, Andalucía y Extremadura. La idea de Rojo de un ejército de Maniobras era ya realidad, lo controlaba él y constaba del fogueado V Cuerpo, el XIV Cuerpo (las nuevas fuerzas guerrilleras; véase más adelante) y tres Cuerpos, el XX, el XXI y el XXII, con algunas unidades recién formadas, pero también incluía otras, como la 27.ª División (PSUC), la 28.ª (CNT), la 45.ª (Internacional), la 11.ª (Líster) y la 25.ª (CNT), todas ellas con un fuerte *esprit de Corps*. Al ejército de Maniobras pertenecían también las brigadas de Tanques y Blindados y cerca de 65 baterías de Artillería, así como una brigada de Caballería. De hecho, muy pocas de esas fuerzas estaban agregadas a los otros ejércitos, pues aunque según los esquemas oficiales debía haber una brigada de Caballería agregada a cada ejército, sólo el del Centro y el de Maniobras tenían puestos de mando y oficiales de brigadas de Caballería.

Pero, como observa una nota final, gran parte de las unidades que aparecen en la lista del 18 de diciembre de 1937 (véase el apéndice 12) eran inexistentes. Por ejemplo, descontando las brigadas que estaban aún en fase de reorganización, de hecho sólo había 148 de las 255 para las que se habían previsto números, y sólo 49 divisiones estaban completas.

En abril de 1938 los ejércitos republicanos de Maniobras, Levante y del Este se tambaleaban a causa del rápido avance de los nacionales por Aragón, mientras cuerpos enteros aparecen en las listas del Ministerio como «en reorganización». Se estaban juntando divisiones a base de grupos sueltos de hombres procedentes de los Centros de Recuperación, algunos de ellos tan alejados como Figueras y Gerona. El XVIII Cuerpo, del ejército de

Maniobras, había sido disuelto y sus unidades redistribuidas y lo mismo había ocurrido con el XX y el XXI y la mayor parte del XXII. Varias unidades del Ejército del Centro habían sido trasladadas al Este para reforzar las defensas republicanas. De hecho, y considerando la importancia del avance nacional, se trasladaron relativamente pocas divisiones… La 14.ª, 3.ª, 5.ª, 6.ª, 10.ª, 15.ª, 16.ª, 19.ª y 45.ª únicamente[12]. El Ejército del Centro seguiría contando con el mayor número de tropas. Rojo escribió que era demasiado arriesgado trasladar más tropas[13], y, naturalmente, podría argüirse que si el Ejército del Centro hubiese sido debilitado por el traslado de sus tropas a Aragón o Levante, los nacionales podrían haber atacado Madrid, aunque es improbable ante el enorme obstáculo que significaba una ciudad como ésa que había tenido tiempo de fortificarse, por lo que, en realidad, debería haberse podido mantener Madrid con un mínimo de fuerzas y contar con tropas amplias y móviles que se pudiesen trasladar a las zonas amenazadas rápidamente. Pero, como escribió Rojo durante la batalla de Teruel:

> Tengo muy mala idea, cada día peor, del personal afecto a los servicios de transporte por carretera, pues no se ha corregido ninguno de los defectos tan característicos en esta gente de garaje. Sino que por el contrario una gran flojedad en la dirección ha servido para acentuarlos y las poblaciones con sus comodidades suponen grandes atractivos para chóferes y demás elementos garajistas[14].

Las críticas de Rojo a las deficiencias del ejército se fueron haciendo más frecuentes. El 30 de marzo de 1938, informaba y comentaba las desastrosas retiradas de entonces. Al mes siguiente, después de haberse enterado de las elevadas cifras de armas abandonadas en la retirada, indicaba que debería encontrarse la manera de inculcar mayor sentido de la disciplina. El funcionario ministerial que resumió los informes de Rojo escribió que, como el ejército republicano no utilizaba el terror (sic), habría que utilizar la educación moral y política para infundir la responsabilidad, y fueron estas opiniones, sin duda, las que llevaron a un reforzamiento del Comisariado Político en la primavera de 1938. El sentido de la disciplina había alcanzado cotas elevadas en la primavera de 1937, seguía diciendo el informe, pero luego había vuelto a decrecer. Esta observación no resulta

extraña teniendo en cuenta la gran proporción de voluntarios que había a principios de 1937 y el hecho de que las campañas victoriosas habían tenido lugar en torno a Madrid, donde la presencia de oficiales profesionales así como la gran influencia del PCE y del Quinto Regimiento —disuelto hacía poco— aún eran perceptibles. Pero en 1938, el ejército republicano, que combatía principalmente en Aragón y Levante, estaba compuesto en gran medida por reclutas nada entusiastas, entre los que debía haber buen número de simpatizantes de los nacionales. Las ilusiones forjadas sobre un ejército miliciano habían desaparecido a raíz de la militarización y muchos hombres debían considerar que se encontraban en un ejército en el que recibirían mucha educación política pero poca comida y mala vestimenta y escasas armas y dirección. Como comentaba el Ministerio: «Se discuten casi todos los mandos militares»[15].

Y de cualquier leña se hacía fuego con que atacar a los jefes, por lo que, seguía diciendo, una vez que se ha nombrado a uno, es de vital importancia que sea aceptado por sus hombres. Si resultaba ser un mal dirigente, habría que sancionarle públicamente. Y seguía luego una afirmación que resumía todo el problema del ejército republicano:

> Hemos caminado también demasiado más deprisa de lo que nuestras disponibilidades consienten, pues hemos creado un Ejército con el nombre de tal, con toda la nomenclatura y sistema de mandos de un Ejército regular, porque así era obligado para poder manejar y articular todos los servicios, pero olvidamos que en esta organización emprendida sólo hemos subido los primeros peldaños para alcanzar la cumbre[16].

El 15 de abril de 1938, los nacionales llegaron a Vinaroz en la costa del Mediterráneo, partiendo así a la España republicana en dos zonas. Rojo había considerado esa posibilidad en un informe fechado el 1 de abril, en el que afirmaba que ante la inminente ruptura y división, las autoridades deberían considerar la reorganización de su territorio y fuerzas en dos zonas de guerra. Rojo opinaba que la dirección política y militar debía proceder de la zona Centro donde estaba la mayor parte de las fuerzas militares, y que un lugar apropiado para el puesto de mando sería Albacete[17].

El 1 de abril de 1938, los ejércitos contaban con las siguientes fuerzas:

Ejército del Este	130 520

Ejército de Levante	33 537
Ejército de Maniobras	62 322
Total	226 379
Ejército del Centro	236 515
Ejército de Extremadura	74 995
Ejército de Andalucía	55 011
Total	366 521
Total final[18]	592 900

Rojo había afirmado que las cuatro quintas partes de las fuerzas se encontraban en la zona Centro-Sur. Lo ocurrido es que considerables cantidades de efectivos de los ejércitos del Este, de Levante y del de Maniobras habían quedado al sur del río Ebro y regresado a la zona norte de Valencia, donde se detuvo el avance nacional. Finalmente, los frentes se estabilizaron, pero desde el 8 de marzo al 15 de abril de 1938, se habían perdido cerca de 100 000 hombres, en su mayoría caídos prisioneros, y la escasez de material era grave.

La división de la España republicana tuvo importantes consecuencias políticas, una de las cuales fue la destitución de Indalecio Prieto como ministro de Defensa Nacional. Juan Negrín formó un nuevo gobierno el 7 de abril de 1938 ocupando él mismo la cartera de Defensa y se hicieron varios nombramientos importantes, el más significativo de los cuales con respecto al ejército fue el de Antonio Cordón como subsecretario. Cordón procedió a una inmediata reorganización de largo alcance de los mandos.

En mayo, Cordón trabajó a fondo en la organización de los dos grupos de Ejércitos que constituirían el ejército republicano hasta la caída de Cataluña. A Miaja se le encargó el mando del grupo de Ejércitos del Centro, formado por el Ejército del Centro, a cuyo frente estuvo Casado; el ejército de Levante, donde Hernández Sarabia cedió el lugar a Menéndez; el ejército de Extremadura, mandado por Burillo y posteriormente por Prada; y el ejército de Andalucía, en el que Moriones sustituyó a Casado. En junio, Hernández Sarabia, general desde Teruel, fue nombrado al frente del recién

organizado grupo de Ejércitos de la Región oriental[19]. Sus dos jefes de ejército ya habían sido también nombrados: Modesto al frente del ejército del Ebro y Perea en sustitución de Pozas al frente del ejército del Este[20]. El grupo Oriental tenía seis cuerpos: los V, XII y XV, bajo el mando de Modesto, y los X, XI y XVIII bajo Perea, con una reserva general en el XXIV. El GERC consistía en dieciséis Cuerpos así como tres brigadas y un regimiento de Caballería, las defensas costeras, tanques y otros servicios[21]. Se nombraron directores generales y jefes militares nuevos y se confirmaron algunos de ellos: Jurado en Antiaéreos, Azcárate en Ingenieros, Bernal en Transportes y el paisano socialista Trifón Gómez en Abastecimientos, el doctor Puche al frente de los servicios médicos e Hidalgo de Cisneros de la Aeronáutica. Se hicieron otros varios nombramientos que Prieto criticó por deberse, en su opinión, a presiones comunistas (véase el capítulo anterior).

Se hicieron grandes y rápidos esfuerzos para proporcionar a los dos grupos de Ejércitos todo lo que precisaban en personal, material y abastecimientos. Se llamó a filas a las quintas de 1926, 1927, 1928 y 1941. Según Cordón, Negrín pospuso un plan ya aprobado para una movilización general preparado por la subsecretaría de Defensa a causa de la oposición de los socialistas y la CNT[22]. La formación, el 13 de marzo de 1938, del segundo gobierno Blum en París significó la reapertura de la frontera francesa durante tres meses y la consiguiente entrada de armas[23].

Entre las tareas que Cordón y su EM tuvieron que realizar, y lo hicieron lo bastante bien como para acometer la batalla del Ebro el 25 de julio de 1938 y mantener los demás frentes, figuraban la reorganización de los parques de Artillería y de Intendencia y la reagrupación de fuerzas innecesariamente diseminadas. Por ejemplo, todos los cuerpos contaban con grupos de Guardias de Asalto organizados como policía del frente. Había que enviar todas las armas a las líneas y sólo estaba autorizado que hubiese un cinco por ciento de las armas portátiles en posesión de la Artillería e Ingenieros. Todos los caballos fueron desplazados de los puestos de mando de las unidades donde los utilizaban los oficiales y fueron enviados a las brigadas de Caballería para reforzarlas[24].

Considerando la calamitosa situación de las fuerzas republicanas de Cataluña en abril de 1938, la reorganización, que permitió la estabilización del frente norte de Valencia y el lanzamiento del paso del río Ebro, que a su vez retrasó el ataque nacional a Cataluña hasta finales del año, hace que merezca seria consideración la defensa que hacía Negrín de su política de nombramientos[25].

II. Guerrillas

Dada la tradición de guerra de guerrillas existente en España, mostrada en la guerra de la Independencia y en las campañas carlistas así como en la persistencia de bandidismo rural hasta fechas comparativamente tardías, podría haberse esperado que las fuerzas republicanas desplegasen una amplia actividad guerrillera en contra de los nacionales.

En opinión de Enrique Líster, cuyos escritos pueden considerarse representativos del parecer del Partido Comunista de España sobre la guerra, el gobierno no aprovechó las excelentes posibilidades que había para una guerra de guerrillas. Largo Caballero y Prieto, asegura, se negaron sistemáticamente a dotar unidades guerrilleras[26]. Alberto Bayo, a su regreso de la desdichada expedición a Mallorca de agosto de 1936, escribe que se le proporcionó una fuerza de quinientos hombres para formar guerrillas en los montes de Toledo, pero Pozas y Miaja, los generales al mando de la región, vieron frustrados sus intentos de ayudarle a causa de Prieto, quien suprimió el plan[27].

El PCE deseaba ciertamente organizar guerrillas y en el diario del Quinto Regimiento apareció un artículo persuasivo sobre su formación y posibilidades[28].

Pero hay pocas evidencias de actividades guerrilleras en 1936. Hubo frecuentes ataques al ferrocarril, escasamente custodiado, de Jaca a Huesca en el Pirineo aragonés, así como en Andalucía[29], y probablemente los llevaron a cabo bandas no oficiales de hombres que habían conseguido escapar de sus hogares a raíz de la ocupación nacional. Teniendo en cuenta

la ausencia general de control sobre las Milicias en esas regiones, es improbable que esos ataques estuviesen organizados a otro escalón que el puramente local. Lo cual no quiere decir que no consiguiesen trastornar bastante la retaguardia nacional. El jefe de EM Nacional del sur de España observa que un solo grupo pequeño que operaba tras sus líneas en el frente de Granada mantuvo ocupado a todo un regimiento[30].

La primera mención de organizaciones guerrilleras oficiales apareció el 19 de diciembre de 1936, cuando Rojo, como jefe del EM de Madrid, ordenó la formación de unidades guerrilleras a partir de la XII Brigada Internacional y el Quinto Regimiento. Consistirían en dos grupos de cincuenta hombres[31]. En las reuniones de la Junta de Defensa de Madrid se abogó por una intensificación de las actividades de guerrillas[32].

Pero su organización fue enormemente lenta, y no hay rastros de actividades guerrilleras de grupos de personas que viviesen en la España nacional, aunque poblaciones relativamente importantes de zonas agrícolas deprimidas y con tradición guerrillera se encontraban bajo control nacional. Indudablemente, la eficaz represión había desalentado tal tipo de actividades.

Los rusos participaron en alguna medida en la preparación de las unidades guerrilleras. Orlov, dirigente en España de la NKVD, afirmó que en julio de 1937 contaba con 1600 guerrilleros instruidos en seis escuelas que había organizado él y con cerca de 14 000 hombres preparados dirigidos por instructores soviéticos en territorio ocupado por los nacionales[33]. Los informes nacionales sobre las guerrillas no mencionan a los rusos, aunque en noviembre de 1938 una estación alemana de escucha situada en España informaba haber captado un radiomensaje en ruso procedente de las guerrillas[34]. Si es cierto, y aunque era un momento en que todo indica que la mayor parte de los rusos había abandonado España, es posible que hubiesen participado activamente en actuaciones guerrilleras en una época anterior.

A finales del año 1937, aumentó su actividad, y prisioneros interrogados declararon que José Coello de Portugal, militar retirado que figuraba en las escalas, del EM a finales de 1936, contaba con 200 000 pesetas mensuales para fomentar la actividad guerrillera en la retaguardia nacional[35].

Lo interesante de los documentos conservados sobre las guerrillas es que proceden generalmente de fuentes nacionales, lo cual quiere decir que en el Ministerio republicano de Defensa Nacional o bien no se creaban documentos al respecto o bien se hicieron desaparecer al final de la guerra, y puede deberse a que las autoridades republicanas no las controlaran totalmente. Las referencias en los libros de memorias republicanos son muy escasas y así, por ejemplo, Rojo menciona que planeó un golpe con sesenta guerrilleros durante la batalla de Belchite en agosto de 1938, pero no vuelve a referirse a ello[36].

El servicio de espionaje nacional redactó el 23 de octubre de 1937 un informe sobre la organización guerrillera[37]. Según este informe, se habían organizado diez compañías de guerrilleros republicanos, compuesta cada una de ella de tres secciones. Cada compañía constaba de unos 75 hombres, en su mayor parte refugiados de la zona nacional. Actuaban a lo largo de las partes menos protegidas de las líneas y sus actividades causaban cierta preocupación. Puede que esos guerrilleros fuesen a los que aludió la Pasionaria cuando alardeó de sus actividades en su discurso a la sesión plenaria del Comité Central del PCE del 13 de noviembre de 1937, pero da la impresión de que no le era fácil dar ejemplos de sus hazañas. Aunque se refirió a diciembre de 1936 como fecha de partida de las actividades guerrilleras, únicamente da ejemplos de agosto de 1937[38], y ninguno de ellos parece especialmente vital para contrariar el esfuerzo bélico nacional, consistiendo principalmente en la voladura de uno o dos puentes, algunos trenes de mercancías y automóviles aislados.

En 1938, hubo un aumento importante de acciones guerrilleras menores en Andalucía, donde la tranquilidad del frente y lo accidentado del terreno permitían atravesar fácilmente las líneas. Parte de esa actividad fue llevada a cabo por habitantes de la zona que habían logrado escapar en 1936 y habían sido organizados en la zona republicana. Otros actos fueron obra de unidades de lo que se denominó el XIV Cuerpo, número disponible tras la desaparición en el Norte del XIV Cuerpo vasco. En la lista de mando del 18 de diciembre de 1937 esta unidad aparece en proceso de organización, con tres números de División (48.ª, 49.ª y 50.ª) y los siguientes números de Brigadas: 155, 156, 157, 158, 159, 162, 164 y 165. Pero sólo había puestos

de mando listos para unas pocas unidades, y se encontraban en la retaguardia, en Figueras, Gerona, Manresa y Carcagente (Valencia). En cuanto a los jefes, sólo se había nombrado a dos, Luis Bárzana y Manuel Cristóbal Errandonea. Bárzana había sido dirigente de las MAOC de Gijón y había estado al frente de una División en el Norte. Su hermano, que había muerto, era un antiguo maestro, como él, y miembro del Comité de Madrid del PCE[39]. Cristóbal también era militante del PCE. Vasco, había jugado un papel importante en la defensa de Irún y, después, de Bilbao[40]. Ambos eran, pues, comunistas y ambos estaban acostumbrados a una guerra autónoma en la zona montañosa del norte de España. Puede que Cristóbal recibiese instrucción en la URSS antes de la guerra[41].

Entre los oficiales mencionados ulteriormente estaba el jefe del XIV Cuerpo, Domingo Ungría, desterrado por Primo de Rivera. Vuelto a España, fue encarcelado en 1935 pero salió en libertad a raíz de la amnistía promulgada a la victoria del Frente Popular de febrero de 1936. Organizó Milicias en Valencia, pero poco más se sabe de él. Parece pues muy probable que el XIV Cuerpo se hallase bajo una fuerte influencia comunista, lo que apunta aún más a actividades soviéticas.

Aunque los daños causados por los grupos guerrilleros eran mínimos, los nacionales estaban preocupados por la frecuencia e impunidad de sus hazañas. Desde enero a abril de 1938, hubo más de sesenta ataques, muchos de ellos frustrados por denuncias de paisanos[42]. En algunos casos, fracasaron expediciones por falta de alimentos. De los interrogatorios de los nacionales se desprende que en las unidades guerrilleras se mantenían las jerarquías militares. Los prisioneros declaraban que no se les habían explicado los objetivos de las expediciones[43]. Naturalmente, puede tratarse de una añagaza para disminuir su responsabilidad ante sus captores, pero si era cierto, indicaría un error de apreciación, pues la esencia de la tarea de comandos o guerrilleros consiste en que cada hombre conozca con precisión qué misión va a cumplir y por qué.

En agosto de 1938, los guerrilleros estaban ya ocasionando las suficientes dificultades como para que Franco ordenase personalmente su destrucción al Servicio de Información y Policía Militar (SIPM). Los nacionales tenían el problema de falta de personal para vigilar las líneas,

por lo que publicó una orden para utilizar a pastores con finalidades informativas y retirar de las zonas a todos los paisanos susceptibles de ayudar a los guerrilleros. El SIPM propuso castigos colectivos a la población civil si no delataban a los grupos guerrilleros, pero Franco, más realista, ordenó que se ofreciesen recompensas por las denuncias.

El ejército republicano utilizó unidades especiales durante los meses anteriores a la batalla del Ebro para espiar la disposición de las fuerzas nacionales[44], y ello contribuyó probablemente al éxito del asalto inicial.

A principios de 1939, se dio un gran aumento de las actividades guerrilleras en Extremadura y, por ejemplo, el 4 de febrero, se consiguió inutilizar durante 48 horas una línea de ferrocarril. Resulta fácil imaginar lo mucho más útil que hubiese resultado esa acción en los dos o tres días que siguieron al paso del Ebro, cuando los nacionales estaban trasladando a Aragón sus tropas todo lo rápidamente que podían. La información sobre las guerrillas era ya algo más completa. Se había restablecido su puesto de mando en Alcalá de Henares, a pocos kilómetros de Madrid, pero no dependían de ninguno de los mandos del ejército republicano. El XIV Cuerpo estaba compuesto de seis divisiones, dos de las cuales llevaban los números 200 y 300. Cada división constaba de cuatro brigadas y cada brigada era de 150 hombres. Los guerrilleros recibían una paga extra. Desafortunadamente, las informaciones nacionales se basaban en las declaraciones no controladas de prisioneros y a menudo son contradictorias. Un informe final se refiere a las actividades guerrilleras en Ávila y parece mostrar preocupación. Con el típico respeto a todo lo que no fuese español, los hechos fueron calificados en el informe de actos de «dinamiteros rusos».

A la vista de los éxitos logrados por las guerrillas en los dos últimos meses de la guerra y de los informes de la alarmada información nacional, evidentemente desconcertada por esa forma no convencional de hacer la guerra, es posible que una amplia actividad guerrillera, organizada adecuadamente por el ejército republicano, hubiese causado considerable daño al enemigo, al menos durante batallas en que los transportes nacionales trabajaban al máximo y eran por ello más susceptibles de desorganizarse. Aunque todo indica que la población apenas apoyó a los guerrilleros, podían haber contribuido grandemente a las campañas

republicanas, y el que no lo hiciesen es un ejemplo de oportunidad perdida. El recrudecimiento de las actividades guerrilleras después de la segunda guerra mundial muestra que al final se comprendió.

Y de hecho la FAI propuso en un largo informe del 20 de agosto de 1938 un aumento de la guerra de guerrillas[45]. Pero más adelante, cuando se formaron batallones de ametralladoras, alineados en grupos de cinco, cada uno de ellos de tres compañías de ametralladoras y una de fusiles automáticos[46], la CNT, a la que se había invitado a participar en ellos, se negó a enviar hombres sin recibir antes garantías en cuanto a los mandos, temiendo el control comunista[47].

Esas unidades, que se pretendía actuasen como grupos con gran potencia de fuego, eran las sucesoras de las guerrillas, y de hecho, los nacionales llegaron a la conclusión, interrogando a un hombre que se había pasado a sus filas en Cataluña, de que las autoridades militares republicanas habían decidido suprimir las guerrillas como parte de un plan para restablecer el ejército de tipo antiguo. Se iban a restablecer incluso las antiguas insignias y el saludo. Como de hecho esto se hizo durante el período casadista de la última quincena de la guerra, tiene visos de realidad y explica que se utilizase a los guerrilleros como guardias de corps especiales. El informe añadía que José María Galán, jefe del XI Cuerpo, ya tenía una escolta semejante[48]. En otros lugares, los guerrilleros controlados por los comunistas se utilizaban para guardar el aeropuerto de Monóvar (Alicante), que es de donde salieron los dirigentes del PCE para el exilio[49]. Una vez más, se concibió la idea de unas fuerzas especiales del tipo de los comandos, pero no llegó nunca a fructificar.

III. Reorganizaciones posteriores

La batalla del Ebro estaba ocupando un gran número de efectivos nacionales y consiguiendo detener el avance nacional hacia Valencia. Las exigencias de Alemania, apaciguada durante breve tiempo por el pacto de Munich de octubre de 1938, les parecían a muchos republicanos españoles

propicias para que las potencias occidentales accediesen a equilibrar el apoyo no oculto de Hitler a los nacionales españoles permitiendo que la República comprase libremente armas. Y los otros frentes españoles estaban resistiendo firmemente. Parecía pues que no era probable una derrota inmediata.

En ese momento, el 1 de octubre de 1938, Negrín hizo pública una nueva descripción reguladora del ejército[50].

Empieza por una referencia a la creación de nuevas unidades de 1938 y afirma la creencia en la eficacia de la organización del ejército regular impuesta en 1937. La orden se publicaba para que el ejército pudiese conseguir «una estructura estable y continuas mejoras».

El ejército republicano consistía, decía la orden, en dos grupos de Ejércitos y seis ejércitos de composición variable, veintitrés cuerpos de igual carácter, aunque podían variar entre dos y tres divisiones, setenta divisiones y doscientas brigadas mixtas. Había dos grupos de defensa costera, dos divisiones de blindados, cuatro brigadas antiaéreas y cuatro brigadas y dos regimientos de Caballería, así como diversos grupos especializados dentro de cada grupo de Ejércitos o Ejército.

Todas las plantillas y esquemas debían regularizarse, y no se podrían formar otras unidades. Sólo el Alto Mando podía suprimir unidades. No parece posible, en esa fecha tardía, que puedan interpretarse tales órdenes como un ataque a la CNT u otro grupo que no favoreciese el ejército regular. Puede que se tratase de una regulación escrita como advertencia a Miaja para que no pensase que su semiindependencia en la España central le librara del control del Ministerio de Defensa y del EM general.

Las unidades destacadas debían regresar a sus brigadas o divisiones propias mientras se entendía que las reservas estaban a disposición del mando del grupo de Ejércitos y no de mandos de nivel inferior. El jefe de cada unidad controlaba todas las unidades subordinadas de su zona de operaciones. En concreto, el inspector general de cada ejército no tendría que obedecer a ninguna autoridad por encima de la suya en su zona de mando. O sea, que la artillería, los ingenieros, etc., iban a estar incuestionablemente a las órdenes del jefe de la Brigada, División, Cuerpo, Ejército o grupo de Ejércitos en cuya zona se encontraran.

La organización de las brigadas se respetaría «rigurosamente». Toda la artillería ligera de complemento que se había retirado a las brigadas se les devolvería y se establecerían adecuadamente todas las distintas secciones. Donde fuese posible, se formaría un acuartelamiento dedicado a facilitar la instrucción. Todas las brigadas contarían con un núcleo de armas pesadas que no sería dispersado, y se efectuaría un nivelamiento similar de hombres y armas en las divisiones y cuerpos. Esto, evidentemente, era una vuelta a la concepción de la Brigada Mixta como fuerza independiente. Es evidente que Negrín, ante el aumento de suministros de armas que se precisaban para dotar a cada una de las doscientas brigadas de su artillería de complemento, por ejemplo, esperaba una llegada masiva de armamento. Pocos días antes del comienzo de la ofensiva de Cataluña de diciembre de 1938, Negrín y Rojo pidieron a Hidalgo de Cisneros, jefe de las Fuerzas Aéreas, que apoyase su petición de armas a la Unión Soviética. Las cifras requeridas le parecieron inmensas a Hidalgo de Cisneros. La lista incluía 250 aviones, 250 tanques, 4000 ametralladoras y 650 piezas de artillería[51]. Este material vino por vía del Báltico y el Canal de la Mancha, hasta Burdeos. Los documentos rusos indican que aunque no se envió sino una fracción del pedido, la remesa era importante. Sin embargo, dado que los ejércitos del Este y del Ebro estaban en plena retirada, no pudo ser útilmente empleada. Los treinta Superchatos, por ejemplo, ni siquiera fueron desembalados[52].

No obstante, se permitiría en casos determinados que el mando de divisiones o cuerpos juntase toda su artillería o ingenieros para una operación concreta; pero se subrayaba que sólo podría separarse temporalmente de sus brigadas correspondientes.

Se publicaron diversas reglamentaciones técnicas sobre unidades de Zapadores, Guardias de Asalto y Servicios Sanitarios, tendentes todas ellas al reconocimiento de su reorganización y regulaciones. Se limitaría el personal de Servicios afectado a unidades combatientes.

Consciente de la falta de disciplina existente en el ejército, Negrín delegaba en los oficiales con mando la responsabilidad de inspeccionar regularmente si se cumplían los detalles de su orden.

Por el artículo 23 de la orden resultaba evidente que no se esperaba un fin inminente de la guerra. El artículo requería que todas las unidades

redactasen su historial, que sería «claro, conciso y veraz»[53].

Gran parte de la orden estaba dedicada, comprensiblemente, a la buena utilización de los hombres en las unidades de combate y a la reducción al mínimo posible de las tropas que no estuviesen en la línea de fuego. A partir de entonces, las unidades de la retaguardia y las tropas de servicios deberían utilizar únicamente a inválidos de guerra y personas exentas del servicio activo. Nadie podría permanecer más de tres meses en uno de los principales cuarteles de Artillería o Ingenieros. La orden ilustra las frecuentes quejas de Vicente Rojo sobre los hombres que permanecían en puestos de la retaguardia durante las últimas fases de la batalla de Cataluña[54].

Por último, los servicios —armamento, zapadores, transmisiones, servicios sanitarios, vestuario, talleres de automovilismo, etc.— quedaban reglamentados con base a centros al mando directo de la subsecretaría y confiriéndoseles el título de canal de distribución exclusivo de todo el material adquirido o manufacturado.

Si se hubiese impuesto ese organigrama en 1937 se habrían evitado gran cantidad de problemas, como el uso prolongado de transportes civiles requisados que se encontraban en pésimas condiciones y la carencia de posibilidades de reparaciones[55]. Pero hasta abril de 1938, Antonio Cordón no fue nombrado subsecretario y la orden del 1 de octubre de 1938 era evidentemente obra suya, del mismo modo que, a todos los efectos prácticos, era él quien dirigía el Ministerio de Defensa[56].

Cordón creía en la capacidad de lucha del ejército republicano, o por lo menos eso escribe en sus memorias[57]. A pesar de la posibilidad de que, al escribir como lo hace muchos años después, Cordón esté embelleciendo la realidad, parece correcto en términos generales decir que su muestra de confianza en el ejército no es ni una estratagema comunista para otorgar al PCE un papel heroico ni tampoco una finta para desacreditar aún más la rebelión de Casado de 1939, una de cuyas justificaciones era la imposibilidad del ejército de seguir combatiendo. Pero en Cataluña la confianza expuesta por Cordón estaba equivocada. Cuando ocurrió la ofensiva nacional, justo antes de la Navidad de 1938, los dos ejércitos republicanos del grupo Oriental fueron derrotados en poco más de un mes.

Pero la posibilidad de resistencia en la zona Centro-Sur sigue siendo un enigma y las opiniones enfrentadas violentamente al respecto dieron lugar al golpe de Casado y a prolongadas acusaciones mutuas después de la guerra.

En octubre de 1938, se publicaron reglamentos de composición detallados para los ejércitos, cuerpos, divisiones y brigadas[58]. Evidentemente, se advertía que hacían falta reglamentaciones para los Servicios y tropas en combate, y a todos los niveles. Las unidades citadas como inmediatamente afectadas a un ejército en esa orden eran las siguientes: 1 batallón de tropas del Cuartel General, 1 «división de los cuerpos especiales» (guerrilleros probablemente), 1 *brigada de Caballería*, 1 grupo de Artillería pesada, 1 grupo de Información artillera, 1 batallón de Zapadores, servicios Antiaéreos, 2 compañías de construcción de caminos, 1 batallón disciplinario, 1 batallón de Transmisiones, 1 batallón de Motoristas y Ciclistas, 1 *depósito de remonta*, 1 depósito de artillería, Servicios de Ingenieros (forestales, de camuflaje, etc.), 2 *batallones de Obras y Fortificación*, 1 *grupo de Intendencia*, Servicios sanitarios, Servicio antigás, 1 *grupo de Transporte automovilístico*, 1 *batallón de Transporte a caballo*, 1 *centro de instrucción*.

Si se compara este organigrama con la plantilla del ejército del Ebro a finales de mayo de 1938[59], este último tenía únicamente las unidades en cursiva de nuestra lista, y sus unidades de transportes eran sólo compañías, no batallones. Pero también contaba con un batallón especial de ametralladoras y tres batallones de tanques, así como compañías de vehículos blindados. También tenía un batallón de Pontoneros, esencial para el cruce que se planeaba del Ebro.

Las unidades de tanques fueron apartadas del mando de los ejércitos por la orden circular del 1 de octubre de 1938. Así, un informe nacional sobre el ejército de Extremadura y el de Andalucía, de febrero de 1939, decía que los 27 tanques existentes en toda la zona Sur no dependían de los jefes de los ejércitos sino del jefe de carros, que tenía su puesto de mando en Cuart de Poblet (Valencia)[60]. Era una política totalmente errónea y confirma la afirmación de Casado de que los tanques no los controlaba el EM[61].

Evidentemente, esos organigramas y tablas, como los publicados en muchas ocasiones relativos a las Brigadas Mixtas, eran en buena medida más prescriptivos que descriptivos de la situación real. Deben haber sido vistos como indicaciones para un ejército de estilo profesional, que para entonces contaba ya con el esqueleto de organización que probablemente habría podido llevar a efecto las recomendaciones de Cordón, de haber contado con tiempo bastante.

Pero antes de que ocurriesen otros acontecimientos, aparte del movimiento republicano contra Peñarroya (Córdoba) de enero de 1939, que no obtuvo ningún resultado concreto, el coronel Casado empezó a negociar con los nacionales y desencadenó su golpe.

IV. La rebelión de Casado

La significación de la rendición del ejército republicano a fines de marzo de 1939 reside en el hecho de que llevó a su clímax los conflictos internos que había entre los oficiales profesionales y las fuerzas políticas que deseaban seguir combatiendo hasta la última posibilidad.

Con la derrota de los ejércitos republicanos en Cataluña, se planteó en primera plana la interrogativa: ¿seguir o no seguir la lucha?, ¿volver o no volver a la zona Centro-Sur, todavía en poder del gobierno? El presidente de la República, don Manuel Azaña, el de las Cortes, Martínez Barrio, y el jefe del Estado Mayor Central, el general Vicente Rojo, estaban resueltos a no animar lo que veían como una política inútil de resistencia y se negaron, pues, a volver a España.

El caso de Rojo necesita cierta matización, ya que varios autores han investigado sus papeles. Su descendiente, José Andrés Rojo, señala una carta amarga que el jefe del Estado Mayor del Ejército Popular le dirigió en febrero de 1939 al jefe del Gobierno y ministro de Defensa Nacional, el Dr. Negrín, sobre las condiciones difíciles en que vivían los soldados españoles en los campos franceses. En un telegrama fechado el 18 de febrero de 1939, Rojo se negaba a aceptar su ascenso a teniente-general, explicando que él

no tendría el derecho de mandar a otros que volvieran a España mientras no sabían de qué vivirían sus familias si éstas quedaban en Francia. Sin embargo, Rojo estaba resuelto a volver a la zona Central si Negrín, su jefe jerárquico, o los generales Miaja y Matallana se lo ordenaran[62]. ¿Se emitió tal orden? El 28 de febrero el general Jurado, que se encontraba en Francia, le dijo al cónsul general inglés en Barcelona, ahora en Francia, Mr. Stevenson, que Negrín les había pedido (*asked*) a él y a Rojo que regresaran pero que se habían negado a ello[63]. Con fecha del 3 de marzo, Negrín, por conducta de Martínez Barrio, presidente de las Cortes, le pidió a Rojo que volviera a España. Éste contestó que iría en cuanto el viaje fuera posible[64]. Poco después, el mismo Martínez Barrio le habrá dicho a Rojo que el viaje quedaba suspendido[65]. ¿Por qué se suspendió el regreso de Rojo a España? ¿Sería por sospechas de parte de Negrín de que Rojo estuviese involucrado en el proyectado golpe de Casado? Más tarde, en un discurso pronunciado en Londres en 1942, Negrín dijo que él había visto como imprescindible la presencia de Rojo en Francia. Se había equivocado, siguió Negrín, porque le faltaba al presidente ayuda técnica capaz y leal. Opina J. A. Rojo que «Es probable que el prestigio y el conocimiento del personal militar por el jefe de Estado Mayor habría cortado las intrigas»[66]. Si Rojo hubiera podido impedir el golpe de Casado será siempre una pregunta incontestable, pero no parece muy posible que Rojo tuviera el grado de ascendencia personal que le hubiera capacitado para poner fin a un movimiento que poseía tan profundas raíces entre los profesionales de la milicia.

En cambio, el jefe del gobierno, Juan Negrín, varios miembros de su gabinete, y la plana mayor del PCE, insistían en la política de resistencia, convencidos de que la conflagración general europea, que ellos consideraban inminente, salvaría a la República.

A pesar del episodio de Menorca, cuando el 8 de febrero de 1939, facilitado por Inglaterra, se había negociado una rendición pacífica, permitiendo la evacuación de los más comprometidos[67], no era posible, pese a las esperanzas febriles, nada semejante en la zona Centro-Sur. Una cosa era rendir una isla, de poca importancia para la República aunque de gran significación para Inglaterra; otra sería rendir toda la zona republicana y exigir para ello condiciones por parte de las autoridades franquistas para

la rendición de cuatro ejércitos republicanos, lo cual obligaría a Franco a aceptar su estatus como enemigo honorable. Si Burgos había cerrado los ojos a la evacuación desde Menorca de centenares de personas, era porque el buque de guerra inglés que las embarcó había llegado a Mahón transportando al emisario nacional. Permitir una evacuación masiva desde puertos levantinos, sin embargo, no entraba en las intenciones franquistas.

Queremos decir que las esperanzas de una paz condicional, basadas en el ejemplo de Menorca, eran quiméricas. Quedaba, entonces, la única alternativa: la resistencia y quizá la organización de una retirada escalonada que protegiera una evacuación ordenada.

Era esta tensión entre resistir, buscar condiciones y resistir para proteger la evacuación, la que motivó los sentimientos de odio y de desconfianza hacia Negrín y permitió que los antinegrinistas apoyaran el golpe del coronel Segismundo Casado.

Si Negrín abrigaba esperanzas en cuanto a la resolución de resistir del general Miaja, investido desde el 23 de enero, fecha de la declaración del estado de guerra, de poderes absolutos en la zona Centro-Sur, debió constituir una ruda clarificación la entrevista que celebró, la noche del 9 de febrero de 1939, con Antonio López Fernández, secretario particular del general. López consultó con el general Rojo, en aquel momento en Le Perthus, para luego ofrecer a Negrín un amplio relato de la situación en lo que quedaba de la zona republicana de España, en la que, decía López, no había posibilidad de seguir luchando[68]. Pero Negrín no hizo caso, marchando el día siguiente a España.

La posibilidad de retirarse escalonadamente sobre Cartagena, idea que circulaba en aquel entonces[69], se basaba en contar con suficientes modos de evacuación y en tener el puerto asegurado. No se ha encontrado un plan de esta naturaleza que hubiera sido discutido con la Flota, muy minada por el derrotismo y con varios mandos casi activamente profranquistas.

Constitucionalmente, cuando el presidente de la República renunció el 27 de febrero a su cargo, dejó sin autoridad a la zona Centro-Sur. Puesto que Negrín no dimitió, su gobierno, a los ojos de muchos, carecía de legitimidad, aunque, si esto era así, la renuncia de Azaña había debido de poner en tela de juicio también a la autoridad militar del general Miaja, en

la cual se fundamentaba el golpe militar de Casado del 5 de marzo. El hecho es, sin embargo, que Negrín se consideraba todavía jefe del gobierno legal de España. Al llegar a Valencia el 10 de febrero, pues, proclamó la resolución de resistir. Fue en ese momento que decretó los ascensos a teniente-general de Miaja y Rojo, quizá para tratar de ganarlos para su causa[70].

Siendo Casado jefe del Ejército del Centro —el mayor y más importante— Negrín hizo un esfuerzo para convencerlo de su propio punto de vista. En la entrevista que celebró con el coronel el día 12 de febrero, éste repitió a Negrín la desastrosa situación de la zona[71]. Siguiendo esta reunión Negrín-Casado es cuando creemos que se celebró la famosa reunión de todos los mandos militares con Negrín en el campo de aviación de Los Llanos (Albacete), es decir, el 16 de febrero[72]. En esta reunión, los jefes militares, de Aviación y de la Flota, abogaron por buscar la paz.

Pero, antes de proseguir, se impone una consideración del carácter y actuación de Casado.

Casado había nacido en 1893, hijo de un militar de carrera[73]. Ingresó en la Academia de Caballería en 1908. Hombre de evidente capacidad, pasó varios años en la Escuela de Estado Mayor, primero como alumno y después como profesor. Bajo la dictadura de Primo de Rivera tomó parte en conspiraciones siendo encarcelado en varias ocasiones, datando de esa época su amistad con algunos dirigentes cenetistas. Durante la República, se premió su lealtad nombrándolo jefe de la escolta presidencial. Además era masón, hecho que reconoció en su entrevista con un agente nacional[74].

El carácter de Casado resulta difícil de describir, sobre todo porque ha sido denigrado por aquellos autores, especialmente comunistas, que lo acusan de traición. Padecía de úlcera de estómago, que se agravó con la tensión de la guerra[75]. Podemos suponer, pues, que era un hombre en tensión, carente posiblemente de ecuanimidad.

El nombre de Casado no va asociado al de los miembros de la UMRA, la agrupación de oficiales republicanos, aunque puede deberse a que los autores comunistas que la describen hayan omitido citarlo. También podía ser que no deseara asociarse a una organización por la que mostraba interés el PCE.

Casado era un militar intelectual. Se interesaba primordialmente, alentado a ello al parecer por sus estudios de EM, por la organización militar. A principios de 1931, pronunció una conferencia en el Centro cultural del ejército sobre la organización del ejército francés, haciendo grandes críticas de la organización militar española, críticas que originaron protestas[76]. Su interés por la organización resulta patente en su discusión de los errores de las Brigadas Mixtas, que achaca a presiones de los asesores soviéticos, aunque no expresó tales críticas cuando era él quien se ocupaba de la organización de las brigadas[77]. Es posible que algunas de las propuestas de reorganización mencionadas anteriormente en este capítulo procediesen, como ya apuntamos, del propio Casado. Tras una breve estancia en Albacete, donde estuvo organizando las brigadas, marchó a Valencia como jefe de la sección de Operaciones del EM Central[78].

Su carrera durante la guerra fue bastante distinguida. Permaneció como jefe de Operaciones hasta mayo de 1937, en que se le dieron puestos burocráticos como inspector general de Caballería y director de la Escuela de EM. Este cambio se debía probablemente a su descontento a raíz del rechazo de su plan de ofensiva en Extremadura, rechazo que achacó a los asesores soviéticos. Pero, ante la enfermedad del coronel Jurado, jefe del XVIII Cuerpo, que, junto con el V Cuerpo de Modesto había intervenido destacadamente en la batalla de Brunete en julio de 1937, se le ordenó a Casado tomar su mando. Él pensaba que se le había nombrado con la intención de desacreditarlo, ya que el XVIII Cuerpo no estaba suficientemente preparado. En realidad, se trató sólo de un mando provisional, y el hecho de que Casado lo dejase después de la batalla no es motivo para creer que se le estaba haciendo objeto de persecuciones, aunque las lamentaciones de Casado sobre la inutilidad e imposibilidad de su misión[79] las confirman tanto su propio informe de entonces como el del coronel Jurado[80].

El siguiente puesto de mando en campaña de Casado fue el XXI Cuerpo, formado en agosto de 1937. Él no lo dice, pero es evidente que se discutió con Líster, entonces al mando de la 11.ª División, subordinada al XXI Cuerpo. Esa disputa, según Líster, tuvo lugar porque los habitantes anarquistas de Alcañiz (Teruel) no querían alojar en sus casas a toda la 11.ª

División y Casado los apoyó en contra de Líster[81]. No es raro que ocurriese el conflicto, considerando el papel jugado por la 11.ª División en el aplastamiento de las colectividades de la CNT. Cordón, jefe del EM del ejército del Este, cuenta con fruición el «fracaso» de Casado y asegura que fue destituido[82], pero es obvio que transcribe esas acusaciones en sus memorias a causa únicamente de la victoria de Casado sobre los comunistas en 1939 y no hay que atribuirles demasiada importancia. Lo significativo es que el comentario de Castro Delgado de que Casado estaba «cargado de rencor contra todos por creerse postergado»[83] no se sostiene a la vista de los destinos posteriores de Casado. En marzo de 1938, fue nombrado al frente del ejército de Andalucía y dos meses después, incluso con Cordón ya en la subsecretaría, fue nombrado jefe del mayor y más importante ejército de la República, el del Centro.

Al trazar la cronología del golpe de Casado, su ejecución y sus negociaciones con los nacionales, resulta interesante comparar su primera y su segunda versión[84] de la historia así como con la documentación sobre los sucesos elaborada por los sublevados[85].

Reunión de los jefes republicanos en Albacete:

Last Days, 26 febrero[86]
Así cayó, 16 febrero[87]
Nacionales, 16 febrero

Encuentro de Casado con el coronel Centeño:

Last Days, 12 marzo[88]
Así cayó, 5 febrero[89]
Nacionales, 20 febrero.

Hay otras discrepancias más. El informe nacional cuenta que en la última semana de febrero de 1939, agentes nacionales se reunieron abiertamente con militares republicanos, y esto no lo menciona Casado en ninguna de sus versiones. En *The Last Days of Madrid* afirma haber rechazado el ascenso a general que le ofreció Negrín[90]. Tampoco

menciona esto en *Así cayó Madrid*. El 5 de marzo, se reunió con el jefe de las Fuerzas Aéreas, el comunista Hidalgo de Cisneros. En su primera versión, Casado escribe que Hidalgo le aseguró su lealtad[91]. Según el segundo libro, Hidalgo se mostró evasivo[92].

En la reunión de Albacete, según la primera versión, el jefe de la Marina de guerra Buiza «producía una penosísima impresión»[93]. En el segundo libro, «nos impresionó a todos por su franqueza y gallardía»[94].

Hay además otros puntos de discrepancia, atribuibles al paso del tiempo y a la reconsideración de lo escrito con mayor tranquilidad. Pero está claro que el segundo libro escrito por Casado está más próximo a la verdad que el primero, aunque la primera versión fue escrita tan inmediatamente después de los hechos que describe, que los errores de fechas y cambios de calificativos deben considerarse intencionales. El motivo de los cambios debió ser el de tratar de mostrar que Casado no había pensado en rebelarse hasta los nombramientos de comunistas para puestos claves el 3 y 4 de marzo de 1939.

Considerando las variantes, así como los hechos que Casado o bien no conocía o prefirió no mencionar, se puede reconstruir la verdadera secuencia de los acontecimientos con ayuda de los archivos nacionales.

Había dos servicios nacionales implicados: el Servicio de Información y Policía Militar (SIPM) y la organización clandestina de Falange en Madrid. La Falange de Madrid opinaba que Casado estaba dispuesto a rendirse antes incluso del 6 de febrero de 1939, es decir, antes de la derrota de las fuerzas republicanas en Cataluña; aunque no vislumbraba una rendición incondicional, que obligaría al Ejército del Centro, según fuentes nacionales, a resistir hasta el fin. Esto coincide con la narración de Casado, quien escribe que en la reunión en Albacete de los dirigentes militares republicanos dijo que lo mejor para todos era parar la guerra y que había que obtener las mejores condiciones posibles de rendición, resistiendo hasta el final si el enemigo se negaba a otorgarlas[95].

Desde luego, Casado fecha esa reunión diez días después de cuando realmente ocurrió, con la intención, probablemente, de hacer ver que mantuvo su decisión de resistir lo más que pudo. Y la fecha exacta de la versión de 1968 se puede deber a que los lectores de su libro conocerían la

verdadera fecha (el primer libro no se publicó en España) y, en todo caso, no le aprovechaba subrayar que prolongó la resistencia.

Según la narrativa nacional, el coronel Prada, sucesor de Casado al frente del Ejército del Centro, y otros militares profesionales querían rendirse y estaban en contacto con la Falange de Madrid. Hay que tener algún cuidado con esta descripción de los hechos, pues se trata más que nada de un alegato de la Falange de Madrid dirigido a Franco para que la reconociese como gobierno en la sombra efectivo en Madrid. Considerando los acontecimientos posteriores, es verdad que los militares estaban dispuestos a rendirse en condiciones honorables, pero es imposible emitir un juicio apropiado sobre sus contactos con la Falange.

Informes del SIPM del 11 y 17 de febrero de 1939 indicaban que el general Matallana, jefe del Grupo de Ejércitos del Centro y dos de los jefes del EM, Muedra y Garijo, estaban dispuestos a rendirse, y probablemente ésa ha sido la base de la acusación de traidores de que se les ha hecho objeto[96]. Se informó asimismo de actos que pueden calificarse de traiciones, llevados a cabo por Matallana, que entregó un plano de localizaciones militares republicanas[97], y por el teniente coronel Bernal Segura, del que se informaba que había accedido al colapso del frente del XXIII Cuerpo en Andalucía.

Los agentes nacionales se reunieron abiertamente con militares republicanos durante la última semana de febrero, después de que Casado hubiese recibido la visita del coronel Centaño, que estaba al frente de un parque de Artillería de Madrid, quien le reveló que era agente enemigo. La fecha de este encuentro ha variado enormemente, según los autores, y va desde el 5 de febrero al 20 del mismo mes y al 12 de marzo. El peso de las pruebas documentales nacionales se inclina por la primera de las fechas citadas. Los archivos nacionales contienen de hecho informaciones de que los nacionales abordaron a Casado a través de su médico el capitán Diego Medina ya el 1 de febrero. Se suponía que Casado estaba tratando de ganar tiempo de modo que se lo forzó a actuar con la amenaza del peligro de una toma del poder por los comunistas[98]. Este relato debe compararse con otra fuente que asegura que el SIPM había tratado inútilmente de reclutarlo desde hacía mucho tiempo[99].

Parece, pues, claro que la actitud de Casado con respecto a la prolongación de la guerra era negativa[100], y que estaba en contacto con los nacionales. Pero sus motivaciones precisan un mayor examen.

Su relato de la entrevista que sostuvo con el coronel Centaño puede considerarse la expresión extrema de sus opiniones, preocupado como estaba por la situación y seguridad de los militares de carrera republicanos. En la entrevista afirmó que detestaba a Azaña, que había abandonado la masonería a causa de sus procedimientos «judíos» y que era decididamente anticomunista, haciendo suyas así las tres *bêtes noires* de los nacionales: la masonería, los judíos y el comunismo. Subrayó su amor a España e insistió en que se suicidaría si moros o italianos tomaban parte en un desfile nacional de celebración de su victoria. En cualquier caso, tenía intención de salir de España, pero pedía que se tratase bien a su EM y mencionó que su rendición sería «un ejemplo para la historia».

El tono del resumen de la entrevista, redactado de segunda o incluso tercera mano, hace pesar sospechas sobre el equilibrio mental de Casado. Es posible que la enorme tensión de la guerra afectase a sus apreciaciones, normalmente más agudas. Por otra parte, sus referencias a Azaña y a la masonería estaban dirigidas claramente a halagar los prejuicios de los nacionales.

Los comunistas han afirmado que estaba a sueldo del gobierno británico[101]. Casado asegura que sus relaciones con los ingleses se limitaron a sus entrevistas con diplomáticos después de su golpe del 5 de marzo y a negociar posteriormente su exilio en Gran Bretaña[102]. Pero se ha asegurado que tuvo contactos anteriores con el encargado de negocios británico, Mr. Stevenson, que había ofrecido la mediación inglesa para evitar represalias si Casado rendía la zona de Madrid[103]. En realidad, se trata de un reportaje periodístico y no debemos aceptarlo sin más. Pero el 16 de febrero de 1939, Mr. Cowan, delegado del Comité Internacional para el Intercambio de Prisioneros, quien según Casado lo visitó el 25 de febrero a propósito de un canje, habló con Julián Besteiro, dirigente socialista moderado de Madrid. El 20 de febrero, Mr. Cowan habló con Casado; éste y Besteiro dijeron que estaban tratando de hallar la manera de concluir una paz, y Casado dijo que era leal a Negrín pero que hubiese querido que

Azaña, en París entonces, dimitiera de su cargo[104]. Con respecto a las negociaciones sobre la evacuación, el cónsul inglés en Valencia, Mr. Goodden, informaba que los miembros del Consejo Nacional de Defensa (el breve gobierno de Casado) le habían abordado antes del golpe[105]. Es muy poco probable que el Consejo entero visitase al cónsul, y Mr. Goodden quería decir probablemente que se había entrevistado con algún representante suyo.

Da la impresión que es el papel desempeñado por un capitán de navío inglés al facilitar la rendición de Menorca el que ha dado pie a las alegaciones en el sentido de que fue Mr. Cowan, excónsul inglés en La Habana y que hablaba castellano, el responsable por lo menos indirecto del golpe casadista. En palabras de Santiago Garcés, jefe del Servicio de Información Militar gubernamental, «Fue entonces [es decir después de la rendición de Menorca] cuando decidió [Casado] negociar la paz»[106].

No creemos que Casado fuera un «agente inglés» o que recibiera subvenciones de Gran Bretaña. Seguimos dudando del papel de Mr. Cowan o que el Foreign Office le haya pedido que sugiriera la rendición a Casado, primero porque Casado no necesitaba que nadie se la sugiriera y segundo porque toda la política inglesa se basaba en la poca voluntad de aquel país de inmiscuirse en la vidriosa cuestión de terminar la guerra de España. Desde luego, empero, el gobierno británico no deseaba nada más fervorosamente que la guerra acabase, ya que el conflicto de España representaba un estorbo para la feliz realización de un acuerdo sólido con Italia. Entonces, siempre es posible que el Foreign Office sugiriera que Cowan le comunicase algo a Casado en aquellas visitas que le rendía para el asunto de los prisioneros. Pero ¿qué le decía? ¿Una serie de mentiras, porque desde luego nada había sido convenido entre Londres y Burgos sobre la cuestión de condiciones para la rendición de las fuerzas republicanas? Nos parece irreal que Londres ordenara a Cowan que comunicase a Casado que se hubiese convenido buenas condiciones para la rendición. Y, sin embargo, parece que Casado creía que a los militares profesionales se les respetarían los empleos ganados durante la guerra, en una especie de Abrazo de Vergara, cuando el 21 de agosto de 1839 los victoriosos ejércitos isabelinos prometieron salvaguardar la paga y la

carrera de los militares carlistas. Pero si esto lo seguía creyendo hasta en el exilio (véase *infra*) ¿no indica que fantaseaba?

El hecho de que Casado y su grupo marchasen a finales de marzo a Gandía, responde a que Casado había discutido, tiempo atrás, la posibilidad de su evacuación de España a bordo de un barco de guerra inglés. Si en efecto el golpe y el final rápido de la guerra habían constituido un «triunfo» del Foreign Office o del «Servicio secreto», sorprende lo reacio que se mostró ese ministerio a autorizar el embarque de Casado hasta el último momento. Ahora bien, la presencia del almirante jefe de la flotilla inglesa en la zona, a bordo del destructor *Galatea* cuando fondeó en Gandía —puerto muy visitado por ser sus instalaciones propiedad inglesa— a las 16,50 horas del 29 de marzo[107], sugiere que por lo menos se sabía que Casado esperaba allí. Puede ser que estemos ante una situación donde funcionaban dos agencias por lo menos. Podemos aventurar —y nada más — que el Foreign Office iba a remolque de una agencia secreta o quizá de algún personaje de importancia. Pero se trata de especulaciones y nada más.

El principal apoyo a Casado provino de la CNT, que había llegado al límite ante las presiones de los comunistas y del gobierno, la exportación de las reservas de oro por Negrín y el modo injusto de distribuir los pasaportes. La CNT creía que la eliminación de la influencia comunista favorecería las negociaciones diplomáticas para la rendición con ayuda de Gran Bretaña y Francia[108] y que con ello se podría evitar el aplastamiento de la CNT cuando los nacionales tomasen el poder. García Pradas, director de un importante diario cenetista y autor de un relato proanarquista del final de la guerra[109], afirma que Casado no deseaba retirar tropas del frente para combatir a los comunistas después de que éstos se alzaron contra su golpe el 5 de marzo en la zona Centro. El propio Casado ni reconoce ni niega que ordenase a las unidades de la CNT abandonar sus puestos de combate y atacar a los comunistas. Defendiendo a la CNT de la acusación de que había dejado desguarnecido el frente, algo que no se había atrevido a hacer en mayo de 1937, García Pradas señala que el I y II Cuerpos, mandados por comunistas, también se dirigieron a la ciudad. Casado escribe que tropas bajo control comunista habían ocupado los Nuevos Ministerios, del paseo de la Castellana, en las afueras de Madrid en aquel entonces, y otras zonas

estratégicas[110]. Fue el IV Cuerpo de Mera, basado en las primitivas Milicias Confederales del Centro, el que aseguró el triunfo de Casado.

¿Qué razones se pueden aducir para el apoyo de la CNT a Casado? La CNT opinaba que, habiéndose perdido la guerra, la República, personificada por el presidente del Consejo, Negrín, debía de negociar la paz. Mera quiso secuestrar a Negrín y obligarle a pedir el armisticio. Fue el Comité de Defensa de la CNT el que obligó a Mera a abandonar este plan[111]. Creemos que Negrín tuvo lógicamente que insistir en la resistencia porque Franco no aceptaba sus propuestas de armisticio, ni siquiera con la mediación del gobierno inglés. Pero ¿qué forma adoptaría esa resistencia? Mera abogaba o por la concentración de 80 000 hombres seleccionados en la región sureste, o por romper los frentes y lanzarse a la guerrilla. Negrín, confiando en recibir grandes remesas de armamento, no compartía sus ideas.

Ahora bien, la CNT deseaba negociar desde una posición fuerte y unificada. Pero ¿había verdaderamente una posibilidad de negociaciones en pie de igualdad? Mera fue advirtiendo paulatinamente lo exagerado del optimismo de Casado y su poco interés por resistir. No sólo opinaba Casado que podía conseguir condiciones favorables, sino que, ¡colmo de la irrealidad!, le dirigiría una carta a Mera desde Londres, en el exilio, asegurándole que pronto vería restablecida su graduación militar en España. Mera tenía sus sospechas desde la formación del Consejo Nacional de Defensa. El día 18 de marzo admite que no comprende la actitud de Casado[112], que parece dispuesto a discutir el armisticio sin ninguna baza en la mano. Lo que Mera no sabía es que Casado negociaba con Franco desde antes de la caída de Cataluña.

El hecho es que la CNT se encontraba entre la espada de Franco y la pared comunista. Confiados en Casado, los confederales fueron decepcionados, no en lo que se refiere a la constitución del Consejo Nacional de Defensa, que lógicamente vino a llenar el vacío de poder, sino por el colapso del ejército. Los militares profesionales de la República no querían guerrillas, y no creemos que a esas alturas hubiera sido práctico organizarías. Puede que sí admitiesen la segunda posibilidad de resistencia: organizar una retirada escalonada y resistir mientras se efectuara la

evacuación. Pero tenía que haberse hecho antes. Franco se negó a permitir la retirada escalonada, y cuando se generalizó la noticia de que se estaba negociando la paz, los frentes se desmoronaron.

La política comunista era seguir combatiendo, sabedores de que el partido no podía esperar clemencia de los nacionales y con la esperanza de que Gran Bretaña y Francia acabasen por advertir las verdaderas intenciones de Hitler, se anulase el Pacto de No Intervención y que las grandes cantidades de armas que había en Francia permitiesen resistir a la República hasta el estallido de la esperada guerra europea[113]. Este análisis era probablemente correcto, y así lo habían pensado los diplomáticos alemanes en la época de Munich: «En el caso de que haya guerra, la España roja podría esperar importante apoyo militar de Francia, Rusia y probablemente Inglaterra»[114].

Las líneas de la política de Casado pueden verse en los números del *Diario del Consejo Nacional de Defensa*[115]. Pero sabiendo que había estado en contacto con los nacionales bastante antes de su golpe y que su principal preocupación era llevar a cabo una rendición que protegiese a los oficiales profesionales, los decretos adquieren un significado nuevo y resulta evidente que en gran medida se publicaron para causar impresión a los nacionales.

Se anularon los decretos del 3 y 4 de marzo de 1939. El *Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional* del 3 de marzo había disuelto el grupo de Ejércitos de la Región Central, los cuales dependerían en adelante no de Miaja sino directamente de Negrín. A Modesto se le ascendió a general y a Líster a coronel, confirmando un ascenso hecho durante la retirada de Cataluña cuando el *Diario* no se publicaba. Se nombró a conocidos comunistas a mandar los puntos de evacuación: al teniente coronel de milicias Etelvino Vega para Alicante, al teniente coronel de Aviación Leocadio Mendiola para Murcia y al mayor de Aviación Inocencio Curto para Murcia.

Ahora bien, durante muchas décadas no se pudo localizar un número del *Diario Oficial* del 4 de marzo, el cual, a juzgar por los contradictorios relatos de Casado, elevaría a Antonio Cordón a la jefatura suprema de las Fuerzas Armadas, y daría a Modesto, Líster, Valentín González «El

Campesino» y Tagüeña los mandos respectivamente de los Ejércitos del Centro, Levante, Extremadura y Andalucía. El hecho de que Casado alega el nombramiento de El Campesino indica también lo dudoso de sus aseveraciones, ya que los otros jefes comunistas desdeñaban al Campesino, acusándolo incluso de cobardía[116]. Es más, si en efecto Casado poseía un ejemplar del *Diario* del 4 de marzo, lo más normal hubiera sido reproducirlo en las versiones de su libro. Dado que dichos nombramientos constituían la justificación del golpe militar, se pensaría que Casado llevara consigo el *Diario* en cuestión como permanente defensa de su actuación. Pero evidentemente no lo poseía porque el número, que sí existió, del *DOMG* del 4 de marzo de 1939 no contiene nada de extraordinario[117]. Únicamente anuncia el nombramiento del general Miaja como Inspector General.

El famoso nombramiento de los milicianos comunistas para la cúpula militar no existió. Ahora bien, habida cuenta de que los altos mandos militares le indicaron a Negrín en la muy citada reunión de Los Llanos, celebrada probablemente el 16 de febrero, que no se podía luchar más, parece natural que el presidente haya pensado en nombrar a Modesto, Líster y Tagüeña, los jefes de milicias más capaces y resueltos, los cuales por supuesto hubieran acatado la orden de apoderarse del mando de los ejércitos. Negrín ¿por qué no hizo los nombramientos? No lo sabemos. Era quizá porque creía que nombrar a los jefes militares comunistas al mando de los ejércitos tendrían el efecto de provocar un golpe. Ángel Bahamonde y Javier Cervera, en su detallado estudio del episodio Casado, sugieren: «Otra cosa muy distinta es que Negrín tuviera, en efecto, la intención de llevar a cabo una remodelación en el seno del ejército y, probablemente, contaba para ello con militares comunistas, pero no sabemos cuál sería su volumen, ni la forma en que se hubiera efectuado»[118].

En Cartagena, Francisco Galán derrotó la tentativa procasadista, aunque se marchó cuando la flota zarpó en dirección a Bizerta[119]. Casado anuló los decretos de reclutamiento de las quintas de 1915 y 1916 y el ascenso de Rojo a teniente general y el suyo propio a general, ascensos otorgados por lo que Casado consideraba, y pretendía que el enemigo lo viese, un gobierno ilegal. Se hicieron muchos nombramientos nuevos. Casado

nombró como sucesor suyo al frente del Ejército del Centro al coronel Prada. Moriones, que había advertido a Matallana, el jefe del Grupo de Ejércitos, de que Casado estaba pensando en rebelarse[120], y de quien los nacionales pensaban que estaba a favor de seguir resistiendo[121], fue destituido del mando del ejército de Andalucía y sustituido por Menoyo, uno de sus jefes de Cuerpo. Escobar, del ejército de Extremadura, prometió su apoyo y acabó con los intentos comunistas de oponerse a Casado. El ejército de Levante no ofreció resistencia al golpe. Martínez Cabrera, que había sido gobernador militar de Madrid desde diciembre de 1938[122], fue nombrado subsecretario del consejero de Defensa, el propio Casado. De los jefes de Cuerpo, Barceló fue fusilado por participar en la rebelión comunista contra el golpe y por su responsabilidad en la ejecución de tres jefes del EM de Casado: Fernández Urbano, Pérez Gazzolo y Joaquín Otero[123]. Bueno, del II Cuerpo, según un informe, prometió apoyar a Casado[124]. Casado dice que Bueno estaba en manos de sus subordinados[125]. El espionaje nacional pensaba que apoyaba los planes de Casado y lo alentó incluso a hacérselo saber. Hay una versión que llega incluso a decir que se trataba de un jefe local de Falange[126]. No hay más pruebas de ello que esa indicación y uno se pregunta si el SIPM estaba realmente al tanto de la situación, sobre todo teniendo en cuenta que Bueno había sido uno de los pocos oficiales retirados que se habían presentado al principio de la guerra. El jefe del III Cuerpo, Ortega, dio a Casado una respuesta equívoca a su petición de apoyo[127], ofreciéndose después como mediador entre los comunistas y las fuerzas de Casado[128]. Los tres jefes de Cuerpo fueron destituidos y sustituidos por jefes de Divisiones, Gallego Pérez, Zulueta y Fernández Recio.

El general Bernal, a quien había sustituido en Cartagena Francisco Galán, fue nombrado gobernador militar de Madrid, y el coronel Ardid inspector general de Ingenieros[129]. Se hicieron también diversos cambios en el Comisariado. Los siguientes números del *Diario* nombraban nuevos jefes y jefes de EM de divisiones y brigadas, suprimían la estrella roja del uniforme por «no tener significado jerárquico»[130] y disolvían el SIM. Puede suponerse que, de haber contado con más tiempo, en posteriores

cambios se habría destituido de los mandos a la mayoría de los comunistas de los cuatro ejércitos de la zona Centro-Sur.

V. Negociaciones de paz y acontecimientos posteriores

Una de las principales motivaciones de quienes pretendían firmar la paz, expresada por el Consejo de Defensa Nacional, era la seguridad personal de los republicanos que permaneciesen en España y el deseo de conseguir garantías de salvoconductos para quienes desearan marcharse[131].

En relación con esto, puede resultar interesante examinar los procedimientos judiciales nacionales durante la guerra. Para ello pasaremos por alto los casi indiscriminados asesinatos de enemigos políticos y milicianos del principio de la guerra, no porque los excusemos, aunque las represalias y crímenes de la España republicana también fueron de entidad. Pero en 1939 la situación era distinta; los nacionales ya no combatían a la desesperada y debemos considerar sus procedimientos a la luz de lo que les debieron parecer a Casado y la CNT cuando sopesaron las posibilidades de lograr una paz justa.

En 1937, el Mando Supremo Nacional publicó reglamentaciones relativas a la clasificación y trato de los prisioneros[132].

Se organizarían Comisiones de Clasificación, en las que habría un oficial del cuerpo Jurídico. Se hacía hincapié en la rapidez y eficiencia de la clasificación, en especial para que los prisioneros a quienes no se acusaba de ningún cargo fuesen afectados al Ejército Nacional o pasaran a servir en batallones de Trabajo. Después de la caída de Bilbao en junio de 1937 existía preocupación por el hecho de que muchos simpatizantes de los nacionales se encontraran en los batallones de Trabajo junto a nacionalistas vascos y otros republicanos, y en septiembre se aprobó la designación de representantes falangistas en las comisiones, para que pudiesen identificar a sus militantes entre las tropas republicanas capturadas en el Norte.

Las comisiones pedirían información sobre los prisioneros a la Guardia Civil, el alcalde, los párrocos u otros ciudadanos relevantes de sus lugares

de origen, pero había que completarla en un plazo máximo de tres días, al cabo del cual el detenido debía estar ya clasificado. No existía un procedimiento oficial al respecto y no se autorizaba llevar registros escritos. Las clasificaciones posibles eran las siguientes:

A. *Personas que se habían visto obligadas a servir a la República*. Se les ponía en libertad, debiendo presentarse a las autoridades de su lugar de residencia, sin prejuicio de posibles denuncias o futuras acusaciones.

B. *Personas que habían servido voluntariamente a la República y contra las que no había otras acusaciones sociales, políticas o criminales*. Se refería a quienes no habían desempeñado ningún papel en la política republicana. «Responsabilidades sociales» puede significar, por ejemplo, actividades huelguísticas o actitudes anticlericales. Se les fijaba un lugar de residencia obligatorio y se les sometería a una investigación a fondo con testimonios de la Guardia Civil, alcalde, párroco, la Falange local, etc.

Estas dos clasificaciones, pues, no libraban a los prisioneros de consecuencias futuras; se limitaban a aliviar al Ejército Nacional del pesado fardo de los prisioneros de guerra y a descargar en la supervisión de las autoridades de su lugar de origen o residencia obligatoria la responsabilidad de los prisioneros.

C. *Militares y otros dirigentes políticos o de la sociedad, personas cuyos actos pudieran interpretarse legalmente como traición, rebelión o «crímenes de naturaleza social y política» cometidos antes o después del 18 de julio de 1936*.

D. *Personas claramente culpables de delitos comunes antes o después del 18 de julio de 1936*.

Los pertenecientes a estas dos últimas categorías serían sometidos a Consejos de Guerra.

En diciembre de 1937, se introdujo una nueva clasificación para los prisioneros que contasen con familiares en la zona nacional y hubiesen variado sinceramente de opinión. Probablemente, se decidió organizar este nuevo grupo ante la imposibilidad de mantener la enorme cantidad de detenidos.

Naturalmente, había equivocaciones que dieron lugar a un interesante intercambio de correspondencia entre los EM de los ejércitos nacionales a propósito de la relativa fidelidad de exprisioneros alistados a raíz de una clasificación favorable. Lo cual a su vez llevó a la publicación de órdenes estrictas a las que habían de conformarse las reglas clasificatorias, en especial en lo que atañía al establecimiento de la identidad, fiabilidad política y veracidad de los avales del prisionero expedidos por conocidos o personas a quienes se podía convencer para que respondieran por él.

Con respecto al delito de rebelión militar, de que se podía acusar a todo soldado republicano ya que no había atendido a la proclamación del estado de guerra por las guarniciones rebeldes en 1936, se establecía una diferencia entre quienes eran culpables de «adhesión» y los culpables de «auxilio». Los primeros se habían identificado con los fines de la «rebelión» (es decir, se habían negado a aceptar la sublevación nacional) y su actuación era tenida por más delictiva que la de los segundos, que sólo eran culpables de haberlos ayudado. Debía considerarse el asunto cuidadosamente, pues la pena impuesta sería de muerte o de prisión perpetua. Se recomendaba la muerte en los casos de «peligrosidad social» o «por razones de ejemplaridad». Otro delito era el de inducción, y se distinguía entre la inducción seguida o no de efectos; esta última se penaría con la muerte. Se publicaron reglamentaciones especiales relativas a los desertores del ejército republicano pasados al nacional; no se les acusaría de rebelión militar, a menos que hubiesen sido voluntarios, en cuyo caso se tomaría en consideración el tiempo que habían servido, su graduación y antecedentes previos a la guerra. Todas las decisiones podrían someterse a corrección si posteriormente a ellas se descubrían «responsabilidades».

La información sobre el trato dado a los prisioneros republicanos durante la guerra es escasa, pero poseemos indicaciones ocasionales de fuentes secundarias, y así sabemos que varios militares de carrera fueron fusilados tras la caída del País Vasco y Santander[133]. Un reciente (1968) libro de memorias de un soldado nacional narra la ejecución sin juicio de un capitán, un teniente y un comisario nada más ser capturados[134]. Como se permitió su publicación, es probable que tales ejecuciones fuesen tan

corrientes que sean de dominio público y no merezca la pena tratar de ocultarlas.

Además, en febrero de 1939, Franco había firmado la Ley de Responsabilidades Políticas[135]. No todos los acusados de delitos políticos serían acusados también de rebelión militar, pero el comentarista del Ministerio de Asuntos Exteriores británico señalaba que toda persona convicta por un tribunal militar del delito de rebelión incurriría también en responsabilidad política, lo cual implicaría, si era declarada culpable, una condena de quince años de cárcel y posiblemente una multa considerable. El cónsul inglés en Burgos, Mr. Jerram, señalaba que aunque el haber servido en el ejército republicano o la simple pertenencia a organizaciones prohibidas que se habían opuesto al alzamiento no implicaba responsabilidad *criminal*, «no hay ninguna garantía de que [los acusados] no sean castigados de otro modo como delincuentes políticos»[136].

Contra estos hechos conocidos puede oponerse la intención expresada por Casado de requerir como principio esencial para la rendición:

> La seguridad de que todos los civiles y soldados que hayan tomado parte honorable y limpiamente … en esta dura y larga lucha, serán tratados con el mayor respeto, tanto en sus personas como en lo que se refiere a sus intereses.
>
> Respeto a las vidas y la libertad de los soldados del Ejército y comisarios políticos que no son responsables de ningún delito.
>
> Respeto a la vida, libertad y empleo de los oficiales profesionales que no hayan cometido ningún crimen[137].

La primera impresión que dan esas peticiones es de una enorme ingenuidad. Como escribieron los comentaristas nacionales, un cambio de actitud de los militares republicanos realizado a última hora no iba a salvarlos[138]. Esta ingenuidad la comenta el servicio de espionaje nacional, que observa con menosprecio que Casado pensaba poder llegar a un acuerdo entre caballeros ya que todos eran compañeros de profesión, muchos de los cuales, naturalmente, se habían conocido e incluso estimado mutuamente, antes de que la situación cambiase tanto. Pero los nacionales también sospechaban que Casado sabía bien cuál era la situación y que había retrasado su golpe hasta que lo obligaron a ello los posibles

nombramientos de comunistas a los más altos cargos militares, con la finalidad de que pudiesen escapar los dirigentes más comprometidos[139].

Cuando comenzaron las negociaciones, los representantes nacionales hicieron llegar a Casado una lista de las concesiones que hacía Franco[140]. Eran una respuesta a los requerimientos del Consejo Nacional de Defensa y con respecto al ejército los párrafos que interesan dicen lo siguiente:

> Para los oficiales que depongan voluntariamente las armas, sin ser culpables de la muerte de sus compañeros ni responsables de otros crímenes, aparte de la gracia de la vida, la benevolencia será tanto mayor cuanto más significados y eficientes sean los servicios que en estos últimos momentos presten a la causa de España o haya sido menor su intervención y su malicia en la guerra[141].

Casado podía entender perfectamente que era una invitación a traicionar y un ofrecimiento de recompensar a quienes habían conseguido no luchar durante la guerra.

El 19 de marzo, Franco consintió en aceptar como portavoces a dos militares republicanos; dos jefes de sección del EM del grupo de Ejércitos del Centro, el comandante Leopoldo Ortega y el teniente coronel Garijo, marcharon a Burgos en avión el 23 de marzo. Garijo era considerado generalmente de sentimientos republicanos tibios, aunque las acusaciones que después de la guerra le lanzaron los comunistas no resultan confirmadas por las actas de las conversaciones de Burgos[142]. Ortega había tenido una carrera muy tranquila durante la guerra, y no había recibido más que el ascenso por lealtad. Había sido jefe de EM de una División y en 1939 era jefe de la sección de Organización del EM del grupo de Ejércitos de la Región Central.

En la reunión del 23 de marzo, Garijo pidió que se aclarase cuál sería la situación de los oficiales republicanos. El coronel Hungría, representante nacional, observó que la presencia de oficiales de carrera en el ejército republicano había reforzado a éste y prolongado la guerra. Garijo respondió que en su opinión la guerra se había perdido porque no se les habían dejado las manos libres a los oficiales, y que más bien se habían pasado por alto sus sugerencias. Era ésta una afirmación atrevida, pues implicaba que los

oficiales profesionales carecían de influencia únicamente porque no se les hacía caso, pero no porque hicieran su trabajo a desgana.

No se podrían obtener más concesiones sobre la salvaguarda del personal militar por parte de los nacionales. Como escribió Casado: «La obstinación de los nacionales indignó grandemente a casi todos los consejeros … La actitud de los nacionales al denegárnoslo no tenía precedentes en la historia sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de negociaciones entre compatriotas»[143].

Se quedó en una reunión posterior para el 25 de marzo. Ya no se trató de conseguir más concesiones, aunque fue entregado un documento con las condiciones ya acordadas. Luego se ordenó a los representantes republicanos regresar a Madrid.

A todos los efectos, era el fin de la guerra y Casado, en su marcha a Valencia tras su fracaso en la obtención de concesiones del enemigo, vio soldados que habían abandonado las posiciones y regresaban a sus hogares. Dio instrucciones formales para que la rendición se efectuase a las 11 de la mañana del 29 de marzo de 1939[144]. Como escribió años después, en términos que hubieran estado fuera de lugar en 1939: «En esta actitud pacífica se entregó al enemigo un Ejército de 600 000 hombres y la población civil de la zona republicana»[145].

A menos que, como llegaron a pensar en ocasiones los nacionales, Casado estuviera ganando tiempo para que los dirigentes pudieran huir, la única conclusión posible es que fracasó. No logró las concesiones políticas que pretendía ni ningún privilegio significativo para los oficiales de carrera republicanos. Las consecuencias para España si la resistencia se hubiese prolongado hasta septiembre de 1939 son puras hipótesis.

Hablando en términos generales, el trato nacional a los prisioneros siguió las directrices de la concesión de Franco. Los soldados rasos, sobre todo si su quinta había sido llamada a filas, fueron normalmente puestos en libertad tras una investigación. Los voluntarios, ascendidos y oficiales fueron condenados a penas de prisión. Los jóvenes reclutas republicanos fueron enrolados de nuevo en el Ejército Nacional para que cumpliesen su servicio militar. Los dejados en libertad de regresar a sus hogares tenían que enfrentarse a la posibilidad de ser denunciados por «responsabilidades

sociales y políticas» que podían acarrearles largas condenas o incluso la muerte si, por ejemplo, se les encontraba culpables de haber asistido, y por lo tanto eran cómplices, a un asesinato.

El tema de la suerte que cupo a los militares de carrera que no tenían responsabilidades políticas o criminales sigue siendo un misterio[146], aunque se puede tratar de hacer algún análisis a partir de los escasos datos disponibles.

Los únicos generales de antes de la guerra que se sabe que fueron fusilados eran Aranguren, jefe de la Guardia Civil en Cataluña, y Martínez Cabrera, al mando de Cartagena al comienzo de la guerra. Aunque Aranguren había testificado en el juicio que sentenció a muerte a los generales sublevados Goded y Fernández Burriel, no quiso acogerse a la protección de una embajada latinoamericana en Valencia y permaneció en España aunque pudo haber huido[147]. Como jefe de la base naval de Cartagena, Martínez Cabrera había sido en último término responsable del fracaso de la sublevación en ese lugar[148]. Se dictó una sentencia similar contra el general Escobar, coronel de la Guardia Civil en Barcelona en 1936, bajo la acusación de ser parcialmente responsable de la pérdida de Barcelona para los nacionales y de circunstancias agravantes[149].

Los oficiales con antecedentes de izquierdas tenían pocas posibilidades de contar con circunstancias atenuantes. Miguel Gallo, por ejemplo, que había estado comprometido en la sublevación de Jaca en 1930 y a quien se había premiado con un puesto en el Cuarto Militar de Azaña[150], era miembro del PCE y uno de los primeros jefes de las Brigadas Mixtas. Fue juzgado por rebelión militar y se investigaron sus responsabilidades políticas[151], tras lo cual fue considerado culpable y fusilado[152].

Joaquín Pérez Salas, coronel de Artillería del ejército de Extremadura donde mandó un cuerpo, fue igualmente fusilado, a pesar de que un informe nacional afirmaba que había protegido a muchas personas de los excesos revolucionarios y persecuciones políticas en la zona que controlaba, actitud que le había valido la enemistad de los comunistas[153]. Pero tenía un historial previo que lo convertía en «indeseable» al haber conspirado contra Primo de Rivera en Valencia en 1929, haber estado implicado en la rebelión de Jaca y tener amistad con Azaña[154]. También se había destacado como

leal al gobierno desde el principio y ya el 20 de julio de 1936 había dirigido una columna miliciana contra Córdoba[155], de manera que no podía considerársele de modo alguno un «leal geográfico», alguien que había servido a la República por haberse hallado accidentalmente en esa zona. Y además no había contribuido a acelerar el fin de la guerra, pues aplastó la sublevación de los quintacolumnistas de Cartagena el 6 de marzo de 1939[156]. En algunas cosas, era uno de los oficiales más originales del ejército republicano. Era fuertemente anticomunista y trataba descortésmente a su asesor soviético[157]. Se le tenía por «loco y excéntrico»[158], y tenía fama de haber ideado la frase de «Venceremos a pesar de los comisarios»[159]. Se rumoreó, y también era típico de él, que insultó al tribunal militar que lo juzgó[160].

La concesión nacional con respecto a los oficiales que no se hubiesen distinguido por largos y fieles servicios a la República o por poseer profundas convicciones republicanas y que contribuyeran a concluir rápidamente la guerra en 1939, fue observada en el trato a los oficiales que colaboraron con el Consejo Nacional de Defensa. Probablemente uno de los más comprometidos era Adolfo Prada, a quien correspondió, como jefe del Ejército del Centro, rendir Madrid al enemigo. Se había adherido al Partido Comunista y había tenido responsabilidades en ejecuciones de personal militar en Andalucía[161], pero cooperó a la rendición incruenta de la capital. Se aseguró que había sido condenado a muerte, pero que intercedió por él un cuñado que tenía en el Ejército Nacional[162]. Difícilmente hubiese sido ese hecho un atenuante de no mediar su buen historial a raíz de la rendición.

Dentro del ambiente general de duda debido a la falta de informaciones de fuentes primarias, parece razonablemente seguro conjeturar que la mayor parte de los oficiales profesionales asociados al coronel Casado no fueron ejecutados a no ser que, como Escobar y Martínez Cabrera, se hubiesen distinguido por su lealtad a la República en julio de 1936 cuando se alzaron sus compañeros de armas.

Es razonable suponer que los militares y marinos condenados, por ejemplo en Cartagena, fueron acusados, entre otros cargos, de actuar de testigos contra sus compañeros sublevados en 1936[163]. El coronel de

Caballería Carlos Caballero Méndez, y el teniente auditor Pedro Rodríguez fueron fusilados en Barcelona por ser juez instructor y fiscal respectivamente contra los generales sublevados Goded y Fernández Burriel. En Barcelona, también se fusiló a ocho o nueve jefes y oficiales de la Guardia Civil, además de los generales Aranguren y Escobar[164].

Otros profesionales de la milicia sufrieron la pérdida de sus carreras, largas penas de cárcel, a pesar de las diversas amnistías, y a menudo graves dificultades sociales y económicas.

Matallana, por ejemplo, estuvo encarcelado y luego tuvo que mantener a su familia trabajando como capataz de la construcción[165]. Bernal, que contaba ya 65 años de edad, falleció en la cárcel[166]. Otros estuvieron diez o doce años encarcelados[167]. A pesar de que muchos sospechaban de su aparente poca lealtad republicana, el coronel Muedra, destinado en el Estado Mayor del Ejército del Centro, tuvo que exiliarse a Guinea. En 1956, se encontraba en Madrid con «una tiendecita donde le encontré despachando jabón y lejía»[168]. Otros militares que ocuparon importantes cargos en el Ejército Popular durante la guerra, se encontraban después obligados a vivir con mucha modestia, dedicándose a hacer traducciones mal pagadas o dando clases particulares.

Quizá más injusto que todo fue el tratamiento recibido por tantos militares que, viviendo en la Zona Gubernamental, ni siquiera prestaron servicio en el Ejército Popular. Los victoriosos anunciaron, con fecha del 30 de marzo de 1939, que todo militar de carrera podría ser sujeto a una investigación, aunque no ocupara un cargo militar en la guerra[169]. Incluso, por extraño que pueda parecer, algunos militares que desde sus puestos en la Intendencia, como el comandante Emilio Sánchez Caballero, minaban la eficacia del Ejército Popular, quedaron encarcelados, aunque como en este caso la pena era menos de los tres años que suponían la separación del servicio, posiblemente no perdió la carrera. Aun más desafortunado fue el comandante de Carabineros, Manuel Albarrán Ordóñez, el cual, encarcelado en la Zona Gubernamental por sus actividades quintacolumnistas, al ser liberado en marzo de 1939 fue devuelto a la cárcel por los victoriosos nacionales porque en 1936 había sido jefe de una columna de milicias. Como toda persona condenada por un tribunal militar

por actividades contra el *Glorioso Alzamiento*, el comandante fue juzgado según la Ley de Responsabilidades Políticas, sufriendo una multa[170]. En Madrid, por el gran número de militares residentes en la capital, éstos representaban el 27 por ciento —288 personas— de los penados según dicha Ley[171]. No terminaba ahí la persecución. La Ley de Represión de la Francmasonería y del Comunismo, del 1 de marzo de 1940, se aplicaba también contra los militares de carrera. Éstos no pudieron ser encarcelados por ser masones, pero sí obligados a comparecer ante un tribunal de honor y separados del servicio, castigo que sufrieron unos 150[172].

La mayoría de los oficiales que, conforme a las especificaciones nacionales, no podían contar con ninguna, o muy pocas, circunstancias atenuantes, salieron de España. Muchos lo hicieron junto con el EM Central y el grupo de Ejércitos de la Región Oriental en febrero de 1939. Algunos de ellos se convirtieron en exiliados permanentes: Pozas, Jesús Pérez Salas, Guarner, Llano de la Encomienda, Miaja, Fuentes, Asensio, Álvarez Coque, Sanjuán, Sánchez Paredes y otros muchos. Algunos de ellos murieron antes de que el ambiente español hubiese cambiado lo bastante como para que pudiesen regresar. Otros se establecieron en Francia o México y donde lograron conseguir un visado. Probablemente, el exiliado más anciano fue el general Riquelme, que falleció en París en enero de 1972 a la edad de 91 años[173]. En los años 40, los jefes militares republicanos se encontraban desperdigados: Rojo en Bolivia, Asensio en Nueva York, Sánchez Rodríguez en Puebla (México), Martínez Monje, Parra y Francisco Galán en Buenos Aires, Fontán en Chile, Matilla en Costa Rica, Jurado en Montevideo…

Unos pocos oficiales profesionales formaron parte del grupo de unas cuatro mil personas que marcharon a la Unión Soviética. Entre ellos estaban Cordón, Márquez, José María Galán y Francisco Ciutat.

De los oficiales de Milicias se sabe poco, aunque autores que tienen acceso a las fuentes publican en ocasiones datos sobre ellos. Líster, por ejemplo, cita varios nombres, entre ellos el de Ascanio, de la 8.ª División, así como el del oficial profesional Barceló y el comisario Conesa, que fueron ejecutados por el Consejo Nacional de Defensa[174]. Probablemente, no se yerra diciendo que muchos de los dirigentes de Milicias y comisarios

más comprometidos fueron evacuados, aunque Etelvino Vega, jefe del XII Cuerpo del Ejército del Ebro y gobernador militar de Alicante al final de la guerra, recibió instrucciones para permanecer en España y posteriormente fue ejecutado[175]. Los otros dirigentes prominentes de las Milicias, Líster, Modesto, Tagüeña y «El Campesino» marcharon a la Unión Soviética[176].

A los pocos meses de finalizada la guerra, empezaron las conmutaciones parciales de sentencias. Y se puede decir que si una persona había conseguido evitar la ejecución de la pena de muerte hablando en términos generales se le reduciría más adelante la condena. En algunos casos, se dictaron sentencias con condenas más breves que el tiempo transcurrido a la espera del juicio y el detenido era puesto en libertad inmediatamente. Pero, claro está, se hallaba siempre sujeto a una nueva denuncia y también puede decirse que a los profesionales se les prohibió frecuentemente ejercer y que los funcionarios y empleados, por ejemplo, se encontraban con sus puestos ocupados por veteranos nacionales.

Al considerar los indultos, conviene recordar las palabras del ofrecimiento nacional al coronel Casado:

> Para los que depongan voluntariamente las armas, sin ser culpables de la muerte de sus compañeros ni responsables de otros crímenes, aparte de la gracia de la vida, la benevolencia será tanto mayor cuanto más significados y eficientes sean los servicios que en estos últimos momentos presten a la causa de España o haya sido menor su intervención y su malicia en la guerra.

Una orden circular, publicada el 25 de enero de 1940 dio comienzo a las primeras reducciones de importancia de las sentencias. Como se definían cuidadosamente los diversos niveles de delitos, puede resultar útil describirla *in extenso* como ejemplo de los principios generales de las condenas y conmutaciones: los oficiales profesionales que eran «notablemente destacados» por su republicanismo no eran indultados, pero había otros que aunque habían sido «el alma de la revolución marxista», habían ayudado a los milicianos a derrotar a las guarniciones sublevadas y habían servido en el ejército republicano, era evidente que no habían sido tan importantes como para condenarlos a muerte, sentencia que se les conmutaba por una de 30 años de cárcel. Reducidos a 20 años cuando se trataba de oficiales con antecedentes republicanos que no habían servido a

la República durante mucho tiempo o en puestos importantes. Esta conmutación afectó también a los jefes de Milicias, aunque desde luego muchos de ellos habrían sido condenados por acusaciones políticas o de otras clases, así como por rebelión militar. Puede que la condena de Cipriano Mera fuese reducida conforme a esa reglamentación. Había sido teniente coronel de Milicias, pero había ayudado a Casado y eso debió pesar en su favor. Posteriores conmutaciones a doce o veinte años se otorgaron a oficiales que habían sido favorables al «Movimiento» (el nombre dado a la rebelión) antes de la guerra (es decir, a los de opiniones conservadoras) pero habían servido a la República durante largo tiempo en puestos importantes. Esta concesión podría haber afectado, por ejemplo, al general Rojo, si hubiese permanecido en España, y es posible que ayudase a oficiales como Matallana.

Se conmutaron las condenas de entre seis y doce años de prisión para aquellos oficiales profesionales de antecedentes conservadores que no habían servido a los «rojos» durante mucho tiempo. Sentencias menores aún, y que en muchos casos significaban la puesta en libertad inmediata, fueron aplicadas a hombres sin antecedentes políticos que sólo habían servido en puestos burocráticos.

Pero las sentencias fueron dictadas y cumplidas, al menos en parte, y las carreras de los oficiales resultaron arruinadas. Se estaba muy lejos de la esperanza de Casado de que los oficiales republicanos que no hubiesen cometido delitos comunes conservaran sus empleos.

El 4 de junio de 1940, se promulgó un decreto que concedía la libertad provisional a quienes cumplían sentencias menores de seis años. En 1941 y 1943 se promulgaron decretos semejantes para todos aquellos condenados a menos de 20 años a no ser que hubiesen cometido actos de crueldad, asesinatos, raptos, profanaciones u «otros actos repugnantes para un hombre de honor»[177]. Esta libertad condicional para los condenados por rebelión militar significaba que se les podía poner en libertad, con la obligación de residir al menos a 250 kilómetros de sus hogares, a no ser que se opusieran el alcalde, la Guardia Civil y la Falange locales. Según una fuente, de 50 877 casos examinados, se puso en libertad 47 234 y se denegó a 3643, la mayoría de las veces por los malos informes de su ciudad natal[178].

En 1943, se concedieron pensiones a hombres en libertad provisional, a menos que la pérdida de los derechos de retiro no hubiese sido decretada en la sentencia[179]. En la misma fecha se invitaba a hacer instancias para solicitar la libertad condicional aunque no se hubiese cumplido la parte mínima de la sentencia requerida. En 1944, se concedieron pensiones a quienes podían haber sido destituidos injustamente a raíz de la ley del 1 de marzo de 1940 para la supresión de la masonería y el comunismo. Muchos oficiales habían sido apartados del ejército por tribunales de honor, presumiblemente mientras estaban a la espera de ser juzgados por rebelión militar. Se volverían a investigar esos casos[180]. Teniendo en cuenta que un número considerable de oficiales nacionales habían sido probablemente masones y que la Ley del 1 de marzo de 1940 retroactaba el delito de formar parte de la masonería al 18 de julio de 1936 en lugar de a octubre de 1934, como ocurría con la mayoría de las demás leyes represivas, la medida de amnistía resultaba realista. Reconocía asimismo que los oficiales realmente comunistas estaban en el exilio o habían sido ejecutados.

Puede afirmarse, pues, con aproximación que sólo se fusiló a una minoría de oficiales republicanos y que había pocos aún en la cárcel en 1943. No obstante, perdieron sus carreras y sufrieron las consecuencias de tener antecedentes penales y la pérdida de los derechos cívicos hasta su restauración en 1964[181]. Hasta 1966 no se cancelaron de la legislación todas las responsabilidades de la guerra civil[182]. Pero, aunque muchas personas regresaron a España después de 1966, no todos pudieron volver a su vida civil. En especial, los antiguos funcionarios no fueron reintegrados a sus puestos y, por lo tanto, no gozaban de derechos de jubilación, aunque no era raro que se hicieran peticiones en las Cortes para que se les concedieran así como también a los que resultaron mutilados en su servicio al ejército republicano. Si la represión no fue tan brutal con respecto al ejército republicano como se ha afirmado en muchas ocasiones, fue no obstante bastante dura aun para los menos identificados con la causa de la República y con los menos orgullosos de haber formado parte del Ejército Popular de la República.

11

Conclusiones generales

De la plétora de impresiones recibidas tras este estudio del Ejército Popular, emergen dos conclusiones primordiales inevitables: la de las continuas carencias y la de las constantes interferencias de tensiones políticas.

Aunque los depósitos y parques existentes en la zona republicana al estallar la guerra estaban tan bien provistos, si no mejor, que los del enemigo, la falta de armas afectó gravemente en la mayoría de las ocasiones al ejército republicano. Esa carencia se debió no sólo al Pacto de No Intervención sino también al colapso de la autoridad al principio de la guerra y a las subsiguientes dificultades para lograr una utilización eficiente de las reservas de armas existentes o una producción suficiente y fiable de armas en las fábricas y talleres de reparación de la retaguardia. Hasta donde sabemos, el aprovisionamiento de armamento alemán e italiano no sólo fue cuantitativamente mayor que los recursos obtenidos por el gobierno republicano, sino además más adecuado a las circunstancias de la guerra, en especial en lo que se refiere a la artillería pesada. Y también estaba mucho más controlado por el mando nacional, o quizá operaba en contacto más estrecho con él. Los tanques soviéticos y la Aviación parecen haber sido sorprendentemente poco útiles para los ejércitos republicanos cuando más precisaban de ellos.

Tampoco cabe duda de que el ejército republicano padeció gravemente de falta de oficiales y suboficiales profesionales. Quedaron pocos oficiales a

raíz del fracaso del alzamiento y de la consiguiente purga; la mayor parte de ellos no eran de confianza y la mayoría de los puestos de mando eran ocupados por hombres en absoluto apropiados, por su falta de experiencia de combate o por su baja graduación antes de la guerra. También resultó imposible instruir suficientes oficiales nuevos. La marcada naturaleza política de la guerra ocasionó que muchísimos de los dirigentes naturales fuesen elegidos o nombrados por los partidos o sindicatos, sin que tuviesen ningún conocimiento militar. El éxito en su función de mando dependería de la medida en que ellos y sus hombres fuesen lo suficientemente capaces de seguir las instrucciones de los profesionales y de la competencia de estos últimos. Además, la carencia de jóvenes apropiados para recibir instrucción y ser nombrados oficiales era evidente dado que a menudo eran quienes simpatizaban con los fines de los nacionales o al menos eran neutrales.

Corolario de estas carencias constantes fue la extensión de la improvisación de unidades, oficiales y gran parte de la estructura del ejército. Cuando la organización había alcanzado un nivel profesional, es decir a finales de 1938, ya era demasiado tarde.

La segunda impresión recibida es la presión de las cuestiones políticas, que resulta evidente en la identidad ideológica mantenida y conservada celosamente por muchas unidades hasta el fin. Esto sucedió porque el Partido Comunista deseaba conservar sus unidades escogidas, que encarnaban las doctrinas politicomilitares sobre la guerra expresadas en las primeras semanas por el Quinto Regimiento. De manera similar, los temores anarquistas a ser sumergidos por la oleada de influencia comunista se exacerbaron a causa de la presión comunista y su prestigio entre los oficiales superiores. No obstante, a la luz de las fuentes soviéticas, parece haber sido exagerada la extensión del poder comunista dentro del ejército. Hubo pocas unidades propiamente comunistas. Aunque la influencia comunista era grande, disminuyó a raíz de los esfuerzos de Largo Caballero y de Prieto por combatirla. En el caso hipotético de una victoria, las masas de reclutas habrían regresado a sus hogares. Los oficiales profesionales habrían vuelto a su actitud, en términos generales, apolítica y parece improbable que muchos de los dirigentes del Partido Comunista, ninguno de los cuales era una figura política de primer plano, hubiesen sido capaces

de mantener algún tipo de guardia pretoriana. Ni los Carabineros ni los Guardias de Asalto, cuyas unidades estaban cuidadosamente protegidas, estaban controlados por los comunistas.

La politización del ejército era inevitable ante el colapso de la autoridad y la toma del poder por los sindicatos y comités autonombrados. Es innegable que el PCE se dedicó a neutralizar esa situación subrayando la lucha común contra el fascismo no sólo de todas las fuerzas de izquierdas, sino también de las clases medias. Este aspecto del esfuerzo comunista por mantener una conciencia política unificada entre los combatientes se ve claramente en los informes de los comisarios y, en cualquier discusión sobre las presiones comunistas durante la guerra, debe precisarse este hecho en contraste con las intrigas de los agentes de la Comintern que actuaban entre bastidores para reforzar el poder comunista y reducir el izquierdismo disidente, actuación que indudablemente mermó la unidad de propósitos por la que se esforzaban los comunistas. A la vista del éxito del golpe de Casado, no hay que sobrestimar los logros de la propaganda comunista en el ejército, pero no hay duda de que el temor que sentían unas organizaciones por otras debilitó la disciplina del Ejército Popular así como su cohesión y potencia de lucha.

En la España nacional, la autoridad militar predominaba y el jefe del Estado actuaba de dictador y generalísimo al mismo tiempo, por lo que no se puede comparar su situación con la de la España republicana. ¿Podían haber tomado el poder los militares en la zona gubernamental? Desde luego, existía un estamento militar y, si se lo llevaba al límite de su tolerancia, hubiese establecido una especie de dictadura, ayudada por algunos políticos. Pero las circunstancias del comienzo de la guerra, el hecho de que esos oficiales *no* se hubiesen rebelado y sublevado a sus subordinados, sino que poseyeran únicamente el mando efectivo que las Milicias de los partidos y sindicatos les dejaban, les ponía en la difícil posición de estar al servicio de la situación en vez de dominarla y de tener así que cumplir sus responsabilidades militares en la medida en que se les consentía o hasta donde se lo permitía su dudosa lealtad.

Uno de los resultados de esta situación fue que los oficiales profesionales se refugiaron en un exceso de burocratismo y organizaran un

ejército de papel. En todo caso, era algo consustancial a muchos de ellos que habían pasado la mayor parte de sus carreras como burócratas. Así, se escribieron cantidades ingentes de instrucciones y el nuevo ejército utilizó formas organizativas clásicas, que los teóricos militares modernos empezaban a considerar ya como inapropiadas incluso para ejércitos del tipo de los que habían combatido en la primera guerra mundial, y que eran totalmente discordantes con el tipo de desarrollo y el carácter del ejército republicano.

Ahí radicaba el problema. El ejército republicano era revolucionario en el sentido de que se creó a partir del caos de una situación revolucionaria y de que se vio obligado a improvisar. Pero faltaban las restantes características de los ejércitos revolucionarios, la voluntad común, la disciplina gustosamente aceptada, una gran proporción de voluntarios y la audacia del mando. Y el ejército republicano no combatía a un enemigo minado por la decadencia. Quienes imaginaban que el Ejército Nacional se componía de reclutas forzosos dirigidos por incompetentes y vagos se equivocaban de medio a medio. Como cabía esperar en una guerra civil, fueron frecuentes las deserciones, pero parece que fueron más abundantes las que iban de la zona republicana a la nacional que viceversa[1]. Los reclutas del Ejército Nacional ingresaban en una fuerza organizada y podían confiar en sus oficiales, y así hubo en ese bando pocas retiradas causadas por el pánico y, cuando había que efectuar ataques que ocasionarían gran número de bajas, se encargaban de ellos los requetés, voluntarios escogidos, o los legionarios.

La ausencia de confianza en los dirigentes, al menos en los niveles inferiores e intermedios del ejército republicano, resulta evidente por las repetidas exhortaciones de los comisarios a los soldados de que confiasen en el alto mando y por las quejas de los oficiales sobre la extensión de la insubordinación. De conversaciones con oficiales, comisarios y soldados del ejército republicano, de la lectura de documentos de las organizaciones políticas acerca de su papel en el ejército, y del estudio de las memorias y otras fuentes secundarias se saca la impresión de que, si no hubo frecuentes actos directos de insubordinación, al menos sí que se daba una atmósfera en la que las órdenes podían o no ser obedecidas, muchas personas hacían lo

que les pareciera bien a ellas en ausencia de una autoridad plena, se hacían comentarios, por escrito o en teletipo, que en otros ejércitos significarían el Consejo de Guerra inmediato para sus autores, y nulidades relativas conseguían una falsa reputación gracias al culto de la personalidad.

Instintivamente se sentía que, dada la situación revolucionaria que se estaba viviendo, la disciplina militar rígida estaba fuera de lugar. Y sin duda era cierto, pero los comunistas y otros muchos, entre ellos anarquistas, comprendieron que debía sustituirse por una autodisciplina aún mayor de hombres convencidos.

Para quienes no poseían la suficiente convicción como para imponerse a sí mismos la disciplina, el papel de los comisarios fue más de dirección política que el correspondiente a la concepción primitiva de un amortiguador entre los voluntarios motivados políticamente y los dudosos remanentes del cuerpo de Oficiales. Considerándolo ahora, se ve que el ejército republicano no estaba preparado para esa libertad. No se podía esperar que personas para las que hubo que preparar y llevar a cabo un vasto programa de alfabetización, educación política y consejos higiénicos actuasen con una elevada autodisciplina y combatiesen con éxito, si a ello añadimos además la desventaja de la falta de armas y de dirección y un enemigo en comparación eficiente. Algunos lo podían hacer, y así el ejército republicano contó con la 11.ª y la 26.ª Divisiones, el V Cuerpo y otras unidades con un gran *esprit de corps*. Pero la gran mayoría del ejército estaba formada por reclutas, probablemente no por su gusto, y así fueron cosas comunes las deserciones y emboscamientos, sobre todo después de las retiradas de la primavera de 1938.

Tales eran los defectos inherentes al ejército republicano. Dada la situación política y social que originó la guerra, resultaron inevitables. Pero, tras la desaparición del antiguo ejército en la zona republicana en 1936, la defección de la mayoría de los guardias civiles en las zonas rurales, y la fuerte reacción en contra de los oficiales por parte de los sindicatos y organizaciones políticas, los militares leales a la República, empezando por el núcleo del Ministerio de la Guerra y continuando bajo la dirección de Asensio y el EM Central, construyeron un ejército que en el verano de 1937 merecía ya el nombre de tal. No venció, pero combatió bien en Brunete,

Belchite, Teruel y en el Ebro, y no fue derrotado en los frentes del Centro y Sur.

La influencia extranjera había sido insignificante. Es cierto que las Brigadas Internacionales participaron en algunos de los combates más sangrientos; las pruebas documentales indican que las dos Brigadas Internacionales a medio formar que acudieron a Madrid en la crítica segunda semana de noviembre de 1936 tuvieron una considerable contribución propagandística y perdieron gran parte de sus miembros combatiendo valerosamente. Pero sólo la imaginación de los corresponsales extranjeros podía afirmar que «salvaron» a Madrid. Y tampoco fueron los 30-40 000 miembros de las brigadas en ningún momento una proporción significativa del ejército republicano. A finales de 1937, en todo caso, la composición de las brigadas era cada vez más española. La guía estratégica y táctica extranjera resulta una fantasía de la imaginación de los comentaristas tendenciosos.

Si se hubiese dado un mayor equilibrio entre los armamentos de los ejércitos combatientes, lo que habría aumentado la confianza de los oficiales republicanos en que la República podía llegar a combatir para 1939 en términos aproximadamente iguales a los del enemigo, es muy posible que el ejército republicano hubiese contenido las grandes ofensivas nacionales de Aragón, el Ebro y Cataluña. Lo que no podía era haber ganado la guerra. Una vez que la flota republicana había resultado incapaz de bloquear el paso desde Marruecos o los puertos en que se desembarcaba la ayuda extranjera a los nacionales, estos últimos estaban al menos seguros de poder mantener el territorio que ya controlaban. El casi total apoyo de que disfrutaban en Navarra y Castilla la Vieja y su eficiente control de las regiones que habían ocupado militarmente, les garantizaban un reducto. La guerra mostró que uno de los mayores errores del ejército republicano fue su incapacidad para ejecutar maniobras que siguiesen a sus no infrecuentes éxitos tácticos y por una ciudad, Madrid, que fue defendida tenazmente, hubo tres, Málaga, Bilbao y Barcelona, que no lo fueron.

En cuanto a cuestiones de estrategia y de táctica, los primeros graves errores se cometieron aun antes de la creación del Ejército Popular. Aunque José Giral, como ministro de Marina, estuvo consciente del peligro que

supondría el paso del Estrecho de Gibraltar por fuerzas profesionales destinadas en la zona española de Marruecos y, por lo tanto, envió barcos de la Armada a aquella zona, constituía un grave error de visión estratégica el no haber mantenido en el Estrecho una presencia naval —en una época en la que los sublevados no la tenían— pese al peligro de ataques aéreos y pese a la situación revolucionaria a bordo de los barcos gubernamentales. Algo semejante podría alegarse en cuanto al mal empleo de la Aviación cuando en los primeros días del conflicto lo que contaba era la concentración del esfuerzo. Otro grave error lo constituyó el abandono de Mallorca a los sublevados al no apoyar el gobierno el desembarco en la isla de las milicias encabezadas por el capitán Bayo. Las consecuencias de permitir que en Palma de Mallorca se crease una base de máxima importancia en impedir el tráfico que se destinaba a los puertos de Levante serían reflejadas en el número de barcos mercantes hundidos mientras se dirigían a puertos levantinos en manos gubernamentales[2].

Otras decisiones de importancia incluyen el posible mal empleo de los militares profesionales que no habían tomado parte en la sublevación. De las investigaciones no parece que más de dos mil militares de carrera, de los que figuraban en el *Anuario Militar* de 1936, formaron en el Ejército Popular, mientras debía haber habido un número importante residente en la zona gubernamental, o en situación de actividad o en la de reserva. En efecto, sorprende el hecho de que, empleando a militares de carrera para la preparación de las Brigadas Mixtas, en el momento de que tales brigadas terminaban su organización, el mando fuera ocupado por un oficial de milicias. Los motivos pueden ser diversos, aunque probablemente se basen menos en la desconfianza política y más en las dudas acerca de la competencia física y la capacidad de adaptarse aquellos militares a un nuevo tipo de ejército.

Entre otros errores de tipo político-organizativo pueden contarse la demora en la movilización general, aunque es dudoso que la organización militar hubiera podido encontrar mandos, uniformar, formar militarmente ni armar los centenares de miles que hubieran acudido a los cuarteles.

En cuanto a la estrategia, las operaciones proactivas, tales como Brunete, Belchite, Teruel y el Ebro, tan características del comportamiento

estratégico del Ejército Popular, se realizaron en su mayor parte sin suficiente cobertura aérea, sin una logística por lo menos tan eficaz como la del enemigo, y sin un suficiente nivel de formación entre de los mandos de sección, compañía y batallón.

Mientras, en el bando sublevado, todo el poder se hallaba concentrado en una sola persona, en la zona gubernamental no fue hasta casi el final de la guerra que se encargó el poder al ejército. Aun así, se supone que Negrín, como ministro de Defensa, de haber realmente ejercido el poder en la zona Centro-Sur, hubiera retenido el derecho de hacer decisiones operativas militares. Como tal ausencia de independencia decisiva se reflejaba, aunque debida a diferentes motivos, en todo el Ejército Popular, no se apreciaba dentro de él el poder de reacción rápida del enemigo.

En cuanto a la influencia soviética en tomar decisiones estratégicas, las fuentes dan la impresión de que los asesores rusos se sentían cohibidos, primero por las instrucciones que habían recibido en el sentido de no imponerse sobre los jefes españoles, y segundo por el contexto en el que dentro de la URSS a una alta proporción de los generales y jefes militares rusos se les estaba deteniendo y a menudo liquidando. Concretamente, el mariscal Tujachevsky, proponente del valor de profundas penetraciones empleando carros de combate, acababa de ser ejecutado poco antes de la batalla de Brunete, de modo que ningún asesor ruso en España se atrevía a recomendar poner en vigor las teorías del acercamiento indirecto, del punto de impacto y del empleo en masa de carros —técnicas del *Blitzkrieg* o «guerra relámpago»—. Ahora bien, Vicente Rojo conocía bien tales teorías, pero es difícil creer que el jefe de Estado Mayor republicano juzgara que el nuevo ejército fuera capaz de realizar tales maniobras. Por otra parte, da la impresión que algunas de las operaciones proactivas protagonizadas por el Ejército Popular —Teruel y el Ebro son emblemáticas— se realizaran, más que por fundados motivos militares, para demostrar al mundo exterior que aunque la República no iba a ganar la guerra, por lo menos era capaz de pararle los pies a Franco y luchar disciplinadamente. Se trata de decisiones a menudo apropiadas, aunque el seguir embebiendo a división tras división en batallas que empezaron con avances dramáticos, tal Brunete y el Ebro, y luego se enfangaron, tuvo el efecto de perder grandes cantidades de

material y de provocar tal caída de moral, que el observador concluye que hubiera sido mejor poner alto a las operaciones. Ahora bien, el modelo de guerra que casi todos poseían en 1936-1939 era el de 1914-1918, donde no se paraba algunas operaciones, por ejemplo las batallas de Verdún y del río Somme de 1916, que ya habían costado inmensas bajas. La opinión de Rojo, explicada a Negrín el 8 de noviembre de 1938, al ir terminándose la batalla del Ebro, era:

> El mejor modo de oponerse a los propósitos enemigos es ganándole la iniciativa y, como en Teruel o en el Ebro, provocar una situación de crisis sobre un objetivo capital que le obligue a llevar a un teatro alejado de aquel en que se proponga aplicar su masa de maniobra, la mayor parte de sus reservas[3].

Aquí, el general Rojo estaba explicando a Negrín que había que atraer la masa de maniobra franquista desde Madrid o Valencia a otra parte. La teoría es correcta, pero en la práctica el observador puede dudar de su aplicación si el resultado fueron las enormes pérdidas de personal, material y moral que sufrió el Ejército Popular en Teruel y el Ebro. En todo caso, tales maniobras serían de pura diversión, y su importancia residía en poder atraer los refuerzos enemigos de tal forma que éste dejase sus frentes desguarnecidos permitiendo así que el Ejército de la República descargara un golpe paralizador. El ejemplo más importante de tal maniobra no acabó por llevarse a cabo. Se trataba del Plan P del final de 1938, que consistía en un desembarco en la costa de Motril (Granada), la ruptura del frente enemigo, carente de fuerzas por haber sido trasladadas al Ebro, entre Córdoba y Peñarroya, con la posibilidad de llegar hasta Sevilla y Badajoz, mientras a la vez el Ejército de Centro debería cortar las comunicaciones del enemigo entre Madrid y Extremadura. El día D para esta operación debió ser el 12 de diciembre de 1938, y en tal sentido Rojo le telegrafió su orden a Miaja, mando supremo del Grupo de Ejércitos del Centro. Miaja, sin embargo, se negó a destacar fuerzas para la operación, manifestando también que el almirante Buiza, jefe de la Flota, responsable del desembarco, estaba de acuerdo con él. Negrín acordó entonces suspender la operación[4]. No sabemos el motivo de la decisión del presidente, pero podemos suponer que, sin o con el consejo de los asesores rusos, el temor a

un tremendo fracaso tuvo por lo menos parte de la responsabilidad. Otra vez, se ve que, de haberse concentrado tales decisiones en manos militares, y suponiendo que Rojo, y no Miaja, hubiera tenido el mando supremo, la operación se hubiera realizado y quién sabe con qué resultados.

La defensa de Madrid constituía la absoluta finalidad de la estrategia del Ejército Popular. Hasta el final de la guerra, el Ejército del Centro se mantuvo acantonado alrededor de la capital con sus cuatro cuerpos de Ejército, masa suficiente para disuadir a Franco de tratar de tomar Madrid. La evidente desgana por parte de Miaja de destacar algunas de sus unidades a otros frentes es explicable en este contexto como también lo es la posibilidad de que la presión de los asesores rusos haya fortalecido la reacción de Miaja cuando Rojo le ordenaba, estando en su derecho como jefe de Estado Mayor, destacar unidades. La pregunta que se impone, entonces, no es el porqué de la negativa de trasladar algunas de sus brigadas, sino cuál era la situación política que permitía tal anarquía jerárquica. Un intercambio de mensajes entre Rojo y el coronel Matallana, jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos del Centro, ilustra aunque no explica la situación: «Te ruego —escribía el jefe del Estado Mayor Central — que con urgencia des las órdenes necesarias para que ese ataque se lleve a cabo …». Pese al «Te ruego», Rojo indicó que la carta tenía carácter de orden, de modo que Matallana estaba obligado a dar cuenta de la misma a Miaja. Pero, añadió Rojo: «No se la dirijo a él ni empleo la forma de directiva para que no se ponga de mal humor». Es esto un ejemplo sobresaliente de los problemas militares de la República. Por otra parte, la cuestión de la autoridad del jefe de Estado Mayor Central no se vio cuestionada sólo por Miaja, el cual al fin y al cabo había sido general en 1936 cuando Rojo era un comandante recién ascendido, sino también por Hernández Saravia, teniente coronel en 1936 y general en noviembre de 1938 con mando del Grupo de Ejércitos de la Región Oriental o GERO. Rojo le escribió a título personal a Matallana el 6 de noviembre de 1938, que Hernández Saravia «a pesar de recurrir [yo] a todos los maquiavelismos para contrarrestarle, me puede»[5]. A la luz de estos ejemplos de carencia de autoridad y decisión entre los jefes del Ejército Popular, se deberían quizá reevaluarse los papeles dirigentes de Negrín como presidente y ministro de

Defensa Nacional y de Antonio Cordón como subsecretario de Defensa para el Ejército de Tierra.

Al considerar la contribución soviética al esfuerzo de guerra de la República es claro que no se desarrolló una política de refuerzos del arma de Aviación semejante a la que realizó Alemania; de modo que, cuando el Ejército Popular había llegado al punto en que sería capaz de realizar operaciones de magnitud, faltaba el necesario apoyo aéreo. Pocos días después del comienzo triunfal de la operación del Ebro, en una fecha en la que quizá quedaba la posibilidad de una verdadera victoria, Rojo le escribía a Matallana, quejándose de la inferioridad de la aviación de apoyo y de que el enemigo actuaba con «una impunidad insultante». Dos días más tarde Rojo escribía al Jefe de Operaciones de la Aviación gubernamental «indignado por la no participación de la Aviación en las operaciones de ayer ni en las de hoy»[6]. Podemos analizar los motivos de la insuficiente participación de la Aviación, entre ellos: la falta de aparatos y la presión soviética sobre el alto mando de la Aviación. No obstante, se impone otra pregunta más fundamental. ¿Cómo es que se planifica una operación de tal envergadura como la del Ebro, sin que la planificación se realice conjuntamente con la Aviación, cuyo papel en cubrir cualquier ataque era imprescindible como debería haber enseñado la derrota italiana en Guadalajara? Es más ¿cómo fue que la ausencia de la Aviación resultara una sorpresa para el jefe del Estado Mayor?

Además de cuestiones de estrategia, habría que considerar la táctica. Los sublevados, por lo menos en la Legión y los regulares moros, contaban con unidades de experiencia y de tradición, de modo que los nuevos reclutas, al alistarse, ingresaban dentro de una estructura con solera en comparación con una brigada mixta gubernamental donde era incluso raro encontrarse con un oficial o suboficial profesional. Las desventajas de tal carencia de estructura para el Ejército Popular eran masivas.

Falta por investigar los sistemas de instrucción militar y sobre todo la preparación táctica que los mandos inferiores —sargentos y alféreces provisionales— recibían en el ejército sublevado. La cuestión es importante, a la luz de las casi constantes críticas por parte de los altos mandos profesionales de la República de la capacidad de los mandos

subalternos. Las evoluciones militares, a nivel de compañía y de sección, ¿eran enseñadas mejor en el Ejército Nacional que en el Ejército Popular? La evidente incapacidad de los mandos de unidades inferiores del Ejército de la República de actuar con iniciativa, perdiendo arrojo al gastar tiempo y fuerzas en destruir núcleos de defensa secundarios o encontrándose en medio del campo sin instrucciones concretas donde «se les nota que no tienen nada dentro y carecen de confianza en sí mismos» como comentaba Rojo[7], ¿reflejaba la insuficiencia de su preparación o bien las actitudes conservadoras de los jefes, los cuales insistían en retener un control férreo? Tal autoritarismo era a su vez favorecido por los comunistas, los cuales insistían en la necesidad de un ejército regular y muy disciplinado. Sin embargo, la retórica de la disciplina no parece que se hiciera real al hacer frente a la necesidad de improvisar con el material a mano. Cuando, por ejemplo, los internacionales encontraron inservibles las ametralladoras Chauchat, las abandonaron. Los sublevados, sin embargo, las emplearon, sorteando los problemas[8]. Este dato no parece improbable ya que una comparación de las marinas de guerra opuestas demuestra cómo los sublevados sacaron más provecho de viejo material en mal estado que los gubernamentales, cuyos barcos solían pasar exagerados períodos de tiempo en dique de reparación[9].

Hay que preguntar también si el marcado contraste entre el estilo de guerra de Franco y el del mando republicano se debía a las diferentes características de los respectivos Ejércitos, o si, pese a que los mandos habían frecuentado las mismas academias militares y no rara vez eran de la misma promoción, el alto mando de los sublevados, casi todos africanistas, había aprendido hacer la guerra a base de su experiencia en África mientras los jefes gubernamentales bebían en las fuentes de la estrategia francesa —elogiada generalmente en España— la cual en la época de entreguerras se caracterizaba por su tónica defensiva.

Un Ejército resulta victorioso porque es más fuerte que el adversario —en mandos, números y calidad del mando— o sabe manejar mejor los recursos que posee. Los ejércitos con pocos recursos, por su parte, suelen recurrir a la técnica de sabotajes y guerra irregular, pudiendo así negar al enemigo la victoria. Desafortunadamente para ellas, las milicias

republicanas no eran ninguno de estos tipos de ejército. No constituían una verdadera revolución militar. Frente a la forma de luchar de los sublevados, con tropas aguerridas y bien encabezadas cubiertas por una Aviación que comprendía la táctica de colaboración aire-tierra, el Ejército Popular resultaba desfasado.

Empero, dadas todas las limitaciones del Ejército Republicano, una visión equilibrada de él lleva a la conclusión de que no sólo fue, en muchos aspectos, un episodio fascinante e importante de la historia contemporánea de España y de Europa, sino también uno de los más admirables y que acabará por gozar, al menos, de la respetuosa consideración que sus oponentes le negaron tras su derrota.

Apéndices

APÉNDICE 1. *El gabinete militar de Azaña*

Comandante de Artillería **Juan Hernández Sarabia**; después ministro de la Guerra en el gobierno Giral de agosto de 1936 y que ocuparía importantes puestos en el ejército republicano, llegando a ser general al mando del Grupo de Ejércitos de Cataluña. Después de la guerra marchó a Francia y México. Había sido un activo colaborador de Azaña contra Primo de Rivera y desde entonces estuvo asociado a él.

Comandante de Caballería **Germán Scaso Román**; no aparece en la escala del Ejército de 1936 ni en listas de mandos del ejército republicano. No hemos podido identificarlo.

Comandante de Artillería **Antonio Vidal Loriga**; «hombre de mi absoluta y personalísima confianza» (Azaña, ob. cit., t. IV, pág. 445).

Comandante de Infantería **Andrés fuentes Pérez**; actuó arbitrariamente en cuestiones de destinos, por lo cual, Azaña lo envió ante un Consejo de Guerra.

Comandante de EM **Ángel Riaño Herrero**; jefe del aeródromo militar de Cuatro Vientos al estallar la guerra. Ayudó a aplastar la sublevación; negoció la compra de aviones en París.

Comandante de Ingenieros **Enrique Escudero Cisneros**; fue muerto luchando con las tropas republicanas en julio de 1936.

Capitán de Intervención civil **José de Armas Chirlanda**; no parece que sirviese en el ejército republicano, aunque figuraba en la escala activa en 1936.

Capitán de Caballería **Juan Ayza Borgoñós**; sirvió a la República durante la guerra e intentó sin éxito sobornar a las tribus moras.

Capitán de Artillería **Pedro Romero Rodríguez**; era asesor del primer ministro, Casares Quiroga, al estallar la guerra. Murió de causas naturales por esa época.

Capitán de Intendencia **Elviro Ordiales Oroz**; había estado implicado en la conspiración de 1930. No figura en la escala activa en 1936 y no

parece que sirviese en la guerra.

(Según J. Arrarás, *Historia de la Segunda República española*, t. I, pág. 52, nota; *Anuario Militar*, 1936).

APÉNDICE 2-A. *Situación de las unidades en julio de 1936*

Regimientos de Infantería

N.º 1 Madrid
N.º 2 Madrid
N.º 3 Badajoz
N.º 4 Madrid
N.º 5 Granada
N.º 6 Sevilla
N.º 7 Algeciras
N.º 8 Málaga
N.º 9 Valencia
N.º 10 Valencia
N.º 11 Alicante
N.º 12 Alcoy
N.º 13 Barcelona
N.º 14 Barcelona
N.º 15 Tarragona
N.º 16 Lérida
N.º 17 Zaragoza
N.º 18 Zaragoza
N.º 19 Jaca
N.º 20 Huesca
N.º 21 Santander
N.º 22 Burgos
N.º 23 Pamplona
N.º 24 Logroño
N.º 25 Valladolid
N.º 26 Zamora

N.º 27 Cáceres
N.º 28 Salamanca
N.º 29 La Coruña
N.º 30 Lugo
N.º 31 León
N.º 32 Oviedo
N.º 33 Cádiz
N.º 34 Cartagena
N.º 35 El Ferrol
N.º 36 Palma
N.º 37 Mahón
N.º 38 Santa Cruz
N.º 39 Las Palmas
N.º 40 Gijón

Batallón ciclista

Alcalá de Henares

Batallones de Ametralladoras

N.º 1 Castellón
N.º 2 Plasencia

Batallones de Montaña
N.º 1 Figueras
N.º 2 Gerona
N.º 3 Seo de Urgel
N.º 4 Barbastro
N.º 5 Vitoria
N.º 6 Bilbao
N.º 7 Estella
N.º 8 Pamplona

Regimientos de Tanques

N.º 1 Madrid

N.º 2 Zaragoza

Regimientos de Caballería

N.º 1 Palencia
N.º 2 Salamanca
N.º 3 Barcelona
N.º 4 Barcelona
N.º 5 Burgos
N.º 6 Vitoria
N.º 7 Sevilla
N.º 8 Valencia
N.º 9 Zaragoza
N.º 10 Valladolid

Grupo de Artillería a caballo

Carabanchel (Madrid)

Regimientos de Artillería pesada

N.º 1 Córdoba
N.º 2 Gerona
N.º 3 San Sebastián
N.º 4 Medina del Campo

Regimientos de Artillería costera

N.º 1 Cádiz
N.º 2 El Ferrol
N.º 3 Cartagena
N.º 4 Mahón

Regimientos de Artillería ligera

N.º 1 Getafe (Madrid)
N.º 2 Vicálvaro (Madrid)
N.º 3 Sevilla

N.º 4 Granada
N.º 5 Valencia
N.º 6 Murcia
N.º 7 Barcelona
N.º 8 Mataró
N.º 9 Zaragoza
N.º 10 Calatayud
N.º 11 Burgos
N.º 12 Logroño
N.º 13 Segovia
N.º 14 Valladolid
N.º 15 Pontevedra
N.º 16 La Coruña

Grupo de Artillería de montaña

N.º 1 Vitoria
N.º 2 Barcelona

Grupos antiaéreos

N.º 1 Madrid
N.º 2 Zaragoza

Grupo de Autoametralladoras-cañones

Aranjuez

Batallones de Zapadores

N.º 1 Carabanchel
N.º 2 Sevilla
N.º 3 Valencia
N.º 4 Barcelona
N.º 5 Zaragoza
N.º 6 San Sebastián
N.º 7 Alcalá de Henares

N.º 8 Gijón

Regimiento de Zapadores

Madrid

Grupos de Artillería mixta

Tres grupos en las islas Baleares y Canarias

Regimiento de Pontoneros

Zaragoza

Regimiento de Ferrocarriles

Madrid

Regimiento de Aerostación

Guadalajara

Regimiento de Transmisiones

Madrid

Grupo de alumbrado e iluminación

Madrid

Grupo de Zapadores/Telegrafistas

N.º 1 Palma
N.º 2 Mahón
N.º 3 Tenerife
N.º 4 Las Palmas

APÉNDICE 2-B. *Unidades localizadas en la zona republicana el 25 de julio de 1936*

Regimientos de Infantería

N.º 1
N.º 2
N.º 3
N.º 4
N.º 8
N.º 9
N.º 10
N.º 11
N.º 12
N.º 13
N.º 14
N.º 15
N.º 16
N.º 21
N.º 34
N.º 37

Batallones de Montaña

N.º 1
N.º 2
N.º 3
N.º 4
N.º 6

Batallón de Ametralladoras

N.º1

Batallón Ciclista

Regimiento de Tanques

N.º 1

Regimientos de Caballería

N.º 3
N.º 4
N.º 8

Regimientos de Artillería pesada

N.º 2
N.º 3

Regimientos de Artillería costera

N.º 3
N.º 4

Grupo de Artillería a caballo

Regimientos de Artillería ligera

N.º 1
N.º 2
N.º 5
N.º 6
N.º 7
N.º 8

Grupos Antiaéreos

N.º 1

Grupo de Autoametralladoras-cañones

Batallones de Zapadores

N.º 1
N.º 3
N.º 4
N.º 6
N.º 7

Regimiento de Zapadores

Regimiento de Ferrocarriles

Regimiento de Aerostación

Regimiento de Transmisiones Grupo de Alumbrado e Iluminación

Grupos de Zapadores/Telegrafistas

N.º 2

APÉNDICE 2-C. *Personal en los cuarteles en julio de 1936*. (DN, L1, C3).

		Zona republicana	
Infantería			
I	División	Regimientos, 1, 2, 3, 4	2.957
II	División	Regimiento 8	785
III	División	Regimientos 9, 10, 11, 12, 34	3.838
IV	División	Regimientos 13, 14, 15, 16	
		Batallones de Montaña 1, 2, 3	4.335
V	División	Batallón de Montaña 4	382
VI	División	Regimiento 21	
		Batallón de Montaña 6	1.643
Menorca		Regimiento 37	655
			14.595
Tanques			
		Regimiento 1	267
Artillería			
I	División	Artillería ligera 1, 2, DCA	
		Grupo 1, Artillería a caballo	
		Grupo Autoametralladoras-cañones	1.632
III	División	Batallón 1 Ametralladoras	
		Artillería ligera 6	
		Regimiento costero 3	1.747
IV	División	Artillería ligera 8	
		Artillería pesada 2	
		Artillería de montaña 2	1.525
V	División	Artillería ligera 10, 5, 7 (Est.)	792
VI	División	Artillería pesada 3	532
Menorca		Artillería costera 4	
		Grupo mixto de Artillería	836
			7.064

Ingenieros			
I	División	Regimiento de Zapadores	
		Batallones 1, 7	
		Regimiento de Ferrocarriles	
		Regimiento de Transmisiones	3.128
II	División		
III	División	Batallón 3	258
IV	División	Batallón 4	268
V	División		
VI	División	Batallón 6	233
Menorca		Grupo Zapadores/Telegrafistas 2 (est.)	109
			3.996
Caballería			
III	División	Regimiento 5	413
IV	División	Regimientos 3, 4	800
			1.213
Otras unidades			
Grupo del Ministerio de la Guerra			286
Escuela de tiro			223
Escuela de Automovilismo			91
Regimiento de Aerostación			423
Grupo de Alumbrado e Iluminación			295
Parque Central de Automovilismo			567
Escolta presidencial			168
Escuela de Equitación			230
Establecimiento Central de Intendencia			69
Compañía de Intendencia Automovilizada de la Dirección de Caballería			94
Estado Mayor			102
			2.708
Total de personal en todas las Armas, incluidos Intendencia, unidades médicas y veterinarias y demás no reseñadas			34.280

Zona nacional

Infantería		
II División	Regimientos 5, 6, 7, 33	2.860
V División	Regimientos 17, 18, 19, 20	2.618
VI División	Regimientos 22, 23, 24	
	Batallones de Montaña 5, 8, 7	3.261
VII División	Regimientos 25, 26, 27, 28	2.802
VIII División	Regimientos 29, 30, 31, 35, 32 (Oviedo), 40	
	(Gijón)	4.436
Mallorca	Regimiento 36	729
Canarias	Regimientos 38, 39	1.475
		18.181
Tanques		
	Regimiento 2	248
Artillería		
II División	Regimientos ligeros, 3, 4	
	Regimiento pesado 1	
	Regimiento costero 1	
	Batallón Ametralladoras	
	(en la VII División)	1.744
V División	Regimiento ligero 9 (est.) R.DCA 2	559
VI División	Regimientos ligeros, 11, 12	
	R. Artillería de montaña 2	1.242
VII División	Regimientos ligeros 13, 14 (est.)	
	Regimiento pesado 4	774
VIII División	Regimiento ligero 15 (est.) 16	
	Regimiento costero 2	1.020
Baleares y		
Canarias	3 Grupos mixtos	1.008
		6.347
Ingenieros		
II División	Batallón 2	284
V División	Batallón 5	
	Pontoneros	488
VI División	Grupo de Zapadores	248
VIII División	Batallón 8	212
Baleares y		
Canarias	3 Grupos mixtos Zapadores/Telegrafistas	427
		1.659
Caballería		
II División	Regimiento 7	395
V División	Regimiento 9	347
VI División	Regimientos 1, 5, 6	1.207
VII División	Regimientos 2, 10	807
		2.756
Total de personal de todas las Armas, incluidas unidades menores no reseñadas		29.191

APÉNDICE 2-D. *Situación de las fuerzas paramilitares en julio de 1936.*

Guardia Civil

	Compañías	*Zona republicana*	*Zona nacional*
1.° Tercio - Madrid	7	5	2
2.° Tercio - Toledo	7	1	6
3.° Tercio - Barcelona	16	16	—
4.° Tercio - Madrid	6	6	—
5.° Tercio - Valencia	13	13	—
6.° Tercio - La Coruña	9	—	9
7.° Tercio - Zaragoza	9	6	3
8.° Tercio - Granada	7	2	5
9.° Tercio - Valladolid	6	—	6
10.° Tercio - Oviedo	11	—	11
11.° Tercio - Badajoz	9	—	9
12.° Tercio - Burgos	8	—	8
13.° Tercio - San Sebastián	8	—	8
14.° Tercio - Madrid	7	7	—
15.° Tercio - Murcia	7	7	—
16.° Tercio - Málaga	11	6	5
17.° Tercio - Sevilla	13	—	13
18.° Tercio - Córdoba	13	11	2
19.° Tercio - Barcelona	12	12	—
20.° Tercio - Guadalajara	8	1	7
21.° Tercio - Salamanca	5	—	5
22.° Tercio - Santander	7		—
23.° Tercio - Ciudad Real	8		—
24.° Tercio - Baleares, Canarias, Marruecos	10	—	10

(*Anuario Militar* de 1936)

Carabineros

	Compañías	*Zona republicana*	*Zona nacional*
1.ª Zona - Barcelona	14	14	—
2.ª Zona - Valencia	13	8	5
3.ª Zona - Alicante	9	4	5
4.ª Zona - Almería	9	7	2
5.ª Zona - Málaga	12	5	7
6.ª Zona - Sevilla	10	—	10
7.ª Zona - Salamanca	7	—	7
8.ª Zona - Madrid	10	2	8
9.ª Zona - La Coruña	14	6	8
10.ª Zona - San Sebastián	11	8	3
	109	54	55

Cuerpo de Seguridad y Asalto

El cuerpo de Seguridad y Asalto, que incluía los grupos de Asalto, contaba con 18.000 hombres, y había al menos una compañía de Seguridad y otra de Asalto en cada provincia; pero Madrid, por ejemplo, tenía 12 compañías. Los grupos de Asalto, que contaban con una instrucción especial, estaban distribuidos del siguiente modo:

Zona republicana		*Zona nacional*	
Madrid	3 Grupos	Valladolid	1 Grupo
Barcelona	3 Grupos	Sevilla	1 Grupo
Valencia	3 Grupos	Zaragoza	1 Grupo
Bilbao	1 Grupo	Oviedo	1 Grupo
Badajoz	1 Grupo	La Coruña	1 Grupo
		Granada	1 Grupo
	11 Grupos	Burgos	1 Grupo
			7 Grupos

(*Anuario Militar* de 1936)

APÉNDICE 3. *Batallones de Milicias en octubre de 1936* (DR, L1, C 335)

Batallones numerados	4590
Batallón	
Alicante rojo	635
Andrés Manso (diputado socialista asesinado en Salamanca)	403
Ángel Sanjuán	731
Antigás	367
Artes Gráficas	375
Autotransportes	526
Balas Rojas	880
Campesinos de Toledo n.º 1	960
Capitán Condés (militar de izquierdas implicado en la muerte de Calvo Sotelo)	1289
Cazadores de la Serena	474
Córdoba	460
Choque de Huelva	565
Demócrata-Federal	613
Deportivo	465
16 de febrero (fecha de la victoria electoral del Frente Popular)	530
La Edificación	456
El Águila (puede que por la fábrica de cervezas de ese nombre)	487
El Socialista	645
Fernando de Rosa (exiliado italiano muerto en los primeros combates en la Sierra)	420
José Díaz (secretario del PCE)	496
Joven Guardia	2045

Juventud Campesina 2666
Largo Caballero n.º 12 2019
Leal 515
Leones Rojos 665
Los Castúos 462
Los Comuneros 488
Mangada n.º 15 651
Maquinaria y Explosivos 337
Margarita Nelken, n.º 1 y 2 1142
Milicias de Jaén 1979
Motorizada de Ametralladoras 1097
Martínez Barrio núms. 1 y 2 593
Nosotros 1187
Numancia 474
Octubre n.º 1 (tanto por la Revolución Rusa como por la revuelta asturiana de 1934) 1266
Octubre n.º 11 2509
Pablo Iglesias 512
Pedro Rubio 589
Pi i Margall 461
Prieto 780
Primero de Mayo 1815
Río Tinto n.º 12 846
Teniente Castillo (oficial de la Guardia de Asalto, en venganza de cuya muerte fue asesinado Calvo Sotelo) 583
Terrible 357
Toledo 484
Meabe (héroe asturiano) 1823
UHP 788

Columna

Andalucía de la CNT 4711

Barceló	925
España Libre	1236
Espartacus	616
Extremadura	3258
Francisco Galán	1935
Mangada	4308
Operaciones de Guadalajara	600
PUA (Primera Unidad de Avance, o Pro Unidad Antifascista)	392
Del Rosal	1201

Milicias

Andaluzas	372
Aragonesas	833
Armadas del Cuartel de la Montaña	1102
Confederales del Centro	4019
Ferroviarias	2784
Gallegas	824
Segovianas	534
Vascas	698
Partido Sindicalista	1007

Regimiento

Quinto Regimiento	5643
Dimitroff	1963
Pablo Iglesias n.º 1	1529
Pasionaria n.º 13	2244
Voluntarios de Asturias n.º 1	1167
Total	89 392

Nota: Algunos batallones reclamaban las pagas sólo en uno o dos de los períodos de 10 días en que se solía pagar en el ejército español, por lo que

no hay forma de saber si el batallón existió a lo largo de todo el mes. Hemos calculado el número de hombres dividiendo la cantidad de pesetas por 300, que era la paga mensual.

APÉNDICE 4. *Batallones del Partido Nacionalista Vasco*

N.º oficial	*Nombre*	*Origen y significado*
13	Itxas-Alde	«Por la orilla». Compuesto por hombres de la costa.
14	Araba	Formado por hombres huidos de Alava.
15	Ibaizábal	Río del mismo nombre.
16	Gordexola	Victoria de los vascos sobre los castellanos en 1355.
17	Itxarkundia	«Despertar».
18	Loyola	Ciudad donde primero se formaron Milicias vascas.
19	Amayur	Montaña navarra.
37	Otxandiano	Derrota de Pedro el Cruel de Castilla por los vascos, en esa ciudad en 1355.
38	Avellaneda	Lugar de reunión de las Encartaciones (regiones independientes) vascas.
39	Arana-Goiri	Fundador del PNV.
40	Mungía	Victoria vasca de 1470.
41	Padura	Victoria vasca sobre los castellanos, en el año 888.
49	Larrazábal	Granja donde se reunía Sabino Arana con sus discípulos.
53	Saseta	Militar profesional muerto en acción.

54	Malato	Lugar en el que un árbol señalaba los límites de Vizcaya.
55	Kirikiño	Escritor (Evaristo de Bustintza).
56	Martiatu	Lugar cerca de Algorta, en el estuario del Nervión.
57	Muñatones	Castillo del País Vasco.
59	Rebelión de la sal	Conmemora la negativa de los vascos a pagar un impuesto sobre la sal decretado por Castilla en el siglo XIV.
62	Ariztimuño	Sacerdote fusilado por los nacionales.
69	Sukarrieta	Lugar de la tumba de Sabino Arana.
70	Simón Bolívar	Libertador de América del Sur, de origen vasco.
71	Aralar	Santuario de San Miguel, patrono de los nacionalistas vascos.
77	Irrintzi	Grito de júbilo.
79	Alkartzeak	«Transmisiones y Enlaces».
50	San Andrés	Patrono del sindicato Solidaridad de Trabajadores Vascos.

Otros batallones vascos

6, 23, 68	Tres batallones de Acción Nacionalista Vasca.	
31	Zabalbide	Pueblo de Vizcaya.
33	Lenago-il	Unidades del grupo Jagi-Jagi. Los nombres son títulos de canciones de Sabino Arana y significan «Morir antes que rendirse» y ¿Por qué no?».
66	Zergaitik-ez	

Otros batallones

2	Meabe	Dirigente socialista.
5	UHP	Unión de Hijos del Pueblo.
8	Rusia	
9	Mateos	Dirigente socialista.
24	Prieto	
25	UGT	
32	Madrid	
34	Carlos Marx	
42	Pablo Iglesias	

47	UGT	
48	UGT	
61	UGT	
63	UGT	
67	Guillermo Torrijos	Dirigente socialista guipuzcoano.
22	Dragones	
27	Castilla	
35	Amuátegui	Dirigente socialista de Éibar.
43	Cultura y Deporte	
46	Octubre	
3	MAOC	Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas.
4	Rosa Luxemburgo	
10	Perezagua	Facundo Perezagua, dirigente comunista.
26	Karl Liebknecht	
29	Leandro Carro	Dirigente socialista.
44	Salsamendi	
58	Lenin	
60	MAOC	
11	UGT	
12	UGT	
65	UGT	
30	Celta	
36	Malatesta	
7	Azaña	Organizado por Izquierda Republicana.
28	Martínez de Aragón	Militar republicano.
52	Capitán Casero	O bien Félix Casero, que dirigió a un grupo de asturianos en la defensa de Irún en 1936, o el capitán Manuel Casero que dirigió una sublevación militar en Madrid en 1886.
1, 64, 72-78, 3-9		Unidades del ejército destacadas a los batallones de fortificación de las Milicias.

Existen referencias de otras unidades sin números, que probablemente desaparecieron en los primeros combates. Se trata de:

Isaac Puente	Médico anarquista fusilado por los nacionales.
Sacco-Vanzetti	Anarquistas ajusticiados en Estados Unidos en 1927.
González Peña	Dirigente de la revuelta asturiana de 1934.
Baracaldo Fermín Galán	Fusilado en diciembre de 1930 por la sublevación de Jaca. Protomártir de la Segunda República.
Jaurés	Socialista francés.
México	

Fuentes: Servicio de Información de *Gudari*, publicación de los vascos exiliados; J. M. Martínez Bande, *Vizcaya*, Madrid, 1971, pág. 131, nota.

APÉNDICE 5. *Plantillas de las unidades del ejército republicano*

La Brigada Mixta

Cuatro batallones de cinco compañías (cuatro de fusiles y una de ametralladoras) y un pelotón de morteros por cada batallón. Un escuadrón motorizado. Cuatro baterías de Artillería ligera de 75 mm y un cañón de 105 mm. Una compañía de Zapadores. Una columna de municionamiento. Unidades de Transmisiones, Abastecimientos y Sanitarios.

Personal: 150 oficiales y 3700 hombres.

Armas: 2200 fusiles, 96 fusiles automáticos, 96 morteros ligeros, 8 morteros pesados, 36 ametralladoras, 16 piezas de artillería.

(J. M. Martínez Bande, *Madrid*, pág. 100, nota).

Con leves variantes en la cantidad de cañones y ametralladoras, las versiones de Rojo (*Madrid*, pág. 137) y Casado (ob. cit., pág. 59) coinciden sustancialmente con la anterior.

En noviembre de 1937, se estableció una plantilla más detallada: cuatro batallones con un total de 96 oficiales, 24 comisarios y 3144 hombres. Una compañía de reserva. Un pelotón de Caballería. Un pelotón de blindados en la tercera brigada de cada división. Una batería de tres cañones (la escasez de artillería resulta evidente). Unidades de Transmisiones, Abastecimientos, Sanitarios, Zapadores y una columna de municionamiento.

Personal Total: 134 oficiales, 32 comisarios y 4029 hombres.

(*DR*, L474, C8).

Plantilla de un batallón según la *Gaceta de Madrid*, 29 de octubre de 1936.

Servicios del puesto de mando, enlace y transmisiones. Cuatro compañías de fusileros con fusiles de repetición y algunas armas

automáticas. La cuarta compañía sería de reserva. Una compañía de Ametralladoras con ocho armas.

Personal: 25 oficiales, 52 suboficiales y 872 soldados.

Unidades menores:

3 escuadras formaban un pelotón al mando de un sargento, 2 pelotones formaban una sección al mando de un teniente, 3 secciones, una compañía al mando de un capitán.

Las plantillas descendían a detalles nimios, estableciendo, por ejemplo, qué cabos de escuadra deberían llevar fusil y cuáles pistola, qué soldados de la escuadra llevarían granadas o bengalas y asuntos similares.

APÉNDICE 6-A. *Militares del Estado Mayor que prestaron servicios en el ejército republicano*

Coroneles
Asensio
Otal

Tenientes coroneles
Billón
De Benito
Fernández Quintero
Redondo

Comandantes
Linares
Domínguez Otero
Cerón González
García Gameto
Sabaté
Fernández de Luis
Rodríguez Pavón
Alonso García
Arniches
Pedemonte
Pérez Garmendia
Pérez Serrano
Riaño
Matilla Gimeno
Estrada
De la Iglesia
Ruiz Fornells R.

Lombardero
López Piñeiro

Capitanes
Claverías
Galdeano
Garijo
Guerra
Lafuente
Miñana
Ruiz Fornells J.
Suárez Inclán
García Viñals

Total: 34

Otros jefes y oficiales de EM aparecen en la *Gaceta* en situación de disponibles en tanto se investigan sus antecedentes. Es posible que algunos de ellos sirviesen posteriormente en el ejército republicano <<.

El número total de oficiales del cuerpo de Estado Mayor era el siguiente en 1936:

	19	coroneles
	60	tenientes coroneles
	101	comandantes
	65	capitanes
Total:	245	

APÉNDICE 6-B. *Oficiales diplomados de Estado Mayor*

Infantería

Coroneles
Álvarez Coque

Tenientes coroneles
Navarro Abuja
Sánchez Paredes

Comandantes
Fe
Muedra
Carrasco Verde
Casado Veiga, E.
Fernández Urbano
Fontán Palomo
Bernal Segura
Menéndez López
Sáenz Aranaz
Guarner Vivanco
Pérez Gazolo
Matallana
Jiménez Canito
Fernández Ortigosa
Rojo Lluch
Lamas Arroyo
San Juan Colomer
Martínez Anglada

Fernández Heredia

Caballería

Comandantes
Ayza
Casado López

Artillería

Tenientes coroneles
Gayoso Cusí

Comandantes
Bandín Delgado
Fernández Heredia
Barra Camer
Climent Vela
Sierra Molla

Ingenieros

Comandantes
Montaud, A.
García Vallejo
López Otero
López López
Sánchez Rodríguez
Otero Ferrer

Total: 36

Véase la nota del apéndice 6-A que se aplica igualmente a este caso[c1]. En 1936, había 171 oficiales en los «Cuadros de Estado Mayor».

Setenta militares de Estado Mayor, de un total de 416, o sea el 16,8 por ciento, sirvieron en el Ejército Popular.

APÉNDICE 7. *Historial de la 2.ª Brigada Mixta*

Se habían dado instrucciones para que las Brigadas Mixtas redactaran historiales de sus servicios. Si se cumplió tal orden, lo que parece dudoso en las caóticas circunstancias del final de la guerra (la orden se promulgó en octubre de 1938), muy pocos historiales se han conservado, siendo el presente uno de los más completos, abarcando desde la fundación de la Brigada hasta enero de 1939.

El 13 de octubre de 1936, Jesús Martínez de Aragón, que encabezaba una Milicia de ferroviarios, recibió órdenes para organizar en Ciudad Real la 2.ª Brigada Mixta. Sólo uno de los jefes de batallón era oficial, recién ascendido tras largos años de suboficial. Como jefe de Estado Mayor, la Brigada contaba con un comandante de Infantería y había un teniente de Ingenieros al frente del grupo de Zapadores. Los cuatro batallones estaban formados por ferroviarios y otros milicianos y unidades del ejército con base en Madrid.

Después de tomar parte en la defensa de la capital, la Brigada se instaló en las posiciones duramente combatidas del frente en torno a la Ciudad Universitaria de Madrid. El historial incluye el nombramiento de comisarios y nuevos oficiales que no aparecen en la escala del ejército de 1936. El teniente de ingenieros pasó a ser jefe del EM, aunque no aparece ninguna indicación de que siguiese ni siquiera un cursillo de Estado Mayor. La Brigada permaneció en primera línea hasta marzo de 1937, en que fue retirada con vistas a su reorganización. Cuando Martínez de Aragón resultó muerto, ocupó su lugar Juan José Gallego Pérez, un antiguo suboficial.

La Brigada participó en la batalla de Brunete, pero con otro jefe de EM, que era otro suboficial ascendido. Se nombraron para los batallones nuevos oficiales con la graduación de mayor, la más elevada que se autorizaba a los oficiales de Milicias. Gallego Pérez fue nombrado al frente de una División. Hasta fines de 1937, la Brigada tuvo sólo cinco días de descanso. Durante 1938, la situación resultó mucho más tranquila, a excepción de un ataque en

dirección de Guadalajara. Hubo varios cambios en los mandos, pero en ninguno de los casos se nombró a un oficial profesional. En abril de 1938, tras la llegada de los nacionales al mar, la Brigada fue trasladada a Levante como parte del ejército de Maniobras sufriendo graves pérdidas, como resultado de las cuales fue reducida a únicamente dos batallones. Durante el verano de 1938, la Brigada fue trasladada en varias ocasiones en torno a los frentes del norte de Valencia y experimentó una ulterior reorganización. El 10 de julio recibió por fin lo que el historial denomina un oficial profesional como jefe de Estado Mayor, pero como su nombre no aparece en la escala del ejército se trataba o de un suboficial ascendido o bien de un oficial retirado antes de la guerra. A partir de entonces, la Brigada permaneció acuartelada cerca de Teruel y posteriormente en instrucción cerca de Jamilena (Jaén), y ahí acaba el historial.

Lo llamativo de este informe, por otro lado no demasiado interesante, es el constante cambio de oficiales que no resultan apropiados para sus funciones de mando. Si los jefes de Estado Mayor fueron, por turno, un teniente de Ingenieros, varios suboficiales ascendidos y posiblemente un oficial retirado, es fácil de entender cómo los bien concebidos planes de batallas como Brunete y otras resultaban perturbados a los niveles inferiores de mando.

El otro punto digno de señalarse que se descubre en el informe es el pésimo sistema de relevos. La Brigada permaneció en el frente durante tanto tiempo que se hizo necesario reconstruirla por entero. El problema de la continuidad en el mando debe de haber resultado grave, y las cuestiones de salud e higiene, tan a menudo sacadas a colación por los comisarios, aparecen aquí con marcado énfasis.

(*DR*, L1128, C6).

APÉNDICE 8. *Generales del Ejército español, conforme al Anuario Militar de 1936*

Las listas aparecen por orden de antigüedad. La información no resulta completa, pues la Escala sólo es válida para los nombramientos hasta enero de 1936.

Si un general se encontraba en la zona nacional y no hay indicaciones de que fuera detenido, suponemos que apoyó la sublevación. En la zona republicana, los generales de cuya lealtad se dudaba fueron normalmente situados en disponibilidad en tanto se examinaban sus respectivos casos. Las destituciones se citan conforme al *Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional*. En algunos casos no hemos encontrado ninguna indicación al respecto.

En muchos casos, seguimos el bien documentado libro del coronel Salas Larrazábal.

Nombre	*Edad*	*Suerte*
		Tenientes generales
López Pozas	65	Destituido por la República el 26 de agosto de 1936
Castro Girona	61	Destituido por la República el 26 de octubre de 1936.
Rodríguez Casademunt	66	Destituido por la República el 29 de junio de 1938.

Generales de División

López Ochoa	59	Asesinado en la zona republicana.
M. Cabanellas	64	Sublevado.
Rodríguez del Barrio	60	Fallecido antes de la sublevación.
La Cerda	64	Leal.
Goded	54	Sublevado. Fusilado en la zona republicana.
Losada Ortega	59	Destituido por la República el 12 de agosto de 1936.
Queipo de Llano	61	Sublevado.
Gómez Morato	57	Detenido por los sublevados.
Villegas	61	Destituido por la República el 26 de agosto de 1936, luego fusilado.
Salcedo	64	Leal. Fusilado por los nacionales.
Riquelme	56	Leal.
Núñez de Prado	56	Leal. Fusilado por los nacionales.
González Carrasco	59	Destituido en la zona republicana después de haberse fugado al extranjero.
Peña Abuin	64	Retirado en la zona republicana el 18 de noviembre de 1937.
V. Cabanellas	63	Destituido por la República el 3 de noviembre de 1937.
Sánchez Ocaña	62	Destituido por la República el 12 de agosto de 1936.
Batet	64	Leal. Fusilado en la zona nacional.
García-Gómez Caminero	65	Leal. Murió el 14 de diciembre de 1938.
Villa-Abrille	58	Leal. Detenido por los nacionales.
Masquelet	65	Leal. Retirado el 19 de julio de 1937.
Molero	66	Leal. Detenido por los nacionales.
Franco	44	Sublevado.
Fanjul	56	Sublevado. Fusilado por la República.

Generales de Brigada

Orgaz	55	Sublevado.
Pozas	60	Leal.

Mola	49	Sublevado.
Balmes	61	Muerto accidentalmente el 16 de julio de 1936.
González de Lara	62	Destituido por la República el 26 de agosto de 1936. Fusilado
García Benítez	62	Sublevado.
Patxot	60	Sublevado. Fusilado en la zona republicana.
Llanos Medina	63	Puesto en situación de reserva y luego destituido por la República el 7 de agosto de 1937.
Benito Terraza	57	Sublevado.
Urbano Palma	64	Puesto en situación de reserva en la zona republicana.
Bosch Bosch	63	Destituido por la República y por los sublevados.
Llano de la Encomienda	57	Leal.
Martínez Monje	62	Leal.
García Aldave	60	Fusilado en la zona republicana el 13 de octubre de 1936.
Castelló	55	Leal. Posteriormente destituido tras haberse fugado a Francia.
Romerales	61	Leal. Fusilado en la zona nacional.
Álvarez Arenas	54	Sublevado.
Mena Zueco	62	Leal. Detenido por los nacionales.
García Antúnez	63	Falleció en la zona republicana hallándose bajo investigación.
De Miguel Lacour	63	Sublevado. Fusilado en la zona republicana.
Agustín Ortega	62	Había dejado el ejército el 12 de abril de 1936.
Miaja	62	Leal.
López Pinto	60	Sublevado.
M. de la Cruz Boullosa	62	Destituido por la República el 29 de junio de 1938.
Fernández Burriel	57	Sublevado. Fusilado en la zona republicana.
Otero Cossío	63	Destituido por la República el 3 de noviembre de 1937, y por los nacionales.
Iglesias Martínez	63	Destituido por los nacionales.
Morales Díaz	62	Retirado por los nacionales.

Rodríguez González	56	Destituido por la República el 18 de octubre de 1937.
Martínez Cabrera	62	Leal.
Gámir Ulíbarri	59	Leal.
Jiménez García	61	Destituido por la República el 19 de junio de 1938.
López Gómez	62	Destituido por la República el 19 de junio de 1938.
San Pedro Aymat	63	Leal. Disponible desde el 25 de agosto de 1937.
Lon Laga	59	Destituido por la República el 29 de agosto de 1938. Fusilado.
García Álvarez	62	Sublevado.
Cavanna del Val	61	Leal.
Barro García	57	Sublevado.
Espinosa	56	Pasado a los rebeldes. Disponible en la zona republicana a partir del 12 de agosto de 1936.
Avilés Melgar	60	Destituido por la República el 29 de junio de 1938.
Moya Andino	62	Sublevado.
Fernández Ampón	60	Fusilado en la zona republicana.
Caridad Pita	61	Leal. Fusilado por los nacionales.
Carrasco Amilibia	61	Destituido el 12 de agosto de 1936 por la República.
Ravassa Cuevas	62	Sublevado.
López Viota	58	Destituido por la República el 12 de agosto de 1936, aunque detenido por los nacionales.
Martín-González	63	Sublevado.
Capaz	42	Disponible en la zona republicana desde el 12 de agosto de 1936. Asesinado en prisión.
Bosch Atienza	64	Fusilado en la zona republicana.
Cardenal	63	Leal.
Legorburu	63	Sublevado. Fusilado en la zona republicana.
Rodríguez Ramírez	58	Destituido por la República el 3 de noviembre de 1937.
Araujo Vergara	62	Fusilado en la zona republicana.
Barbero Saldaña	55	Detenido. Acusado de espionaje en la zona republicana el 28 de febrero de 1937.

Bernal	62	Leal.
Varela	45	Sublevado.
Alcázar Leal	55	A la reserva en la zona republicana.
Ferrer (ascendido a general el 8-5-1936)	62	Sublevado.
Campins (ascendido a general el 7-5-1936)	62	Fusilado por los nacionales.

Guardia civil

Grijalvo (Valencia)	62	Fusilado en la zona republicana.
F. de la Cruz Boullosa (Valladolid)	63	Sublevado.
Salamero (Córdoba)	63	No hemos hallado datos sobre estos dos generales de Brigada de la Guardia Civil.
Santiago (Madrid)	63	
Aranguren (Barcelona)	61	Leal.

Carabineros

Bragulat	62	Detenido. Huyó a la zona nacional.
Rodríguez Ocaña	60	No hemos hallado datos.

Intendencia

Gallego Ramos	62	Destituido en la zona republicana.
Jiménez Arenas	63	Destituido en la zona republicana.
Meléndez	52	Destituido en la zona republicana el 13 de diciembre de 1937.
Marcos Jiménez	62	Destituido en la zona republicana el 29 de junio de 1938.

Sanidad

Castellví		Pasa a 1.ª reserva en la zona republicana 2-9-37.
Del Buey Poton		Dados de baja 6 de septiembre de 1937

APÉNDICE 9: Plantilla de oficiales del Ejército Español en 1936

A la cifra de 10. 539 deben añadirse 2. 313 oficiales de la Guardia Civil y Carabineros. Las escalas activas sumaban 102 generales y asimilados con 16. 094 jefes y oficiales.

Plantilla de oficiales
Ejército de la Península
Año 1936

	Generales			*Jefes, oficiales y asimilados*							
Armas o Cuerpos	*De División*	*De Brigada*	*Total*	*Coroneles*	*Tenientes coroneles*	*Comandantes*	*Capitanes*	*Subalternos*	*Alféreces (ley 5 de diciembre de 1935)*	*Directores de música*	*Total*
Estado Mayor General	18	63	81								
Servicio de Estado Mayor				13	55	124	87				279
Infantería				70	137	315	966	1.377	854		3.719
Caballería				14	24	70	156	244	114		622
Artillería				34	45	168	434	606	386		1.673
Ingenieros				15	41	88	217	299	183		843
Jurídicos				5	9	25	20	10			69
Intendencia				9	32	89	186	188	47		551
Sanidad (Medicina)				8	30	146	248	106	30		568
Sanidad (Farmacia)				1	11	22	46	28			108
Veterinaria				1	11	11	73	95			191
Directores de música										51	51
De cualquier arma o cuerpo				6	36	88	21	6			177
Total general	18	63	81	176	431	1.146	2.454	2.959	1.614	51	8.851

Plantilla de oficiales
Ejército de África (Año 1936)

	Generales			*Jefes, oficiales y asimilados europeos*								*Moros*			
Cuerpos armados	*De División*	*De Brigada*	*Total*	*Coroneles*	*Tenientes coroneles*	*Comandantes*	*Capitanes*	*Subalternos*	*Alféreces (ley 5 de diciembre de 1935)*	*Directores de música*	*Total*	*Fokaba*	*Oficiales moros*	*Total*	*Total de oficiales*
Infantería				3	9	22	91	245	93		466				466
Caballería					1	1	5	7	3		17				17
Artillería				1	2	9	28	57	28		125				125
Ingenieros				1	3	10	22	45	18		99		2	2	101
Servicio de Automovilismo					1	3	5	16	6		31				31
Intendencia					1	3	7	13	11		35				35
Sanidad (Medicina)						2	29	42	8		81				81
Compañía de Mar								8			8				8
Fuerzas regulares indígenas					5	25	92	256	102		480	5	57	62	542
Destacamento del Sáhara							1	10	1		12				12
Suma				5	22	75	280	669	270	3	1.354	5	59	64	1.418
Resumen de la administración territorial	1	2	3	4	14	53	94	93	6		270				270
Total general	1	2	3	9	36	128	374	762	276	3	1.624	5	59	64	1.688

APÉNDICE 10. *Algunas indicaciones sobre oficiales profesionales muertos o encarcelados en la España republicana*

Madrid	
Generales	2
Coroneles	7
Tenientes coroneles	8
Comandantes	18
Capitanes	80
Tenientes	103
Alféreces	47

En el Regimiento n.º 4, Zapadores, grupo de Iluminación, batallón de Zapadores n.º 1, Artillería a caballo, Escuela de Topografía, Escuela de Artillería, Regimiento de Ferrocarriles, Getafe, Vicálvaro, Escuela de Equitación, Regimiento n.º 1 y Cuatro Vientos.

(*Cruzada*, cuadro al final del t. XVII).

	23	Batallón Ciclista (*El Sol*, 25-8-1936).
	39	Alcalá de Henares (*Cruzada*, t. XIX, pág. 37).
	72	Guadalajara (*Cruzada*, t. XXIII, páginas 60-62).
TOTAL		399

Barcelona

Generales	8
Coroneles	9
Tenientes coroneles	10
Comandantes	31
Capitanes	56
Tenientes	71
Alféreces	17

Lacruz, ob. cit., apéndice G. Las cifras aparecen como referidas únicamente a los oficiales ejecutados.

TOTAL	202

Valencia	
Generales	2
Coroneles	0
Tenientes coroneles	4
Comandantes	5
Capitanes	8
Tenientes	4
Sin indicar graduación	32
Oficiales de la Guarida Civil destituidos	36

Cifras calculadas según *Cruzada*, t. XXIII.

TOTAL	91

Alicante

22 oficiales fusilados o destituidos (*Cruzada*, t. XXIII, págs. 549, 553-554). 33 penas de muerte (*El Sol*, 19 de septiembre de 1936). El 28 de agosto este diario había informado de que sólo había en la ciudad un oficial leal.

Alcoy

Teniente coronel	1	
Comandantes	3	
Capitanes	5	
Otros	6	
TOTAL		15

(*Cruzada*, t. XXIII, pág. 559).

Cartagena

Guardia Civil y Guardia de Asalto: 20 fusilados.

Oficiales de distintas graduaciones asesinados en barcos prisiones, incluidos oficiales trasladados desde Almería. Total: 76.

(*Cruzada*, t. XXIV, págs. 43-47).

(NB. Esta cifra se refiere únicamente a personal del Ejército y no incluye el amplio número de oficiales de la Marina muertos).

Murcia

8 oficiales aparecen mencionados como ardientes defensores de la sublevación (*Cruzada*, t. XXIV, pág. 17).

Málaga

La totalidad de los oficiales, excepto dos del regimiento n.º 8, se sublevó, así como la mayoría de los oficiales de la Guardia Civil y de los Carabineros. (*Cruzada*, t. XXIV, págs. 52-58).

Número calculado de oficiales fusilados y encarcelados: 60.

Albacete

5 oficiales fueron fusilados con el aplastamiento de la sublevación y el resto fueron llevados a Alicante; de ellos 23 fueron igualmente fusilados. (Carta del archivero provincial, 29 de septiembre de 1972).

Gerona	
Coroneles	2

Tenientes coroneles	3	
Comandantes	2	
Capitanes	5	
Tenientes	5	
Alféreces	1	
TOTAL		18

(*Cruzada*, t. XXII, pág. 269).

Castellón

La mayoría de los oficiales del batallón de Ametralladoras. (*Cruzada*, t. XXII, pág. 312). Total calculado: 20.

Lérida

La mayoría de los oficiales de la guarnición. (*Cruzada*, t. XXII, pág. 280). Total calculado: 40.

Tarragona

La mayor parte de la guarnición se mostró leal. (*Cruzada*, t. XXII, pág. 290).

Gijón

Más de 45 oficiales fueron fusilados. (*Cruzada*, t. XXVII, pág. 402).

Santander

5 oficiales fueron detenidos. (*Cruzada*, t. XXVI).

San Sebastián y Bilbao

Fueron detenidos 67 oficiales, de los que 46 fueron fusilados, 4 resultaron muertos en la lucha. (*Cruzada*, t. XXV, pág. 316; t. XXVI, págs. 262, 285).

Badajoz

Las informaciones son muy imprecisas. Al parecer unos 6 oficiales de la guarnición apoyaron la propuesta de sublevación. (*Cruzada*, t. XV, pág. 188).

Menorca

Fueron ejecutados 75 oficiales. (*Cruzada*, t. XVI, pág. 327).

En total, 945 oficiales muertos o apresados a raíz de la sublevación, cifra probablemente subestimada.

APÉNDICE 11. *Escala provisional del ejército republicano en septiembre de 1938* (DR, L506)

La escala va por Armas, aunque, en el documento que hemos manejado, en Infantería sólo aparecen los mayores. En primer lugar van los profesionales, seguidos por los oficiales de Milicias y los oficiales «en campaña».

El siguiente desglose de los oficiales profesionales excluye a los oficiales de complemento.

		Total del arma
Infantería		
Mayores	359	359
Caballería		
Coroneles	12	
Tenientes coroneles	21	
Mayores	91	
Capitanes	242	
Tenientes	159	525
Artillería		
Coroneles	32	
Tenientes coroneles	49	
Mayores	114	
Capitanes	631	
Tenientes	554	
Alféreces	4	1384
Ingenieros		
Coroneles	14	

Tenientes coroneles	46	
Mayores	75	
Capitanes	449	
Tenientes	474	
Alféreces	10	1068
Intendencia		
Coroneles	17	
Tenientes coroneles	33	
Mayores	115	
Capitanes	145	
Tenientes	100	
Alféreces	2	412
Cuerpo médico		
(Unicamente consta la sección de farmacia)	40	40
Oficinas militares	263	263
TOTAL GENERAL		4051

Pero esta escala incluye tanto suboficiales ascendidos como militares reincorporados desde la reserva. Para calcular cuántos militares en activo permanecieron en el ejército de la República hay que cotejar las diversas escalillas. A modo de ejemplo, damos la comparación entre la escalilla de Artillería aparecida en el *Anuario* de 1936 y la *Escala provisional* de septiembre de 1938:

	1936	*1938*
Coroneles	51	6
Tenientes coroneles	76	10
Comandantes	265	46
Capitanes	578	60
Tenientes	926	102

Alféreces	417	104
TOTAL GENERAL	2313	328

Es decir, que permaneció en el ejército republicano un 14 por 100. Extrapolando tal porcentaje a la totalidad de las escalas activas del ejército en 1936, la cifra resultante es de 2187 militares.

Acabados estos cálculos, hemos encontrado un informe redactado por una comisión de inspección sanitaria de la Sociedad de Naciones, según el cual, de una plantilla activa de 653 jefes y oficiales médicos, sólo quedaban 40 en 1937, es decir, aproximadamente el 6 por 100.

Tal porcentaje no difiere mucho de lo que hemos calculado para el Arma de Ingenieros donde hemos identificado a 14 coroneles y 46 tenientes coroneles, 15 comandantes, 21 capitanes, 18 tenientes y tres alféreces que figuran en la lista de 1936 y que también estuvieron en el Ejército Popular. Nos aventuramos a avanzar, por consiguiente, que de las escalas de Ingenieros de 1936, en 1938 quedaban al servicio de la República un mínimo de 102 jefes y oficiales. Cálculos semejantes para el cuerpo de Estado Mayor arrojan el 14-15 por 100. En Infantería encontramos sólo un 6,5 por 100, pero existen motivos para creer que hay muchos a quienes no hemos encontrado. En Caballería encontramos un 3,6 por 100. ¿Hay muchos otros de los que no hemos encontrado mención?

Siempre es posible que no hayamos identificado a algunos, sobre todo los que ocupaban puestos en la retaguardia, pero no creemos que sean muchos. Avanzamos, entonces, y siempre admitiendo la provisionalidad de las cifras, que unos dos mil jefes y oficiales de carrera ocupaban cargos en el Ejército Popular en 1938.

APÉNDICE 12. *Escala de mandos*

Jefes nacionales en enero de 1938. La columna de la derecha indica su empleo y arma en 1936 según la Escala del *Anuario Militar*; la abreviatura «nl» significa que el nombre no aparece en la lista de militares profesionales en actividad.

Ejército del Norte - Dávila	General de Brigada (en la reserva)
Cuerpo de Navarra - Solchaga	Coronel de Infantería
3.ª División - Iruretagoyena	Teniente coronel de Infantería
63.ª División - Tella	Teniente coronel de Infantería
Cuerpo de Aragón - Moscardó	Coronel de Infantería
51.ª División - Urrutia	Coronel de Caballería
53.ª División - Sueiro	Teniente coronel de Infantería
Cuerpo de Galicia - Aranda	Coronel de Estado Mayor
83.ª División - Martín Alonso	Coronel de Infantería
Grupo Sur del Ebro	
15.ª División - García Escámez	Coronel de Infantería
105.ª División - Mariano	Coronel de EM
108.ª División - La Fuente	nl
Ejército del Centro - Saliquet	General de División
1. º Cuerpo - Ponte	nl
11.ª División - Bartomeu	Teniente coronel de Infantería
12.ª División - Asensio	Teniente coronel de Infantería
14.ª División - Carroquino	Comandante de la Guardia Civil
107.ª División - March	Coronel de Infantería
Grupo de Ávila-Segovia - Serrador	Coronel de Infantería

71.ª División - Palenzuela	Coronel de Infantería
72.ª División - Valverde	Coronel de Infantería
Grupo de Soria-Somosierra - Perales	Coronel de Infantería
73.ª División - Abriat	nl
74.ª División - Arias	nl
75.ª División - Los Arcos	nl
152.ª División - Rada	nl
62.ª División - Sagardía	nl

Ejército del Sur - No aparece el nombre del jefe (¿Queipo de LLano?)
General de División

II Cuerpo - Soláns	Coronel de Infantería
21.ª División - Cañizares	Comandante de Infantería
22.ª División - Redondo	nl
23.ª División - Borbón y de la Torre	Coronel de Infantería
III Cuerpo - González Espinosa	Coronel de Infantería
31.ª División - Martín Prats	Teniente coronel de EM
32.ª División - Tamayo	Teniente coronel de Infantería
33.ª División - Rosaleny	Comandante de Infantería
Reserva	
102.ª División - Castejón	Comandante de Infantería
112.ª División - Baturone	Comandante de Infantería
Brigada de Caballería - Monasterio	Coronel de Caballería

Ejército de Maniobras - No aparece el nombre del jefe

Cuerpo del norte del Turia - Aranda	
5.ª División - Bautista Sánchez	nl
13.ª División - Barrón	Teniente coronel de Caballería

84.ª División - Galera	Comandante de Infantería
150.ª División - Sáenz de Buruaga	Coronel de Infantería
Cuerpo del sur del Turia - Varela	General de Brigada
1.ª División - García Valiño	Comandante de Infantería
61.ª División - García Navarro	Comandante de Infantería
81.ª División - Múgica	Coronel de Infantería
82.ª División - Ceano	Comandante de Infantería
Reserva	
4.ª División - Alonso Vega	Teniente coronel de Infantería
54.ª División - Marzo	Teniente coronel de Infantería

Jefes republicanos con fecha del 18 de diciembre de 1937 (*DR*, L462). A los oficiales que aparecen en la escala activa del Ejército de 1936 los señalamos con su graduación y Arma de esa época. Si el documento menciona el Arma o Servicio, pero el apellido no figura en la escala, escribimos «nl» en la columna de la derecha, y presuponemos que se trataba de un suboficial profesional o de un oficial de la reserva. Si el documento dice que la persona estaba en las Milicias o en la escala de «en campaña», también lo indicamos. Un espacio en blanco indica que no hemos obtenido información al respecto. En la mayoría de los casos, se trataba probablemente de oficiales de Milicias cuyos nombres no fueron recensados oficialmente.

Ejército de Levante

Hernández Sarabia	nl (Teniente coronel de Artillería retirado)
Jefe de EM - Sáez Aranaz	Capitán de Infantería
XIII Cuerpo - Balibrea	Comandante de Infantería
Jefe de EM - García Carnero	Comandante de EM
39.ª División - Alba	Capitán de Infantería
Jefe de EM - González Gómez	Capitán de Infantería

22.ª Brigada - Ibón	Mayor de Milicias
Jefe de EM - González Castelló	
64.ª Brigada - López Martínez	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
96.ª Brigada - Prados Fernández	
Jefe de EM - Carbonella Vaquero	
42.ª División - vacante	
Jefe de EM - vacante	
59.ª Brigada - Naira	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Jiménez Nicolau	Capitán mexicano
61.ª Brigada - Bernabé López	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
151.ª Brigada - Muñoz Caro	Comandante de Infantería de Marina
Jefe de EM - Marabotto	Capitán de Infantería
XIX Cuerpo - Vidal Munárriz	Teniente coronel de Infantería
Jefe de EM - Matilla	Comandante de EM
41.ª División - Menéndez Maseras	Comandante de Infantería
Jefe de EM - vacante	
57.ª Brigada - Velasco García	nl
Jefe de EM - Alariz	
58.ª Brigada - Belenguer	Comandante de Milicias
Jefe de EM - Clavel	
97.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - vacante	
64.ª División - Martínez Cartón	Comandante de Milicias
Jefe de EM - vacante	
16.ª Brigada - Bala	Comandante de Milicias
Jefe de EM - vacante	
81.ª Brigada - Martínez Sánchez	nl
Jefe de EM - vacante	
83.ª Brigada - García Morato	Capitán de Infantería

Jefe de EM - vacante	
Reserva	
40.ª División - Nieto	nl
Jefe de EM - García Aranda	nl
82.ª Brigada - García López	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Rodríguez Cabezas	Teniente de Infantería
84.ª Brigada - Castaño Gutiérrez	Capitán de Carabineros
Jefe de EM - vacante	
87.ª Brigada - Ramos Gómez	
Jefe de EM - Agustín Martínez	
Ejército de Maniobras - bajo control del jefe del EM Central: Rojo	Comandante de EM
Jefe de EM - De la Iglesia	Comandante de EM
V Cuerpo - Modesto	Comandante de Infantería (*sic*)
Jefe de EM - Sánchez Rodríguez	Capitán de Ingenieros
Jefe de EM - Sánchez Rodríguez	Capitán de Ingenieros
35.ª División - Walter	Internacional
Jefe de EM - vacante	
11.ª Brigada - Steiner	Internacional
Jefe de EM - Renn	Internacional
15.ª Brigada - Kopic	Internacional
Jefe de EM - Becker	Internacional
32.ª Brigada - Pareja	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Lorens	nl
46.ª División - González(«Campesino»)	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Sánchez Pavón	Mayor de Milicias
10.ª Brigada - Candón	
Jefe de EM - Navas	
101.ª Brigada - Mateo Merino	Mayor de Milicias
Jefe de EM - González Lanuza	Militar cubano

209.ª Brigada - Aparicio	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
47.ª División - Durán	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Adam	Internacional
49.ª Brigada - Rodríguez Sanabria	
Jefe de EM - vacante	
69.ª Brigada - Carretero Miranzo	
Jefe de EM - vacante	

XIV Cuerpo. Este número había sido asignado al principio al cuerpo Vasco. A finales de 1937, se asignó a las fuerzas guerrilleras. Incluía las Divisiones 48, 49 y 50, con las Brigadas 155, 156, 157, 158, 159, 162, 163, 164 y 165.

49. ª División - Bárzana	Mayor de Milicias
50.ª División - Cristóbal Errandonea	Mayor de Milicias

El documento no menciona a otros jefes ni jefes de Estado Mayor.

XVIII Cuerpo - Fernández Heredia	Comandante de Artillería (diplomado de EM)
Jefe de EM - vacante	
34.ª División - Vega	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Doménech	Capitán de Infantería
3.ª Brigada - Martínez Rabadán	nl
Jefe de EM - Martínez Hernández	
68.ª Brigada - Romero Marín	Teniente de Artillería
Jefe de EM - López Real	
70.ª División - vacante	
Jefe de EM - Jiménez Esteban	nl
92.ª Brigada - García Miranda	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Maestre Asensio	nl
95.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - Alonso Fernández	Mayor de Infantería de Marina
272.ª División - vacante	
Jefe de EM - vacante	

94.ª Brigada - Sánchez Valibrea	Mayor de Infantería de Marina
Jefe de EM - Gaona Crespo	Teniente de Infantería
XX Cuerpo - Menéndez	Comandante de Infantería
Jefe de EM - Domínguez Otero	Comandante de EM
66.ª División - González Gómez	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
212.ª Brigada - Abada López	nl
Jefe de EM - vacante	
213.ª Brigada - Ramírez Llull	
Jefe de EM - vacante	
214.ª Brigada - Del Castillo Sáez de Tejada	Teniente de Infantería
Jefe de EM - vacante	
67.ª División - Fernández Recio	Capitán de Carabineros
Jefe de EM - Gisbert	nl
215.ª Brigada - Tronchoni	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
216.ª Brigada - Mejide	Comandante de Infantería
Jefe de EM - vacante	
217.ª Brigada - Del Cacho	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
68.ª División - Triguero	nl
Jefe de EM - Lanuza	
218.ª Brigada - Muzas	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
219.ª Brigada - Pérez Garrido	nl
Jefe de EM - vacante	
220.ª Brigada - González Pardo	Mayor de Milicia
Jefe de EM - Luque	Teniente de Infantería
XXI Cuerpo - Perea retirado	nl (Comandante de Infantería retirado)

Jefe de EM - Carvajal	Capitán de Infantería (diplomado de EM)
27.ª División - Del Barrio	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Mateo Sousa	nl
122.ª Brigada - Usatorre	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Labandera	Capitán de Infantería
123.ª Brigada - Oubiña	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Gallego Salvador	Teniente de Infantería
124.ª Brigada - Semprún	Comandante Guardia Civil
Jefe de EM - Comas	nl
28.ª División - Jover	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Riaño	Capitán de Infantería
125.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - vacante	
126.ª Brigada - González Carrillo	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Llopis	Capitán de Infantería
127.ª Brigada - Franco Cavero	Mayor de Milicias
Jefe de EM - De la Torre	Teniente de Infantería
45.ª División - Hans	Internacional
Jefe de EM - vacante	
12.ª Brigada - Zanoni	Internacional
Jefe de EM - vacante	
13.ª Brigada - Nekbarwiss (*sic*. ¿Barwinski?)	
Jefe de EM - vacante	
XXII Cuerpo - Ibarrola	Capitán Guardia Civil
Jefe de EM - Cebrecos	Capitán de Infantería
11.ª División - Líster	Mayor de Milicias
Jefe de EM - López Iglesias	nl
1.ª Brigada - Rodríguez López	
Jefe de EM - vacante	

9.ª Brigada - Gonzalo Pardo	
Jefe de EM - vacante	
100.ª Brigada - Rivas	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Rodríguez	
25.ª División - García Vivancos	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Navarro Sanguinetti	Capitán de Infantería
116.ª Brigada - Dalmau	
Jefe de EM - Bravo	nl
117.ª Brigada - Barrios	
Jefe de EM - Campos	nl
118.ª Brigada - Castán	
Jefe de EM - Suárez Atienza	nl
2.ª Brigada de Caballería - Fajardo	Comandante de Caballería
Jefe de EM - Enrique Luna	Capitán de Caballería
Brigada de coches blindados - Parra Alfaro	Comandante de Infantería
Jefe de EM - Cristóbal	Capitán de Infantería
Brigada de Carros de Combate - Sánchez Paredes	Teniente coronel de Infantería
Jefe de EM - vacante	

Ejército de Andalucía - Prada	nl (Comandante retirado)
Jefe de EM - Galdeano	Capitán de EM
IX Cuerpo - García Vallejo	Comandante de Infantería
Jefe de EM - Galdeano	Capitán de EM
20.ª División - Orad de la Torre	Capitán de Artillería
Jefe de EM - González Rubio	Capitán de Infantería
89.ª Brigada - Villagrán	Comandante de Infantería
Jefe de EM - vacante	
139.ª Brigada - Souto	Capitán de Caballería
Jefe de EM - Ostalet	nl
148.ª Brigada - Rodríguez Ponce	nl

Jefe de EM - vacante	
21.ª División - Calvo	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Mondéjar	Teniente de Infantería
76.ª Brigada - Marín	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Torres López	nl
79.ª Brigada - Moreno Gómez	Teniente de Infantería
Jefe de EM - Martínez Aparicio	Teniente de Infantería
80.ª Brigada - Cuerda	nl
Jefe de EM - vacante	
22.ª División - Menoyo	Capitán de Ingenieros
Jefe de EM - Saavedra Gil	Capitán de Infantería
51.ª Brigada - Linares Rivas	nl
Jefe de EM - Sicart	nl
78.ª Brigada - Martín Rodríguez	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Sarabia Cánovas	nl
93.ª Brigada - Juan Saura	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Bladeres	nl

XXIII Cuerpo - vacante	
Jefe de EM - Forés	Comandante de Caballería
23.ª División - Jiménez Canito	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
85.ª Brigada - Madollel	nl
Jefe de EM - Carratalá	nl
54.ª Brigada - Molina Suárez	nl
Jefe de EM - Soler	nl
147.ª Brigada - Zarco	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
71.ª División - Muntaner	nl
Jefe de EM - vacante	
55.ª Brigada - Sánchez Chave	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Pérez Ribera	Capitán de Milicias

221.ª Brigada - Borrealba	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
Otras unidades	
222.ª Brigada - Díaz Carrasco	nl
Jefe de EM - vacante	
106.ª Brigada - De Miguel Ibáñez	nl
Jefe de EM - vacante	
223.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - vacante	
Ejército de Extremadura - Burillo	Comandante de Infantería
Jefe de EM - Alonso García	Comandante de EM
VII Cuerpo - Antonio Bertomeu	Comandante de Infantería
Jefe de EM - José Bertomeu	nl
36.ª División - Gómez Palacios	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Del Pino	nl
47.ª Brigada - Pareja	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Lorens	nl
62.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - Cancina	Capitán mexicano
104.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - Venot	nl
113.ª Brigada - Pareja	Véase 47.ª Brigada
Jefe de EM - vacante	
37.ª División - Ruiz Farrona	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Sánchez Muñoz	nl
20.ª Brigada - López Mejías	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Espinosa Briones	Capitán de Infantería
63.ª Brigada - vacante	
Jefe del EM - Sánchez Gallego	Teniente de Infantería
91.ª Brigada - García Pina	nl

Jefe de EM - González Ribera	nl
109.ª Brigada - Blas García	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Prieto Méndez	nl
VIII Cuerpo - Márquez	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Pérez Cubel (¿Llourel?)	
19.ª División - Cifuentes	Capitán de Artillería
Jefe de EM - De la Fuente Torres	Capitán de EM
73.ª Brigada - Fernández	nl
Jefe de EM - García Sánchez	
74.ª Brigada - Castro Ruiz	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
115.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - vacante	
38.ª División - Blanco Pedraza	Capitán de Artillería
Jefe de EM - Elite	nl
52.ª Brigada - Fernández de Landa	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
88.ª Brigada - Rodríguez	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
114.ª Brigada - Cano Chacón	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Asensio	nl
63.ª División - Morandi	Italiano
Jefe de EM - vacante	
25.ª Brigada - Costell	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
86.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - vacante	
101.ª Brigada - Madroñero	Comandante de Infantería
Jefe de EM - vacante	
Ejército del Centro - Miaja	General de Brigada

Jefe de EM - Matallana (diplomado EM)	Comandante de Infantería
I Cuerpo - Moriones	Teniente coronel de Ingenieros
Jefe de EM - Suárez Llano	Capitán de EM
1.ª División - Güemes	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Quintana	Capitán de Carabineros
26.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - Fernández Mayans	Capitán de Milicias
27.ª Brigada - Pérez	Comandante de Milicias
Jefe de EM - vacante	
2.ª Brigada de Caballería - vacante	
Jefe de EM - vacante	
2.ª División - Barceló, L.	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
29.ª Brigada - Hortelano	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Sala	nl
30.ª Brigada - Suárez Monteros	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Paradinas	
31.ª Brigada - Paredes	nl
Jefe de EM - Parreño	nl
3.ª División - Tagüeña	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Martínez Sánchez	Mayor de Milicias
14.ª Brigada - Dumond	Internacional
Jefe de EM - Robert	Internacional
33.ª Brigada - Cabezas	nl
Jefe de EM - Gomara	nl
34.ª Brigada - Marcos Alonso	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
69.ª División - Gallego Pérez	Alférez de Infantería
Jefe de EM - González Esquerro	Teniente de Artillería
28.ª Brigada - Agudo Santo	Mayor de Milicias

Jefe de EM - vacante	
99.ª Brigada - Casado Quiroga	
Jefe de EM - vacante	
105.ª Brigada - Castañón	
Jefe de EM - vacante	
II Cuerpo - Romero	nl (Comandante retirado)
Jefe de EM - Otero Ferrer (diplomado de EM)	Comandante de Ingenieros
4.ª División - Bueno	nl (Comandante retirado)
Jefe de EM - García García, E.	
41.ª Brigada - Oliva	Comandante de Milicias
Jefe de EM - Martínez Roldán	nl
67.ª Brigada - García Asenjo	
Jefe de EM - Rodríguez	
152.ª Brigada - Jarillo	Teniente de Carabineros
Jefe de EM - García García, S.	
División - Melero	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
43.ª Brigada - Serrano	
Jefe de EM - Vallejo	
75.ª Brigada - Bellido	Mayor de Milicias
Jefe de EM González Obarro	
149.ª Brigada - Tito Baudes	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Piera	
División - Zulueta	nl (Teniente de complemento)
Jefe de EM - vacante	
Brigada - Franquelo	
Jefe de EM - vacante	
40.ª Brigada - Rillo	
Jefe de EM - Rodríguez Paz	
53.ª Brigada - López Toba	Mayor de Milicias

Jefe de EM - vacante	
18.ª División - González Pérez	Caballero Teniente de Infantería
Jefe de EM - García Lomas	Teniente de Caballería
8.ª Brigada - Casted	Capitán de Carabineros
Jefe de EM - Ruiz del Toro	
19.ª Brigada - Castro	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Laci	
150.ª Brigada - Zamora	nl
Jefe de EM - Soto	nl
65.ª División - Fernández	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
36.ª Brigada - López de la Fuente	nl
Jefe de EM - Pinedo	
42.ª Brigada - Fernández Cortina	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Fernández Sánchez	

III Cuerpo - Álvarez Álvarez	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
16.ª División - Fresno	Capitán de Carabineros
Jefe de EM - vacante	
23.ª Brigada - Sicilia	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
66.ª Brigada - Vivo	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Sánchez	
77.ª Brigada - Sabín	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Cortés Díaz	
9.ª División - Rubert	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Martín Sánchez	
24.ª Brigada - Ortiz Mora	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Milla	
13.ª División - vacante	
Jefe de EM - Berenguer	nl

5.ª Brigada - Fraguas	Teniente de Carabineros
Jefe de EM - Ferrero	
107.ª Brigada - Valverde	nl
Jefe de EM - Pajares	nl
110.ª Brigada - Marba	nl
Jefe de EM - Lleo	nl
15.ª División - Del Castillo	nl
Jefe de EM - Brotons	
17.ª Brigada - Fabra	nl
Jefe de EM - Gil Montaya	
18.ª Brigada - Carro	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Sandoval	nl

IV Cuerpo - Mera	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Rodríguez Pavón	Comandante de EM
12.ª División - Jiménez Durán	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
35.ª Brigada - González González, L.	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
50.ª Brigada - Gil Ferragut	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
90.ª Brigada - Suárez Martínez	
Jefe de EM - vacante	
17.ª División - Rovira Pacheco	Teniente de Carabineros
Jefe de EM - Alonso Benito	Alférez de la Guardia Civil
38.ª Brigada - Pellizo	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
71.ª Brigada - Rubio Funes	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
33.ª División - Medrano	nl (capitán retirado)
Jefe de EM - Justo Luengo	Capitán de Infantería
65.ª Brigada - Ortuño	nl

Jefe de EM Espí Ruiz	Teniente de Infantería
136.ª Brigada - Costell	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
138.ª Brigada - García Escurra	Comandante de la Guardia Civil
Jefe de EM - Porras	nl
14.ª División - Gutiérrez Caro	
Jefe de EM - vacante	
70.ª Brigada - Luzón	Mayor de Milicias
Jefe de EM Gilabert	
98.ª Brigada - Gil Moral	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Reza	

Reserva

108.ª Brigada - Ramos Chiva	nl
Jefe de EM - Balaguer	

VI Cuerpo - Ortega	Alférez de Carabineros
Jefe de EM - Ruiz Fornells, R.	Comandante EM
8.ª División - Ascanio	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Álvarez Alegría	nl
37.ª Brigada - Carrasco	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
44.ª Brigada - Bares	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
10.ª División - Enciso	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Ortega Ferrer	Capitán de Infantería
2.ª Brigada - Gallego Pérez	Alférez de Infantería
Jefe de EM - Rodríguez	
7.ª Brigada - Bravo	
Jefe de EM - Alonso Romero	
111.ª Brigada - Carrera	nl
Jefe de EM - Just	nl

Ejército del Este - Pozas	General de Brigada
Jefe de EM - Linares	Comandante de EM
X Cuerpo - Gallo	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Miñana, P.	Capitán de EM
43.ª División - Escassi	Comandante de Infantería
Jefe de EM - García Rollán	Capitán de Infantería
72.ª Brigada - Beltrán	Mayor de Milicias
Jefe de EM - García Sánchez	Mayor de Milicias
102.ª Brigada - Hernández de la Mano	nl
Jefe de EM - vacante	
130.ª Brigada - Bueno Ferrer	nl (Comandante retirado)
Jefe de EM - Miñana, J.	Capitán de Infantería
31.ª División - Navarro	nl (Oficial de complemento)
Jefe de EM - Alonso de Medina	Capitán de Infantería
133.ª Brigada - Pardo	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
134.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - vacante	
135.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - Odena	nl
211.ª Brigada - Pérez Quijano	nl
Jefe de EM - vacante	
XI Cuerpo - Gil Otero	Comandante de Infantería
Jefe de EM - Fernández Berbiela	Coronel de Infantería
26.ª División - Sanz	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Rodríguez Vozmediano	nl
119.ª Brigada - Belmonte	
Jefe de EM - Masot	nl
120.ª Brigada - Morlanes	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Ramos Babiloni	nl

121.ª Brigada - Gil de Montes	nl (alférez de complemento)
Jefe de EM - Bustos	Capitán de Infantería
29.ª División - Zamora	Capitán de Infantería
Jefe de EM - Calero	Comandante de Infantería
128.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - vacante	
129.ª Brigada - vacante	
Jefe de EM - vacante	
142.ª Brigada - Uriarte	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
32.ª División - Gancedo	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
137.ª Brigada - Brinquis	Comandante de Infantería
Jefe de EM - Díaz Díaz	nl
140.ª Brigada - Gil Cabrera	Comandante de Infantería
Jefe de EM - Tío Vela	
141.ª Brigada - Barceló, E.	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Hernández Oñate	Capitán de Milicias
XII Cuerpo - Sánchez Plaza	Teniente coronel de Caballería
Jefe de EM - Fernández Ortigosa	Comandante de Infantería
30.ª División - Jesús Pérez Salas	nl (Comandante retirado)
Jefe de EM - López Segarra	
131.ª Brigada - Frías	nl
Jefe de EM - Riere	
132.ª Brigada - Villamón	Mayor de Milicias
Jefe de EM - Trabe	nl
146.ª Brigada - Correa	nl
Jefe de EM - vacante	
44.ª División - Peire	Teniente coronel de Infantería
Jefe de EM - Santiago	Comandante de Infantería
143.ª Brigada - Felipe	Teniente de Infantería

Jefe de EM - vacante	
144.ª Brigada - Ramírez Jiménez	Capitán de Infantería
Jefe de EM - vacante	
145.ª Brigada - Cortés	Comisario (¿político?)
Jefe de EM - vacante	
24.ª División - Yoldi	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	
6.ª Brigada - Ruiz Alonso	nl
Jefe de EM - vacante	
153.ª Brigada - Saba	Mayor de Milicias
Jefe de EM - vacante	

Defensas costeras

Zona catalana - Velasco	Coronel de Infantería
Zona valenciana - Otal	Coronel de EM
Base naval de Rosas - Goiri	Comandante de Caballería

(A estas tres defensas fueron atribuidas las Brigadas Mixtas 224.ª y 225.ª, con dos batallones de ametralladoras).

APÉNDICE 13. *Biografías de oficiales y comisarios republicanos, incluidas las de todos los militares de importancia y de otros que se mencionan en el cuerpo de la obra*

Santiago Aguado Calvo. Era brigada de Carabineros. Ascendiendo en la escala de jefes de Milicias, mandó sucesivamente un batallón, la 9.ª Brigada y la 100.ª Brigada de la 11.ª División. Herido en el Ebro pasó el resto de la guerra como instructor en una escuela de oficiales. Después de la guerra, asistió a la academia Frunze de Moscú y más tarde fue consejero de las guerrillas yugoslavas durante la segunda guerra mundial. Falleció en 1960.

Armando Álvarez Álvarez. Era comandante de Infantería agregado a la Guardia de Asalto. Ayudó a dominar los disturbios de mayo de 1937 en Barcelona y apoyó el golpe de Casado en 1939.

José Álvarez Cerón. Era capitán de Artillería en 1936. En 1938 fue nombrado subinspector general de servicios de la DCA en el Grupo de Ejércitos de la Región Oriental, con el empleo de coronel.

Julio Álvarez Cerón, había tomado parte en conspiraciones en los años veinte y en 1936 era comandante al frente de un parque de automóviles. Al estallar la guerra, ayudó a organizar los transportes en la zona de Madrid y en 1938 fue nombrado director general de Transportes por Carretera en el Grupo de Ejércitos de Cataluña.

Santiago Álvarez Gómez. Había nacido en Orense y organizado sindicatos y participado en actividades de izquierdas antes de cumplir los veinte años, transcurriendo un breve período en la URSS. Al principio de la guerra fue comisario de las Milicias gallegas y más tarde comisario de la 1.ª Brigada, la 11.ª División y el V Cuerpo acompañando a Líster, que estaba al frente de esas unidades. Incluso Castro Delgado, normalmente hostil,

comenta a su respecto: «No era malo cuando Líster no estaba delante». (Ob. cit., pág. 505). Cuando el ejército de Cataluña pasó a Francia en 1939, marchó a Rusia, y después a América Latina, regresando a Europa después de la guerra y fue capturado en España, siendo condenado a una pena de cárcel. Falleció en 2002.

Emilio Alzugaray Goicoechea. Estaba retirado del ejército, pero se reincorporó al estallar la guerra, huyendo de Marruecos donde trabajaba de ingeniero. Tras mandar columnas en la defensa de Madrid, estuvo al frente de la 7.ª División y posteriormente del 2.º Cuerpo. Luego pasó al EM del Ejército del Centro.

José María Anglada. Era comandante del batallón de Montaña acantonado en Bilbao. Fue fusilado por intento de transmitir informaciones al enemigo.

Francisco Antón. Era un antiguo funcionario de Ferrocarriles que se convirtió en comisario inspector del frente central a partir de su pertenencia al PCE. Fue enviado a una brigada por estar en edad militar. Se negó a ir y posteriormente se le retiró el cargo de comisario. Tenía fama de gozar de la protección de Dolores Ibárruri.

Modesto Arambarri Gallástegui. Era el capitán al mando de la policía municipal de Bilbao. Fue nombrado jefe de la sección de Operaciones del EM del cuerpo de ejército Vasco. Tras la campaña del Norte no regresó a la zona republicana y fue destituido del Ejército Popular.

José Aranguren Roldán. Fue ascendido a general de la Guardia Nacional republicana el 31 de marzo de 1936, habiendo sido el primero de la escala de coroneles de la Guardia Civil. Fue nombrado para mandar la zona de la Guardia Civil en Cataluña. Anteriormente a la Segunda República había ocupado puestos elevados en Madrid y Barcelona. El 20 de julio de 1936 fue nombrado al frente de la División Orgánica, y en mayo de 1937 gobernador de Valencia. Se negó a refugiarse en una embajada latinoamericana al final de la guerra y fue fusilado por los nacionales. Había actuado de testigo en el Consejo de Guerra seguido contra los generales rebeldes responsables del levantamiento en Barcelona.

José María Arbex. No estaba en la escala activa en 1936, pero anteriormente había sido capitán de EM. Fue nombrado jefe de la Sección

de Información del EM del cuerpo de ejército Vasco y se pasó a los nacionales tras la caída de Bilbao.

Abelardo Arce Mayoral. Teniente coronel destinado a una caja de reclutas en 1936. Mandó un sector de Madrid y llegó a dirigir la 42.ª Brigada, la 6.ª División y la 13.ª División en la batalla del Jarama; posteriormente, estuvo al frente de la 9.ª División. Para 1939, empero, había dejado el mando activo y era director de la Academia de Oficiales.

Tomás Ardid Rey. Teniente coronel de Ingenieros muy apreciado por su tarea de fortificación a raíz de la defensa de Madrid. Al final de la guerra ocupaba el mismo cargo y Casado lo nombró inspector general de Ingenieros.

Arturo Arellano. Capitán de Infantería retirado que estuvo asociado al 5.º Regimiento. Mandó sus *compañías de acero* y posteriormente la 4.ª Brigada a su creación. Resultó muerto el 17 de noviembre de 1936.

Gerardo Armentia Palacios. Comandante de Artillería, estuvo al frente de la artillería del ejército de Andalucía. Resultó muerto en la base naval de Cartagena en marzo de 1939 durante el levantamiento de Casado y el intento de la Falange de tomar el poder.

Alberto Arrando Garrido. Comandante de la Guardia de Asalto en Barcelona, se mantuvo estrictamente leal al gobierno catalán. El 3 de mayo de 1937 fue nombrado al frente del orden público en Barcelona, pero destituido días después por no confiarse bastante en su lealtad al gobierno central. Mandó la 30.ª División en Teruel, siendo destituido a raíz de las desbandadas de la primavera de 1938.

Guillermo Ascanio. Jefe del batallón «Canarias libre» del Quinto Regimiento, mandó la 8.ª División y luchó contra Casado en 1939. Fue ejecutado por los nacionales después de la guerra.

Domingo Ascaso. De una conocida familia anarquista. Su hermano Francisco resultó muerto en las luchas callejeras el 19 de julio de 1936. Su sobrino Joaquín fue presidente del Consejo de Aragón anarquista y encarcelado a raíz del aplastamiento de la organización en agosto de 1937. Domingo fue muerto en los disturbios de Barcelona en mayo de 1937.

José Asensio Torrado. Del cuerpo de Estado Mayor, había sido ascendido a teniente coronel y coronel por méritos de campaña en

Marruecos. Al estallar la guerra se encontraba disponible en la 1.ª División. Largo Caballero quedó favorablemente impresionado por él y lo ascendió a general el mismo día de su propio nombramiento como ministro de la Guerra y jefe del gobierno (5 de septiembre de 1936), poniéndolo al frente de la zona central. Más adelante fue subsecretario de la Guerra hasta febrero de 1937. Alabado primero por los comunistas, se convirtió más adelante en blanco de sus críticas y se le consideró responsable de las constantes derrotas de las Milicias y, finalmente, de la pérdida de Málaga en enero de 1937. Se defendió en *El general Asensio: su lealtad a la República* (Barcelona, 1938), escrito en prisión mientras esperaba que se investigasen sus responsabilidades en los hechos mencionados. Aunque la causa fue sobreseída, Asensio no ocupó ningún otro puesto de mando hasta que fue nombrado agregado militar a la embajada en Washington en enero de 1939. Después de la guerra vivió en Nueva York, tomando parte en actividades políticas antifranquistas. Murió en 1961.

Patricio de Azcárate García de Loma. Comandante de Ingenieros fue nombrado coronel inspector del cuerpo de Ingenieros. Tras la guerra se exilió en México.

Gumersindo de Azcárate Gómez. Teniente coronel al mando del batallón Ciclista. Herido en el curso de la rebelión, marchó a Bilbao como inspector del cuerpo del ejército Vasco. Fue capturado por los sublevados y fusilado. Había formado parte del gabinete militar de Azaña.

José Balibrea Vera. Comandante de un regimiento de Infantería en Cartagena. Tras ayudar a aplastar la rebelión en Albacete mandó fuerzas en el intento de recobrar Córdoba. Posteriormente, estuvo al frente del XIII Cuerpo en Teruel, pasando luego al Estado Mayor del ejército de Levante; murió en España en 1970.

Luis Barceló Jover. Comandante, mandaba el batallón del Ministerio de la Guerra en Madrid. Era comunista y miembro de la UMRA. Ascendido a teniente coronel, durante algún tiempo mandó las fuerzas que intentaron tomar el Alcázar de Toledo; después mandó la 35.ª Brigada y la 2.ª División. Como coronel, mandó el I Cuerpo, estando en esa situación cuando el golpe de Casado en 1939. Prometió lealtad a Casado, pero dirigió sus tropas contra él y, capturado, la sed de venganza por la muerte, a manos

de los contrasublevados comunistas, de tres componentes del Estado Mayor de Casado, lo puso ante el paredón.

Ángel Barcia Galeote. Obrero madrileño que tomó parte en la toma del cuartel de la Montaña y en la organización de la 1.ª Brigada Mixta. Fue comisario de la 9.ª Brigada y después de la 11.ª División; ocupando ese puesto murió el 9 de septiembre de 1938 en la batalla del Ebro.

José del Barrio Navarro. Miembro del PSUC y posteriormente del PCE. Dirigió la columna «Carlos Marx» en Aragón. Mandó después la 9.ª Brigada y posteriormente el XVIII Cuerpo del Ejército del Este. En 1948 fue expulsado del PCE, acusado de «titismo». Siguió su actividad de comunista independiente hasta fallecer en 1989.

Domingo Batet Mestres había mandado la 4.ª División y fue después jefe de la casa militar del Presidente. En 1934 había aplastado la revolución de octubre en Barcelona. Cuando estalló la guerra estaba al frente de la 6.ª División, cuyo cuartel general era Burgos. Se negó a sublevarse y fue ejecutado por los sublevados en la primavera de 1937.

Alberto Bayo Giroud. Había nacido en Cuba y se había educado durante algún tiempo en Estados Unidos. Ingresó en las fuerzas Aéreas españolas, pero tuvo que licenciarse a raíz de un duelo. En 1924 ingresó en la Legión española y permaneció varios años en Marruecos. Habiendo reingresado en las fuerzas Aéreas, aún era capitán a la edad de cuarenta y cuatro años cuando empezó la guerra. Dirigió el desembarco en Mallorca en agosto de 1936. Tras la retirada de la isla, se le iba a encargar el mando de una fuerza guerrillera pero al final no se realizó el proyecto. Pasó la mayor parte de la guerra como agregado al Ministerio de Defensa. Acabada la contienda, pasó a México y fue profesor de la escuela de aviación de Guadalajara. A partir de finales de los años cuarenta fue consejero de diversas empresas guerrilleras, primero en Nicaragua y más adelante en Cuba, llegando a ser íntimo de Fidel Castro y Che Guevara. Falleció en 1971.

Antonio Beltrán Casaña. Había nacido en Jaca (Huesca) y había servido en el ejército norteamericano durante la primera guerra mundial, regresando a vivir a la ciudad fronteriza de Canfranc. En 1930 prestó ayuda al intento de alzamiento de los capitanes Galán y García Hernández. Era

protegido de Prieto, quien le buscó un puesto de administrativo de poca importancia. Durante la guerra civil se hizo famoso como jefe de la 43.ª División, que estuvo cercada durante tres meses en los Pirineos en 1938. A su regreso, mandó la división en las batallas del Ebro y de Cataluña y fue nombrado teniente coronel, siendo uno de los pocos oficiales de Milicias que alcanzó tal graduación. Tras la guerra marchó a la URSS y también a Francia, luchando en la Resistencia. Siguiendo sus actividades prorrepublicanas, fue deportado a Córcega. Durante algún tiempo, tras haber roto con el Partido Comunista, en el que había ingresado durante la guerra civil, actuó de agente de los norteamericanos. Murió en México en 1960.

José Benedito. Se había retirado como teniente de Artillería en 1931. Conocido en los círculos de extrema izquierda, fue el representante militar en el Comité Ejecutivo Popular de Valencia en 1936. En 1936 se le había encargado la tarea de militarizar una de las columnas anarquistas más recalcitrantes, la *Columna de Hierro*.

Antonio Camacho Benítez. Teniente coronel y aviador, defendió el campo de Aviación de Getafe contra los sublevados. Nombrado subsecretario de Aire por Prieto, terminó la guerra como jefe de Fuerzas Aéreas de la zona Centro-Sur, donde se puso a las órdenes de Casado. Marchó a Londres, estableciéndose en México donde falleció en 1974.

Antonio Berardini. Era ingeniero y había militado en el movimiento obrero. Durante algún tiempo fue jefe del EM de Cipriano Mera.

Carlos Bernal García. Era el segundo de la escala de coroneles de Ingenieros cuando fue ascendido a general de Brigada en 1935. Fue nombrado jefe del recién reorganizado Servicio Militar de Ferrocarriles y más tarde jefe de la Aviación Militar. Cesó en marzo de 1936. Al estallar la guerra se le nombró subsecretario de la Guerra, pero dimitió el 8 de agosto de 1936, al ser nombrado ministro Hernández Sarabia. Después de mandar una columna de Milicias fue enviado al frente de la nueva división administrativa de Albacete, donde se estaban formando las nuevas Brigadas mixtas y las internacionales. Permaneció en el puesto hasta el 21 de junio de 1937. Posteriormente fue nombrado director general de los Servicios de retaguardia y transporte y terminó la guerra como jefe de la base naval de

Cartagena, donde fue reemplazado por Francisco Galán en marzo de 1939. Casado lo nombró comandante militar de Madrid el 15 de marzo. Murió en la cárcel.

Antonio Bertomeu Bisquert. Comandante de Infantería, mandó el VII Cuerpo del Ejército de Extremadura hasta que fue trasladado a un centro de movilización en marzo de 1938.

José Bertomeu Bisquert. Hermano del anterior, fue su jefe de EM. En 1936 no figuraba en la escala activa.

Crescenciano Bilbao. Socialista moderado, fue nombrado subcomisario general y posteriormente actuó de comisario general.

Mariano Bueno Ferrer. Oficial retirado que durante breve tiempo permaneció encarcelado en 1936. Liberado, mandó la columna catalana de los Pirineos contra Jaca. A fines de 1937 había sido ascendido a teniente coronel y se le concedió la Medalla del Valor en 1939.

Emilio Bueno Núñez de Prado. Comandante de Infantería retirado de pronunciados sentimientos republicanos. Se reincorporó al ejército y mandó el sector de Vallecas en la defensa de Madrid. Después, la 41.ª Brigada, la 4.ª División y, en 1938 y 1939, el II Cuerpo. Aunque prometió apoyar a Casado, éste no confiaba en él y lo sustituyó por otro oficial de su confianza. Según un informe nacional, podría haber sido agente falangista, lo que no parece probable.

Ricardo Burillo Stholle. Comandante de Infantería agregado a la Guardia de Asalto, estaba al mando de un grupo especial de ella en Madrid. Miembros del grupo asesinaron a Calvo Sotelo, aunque Burillo no estuvo involucrado. Se le confió el mando de columnas de Milicias y dirigió el asalto al Alcázar de Toledo durante algún tiempo antes de ser nombrado jefe de los Asaltos de Madrid. A finales de 1936 fue destinado al mando de la 9.ª División y en marzo de 1937 mandaba el III Cuerpo. Ingresó en el Partido Comunista. Mandó el ejército de Extremadura desde noviembre de 1937 hasta que pidió ser relevado en julio de 1938, a raíz de la publicación de un informe desfavorable sobre él. Anteriormente, en su calidad de jefe de seguridad de Barcelona, había detenido a miembros del prohibido POUM. No tuvo ningún otro nombramiento hasta el de gobernador militar

de Alicante en marzo de 1939. Fue condenado a muerte por los nacionales y fusilado.

Francisco Buzón Llanes. Comandante de la Guardia Civil, se presentó voluntario en noviembre de 1936. Fue nombrado para un cargo superior en el Ejército del Norte y redactó un importante informe para el gobierno sobre la situación de la zona.

Miguel Campins Aura. Había tenido una gran amistad con Franco, pues había servido en la Legión y como director de estudios de la Academia Militar de Zaragoza. Ascendido a general en 1936, fue nombrado gobernador militar de Granada, y al principio se negó a rebelarse, aceptando después declarar el estado de guerra. Los nacionales lo juzgaron y fue fusilado. La República lo destituyó.

José del Campo. Era mecánico y había realizado actividades de agitación política entre los soldados con ocasión de la Revolución de Octubre de 1934. Fue comisario de la 9.ª Brigada, la 111.ª y la 46.ª División. Pasó la posguerra en la URSS y regresó a España, muriendo en 1962, mientras militaba clandestinamente.

José Cantero Ortega. Coronel de la guarnición de Badajoz, fue fusilado por los sublevados al tomar la ciudad.

Manuel Cardenal Dominicis. General al mando de la 1.ª Brigada de Artillería. Presidió el Consejo de Guerra de los oficiales rebeldes de Barcelona y fue testigo en juicios celebrados en Madrid, donde permaneció al cargo de la Artillería hasta noviembre de 1936. Pasó luego al frente de la Comandancia Militar de Madrid. Durante un lapso, fue jefe temporal del Ejército del Centro en 1938.

Rogelio Caridad Pita. Ascendido a general de Brigada en 1934. Gobernador Militar de La Coruña. Al negarse a sublevarse, fue fusilado por los rebeldes.

Saturnino Carod Lerín. Dirigente de la Milicia Carod-Ferrer en Aragón en 1936 y posteriormente comisario de la 18.ª Brigada.

Ernesto Carratalá Cernuda. Teniente coronel de un batallón de Zapadores de Carabanchel (Madrid). Resultó muerto al oponerse a los oficiales sublevados, posiblemente cuando intentaba entregar armas al pueblo.

Segismundo Casado López. Dirigente principal de la rebelión de los militares contra el gobierno de Negrín y en las negociaciones de rendición de 1939. De padre militar, ingresó en Caballería y aprobó el ingreso en la escuela de EM. Participó en conjuras y fue encarcelado cuando la dictadura primorriverista, haciendo amistad con varios miembros de la CNT. Al comienzo de la guerra fue jefe de la escolta presidencial. Hizo de jefe de EM de una columna miliciana y luego de jefe de Operaciones del EM renovado. Ayudó a formar en Albacete las Brigadas Mixtas. Ocupó varios puestos administrativos y participó en la batalla de Brunete en sustitución del jefe del XVIII Cuerpo. En mayo de 1938 pasó a mandar el Ejército del Centro, y ocupando ese cargo se alzó contra el gobierno eje Negrín y entabló negociaciones con los nacionales después de haber dominado una revuelta comunista en Madrid. Después de la guerra marchó a Inglaterra y trabajó en la BBC, volviendo más tarde a España, donde murió en 1968 sin ser rehabilitado ni habérsele concedido los derechos pasivos.

Fernando Casado Veiga. Era comandante de Artillería; fue ayudante de campo de Azaña y posteriormente jefe de la Artillería de la zona Centro y después inspector general de Artillería.

Victoriano Castán Guillén. Militante de la CNT, mandó la 118.ª Brigada de la 25.ª División. Ascendido a teniente coronel en septiembre de 1938, fue nombrado jefe de la 66.ª División.

Luis Castelló Pantoja. Estaba al mando de la Brigada de Infantería de Badajoz. Llamado para que se pusiera al frente de la 1.ª División el 19 de julio de 1936, se encontró a su llegada a Madrid con que el gobierno no había logrado hacer la paz y que iba a ser el nuevo ministro de la Guerra. Al cabo de quince días sufrió una depresión nerviosa y se refugió en la embajada francesa y posteriormente en Francia, donde transcurrió la guerra. Los invasores alemanes lo entregaron y pasó más de tres años en la cárcel condenado a muerte antes de ser indultado y puesto en libertad en 1946. Más tarde se le otorgó el retiro.

Enrique Castro Delgado. Primer comandante del Quinto Regimiento, puesto que dejó en septiembre de 1936 para ocupar el de director general de Reforma Agraria. Compartió el cargo con el de comisario inspector del frente de Madrid y después de secretario general del Comisariado. Su

historia posterior es oscura, pero el hecho es que salió de España, regresando probablemente a finales de los años cincuenta y publicando libros contra los comunistas españoles (véase la *Bibliografía*[b1]).

Eduardo Cavanna del Val. General al mando de la Cuarta Brigada de Artillería de Valencia. Al principio estuvo disponible y sujeto a una investigación; en febrero de 1937 se le exoneró, pero no ocupó puestos de combate.

José Cerón González. Había pertenecido al Estado Mayor desde 1921, había actuado como ayudante de campo del Alto Comisario en Marruecos y había sido enviado a *la Ecole Supérieure de Guerre*, lo que indica su categoría. Era católico practicante. Después de haber ayudado a distribuir armas en Madrid, trabajó en el Ministerio de la Guerra y posteriormente fue director general de Servicio de la Retaguardia y Transportes. Más adelante, fue subsecretario de una comisión encargada de la retirada de los combatientes extranjeros.

Jesús Cifuentes del Rey. Comandante de Artillería del Regimiento costero de Cartagena cuando se rebeló contra el gobierno Negrín en marzo de 1939.

Francisco Ciutat de Miguel. Teniente de Infantería, seguía los cursos de Estado Mayor en Madrid en 1936. En septiembre fue nombrado jefe de Operaciones del EM del Ejército del Norte, pero tuvo serias discrepancias con Aguirre, el presidente vasco, debidas probablemente a que Ciutat era comunista y sentía poco entusiasmo por la independencia militar de la región vasca. Tras la derrota del Norte fue nombrado jefe de Operaciones del ejército de Maniobras, con la graduación de teniente coronel. Tras la guerra marchó a la URSS donde estudió y después enseñó en la academia Vorochilov. Estuvo de asesor militar en Vietnam y en Cuba. Regresó a España muriendo en 1987.

José Coello de Portugal. Había sido expulsado del ejército antes de la guerra, probablemente por razones políticas. Los informes nacionales lo describían como «muy rojo». Se presentó voluntario en Madrid siendo nombrado capitán de EM, figurando en la plantilla de Operaciones en octubre de 1938. Ascendió rápidamente a comandante y teniente coronel. Durante algún tiempo se ocupó de contraespionaje y de actividades

guerrilleras en la retaguardia enemiga. A finales de 1938 fue 2.º jefe de EM del Grupo de ejércitos de la Región Oriental.

Juan Colinas Guerra. Sospechoso, injustamente, de traición en el frente Norte ingresó más tarde en la cárcel en Barcelona, siendo «liberado» en 1939 por los nacionales, que lo fusilaron, probablemente por su responsabilidad en reprimir la sublevación en Bilbao, donde había sido teniente coronel de la Guardia Civil.

Antonio Cordón García. Capitán de Artillería retirado que había tomado parte en conspiraciones contra Primo de Rivera y posteriormente se había adherido al Partido Comunista. Volvió al ejército al estallar la guerra y durante algún tiempo se dedicó a poner orden en el caos que reinaba en el Ministerio de la Guerra. Luego fue jefe de EM de distintos frentes andaluces y en agosto de 1937 en Belchite. Fue nombrado jefe de Operaciones del Estado Mayor Central. Destituido por Prieto por realizar propaganda comunista, fue reintegrado en su puesto en 1938 y nombrado por Negrín posteriormente subsecretario del Ministerio de Defensa, en donde fue en gran medida responsable de la eficaz reorganización del ejército. Fue ascendido a general el 3 de marzo de 1939, siendo jefe del EM del Grupo de Ejércitos del Este. Después de la guerra marchó a la URSS. Fue agregado al nuevo (y comunista) ejército polaco y tomó parte en actividades republicanas españolas en Francia. Después de ocupar un cargo universitario en Praga, falleció en Roma, en 1969.

Manuel Cristóbal Errandonea. Militante comunista de Irún que defendió Irún y San Sebastián, mandando posteriormente una brigada y luego la 51.ª División en el Norte. Fue nombrado al frente del XXI Cuerpo del ejército de Levante en 1938. Tuvo un papel destacado en el PCE en el exilio y fue elegido miembro de su buró político en 1954.

Juan Cueto Ibáñez. Nombrado para la casa militar de la Presidencia en su calidad de teniente coronel de Carabineros. Enviado a Bilbao, instruyó los batallones milicianos de Izquierda Republicana. Fue ejecutado a raíz de la toma de Bilbao (véase *Bibliografía*[b2]).

Edmundo Cuevas de la Peña. Capitán de Infantería. Mandó las fuerzas de Seguridad de Barcelona y fue nombrado director general de Seguridad oponiéndose a la influencia comunista (véase *Bibliografía*[b3]).

Luis Delage. Fue nombrado comisario de la recién formada 6.ª Brigada en noviembre de 1936. Fue comisario sucesivamente de la 4.ª División, el V Cuerpo y el ejército del Ebro. Antes de la guerra había estado encargado de la propaganda en el comité provincial del PCE en Madrid. Después de la guerra marchó a la Unión Soviética y luego a América Latina, regresando a Francia en 1944 para actuar entre los exiliados españoles.

Felipe Díaz Sandino. Teniente coronel de Aviación. Nombrado consejero de Defensa de la Generalitat. Murió exiliado.

Eleuterio Díaz Tendero Merchán. Procedía de filas y en 1936 había ascendido a capitán. Fundador de la UMRA logró notoriedad como primer jefe del Gabinete de control e investigación que examinaba los antecedentes de los oficiales. Fue destituido por Largo Caballero en una maniobra anticomunista y enviado al frente norte. Luego fue nombrado al frente del destacamento de Infantería asignado al Ministerio de Defensa en Madrid. En 1938 fue nombrado jefe de la Sección de Personal de la subsecretaría del ejército. Después de la guerra marchó a Francia y fue deportado a un campo de concentración alemán, en el que fue asesinado.

Gustavo Durán. Había pasado parte de la dictadura primorriverista en el exilio, dedicándose al doblaje de películas en París. Era músico profesional. Al estallar la guerra se unió a las Milicias, ocupó cargos en el 5.º Regimiento y durante breve tiempo fue jefe de EM de la 11.ª Brigada Internacional. Fue jefe de la 69.ª Brigada y, posteriormente, jefe de División. Durante breve tiempo estuvo al frente del SIM, aunque Prieto lo devolvió al campo de batalla porque había efectuado nombramientos sin estar autorizado para ello. En 1938 mandó el XX Cuerpo y estuvo en la defensa del frente al norte de Valencia. Después de la guerra marchó a Londres, pasando a Estados Unidos en 1940.

Buenaventura Durruti. Anarquista que dedicó su vida a servir a su causa. Mandó una columna en Aragón en 1936 y un destacamento de ella que marchó a Madrid en noviembre de ese año, muriendo allí. Existen muchas versiones de su muerte, pero probablemente se debió a una bala perdida o a una descarga accidental. En 1938 fue ascendido a teniente coronel a título póstumo.

Manuel Eixea Vilar. Teniente coronel destinado a uno de los regimientos de la región valenciana. Mandó columnas y posteriormente una brigada en el frente de Teruel. Comandante en Castellón, pasó al EM. Fusilado por los victoriosos nacionales.

José María Enciso Madollel. Capitán de Infantería, al frente de una caja de reclutas. Mandó un batallón de Milicias, el batallón Presidencial, la 44.ª Brigada en la defensa de Madrid y la 10.ª División en Brunete. Estuvo encarcelado durante algún tiempo y luego al frente de una División, cayendo prisionero en 1938. Fue fusilado.

Antonio Escobar Huertas. Coronel de la Guardia Civil en Barcelona, siendo en gran parte responsable de la lealtad de la Guardia Civil al gobierno y de la consiguiente derrota de la sublevación. En septiembre de 1936 marchó con una columna de la Guardia Civil a Madrid, mandando un sector y resultando herido. En mayo de 1937 fue nombrado delegado gubernativo de Orden público en Barcelona, pero resultó gravemente herido al ir a tomar posesión de su cargo. Fue ascendido a general y mandó el ejército de Extremadura al final de la guerra, apoyando a Casado. Aunque conocido por su conservadurismo y su catolicismo, fue ejecutado por los nacionales.

Federico Escofet Alsina. Capitán de Caballería, condenado e indultado por su responsabilidad en los sucesos de octubre de 1934, desempeñaba en 1936 el cargo de comisario de Orden Público en Cataluña. Tuvo una actuación importante al reprimir la sublevación militar de julio de 1936. Tomó parte en las batallas d Belchite y Teruel, siendo nombrado ayudante militar del presidente Companys y jefe de los Mozos de Escuadra.

Manuel Estrada Manchón. Comandante de Estado Mayor destinado disponible a Madrid. Cuando se organizó el Estado Mayor Central fue nombrado jefe de la sección de Operaciones. Durante algún tiempo fue jefe de EM y luego ocupó ese cargo con varios cuerpos de Ejército. Como coronel fue nombrado jefe de la sección de Información del EM Central.

Anselmo Fantova Lausín. Oficial en activo de ideas progresistas, destituido en 1935. Reingresado en febrero de 1936, era comandante del regimiento de carros de combate al iniciarse la guerra. En junio de 1937 fue nombrado ayudante de campo del general Gámir en el Norte.

Manuel Fe Lloréns. Comandante de Infantería diplomado de EM, destinado a Madrid, que había estado asociado a actividades conspirativas contra la dictadura y tenía relaciones con la CNT. Durante algún tiempo fue jefe de la sección de Operaciones del EM Central. Se le conocía por su anticomunismo.

Antonio Fernández Bolaños. Teniente coronel de Ingenieros retirado y diputado socialista. Sirvió en el extranjero en compras de armamentos y luego en un comité encargado de seleccionar oficiales para puestos de mando, siendo subsecretario de la Guerra entre mayo de 1937 y marzo de 1938, en que fue nombrado agregado militar en París.

Enrique Fernández de Heredia Gaztáñaga. Comandante de Artillería. Después de haber mandado la 3.ª División dirigió el IV Cuerpo, siendo nombrado después el primer comandante del XVIII Cuerpo, que dirigió en Brunete y Teruel. <<

José Fernández Navarro. Había tomado parte en la conjura republicana de 1930 y sido agregado militar en países latinoamericanos durante la República. En 1936 era comandante de Infantería destinado a Madrid sin puesto fijo. Fue llamado por el Ministerio de la Guerra para que formase uno de los cinco batallones de voluntarios. <<

Bibiano Fernández Ossorio y Tafall. Miembro del ORGA, partido regionalista gallego y posteriormente de Izquierda Republicana. Había sido nombrado subsecretario de Gobernación poco antes de la guerra. En 1938 fue nombrado comisario general, y se considera que estuvo influido por los comunistas. Después de la guerra marchó a México y desde entonces trabajó al servicio de las Naciones Unidas en distintas partes del mundo, siendo su último cargo el de representante especial del secretario general en Chipre. <<

Hilario Fernández Recio. Capitán de Carabineros en 1936. Durante un tiempo se dedicó a organizar nuevas unidades de Carabineros y, posteriormente, como comandante, mandó unidades de Asalto especiales. Estuvo al frente de la 67.ª División y de la 13.ª Apoyó a Casado, que lo nombró jefe del III Cuerpo.

Amoldo Fernández Urbano. Comandante de EM, perteneció durante toda la guerra al EM del Ejército del Centro. Resultó muerto por las fuerzas

comunistas durante la lucha de marzo de 1939 con los casadistas.

José Fernández Villabrille Calívara. Ascendido a general de División en 1933, mandaba en Sevilla cuando se sublevó Queipo de Llano. Negándose a secundarlo, fue detenido. <<

José Ferrer Bonet. Teniente de la Guardia Civil, actuó de asesor militar de la columna Ferrer-Carod en Aragón.

José Fontán Palomo. Oficial conservador que trabajó en puestos de Estado Mayor durante la guerra. Murió años después en Chile.

Manuel Fresno Urzáiz. Capitán de Carabineros, estuvo al frente de la 16.ª División.

José Luis fuentes Barrio. Tomó parte activa en la agitación contra Primo de Rivera entre los oficiales de Artillería. Fue jefe principal de Artillería en el ejército republicano durante la guerra y tras la caída de Cataluña pasó a Francia.

José Fusimaña. Comisario de la 11.ª División y luego del XV Cuerpo. Después de la guerra marchó a la URSS, estudiando en una academia política. Resultó muerto durante la segunda guerra mundial mientras dirigía un batallón guerrillero contra los alemanes.

Francisco Galán Rodríguez. Hermano de Fermín, fusilado a raíz del alzamiento de Jaca de 1930. Se retiró de la Guardia Civil en 1931 y reingresó en ella después de empezada la guerra, encontrándose al frente de una columna miliciana. Mandó la 22.ª Brigada y la 51.ª División en el Norte. Estuvo al frente de varios Cuerpos en Levante en 1938. El 4 de marzo de 1938, fue nombrado gobernador de Cartagena, al mismo tiempo que otros comunistas eran nombrados para puestos importantes. Detenido por fuerzas procasadistas al mando del coronel Armentia, fue puesto en libertad y obligado a dimitir. Ante la sublevación profranquista, se refugió en un buque de guerra republicano y marchó a África del norte. Después vivió en Buenos Aires, donde falleció en 1971.

José María Galán Rodríguez. Hermano menor de Francisco. En 1936 llevaba ya trece años de teniente de Carabineros. Fue jefe del EM de su hermano en las Milicias y luego primer jefe de la Brigada. Mandó varias agrupaciones de Brigadas y Divisiones durante la guerra, tomando parte en las batallas de La Granja y Brunete. Luego mandó el XXIII Cuerpo hasta

finales de 1938. Hubo quejas cenetistas de que había habido malos tratos de los comunistas en su Cuerpo. Después de la guerra marchó a la Unión Soviética y estudió en la Academia Vorochilov.

Manuel Gallego Calatayud. Capitán de Artillería. Después de actuar en las filas de las Milicias en el frente de Teruel mandó la Artillería en la batalla de Teruel y luego el VI Cuerpo.

Juan José Gallego Pérez. Antiguo suboficial. Mandó la 2.ª Brigada y después la 69.ª División. El coronel Casado lo nombró para sustituir a Barceló al frente del I Cuerpo.

Miguel Gallo Martínez. Capitán de Infantería, había estado implicado en la rebelión de Jaca de 1930, siendo nombrado posteriormente para la Casa Militar de la Presidencia. Miembro del Partido Comunista, mandó la Brigada a su creación, la 24.ª División en Brunete y posteriormente el X Cuerpo como teniente coronel. Tras pasar a Francia regresó a la zona Centro, donde fue capturado y ejecutado por los nacionales.

Manuel Gámir Ulíbarri. Había sido director de la Academia Militar de Toledo. Era general de Brigada en Valencia en 1936 y posteriormente estuvo al frente de todo el sector de Teruel. Fue enviado al Norte en junio de 1937 para encargarse del cuerpo Vasco. Habiendo regresado a la España republicana, fue nombrado oficial de enlace del comité de control de la retirada de los voluntarios extranjeros. En octubre de 1938 fue nombrado general inspector de Instrucción Militar. Después de la guerra marchó a Francia pero regresó más tarde a España, donde vivió retirado hasta su fallecimiento en 1959.

Manuel Gancedo Sáenz. Capitán de Infantería y miembro de la UMRA en Barcelona; mandó la 32.ª División, llegando a ser teniente coronel. Durante la segunda guerra mundial, actuó en la Resistencia francesa.

Juan García Gómez Caminero había sido uno de los primeros militares ascendidos a general durante la República y en 1933 fue nombrado general de División. En 1936 era general inspector del ejército. No simpatizando con los sublevados y hallándose en León el 19 de julio de 1936, consiguió escapar por la frontera portuguesa y regresar a España, ocupando un puesto de mando en Valencia durante varios meses. Falleció retirado a fines de 1938.

Alejandro García Val. Activista conocido, varias veces encarcelado. En 1936 era secretario del sindicato de trabajadores de la Confección. Fue representante civil en el EM Central y posteriormente director general de Transporte por Carretera.

Carlos García Vallejo. Comandante de Infantería, mandó las Milicias contra Córdoba al inicio de la guerra. Mandó el XVII Cuerpo desde su nueva fundación, en Levante en 1938, hasta el final de la guerra, apoyando el golpe de Casado.

José García Vayas. Comandante de Infantería, al mando del destacamento de vigilancia de la prisión de Santoña (Santander). Ayudó a aplastar la rebelión de los oficiales del batallón y luego mandó el XV Cuerpo, compuesto por los milicianos santanderinos. Después de la derrota en el Norte, mandó un centro de reclutamiento y luego fue nombrado general inspector de todos los CRIM. Murió en el exilio en Francia en 1962.

Miguel García Vivancos. Chófer de profesión, era un activista anarquista que participó en las luchas callejeras de Barcelona el 19 de julio de 1936. Estuvo en la columna *Aguiluchos* y luego mandó la 126.ª Brigada y la 25.ª División en Belchite y Teruel. Estaba en desacuerdo con la línea antimilitarista de los anarquistas más intransigentes y trató de cooperar con los comunistas. En 1971 vivía en París, donde había conseguido éxitos como pintor.

Antonio Garijo Fernández. Capitán de EM, durante la guerra fue jefe de los servicios informativos del ejército central y luego del Grupo de Ejércitos del Centro. Las fuentes comunistas lo acusan de haber sido agente nacional. Fue uno de los portavoces republicanos en las negociaciones para la rendición de marzo de 1939.

Antonio Gil Otero. Comandante de Infantería destinado en Lérida. Se unió a la columna del PSUC y luego mandó el XI Cuerpo.

Rodrigo Gil Ruiz. Había estado asociado desde hacía tiempo a los grupos de oficiales de izquierdas. Como jefe del depósito de armamento de Madrid, distribuyó fusiles y dispuso la recuperación de los cerrojos que había en el cuartel de la Montaña. Fue subsecretario de la Guerra durante breve tiempo en el primer gobierno de Largo Caballero, pero volvió a su anterior cargo. Después de la guerra estuvo algún tiempo en Inglaterra.

Francisco Giménez Orge. Capitán de Infantería, había organizado una célula de la UMRA en el Ministerio de la Guerra. Mandó Milicias y, durante breve tiempo, una División, siendo nombrado gobernador militar de Ciudad Real. Sus hermanos Alfredo y Evelio, también militares, quedaron como leales a la República.

Alejandro Goicoechea. Capitán de Ingenieros retirado que proyectó el *cinturón de hierro* de fortificaciones en torno a Bilbao, con puntos débiles intencionados, pasándose al enemigo con los planos.

Ricardo Gómez García. Teniente de Carabineros que mandó la 1.ª División vasca, y luego la 56.ª División.

Valentín Gómez González, «El Campesino». Fue uno de los más conocidos dirigentes milicianos a causa de su violenta e impredecible personalidad. También ha alcanzado fama gracias a su autobiografía publicada en plena guerra fría, siendo uno de los más conocidos comunistas que han dejado de serlo. Al parecer, fue en su juventud un rebelde, desertó del ejército e ingresó en el PCE en 1929. Asegura haber jugado un papel activo en el aplastamiento de la sublevación en Madrid. Organizó sus propias milicias y se le confirmó la graduación de mayor. Después de haber mandado varias unidades «de choque» en torno a Madrid, en cuyo momento se dice que tuvo poca consideración por las vidas de sus hombres, mandó la 46.ª División en Brunete, Belchite y Teruel. Afirma que en Teruel lo dejaron solo los demás jefes comunistas. Modesto lo destituyó durante la batalla del Ebro y acabó la guerra al frente de un centro de reclutamiento. El foso entre él y los dirigentes comunistas surgió probablemente a raíz de una antigua disputa con Líster. Hay corresponsales de guerra que hablan de su insubordinación y vanidad. Después de la guerra marchó a la URSS y estudió en la Academia Frunze; cayó en desgracia; padeció gravemente como detenido en campos de trabajo forzado en la URSS y acabó por escaparse. Murió en Madrid en 1985 después de vivir mucho tiempo en Francia.

Agustín Gómez Morato. General de División, a quien el gobierno frentepopulista de 1936 había vuelto a nombrar para Marruecos, habiendo servido ya allí en los dos primeros años de la República. Fue nombrado

comandante en jefe del Protectorado. Detenido por los rebeldes la noche del 16 al 17 de julio de 1936.

Miguel González Inestal. Secretario de sindicato en San Sebastián en 1936. Tras actuar en su ciudad, la CNT lo requirió como subcomisario general, en cuyo cargo transcurrió la guerra defendiendo hasta donde pudo los intereses de la CNT. Después de la guerra vivió en Chile, regresando años después a España.

Serafín González Inestal. Cenetista. Fue consejero civil de la organización de las Brigadas Mixtas en Albacete y luego inspector comisario del ejército de Andalucía. Fue encarcelado después de la guerra. Vive en Madrid (1977).

Miguel González Pérez Caballero. Teniente de Infantería en 1936, mandó la 18.ª División.

Vicente Guarner Vivancos. Comandante de la Guardia de Asalto y diplomado de EM. Fue consejero militar de las columnas anarquistas en Aragón y luego jefe de EM de la Generalitat. En 1937 fue nombrado jefe de Operaciones del EM del ejército de Maniobras y posteriormente jefe de Operaciones del Alto Estado Mayor y director de la Escuela de EM. En Tánger, como agregado militar, se esforzó por organizar tensiones en la zona del Protectorado español.

Ernesto Güemes Ramos. Capitán de Infantería, había servido en Marruecos. Mandó una División en el Jarama y posteriormente el III y XXI Cuerpos.

Casiano Guerricaecheverría Usabel. Capitán de Artillería en 1936 mandó los Miñones de Vizcaya. Jefe de la Artillería vasca, desertó poco antes de la caída de Bilbao.

Julián Henríquez Caubín. Había ingresado en el PCE en 1931 tomando parte en actividades subversivas. Comenzó la guerra en el comité político del batallón *Canarias libre*. Luego mandó la 37.ª Brigada y fue jefe de EM de la 35.ª División. Después de la guerra, en México, escribió un relato sobre el papel de su División en la batalla del Ebro (véase *Bibliografía*[b4]).

Joaquín d'Harcourt. Capitán médico, encabezó los servicios quirúrgicos de la Sanidad del Ejército Popular.

Heredia. Véase Fernández de Heredia[b5].

Ángel Hernández del Castillo. Capitán de Infantería en Gijón. Posteriormente ocupó cargos de Estado Mayor y mandó una División del ejército republicano del Norte.

Juan Hernández Saravia. Teniente coronel de Artillería que gozaba de gran respeto entre sus colegas. Quizá el más ferviente católico del ejército, era a la vez un republicano entusiasta que ocupó entre 1931 y 1933 el cargo de jefe del Gabinete Militar de Azaña. Se retiró del ejército en 1934. El 6 de agosto de 1936 se le nombró ministro de la Guerra. En 1937 organizó el ejército de Levante, que dirigió durante la batalla de Teruel, siendo ascendido al empleo de general. En abril de 1938 se le confió el mando del recién creado Grupo de ejércitos de la Región Oriental, del que fue destituido casi al final de la campaña de Cataluña, por discrepancias con el general Rojo, jefe del Estado Mayor. Acompañó al presidente de la República, Azaña, hasta su muerte el 3 de noviembre de 1940. Murió en México en 1974. Véase *Bibliografía*[b6] bajo Aroca Mohedano.

Jesús Hernández Tomás. Dirigente del PCE, fue nombrado ministro de Instrucción Pública en el gobierno Largo Caballero del 4 de septiembre de 1936, ayudando a conseguir la caída de Indalecio Prieto de su puesto de ministro de la Defensa. Fue comisario general en la zona desde abril de 1938 hasta su destitución por Casado en 1939. En el exilio rompió con el PCE y escribió un libro sobre las actividades comunistas en España (véase *Bibliografía*[b7]).

Emilio Herrera Linares. Teniente coronel de Ingenieros. Fue director de la Escuela Superior de Aerotécnica y asesor técnico de la Subsecretaría de Aeronáutica, con la graduación de general desde el 16 de agosto de 1936. Desde 1960 a 1962 fue jefe del gobierno republicano en el exilio.

Ignacio Hidalgo de Cisneros y López de Montenegro. Comandante de las fuerzas Aéreas con fuertes simpatías izquierdistas. Se adhirió al PCE. Durante la guerra fue jefe de las fuerzas Aéreas Republicanas. En 1954 fue nombrado miembro del Comité central del PCE y falleció en Budapest en 1965.

Juan Ibarrola Orueta. Capitán de la Guardia Civil, mandó la 50.ª División en Asturias. Después de la caída del Norte, mandó el XI Cuerpo en

Teruel. Era vasco y católico practicante.

Avelino de la Iglesia Martín. Teniente coronel, al frente de una Caja de Reclutas. Durante algún tiempo fue el segundo jefe del frente Sur en 1936.

Federico de la Iglesia Navarro. Comandante de EM, trabajó en el Estado Mayor de Madrid en 1936, siendo más tarde jefe de EM de la 4.ª División, del V Cuerpo y del Ejército de Levante. Estuvo en Inglaterra después de la guerra.

Daniel Irezábal Goti. Comandante de Infantería, estaba al frente de la Caja de Reclutas de Bilbao. Mandó una División y fue fusilado por los rebeldes.

Carlos Jiménez Canito. Comandante de Infantería, mandó la 21.ª División, tras haber dirigido Milicias. A finales de la guerra era gobernador militar de Murcia. Fusilado por su responsabilidad en no evitar el asesinato de prisioneros derechistas.

Gregorio Jover Cortés. Militante de la CNT, mandó una columna miliciana en Aragón en 1936. Posteriormente, dirigió la 28.ª División y el X Cuerpo.

Luis Jubert Salieti. Capitán de Infantería en la columna Ortiz, en Aragón, en 1936. Mandó la 25.ª División durante breve tiempo, resultando muerto en acción.

Enrique Jurado Barrio. Comandante de Artillería, destinado en Ceuta y de permiso en la Península al empezar la guerra. Después de mandar columnas milicianas y la 1.ª División, se le confió el IV Cuerpo en Guadalajara y el XVIII Cuerpo en Brunete, cayendo enfermo. Posteriormente, fue inspector general de Defensa Antiaérea. En febrero de 1939 reemplazó a Saravia como jefe del Grupo de Ejércitos del Este. Una vez en Francia se negó a regresar a la zona centro de España. Vivió en Uruguay, dirigiendo equipos catastrales gubernamentales. Murió en 1965.

Víctor Lacalle Seminario. Teniente coronel de Ingenieros. Se le confió la tarea de formar uno de los cinco batallones de voluntarios el 19 de julio de 1936. Mandó varias columnas, la 50.ª Brigada y la 12.ª División, luego la Agrupación de Cuenca.

Pedro La Cerda y López Mollinedo. Fue uno de los primeros ascendidos a general de División bajo la República. Ocupó puestos de

importancia durante el gobierno de Azaña, pero fue cesado en el período derechista, en 1935. Mandó la División de Burgos en 1936 por breve tiempo antes de la sublevación. En febrero de 1937 se encargó del mando de Valencia. Poco después se retiró.

Ernesto de la Fuente Torres. Capitán de EM en Bilbao, fue nombrado jefe de Servicios del EM del ejército vasco y posteriormente jefe de Operaciones. Fue fusilado por los rebeldes.

Ángel Lamas Arroyo. Capitán de Infantería y diplomado de EM, fue jefe de EM del cuerpo Vasco en mayo de 1937 y posteriormente jefe del EM del Ejército del Norte. Capturado, redactó un extenso memorándum sobre la guerra en el Norte.

Jesús Larrañaga. Metalúrgico comunista del País Vasco, había estado en la URSS antes de la guerra. Fue diputado en Cortes por Guipúzcoa. Mandó Milicias y ocupó importantes puestos administrativos en el Norte. Después de la guerra fue fusilado.

Domiciano Leal. Miembro de las JSU. Mandó la 10.ª Brigada y luego sustituyó a «el Campesino» al frente de la 46.ª División, resultando muerto en combate en el Ebro.

Enrique Líster Forján. Nacido en 1907. Obrero y miembro del PCE, salió de España en 1932. Tras pasar algún tiempo en la URSS, donde siguió cursos políticos y militares, regresó a España en 1936, dedicándose a labores de agitación en el ejército. Durante la guerra dirigió Milicias y posteriormente el Quinto Regimiento. Luego, la 1.ª Brigada, jugando un papel de primer orden en la defensa de Madrid. En 1937 se le encargó de la 11.ª División, de la que hizo una unidad de choque, utilizada en todos los combates de importancia. Acabó con las comunas anarquistas aragonesas en el verano de 1937. Primer oficial de Milicias en alcanzar la graduación de teniente coronel, fue jefe del V Cuerpo y lo dirigió durante la batalla del Ebro, ganando la Medalla del Valor. Pasó a Francia en 1939, regresando a la zona central. Tomó el mando del aeropuerto del que partieron los dirigentes comunistas a finales de marzo de 1939. Marchó a Moscú y estudió en la Academia Frunze, jugando un papel importante en la organización de guerrillas en España en 1946 y 1947. Habiendo criticado violentamente al PCE por su actitud sobre la crisis checoslovaca de 1968, fue expulsado en

1970. Murió en Madrid el 8 de diciembre de 1994, adonde había vuelto en 1977.

Justo López Mejías. Teniente de Infantería implicado en la rebelión de Jaca de 1930. Fue agregado al Cuarto Militar de Azaña. Dedicado a la organización de Milicias al principio de la guerra, mandó después la 20.ª Brigada y las 31.ª y 68.ª División.

José López Otero. Comandante de Ingenieros, destinado en el EM del Ejército del Centro. Durante la lucha con las fuerzas que apoyaban el golpe de Casado fue muerto por comunistas.

Rafael López-Tienda. Capitán de Ingenieros, acompañó a la expedición de Bayo a Mallorca. Posteriormente mandó la columna *Libertad*, formada por miembros del PSUC y la UGT, y resultó muerto en Madrid en octubre de 1936.

Francisco Llano de la Encomienda. Aunque sólo general de Brigada, fue nombrado por el gobierno frentepopulista al frente de la 4.ª División (Barcelona). Al parecer actuó con vacilaciones durante la rebelión. En noviembre de 1936 fue nombrado comandante en jefe del Norte, pero resultó incapaz de imponer su autoridad. Fue reemplazado en 1937 y después de ocupar cargos superiores administrativos, pero ninguno de combate, pasó al exilio en México donde falleció en 1963.

Virgilio Llanos. Antiguo apuntador de teatro y afiliado a la UGT. Fue comisario de la expedición de Bayo a Mallorca y de la columna de López-Tienda en Madrid. Después, comisario del XII Cuerpo del ejército del Ebro, habiéndose adherido al PSUC. Autores anarquistas lo acusan de perseguir a cenetistas. Fue nombrado comisario del ejército del Este. Su última acción en la guerra consistió en acompañar a las unidades enviadas a aplastar la revuelta de Cartagena en marzo de 1939. Falleció en Moscú en abril de 1973.

Julio Mangada Rosenhorn. Militar que no figura en las escalas de 1936. Había defendido a Largo Caballero y a los dirigentes de la huelga de 1917, habiendo sido detenido por publicar el texto de su defensa. Tenía ideas muy radicales y participó en el abortado complot republicano de 1930 en Madrid. Ocasionó un escándalo en un banquete militar en Carabanchel en Madrid, al insistir en que debía vitorearse a la República y no a España.

Se le tenía por algo extravagante, pues para un oficial español de entonces interesarse por el esperanto, el vegetarianismo y el naturismo resultaba bastante raro. A principios de la guerra dirigió una columna miliciana que lo ascendió informalmente a general. Pero sus éxitos menores iniciales no tuvieron continuación y fue nombrado gobernador militar en Albacete, donde transcurrió la mayor parte de la guerra, a cuyo final se trasladó a África del norte y luego a México, donde falleció en 1946.

José Ignacio Mantecón. Miembro de Izquierda Republicana, pasó a la órbita comunista durante la guerra. Después de actuar como comisario, fue nombrado delegado gubernativo en Aragón, supervisando la destrucción del Consejo de Aragón anarquista en 1937. Posteriormente fue comisario del ejército del Este.

Servando Marenco Reja. Oficial del Cuerpo de Intervención Militar. Fue nombrado inspector general de Milicias y luego de los CRIM. Al acabar la guerra mandaba un batallón de Ametralladoras que cubrió la retirada de Cataluña. Después de la guerra mandó el batallón vasco autónomo de las fuerzas francesas libres con base en Londres y posteriormente Brazzaville.

Ernesto Marina Arias. Teniente coronel de Infantería, se le encargó la formación de uno de los batallones de voluntarios organizados el 19 de julio de 1936. Luego mandó una caja de reclutas.

Manuel Márquez Sánchez. Capitán de Infantería, ayudó a la formación del Quinto Regimiento y mandó la primera *compañía de Acero* en la sierra. Después estuvo al frente de la 19.ª Brigada y de la 18.ª División, así como del VII Cuerpo, llegando a ser teniente coronel. Después de la guerra marchó a la URSS y estudió en la Academia Vorochilov, pasando después a Yugoslavia y Praga.

José Martín Blázquez. Capitán de Intendencia destinado a Madrid, trabajó en el EM embrionario del ejército republicano en agosto de 1936. Marchó a Francia a principios de 1937, y ya no regresó a España. Escribió un libro sobre los comienzos del ejército republicano (véase *Bibliografía*[b8]).

Jesús Martínez de Aragón. Hermano de un aviador que había conspirado contra Primo de Rivera. Era comunista y fue el primer jefe de la

2.ª Brigada Mixta. Resultó muerto en combate en abril de 1937.

Toribio Martínez Cabrera. General de Brigada de fuertes sentimientos republicanos. Procedía del Estado Mayor y ocupó importantes cargos durante el período republicano. El gobierno frentepopulista le nombró al frente de la importante base de Cartagena, donde aplastó la rebelión militar. A finales de 1936 fue enviado al Norte como inspector general para que tratara de salvar la situación. En diciembre del mismo año fue nombrado jefe del EM del ejército republicano, pero, a raíz de la pérdida de Málaga fue considerado parcialmente responsable de ello y pasó varios meses detenido. Después de rehabilitado se le nombró gobernador militar de Madrid, favoreciendo el golpe de Casado, siendo nombrado subsecretario del Consejo Nacional de Defensa. Fue fusilado por los nacionales.

Pedro Martínez Cartón. Diputado comunista. Organizó Milicias de Extremadura y luego la 16.ª Brigada en Ciudad Real, con la que capturó el reducto sublevado de Santa María de la Cabeza en mayo de 1937. Después mandó la 64.ª División. Fue derrotado por las fuerzas casadistas cuando se opuso al golpe de 1939. Después de la guerra marchó a la Unión Soviética.

Fernando Martínez Monje Restoy. General de Brigada, ocupaba un puesto superior a su graduación al frente de la Tercera División (Valencia). Fue miembro de la Comisión Delegada del gobierno en la región en 1936 y luego jefe de la nueva División administrativa de Albacete. Después mandó el Ejército del Sur, pero perdió el cargo a raíz de la caída de Málaga. Rehabilitado, ocupó cargos administrativos. Después de la guerra marchó a Buenos Aires.

Ángel Martínez Peñalver. Teniente coronel de Infantería, mandó una columna miliciana en Aragón en 1936. <<

Carlos Masquelet Lacaci. Ascendido a general de División en 1933. Era masón y republicano liberal. Amigo íntimo de Azaña, fue ministro de la Guerra del gobierno frentepopulista de 1936 y posteriormente jefe de la Casa Militar de Azaña. Ingeniero, fue el autor del plan general de fortificaciones en torno a Madrid, pero no ocupó ningún otro puesto de mando durante la guerra. Pasó a Francia en 1939.

Manuel Matallana Gómez. Comandante diplomado de EM y persona de antecedentes derechistas, fue jefe de Información y más tarde jefe de EM

del Ejército del Centro, puesto que conservó hasta ser, ya general, nombrado jefe de EM del Grupo de Ejércitos de la Región Central. En 1939, después de recibir la jefatura de la Agrupación de ejércitos, apoyó la sublevación casadista, transmitiendo a los nacionales el plano de las posiciones gubernamentales. Pese a los servicios rendidos, estuvo encarcelado por los vencedores, perdiendo la carrera. Montó una fábrica de material de construcción, muriendo en 1957.

Pedro Mateo Merino (conocido por Merino). Estudiante de Matemáticas que mandó un batallón en el Jarama, la 101.ª Brigada en Brunete y la 35.ª División en el Ebro. Estaba muy bien considerado por su superior inmediato, Tagüeña, que era de su misma edad. Después de la guerra estudió en la Academia Frunze de Moscú y marchó a Yugoslavia. En 1971 vivía en Moscú. Luego estuvo en Cuba, volviendo a España en 1972.

Eduardo Medrano Rivas. Oficial retirado que reingresó en el ejército, siendo ayudante del coronel Villalba en Aragón, actuando después en la 3.ª División del ejército catalán y luego en la 33.ª División. Fue capturado por los nacionales después de la guerra y ejecutado.

Ernesto Melero Blanco. Capitán de Infantería de cincuenta y tres años de edad procedente de la tropa. Jugó un papel importante en el aplastamiento de la rebelión en Carabanchel y posteriormente mandó la 6.ª División.

Arturo Mena Roig. Teniente coronel retirado que mandó grupos milicianos en Toledo y Madrid. Después estuvo al frente de la 6.ª División y del VII Cuerpo.

Julio Mena Zueco. Jefe de la 11.ª Brigada de Infantería de Burgos, fue detenido por los rebeldes.

Leopoldo Menéndez López. Comandante de Infantería diplomado de EM jefe del batallón Presidencial. Fue nombrado subsecretario de la Guerra en agosto de 1936 y después jefe de EM del sector de Montoro, frente a Córdoba. Posteriormente mandó el XX Cuerpo y, a finales de 1937, los ejércitos de Maniobra y de Levante combinados. Fue ascendido a general en agosto de 1938. Participó en la rebelión de Casado y después de la guerra marchó a Londres, trasladándose posteriormente a México. Falleció en 1960.

Francisco Menoyo Baños. Capitán de Ingenieros destinado a Menorca. A principios de 1938 estaba al frente del IX Cuerpo y a finales de la guerra el coronel Casado le encargó del ejército de Andalucía.

Cipriano Mera Sanz. Era un obrero de la construcción, dirigente de su sindicato anarquista, en Madrid, encarcelado en repetidas ocasiones. Tras haber dirigido a las Milicias que aplastaron la insurrección en Alcalá de Henares y Guadalajara, fue el responsable político de la columna de del Rosal. Rápidamente aceptó la necesidad de la militarización y mandó la 14.ª División y posteriormente el IV Cuerpo, siendo ascendido a teniente coronel en 1938. Ayudó a Casado a derrotar a las fuerzas comunistas de Madrid. Después de la guerra fue condenado a muerte. Amnistiado, pasó a vivir a Francia, donde falleció en 1975.

José Miaja Menant. Había tenido una carrera en la que había alternado los puestos de guarnición con los destinos en Marruecos y períodos en cajas de reclutas. En 1931 era coronel de Infantería y contaba cincuenta y tres años de edad. Fue ascendido a general en 1932, cesado del mando a principios de 1936 y nombrado jefe de la 1.ª Brigada de Infantería en marzo de 1936. Durante breve tiempo fue jefe de la División de Madrid, después de que Martínez Barrio le pidiera que fuese su ministro de la Guerra en el gabinete del 19 de julio de 1936, que únicamente duró tres horas, pues pensaba que tendría alguna influencia sobre los sublevados. Después dirigió un intento fallido de recobrar Córdoba. Su gran momento sobrevino cuando fue presidente de la Junta de Defensa de Madrid, habiéndose encargado de la defensa de la capital. Posteriormente fue comandante en jefe de toda la zona centro y en calidad de tal dirigió las batallas de Guadalajara y Brunete. En abril de 1938 fue nombrado comandante en jefe de todas las fuerzas del Grupo de Ejércitos del Centro y Sur. Aceptó el golpe de Casado y el puesto de presidente del Consejo de Defensa Nacional casadista. Después de la guerra marchó a México y falleció en 1958.

Juan Guilloto León. Conocido por *Modesto* ocupó importantes puestos en el PCE antes de la guerra, alcanzando rápidamente altos mandos en las Milicias, y luego en el Quinto Regimiento, y la 4.ª División a finales de 1936. Mandó un grupo de Divisiones en el Jarama y el V Cuerpo en Brunete y Belchite. Después de Teruel fue ascendido a teniente coronel y

nombrado al frente del recién formado ejército del Ebro en mayo de 1938, dirigiendo el cruce del río en julio y ascendiendo a coronel. A principios de marzo de 1939, después de haber regresado de Francia, fue nombrado general. Acabada la guerra, se le concedió el empleo de jefe de Brigada en la Academia Frunze de Moscú y en 1945 fue nombrado general del ejército soviético. Durante algún tiempo se dedicó a organizar un ejército republicano en el exilio. Falleció en la URSS en 1968.

Nicolás Molero Lobo. Fue ascendido rápidamente a general de Brigada y de División durante el período republicano y estaba al frente de la División de Valladolid en julio de 1936. Habiéndose negado a alzarse, fue encarcelado por los sublevados.

Alberto Montaud Noguerol. Teniente coronel de Ingenieros y profesor de fortificaciones en la Escuela Superior de Guerra. Fue nombrado jefe de EM del cuerpo Vasco, estando en buenas relaciones con el presidente vasco, Aguirre. No obstante, fue destituido poco antes de la caída de Bilbao. Desconociéndose su paradero, fue expulsado del ejército en agosto de 1938.

Gustavo Montaud Noguerol. Comandante de Ingenieros, había sido el ayuda de campo de Alcalá-Zamora, el primer presidente de la República. Fue nombrado director de la Escuela Popular de Guerra (Ingenieros). En 1938 se le concedió la Medalla del Deber.

Domingo de Moriones y Larraga. Marqués de Oroquieta. Teniente coronel en el regimiento de Ferrocarriles. Después de haber ayudado a dominar la rebelión en Madrid, mandó Milicias y posteriormente la 2.ª División y el I Cuerpo. En 1938 asumió el mando del ejército de Andalucía. No apoyó el golpe de Casado y éste lo destituyó. Después de la guerra, cumplió una condena de encarcelamiento. Falleció en 1965.

José de los Mozos Muñoz. Comandante de Ingenieros, ayudante de campo de confianza de Azaña. Colaboró en la colocación de minas bajo el Alcázar de Toledo. En 1938 era jefe de la sección de Trabajos de la Inspección general de Ingenieros del ejército del Ebro.

Félix Muedra Miñón. Capitán de Infantería. Sirvió en el EM del Ejército del Centro, siendo nombrado casi al final de la guerra jefe del EM del Grupo de Ejércitos Centro-Sur. Autores comunistas lo acusan de traición.

Pablo Murga Ugarte. Capitán de Ingenieros, era el jefe de una red de espionaje en Bilbao y fue ejecutado por las autoridades republicanas en noviembre de 1936.

Antonio Naranjo Limón. Era comandante de la Guardia Civil y fue nombrado jefe de la sección de Organización del EM vasco. Escapó a Francia y fue expulsado del ejército republicano en marzo de 1938.

Navarro. Véase Fernández Navarro[b9].

Enrique Navarro Abuja. Teniente coronel de Infantería, mandó la 2.ª División, luego la brigada de Tanques (mayo de 1937), pasando en octubre de 1937 a ocupar el cargo de jefe de Estado Mayor de la División de Ingenios Blindados.

Miguel Núñez de Prado y Susbielas. Oficial procedente de Caballería, destinado a la Aviación, nombrado general de División en 1933 y uno de los tres inspectores generales en 1934. En 1936 ocupaba el cargo de director general de Aeronáutica. Marchó a Zaragoza para intentar convencer al general Cabanellas de que no se rebelase, pero fue detenido y ejecutado por los nacionales.

Urbano Orad de la Torre. Teniente de Artillería, miembro del PSOE, ayudó a distribuir armas a la población madrileña, dirigiendo los cañones que dispararon contra el cuartel de la Montaña. Mandó Milicias y la 20.ª División. Condenado a muerte, le fue conmutada la pena. En 1971 vivía en España.

Antonio Ortega Gutiérrez. Llevaba treinta años de servicio militar, habiendo sido ascendido a alférez de Carabineros en 1936. Tomó parte en los combates de Irán y San Sebastián y mandó Brigadas en el frente de Madrid. Se adhirió al PCE y como jefe de Seguridad colaboró en el aplastamiento del POUM; posteriormente mandó el III Cuerpo, tratando de mantenerse apartado de la lucha entre comunistas y el coronel Casado. Fue fusilado por los nacionales después de la guerra.

Daniel Ortega Martínez. Miembro del Comité central del PCE y diputado por Cádiz. Fue jefe de Servicios en Madrid durante toda la guerra y al final de ésta lo fusilaron los nacionales.

Antonio Ortiz. Carpintero de profesión y militante de la CNT. Dirigió una de las primeras columnas de Aragón. Durante breve tiempo estuvo al

frente de la 25.ª División, pero fue destituido por ser hostil a la militarización.

Antonio Ortiz Roldán. Dirigente de las MAOC en Espejo (Córdoba) y miembro del PCE. Dirigió fuerzas milicianas y unidades del Quinto Regimiento, la 53.ª Brigada y la 226.ª Brigada, la primera que cruzó el Ebro. Más adelante mandó la 42.ª División, llegando a ser teniente coronel. Después de la guerra marchó a la Unión Soviética y estudió en la Academia Frunze, pasando después a Yugoslavia.

Ossorio y Tafall. Véase Fernández Ossorio[b10].

Miguel Palacios Martínez. Médico militar con la graduación de capitán. Había conspirado contra Primo de Rivera y entablado amistad con cenetistas, amistad que duraría toda la guerra. Estuvo en el EM de la columna Uribarri y posteriormente mandó la 39.ª Brigada en Madrid. Estuvo al frente de la V División, formada principalmente por anarquistas, y posteriormente fue jefe del XVI Cuerpo en Levante. En 1971 vivía en Madrid.

Carlos Pedemonte Sabín. Comandante de EM, colaboró con las Milicias en 1936. Había regresado a la zona republicana desde África, donde estaba destinado en 1936.

Primitivo Peire Cabaleiro. Mandaba el batallón de Ametralladoras acantonado en Castellón. Después de haber ocupado distintos puestos de mando en el frente Sur dirigió la 44.ª División en Belchite. En 1938 se le nombró al frente de un centro de recuperación de tropas desperdigadas y gobernador militar de Igualada (Barcelona).

Cristóbal Peña Abuin. General al mando de la División de Caballería. No tomó parte en el alzamiento y se jubiló en 1937.

Guillermo de la Peña Cusí. Comandante de Infantería al frente de una caja de reclutas. Presidió el tribunal militar que juzgó a los generales rebeldes Goded y Fernández Burriel, que fueron condenados a muerte. Posteriormente mandó la 1.ª División del Ejército de Cataluña en 1937.

Peñalver. Véase Martínez Peñalver[b11].

Juan Perea Capulino. Capitán de Infantería retirado, y conspirador republicano, vinculado íntimamente a la CNT. Después de haber mandado unidades de Milicias, se le encargó de la 5.ª División y posteriormente del

IV y del XXI Cuerpos. En abril de 1938 fue nombrado al frente del ejército del Este. Se exilió a México.

Enrique Pérez Farrás. Comandante de Artillería, había mandado las Milicias catalanas cuando la revolución de 1934, siendo condenado a una larga pena de encarcelamiento. Amnistiado por el Frente Popular, se convirtió en el consejero confidencial del presidente Companys y acompañó a la columna Durruti a Aragón. Después de la militarización no ocupó ningún puesto de mando en campaña, siendo nombrado gobernador militar de Tarragona y Gerona. Falleció en México (1949).

Augusto Pérez Garmendia. Comandante de EM y ayuda de campo del coronel Aranda, quien se sublevó en Oviedo. Al estallar la guerra se encontraba de permiso en San Sebastián. Mandó unidades de Milicias, pero fue capturado por los rebeldes y murió a consecuencia de las heridas recibidas.

José Pérez Gazzolo. Comandante de Infantería, ayudante de campo del general Miaja al principio de la guerra. Fue jefe de EM del Ejército del Sur y posteriormente en el Estado Mayor de Rojo en Madrid. Permaneció en la capital hasta el final de la guerra, siendo muerto por fuerzas comunistas en los combates contra el coronel Casado, cuyo 2.º jefe de EM era.

José Pérez Martínez. Comandante de Asaltos, fue nombrado ayudante del general Miaja. Aunque casadista, su responsabilidad en la represión de la sublevación de julio de 1936 le urgió exiliarse en 1939. Estuvo en la Legión Extranjera francesa, volviendo luego a España donde el tribunal militar le impuso tres penas de muerte. Su antiguo jefe, el ahora general Muñoz Grandes, habló en su favor, lo cual le valió la conmutación de la pena. Murió en 1960.

Jesús Pérez Salas. Había conspirado contra Primo de Rivera y había sido miembro del Gabinete Militar de Azaña durante algún tiempo. A raíz de la sublevación de 1934 se exilió, regresando a España en 1936. Acompañó a la columna Maciá-Companys y la mandó cuando fue militarizada y se convirtió en la 30.ª División. En marzo de 1938 fue nombrado subsecretario de la Guerra, pero fue dado de baja al poco tiempo, al destituir la administración negrinista al ministro Prieto. Fue nombrado para que formase el XXIV Cuerpo, que no llegó a materializarse.

Representaba las opiniones de los oficiales profesionales que estaban en desacuerdo con los aspectos revolucionarios del nuevo ejército (véase *Bibliografía*[b12]). Después de la guerra marchó a México.

Joaquín Pérez Salas. Hermano del anterior, había conspirado contra Primo de Rivera. En 1936 era comandante de Artillería, y gozaba de buena reputación profesional. Dirigió un grupo que intentó reconquistar Córdoba y posteriormente fue nombrado jefe provisional del Ejército del Sur. Mandó la artillería del ejército de Maniobras y varios Cuerpos, finalizando la guerra al frente del VIII. Ayudó a aplastar la sublevación de marzo de 1939 en Cartagena. Era una personalidad independiente, se negó a llevar las nuevas insignias y protegió a civiles «blancos» contra los extremistas; pero no apoyó el golpe de Casado en 1939 y fue fusilado por los nacionales.

Manuel Pérez Salas. Hermano de los anteriores, era teniente coronel de Infantería en Valencia. Dirigió los estudios de una Escuela Popular de Guerra siendo fusilado después del conflicto por el papel que desempeñó al reprimirse la sublevación de 1936.

Vicente Pertegás Martínez. Maestro nacional y miembro del Comité Central del PCE. Mandó la 9.ª División.

Sebastián Pozas Perea. General de Brigada de Caballería. Como director general de la Guardia Civil, se negó a aceptar la sugerencia de Franco de que se alzase para anular los resultados de las elecciones de 1936. Durante la guerra estuvo sucesivamente al frente de la zona Centro, en Barcelona, en el Este y, finalmente, fue gobernador militar de Gerona y Figueras durante la retirada a través de Cataluña. Marchó a México y falleció en 1946.

Adolfo Prada Vaquero. Retirado del ejército en 1931, con la graduación de comandante de Infantería. Se reincorporó al empezar la guerra, mandando unidades milicianas y un sector de la defensa de Madrid. Mandó la 7.ª División y el VI Cuerpo, asumiendo después el mando del XIV Cuerpo en el Norte. A raíz de la caída de Santander, el Consejo de Asturias lo nombró comandante en jefe del Norte, permaneciendo en tal puesto hasta la caída de Gijón en octubre de 1937, consiguiendo escapar en avión. En 1938 mandó durante breve tiempo el ejército de Andalucía y fue gobernador militar de Murcia antes de ser nombrado al frente del ejército de

Extremadura. Luego actuó de subinspector general. El coronel Casado lo llamó a Madrid en marzo de 1939 para encargarle el Ejército del Centro, rindiendo en calidad de tal Madrid a los nacionales. Tras un juicio militar, le fue conmutada la condena a muerte impuesta y cumplió pena de cárcel. Falleció en 1962.

José Riquelme y López Bago. Experto arabista con profundas simpatías republicanas. General de División desde 1929, fue nombrado al frente de la División de Madrid, pero cuando Largo Caballero ocupó el poder fue reemplazado, en septiembre de 1936, después de lo cual se le confiaron puestos honoríficos y mandos de guarniciones. Después de la guerra marchó a Francia, donde falleció en 1972, a la edad de noventa y un años.

Ambrosio Ristori de la Cuadra. Comandante de Infantería de Marina; ayudante de José Giral cuando éste fue jefe del gobierno a finales de julio y agosto de 1936. Resultó muerto en campaña en el otoño del mismo año.

Vicente Rojo Lluch. Era comandante y había sido profesor de Táctica en la Academia de Toledo, gozando de general respeto por su capacidad. Sirvió en el EM reformado de Largo Caballero; fue jefe de EM de la defensa de Madrid y en mayo de 1937 fue nombrado jefe de EM del ejército republicano, siendo en calidad de tal, autor de los planes de combate de las principales batallas en que estuvo implicado el ejército republicano. En quince meses pasó de comandante a general. Después de la derrota de Cataluña se mostró renuente a regresar a España y dimitió de su cargo. Tras haber transcurrido muchos años exiliado en América Latina, regresó a España en 1957, falleciendo en 1966.

Carlos Romero Jiménez. Se había retirado del ejército, pero reingresó al estallar la guerra, mandando un sector de Madrid con la 4.ª Brigada. Posteriormente mandó la División y el II Cuerpo. En el ejército de Levante estuvo al mando del XIII Cuerpo y actuó de gobernador militar de Barcelona durante breve tiempo antes de su caída en 1939.

Francisco del Rosal Rico. Teniente coronel de Infantería, había conspirado contra Primo de Rivera y contra la influencia de la derechista Unión Militar Española. Mandó una columna miliciana de la CNT en la zona Centro, que dio origen al IV Cuerpo. Se le postergó en el mando en

puestos de combate y a finales de 1938 fue nombrado gobernador militar de Tarragona.

José Rovira Canals. Dirigente del POUM, mandó su columna miliciana, la columna Lenin, siguiendo a su frente cuando fue militarizada como 29.ª División. Después de la disolución de ésta en agosto de 1937, fue detenido con otros miembros del POUM.

Esteban Rovira Pacheco. Teniente de Carabineros, mandó la 42.ª Brigada, la 12.ª, la 15.ª y la 17.ª Divisiones.

Antonio Rubert de la Iglesia. Capitán de Infantería, mandó diversas unidades en Madrid a principios de la guerra. Posteriormente, mandó la 49.ª División y la 9.ª División. En 1938, fue nombrado al frente de la recién reformada 29.ª División; luego, del VII Cuerpo.

Niceto Rubio García. Comandante de las fuerzas Aéreas, mandó tropas de Aviación en los combates de la Sierra de Guadarrama, estando al frente de un batallón de Milicias. Por razones desconocidas dejó España, marchando a Francia.

Fernando Sabio Dutoit. Capitán de Intendencia retirado que mandó unidades milicianas al principio de la guerra. Nombrado jefe honorario del Quinto Regimiento, mandó la 5.ª Brigada. No tuvo puestos en campaña de mayor categoría. Dirigió las fuerzas de Carabineros en Cataluña y a finales de 1938 estaba en el EM del grupo de Ejércitos del Este.

Rafael Sabio Dutoit. Comandante de Ingenieros. A finales de la guerra era comandante principal de Ingenieros en el sector de Madrid.

Eduardo Sáenz Aranaz. Capitán de Infantería, durante algún tiempo ocupó la jefatura del Estado Mayor del ejército de Levante. El buró de Información y Control se opuso a su nombramiento como jefe de EM del ejército de Extremadura en 1938. No obstante, Miaja, como jefe del Grupo de ejército, insistió. Pasó al EM del grupo de Ejércitos del Centro. Estuvo largos años encarcelado después de la guerra, trabajando en el Valle de los Caídos.

Mario Salafranca Barrio. Coronel, al frente de un centro de reclutamiento en Ciudad Real. Mandó varias columnas milicianas al comienzo de la guerra y posteriormente en el sector frente a Granada. A finales de 1938 se le nombró 2.º jefe de EM del ejército de Andalucía.

Fernando Salavera Camps. Comandante de Infantería, fue asesor militar de la columna Ortiz en Aragón y jefe de la 18.ª Brigada y de la 43.ª División. Más adelante mandó el XIII Cuerpo. Asesinado en el campo de concentración nazi de Dachau.

Enrique de Salcedo Molinuevo. General al frente de la VIII División (La Coruña). Oponiéndose a la rebelión, fue detenido y fusilado por los sublevados. El relato nacional sobre los hechos (*Cruzada*, t. XIV, págs. 14-15) resulta especialmente parcial en su intento de justificar su ejecución.

Narciso Sánchez Aparicio. Comandante de Infantería, recibió la orden de organizar un batallón de voluntarios el 19 de julio de 1936. Más tarde fue jefe de EM del XXIII Cuerpo.

Rafael Sánchez Paredes. Teniente coronel de Infantería, al mando de un Regimiento de carros de combate. En la guerra estuvo al frente de la Brigada y luego de la División de Tanques.

Pedro Sánchez Plaza. Teniente coronel de Caballería, agregado a las fuerzas de Asalto. Colaboró en la represión de la rebelión del cuartel de Artillería de Vicálvaro (Madrid). En 1937 mandó el XII Cuerpo en Belchite y en 1938 fue nombrado para que se encargase de la reforma de las desorganizadas unidades que huían por Gandesa. A finales de 1938 fue nombrado jefe de Organización del Estado Mayor del ejército del Este.

Ángel de San Pedro Aymat. General de Brigada, al mando de la 7.ª Brigada, en Barcelona. Detenido por los sublevados fue puesto en libertad cuando éstos fueron derrotados, pero no se le confió ningún mando en el ejército republicano.

Eusebio Sanz Asensio. Cenetista de la columna del Rosal, mandó la 70.ª Brigada en Guadalajara y posteriormente la 25.ª y la 22.ª Divisiones, después de haber actuado en el Norte.

Ricardo Sanz. Militante de la CNT, actuó como 2.º jefe de la columna Durruti en Aragón. Cuando Durruti fue muerto en Madrid en noviembre de 1936, Sanz ocupó su puesto en la capital y permaneció con la columna hasta el final de la guerra, mandándola cuando fue transformada en la 26.ª División. Después de la guerra, los franceses lo deportaron a África del Norte, pero posteriormente regresó a Francia donde vivía en 1972. Murió en 1987. (Véase la *Bibliografía*).

Cándido Saseta Echevarría. Capitán de Intendencia, sirvió como asesor militar de la Junta de Defensa Vasca. Resultó muerto en los combates de Oviedo.

Manuel Tagüeña Lacorte. Matemático y físico, había militado en la Federación Universitaria Española (FUE, sindicato de izquierdas). Después de haber tomado parte en los primeros combates madrileños, fue ayudante y más tarde comandante del batallón Octubre n.º 11. Mandó después la 30.ª Brigada y, en 1937, la 3.ª División. En 1938 fue trasladado al frente de Valencia y, pasando a la orilla izquierda del Ebro, fue nombrado jefe del XV Cuerpo del ejército del Ebro, a la edad de veinticinco años. Dirigió ese cuerpo durante la batalla del Ebro y durante su retirada hasta Francia. Regresado a España, no se le confiaron puestos de mando y marchó a la URSS. Rompió con el comunismo soviético a raíz de la crisis titista en 1948 y, tras pasar algún tiempo en Checoslovaquia donde completó su formación científica, marchó a México, donde trabajó en unos laboratorios médicos hasta su fallecimiento en 1971.

Nilamón Toral Azcona. Joven profesor de boxeo que estaba haciendo el servicio militar como cabo en Madrid. Después de haber mandado unidades de Milicias, dirigió en Brunete la 32.ª Brigada. A finales de 1937 estaba al frente de la 70.ª División, en la que se distinguió durante la derrota en Aragón en marzo y abril de 1938. Fue ascendido a teniente coronel y participó en el logrado, aunque tardío, ataque a Peñarroya en enero de 1939.

Manuel Uribarri Barutell. Capitán de la Guardia Civil destinado a Valencia, jugó un importante papel en la organización de las Milicias. Mandó la columna Fantasma en Extremadura y la 46.ª Brigada. Después de haber sido el jefe de EM de Extremadura dirigió un grupo guerrillero y posteriormente fue nombrado al frente del SIM, en cuyo cargo, según confesó más tarde, tenía que pasar información a los soviéticos. Fue destituido y marchó a Francia y posteriormente a Cuba, escribiendo varios libros en los que disculpa su actuación. (Véase la *Bibliografía*[b13]).

Manuel Uribeechevarría. Teniente coronel de Artillería retirado; mandó una sección del Estado Mayor vasco.

José Valcázar Crespo. Comandante de Artillería, mandó la artillería del ejército de Extremadura. Después de la guerra, le fue conmutada la pena

de muerte.

Etelvino Vega Martínez. Experto del PCE en «Agitprop» en el ejército. Después de haber estado al frente de batallones de Milicias y Brigadas, mandó la 34.ª División y posteriormente el XII Cuerpo del ejército del Ebro. Finalizó la guerra como gobernador militar de Alicante, siendo capturado y fusilado.

Joaquín Vidal Munárriz. Comandante del batallón de Montaña acantonado en Bilbao. Mandó la 2.ª División Vasca y el XIV Cuerpo que combatió en Santander. Después de la derrota del Norte mandó el XIX Cuerpo en Levante hasta el desastre de 1938.

Vittorio Vidali («Carlos Contreras»). Comunista en Trieste, exiliado desde la toma del poder por Mussolini. En España fue comisario del Quinto Regimiento y principal responsable de la formulación de las actitudes comunistas con respecto a la formación del ejército. Ocupó diversos puestos en el Comisariado después de la disolución del Quinto Regimiento, permaneciendo en España hasta el colapso de Cataluña. Después de la guerra marchó a México. En 1973 era senador de la República Italiana. Murió en 1983.

Villabrille. Véase Fernández Villabrille[b14].

José Villalba Rubio. Africanista, era coronel a los treinta y seis años. Al parecer, decidió en el último momento no rebelarse, estando al frente de la guarnición de Barbastro. Después de actuar como asesor militar de una de las columnas anarquistas de Aragón, mandó una División y fue nombrado para defender Málaga. Investigaciones posteriores arrojaron sospechas sobre su conducta en ese cargo y estuvo encarcelado algún tiempo. Exonerado a fines de 1938 de las acusaciones, pasó a las órdenes del jefe de EM. En 1939 se refugió en Francia, volviendo más tarde a España, donde se le impuso la pena de doce años y un día, quedando posteriormente indultado.

Matías Yagüe. Miembro del PCE, mandó la Brigada y resultó muerto en la batalla del Ebro.

Miguel Yoldi Benoy. Militante de la CNT, mandó la 24.ª División.

Sebastián Zamora. Capitán de Infantería; no aparece en la escala de activo de 1936. Mandó una de las primeras columnas de Aragón, luego se

encargó de la 29.ª División y de la 16.ª División. Sirvió en el EM del ejército del Este y mandó una División en el Ebro.

Joaquín de Zulueta Isasi. Oficial de Caballería, había conspirado contra Primo de Rivera, y fue expulsado del ejército en 1935. Reingresado en 1936, mandó columnas milicianas y las 38.ª y 2.ª Brigadas. En 1937 estuvo al frente de la 7.ª División, permaneciendo en ese puesto hasta que el coronel Casado le encomendó el mando del II Cuerpo en marzo de 1939.

APÉNDICE 14. *Cambios en los mandos de Ejércitos*

Centro	**Levante**
Pozas. 22 octubre 1936	
Miaja. 27 febrero 1937	
	Hernández
	Sarabia
	24 de agosto 1937
Casado. 16 mayo 1938	Menéndez
	29 de mayo 1938
Prada. 15 marzo 1939	

Grupo de Ejércitos Región Centro (GERC)

Miaja. 16 abril 1938
Matallana. 10 febrero 1939

Mando Supremo de Tierra, Mar y Aire en la Zona Centro-Sur

Miaja. 23 enero 1939

Sur	**Norte**	**Este**
Mtez. Monje	Llano	
18 diciembre 1936	14 noviembre 1936	
Villalba		
27 enero 1937		
Morales		Pozas
1 marzo 1937	Gámir	13 mayo 1937
	21 junio 1937	
	Prada	
	28 agosto 1937	

Extremadura	**Andalucía**	**Ebro**
Pérez Salas	Prada	Perea
15 noviembre 1937	11 noviembre 1937	30 marzo 1938
Burillo		
24 noviembre 1937		
	Casado	Modesto
	16 marzo 1938	30 mayo 1938
Prada	Moriones	
31 julio 1938	11 junio 1938	
Escobar		
23 octubre 1938		
	Menoyo	
	15 marzo 1939	

Grupo de Ejércitos Región Oriental (GERO)

Hernández Sarabia. 29 mayo 1938
Jurado. 27 enero 1939

APÉNDICE 15. *Programa de la Escuela Militar de Barajas*, DR, L968 C4

Curso seguido por el batallón de Milicias Vanguardia Roja.

23 de enero de 1937

Mañana: despliegue en secciones, pelotones y compañías.

Tarde: desmontaje, utilización y montaje de distintos modelos de fusiles, ametralladoras y metralletas.

Tarde (oficiales): información y lectura de mapas.

24 de enero de 1937

Mañana: polígono de tiro, marcha de aproximación bajo fuego de Artillería.

Mosquetería, utilización de los refugios, identificación y cálculo de distancia de blancos.

Tarde: desmontado, utilización y montaje de armas.

Tarde (oficiales): enlaces y señales.

25 de enero de 1937

Mañana: como el día anterior, más combate por pelotones. Al regreso, ataque simulado a Barajas.

Tarde: armas como el día anterior, emplazamiento de ametralladoras.

Tarde (oficiales): conferencias sobre técnicas de utilización de diferentes tipos de armas. Campos de tiro, fortificaciones.

Bibliografía

A. Publicaciones y documentos oficiales

1. *Anuario Militar de España 1936*. Ministerio de la Guerra, Madrid.
2. *Boletín Oficial del Estado*, Burgos y luego Madrid. Consultado a partir de octubre de 1939.
3. *Boletín Oficial de la Junta de Defensa de Madrid*. 17 de diciembre de 1936-24 de abril de 1937.
4. *Diario Oficial del Consejo Nacional de Defensa*, Madrid, 15-28 de marzo de 1939.
5. *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, posteriormente de *Defensa Nacional*, Madrid-Valencia-Barcelona, 1936-1939.
6. *Documents on German Foreign Policy 1918-1945*, Serie D, vol. III, The Spanish Civil War. Londres, HMSO, 1951.
7. *Gaceta de Madrid*, después *Gaceta de la República*, Madrid-Valencia-Barcelona, consultado de 1931 a 1939.
8. Servicio Histórico Militar, Archivo de la Guerra de Liberación *Documentación Roja, Documentación Nacional, Documentación del Cuartel General del Generalísimo*.
9. Archivos del Foreign Office. Serie FO 371 sobre España, 1936-1939, National Archives (Kew, Reino Unido).

B. Fuentes primarias y secundarias (libros impresos o manuscritos bajo el nombre del autor)

Todas las obras citadas a pie de página están enumeradas en esta sección, así como las más importantes consultadas aunque no se hayan citado. Las ediciones citadas son las utilizadas.

Abad de Santillán, D., *Por qué perdimos la guerra*, Buenos Aires, 1940.

Acier, M., *From Spanisb Trenches*, Londres, 1939.

Abrahamson, P. y A., *Mosaico Roto*, Madrid, 1994

Aguilar Olivencia, M., *El ejército español durante la II República*, Madrid, 1986.

Alcófar Nassaes, J. L., *Los asesores soviéticos en la guerra civil española*, Barcelona, 1971.

Alpert, M. «Los enigmas de la rendición de Casado», *Historia 16*, XVI, n.º 185, septiembre de 1991, pp. 8-16.

—, M. *Aguas peligrosas: nueva historia internacional de la guerra civil española* Madrid, 1994. La 2.ª edición aumentada de la versión inglesa, *New International History of the Spanish Civil War*, Basingstoke, 1994, salió en 2004.

—, «The Clash of Spanish Armies: Contrasting Ways of War in Spain 1936-1939», *War in History* (1999), VI, 3, pp. 331-351.

—, *La reforma militar de Azaña*, Madrid, 1982.

—, *La guerra civil en el mar*, Madrid, 1987.

Álvarez del Vayo, J., *Freedom's Battle*, Londres, 1940.

Álvarez, Santiago, *Memorias II. La guerra Civil de 1936-1939. Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República*, La Coruña, 1986.

Anónimo, *El pueblo vasco frente a la Cruzada franquista*, Toulouse, 1966.

Aralar, J. de, *La rebelión militar española y el pueblo vasco*, Buenos Aires, 1937.
Aroca, J. M., *Los Republicanos que no se exiliaron*, Barcelona, 1969.
Aroca Mohedano, Manuela, *General Juan Hernández Saravia, el ayudante militar de Azaña*, Madrid, 2006. <<
Aróstegui, J., Martínez, J., *La junta de Defensa de Madrid*, Madrid, 1984.
Arrarás, J., *Historia de la Segunda República española*, Madrid, 1956.
—, *Historia de la Cruzada española*, Madrid, 1940-1943.
—, *Franco*, Valladolid, 1939.
Artís-Gener, A., *556 Brigada Mixta*, México, 1946.
Asensio, general J., *El general Asensio: su lealtad a la República*, Barcelona, 1938.
Atholl, K., *Searchlight on Spain*, Harmondsworth, 1938.
Azaña, M., *Obras completas*, México, 1968.
Aznar, M., *Historia militar de la guerra de España*, Madrid, 1958-1963.
Bahamonde, A. y Cervera, Javier, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, 2000.
Bajatierra, M., *Crónicas de la guerra*, Valencia, 1937.
—, *La guerra en las trincheras de Madrid*, Barcelona, sf.
Barea, A., *La forja de un rebelde*, Buenos Aires, 1951.
Bauer, E., *Impressions et expériences de la guerre d'Espagne*, Lausana, 1938.
Bayo, A., *Mi desembarco en Mallorca*, Guadalajara (México), 1944.
Bazal, L. de., *¡Ay de los vencidos!*, Toulouse, 1966.
Baxell, *Richard*, *British Volunteers in the Spanish Civil War: the British Battalion in the International Brigades 1936-1939*, Londres, 2004.
Benavides, M., (Domingo), *Guerra y revolución en Cataluña*, México, 1946.
Bertrán y Musitú, J., *Experiencias de los servicios de información del nordeste de España (SIFNE) durante la Guerra*, Madrid, 1940.
Bloch, J. R., *España en armas*, Santiago de Chile, 1937.
Bolloten, B., *The Spanish Revolution. The Left and the Struggle for Power during the Civil War*, Chapel Hill, 1979.

—, *The Grand Camouflage*, 1961.
Borkenau, F., *The Spanish Cockpit*, Londres, 1937.
Bouthelier, A., y López-Mora, J., *Ocho días: la revuelta comunista*, Madrid, 1940.
Boyd, C., *Praetorian politics in liberal Spain*, Chapel Hill, 1979.
Brenan, G., *The Spanish Labyrinth*, Cambridge, 1943.
Broué, P., y Temine, E., *La révolution et la guerre d'Espagne*, París, 1961.
Buckley, H., *Life and Death of the Spanish Republic*, Londres, 1940.
Busquets, J., *El militar de carrera en España*, Barcelona, 1967.
Cabezas, J. A., *Asturias: catorce meses de guerra civil*, Madrid, 1975.
Cardona, G., *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Madrid, 1983.
Cardozo, H., *March of a Nation*, Londres, 1937.
Carr, R., *Spain 1808-1939*, Oxford, 1966.
Casado, S., *The Last Days of Madrid*, Londres, 1939.
—, *Así cayó Madrid*, Madrid, 1968.
Casas, R., *Brunete*, Madrid, 1967.
Castro Delgado, E., *Hombres made in Moscú*, Barcelona, 1965. <<
Cattell, D., *Communism and the Spanish Civil War*, Berkeley, 1965.
Cervera, Javier, *Madrid en Guerra: la ciudad clandestina 1936-1939*, Madrid, 1998.
Cierva, R. de la, *Historia de la guerra civil española*, vol. I, Madrid, 1969.
—, *Historia ilustrada de la guerra civil española*, Madrid, 1970.
—, *Leyenda y tragedia de las Brigadas Internacionales*, Madrid, 1971.
Cimorra, C., *España en las trincheras*, Madrid, 1938.
Cirre, J., *De Espejo a Madrid*, Granada, 1938.
Ciutat, F., *Relatos y reflexiones sobre la guerra de España*, Madrid, 1978.
Cleugh, J., *Spanish Fury*, Londres, 1962.
Cobb, Christopher, *Los milicianos de la cultura*, Bilbao 1995.
Códex (Editorial), *Crónica de la guerra española*, Buenos Aires, 1966.
Colodny, R., *The Struggle for Madrid*, Nueva York, 1958.

Colvin, I., *Chief of Intelligence*, Londres, 1957.
Comín, E., *La República en el exilio*, Barcelona, 1959.
—, *Historia secreta de la Segunda República*, Madrid, 1954.
Cordón, A., *Trayectoria: Recuerdos de un artillero*, París, 1971.
Córdova Iturburu, *España bajo el comando del pueblo*, Buenos Aires, sf.
Corral, Pedro, *Desertores*, Madrid, 2006.
Cox, G., *Defence of Madrid*, Londres, 1937.
Cruells, M., *Els fets de Maig*, Barcelona, 1970.
—, *L'expedició a Mallorca*, Barcelona, 1971.
Cuesta Monereo, J., «La guerra en los frentes del sur», en *Guerra de liberación nacional*, Zaragoza, 1961.
Cueto, J., *Mi segunda vuelta*, Bilbao, 1937. <<
Cuevas, E., *Recuerdos de la guerra de España*, Montauban, 1940. <<
Díaz, J., *Tres años de lucha*, Barcelona, 1939.
Duval, M., *Les leçons de la guerre d'Espagne*, París, 1938.
—, *Les espagnols et la guerre d'Espagne*, París, 1939.
Egea Bruno, Pedro M., *La represión franquista en, Cartagena (1939-1945)*, Murcia, 1987.
Ehrenburg, I., *Men, Years, Life*, tomo IV. *Eve of war*, Londres, 1963.
Elorza, A. y Bizcarrondo, B., *Queridos compañeros: la Internacional Comunista y España 1919-1939*, Barcelona, 1999.
Endériz, E., *Teruel*, Barcelona, 1938.
Engel, Carlos, *Historia de las brigadas mixtas del Ejército Popular de la República*, Madrid, 1999.
Falcón, C., *Madrid*, Madrid, 1938.
Fischer, L., *Men and Politics*, Londres, 1941.
Flores Pazos, C. y Recio Cardona, R., *Uniformes y pertrechos: Ejército Popular Republicano 1936-1939*, Madrid, 1997.
Frutos, V. de, *Los que no perdieron la guerra*, Buenos Aires, 1967.
Gabriel, J., *La vida y la muerte en Aragón*, Buenos Aires, 1938.
Galíndez, J. de, *Los vascos en el Madrid sitiado*, Buenos Aires, 1945.
Gámir Ulíbarri, general M., *De mis memorias*, París, 1939.
Gárate, J. M., *Tenientes en campaña*, Madrid, 1976.

García, J., *Ispania Narodnova Fronta*, Moscú, 1957.
García Lacalle, Andrés, *Mitos y verdades: la aviación de caza en la guerra civil española*, México, 1973.
García Pradas, J., *Cómo terminó la guerra de España*, Buenos Aires, 1940.
García Valiño, R., «La campaña del Norte», en *La guerra de liberación nacional*, Zaragoza, 1961.
García Venero, M., *Historia del nacionalismo catalán*, Madrid, 1967.
—, *Historia de los internacionales en España*, Madrid, 1957.
—, *Falange en la guerra de España: la unificación y Hedilla*, París, 1967.
García Vivancos, M., *Memorias* (manuscrito).
Gil Robles, J. M., *No fue posible la paz*, Barcelona, 1968.
Goded, M., *Un faccioso cien por cien*, Zaragoza, 1938.
González, V. (El Campesino), *Comunista en España*, México, 1952.
Graham, H., *The Spanish Republic at War*, Cambridge (Gran Bretaña), 2002.
Guarner, V., *Memorándum* (manuscrito).
—, *Cataluña en la guerra de España*, Madrid, 1975.
Guzmán, E. de, *Madrid rojo y negro*, Barcelona, 1938.
Halperine-Kaminski, E., *Ceux de Barcelone*, París, 1937.
Hanighen F., (compilador), *Nothing but Danger*, Londres, 1940.
Henríquez Caubín, J., *La batalla del Ebro (Maniobras de una División)*, México, 1944. <<
Hermet, G., *Les communistes en Espagne*, París, 1971.
Hernández, *La grande trahison*, París, 1953. <<
Hidalgo de Cisneros, I., *Cambio de rumbo (Memorias)*, vol. I, Bucarest, 1964.
Hopkins, James K., *Into the Heart of the Fire: the British in the Spanish Civil War*, Stanford, 1998.
Ibárruri, D., *El único camino*, París, 1962.
—, *En la lucha*, Moscú, 1968.
—, *Guerra y revolución en España*, Moscú, 1967, 3 vols.
Izcaray, J. *et al*, *Madrid es nuestro*, Madrid, 1938.

Jackson, G., *The Spanish Republic and the Civil War*, Princeton, 1965.
Jellinek, F., *The Civil War in Spain*, Londres, 1938.
Klotz, H., *Les leçons militaires de la guerre d'Espagne*, París, 1937.
Knoblaugh, H., *Correspondent in Spain*, Nueva York, 1937.
Koltsov, M., *Diario de la guerra de España*, París, 1963.
Kowalsky, D., *La Unión Soviética y la guerra civil española, una revisión crítica*, Barcelona, 2004.
Krivitski, W., *I was Stalin's agent*, Londres, 1939.
Kruschev, N., *Kruschev Remembers* (selección y presentación de E. Crankshaw), Londres, 1971.
Lacruz, F., *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*, Barcelona, 1943.
Langdon-Davies, J., *Behind the Spanish Barricades*, Londres, 1936.
Largo Caballero, F., *Mis memorias*, México, 1954.
Last, J., *The Spanish Tragedy*, Londres, 1939.
Liddell Hart, B., *The Other Side of the Hill*, Londres, 1951.
—, *Defence of the West*, Nueva York, 1950.
Líster, E., *Nuestra guerra*, París, 1966.
Liubarskii, C., *Nekotorie operativno-takticheskie vivodi iz opita voini v Ispanii*, Moscú, 1939.
Lizarra, A. de (Manuel de Irujo), *Los vascos y la República española*, Buenos Aires, 1944.
Llordés, J., *Al dejar el fusil*, Barcelona, 1968.
Llovera, F., *La columna Uribarri*, Valencia, sf.
Lojendio, L. de, *Operaciones militares de la guerra de España*, Barcelona, 1940.
López J., *Una misión sin importancia*, Madrid, 1972.
López Fernández, A., *General Miaja, defensor de Madrid*, Madrid, 1975.
López Múñiz, G., *La batalla de Madrid*, Madrid, 1943.
Low, M., y Brea, J., *Red Spanish Notebook*, Londres, 1937.
Maidanik, K., *Ispanskii proletariat b nationalisno-revolutionnoi voine*, Moscú, 1960.
Maiski, I., *Spanish Notebooks*, Londres, 1966.

Malinovski, R. *et al*, *Bajo la bandera de la España republicana*, Moscú, sf.
Martín Blázquez, J., *I Helped to build an Army*, Londres, 1939. <<
Martínez Bande, J. M., *La intervención comunista en la guerra de España*, Madrid, 1965.
—, *La marcha sobre Madrid*, Madrid, 1968.
—, *La lucha en torno a Madrid*, Madrid, 1968.
—, *La campaña de Andalucía*, Madrid, 1969.
—, *La guerra en el Norte*, Madrid, 1969.
—, *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*, Madrid, 1970.
—, *Vizcaya*, Madrid, 1971.
—, *La ofensiva sobre Segovia y la batalla de Brunete*, Madrid, 1972.
—, *El final del frente Norte*, Madrid, 1973.
—, *La gran ofensiva sobre Zaragoza*, Madrid, 1973.
—, *La batalla de Teruel*, Madrid, 1974.
—, *La llegada al mar*, Madrid, 1975.
—, *La ofensiva sobre Valencia*, Madrid, 1977.
—, *La batalla del Ebro*, Madrid, 1978.
—, *La campaña de Cataluña*, Madrid, 1979.
—, *Los cien últimos días de la República*, Barcelona, 1973.
—, *El final de la guerra civil*, Madrid, 1985.
Martínez Paricio, J. *et al*. (coordinadores), *Los papeles del general Rojo*, Madrid, 1989.
Martínez Reverte, J., *La batalla del Ebro*, Barcelona 2003.
Mateo Merino P., *Por vuestra libertad y la nuestra*, Madrid, 1986.
Maura, M., *Así cayó Alfonso XIII*, México, 1972.
Mera, C., *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, 1976.
Mezquida, L., *La batalla del Ebro*, Tarragona, 1963-1970.
—, *La batalla del Segre*, Tarragona, 1972.
Mira, E., *Psychiatry in War*, Londres, 1944.
Modesto, J., *Soy del Quinto Regimiento*, París, 1969.
Mola, E., *Obras completas*, Valladolid, 1940.
Montero Moreno, A., *Historia de la persecución religiosa en España*, Madrid, 1961.

Nenni, P., *La guerra de España*, México, 1964.
Orwell, G., *Homage to Catalonia*, Harmondsworth, 1966.
Palacio Atard, V. (compilador), *Aproximación histórica a la guerra española*, Madrid, 1970.
Palencia, I. de, *Smouldering Freedom*, Londres, 1946.
Patronato Central de Redención de Penas por el Trabajo, *La obra de la redención de penas*, Madrid, 1942.
Payne, S., *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*, Barcelona, 2003
—, *The Spanish Revolution*, Londres, 1970.
—, *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford, 1967.
Paz Sánchez, Manuel de, *Militares masones de España*, Valencia, 2004.
Peirats, J., *La CNT en la revolución española*, Toulouse, 1951-1953.
—, *Los anarquistas en la crisis política española*, Buenos Aires, 1964.
Perea Capulino, Juan, *Memorias inéditas. Los culpables. Recuerdos de la guerra civil española*, sl., sf. 1998.
Pérez López, M., *A Guerrilla diary of the Spanish Civil War*, Londres, 1972.
Pérez Salas, J., *Guerra en España 1936-39*, México, 1947. <<
Preston, P., (compilador), *Revolution and War in Spain*, Londres, 1984.
Prieto, I., *Convulsiones de España*, México, 1968.
Radosh, S., Habeck, Mary y Sevastianov, G., *Spain Betrayed: the Soviet Union in the Spanish Civil War*, New Haven y Londres, 2001.
Ramírez, L. (seudónimo), *Francisco Franco, historia de un mesianismo*, París, 1964. [Edición corregida y aumentada: *Franco. La obsesión de ser, la obsesión de poder*, París, 1976].
Regler, G., *The Great Crusade*, Nueva York, 1940.
Reparaz, G. de, *Diario de nuestra guerra*, Barcelona, sf.
Richards, V., *Lessons of the Spanish Revolution*, Londres, 1953.
Rieger, M., *Espionnage en Espagne*, París, 1938.
Rojo, J. A., *Vicente Rojo: retrato de un general republicano*, Barcelona, 2006
—, «Rojo, el estratega de la República» (*La Aventura de la Historia*, n.º 94, agosto de 2006, pp. 34-39).

Rojo, V., *¡Alerta los pueblos!*, Buenos Aires, 1939.
—, *España heroica*, Buenos Aires, 1942.
—, *Así fue la defensa de Madrid*, México, 1967.
Romero Basart, L., *Impresiones de un militar republicano*, Barcelona, 1937.
Romero, L., *Tres días de julio*, Barcelona, 1967.
—, *Desastre en Cartagena*, Barcelona, 1971.
—, *El final de la guerra*, Barcelona, 1976.
Romilly, E., *Boadilla*, Londres, 1937.
Ruiz, Julius, *Franco's Justice: Repression in Madrid after the Spanisb Civil War*, Oxford, 2005.
Salas, R., *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, 1980.
Salas Larrazábal, R., *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, 1973.
—, «The Growth and Role of the Republican army», en R. Carr (compilador), *The Republic and the Civil War in Spain*, Londres, 1971.
—, *La guerra de España desde el aire*, Barcelona, 1966.
Sánchez del Arco, M., *El sur de España en la reconquista de Madrid*, Sevilla, 1937.
Sanz, R., Los *que fuimos a Madrid*, Toulouse, 1969.
Schwartz, F., *La internacionalización de la guerra civil española*, Barcelona, 1971.
Seaton, A. y Seaton, J., *The Soviet Army, 1918 to the Present*, Londres, 1986.
Seco, S., *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, 1984.
Soler, J., *La guerra en el frente de Aragón*, Barcelona, 1937.
Skoutelsky, R., *L'Espoir guidait leur pas: les volontaires français dans les Brigades Internationales*, París 1998.
—, *Novedad en el frente: las brigadas internacionales en la guerra civil española*, Madrid, 2006.
Somoza, L., *El general Miaja*, México, 1944.
Southworth, H., *El mito de la cruzada de Franco*, París, 1963.

Steer, G., *The Tree of Gernika*, Londres, 1938.
Strong, A. L., *Spain at Arms*, Nueva York, 1937.
Sueiro, D., *La verdadera historia del Valle de los Caídos*, Madrid, 1976.
Suero Roca, M. T., *Militares republicanos de la guerra de España*, Madrid, 1981.
Tagüeña, M., *Testimonio de dos guerras*, México, 1973.
Tery, S., *Front de la liberté. Espagne 1937-38*, París, 1938.
Thomas, H., *The Spanish Civil War*, Harmondsworth, ed. rev., 1965.
Torres, E., *La batalla de l'Ebre*, Barcelona, 1971.
Torriente-Brau, P. de la, *Peleando con los milicianos*, México, 1938.
Uribarri, M., *La quinta columna española*, vol. 1, *Verdad y justicia*, La Habana, 1943. <<
Vidali, V., *El Quinto Regimiento*, Milán, 1973.
Vilanova, A., *La defensa del Alcázar de Toledo*, México, 1963.
—, *Los olvidados*, París, 1969.
Viñas, A., *El oro español en la guerra civil*, Madrid, 1976.
—, *El oro de Moscú: alfa y omega de un mito franquista*, Barcelona, 1979.
Wintringham, T., *English Captain*, Londres, 1939.
—, *New Ways of War*, Harmondsworth, 1940.
Worsley, T., *Behind the battle*, Londres, 1939.
Zaragoza, C., *Ejército Popular y militares de la República*, Barcelona, 1983.
Zugazagoitia, J., *Guerra y vicisitudes de los españoles*, París, 1968.

C. Panfletos, folletos y artículos contemporáneos

Editados en su mayor parte por los Comisariados políticos e impresos por unidades del ejército. Se da el nombre del autor cuando nos consta.

ABC del Comisariado, 3.ª División, sf.
Academia militar popular 12.ª División, Madrid, 1937.

Altmaier, J., *Sur le front de la liberté*, París, 1938.
Andrés, T., *Indicaciones para la organización de las bibliotecas de frentes, cuarteles y hospitales*. Valencia, 1938.
Antón, F., *El comisariado en el Ejército Popular*, sl., sf.
Asensio, J., *Movilización general: algunos de sus aspectos*, Barcelona, 1938.
Astro, Dr., *Consejos a los milicianos*, Barcelona, sf.
Bibliothèques du front et de l'arrière en Espagne Républicaine, Barcelona, sf. *Camarada soldado*, Valencia, 1937.
Casado, S., «The Republican command in the Spanish Civil War», en *National Review*, julio de 1939.
Castro Delgado, E., *Las relaciones del Comisariado con el mando militar*, sf., 1938.
Charlton, L., *The military situation in Spain after Teruel*, United Editorial, 1938.
Cimorra, C., *Crónicas de guerra*, Valencia, 1937.
Clavego, pág., *El trabajo de los comisarios políticos*, Madrid-Barcelona, sf.
Comandancia Militar de Milicias. *Un esfuerzo en 1936*, Madrid, 1937.
El comisario, sus métodos y formas de trabajo en el seno del Ejército Popular, Madrid, 1938.
Comité Militar PSU-UGT, *Cómo luchar para vencer*, n.º 1-7, Barcelona, 1937.
Confederación Nacional del Trabajo, *Durruti: in memoriam*, Barcelona, 1937.
Contreras, C., *Problemas del Ejército Popular*, sl., 1937.
Datos sobre utilización de la Infantería en el combate, *Guadalajara, 1937*.
De julio a julio: un año de lucha, Barcelona, 1937.
Delitos y faltas militares. Instrucciones a los comisarios para su extinción, sl., 1938.
Dieciocho División: a los jefes, oficiales, clases y soldados de esta División, sl., sf.
Documentos históricos (selección de *Milicia Popular*), sl., sf.

Durán Jordá, F., *Service of Blood-Transfusion at the Front*, sl., 1937.
Ejército del Sur (Nacionalista), III Cuerpo, Sección de Justicia, *Colección de órdenes*, Granada, 1937.
Escritos de soldados, sl., sf.
44.ª Brigada, *Escuela de cabos y sargentos*, Madrid, sf.
Fernández Aldana, B., *La guerra de Aragón, cómo fue*, Barcelona, sf. *Fragmento del código de justicia militar*, Batallón, sl., 1938.
Fuentes Hita, Dr., *Salud del combatiente*, Madrid, sf.
Get them away!, International Brigades, 1940.
Gobierno Autónomo de Euzkadi, *Report on the Administration of Justice in the Basque Country during the Civil War*, París, 1938.
González Inestal, M., *La toma de Teruel*, Barcelona, 1938.
Guiones de trabajo del Comisario, 48.ª División, sl., sf.
Hay que evitar ser tan bruto como el soldado Canuto, Madrid, 1937.
Índice biográfico de la 26.ª División, sl., 1938.
Instrucción General n.º 1. Organización de los EE. MM. en el Cuerpo de Ejército, en la División de Infantería y en la Brigada Mixta, Ejército del Norte, sl., 1937.
Instrucción para evadidos y prisioneros, Madrid, 1938. 105.ª Brigada, *Instrucciones para el trabajo de nuestros activistas, sl., 1938. Instrucciones a los comisarios políticos, mandos militares y milicianos en general*, Bilbao, Ejército del Centro, 1937.
Instrucción reservada n.º 172 para el funcionamiento de los EE. MM. de este Ejército, Ejército del Centro, Madrid, 1938.
Instrucciones a los delegados de compañía respecto a su misión en período de combate, Valencia, 1938.
Instrucciones a todos los Comisarios a fin de dar explicación concreta a las tareas del momento, sl., 1938.
Instrucciones por las que han de regirse todos los cuerpos y unidades armados para la reclamación de devengos, Intendencia Militar de Santander, Santander, 1937.
Instrucciones generales para oficiales, 42.ª Brigada, sl., sf.
Julián, N., *Cómo funcionan los trenes blindados*, Madrid, sf.
Libro de táctica militar para nuestros combatientes, Madrid, 1937.

Libro del Oficial, 3.ª División, sl., sf.
López de la Fuente, *Ideas generales para soldados y cabos*, Madrid, 1937.
Madinaveitia, *Higiene del soldado en campaña*, Barcelona, sf.
Manual de Milicias, Barcelona, 1937.
Martí Ibáñez, F., *Mensaje eugénico a los trabajadores*, Barcelona, sf.
Memoria del batallón de Instrucción, Noreña, 1937
Normas tácticas para la infantería, III Cuerpo, Madrid, sf.
Normas para la intervención de los vocales comisarios en los tribunales militares permanentes, sl., 1938.
Nuestras armas: sus averías, entorpecimientos e interrupciones, Agrupación de Fuerzas Blindadas, sl., 1938.
Obligaciones, por las que han de regirse los oficiales y clases afectos a esta escuela, Noreña, 1937.
Once División en Aragón, 11.ª División, Caspe, 1937.
Orientaciones a los comisarios sobre el trabajo político en relación a las evasiones, sl., 1939.
Para fortalecer la disciplina: leyes penales, Batallón Joven Guardia, Madrid, sl.
Primer curso de jefes de Brigada, Ejército del Centro, Madrid, 1938.
Programa de instrucción: compañía. Valencia, sf.
Programa de instrucción: batallón, XXI Cuerpo, Valencia, 1937.
Programa de la escuela de cabos, 8.ª División, sl., sf.
Programa de la escuela divisionaria de oficiales, 14.ª División, sl., sf.
Recopilación de las disposiciones más importantes sobre el Comisariado General de Guerra, I Cuerpo, sl., sf.
Rust, W., «The Spanish People's Army», en *Labour Monthly*, Londres, agosto de 1938.
Sanidad de Guerra, *The achievement of the Socorro Rojo Internacional*, Valencia, sf.
Sanidad en campaña, 12.ª División, sl., 1937.
Sargentos: guión de materias para alumnos y aspirantes, sl., XIX Cuerpo, 1938.

Stowe, L., «Spain's shirt-sleeved heroes», en *The Nation*, Nueva York, abril de 1938.

D. Prensa militar

Hemos consultado un amplio número de revistas de unidades; la lista adjunta representa sólo una muestra. Algunas existieron durante la mayor parte de la guerra, otras intermitente o parcialmente. Hay pocas series completas.

Prensa de Batallón

Cultura en el Frente, 4.º Batallón, 66.ª Brigada. Semanal.

Prensa de Brigada

A Vencer. 39.ª Brigada. Quincenal.
Avanzadilla. 36.ª Brigada. Irregular.
El Combate. 2.ª Columna de la FAI. Días alternos.
El Combatiente. 42.ª Brigada. Mensual.
En Marcha. 22.ª Brigada. Irregular.

Prensa de División

El Frente. 26.ª División. Irregular.
Kriss. 5.ª División. Mensual.
Pasaremos. 11.ª División. Semanal.
Trinchera. 27.ª División. Irregular.
Triunfaremos. 48.ª División. Irregular.
Veinticinco División. 25.ª División. Semanal.

Prensa de Cuerpo de Ejército.

Acero. V Cuerpo. Mensual.
Diana. X Cuerpo. Irregular.
España. III Cuerpo. Mensual.
Superación. XX Cuerpo. Irregular.

Tchapaieff. XIV Cuerpo. Semanal.

Prensa de Ejército

El Ejército Popular. Ejército del Este. Mensual.

El Frente. Ejército de Extremadura.

Diario Sur. Ejército de Andalucía. Irregular.

Prensa de Armas especializadas

¡A sus puestos! Artillería del Ejército del Centro. Mensual.

Democracia Artillera. Artillería del I Cuerpo. Quincenal.

Nuestras armas. Ingenieros del Ejército del Centro. Irregular.

Transmisiones. Señales del Ejército del Centro. Irregular.

E. Otras publicaciones

Ejército. Ministerio del Ejército, Madrid, n.º 18, julio de 1941. Artículo sobre la batalla del Ebro.

Historia y Vida, Madrid-Barcelona, abril de 1968.

Revista de Estudios Militares, Servicio Histórico Militar, Madrid (diversos números, 1958, 1959, 1963, 1964).

Spain at War, después *The Voice of Spain*, Londres, United Editorial, 1938-1939.

The Times, Londres.

Notas

[1] Empleamos los términos «nacional» o «franquista» a efectos puramente adjetivales. Aunque reconocemos que el calificativo «nacional» puede herir sensibilidades, hemos preferido no seguir con el adjetivo «nacionalista» —calcado del inglés— que se empleaba en la primera edición de este estudio, ya que, si para algo servía en España, era para designar regionalismos reñidos por cierto con el concepto «nacional». <<

[2] Siendo este capítulo meramente introductorio, prescindimos de referencias detalladas, remitiendo al lector a las siguientes obras: M. Aguilar, *El ejército español durante la Segunda República*, Madrid, Econorte, 1986; Michael Alpert, *La reforma militar de Azaña*, Madrid, Siglo XXI, 1982; G. Cardona, *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI, 1983; C. Boyd, *Praetorian politics in liberal Spain*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1979; S. G. Payne, *Politics and the military in modern Spain*, Stanford, University of California Press, 1967, en versión revisada *Ejército y sociedad en la España liberal*, Madrid, Akal, 1977; Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, Editora Nacional, 1977; C. Seco Serrano, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984. Los datos específicos han sido sacados de la serie del *Anuario Militar de España*, Madrid, Ministerio de la Guerra. <<

[3] Para una exposición de la actitud antiafricanista y una semblanza de la vida en las guarniciones marroquíes, véase A. Cordón, *Trayectoria*, París, Col. Ebro, 1971, y A. Barea, *La ruta*, Buenos Aires, Losada, 1951. <<

[4] Cordón, ob. cit., pág. 262; Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento*, París, Col. Ebro, 1969, págs. 52 ss.; Enrique Líster, *Nuestra guerra*, París, Col. Ebro, 1966, pág. 56. Se trata de los tres comunistas más destacados del Ejército Popular. <<

[5] Emilio Mola, director y cerebro de la sublevación del 18 de julio, escribió: «Nuestra especial organización impide obtener de la oficialidad de los cuerpos facultativos generales aptos para el mando de unidades en que entren las tres armas». Véase *Obras completas*, Santarén, Valladolid, 1939, pág. 1026. <<

[6] Julio Busquéis, *El militar de carrera en España*, Barcelona, Ariel, 1967, pág. 88. <<

[7] Entre ellos Hernández Sarabia y Segismundo Casado. Véase S. Casado, *The last days of Madrid*, Londres, Peter Davies, 1939, Introducción, con versión española, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana, 1968; C. Zaragoza, *Ejército Popular y militares de la República*, Barcelona, Planeta, 1983, pág. 263; M. Teresa Suero Roca, *Militares republicanos de la guerra de España*, Barcelona, Península, 1981, pág. 194, indica que Casado defendía a varios encausados durante la dictadura. Véase también M. Aroca Mohedano, *General juan Hernández Sarabia, el ayudante militar de Azaña*, Madrid, Oberón, 2006. <<

[8] «La ley de retiros … tenía el sectarismo de querer apartar de las filas del ejército a la oficialidad de ideas monárquicas; … se retiraron los que quisieron y nos quedamos la mayoría». (F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 1976, pág. 397). <<

[9] M. Azaña, *Obras completas*, México, Oasis, 1966, IV, pág. 320. Véase también la tendenciosa obra de J. Arrarás, *Historia de la Segunda República española*, Madrid, Editora Nacional, 1956, I, pág. 141. <<

[10] Según José María Gil-Robles, jefe de la Confederación Española de Derechas Autónomas o CEDA, Masquelet «no inspiraba la menor confianza». Véase *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968, pág. 140. <<

[11] R. de la Cierva, Los *documentos de la primavera trágica*, Madrid, Secretaría General Técnica del Ministerio de Información y Turismo, 1967, núm. 20. <<

[12] J. M. García Escudero, *El pensamiento de «El Debate»*, Madrid, La Editorial Católica, 1983, pág. 343. <<

[13] D. Ibárruri y otros, *Guerra y revolución en España*, Moscú, Progreso, 1967, I, pág. 66. <<

[14] Modesto, ob. cit., pág. 13. Para la AMR véase Aroca Mohedano, ob. cit., págs. 95 y ss. <<

[15] Suero Roca, pág. 147. <<

[16] *Ibid*., pág. 129. Véase V. Guarner, *Cataluña en la guerra de España*, Madrid, 1975, págs. 64-65. <<

[17] *El Sol* (Madrid) del 17 de septiembre de 1936. <<

[18] Modesto, ob. cit., pág. 14. <<

[19] Servicio Histórico Militar, Archivo de la guerra de Liberación, *Documentación roja*, legajo 91, carpeta 2 (En adelante *DR*, L. C). Véase también H. R. Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, París, Ruedo Ibérico, 1963, págs. 247-252, para una discusión de los «documentos». <<

[20] Líster, ob. cit. pág. 27. <<

[21] El diario socialista de izquierdas, *Claridad*, del 2 de abril de *1936, se* limitaba a pedir la creación de milicias. <<

[22] Vittorio Vidali, alias *Carlos Contreras*, posteriormente comisario del quinto regimiento comunista, llegó a España en diciembre de 1934 con una misión fundamentalmente política. Asegura que no tomó parte en las actividades de las MAOC (carta fechada el 2 de febrero de 1973). <<

[23] Margarita Nelken, *Por qué hicimos la revolución*, Madrid, 1936, pág. 148. <<

[1] Véase el apéndice 2 para la localización de las unidades. <<

[2] J. Arrarás, *Historia de la Cruzada española*, Madrid, 1939-1943. t. XII, pág. 347. <<

[3] *Ibid*., t. XII, pág. 336. <<

[4] Éstas son las principales versiones:

a) *Revista de Historia Militar*, Madrid, núm. XVII, 1964, pág. 122.

Republicanos	*Nacionales*
36 685	23 595

Su fuente es un documento del Servicio de Información del Estado Mayor nacional, de 1937 (DN, L91 C2). En realidad, la carta que encabeza el documento en cuestión requiere la información por «necesidades de propaganda», lo que indica que hay que tomar con cuidado dichas cifras.

b) R. de la Cierva, en *Historia de la guerra civil española* (desde ahora, *GCE*), t. I, pág. 766, da las siguientes cifras:

Republicanos	*Nacionales*
32 365	18 935

Una vez conocidas las ubicaciones de las unidades, resulta difícil creer tales cifras, teniendo en cuenta, además, que no se indica ninguna fuente.

Cierto que las unidades se encontraban disminuidas a causa de los permisos veraniegos, pero los estadillos de los regimientos muestran que el tamaño de los batallones era notablemente parecido. No hay indicación alguna de que hubiese guarniciones especialmente faltas de hombres.

c) El Servicio Histórico Militar llevó a cabo un cuidadoso análisis basándose en los estadillos de los regimientos en julio de 1936. Así, controlando los lugares y los estadillos se obtienen datos de una fiabilidad máxima. Damos este análisis en el apéndice 2 C. <<

[5] Véase el informe sin clasificar del Servicio Histórico Militar. Incluye testimonios de testigos competentes y describe cómo casi toda la tropa apoyó la rebelión de los oficiales. Véase también F. Lacruz, *El Alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*, Barcelona, 1943, passim. <<

[6] De nuevo, el documento mencionado (pág. 4) registra muchas menos fuerzas en la zona nacional. <<

[7] El tercio de la Guardia Civil tenía en términos generales el tamaño de un regimiento y lo mandaba un coronel. La zona de Carabineros era semejante. <<

[8] Véase el apéndice 2 D, para la localización de los tercios y zonas y un cálculo de las divisiones en su interior. <<

[9] Resulta difícil de establecer la ubicación precisa de todos los Guardias de Seguridad, pero los grupos de Asalto eran la élite de ese cuerpo disciplinado. <<

[10] *DR*, L473 C3. <<

[11] Luis Romero, *Impresiones de un militar republicano*, Barcelona, 1937, pág. 10. <<

[12] *Cruzada*, t. XXIV, pág. 20. <<

[13] *Ibid*., t. XV, pág. 193. <<

[14] Véase J. M. Martínez Bande, *La guerra en el Norte* (desde ahora, *Norte*), Madrid, 1969, pág. 21, y J. M. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía* (desde ahora, *Andalucía*), Madrid, 1969, pág. 13. <<

[15] Lacruz, ob. cit., pág. 213. <<

[16] L. de Bazal, *¡Ay de los vencidos!*, Toulouse, 1969, pág. 111. <<

[17] Martínez Bande, *Norte*, pág. 115. <<

[18] Véase *El Sol*, Madrid, 26 de octubre de 1936. <<

[19] Véase R. Sanz, *Los que fuimos a Madrid*, París, 1969, pág. 249, que escribe desde una perspectiva cenetista; J. Henríquez Caubín, *La Batalla del Ebro*, México, 1944, pág. 345, obra escrita desde el lado comunista como jefe de Estado Mayor de la 35.ª División; y Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor Central, en *Alerta los pueblos* (desde ahora, *Alerta*), Buenos Aires, 1939, pág. 18. <<

[20] *Gaceta de Madrid*, 24 de septiembre de 1936. <<

[21] Véase el artículo del Dr. Méndez en *Índice*, núm. 303, Madrid, marzo de 1972, sobre una interesante discusión del control de los carabineros por Negrín. <<

[22] Véase *Cruzada*, t. XI, pág. 285; t. XII, págs. 312, 406; t. XIV, pág. 102; t. XV, págs. 183,200, para una descripción de su actitud pasiva frente a la rebelión en Granada, Valladolid, Burgos, Sevilla, Badajoz y Zaragoza. <<

[23] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, París, 1968, t. I, pág. 148 (reedición, con ligeras variantes, de su *Historia de la guerra en España*, Buenos Aires, 1940). <<

[24] R. de la Cierva, en *Historia y Vida*, núm. 3, 1968, describe las actividades de un teniente de asalto, agente nacional que controlaba la organización militar de transportes de Madrid. Mr. Goodden, cónsul británico en Valencia, informó de que, en el momento de la rendición de 1939, gran número de oficiales y hombres del Cuerpo simpatizaban con los nacionales (W6704/8/41, del Foreign Office, serie 371, fechado el 11 de abril de 1939). <<

[25] El 24 de septiembre de 1936, el ministro de Gobernación Ángel Galarza, informó a la prensa de que se estaban reclutando 200 hombres al día. <<

[26] Payne, *Spanish Revolution*, pág. 293. <<

[27] Rojo, *Alerta*, pág. 31. <<

[28] Ob. cit., pág. 346. <<

[29] La mayor parte de los detalles pueden hallarse en J. M. Martínez Bande, *La guerra en Aragón y el desembarco en Mallorca* (desde ahora, *Aragón*), Madrid, 1970, págs. 40, 41, 70, 71, 79; *Andalucía*, pág. 61; y *Norte*, pág. 47. <<

[30] Villalba era el jefe militar republicano de Málaga cuando ésta cayó en febrero de 1937. Barbastro fue escenario de una encarnizada persecución del clero, al que se sugiere que Villalba había dado garantías (A. Montero, *Historia de la persecución religiosa en España*, Madrid, 1961, pág. 209). <<

[31] En Martínez Bande, *Aragón*, pág. 92, se afirma como razón para el amotinamiento la conducta de la milicia con respecto a la población civil. Pudo muy bien tratarse de un factor más que se sumó a los otros, pero todas las probabilidades apuntan a una decisión premeditada de pasarse a las fuerzas sublevadas. <<

[32] *DR*, L954, C12. El documento sólo lleva como fecha el año 1936 y presumiblemente se refiere a la situación tal como era en el otoño. <<

[33] *DN*, L1 C3. Es casi seguro que la cifra esté subestimada. <<

[34] *DR*, L955, C4. <<

[35] Véase Líster, ob. cit., pág. 26. <<

[36] Foreign Office, W3042 y W3268/190/41. <<

[37] Ob. cit., t. III, pág. 487. <<

[38] Véase *DR*, L966 y L967, y los archivos del Ministerio republicano de Defensa Nacional. <<

[1] Casado, ob. cit., pág. 46. En inglés en el original. <<

[2] A. Vilanova, *La defensa del Alcázar de Toledo*, México, 1963, págs. 122-123. <<

[3] J. R. Bloch, *España en armas*, Santiago de Chile, 1937, pág. 19. <<

[4] J. Martín Blázquez, *I Helped to build an Army*, Londres, 1939. <<

[5] *Ibid*., págs. 125 y s. <<

[6] Una historia, no comprobada pero posible, describe a una columna anarquista que solicitó varios centenares de plumas estilográficas. Ante la negativa del oficial de Intendencia, el responsable respondió que si los compañeros no tenían derecho a escribir a sus casas. <<

[7] *Gaceta*, 26 de julio de 1936. <<

[8] *Ibid*., 4 de agosto de 1936. <<

[9] Los comuneros se alzaron contra Carlos V en el siglo XVI. La utilización de este nombre parece tan exagerado como el uso por los sublevados de la imaginería medieval para describir su causa. <<

[10] Una unidad Thaelman fue la primera que mandó Modesto, y se basaba en el segundo grupo de Asalto de Madrid. Hubo otra en Irún y una tercera entre los refugiados antifascistas de Barcelona. (Modesto, ob. cit., pág. 68; Steer, *The tree of Gernika*, Londres, 1938, pág. 41). <<

[11] Víctor de Frutos, *Los que no perdieron la guerra*, Buenos Aires, 1967. <<

[12] *Gaceta* del 4 de agosto de 1936. <<

[13] Resulta corriente que falten números intermedios en los batallones de Milicias, debido posiblemente a que se suprimían o a que no habían logrado reunir suficientes hombres. En total, hubo treinta y un batallones (información de F. Fúster). <<

[14] *Gaceta de Madrid*, 18 de agosto de 1936. Los cuatro sectores eran: Castellón, que incluía Teruel; Cuenca, que incluía Toledo; Murcia, que incluía Almería, Albacete y Alicante; y Jaén, que incluía Málaga y Córdoba. <<

[15] Indalecio Prieto, ministro de Defensa nacional en gabinetes posteriores, pronunció el 8 de agosto de 1936 un discurso en el que hacía hincapié en los recursos de la España republicana. <<

[16] *Gaceta de Madrid*, 6 de agosto de 1936. <<

[17] *Gaceta de Madrid*. No se reclutarían más batallones. <<

[18] Se establecieron escuelas de oficiales de Infantería, Artillería e Ingenieros, pero no dieron resultado. La atmósfera era desfavorable a lo que se llamaba el «señoritismo» de las escuelas de oficiales, para ingresar en las cuales hacía falta tener cierto nivel de estudios y estar bien relacionado socialmente. <<

[19] Esta cantidad era mayor de la que ganaban la mayoría de los milicianos en la vida civil, y es difícil saber por qué se fijó. Puede que se tratara del principio de un plan de igualización de todas las categorías militares en lo que respecta a la paga. <<

[20] *Milicia Popular*, 6 de septiembre de 1936. <<

[21] *CGG*, L147, C2. <<

[22] *DO*. <<

[23] Para estas órdenes, véase *DR*, L1334. <<

[24] Los milicianos típicos no pertenecían a un partido, ganaban en la vida civil entre cinco y diez pesetas al día, eran hombres solteros de 20 a 30 años y trabajaban como jornaleros o en la construcción. <<

[25] Información de Miguel González Inestal, subcomisario general de la CNT (conversación en Madrid del 4 de noviembre de 1971). <<

[26] La Comandancia pagó a algunas de las primeras Brigadas Mixtas durante breve tiempo, lo que aumenta las cifras. <<

[27] Aunque era señalado el gusto por los nombres violentos, y había unidades que se habían denominado Terror rojo o Drácula, este batallón puede haberse llamado así por la mina El Terrible, de Peñarroya (Córdoba). <<

[28] Véase el apéndice 3. <<

[29] En la medida en que el Estatuto de Autonomía reservaba la defensa al gobierno central, la Generalitat estaba actuando inconstitucionalmente. <<

[30] El primer Comité estaba compuesto por Aurelio Fernández (FAI), encargado de seguridad y captura de sospechosos; José Asens (CNT); Rafael Vidiella (PSUC), Tomás Fábregas (republicano); Diego Abad de Santillán (FAI), organización de las Milicias; Juan García Oliver (FAI), jefe de operaciones; Jaume Miratvilles (Esquerra), estadística y propaganda; José Torrents (PSUC), abastecimiento; Marcos Alcón (CNT), transportes. <<

[31] Sanz, ob. cit. Sanz, posteriormente jefe de la 26.ª División, era un prominente dirigente anarquista en la época anterior a la guerra. Otras fuentes son Abad de Santillán, ob. cit., intelectual anarquista; Peirats, ob. cit., el historiador de la CNT durante la guerra; y *De julio a julio*, título de un número especial de *Fragua Social*, Valencia, 19 de julio de 1937. Los archivos parciales de la Generalitat sobre cuestiones militares se encuentran en DR, L556, C3. <<

[32] Sanz, ob. cit., págs. 71-73. Los otros relatos concuerdan con el suyo. <<

[33] Pérez Farrás no tenía tanta graduación ni se había distinguido militarmente como, por ejemplo, los hermanos Guarner o Antonio Escobar. <<

[34] Abad de Santillán, ob. cit., pág. 64. <<

[35] Peirats, CNT, t. II pág. 135. <<

[36] Martínez Bande, *Aragón*, *passim*, utiliza fuentes nacionales, basadas presumiblemente en desertores y prisioneros, cuyas informaciones no deberían ser de entera credibilidad. El memorándum del coronel Guarner (que me fue proporcionado amablemente por Hugh Thomas), da cifras menores en total, pero, como jefe de la sección técnica del Comité de Milicias, tuvo acceso a informaciones sólo en la medida en que estaban disponibles. De todas maneras, sus cifras parecen más fiables. <<

[37] Información proporcionada por Bob Edwards, diputado del Parlamento británico, capitán de las Milicias Internacionales del POUM. <<

[38] Estas variaciones probablemente se deben a que la columna creció rápidamente. Tanto Koltsov, *Diario de la guerra de España*, París, 1963, pág. 32, como Ibárruri, *Guerra*, t. II pág. 23, dan cifras bajas que pueden atribuirse a un intento de minimizar la participación anarquista en la guerra. <<

[39] Para una descripción de la columna Durruti, véase *Indice biográfico de la 26.ª División*, sl., 1938, *passim*. <<

[40] La mayoría de las acusaciones hechas a esta columna se hallan en el capítulo dedicado a ella en Bolloten, ob. cit. Incidentalmente, diremos que su nombre se debió a que era oriunda de los Altos Hornos de Sagunto. <<

[41] Véase F. Llovera, *La columna fantasma*, Valencia, sf. (¿1937?). <<

[42] Peirats, *CNT*, t. I, pág. 272. <<

[43] Esta fue la opinión expresada en una conversación por Serafín González Inestal, dirigente anarquista agregado al Estado Mayor, entrevistado por mí en Madrid en noviembre de 1971. <<

[44] Peirats, *CNT*, t. II, pág. 39. <<

[45] Valencia; se publicaba cada dos días. <<

[46] Ob. cit., t. IV, pág. 744, 21 de agosto de 1937. <<

[47] Bayo, ob. cit., pág. 72; Cirre Jiménez, ob. cit., pág. 14, afirma que Uribarri habló desde el balcón principal de la Diputación Provincial de Valencia y que prometió aplastar la insurrección en cinco días. Su oratoria, tal como la cita Llovera, ob. cit., *passim*, se caracteriza por frases floridas del tipo de «esta noche la Victoria será nuestra esposa». <<

[48] Llovera, ob. cit., *passim*. <<

[49] Véase apéndice 4. <<

[50] Montero, ob. cit., pág. 357. Las ejecuciones de sacerdotes en Bilbao ocurrieron en 1937 después de bombardeos nacionales. Parece que la responsabilidad la tenía un grupo de marineros del acorazado *Jaime I*. <<

[51] Según L. M. de Lojendio, *Operaciones militares de la guerra de España*, Barcelona, 1940, pág. 266, trescientos hombres murieron de gangrena en una sola noche por falta de material sanitario. <<

[52] Líster, ob. cit., págs. 61-62. <<

[53] Carta al teniente coronel Mangada (Archivo municipal de Albacete). <<

[54] Modesto, ob. cit., pág. 25. Castro Delgado fue primer jefe del Quinto Regimiento. Líster, ob. cit., pág. 41, niega que fuese en realidad nombrado para ello, pero la ruptura de Castro con el partido desacredita todo lo que digan en su contra los otros comunistas. Vidali (carta del 2 de febrero de 1973) afirma que Castro sí que fue nombrado por el partido. <<

[55] *DR*, L1335 y L1334, C1O. <<

[56] *DR*, L1334, C1O. <<

[57] L1334, C16. <<

[58] Las sumas son muy grandes. En diciembre de 1936 y enero de 1937, se gastaron casi dos millones de pesetas en el Quinto Regimiento, que pidió un millón y medio más para compensar las cantidades gastadas en otros batallones «que de nosotros han nacido». <<

[59] «Carlos Contreras» afirma que la cifra de 70 000 hombres se refiere al reclutamiento en Madrid y que otros 50 000 hombres se unieron al Quinto Regimiento en las provincias (V. Vidali, *Il 5.º Reggimento*, Milán, 1973, pág. 20). <<

[60] Ibárruri, *Guerra*…, t. I, pág. 302, y *Milicia Popular*, 13 de septiembre de 1936. <<

[61] *Milicia Popular*, 20 de agosto de 1936. <<

[62] Véase el artículo (reconocidamente tendencioso) de R. Casas de la Vega en *Historia y Vida*, n.º XLV, diciembre de 1971. <<

[63] Líster, ob. cit., pág. 65. <<

[64] *Milicia Popular* apareció desde el 26 de julio de 1936 al 29 de enero de 1937. <<

[65] Las fuentes sobre la CNT en la región Centro están en DR, L1334, C11, de la Comandancia Militar de Milicias, y en E. de Guzmán, *Madrid rojo y negro*, Madrid, 1937. El autor dirigió el diario *Castilla Libre* durante la guerra siendo condenado a muerte a su fin e indultado en 1941. Véase especialmente las memorias de Cipriano Mera (*Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, 1976). <<

[66] E. de Guzmán, ob. cit., pág. 78. <<

[67] E. de Guzmán, ob. cit. También se creó el Estado Mayor de las Milicias Confederales, bajo el mando del Comité de Defensa. Incluía a varios profesionales. <<

[68] Ésta y las siguientes cifras proceden de los informes de la Comandancia Militar de Milicias. <<

[69] Muchos documentos de los archivos se refieren a investigaciones hechas acerca de la suerte de milicianos. Éstos no llevaban placas de identificación ni los sublevados comunicaban los nombres de los prisioneros. Muchos familiares de milicianos vivían en la zona enemiga. Además, el nivel de analfabetismo entre los campesinos y obreros no especializados que constituían la mayoría de los milicianos era muy elevado de modo que no podían comunicarse con sus familias. <<

[70] Véase Abad de Santillán, ob. cit., *passim*. <<

[71] Esta afirmación es un ejemplo de cómo incluso una fuente de primera mano debe leerse entre líneas. Salafranca se está defendiendo al señalar que la mayoría de los oficiales habrían rehusado hacerse cargo de semejante situación porque se les acusaría de traición si fracasaban. Está, pues, defendiéndose y alardeando de su cumplimiento del deber. Decir que podía haber pensado no obedecer la orden de hacerse cargo de la columna es, desde luego, irónico y muy revelador del ambiente del momento. <<

[72] *DR*, L967, C12. <<

[73] Fuese que los milicianos prisioneros fueran todos ejecutados, como tras la caída de Badajoz, el ejemplo mejor documentado de la dureza de los rebeldes, o fuese que resultaran muertos en combate, no hay duda de que no se solían tomar prisioneros. <<

[74] Véase Martínez Bande, *Madrid*, pág. 32, nota, que cita al general nacional Asensio; *Andalucía*, pág. 70, citando a Sáenz de Buruaga, y pág. 110, nota, telegrama del gobernador militar de Huelva a Franco. <<

[75] V. Rojo, *Así fue la defensa de Madrid* (desde ahora, *Madrid*), México, 1967, pág. 56. <<

[76] *DR*, L966 C14, contiene un informe de un jefe de batallón que el cuartel general consideró tan importante como para reproducirlo y enviarlo a los jefes de columna el 7 de octubre de 1936. Enumera todas las características de los pobres resultados de las Milicias y sugiere algunas soluciones posibles, entre ellas una mejor instrucción militar. DR, L967 C14 contiene una orden del 23 de noviembre de 1936, del teniente coronel Ortega, que incluye la instrucción de ejecutar sus órdenes «sin excusa ni pretexto de ninguna clase», lo que indica que tales excusas o pretextos eran frecuentes. <<

[77] G. Orwell, *Homage to Catalonia*, Harmondsworth, 1966, págs. 12-13. Traducción mía (MA). <<

[78] *DR*, L967, C26. <<

[79] Juan Peiró, ministro cenetista de Industria, criticó la indisciplina en un discurso en Valencia el 27 de noviembre de 1936, citado en Peirats, *CNT*, t. I, pág. 253. Véase también: *In memoriam of Comrade Durruti*, Barcelona, 1937. <<

[80] *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 26 de julio de 1936. <<

[81] Para ejemplos de ello, véase Martín Blázquez, ob. cit., pág. 150, y Gámir Ulíbarri, ob. cit., pág. 17. A este respecto, resulta aleccionador el relato de Mera (ob. cit., pág. 43), que critica bajo muchos aspectos a los militares profesionales. <<

[82] En lo que se refiere a las Milicias franquistas, el dirigente de Falange, Hedida, en una circular fechada el 16 de septiembre de 1936, ordenó que todas sus Milicias fuesen mandadas por oficiales profesionales, a los que deberían respetar y obedecer. Naturalmente, la situación general era muy distinta en la España nacional, donde el ejército profesional era predominante. <<

[1] Este gobierno incluía, por primera vez, a dos comunistas, Jesús Hernández y Vicente Uribe, así como un nacionalista vasco. En noviembre se le unieron cuatro representantes de la CNT. <<

[2] Las primeras anotaciones de los diarios de operaciones de las unidades moras y legionarias que avanzaban desde Sevilla a Madrid dan cuenta de grandes cantidades de armas abandonadas. <<

[3] *Gaceta*, 5 de septiembre de 1936. <<

[4] Véase H. Buckley (corresponsal durante largo tiempo en Madrid), *Life and Death of the Spanish Republic*, Londres, 1940, pág. 248. Asensio desdeñaba llevar el mono de trabajo que otros oficiales preferían al uniforme, quizá considerando aquella prenda menos provocadora que la gorra y la guerrera, en el ambiente tan antimilitarista de las primeras semanas del conflicto. <<

[5] Para un intento de aclaración de estos hechos, véase capítulo 5. <<

[6] Mola había estado a las órdenes de Miaja y escribió a un amigo antes de la rebelión: «Me resisto a creer las malas cualidades que generalmente se le atribuyen», *Cruzada*, t. XVII, pág. 385. <<

[7] Véase Bolloten, ob. cit., pág. 30; *Cruzada*, t. XVII, pág. 393; Gámir, ob. cit., t. II pág. 16. <<

[8] Líster, ob. cit., pág. 288. <<

[9] Walter Krivitski, *I was Stalin's agent* Londres, 1939, pág. 118. <<

[10] *Gaceta*, 14 de octubre de 1936. <<

[11] *Ibid*., 23 de octubre de 1936. <<

[12] J. Arrarás, *Francisco Franco*, Valladolid, 1939, págs. 231-233. <<

[13] Citado en *Documentos Históricos*, núm. 4, Madrid, 1937. <<

[14] José Antonio de Aguirre, *Informe al gobierno central* y telegrama al Ministerio de Defensa, en DR, L54, C4. <<

[15] DR, L853, C2. <<

[16] *Gaceta*, 23 de octubre de 1936. <<

[17] DO, 14 de febrero de 1938. <<

[18] DO, 21 de enero de 1939. <<

[19] Gaceta. <<

[20] Véase *El Sol*, 18 de septiembre de 1936. <<

[21] *Gaceta*^ 7 de julio de 1931. <<

[22] S. Casado, «The Republican command in the Spanish War», *National Review*, Londres, julio de 1939. El exceso de trabajo y la preocupación por la seguridad de sus familias y la suya propia fue la causa de los colapsos físicos y mentales que sufrieron algunos oficiales. <<

[23] Véase el apéndice 6 para una relación de los oficiales de Estado Mayor que sirvieron a la República. <<

[24] *El Sol*, 22 de agosto de 1936, informaba de la destitución de un coronel, dieciocho tenientes coroneles y otros veinticinco oficiales de Estado Mayor. <<

[25] Martín Blázquez, ob. cit., pág. 279. <<

[26] Véase Cordón, ob. cit., pág. 258. <<

[27] DO, núm. 176. <<

[28] DO, núm. 214. Emile Klébert (*sic*) aparece también en la lista. Se trataba de Lazar Stern, ex oficial austríaco con formación militar soviética. Mandó la XI Brigada Internacional hasta que tuvo una disputa con los jefes españoles y desapareció hasta agosto de 1937 cuando mandó una división en Belchite. Más adelante volvió a la Unión Soviética desapareciendo en las purgas. <<

[29] *DO*, núm. 250. <<

[30] *El Sol*, *11* de agosto de 1936. <<

[31] *El Sol*, 16 de septiembre de 1936. <<

[32] Peirats, *CNT*, 1.1, pág. 254. <<

[33] Véase L. Fischer, *Men and politics*, Londres, 1941, pág. 336. <<

[34] Palabras como «convencer» resultan demasiado ambiguas. Largo tenía tras de sí una larga vida de actividades públicas y combates. Parece improbable que pudiera ser convencido contra su voluntad, teniendo en cuenta además que debía servirse de un intérprete. Es más probable que algunos militares subrayaran las deficiencias de las Milicias y presionaran a un Largo ya de acuerdo con sus ideas. Estas observaciones aparecen confirmadas en una carta que nos escribió un ministro de Largo (Manuel de Irujo, 23 de septiembre de 1972). <<

[35] *Gaceta*, 30 de septiembre de 1936. <<

[36] *DR*, L1334, C1. <<

[37] *DR*, L1334, C16. <<

[38] *DR*, L1334, C1. <<

[39] Un activista de la CNT, después subcomisario general, refiere cómo se vio obligado a visitar los frentes porque los oficiales de intendencia se negaban a enviar material hasta que las unidades no estuvieran militarizadas. Así pues, el dirigente cenetista marchó adondequiera había resistencia a la militarización, los procedimientos militares, los uniformes, insignias o el saludo, y habló con las unidades, a veces hasta un nivel tan mínimo como el de la compañía, diciéndoles que si querían armas, municiones, material médico, etc., tenían que aceptar la militarización. Si no, la CNT no sobreviviría. A veces tuvo que convencer a los hombres uno a uno. Generalmente, lo lograba. Donde más dificultades encontró fue en las unidades que después formarían el IV Cuerpo de Ejército de Cipriano Mera. (Entrevista con Miguel González Inestal, noviembre de 1971). <<

[40] DR, L480, C6. Incluso los comunistas, defensores a ultranza de la militarización, se referían a unidades denominándolas, por ejemplo, la división Líster o la Durán, por el nombre de sus jefes. <<

[41] Véase apéndice 5 para más detalles. <<

[42] Era «evidente» entonces. La pérdida de la guerra llevó a preguntarse si en realidad había sido conveniente tal organización. Véase en particular, D. Abad de Santillán, ob. cit. Este autor anarquista opinaba que hubiese sido más fructífero utilizar columnas guerrilleras en lugar de amplias estructuras militares (págs. 261 s). <<

[43] De eso se queja el coronel Casado (ob. cit., pág. 52), pero no hay que olvidar que su intención es achacar la derrota a los comunistas. <<

[44] *Ibid*., pág. 59, donde el autor dice de la Brigada Mixta que era un «organismo exótico». El subcomisario anarquista que trabajó con Casado en Albacete en la organización de las Brigadas no recuerda que entonces las criticara, aunque ambos eran íntimos. (Entrevista con Serafín González Inestal, Madrid, octubre de 1971). <<

[45] *Revista de Estudios Militares*, Madrid, octubre y noviembre de 1933. <<

[46] Ob. cit., págs. 293-294. Las fuentes sobre esta fase de la historia del ejército republicano se limitan a las obras de Martín Blázquez y Casado, ninguno de los cuales es de total confianza porque tenían una visión parcial y se estaban justificando. <<

[47] M. Garder, *History of the Soviet Army*, Londres, 1966, pág. 74. <<

[48] Ob. cit., pág. 291. <<

[49] R. Malinovski *et al.*, *Bajo la bandera de la España republicana*, (desde ahora, *BLB*), Moscú, sf., págs. 73-74. <<

[50] Rojo, *Madrid*, pág. 137. <<

[51] Véase el apéndice 5 para modelos de Brigadas Mixtas. <<

[52] La conclusión del capitán Liddell-Hart, el experto militar británico, fue que una brigada independiente debería tener cinco batallones. Véase *Defence of the West*, Nueva York, 1950, pág. 252. Por supuesto, Liddell-Hart se refiere a batallones de tipo inglés, de 800 efectivos como mínimo. <<

[53] L. 1334, C1O. Carta de la Sección de organización del Estado Mayor Central al inspector general de Milicias. <<

[54] DR, L482, C1, que contiene una protesta de Martínez Monje, desde Albacete, afirmando que las brigadas aún no estaban preparadas. Quería enviar sólo dos batallones de cada brigada y mantener el resto, formando una base, sistema normal en otros ejércitos, lo cual podía haber constituido una solución a la instrucción de los reclutas.

Como ejemplo de improvisación, daremos el de una brigada posterior formada mediante la entrega de una orden a un oficial de la Guardia Civil para que marchase a Málaga, tomase dos batallones del regimiento n.º 34, los uniese a varios carabineros recién reclutados y a un batallón de Milicias y, por el camino, recogiese en Almería las armas que pudiera. Naturalmente, todo esto tendría que hacerse sin el apoyo de suboficiales experimentados y superando la obstrucción de los comités locales que no deseaban ceder hombres ni armas. <<

[55] DR, L1334, C1O. <<

[56] Ob. cit., pág. 53. <<

[57] Ob. cit., pág. 75. <<

[58] J. Salas Larrazábal, *La guerra de España desde el aire*, Barcelona, 1969, págs. 114-115. <<

[59] DR, L971, C4,22 de enero de 1937. Este documento da una última visión rápida de los batallones Leones Rojos, Nosotros, Acero, Espartacus y otros muchos que figuran en las plantillas de la Comandancia de Milicias, antes de que desaparezcan en el anonimato de las Brigadas Mixtas. <<

[60] *DO*, 30 de julio de 1937, que con pulcritud burocrática pide que la bandera del regimiento sea enviada al museo del ejército. <<

[61] El historial de la 2.ª Brigada Mixta está en el apéndice 6. <<

[62] DR, L971, C22. <<

[63] *DR*, L953, C9. <<

[64] *DR*, L971, C22. <<

[65] *DR*, L968, C1O. *Actas de la Junta de Defensa de Madrid*, donde Miaja se queja de que llegasen las brigadas desde Levante sin armas. <<

[66] *DR*, L955, C4. <<

[67] *DR*, L482, C1. <<

[68] Para el texto de la orden comunicada véase A. López Fernández, *General Miaja, defensor de Madrid*, Madrid, 1975, págs. 58-59. <<

[69] Diari Oficial de la Generalitat (*citado en Martínez Bande*, Aragón, *pág. 197*). <<

[70] Martínez Bande, *Aragón*, pág. 199, ataca al «espíritu particularista» catalán, lo que no aclara demasiado. Más probable es que la razón fuese que la CNT, en manos de la cual había abandonado en gran medida sus responsabilidades militares la Generalitat, creyera que controlaría mucho mejor sus columnas manteniéndolas a ese nivel de divisiones. Como las Milicias catalanas estaban formadas por amplias columnas más que por pequeños batallones, como en la España central, es posible que así fuese. <<

[71] Gaceta de la República, 4 *de mayo de 1937*. <<

[72] *El Sol*, 26 de octubre de 1936. <<

[73] Para una descripción del esfuerzo bélico vasco, véase Martínez Bande, *Norte*, *passim*, que cita informes de jefes superiores archivados en *DR*, L853, y Azaña, ob. cit., t. IV, pág. 694, que cita un informe del general Martínez Cabrera. <<

[74] Había pocos oficiales disponibles en el País Vasco. Varios de ellos desaparecieron tras la caída de Bilbao. Para comentarios sobre el ejército vasco, véase la inestimable obra del corresponsal de *The Times*, G. Steer, *The tree of Gernika*, Londres, 1938. <<

[75] José Antonio Aguirre, *Informe al gobierno central*, citado en Martínez Bande, *Norte*, *passim*. <<

[76] *DR*, L853, C8. <<

[77] La numeración había llegado en el resto de España a 47 divisiones. Las divisiones vascas, cuando por fin se formaron, recibieron los números 48 a 51, las de Santander del 52 al 55 y las de Asturias del 56 al 63. <<

[78] Martínez Bande, *Norte*, *passim*. <<

[79] DR, L853, 08. Había otras razones de la derrota. Ciutat era un comunista, que se inclinaría a atribuir el desastre a la ausencia de la unidad militar tan ardientemente propugnada por el PCE. <<

[80] S. Payne, *Spanish Revolution*, pág. 330, nota, citando a Francisco Ciutat, da una cifra de 360 000 hombres para abril de 1937, pero poco antes de Brunete, en julio, se habían reclutado muchos más. <<

[81] Véase J. Salas, ob. cit., págs. 112-113, quien afirma que los sublevados tenían para esa época 600 batallones. (Probablemente, sus fuerzas no pasaban de 400 000 hombres, aunque deben sumarse a ellas los contingentes italianos). <<

[82] L. 954, C2. Pacientes ingresados en el hospital militar de Carabanchel.
<<

[1] El comentario del ministro de Estado de la República, Julio Álvarez de Vayo, puede considerarse típico: «De los 15 000 oficiales, apenas 500 permanecieron al servicio de la República. Muchos de ellos eran republicanos de convicción; el resto continuó con el gobierno por temor o para perpetrar actos de sabotaje en las filas del ejército», (*Freedom's Battle*, Londres, Heinemann, 1940, pág. 120). <<

[2] Hasta la fecha en que esto se escribe los datos han aparecido en: R. Salas Larrazábal, «The growth and role of the Republican Popular Army», en *The Republic and the civil war in Spain* (ed. R. Carr), Londres, 1971. Este autor afirma (pág. 161) que en el ejército republicano hubo 3500 oficiales de activo y 1500 de reserva.

En una obra posterior (*Spanish Revolution*, pág. 316), Payne sugiere que, de los 10 000 oficiales disponibles, pocos sirvieron a la República por falta de una «dirección políticamente inteligente e imaginativa». <<

[3] Por ejemplo, del general Villabrille, jefe de División en Sevilla en 1936, L. Romero, ob. cit., pág. 25 dice que «probablemente» no fue fusilado. R. Salas, en *Historia y Vida*, n.º XIX, octubre de 1969, escribe que su sentencia fue «relativamente» leve. Desde luego, sería posible hacer afirmaciones más exactas. Las obras recientes de Suero Roca y de Zaragoza han sido de gran utilidad al respecto. Al buscar datos sobre las vicisitudes de militares de carrera penados por los tribunales de guerra, el tener acceso a los archivos en cuestión con tal de que fueran completos y que resultara posible examinar todos los procesos, daría una posibilidad adicional: la de calcular cuántos de los militares residentes en la zona gubernamental no sirvieron en el Ejército Popular, los variados motivos que alegaron, y cómo los tribunales de la posguerra les juzgaron. Julius Ruiz, *Franco's Justice: Repression in Madrid after the Spanish Civil War* (Oxford, Clarendon Press, 2005), ofrece algunos datos en cuanto a las personas juzgadas en Madrid. <<

[4] Véase Arrarás, *Cruzada*, *passim*. <<

[5] Véase *Anuario Militar de España*, Madrid, 1936, y el apéndice 8 para una lista de los generales y la suerte que les cupo. <<

[6] Para Gómez Morato, véase R. de la Cierva en *Historia y Vida*, n.º XXXVI, mayo de 1970. <<

[7] Estaba hospitalizado en Carabanchel. Véase R. Salas en *Historia y Vida*, n.º LVII, diciembre de 1972. <<

[8] Queipo había estado implicado en conspiraciones contra Primo de Rivera y en la rebelión de 1930. Véase Hidalgo de Cisneros, ob. cit., t. I, pág. 206. <<

[9] Riquelme, por ejemplo, era miembro del Directorio de las órdenes militares de San Fernando y San Hermenegildo. Masquelet era jefe del Cuarto Militar de la Presidencia. <<

[10] Franco tenía 44 años, Fanjul 56 y Goded 54. <<

[11] Véase la carta de su hija, Dolores Castelló, en *Historia y Vida*, n.º XXVIII, julio de 1970. <<

[12] Los dos generales, jefes del Estado Mayor Central y del Ejército del Sur respectivamente, permanecieron procesados hasta su puesta en libertad, siendo entonces situados a las órdenes directas del ministro de Defensa (*DO*, 18 de mayo de 1938). <<

[13] Llano fue nombrado general inspector de Infantería y Gámir encargado de la instrucción militar (*DO*, 15 de octubre de 1938). Pozas acabó la guerra como gobernador militar de Figueras (*DO*, 24 de enero de 1939). <<

[14] Unos pocos estaban de permiso en España y pueden haber servido en el ejército republicano (véase Ibárruri, *Guerra y revolución*, t. I, pág. III). La comparación de las fuentes disponibles (Arrarás, *Cruzada*; Ibárruri, *ibid*.; y Foreign Office, informe W9323/62/40), indica que en la zona nacional fueron detenidos de 150 a 200 oficiales. Probablemente fueran más, pero, aunque, algunos de los detenidos pudieron ser puestos en libertad posteriormente y servir en el ejército franquista. <<

[15] Todos los datos de esta sección proceden del *Anuario Militar*, que no es una fuente totalmente segura porque informa sólo hasta enero de 1936 mientras el gobierno del Frente Popular trasladó a muchos oficiales. Véase apéndice 9. <<

[16] *DN*, L1, C3. <<

[17] Véase apéndice 2 D. <<

[18] Aproximadamente la mitad estaba en cada zona. J. Salas, ob. cit., pág. 59. <<

[19] Véase Alpert, *Reforma militar de Azaña*, ob. cit. pág. 170 <<

[20] Véase el apéndice 10. <<

[21] Los términos utilizados eran «En ignorado paradero» o «Por encontrarse prestando servicio en terreno faccioso». <<

[22] Busquéis, ob. cit., pág. 57 y carta del 5 de mayo de 1972. <<

[23] Ob. cit., pág. 168. <<

[24] José de Aralar, *La rebelión militar española y el pueblo vasco*, Buenos Aires, 1937, pág. 17. Lo preciso de la afirmación de Aralar indica que puede haber tratado, como otros vascos, de moderar la fiereza de la represión republicana y que tuvo acceso a cifras oficiales. <<

[25] Gámir, ob. cit., t. II, pág. 17. <<

[26] Esto ocurrió sobre todo en el Norte; *DR*, L853, C3, citado en Martínez Bande, *Norte*, pág. 165.

El término «militar de la reserva» puede significar un jefe u oficial jubilado por edad, o un militar acogido a la Ley Azaña de 1931 que ofrecía el pase a la situación de reserva a todos los que lo solicitaban. Igualmente puede aplicarse a un suboficial, activo o no, ascendido o no al empleo de alférez o teniente (vulg: patatero). El «oficial de complemento», de los que había pocos, era el que, habiendo cumplido en servicio militar obligatorio, al ser movilizado disfrutaba del empleo de oficial por su mejor cultura y algún que otro cursillo especializado. <<

[27] *DR*, L506. Véase apéndice 11. <<

[28] *España heroica*, pág. 42: «Fueron muchos los miembros del viejo ejército regular (no dudamos en cifrarlos en más de dos millares)…». <<

[29] Véase el apéndice 12 para las listas de mando. <<

[30] Los coroneles nacionales que tenían mando en campaña eran también los más jóvenes de su graduación. Martín Alonso tenía 40 años en 1936, Sáenz de Buruaga 43 y García Escámez 43. <<

[31] Sobre un total de 22 936 alféreces provisionales, sólo 497 siguieron un curso para ascender a capitanes. Payne, *Politics*…, pág. 519, n. 32. <<

[32] *DR*, L473, C4. Historial de Burillo redactado al ser el interesado nombrado a la jefatura del Ejército de Extremadura. <<

[33] El último mando en campaña de Miaja había sido como coronel en 1925. Pozas había alcanzado la graduación de coronel mediante un ascenso por méritos ese año. Ninguno de ellos había mandado fuerzas de importancia sobre el terreno y, además, Pozas era de Caballería. <<

[34] Al final de la guerra, los cuerpos de ejército IV, V, X, XII, XV y XVIII estaban mandados por los oficiales de Milicias Mera, Líster, Jover, Vega, Tagüeña y Del Barrio. <<

[35] Véase el apéndice 13 para sus biografías. <<

[36] Incluidos capitanes de Artillería, Ingenieros y, en un caso, del cuerpo Médico. Muchos habían sido antes durante largos años suboficiales, como muestran las fechas de su ingreso en el ejército. <<

[37] Véase E. Comín, *La República en el exilio*, pág. 365. Es una fuente enormemente tendenciosa, pero, a este respecto, no es probable que peque de subestimación. Para Líster, véase ob. cit., pág. 22. <<

[38] Los nacionales no publicaron ninguna plantilla oficial de sus unidades, y el tamaño de las divisiones variaba entre 10 y 24 batallones. Normalmente había dos brigadas en una división, pero en ocasiones tres. Los tamaños de las divisiones en enero de 1938 se encuentran en *DN*, L439, C40. <<

[39] Además de producir un núcleo de tropas profesionales y resistentes, el ejército de Marruecos también proporcionó a los nacionales un cuerpo de Oficiales de mando con experiencia de campaña. <<

[40] En el apéndice 13 se ofrecen las biografías de todos estos oficiales. <<

[41] Líster, ob. cit., pág. 75. <<

[42] Fue nombrado en la *Gaceta de Madrid*, 5 de abril de 1932. <<

[43] Modesto, ob. cit., pág. 17. <<

[44] Arrarás, *Cruzada*, t. XVIII, pág. 493. <<

[45] Hasta que fue sustituido por Marenco; *Gaceta*, 19 de octubre de 1936. <<

[46] Casado, ob. cit., pág. 179. <<

[47] *Gaceta de Madrid*, 6 de noviembre de 1934. <<

[48] *DO*, 5 de mayo de 1938. <<

[49] Su último cargo fue el de gobernador militar de Gerona (*DO*, 24 de enero de 1939). <<

[50] Información de Miguel González Inestal, Madrid, 4 de noviembre de 1971. <<

[51] Fue reincorporado al ejército por un decreto de la *Gaceta* del 6 de agosto de 1936. <<

[52] Ascendido a general; *DO*, 19 de agosto de 1938. <<

[53] Cordón, ob. cit., pág. 275, y *CGG*, L292, donde se lee «se le tiene por blanco». <<

[54] Lacruz, ob. cit., pág. 99. <<

[55] L. Romero, ob. cit., pág. 28. <<

[56] *DR*, L461, C1. Escobar fue nombrado el 3 de mayo de 1937, pero recibió graves heridas en las luchas callejeras de Barcelona. <<

[57] *DO*, 28 de junio de 1938. <<

[58] Sería interesante saber el origen de esta denominación utilizada tan a menudo. <<

[59] Aparte de los mencionados más adelante, un caso típico de agente enemigo sería el coronel Centaño, que reveló su papel al coronel Casado (ob. cit., pág. 207). <<

[60] Suero Roca, pág. 53. Véase también: Blanco Escolé, Carlos, *Franco y Rojo, dos generales para dos Españas*, Barcelona, Labor, 1993; Martínez Paricio, J. (coord.), *Los papeles del general Rojo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989 y Rojo, J. A., *Vicente Rojo: retrato de un general republicano*, Barcelona, Tusquets editores, 2006. <<

[61] Martín Blázquez, ob. cit., págs. 282-283. <<

[62] *DO*, 5 de septiembre de 1936. <<

[63] *DO*, 10 de octubre de 1936. <<

[64] Cordón, ob. cit., pág. 429. Se dice que la propuesta venía de Mije, consejero de Defensa de la Junta de Defensa de Madrid. <<

[65] Koltsov, ob. cit., págs. 220 y 276 s. Habla de la modestia y capacidad de Rojo, en comparación con los «flamantes revolucionarios que antes eran generales cortesanos». <<

[66] *DO*, 22 de octubre de 1937. <<

[67] Rojo, *Madrid*, págs. 253-255. <<

[68] «Mi voluntario y absoluto apartamiento de las cuestiones de índole política y económica». (*Madrid*, pág. 213).

«Yo, que siempre he creído que la jerarquía y la antigüedad deben ser rigurosamente respetadas». (*Ibid*., pág. 28). <<

[69] *Madrid*, págs. 69, 87, 139-151. <<

[70] Largo Caballero, ob. cit., pág. 195. Según Jesús Hernández, ob. cit., pág. 123, Rojo se negó a aceptar el carnet del PCE. <<

[71] Ésta parece haber sido la opinión anarquista, expresada en una conversación con los hermanos González Inestal en 1971 en Madrid. <<

[72] *DR*, L46.112. <<

[73] Azaña, ob. cit., t. IV, pág. 678. <<

[74] Véase Rojo, *Alerta*, págs. 230, 239, 242, para su defensa de la acusación de derrotismo. <<

[75] *DR*, L69, C11. <<

[76] *DR*, L1064, C2. <<

[77] *Alerta*, pág. 25. <<

[78] *DR*, L461, C7: «Esto es algo de tipo psicológico, que resulta difícil de comprender». <<

[79] *DR*, L665 bis. C7, citado por Martínez Bande, *Brunete*, pág. 192. <<

[80] L1064, C2. <<

[81] *DR*, L461,C5. <<

[82] Abad de Santillán, ob. cit., pág. 258, asevera, desde el punto de vista de la CNT, que Rojo no era capaz de hacer frente a sus responsabilidades y que estaba enfeudado a sus consejeros rusos. Pérez Salas, ob. cit., defiende la opinión de algunos oficiales del ejército de que Rojo fue ascendido pasando por encima de hombres más capaces que él. <<

[83] Opinión del jefe de Estado Mayor de Franco, el teniente general Barroso, comunicada por Mr. George Hills, Londres, abril de 1971. <<

[84] *The General Cause*, pág. 332. <<

[85] *Alerta*, pág. 205. <<

[86] La ausencia de biografías críticas o diarios publicados es uno de los mayores obstáculos para el estudio de la guerra civil española, sobre todo en el lado republicano (cf., por ejemplo, el tesoro de informaciones que hay en los diarios de guerra de los generales alemanes). Sólo existe una biografía de Miaja: L. Somoza Silva, *El general Miaja*, México, 1944, y se trata de una biografía sin ningún sentido crítico. El libro de A. López Fernández, *General Miaja, defensor de Madrid*, Madrid, 1975, aporta valiosos datos. Recientemente se ha editado biografías y material semejante sobre Hernández Saravia y Rojo (véase Aroca Mohedano, Martínez Paricio y Rojo, J. A. en la Bibliografía). <<

[87] Martínez Paricio, J, (coord.), *Los papeles del general Rojo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989 págs. 179 y ss. <<

[88] *Gaceta de Madrid*, 4 de julio de 1932. <<

[89] *Gaceta de Madrid*, 15 de octubre de 1935 y 1 de enero de 1936. Fue nombrado jefe de la Brigada destinada en Lérida (*DO* del 15 de octubre de 1935), cesando para quedar a las órdenes del ministro de la Guerra (*DO* del 1 de enero de 1936). Suero Roca (págs. 238-240) discute la cuestión de si tales transferencias de mando fueron debidas a la enemiga de Gil-Robles y de Franco contra Miaja. En general esta autora no coincide con tal tesis. López Fernández (pág. 27) indica que Miaja fue trasladado porque había descubierto una conspiración derechista en Madrid. <<

[90] Miaja sustituyó al general Masquelet entre el 20 de febrero y el 25 del mismo mes. Véase la *Gaceta de Madrid* de esas fechas. <<

[91] *Gaceta de Madrid*, 1 de marzo de 1936. <<

[92] Arrarás, *Cruzada*, t. XVII, pág. 385. <<

[93] *Ibid*. <<

[94] Véase A. Vilanova Fuentes, *La defensa del Alcázar de Toledo*, México, 1963, pág. 108. <<

[95] Bolloten, ob. cit., pág. 237, cita de fuentes privadas que Miaja creía que no tenía sentido oponerse a los rebeldes, cuyo éxito era seguro. <<

[96] Véase la carta antes citada de la hija de Castelló. <<

[97] Bolloten, ob. cit., pág. 30. Pero *cf*. Somoza, ob. cit., pág. 125, que afirma que Miaja estaba furioso al ver que los retrasos burocráticos impedían la entrega de armas. Pero la *Cruzada*, t. XVII, pág. 406, le presenta aliviado ante la decisión de no armar a las Milicias, y L. Romero, ob. cit., pág. 433, cita un cablegrama suyo ordenando que no se entregue ninguna munición sin una orden firmada. <<

[98] H. Thomas, ob. cit., pág. 325, nota. Largo Caballero, ob. cit., pág. 188; Cirre Jiménez, ob. cit., pág. 172, que concluye que Miaja era sencillamente un incapaz. <<

[99] *DR*, L966, C1. <<

[100] Su jefe titular, Martínez Monje, estaba en Albacete organizando los batallones de Voluntarios. <<

[101] López Fernández, pág. 54. <<

[102] Rojo, *Madrid*, págs. 47-48. <<

[103] Colodny, *The struggle for Madrid*, Nueva York, 1958, pág. 170, es de la opinión que Miaja pensaba que el gobierno lo estaba sacrificando. <<

[104] Azaña, ob. cit., t. IV, pág. 678, cita a Negrín: «No sabe por dónde va el frente, no le caben en la cabeza cuatro soldados». A este párrafo sigue la sugerencia de que si Rojo poseyese dotes de mando, sería él el jefe, lo que implica que de hecho Miaja sí que las tenía. Para la opinión de los comunistas, véase Koltsov, ob. cit., pág. 189; Líster, ob. cit., pág. 258, y otros que pueden resumirse en el siguiente comentario de Malinovski, que más adelante sería mariscal, en *BLB*, pág. 20: «Desde el punto de vista de conocimientos militares, era el prototipo del atraso militar». <<

[105] Para una lista completa de sus miembros, véase: Ibárruri, *Guerra y revolución*…, t. II, pág. 155. <<

[106] Somoza, ob. cit., págs. 197 s. <<

[107] *DR*, L968, C1O. Véanse las actas publicadas por J. Aróstegui y J. Martínez, *La Junta de Defensa de Madrid*, Madrid, 1984. <<

[108] Rojo, *Madrid*, pág. 32, elogia a Miaja por su confianza en el Estado Mayor. <<

[109] S. Téry, *Front de la liberté*, París, 1938, pág. 31, consideraba que su buen humor era «difícil de resistir». <<

[110] Casado, ob. cit., págs. 63-64. <<

[111] Azaña, ob. cit., t. IV, pág. 591. <<

[112] *DR*, L968, C1O. <<

[113] Ob. cit., t. IV, pág. 132. <<

[114] López Fernández, págs. 123-124 y H. Thomas, pág. 437. <<

[115] Somoza, ob. cit., pág. 210; Arturo Barea, *La llama*, Buenos Aires, 1951, pág. 292, cita a Miaja diciendo: «Nosotros, los de Madrid, no somos para ellos más que mierda». <<

[116] I. Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa nacional*, pág. 41. <<

[117] Véase Casado (jefe de Operaciones en aquel entonces), ob. cit., págs. 69-73. <<

[118] *DR*, L968, C1O. *Actas de la junta delegada de Defensa de Madrid*. Véase contestación oficial de Miaja a la orden de Largo Caballero para la transferencia de unidades en López Fernández, págs. 235-239. Este autor cree que el episodio fue aprovechado por los ministros comunistas para su campaña contra Largo. <<

[119] El plan de operaciones iba fechado el 22 de abril de 1937. *DR*, L482, C1, citado en Martínez Bande, Brunete, apéndice. Incluía un movimiento hacia *Brunete*, foco de la ofensiva en julio de 1937. *Ibid*., págs. 53-58 donde se da repaso a la cuestión. <<

[120] Rojo, *Alerta*, pág. 98. <<

[121] Azaña, ob. cit., t. IV, pág. 903. <<

[122] *Ibid*., pág. 589. <<

[123] Líster, ob. cit., pág. 288. <<

[124] Véase *CGG*, L277, C11. Para una discusión más amplia, véase el capítulo 9. <<

[125] Casado, ob. cit., pág. 71. <<

[126] En la Junta de Defensa, Miaja había conseguido apaciguar una peligrosa situación cuando uno de sus miembros fue asesinado en la calle por unos incontrolables. Véase *DR*, L968, C1O. <<

[127] *DO*, 16 de abril de 1938. <<

[128] Carta al Foreign Office del cónsul inglés en Valencia (serie 471, W6704/8/41, del 11 de abril de 1939). <<

[129] A. López Fernández, ob. cit., cap. XXII. <<

[130] *Ibid*., pág. 262. <<

[131] Somoza, ob. cit., pág. 267. <<

[132] *BOE*, 13 de febrero de 1939. <<

[133] Líster lo encontró «idiotizado» (ob. cit., pág. 252); Modesto, ob. cit., le considera «un simple». Naturalmente, estas fuentes comunistas atacan a Miaja por su apoyo a Casado. <<

[134] *DO* del Consejo Nacional de Defensa, 15 de marzo de 1939. <<

[135] M. García Venero, *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, París, 1967, pág. 206. <<

[136] *BOE*, 20 de septiembre de 1939. <<

[137] E. Comín, *La República en el exilio*, Barcelona, 1957, pág. 494. <<

[138] J. Gabriel, *La vida y la muerte en Aragón*, Buenos Aires, 1938, pág. 89. <<

[139] Véase Casado, ob. cit., págs. 47-49, y Pérez Salas, ob. cit., pág. 80. Ambos eran progresistas y se pueden considerar acertados sus juicios sobre la mayoría de sus colegas. <<

[140] Ésta era la principal preocupación de Casado en 1939. Pocas personas parecen haber advertido que los oficiales perderían su carrera. <<

[141] Este extremo podría comprobarse si se pudieran consultar los archivos de los tribunales militares. <<

[142] Véase Martín Blázquez, ob. cit., pág. 331; Modesto, ob. cit., pág. 62; Falcón, ob. cit., pág. 113; Buckley, ob. cit., págs. 221, 231. <<

[143] Véase el informe del coronel Salafranca en el capítulo 3. <<

[144] Véase N. Voronov en *BLB*, págs. 75-76; K. Maidanik, ob. cit., pág. 216 y Koltsov, ob. cit., pág. 303. Para la «confesión» de un oficial del Estado Mayor, véase A. Lamas, *Unos… y otros*, Barcelona, 1972. Véase, a este respecto, las observaciones hechas por los asesores soviéticos, en Radosh, S., Habeck, M. y Sevastianov, G., *Spain Betrayed: the Soviet Union in the Spanish Civil War*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2001. <<

[145] *España bajo el comando del pueblo*, Buenos Aires, sf., pág. 51. <<

[146] *DR*, L954, C5 y L968, C1. <<

[147] Los comisarios fueron nombrados, pero no se les reconocía su calidad de tales. Véase Aguirre, *Informe al gobierno central*, citado en Martínez Bande, *Norte*, apéndice, doc. 2. <<

[148] Murga fue fusilado el 14 de noviembre de 1936. Steer, ob. cit., pág. 108. Para Goicoechea, véase Martínez Bande, *Vizcaya*, Madrid, 1971, apéndice, doc. 3. <<

[149] Montaud, jefe del Estado Mayor de Aguirre, aparece destituido en *DO*, 18 de agosto de 1937. Véase Steer, ob. cit., *passim*, para comentarios desfavorables sobre la mayoría de los oficiales.

Para un estudio crítico de la ingeniería militar del Cinturón de Hierro, véase M. Duval, *Les leçons de la guerre d'Espagne*, París, 1938, pág. 138. <<

[150] La principal, aunque no la más fiable, fuente es *The Last Days of Madrid*, de Casado, Londres, 1939; reescrita, con cambios de fechas y énfasis y publicada con el título de *Así cayó Madrid*, Madrid, 1968. Esta obra debe completarse con la ya citada de García Pradas y la publicación parcial de nuevos materiales basados en *CGG*, L277 por R. de la Cierva en *Historia ilustrada de la guerra civil española*, Madrid, 1970; y Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República*, Barcelona, 1973, y *El final de la guerra*, Madrid, 1985. También L. Romero, *El final de la guerra*, Barcelona, 1976, y Bahamonde, A. y Cervera, J., *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 2000. <<

[151] Casado, ob. cit., pág. 172. <<

[152] Castro Delgado, ob. cit., pág. 392; Líster, ob. cit., pág. 99. Ambos libros fueron escritos años después de los hechos <<

[153] Garijo podía desde luego haber sido arrestado conforme a las reglamentaciones del Servicio de Investigación Militar. Aun si su jefe de ejército hubiese hecho alguna objeción, Prieto o Negrín podían firmar una orden en tal sentido. <<

[154] *CGG*, L277, C1O. <<

[155] Cordón, ob. cit., pág. 15. Cordón, que fue subsecretario de la Guerra, se está defendiendo evidentemente a sí mismo de la acusación de no haber sido lo suficientemente precavido y haberse desembarazado en su momento de Garijo <<

[156] Ob. cit., pág. 120. Aunque García Pradas ataca a los comunistas, no defendería nunca a un traidor notorio. La afirmación de J. Hernández, en *La grande trahison*, París, 1953, pág. 153, de que Garijo fue condecorado por Franco después de la guerra no tiene ningún fundamento y no la repiten autores comunistas posteriores. Garijo también causó buena impresión a Tagüeña, que lo conoció en julio de 1937. Véase M. Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, México, 1973, pág. 159. <<

[157] Declaración en el juicio de oficiales rebeldes en la Escuela Central de Tiro (*El Sol*, 4 de septiembre de 1936). <<

[158] Junta clasificadora para el ingreso en el ejército del Personal de Milicias. Véase *Gaceta*, 30 de septiembre de 1936. <<

[159] Ramón Salas, *Historia del Ejército Popular*… págs. 493-494, para detalles de dos equivocaciones por parte del Gabinete de Información y Control. Díaz Tendero había venido clasificando la oficialidad militar desde antes de la guerra (Suero Roca, pág. 148). <<

[160] *DR*, L477, C6. <<

[161] Un caso típico era el comandante Carlos García Vallejo, descrito como «leal provisional» por el Gabinete pero que mandó lealmente las Milicias y llegó a dirigir el XVII Cuerpo. Cordón, (ob. cit., pág. 307), de quien se podía esperar que fuese hostil a García Vallejo porque este último ayudó a Casado en 1939, pensaba, no obstante, que esa clasificación era injusta. <<

[162] Martín Blázquez, ob. cit., págs. 121-122, y Casado, ob. cit., pág. 50. A Díaz Tendero se le impidió investigar los antecedentes de Casado en 1936 gracias a la influencia de los amigos cenetistas de éste (entrevista con S. González Inestal, Madrid, 25 de octubre de 1971). <<

[163] *DO*, 8 de enero de 1937. <<

[164] Era un alférez de Caballería que no figuraba en la escala de 1936. Probablemente procedía de filas. <<

[165] Véase Bolloten, ob. cit., pág. 277. Para su no pertenencia al PCE, Cordón, pág. 288, fuente tendenciosa. <<

[166] *DO*, 13 de octubre de 1936 <<

[167] *The Times*, Londres, 9 de enero de 1937. <<

[168] Martínez Paricio, págs. 92-93. <<

[169] Los mandos de las unidades del Ejército Popular se hallan listados cronológicamente en el utilísimo trabajo de Carlos Engel, *Historia de las Brigadas Mixtas del Ejército Popular de la República*, Madrid, Almena, 1999. <<

[170] *DO*, 13 de diciembre de 1937. <<

[171] Peirats, *CNT*, t. III, pág. 223. <<

[172] *DO*, 8 de abril de 1938. <<

[173] *DO*, 14 de abril de 1938. <<

[174] Abad de Santillán, ob. cit., pág. 272. <<

[175] Ob. cit., t. IV, pág. 752. <<

[176] Por ejemplo, entre abril y septiembre de 1938, ascendieron a tenientes 4208 sargentos mientras 3388 tenientes pasaron a capitanes. (Cálculo en *Nueva España*, 49.ª División, 12 de diciembre de 1938). <<

[177] *CGG*, L93, C1O. <<

[178] *BLB*, pág. 19. <<

[179] *España heroica*, pág. 95. <<

[180] C. Liubarskii, *Nekotorie Operativno-Lakticheskie vivodi iz opita voini v Ispanii*, Moscú, 1939, pág. 69. Citado por Payne, *Spanish Revolution*, pág. 347. <<

[181] *BLB*, pág. 19. <<

[182] Estos informes se hallan en diversos lugares de los archivos del ejército republicano. Los reproduce Martínez Bande en *Brunete*, Docs. 9-13, y también R. Casas, *Brunete*, Madrid, 1967, apéndice 1. <<

[183] *CGG*, EM Central, Sección de Información, 30 de noviembre de 1937. Se refiere a Joaquín Pérez Salas. <<

[184] Obs. cits. <<

[185] Ob. cit., págs. 275 s. <<

[1] 18 de agosto, 3, 16 y 22 de septiembre, 10 de octubre de 1936. <<

[2] Véase, en particular, la *Gaceta* del 14 de septiembre de 1936. <<

[3] El 19 de julio de 1936, fecha del alzamiento en la Península, fue el día que se consideró como operativo a todos los efectos. <<

[4] *DO*, 27 de marzo de 1937. <<

[5] *DO*, 30 de noviembre de 1936. <<

[6] *DO*, 11, 12, 13 de enero de 1937. <<

[7] *DO*, 22 de octubre de 1937. <<

[8] *DO*, 3 de junio de 1938. <<

[9] *DO*, 18 de febrero de 1937. <<

[10] Cordón, ob. cit., pág. 240. <<

[11] Peirats, *CNT*, t. III, pág. 231. <<

[12] Para Matallana y Jurado, véase *DO* del 19 de agosto de 1938. <<

[13] Casado, ob. cit., pág. 149 y *DO* del Consejo Nacional de Defensa, 15 de marzo de 1939. <<

[14] Para los cambios de mandos, véase el apéndice 14. <<

[15] Sanz, ob. cit., pág. 258. <<

[16] Peirats, *CNT*, t. III, pág. 105. <<

[17] Azaña, ob. cit., t. IV, pág. 784. <<

[18] *Ibid*., pág. 84. <<

[19] *Ibid*., pág. 84. <<

[20] *DO* del Consejo Nacional de Defensa, 15 de marzo de 1939. <<

[21] Cordón, ob. cit., pág. 470. <<

[22] Zugazagoitia, ob. cit., t. II pág. 258. <<

[23] Casado, ob. cit., pág. 154. <<

[24] Hidalgo de Cisneros, ob. cit., t. II, pág. 147 (se trata, reconocidamente, de una fuente muy secundaria, escrita por el jefe comunista de las fuerzas aéreas republicanas). <<

[25] Castro Delgado, ob. cit., pág. 485. Una vez más, las afirmaciones de este renegado comunista son dudosas. Véanse los comentarios al respecto de Suero Roca, ob. cit., pág. 40. <<

[26] Modesto, ob. cit., pág. 112; Líster, ob. cit., pág. 110. <<

[27] Rojo, *Alerta*, pág. 183. Parece ser que Rojo destituyó a Sarabia a causa de la tensión que había entre éste y Modesto, originada posiblemente en la batalla del Ebro, cuando Sarabia se había quejado del anarquista Sanz (ob. cit., pág. 237) sobre que no conseguía controlar adecuadamente el ejército del Ebro de Modesto. Según Azaña (ob. cit., t. III, págs. 536-538), una vez al otro lado de la frontera francesa, Sarabia se encontraba sin un céntimo y en peligro. <<

[28] Para la incapacidad de Jurado, véase *DR*, L669, C3. Informe sobre el XVIII Cuerpo (al mando de Jurado) en Brunete. Contrástese su triunfo en Guadalajara (Suero Roca, págs. 346-348). <<

[29] *DO*, 5 de mayo de 1938. <<

[30] El suyo fue uno de los últimos ascensos, *DO*, 26 de enero de 1939. <<

[31] Ob. cit., t. IV, pág. 889. <<

[32] *DO*, 15 de septiembre de 1938. <<

[33] *DO*, 19 de agosto de 1938. <<

[34] Azaña, ob. cit., t. IV, pág. *898*. <<

[35] *DO*, 30 de noviembre de 1936. <<

[36] La expectativa de vida de un teniente inglés en campaña en 1914-1918 era de diez días. En el ejército sublevado se decía que un alférez provisional era «cadáver efectivo». <<

[37] *DR*, L669, C3, citado por Martínez Bande, *Brunete*, Doc. 3. <<

[38] Azaña, ob. cit., t. IV, págs. 712-713. <<

[39] *Ibid*., t. IV, pág. 691. <<

[40] Citado en J. Martínez Reverte, *La batalla del Ebro*, Barcelona, Crítica, 2003, pág. 151. <<

[41] *DR*, L481, C4. <<

[42] V. Rojo, «Instrucciones generales para el desarrollo de la maniobra ofensiva de conjunto», 21 de septiembre de 1937. <<

[43] *DR*, L462, C1. <<

[44] 42.ª Brigada, *Instrucciones generales para oficiales*, sl., sf. <<

[45] *Gaceta*, 16 de septiembre de 1936. <<

[46] *Gaceta*, 5 de octubre de 1936: «No siendo de urgente necesidad el reclutamiento de oficialidad dispuesto por el decreto …». <<

[47] *DR*, L477, C6. <<

[48] *Gaceta*, 23 de septiembre de 1936. Para Bueno, véase *El Sol*, 25 de septiembre de 1936. <<

[49] *Gaceta*, 26 de julio de 1936. <<

[50] R. Salas en Carr, ob. cit., pág. 162, calcula que hubo unos 1500 oficiales retirados en el ejército republicano. Según los cálculos descritos en mi apéndice 11, esta cifra debe considerarse como máxima y es muy probable que incluya a los suboficiales reservistas. En el Norte, se presentaron poquísimos (*DR*, L853, C3 y Arrarás, *Cruzada*, t. XXVI, pág. 261, sobre San Sebastián). <<

[51] Por ejemplo, L. de Bazal, ob. cit., pág. 163. <<

[52] *Gaceta*, 29 de septiembre de 1936. <<

[53] *DO*, 15 de febrero de 1937. <<

[54] A. L. Strong, *Spain at arms*, Nueva York, 1937, pág. 41. <<

[55] Ibárruri, *et al.*, *Guerra y revolución*…, t. II, pág. 185. <<

[56] Líster en *Milicia Popular*, 4 de septiembre de 1936. <<

[57] *DO*, 25 de mayo de 1937. Santiago Aguado Calvo, durante un tiempo jefe de la 100.ª Brigada de la 11.ª División, era brigada de Carabineros (*Gaceta* del 6 de diciembre de 1935). Pero figuraba en la escala de Milicias. <<

[58] Los primeros días de la guerra, los jefes de batallón de las Milicias fueron denominados comandantes, pero el Decreto del 30 de noviembre de 1936 que establecía nuevas graduaciones afirmaba que incluso los oficiales profesionales utilizarían la denominación de «mayor». (A pesar de ello, muchos documentos utilizaban ambas denominaciones indistintamente). Es posible que el cambio se produjese a causa del término «mayor» utilizado en el ejército español para designar al comandante de más antigüedad de un regimiento, responsable de la contabilidad del mismo. Como los batallones de Milicias tenían que disponer obligatoriamente de un pagador, que en la mayoría de los casos era el propio comandante, puede que se utilizase el término de «mayor» para referirse a él y que de ahí pasase a otros oficiales al mando de batallones y de esa graduación. <<

[59] Véase el apéndice 12 para las listas de mando. <<

[60] *Cómo y por qué*, *passim*. Véase también L. Fischer, ob. cit., pág. 431, que, repitiendo las opiniones comunistas, afirma que Prieto se negaba a ascender a Modesto y Líster a causa de los «reglamentos». <<

[61] *DO*, 5 de enero de 1938. <<

[62] Estos documentos oficiales se hallan en *DR*, L1064, C2. Véase R. Salas, pág. 1654 y Líster, pág. 179. <<

[63] *DR*, L461, C9. Cablegrama del Ejército del Centro. Prieto estuvo conforme, pero señaló que los reglamentos prohibían todo ascenso más allá de comandantes. <<

[64] I. Prieto, *Convulsiones de España* (1942), México, ed. 1968, págs. 202 s. <<

[65] Mera, Beltrán y Durruti fueron ascendidos en el *DO* del 29 de abril de 1938. Para las biografías, véase apéndice 13. <<

[66] Para estos ascensos, véase *DO*, 5 de mayo de 1938. <<

[67] Koltsov, ob. cit., pág. 397 y, desde el punto de vista opuesto, Martínez Bande en *Historia y Vida*, n.º CVII, diciembre de 1972. <<

[68] *DR*, L969, C14. <<

[69] *DO*, 13 de agosto de 1938 y *DO* del 2 de septiembre de 1938. <<

[70] Números no encontrados, pero se refiere a ellos el *DO* del Consejo Nacional de Defensa del 15 de marzo de 1939. <<

[71] *DO*, 26 de agosto de 1938, con antigüedad del 25 de julio de 1938 (principio de la batalla). <<

[72] Creada el 23 de septiembre de 1937 (*DO*). <<

[73] *DR*, L461, C8. La circular de Prieto da una extensa justificación del cambio y requiere cooperación para Pérez Salas. Evidentemente, este último era impopular. <<

[74] J. Pérez Salas, ob. cit., págs. 162 s. <<

[75] Peirats, *CNT*, t. III, pág. 103, habla de su «conocida incapacidad y falta de confianza». <<

[76] Pérez Salas, ob. cit., pág. 186. <<

[77] *DR*, L461, C6. <<

[78] *Ibid.* <<

[79] Rojo, *Madrid*, pág. 120. <<

[80] Rojo, *Alerta*, pág. 169. JP, un oficial del EM de Rojo, que conoció a todos los principales oficiales del ejército del Ebro y del EM Central, confirma la opinión de Rojo y subraya que la capacidad de Modesto era considerada elevada no sólo para un oficial de Milicias sino también en comparación con los profesionales (conversación en Madrid, 9 de noviembre de 1971). <<

[81] Ob. cit., pág. 4. <<

[82] *Ibid*., pág. 8. <<

[83] E. Comín, *La República en el exilio*, pág. 365; Líster, ob. cit., pág. 22; Códex, *Crónica de la guerra española*, Buenos Aires, 1966, t. III, pág. 434; y Steer, ob. cit., pág. 316. <<

[84] Modesto, ob. cit., pág. 8. <<

[85] *Ibid*., pág. 32. <<

[86] *Ibid*., pág. 38. <<

[87] *Ibid*., pág. 60. <<

[88] *Ibid*., pág. 70. También *DR*, 969, C14. <<

[89] *Ibid*., pág. 72. <<

[90] JP (entrevista citada). «Modesto» era su «nombre de guerra». Su nombre real era Juan Guilloto León. Tagüeña, empero, lo encontró frío y sarcástico, aunque correcto (ob. cit., pág. 188). <<

[91] Modesto, ob. cit., pág. 94. <<

[92] Líster, ob. cit., pág. J22; Modesto, ob. cit., pág. 95. <<

[93] Meretskov no menciona este incidente en su artículo en *Voprosii Istorii*, Moscú, diciembre de 1967. <<

[94] *DR*, L482, C1, citado por Martínez Bande, *Brunete*, Doc. 4. <<

[95] *DR*, L669, C3. <<

[96] Modesto, ob. cit., pág. 105. <<

[97] Véanse, por ejemplo, varios informes en Casas, ob. cit., apéndices. <<

[98] Líster, ob. cit., pág. 145. <<

[99] Azaña, ob. cit., t. IV, págs. 712-713. <<

[100] Azaña, ob. cit., t. IV, pág. 759. <<

[101] Cordón, ob. cit., págs. 362 s. <<

[102] Valentín González, *Listen Comrades*, Londres, 1952, pág. 24. <<

[103] Modesto, ob. cit., págs. 150-151. <<

[104] Confirmado por JP, entrevista citada. <<

[105] Líster, ob. cit., pág. 224. <<

[106] *CGG*, L285, C36. <<

[107] *DO*, 14 de abril. <<

[108] *DR*, L471, C6; L482, C3 y *CGG*, L285, C36. <<

[109] Modesto, ob. cit., pág. 167. <<

[110] El 30 de mayo de 1938. *DR*, L795, C1. <<

[111] Modesto, ob. cit., pág. 170. <<

[112] Sanz, ob. cit., pág. 237. <<

[113] Carta de Rojo a Matallana 26 de julio de 1938, citada por Martínez Reverte, J., *La batalla del Ebro*, pág. 120. <<

[114] Modesto, ob. cit., págs. 245-246. <<

[115] Véase el interesante y valioso estudio de L. M. Mezquida, *La batalla del Ebro*, 3 vols., Tarragona, 1963-1970. La recuperación del material fue confirmada en un informe de una reunión ministerial anotado por Azaña en su diario (ob. cit., t. IV, pág. 893). <<

[116] Carta del 28 de noviembre de 1970. <<

[117] Líster, ob. cit., pág. 249. Modesto hizo el viaje con él. <<

[118] El Decreto no se publicó. Véase R. Salas, *Historia del Ejército Popular*, págs. 2332-2334 que discute la cuestión de los ascensos y nombramientos de esos días. Véase también Casado, *Así cayó Madrid*, pág. 140. <<

[119] Para una descripción más bien cínica de los dirigentes del PCE en Elda, véase Castro Delgado, ob. cit., págs. 650-653. <<

[120] Líster, ob. cit., pág. 257. <<

[121] Vilanova, *Los olvidados*, pág. 471. <<

[122] Comín, *La República en el exilio*, págs. 367 s. <<

[123] Todas estas informaciones biográficas me las proporcionó amablemente el propio doctor Tagüeña en carta del 28 de noviembre de 1970. <<

[124] O quizás porque no se consideró que tuviese mucha importancia. <<

[125] Era viuda, lo que seguramente reduciría el servicio militar de su hijo. <<

[126] *DR*, L1335. <<

[127] Carta citada y *El Sol*, 16 de septiembre de 1936. <<

[128] Carta citada y *DR*, L1335. <<

[129] Carta, 24 de abril de 1971. <<

[130] Carta, 4 de abril de 1971. No da el título de la fuente rusa, y Malinovski, en *BLB*, pág. 53, menciona el traslado pero no con tales elogios. <<

[131] Modesto, *ob. cit.*, pág. 167, quien subraya que Rojo estuvo de acuerdo con la designación y describe cómo Tagüeña y Líster tuvieron noticia de sus nombramientos en presencia de Rojo. Esta afirmación la hace evidentemente Modesto para defenderse de las acusaciones de hacer nominaciones sin autoridad para ello. <<

[132] J. Henríquez Caubín, ob. cit., pág. 109. <<

[133] JP, entrevista citada. Los fusilados eran amigos de JP, lo que condiciona sus afirmaciones. <<

[134] J. Henríquez Caubín, ob. cit., apéndice. <<

[135] Carta citada. <<

[136] W16462/84/81. 14 de diciembre de 1938. Este comentario resulta menos informativo de lo que cabría esperar de un jefe militar que tenía posibilidades de hacer un análisis más penetrante y significativo del grupo de Ejércitos de Cataluña. Pero no se hacían publicaciones de ese tipo en Gran Bretaña: los comentarios se encomendaban a los corresponsales de los diarios y revistas, ocasionalmente revisados por un «experto», pero los artículos de las revistas militares especializadas y de regimientos no dan muestras más que de un interés superficial y paternalista por la guerra de España y desde luego no muestran la menor preocupación por los problemas peculiares del ejército republicano. <<

[137] Carta citada. Modesto, ob. cit., pág. 273. <<

[138] Casado, *Last pays*, pág. 134; Líster, ob. cit., pág. 254, sin mencionar a Tagüeña, escribe que a Vega y F. Galán se les dieron los mandos de Alicante y Cartagena, lo que indica que Tagüeña fue destinado a Murcia. <<

[139] Carta citada. <<

[140] Arrarás, *Cruzada*, t. XVII, pág. 420. <<

[141] M. González Inestal, Madrid, noviembre de 1971. Mera, (ob. cit., pág. 69) subrayó en presencia del general García Gómez Caminero en Valencia que en cuestiones de política sólo obedecía a la CNT. Esto ocurrió en octubre de 1936. El 17 de noviembre, le dijo a Durruti en Madrid que la autodisciplina tenía que dar paso a la disciplina sin más (ob. cit., pág. 89). Explicó su actitud en un discurso público, reproducido en la pág. 116 de su obra. <<

[142] Martínez Bande, *Aragón*, pág. 71. <<

[143] Rojo, *Madrid*, pág. 105. El relato de Mera (ob. cit., pág. 112) explica que su nombramiento partió de la CNT, siendo refrendado por el general Miaja. <<

[144] Martínez Bande, citando *DR*, L923, C9, en *La lucha en torno a Madrid*. Doc. 7. <<

[145] Modesto, ob. cit., pág. 118. <<

[146] Véase Bolloten, ob. cit., pág. 251, citando la prensa anarquista. <<

[147] González Inestal, entrevista citada. <<

[148] *DR*, L461, C9. Véase la nota 67 de este mismo capítulo. <<

[149] Martínez Bande, *Brunete*, pág. 197, n. 241. <<

[150] Mera fue ascendido en *DO*, 4 de abril de 1938. <<

[151] García Pradas, ob. cit., pág. 70. <<

[152] Modesto, ob. cit., pág. 286. <<

[153] Líster, ob. cit., pág. 260. <<

[154] Un estudio más detallado permite asegurar que las unidades con las cuales construyó Liberino González, siguiendo órdenes de Casado, su cuerpo de Maniobra, a base del Cuerpo mandado por Mera se encontraban en la reserva, y no en la línea del frente. Véase Ramón Salas, ob. cit., t. II, pág. 2339, nota. <<

[155] AR, comisario de Brigada y, durante breve tiempo, de Cuerpo, del Ejército del Centro, estaba seguro de que la CNT y Mera no tenían el menor atisbo de los planes de negociación de Casado (entrevista en Londres, mayo de 1973). Véase nota 103 del capítulo 9. <<

[156] La mayor parte de esta información procede de las memorias inéditas de García Vivancos, que me ha prestado amablemente M. González Inestal. <<

[157] Max Rieger, *Espionnage en Espagne*, París, 1938, *passim*. Es la principal publicación anti POUM. <<

[158] Cordón (jefe del EM del ejército del Este en aquel entonces), ob. cit., pág. 349. <<

[159] Líster, ob. cit., pág. 161. <<

[160] *CGG*, L371, C8. <<

[161] *Ibid*. Véase también el estudio de la 25.ª División en Teruel hecho por R. Casas (*Índice*, CCLXIII-CCLXIV, Madrid, febrero de 1970). <<

[162] J. Salas, ob. cit., pág. 302. <<

[163] *Gaceta*, 11 de agosto de 1936. Véase J. M. Gárate, *Tenientes en campaña*, Madrid, 1976. <<

[164] J. M. Soler, *La guerra en el frente de Aragón: junto a la línea de fuego*, Barcelona, 1937, pág. 168; M. (Domingo) Benavides, *Guerra y revolución en Cataluña*, México, 1946, págs. 314-315. <<

[165] *Ibid*. <<

[166] *Ibid*. <<

[167] A. Artís-Gener, *556 Brigada mixta*, México, 1946, págs. 100-102. <<

[168] Voronov en *BLB*, pág. 101. <<

[169] *Ibid*., pág. 100. <<

[170] *International Press Correspondence*, 19 de diciembre de 1936. <<

[171] *DO*, 27 de noviembre de 1936. <<

[172] *DO*, 9 de diciembre de 1936. <<

[173] *DR*, L519, C3. <<

[174] También parece indicar que el sistema educativo en boga no capacitaba a los estudiantes para enfrentarse a un buen conjunto de ejercicios de tipo sorprendentemente moderno. <<

[175] Información del teniente coronel Cano, agregado militar a la embajada española en Londres. <<

[176] Información de EGF, estudiante de ingeniería en 1936 y uno de los primeros oficiales de Artillería graduados en la escuela de Lorca. <<

[177] L. de Bazal, ob. cit., págs. 155, 159. <<

[178] *Ibid*., pág. 162. <<

[179] *DO*. <<

[180] *DR*, L519, C2. <<

[181] *DO*, 18 de diciembre de 1936. Véase Martínez Bande, *Norte*, pág. 165 y nota sobre la proliferación de pequeñas academias en el Norte. <<

[182] Gámir, general M., ob. cit., t. II, pág. 39. <<

[183] Carta de Aguirre a Prieto, 10 de junio de 1937, *DR*, L54, C8, citada en M. Bande, *Vizcaya*, Doc. 9. <<

[184] *DO*, 24 de mayo de 1937. <<

[185] *DO*, 16 de diciembre de 1936. <<

[186] *DO*, 22 de noviembre de 1938. <<

[187] *DO*, 2 de octubre de 1938. <<

[188] *DO*, 22 de noviembre de 1938. <<

[189] *DR*, L968, C2. <<

[190] *DR*, L575, C2. Cable a Matallana, jefe del EM del Grupo de Ejércitos.
<<

[191] JP, capitán de EM, se presentó al curso, pero no consiguió pasar la segunda parte del examen, ingresando al segundo intento. Había ocupado un alto cargo académico (entrevista citada). <<

[192] *DO*. <<

[193] Azaña, ob. cit., t. IV, pág. 840. <<

[194] *DR*, L506, 25 de julio de 1938. En Artillería, había exactamente 19 ya ascendidos a capitán más 907 tenientes. En total, 926. Según los cálculos de Gárate (pág. 77) el escalafón no incluía a 793 bajas anteriores a la fecha ni a 2225 tenientes graduados después, los cuales elevarían el total a 9458. Sin embargo, muchas de tales bajas se deberían a eliminar admitidos y no graduados y a otros dados de baja por deserción. Además las promociones posteriores han debido ser en base de gran urgencia. <<

[195] Payne, *Politics*…, pág. 309, nota. <<

[196] Foreign Office, Serie 471, W16269/83/41, 12 de diciembre de 1938. <<

[197] *DR*, L519, C2. <<

[198] *Memoria del Batallón de Instrucción*, Ejército del Norte, Noreña (Asturias), 1937. *Obligaciones por las que han de regirse los oficiales y clases instructores afectos a esta escuela*, Noreña, 1937. <<

[199] 44.ª Brigada, *Escuela de cabos y sargentos*, Madrid, ¿1937? <<

[200] *DR*, L68, C3. Plan firmado por Rojo el 22 de diciembre de 1936. Para la descripción de un curso, véase el apéndice 15. <<

[201] *DO*, 25 de diciembre de 1937. <<

[202] Academia preparatoria socialista para el ingreso en las escuelas populares de guerra. <<

[203] *DR*, L519, C3. <<

[204] Véase Voronov y Krivoshein, en *BLB*, págs. 99-321. <<

[205] *Ibid*., pág. 325. <<

[206] *DR*, L474-1, C6. <<

[207] *DO*, 12 de octubre de 1938. <<

[208] 25 de marzo de 1937. <<

[209] Gámir, general M., ob. cit., t. II pág. 297. <<

[210] José Llordés, soldado nacional, da una buena descripción de la Escuela de Sargentos de San Roque (Cádiz), en *Al dejar el fusil*, Barcelona, 1968, págs. 185 s. <<

[211] *DO*, 30 de noviembre y 21 de octubre de 1936. <<

[212] *DO*, 31 de octubre de 1936. Véase Martínez Bande, *Brunete*, fotografía de nueva insignia frente a pág. 32. Véase también, Flores Pazos, C., y Recio Cardona, R., *Uniformes y Pertrechos: Ejército Popular Republicano 1936-1939*, Madrid, Almena, 1997. <<

[213] Este saludo fue prescrito por una orden aparecida en el *DO* el 7 de octubre de 1936. <<

[214] *DO* del Consejo Nacional de Defensa, 17 de marzo de 1939. <<

[215] Martínez Bande, *Norte*, pág. 152. <<

[216] H. Buckley, ob. cit., pág. 226. <<

[217] J. Last, *The Spanish tragedy*, Londres, 1939, pág. 161. <<

[218] *DO*, 19 y 26 de julio de 1937. <<

[1] Rojo, *Madrid*, pág. 139. Véase también J. Álvarez de Vayo, *Freedom's battle*, Londres, 1940, pág. 124. <<

[2] Comandancia de Milicias, *Un esfuerzo en 1936*, Madrid, 1937, *passim*. <<

[3] *Milicia Popular*, 28 de agosto de 1936. Para más detalles sobre la intensa actividad de los Comités, véase el capítulo 3. <<

[4] *International Press Correspondence*, 10 de octubre de 1936. <<

[5] *Milicia Popular*, 23 de septiembre de 1936. <<

[6] Véase el capítulo 3. <<

[7] *El Sol*, 16 de septiembre de 1936. <<

[8] Bayo, *ob. cit*., págs. 92-93, 95, 99, 103-104, 138 y *DN*, L8, C1, citado por Martínez Bande, *Aragón*, Doc. 4. <<

[9] Para los decretos correspondientes, véase *Gaceta*, 16 y 17 de octubre de 1936. <<

[10] Véase, en especial, Rojo, *Alerta*, pág. 939. <<

[11] *Gaceta*, 16 de octubre de 1936. <<

[12] *Ibid*. <<

[13] *Gaceta*, 18 de octubre de 1936. <<

[14] El Partido Sindicalista fue resultado del Manifiesto de los Treintistas, 30 dirigentes de la CNT que pensaban que había que neutralizar el extremismo de la FAI o tendría lugar una peligrosa contrarreacción. <<

[15] Información proporcionada por los hermanos González Inestal, entrevistas citadas. Álvarez del Vayo, ob. cit., pág. 125, confirma que los partidos no comunistas y sindicatos tuvieron poco interés por el Comisariado. <<

[16] Más adelante, fueron nombrados los republicanos Doporto y Templado.
<<

[17] *Historia y Vida*, n.º LV, octubre de 1972. Confirmado por carta personal del 28 de abril de 1973. <<

[18] La afirmación de James Cleugh (*Spanish fury*, Londres, 1962, pág. 80) de que el decreto surgió como resultado directo de una conversación entre Largo y el embajador soviético no cuenta con pruebas convincentes. <<

[19] Malinovski, en *BLB*, pág. 19. <<

[20] *Gaceta*, 17 de octubre de 1936. <<

[21] *Gaceta*, 25 de noviembre de 1936. <<

[22] *Gaceta*, 12 de febrero de 1937. <<

[23] Mezquida, ob. cit., t. II pág. 67. <<

[24] Líster, ob. cit., pág. 278; Ibárruri, *Guerra*…, t. II, pág. 127; Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo*, Bucarest, 1964, t. II, pág. 195. <<

[25] Koltsov, ob. cit., págs. 112-142. <<

[26] *International Press Correspondence*, 24 de diciembre de 1936. <<

[27] F. Antón, *Madrid, orgullo de la España antifascista*, Valencia, 1937, citado en Payne, *Spanish revolution*, pág. 332. <<

[28] Maidanik, ob cit., pág. 310. <<

[29] Álvarez del Vayo, ob. cit., pág. 125. <<

[30] *Gaceta*, 6 de octubre de 1937. <<

[31] Miguel González Inestal, entrevista, Madrid, 18 de noviembre de 1971.
<<

[32] *Gaceta*, 16 de abril de 1937, y reproducción los tres días siguientes en el *Boletín Circular del Comisariado de Guerra* (*DR*, 1480, C6). <<

[33] *DO*, 22, 25 y 26 de mayo de 1937. <<

[34] *Ibid*., 22 de junio de 1937. <<

[35] *Ibid*., 8 de octubre de 1937. <<

[36] Prieto, *Cómo y por qué*…, pág. 35. <<

[37] *DO*, 18 de noviembre de 1937. <<

[38] Largo, ob. cit., págs. 211-213. *DO*, 10 de octubre de 1937. <<

[39] Los hombres pertenecientes a las quintas de 1932 a 1935 habían sido llamados en septiembre de 1936; las quintas de 1937 a 1939 lo fueron en septiembre de 1937. En marzo y mayo se había convocado a las quintas de 1931 y 1936. <<

[40] Citado parcialmente en Ibárruri, *En la lucha*, Moscú, 1968, pág. 214. <<

[41] Prieto, *Cómo y por qué*…, pág. 31. <<

[42] *Gaceta*, 23 de junio de 1937. <<

[43] *Ibid*. Debo estas aclaraciones a Miguel González Inestal. <<

[44] *DR*, L481, C3. <<

[45] *DR*, L481, C3. <<

[46] F. Antón, *El Comisariado en el Ejército Popular*, Madrid, sf. Esta fuente comunista la confirma el comisario anarquista Miguel González Inestal (entrevista, Madrid, 25 de octubre de 1971). <<

[47] Azaña, ob. cit., t. IV, pág. 786. <<

[48] *DO*, 26 de noviembre de 1937. <<

[49] *DO*, 15 de diciembre de 1937. <<

[50] *DO*, 17 de enero de 1938. <<

[51] Orden del 12 de abril de 1938, citada en: Comisariado del I Cuerpo, *Recopilaciones de las disposiciones más importantes sobre el Comisariado general de Guerra*, Madrid, 1938. <<

[52] Véase Prieto, *Convulsiones de España*, y Hernández, ob. cit. <<

[53] *DO*, 2 de mayo de 1938. <<

[54] Carta de Miguel González Inestal, que tuvo trato frecuente con todos estos funcionarios. <<

[55] *DO*, 19 de agosto de 1938. <<

[56] *Ibid*. <<

[57] *DO*, 30 de abril de 1938. <<

[58] *DO*, 19 de septiembre de 1938. <<

[59] Correspondencia Prieto-Negrín. *Índice*, n.º cit. <<

[60] Castro Delgado, ob. cit., pág. 585. <<

[61] Carta de Miguel González Inestal, 25 de febrero de 1973. La afiliación política de los comisarios del Ejército del Este (José Ignacio Mantecón), y del Centro (Fernando Piñuela), no era al PCE, según el comisario del V Cuerpo de Ejército, Santiago Álvarez. Véase S. Álvarez, pág. 186. <<

[62] *DO*, 11 de diciembre de 1938. <<

[63] *DO*, 14 de diciembre de 1938. <<

[64] *DO*, 12 de diciembre de 1938. <<

[65] *DO*, 14 de diciembre de 1938. <<

[66] Aunque algunos cenetistas, retrospectivamente, pensaron que la elección del sustantivo en cuestión fue demasiado coincidente. <<

[67] *DR*, 480 C1, 30 de diciembre de 1936. <<

[68] *DO*, 26 de diciembre de 1938. Merino, el jefe de la División, había sido ascendido previamente durante la batalla del Ebro. <<

[69] *DO*, 15 de diciembre de 1938. <<

[70] *DO*, 6 y 7 de enero de 1937, con ilustraciones. Véase también *Revista de Historia Militar*, n.º XVII, Madrid, 1964, pág. 73. <<

[71] *DO*, 19 de febrero de 1937. <<

[72] Córdova Iturburu, ob. cit., pág. 106. <<

[73] Por ejemplo: Comisariado general de Guerra, *ABC del Comisario*; 3.ª División, sf.; Comisariado de la 48.ª División, *Guiones del trabajo del Comisario*, pág., sf.; Partido Comunista Español, *Instrucciones a los Comisarios políticos, mandos militares y milicianos en general*, Bilbao, 1937; Comisariado de la zona Central, *Instrucciones a los delegados de Compañía respecto a su misión en período de combate*, Valencia, 1938. (Se trata de unos cuantos que hemos visto, pero han sobrevivido otros muchos de la gran cantidad de folletos publicados). <<

[74] Véase *ABC del comisario*. <<

[75] Véase *Guiones del trabajo del comisario*. <<

[76] *DR*, L481, C4. <<

[77] Para Sáez Aranaz, véase *DR*, L575, C2. El Gabinete de Información y Control no había tenido muy buen concepto de él. Para Heredia, véase Modesto, ob. cit., pág. 156 y Malinovski, en *BLB*, pág. 51. Las acusaciones en contra suya podrían, sin embargo, deberse únicamente a la hostilidad de los comunistas. <<

[78] *DR*, L481, C4. <<

[79] *DR*, L968, C14, 6 de diciembre de 1936. <<

[80] *DR*, L474, C6, 9 de febrero de 1937. <<

[81] La defensa de los pequeños agricultores fue el consejo dado por los dirigentes soviéticos a Largo Caballero en su carta del 21 de diciembre de 1936, y en ello estuvo de acuerdo Largo Caballero, quien reconoció que se habían producido excesos al respecto. Para el texto, véase Ibárruri, *Guerra*…, t. II, págs. 101-103. <<

[82] *DR*, L481, C1. <<

[83] Citada en *International Press Correspondence*, 8 de mayo de 1937, y objeto de una circular en el *Boletín del Comisariado General de Guerra*. <<

[84] Véase V. Palacio Atard, *Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España*, serie 2 (periódicos), vol. 1, Madrid, 1967, para una lista de publicaciones de unidades conservadas en el Servicio Histórico Militar y en la Hemeroteca Municipal de Madrid. <<

[85] *DR*, L480, C7. <<

[86] *DR*, L480, C4. Véase también J. Bertrán y Musitú, ob. cit., pág. 38. <<

[87] *DR*, L480, C4. <<

[88] Azaña, ob. cit., t. V, pág. 897. Una de las conferencias se titulaba «Ulises y la guerra». <<

[89] *El Combate*, de la 2.ª columna faísta, días alternos, Caspe y más adelante Híjar. <<

[90] *Veinticinco División*, semanal, Híjar.

El Erente, de la 26.ª División, de aparición irregular, sl.

La Trinchera, de la 27.ª División, aparición irregular, sl. <<

[91] *Acero*, del V Cuerpo, mensual, sl. <<

[92] 11.ª División, *Pasaremos*, Caspe, después *Frente del Este*, semanal. <<

[93] Comisariado del ejército de Extremadura, *El Frente*, diario. <<

[94] *DR*, L473, C4. Investigación dirigida por el general Asensio sobre el ejército de Extremadura tras las pérdidas de julio de 1938. <<

[95] F. Jellinek, *The Civil War in Spain*, Londres, 1938, págs. 455-456. <<

[96] Castro, ob. cit., pág. 303. <<

[97] Cónsul británico en funciones en Madrid, F0371, W11897/29/41, 24 de agosto de 1938. <<

[98] Dr. Astro, *Consejos a los milicianos*, Barcelona, sf.; F. Martí-Ibáñez, *Mensaje eugénico a los trabajadores*, Madrid, 1937; Dr. Fuente Hita, *Salud del combatiente*, Madrid, sf. <<

[99] 1.er Batallón, 29.ª Brigada, *Combate*, sl., 15 de mayo de 1937. <<

[100] L795 C1. Ejército del Ebro, *Orden general*. <<

[101] Emilio Mira, *Psychiatry at war*, Londres, 1944, págs. 72 s. y 116. El autor era un prominente psiquiatra del ejército republicano. <<

[102] Según el comisario del ejército de Extremadura (*DR*, L473, C4), la 63.ª Brigada había estado en el frente durante dieciocho meses. <<

[103] No hemos encontrado pruebas concretas sobre enfermedades venéreas, entre las tropas franquistas y puede que la publicidad que se le dio al asunto en la prensa del ejército republicano y en otros medios de comunicación contribuyese a la creencia de que estaban más extendidas en ese ejército. En cualquier caso, aún en el verano de 1937 había una prostituta que actuaba de miliciana en la sección de Transmisiones del cuartel general del XXI Cuerpo, y es improbable que el suyo fuese un caso aislado (información proporcionada por JDP, recluta en esa unidad). <<

[104] *Milicia Popular*, 11 de septiembre de 1936. <<

[105] *Ibid*., 18 de septiembre de 1936. <<

[106] Véase el detallado estudio de Cobb, Christopher, *Los milicianos de la Cultura*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1995, pág. 27. <<

[107] F. Antón, *El Comisariado en el Ejército Popular*, Madrid, sf., pág. 31.
<<

[108] *DO*, 3 de febrero de 1937. <<

[109] United Editorial, *Spain at war* (después, *The voice of Spain*), Londres, 1938-1939, n.º 11, mayo de 1938. <<

[110] Hernández, ob. cit., pág. 114. El autor fue ministro de Instrucción Pública durante la primera parte de la guerra. Cobb, pág. 108, a base de un estudio detallado, cree que la cifra podría ascender a 100 000. <<

[111] Véase *Spain at war*, mayo de 1938 y *Bibliothèques du front et de l'arrière en l'Espagne Républicaine*, Barcelona, sf. <<

[112] Mezquida, ob. cit., t. III, pág. 59. <<

[113] «Hay que evitar ser tan bruto como el soldado Canuto», publicado por *La Voz del Combatiente*, Madrid, 1937. <<

[114] Líster, ob. cit., pág. 63. <<

[115] *Manual del miliciano*, Barcelona, 1937. <<

[116] 17.ª División, *Firmeza*, aparición irregular, Guadalajara, octubre de 1938. <<

[117] Véase por ejemplo Comisariado de Guerra, *Datos sobre la utilización de la Infantería en el combate*, Guadalajara, 1937; Comité militar PSUC-UGT, *Cómo luchar para vencer*, Barcelona, 1937; XXI Cuerpo, *Programa de Instrucción*, Batallón, Compañía, Valencia, 1937. <<

[118] Véase *DR*, L795, C13; Mezquida, ob. cit., *passim*. <<

[119] Modesto, ob. cit., pág. 8. <<

[120] *Ibid*., pág. 182. <<

[121] Líster, ob. cit., pág. 202. <<

[122] *DR*, L795, C1. <<

[123] Los documentos del Comisariado del ejército del Ebro y las unidades que lo formaban pueden hallarse en Mezquida, ob. cit., t. II, apéndice y también *passim*. <<

[124] Líster, ob. cit., pág. 283. <<

[125] Para el pillaje, véase en especial *CGG*, L371, C1 para Teruel; para Líster, véase ob. cit., pág. 123. <<

[126] Carta citada. <<

[127] *Instrucciones a los comisarios para el paso del río*, Mezquida, loc. cit.
<<

[128] Se refiere al gobierno de Negrín dado a conocer en la *Gaceta* el 5 de abril de 1938, en el que el propio Negrín ocupaba la cartera de Defensa. <<

[129] Mezquida, ob. cit., t. II, pág. 163. <<

[130] FO 371, W14897/29/41, 14 de noviembre de 1938. <<

[131] Rojo, *Madrid*, págs. 139-140. <<

[132] Casado, *Last Days*, pág. 58. <<

[133] Éste es un comentario frecuente de antiguos soldados republicanos con quienes hemos hablado. <<

[134] Véase Peirats, *CNT*, t. III, *passim*, pero especialmente págs. 254 s. <<

[135] L474/1 C1. <<

[136] *DR*, L796, C3. <<

[137] Zugazagoitia, ob. cit., t. I, pág. 121, que asegura que era frecuente. <<

[138] *Nosotros*, Valencia, 2 de enero de 1937, citado por Bolloten, ob. cit., pág. 261, nota. <<

[139] Martínez Bande, *Andalucía*, pág. 157, y *La lucha en torno a Madrid*, pág. 173. <<

[140] *DR*, L669, C3. <<

[141] Gámir, ob. cit., t. II, pág. 37. <<

[142] *Ibid*., t. II, pág. 77. <<

[143] Cablegrama de Tomás, citado en Zugazagoitia, ob. cit., t. II, págs. 30-31. <<

[144] Azaña, ob. cit., t. pág. 847. Podría ser que se tratara de una exageración que Azaña repitiese. <<

[145] DJP, estudiante de ingeniería destinado a Transmisiones, afirma que entre los hombres de más formación de las ramas técnicas del ejército era corriente el deseo de pasarse a los nacionales (entrevista en abril de 1973). <<

[146] *CGG*, L285, C29. <<

[147] *DR*, L781, C2. <<

[148] *CGG*, L285, C29. <<

[149] *DO*, 11 de abril de 1938. <<

[150] *DO*, 19 de agosto de 1938. <<

[151] *DR*, L786, C3, 25 de agosto de 1938. <<

[152] En mayúsculas en el original. <<

[153] Peirats, *CNT*, t. III, págs. 219 s. <<

[154] Henríquez Caubín, ob. cit., pág. 344. <<

[155] *Ibid*., pág. 13. <<

[156] Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España*, Madrid, 1958-1963, t. III, pág. 263. <<

[157] Ejército del Ebro, Orden general n.º 8 y n.º 11, *DR*, L795, C1. <<

[158] No hemos consultado en detalle la obra de Pedro Corral, *Desertores*, Madrid, Random House Mondadori, 2006. <<

[159] Rojo, *Alerta*, págs. 39, 128,169. <<

[160] J. M. Fontana, Los *catalanes en la guerra de España*, Madrid, 1956, págs. 262-263, citado en Payne, *Spanish Revolution*, pág. 343 n. <<

[161] Líster, ob. cit., págs. 242-247. <<

[162] Comisariado del Ejército del Centro, *Orientaciones a los Comisarios sobre el trabajo político en relación a las evasiones*. <<

[163] Somoza, ob. cit., pág. 262. Probablemente se lo narró al autor el general Miaja. <<

[164] *Passim* en informes diarios republicanos. Véase también Llordés, ob. cit. <<

[165] Véase L. M Mezquida, *La batalla del Segre*, Tarragona, 1972, pág. 36.
<<

[166] *DR*, L472/2, C7. <<

[167] Valentín González, declaraciones al diario *Pueblo*, Madrid, 2 de febrero de 1968, citado por Mezquida, *La batalla del Segre*, pág. 37. <<

[168] *Gaceta*, 15 de septiembre de 1936. <<

[169] *DO*, 16 de febrero de 1937. <<

[170] *Gaceta*, 13 de mayo de 1937. <<

[171] Véase entre otros folletos: Batallón Joven Guardia, *Para fortalecer la disciplina: leyes penales*, Madrid, sf. <<

[172] Conversación con Manuel de Irujo, Londres, 23 de junio de 1972. <<

[173] *DO*, 18 de junio de 1937. <<

[174] *DO*, 11 de agosto de 1938. <<

[175] *DO*, 4 de diciembre de 1937. Véase también, para la descripción de un campo: E. Torres, *La batalla de l'Ebre*, Barcelona, 1971; y otra, más espeluznante, por L. Romero en *Historia y Vida*, núm. LXXVII, septiembre de 1974. <<

[176] Esa descripción de la importancia y del papel de los comisarios viene muy claramente explicada por Santiago Álvarez, ob. cit., págs. 97 y 11. <<

[1] Se pueden hallar referencias en el capítulo 3. <<

[2] Radosh, R., Habeck, M. y Sevastianov, G. (compiladores), *Spain Betrayed: the Soviet Union in the Spanish Civil War* (New Haven, Yale University Press, 2001). V. También Elorza, A. y Bizcarrondo, M., *Queridos amigos, Internacional Comunista y España 1919-1939* (Barcelona, Planeta, 1999), pág. 298. <<

[3] A. Mije, en *International Press Correspondence*, vol. XVI, núm. 43, 19 de septiembre de 1936, citado en D. Cattell, *Communism and the Spanish civil war*, Berkeley, 1965, pág. 57. <<

[4] Véase el capítulo 4. <<

[5] Ibárruri, *Guerra y revolución*…, t. II, pág. 57. <<

[6] *El Sol*, 18 de septiembre de 1936. <<

[7] Véase *De julio a julio* (número especial de *Fragua Social*), Valencia, 19 de julio de 1937, y *The Times*, 1 de diciembre de 1936, que cita discursos de los ministros anarquistas Peiró y Federica Montseny. Véase también Maidanik, ob. cit., pág. 252, para una opinión rusa, que cita el periódico *Izvestia* y a Antónov-Ovssenko, cónsul soviético en Barcelona, sobre las peticiones cenetistas de un mando unificado. <<

[8] Para referencias, véase el capítulo 4. <<

[9] Para el punto de vista opuesto, véase Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, Madrid, 1968, pág. 98 n. <<

[10] Confirmado por Serafín González Inestal, representante de la CNT en el Estado Mayor (entrevista en Madrid, octubre de 1971). <<

[11] Véase por ejemplo *Milicia Popular*, del 9 de diciembre de 1936, que llamaba a la movilización en Brigadas Mixtas o para que todos los hombres de 20 a 45 años realizasen alguna tarea militar, así como a la formación de reservas. <<

[12] Ibárruri, *Guerra y revolución*, t. II, págs. 208-216, que da el texto completo. <<

[13] Véase el capítulo 7. <<

[14] Citado en E. Comín, *Historia secreta*…, pág. 493. <<

[15] Carta de M. de Irujo, 23 de septiembre de 1972. <<

[16] F. Largo Caballero, ob. cit., págs. 211-213. *Ibid*., pág. 193 para la escena con el embajador soviético. Para esto, véase también: Bolloten, ob. cit., págs. 272-273 n. <<

[17] Ibárruri, *Guerra y revolución*…, t. II, pág. 102. <<

[18] G. Hermet, *Les communistes en Espagne*, París, 1971, págs. 47-48. <<

[19] Cattell, ob. cit., pág. 21, citando a Jesús Hernández; Payne, *Spanish Revolution*, pág. 331, citando a José Díaz. <<

[20] Payne, *loc. cit*.; Hermet, ob. cit., págs. 47-48. <<

[21] Payne, *loc. cit*, citando un documento de las JSU. <<

[22] Documento capturado en *CGG*, L284, C14. <<

[23] *DO*, 5 de octubre de 1937. <<

[24] D. Hidalgo, *Cómo y por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra*, Madrid, 1934. El título parece haberle venido a la mente a Prieto para su famoso discurso de 1938. <<

[25] Su discurso se cita casi completo en D. Ibárruri, *En la lucha*, Moscú, 1968, págs. 189-229. <<

[26] Resumen en *Labour Monthly*, Londres, febrero de 1938. <<

[27] Documento capturado en *CGG*, L284, C14. <<

[28] *DR*, L796, C3. <<

[29] *DO*, 28 de junio de 1937. <<

[30] *DO*, 5 de octubre de 1937. <<

[31] *DO*, 5 de octubre de 1937. <<

[32] Cordón, ob. cit., págs. 393-394. <<

[33] Cordón, *loc. cit*. <<

[34] Cordón, *loc. cit*. <<

[35] Un ejemplo de ello era Llano de la Encomienda, inspector general de Infantería, a quien el presidente vasco Aguirre había descrito en una carta a Prieto como «la personificación de la incompetencia». <<

[36] Cordón, ob. cit., pág. 422. <<

[37] Cuevas había roto con el PCE y no estaba sujeto a su influencia. Véase E. Cuevas, *Recuerdos de la guerra de España*, Montauban, 1940. <<

[38] I. Prieto, «Carta a Negrín» (3 de julio de 1939), en *Convulsiones de España*, págs. 74-75. <<

[39] *DR*, L558, C1. Parece ser un bosquejo de un informe sobre la labor del PCE entre las fuerzas paramilitares en mayo de 1938. <<

[40] *Ibid.* <<

[41] *Ibid*. <<

[42] Véase *Índice*, núm. 303, marzo de 1972. <<

[43] *Ibid*., n.º 263-264, febrero de 1970. La carta va fechada el 23 de junio de 1939. <<

[44] Véase el capítulo 7 para una discusión de este asunto. <<

[45] Para un resumen de esos informes, véase Peirats, CNT, t. III, págs. 219 s.
<<

[46] *Ibid*., pág. 225. <<

[47] *Nueva España*, revista de la 49.ª División, 31 de diciembre de 1938. <<

[48] *DO*, 9 de mayo de 1938. <<

[49] *DO*, 10 de mayo de 1938. <<

[50] *La Trinchera*, revista de la 27.ª División, 17 de abril de 1938, refiriéndose a una hornada anterior de ascensos. <<

[51] Modesto, ob. cit., pág. 173. <<

[52] Informe de la Secretaría militar del Comité peninsular de la FAI fechado el 30 de septiembre de 1938, citado en Peirats, *CNT*, t. III, pág. 228. En efecto, las listas ofrecidas por Santiago Álvarez, *Los comisarios políticos en el Ejército Popular*, La Coruña, Do Castro, 1989, págs. 178-189, reflejan la proporción baja de cenetistas entre los comisarios. <<

[53] El comisario socialista de la División, Máximo de Gracia, había informado que el jefe y jefe de EM de la 102.ª Brigada habrían sido asesinados si no los hubiese protegido él. Véase Peirats, ob. cit., t. III, pág. 246. <<

[54] Véase García Vivancos, manuscrito citado. <<

[55] «Podíamos haber acabado con ellos [los comunistas] en 1937; no lo hicimos para no ser acusados de poner en peligro el frente, ¡pero aún hoy me gustaría que lo hubiésemos hecho!» (Miguel González Inestal, subcomisario general cenetista, entrevista, Madrid, noviembre de 1971). <<

[56] Esas quintas debían entrar en servicio en abril y mayo de 1938. Véase Peirats, *CNT*, t. III, pág. 91. <<

[57] *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 13 de marzo de 1938. <<

[59] Peirats, ob. cit., III, págs. 90 s. <<

[1] Cit. Skoutelsky, R., *Novedad en el frente: las Brigadas Internacionales en la guerra civil*. Madrid, Temas de Hoy, 2006, págs. 75-76. <<

[2] *Ibid*., págs. 120-121. <<

[3] *Ibid*., pág. 87. <<

[4] Esta fecha ha sido discutida. Seguimos *The Times* de Londres, diario que informó el lunes día 9 que el día antes 720 internacionales habían desfilado por Madrid. <<

[5] Véase el libro del periodista Geoffrey Cox, corresponsal del *News Chronicle* de Londres, *Defence of Madrid* Londres, Gollancz, 1937), pág. 67. <<

[6] Skoutelsky, R., *L'Espoir guidait leur pas: les volontaires français dans les Brigades Internationales 1936-1939*, París, Grasset, 1998, pág. 142. <<

[7] Véase Richard Baxell, *British Volunteers in the Spanish Civil War: the British Battalion in the International Brigades 1936-1939*, Londres, Routledge, 2004, págs. 14, 17 y 21, aunque este autor en general opina que muchos de los ingleses tenían experiencia militar. Véase también el muy documentado estudio de Hopkins, James K., *Into the Heart of the Fire: the British in the Spanish Civil War* (Stanford: Stanford University Press, 1998). <<

[8] Skoutelsky, *Sin novedad en el frente*, pág. 180. <<

[9] *Ibid*., pág. 319. <<

[10] *Ibid*., pág. 159. <<

[11] *Spain Betrayed*, págs. 249-250. <<

[12] Skoutelsky, *Sin novedad en el frente*, pág. 225. <<

[13] *Ibid*., pág. 315. <<

[14] *Spain Betrayed* págs. 431 y s. <<

[15] *Ibid*., págs. 436-460. Pese a que la selección de los documentos por parte de los coordinadores de *Spain Betrayed* no haya correspondido posiblemente a criterios de absoluta representatividad, tales críticas por un mando de la estatura de Sverchievsky deben ser consideradas con toda seriedad. <<

[16] *Ibid*., pág. 240. <<

[17] *Ibid*., pág. 345. <<

[18] Skoutelsky, *Sin novedad en el frente*, pág. 169. <<

[19] Casado, *Last Days*, pág. 51. <<

[20] Ibárruri, *Guerra y revolución*…, t. II, pág. 101, escribe que los dirigentes soviéticos contestaban con ésa a una carta de Largo, que no cita. Da la impresión de que la carta rusa fue enviada muy poco después del envío de los consejeros. <<

[21] *Ibid*., págs. 102-103. Texto original en francés: «*Les camarades qui, appelés par nous, sont venus nous aider, nous rendent de grands services. Leur grande expérience nous est tres utile et contribue d'une manière efficace… je puis vous dire qu'eux* [sic] *accomplissent leur charge avec un véritable enthousiasme et un courage extraordinaire*». <<

[22] Azaña, ob. cit., t. III, pág. 477. <<

[23] Ob. cit., t. IV, pág. 768. <<

[24] W. Krivitski, *I was Stalin's agent*, Londres, Hamish Hamilton, 1940, pág. 114. Véase también J. L. Alcófar Nassaes, *Los asesores soviéticos en la guerra civil española*, Madrid, 1971, que reúne la mayor parte de las fuentes sobre los rusos, aunque su aseveración de que eran más de 10 000 parece injustificada (pág. 140). <<

[25] *Solidarnost Naradov s Ispanskoi Respublikoi* (1936-1939), Moscú, 1972, págs. 254-255. <<

[26] Citado en *Historia y Vida*, n.º XLVIII, marzo de 1972. <<

[27] Kowalsky, D., *La Unión Soviética y la guerra civil española* (Barcelona, Crítica, 2003), cuadro 5.3, pág. 258. <<

[28] *DR*, L511, C4. <<

[29] Malinovski, en *BLB*, pág. 14; Voronov, *ibid*., pág. 127, se refiere a él como el asesor soviético de mayor graduación. <<

[30] Colodny, ob. cit., pág. 164. <<

[31] Fischer, ob. cit., pág. 390: «El oficial soviético de mayor empleo en España». <<

[32] A. Barea, *La llama*, Buenos Aires, 1951, pág. 231. <<

[33] Rojo, *Madrid*, pág. 215. <<

[34] *Ibid*., págs. 253-255. <<

[35] *Ibid*., pág. 31. <<

[36] *The Times* del 28 de octubre recogía el rumor de la presencia de un general ruso en Bilbao. <<

[37] Carta de Aguirre a Prieto del 24 de mayo de 1937, en *DR*, L54, C6, citada en Martínez Bande, Vizcaya, pág. 128 n. <<

[38] Ibid. <<

[39] I. Ehrenburg, *Men, years, life*, t. IV, *Eve of war, 1933-1941*, Londres, McGibbon & Kee, 1963, pág. 147. <<

[40] Véase el informe de Krivoshein en *BLB*, págs. 319-341. <<

[41] *BLB*, pág. 339. <<

[42] *DR*, L669, C1, citado en Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, pág. 154 n. <<

[43] E. Crankshaw (comp), *Kruschev remembers*, Londres, 1971, pág. 173.
<<

[44] Krivitski, ob. cit., pág. 133. Stern fue seguido en 1938-1939 por A. M. Kachanov. <<

[45] Alcófar, ob. cit., pág. 46. <<

[46] Crankshaw, ob. cit., pág. 152.
<<

[47] *BLB*, pág. 99. <<

[48] *Ibid*, pág. 25. <<

[49] *Ibid*, pág. 28. <<

[50] *Ibid*, pág. 37. <<

[51] *Ibid*, pág. 44. <<

[52] Véase el capítulo 4. <<

[53] Véase el capítulo 5. <<

[54] K. A. Meretskov, en *Voprosi Historii*, Moscú, diciembre de 1967, págs. 109-121. <<

[55] *Spain Betrayed*, Documento 16 del 25 del septiembre de 1936. <<

[56] *Ibid*., Documento 17, Goriev a Voroshilov, del 16 de octubre de 1936. <<

[57] *Spain Betrayed*, Documento 37. <<

[58] *Spain Betrayed*, Documento 19. <<

[59] Ob. cit. Kowalsky, pág. 260. <<

[60] *Ibid*., Documento 77. <<

[61] *Spain Betrayed*, Documento 58. <<

[62] *Spain Betrayed*, Documento 77, sin fecha. <<

[63] Ob. cit., pág. 105. <<

[64] Casado, ob. cit., pág. 52. <<

[65] *BLB*, pág. 113. <<

[66] *DR*, L669, C1. <<

[67] Arrarás, *Cruzada*, t. XXXIII, pág. 91. <<

[68] Cit. Rojo, J. A., págs. 222-233. <<

[69] Casado, ob. cit., pág. 69. <<

[70] *Ibid*., págs. 69-73. El jefe de las Fuerzas Aéreas, Hidalgo de Cisneros, no menciona el plan. <<

[71] Véase el capítulo 5. Cuando Prieto trasladó a Rojo a Valencia había tenido que suspender temporalmente la orden «en atención a las alegaciones del jefe de la Zona del Centro», *Gaceta*, 17 de marzo de 1938. <<

[72] El coronel Martínez Bande, a quien no se puede acusar de subestimar la influencia soviética, creía que el plan de Brunete podía haber resultado mucho mejor que el de Extremadura. (Conversación, Madrid, octubre de 1971). <<

[73] Azaña, ob. cit., t. IV, págs. 589-591. <<

[74] *DR*, L482, C3-1. Cablegramas cruzados entre Rojo, Hernández Sarabia y Prieto con referencia a la batalla de Teruel. Hidalgo de Cisneros, jefe de las Fuerzas Aéreas Republicanas, que por entonces se encontraba en la URSS, da singularmente pocas informaciones. <<

[75] Las dos obras fundamentales a este respecto son: Howson, G., *Arms for Spain*, Londres, John Murray, 1998, y Kowalsky, D., ob. cit. <<

[76] Rojo, *Madrid*, pág. 25; también *DR*, L953, C9. <<

[77] Discurso de Cárdenas, citado en *The Times*, 3 de septiembre de 1936. <<

[78] Martín Blázquez, ob. cit., pág. 105. <<

[79] Azaña, ob. cit., t. III, pág. 477. <<

[80] Memorándum de Guarner citado. <<

[81] A. de Lizarra (Manuel de Irujo), *Los vascos y la República española*, Buenos Aires, 1944, págs. 66-67. <<

[82] Martínez Bande, *Vizcaya*, pág. 54 n. <<

[83] *DR*, L853, C16. <<

[84] Análisis del Servicio Histórico Militar, citado por R. de la Cierva en *Historia ilustrada de la guerra civil española*, Madrid, 1970, t. II, pág. 421. <<

[85] F0371 W14601/29/41, 31 de octubre de 1938. <<

[86] Somoza, ob. cit., pág. 260. <<

[87] *Ejército*, Madrid, núm. XXIII, diciembre de 1941. <<

[88] Ejército del Ebro, Comandancia general de Artillería, 23 de julio de 1938, citado por Mezquida, ob. cit., t. II, pág. 68. <<

[89] *DR*, L766, C4, 30 de enero de 1938. <<

[90] Rojo, *Alerta*, pág. 50. <<

[91] Modesto, ob. cit., pág. 213. <<

[92] *DR*, L535, C1. <<

[93] Casado, ob. cit., pág. 207. <<

[94] *DR*, L461, C5. <<

[95] F0371 W10814/1/41, 3 de mayo de 1937. <<

[96] Ibárruri, *Guerra y revolución*, t. II, pág. 108. <<

[97] *Ibid*., pág. 109. Véase también I. Maiski, *Spanish Notebooks*, Londres, 1966, pág. 49. <<

[98] Citado Kowalsky, pág. 25. Por supuesto, no deja de extrañar que Giral asegurara conocer la disponibilidad del armamento de la URSS. <<

[99] F0371 W7236/62/41, del embajador británico en Moscú al Secretario para Asuntos Exteriores en Londres 29 de julio de 1936. <<

[100] Howson, págs. 278-303. <<

[101] Para más detalles del cargamento véase Howson, loc. cit. y Kowalsky, pág. 212. <<

[102] Kowalsky, págs. 307-308. Krivoshein cuenta sus recuerdos en Malinovski *et. al.*, *Bajo la bandera de la España republicana*, ob. cit. <<

[103] Howson, pág. 139; Kowalsky, pág. 212. <<

[104] Kowalsky, pág. 220. <<

[105] *Ibid*., pág. 219. <<

[106] *Ibid*., pág. 315. <<

[107] Véase el análisis de la batalla de Kelsey, U., «Fuentes de Ebro», *Military Modeling*, diciembre de 1994, págs. 58-60 y 45-47. <<

[108] Kowalsky, págs. 315-316. <<

[109] Véase el cuadro en Kowalsky, pág. 312. <<

[110] Véase Seaton A. y Seaton, J., *The Soviet Army; 1918 to the Present* (Londres, The Bodley Head, 1986, págs. 92 y sigs.). <<

[111] Véase Alpert, *La reforma militar de Azaña*, págs. 72-74. <<

[112] Véase Zaloga, Steven J. «Soviet Tank Operations in the Spanish Civil War», en www.libraryautomation.com/nymas/soviet_tank_operations_in_the_sp.htm. <<

[113] *DR* L669, C3 citado por Martínez Bande, *Brunete*, Documento 9. <<

[114] Casado, ob. cit. pág. 54. <<

[115] Kowalsky, págs. 270, 297. <<

[116] García Lacalle, Andrés, *Mitos y verdades: la aviación de caza en la guerra civil española*, México: Oasis, 1973, págs. 408, 431. <<

[117] Véase las memorias de Adolf Galland, *as* de la Luftwaffe y piloto en España, *The First and the Last*, Londres, Collins, 1955, pág. 34. <<

[118] Kowalsky, págs. 300 y 303. <<

[119] Kowalsky, pág. 298 y cuadro 5:4. <<

[120] Véase Howson, G., *Aircraft of the Spanish Civil War*, pág. 277. <<

[121] *Ibid*., págs. 263-267. <<

[122] Véanse ejemplos en Kowalsky, págs. 296-297. <<

[123] Véase Howson, G., *Aircraft of the Spanish Civil War*, pág. 200. <<

[124] *DR* L71, C7. <<

[125] Howson, *Arms for Spain* págs. 146-151. <<

[126] L. de Bazal, ob. cit., pág. 163. Lo mismo me dijo personalmente EGF, teniente de Artillería del ejército de Andalucía (entrevista en Madrid, octubre de 1971). <<

[127] Líster, ob. cit., págs. 75-76. <<

[128] *CGG*, L292, C1, 25 de mayo de 1937. <<

[129] Krivitski, ob. cit., pág. 105. <<

[130] I. Colvin, *Chief of Intelligence*, ed. rev., Londres, 1957, págs. 36-37.
<<

[131] Véase las obras de Ángel Viñas, *El oro español en la guerra civil*, Madrid, 1976; *El oro de Moscú: alfa y omega de un mito franquista*, Barcelona, 1979; «The financing of the Spanish civil war» en P. Preston (compilador), *Revolution and War in Spain*, Londres, 1984. <<

[132] Para un interesante resumen de las negociaciones de la Texaco con Burgos, véase el artículo de M. Aznar en *La Vanguardia Española* del 8 de julio de 1973. <<

[133] Thomas (3.ª ed. 1977), pág. 977-979; R. Salas, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, 1980, pág. 309. <<

[134] Por ejemplo, un comunicado nacional del 4 de abril de 1938 se refiere a la captura del depósito de Artillería del Ejército del Este, con una extensa lista de cañones, vehículos blindados y equipo diverso, haciendo el comentario de que «gran cantidad de armas tiradas por doquier es tan enorme que resulta imposible de calcular»; citado por L. Mezquida, *La batalla del Segre*, Tarragona, 1972, pág. 61. <<

[135] M. Uribarri, *El SIM de la República*, La Habana, 1943, citado en García Venero, *Historia de las Internacionales en España*, Madrid, 1957, t. III, págs. 334-335. <<

[136] *DO*, 9 de agosto de 1937. <<

[137] Véase Hopkins, págs. 266-268, y Baxell, págs. 140-143: Skoutelsky, *Novedad en el frente*, págs. 352-355. <<

[138] Según Salas, *Ejército Popular*, pág. 1580. <<

[139] Salas, *ibid*., pág. 1583. <<

[140] *Ibid*., pág. 1586, aunque el autor no identifica a las personas castigadas.
<<

[141] Prieto, *Cómo y por qué*…, págs. 57-58. La destitución de Durán parece que tuvo su origen en la entrega directa a los asesores rusos de un caza alemán sin el consentimiento de las autoridades españolas competentes. Véase Salas, *Ejército Popular*, pág. 1585. <<

[142] Véase el capítulo 4. <<

[143] Información de Miguel González Inestal (Madrid, 1971). <<

[144] Prieto, *loc. cit*. <<

[145] Bayo, ob. cit., pág. 322, y Peirats, *CNT*, t. III, pág. 209, mencionan su deserción, desde diferentes puntos de vista políticos. <<

[146] Carta a Prieto, 23 de junio de 1939 (*índice*, n.º cit.). <<

[147] J. García, *Ispania Narodnova Fronta*, Moscú, 1957, pág. 166. <<

[148] *The General Cause*, págs. 260 s; Casado, ob. cit., pág. 94, afirma que aunque había oído decir que el SIM se extralimitaba en sus poderes, no tenía la menor prueba de ello. <<

[149] Peirats, *CNT*, t. III, págs. 281 s. <<

[150] Casado, ob. cit., pág. 131. <<

[151] *DO* del Consejo de Defensa Nacional, 26 de marzo de 1939. <<

[152] *Spain Betrayed*, Documento 46. <<

[153] Los coordinadores de *Spain Betrayed* en su comentario omitieron las palabras con las cuales Dimitrov empezó su frase: «*He is afraid that*» o «Teme que», lo cual da a entender que los temores de Prieto no tenían justificación. <<

[1] *CGG*, 1292, C1. <<

[2] *DO*, 16 de julio de 1937. <<

[3] *DR*, L474-1, C3. <<

[4] El documento aparece como bosquejo del trabajo realizado por un coronel. ¿Casado quizá, a la vista de sus críticas al sistema de brigadas? (ob. cit., pág. 60). <<

[5] *DR*, L471, C6. 23 de febrero de 1938. <<

[6] Azaña, ob. cit., t. IV, pág. 840. <<

[7] *CGG*, L292, C1. 14 de diciembre de 1937. <<

[8] *DR*, L474-1, C3. <<

[9] Rojo, *Alerta*, pág. 114. <<

[10] *DR*, L473, C4. *Investigación del Ejército de Extremadura a raíz de la pérdida de posiciones entre Castuera y Don Benito en julio de 1938*. La investigación fue la primera función pública de que se ocupó Asensio desde que se lo absolvió de las acusaciones en relación con la pérdida de Málaga. Leyendo entre líneas, parece que su condena del EM de Extremadura pudo haber sido más severa. <<

[11] Modesto, ob. cit., pág. 176. <<

[12] J. Salas, ob. cit., ilustración IX. <<

[13] *DR*, L507, C1. <<

[14] *DR*, L461, C5. <<

[15] *DR*, L507, C1. <<

[16] *Ibid*. <<

[17] *Ibid*. <<

[18] *Ibid*. El 1 de mayo de 1938 había 197 678 hombres en Cataluña y 491 511 en la otra zona. El aumento de las cifras totales se debe en parte al reclutamiento en abril de la quinta de 1941. <<

[19] La abreviatura del grupo del Centro era GERC, y la del Este, GERO. <<

[20] Estos cambios de mando se muestran en diagrama en el apéndice 14. <<

[21] Cordón, *ob. cit*., págs. 412-414. <<

[22] *Ibid*., págs. 392-393. <<

[23] *Jackson*, ob. cit., pág. 408. Alpert, M., *Aguas peligrosas. Nueva historia internacional de la guerra civil española*, Madrid, 1994, págs. 203-205 <<

[24] Cordón, *loc. cit*. <<

[25] Véase Alpert, M., «Negrín y el Ejército», en *Juan Negrín, médico y jefe del Gobierno, 1892-1956*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006, págs. 181-188. <<

[26] Líster, ob. cit., pág. 277. <<

[27] Bayo, ob. cit., pág. 214. La hostilidad de Bayo hacia Prieto, que no había querido apoyar el desembarco en Mallorca, resulta patente. <<

[28] *Milicia Popular*, 8 de octubre de 1936. <<

[29] Martínez Bande, *Aragón*, pág. 57, y *Andalucía*, pág. 65. <<

[30] J. Cuesta Monereo, *La guerra en los frentes del sur*, en *La guerra de liberación nacional*, Zaragoza, 1961, pág. 232. <<

[31] *DR*, L968, C21. Era probablemente resultado de presiones comunistas; no hemos encontrado huellas posteriores de esos grupos. <<

[32] *DR*, L968, C1O. 13 de febrero de 1937. <<

[33] Declaraciones a S. Payne (*Spartish Revolution*, pág. 345, n.). <<

[34] *CGG*, L281, C8. <<

[35] *CGG*, L281, C7. <<

[36] Rojo, *España heroica*, pág. 119. <<

[37] *CGG*, L281, C3. <<

[38] Ibárruri, *En la lucha*, págs. 205-206. <<

[39] Modesto, ob. cit., pág. 35, e Ibárruri, *Guerra*…, t. II, pág. 92. <<

[40] Castro Delgado, ob. cit., pág. 468, y Koltsov, ob. cit., pág. 397. <<

[41] Comín, *La República en el exilio*, pág. 365. <<

[42] Las fuentes son, desde luego, nacionales, y puede que presenten la información bajo una luz favorable. <<

[43] A menos que se diga lo contrario, la información sobre las guerrillas procede de fuentes nacionales, en *CGG*, L281. <<

[44] Modesto, ob. cit., pág. 176; M. Pérez López, *A Guerrilla Diary of the Spanish Civil War*, Londres, André Deutsch, 1972, págs. 51-57; y Tom Wintringham, *New Ways of War*, pág. 26. <<

[45] Citado en Abad de Santillán, ob. cit., págs. 216 s. <<

[46] Rojo, *Alerta*, págs. 129-130, 160. <<

[47] Abad de Santillán, ob. cit., pág. 287. <<

[48] *CGG*, L281, C9. <<

[49] Líster, ob. cit., pág. 256; Castro Delgado, ob. cit., pág. 651. <<

[50] Orden circular del 1 de octubre de 1938. Se transmitió a todas las unidades y se encuentran copias de ella en los archivos de muchas brigadas. Cabe preguntarse si no se hizo también con la finalidad de causar impresión a los nacionales y, quizá más, a la opinión extranjera. <<

[51] Hidalgo de Cisneros, ob. cit., pág. 242. <<

[52] Howson, *Arms for Spain*, pág. 243. <<

[53] Véase el apéndice 7 para un historial típico. <<

[54] Rojo, *Alerta*, *passim*. <<

[55] Véase reportaje en *The Times*, 9 de febrero de 1937. <<

[56] Zugazagoitia, ob. cit., t. II, pág. 120, observa que Negrín, el titular del Ministerio, confiaba enteramente en Cordón. <<

[57] Cordón, ob. cit., págs. 413 s. <<

[58] *DR*, L474-2, C5, C6, C7, C8. <<

[59] *DR*, L795, C1. <<

[60] *CGG*, L292, C3. <<

[61] Casado, ob. cit., pág. 54. <<

[62] Rojo, J. A., págs. 276-277. <<

[63] National Archives (Kew, Reino Unido) F0371 W3762 en tomo 24 153, citado por Bahamonde y Cervera, pág. 12. <<

[64] Rojo J. A., pág. 293. <<

[65] *Ibid*., pág. 310. <<

[66] *Ibid*., pág. 339. <<

[67] Véase Alpert, M., *La guerra civil en el mar*, págs. 348-351, y Alpert, M., «Los enigmas de la rendición de Casado», *Historia 16*, XVI, n.º 185, septiembre de 1991, págs. 8-16. <<

[68] A. López Fernández, *General Miaja, defensor de Madrid* (Madrid, Gregorio del Toro, 1975), págs. 265-268. <<

[69] Martínez Bande, *El final de la guerra*, pág. 115. <<

[70] *Ibid*., pág. 120. <<

[71] *Así cayó Madrid* (en adelante, *Así cayó*), págs. 113 s. <<

[72] Aunque la mayoría de los autores dan los días 26 y 27 como el de la reunión, preferimos seguir la fecha que consta en la documentación contemporánea a los hechos, aunque ésta sea del bando enemigo. Además, el mismo Casado adoptó como fecha correcta el día 16 cuando, al volver a España en 1961, pudo, quizá, consultar algunas personas cuya memoria era mejor que la suya. <<

[73] Los datos biográficos proceden de la obra de Casado *Last Days of Madrid* (desde ahora, *Last Days*) y de la biografía en: Códex, t. v, pág. 232, y de Suero Roca, págs. 193 ss. <<

[74] Códex, *loc. cit*.; J. M. Gironella, en *Un millón de muertos*, Barcelona, 1961, lo describe iniciándose en una logia en 1937 (pág. 791), pero puede tratarse de una licencia del novelista. <<

[75] A. Bouthelier y J. López-Mora, *Ocho días: la revuelta comunista*, Madrid, 1940, pág. 96. <<

[76] M. Alonso Baquer, *El ejército en la sociedad española*, Madrid, 1971, pág. 297. <<

[77] *Last Days*, págs. 59-61. Véase el capítulo 4 para esta cuestión. <<

[78] *DO*, 30 de noviembre de 1936. <<

[79] *Last Days*, pág. 75. <<

[80] Citado en Martínez Bande, *Brunete*, Docs. 10 y 11. <<

[81] Líster, ob. cit., pág. 167. <<

[82] Cordón, ob. cit., pág. 310. <<

[83] Castro Delgado, ob. cit., pág. 566. <<

[84] *Así cayó Madrid*, Madrid, 1968. <<

[85] *CGG*, L277, C1O y C11. <<

[86] *Last Days*, pág. 11. <<

[87] *Así cayó*, pág. 121. <<

[88] *Last Days*, pág. 207. <<

[89] *Así cayó*, pág. 205. <<

[90] *Last Days*, pág. 149. <<

[91] *Ibid*., pág. 170. <<

[92] *Así cayó*, pág. 169. El propio Hidalgo afirma que le dijo a Casado que la idea de rendirse era absurda (ob. cit., págs. 253-254). <<

[93] *Last Days*, pág. 123. <<

[94] *Así cayó*, pág. 126. <<

[95] *Last Days*, págs. 122-123. <<

[96] Véase en el capítulo 5 para una discusión más completa. <<

[97] Plano en *CGG*, L277. <<

[98] *CGG*, L277, C8, *Memorias de un agente del SIPM*. <<

[99] Bouthelier y López-Mora, ob. cit., pág. 146. Véase también Bahamonde y Cervera, págs. 381 y 383. <<

[100] Rojo, *Alerta*, pág. 295, afirma que la actitud de Casado era conocida, pero uno se pregunta por qué seguía estando, en ese caso, al frente del Ejército del Centro. <<

[101] Véase por ejemplo, Voronov en *BLB*, pág. 79. <<

[102] *Last Days*, pág. 273. <<

[103] K. Scott-Watson, en *Nothing but danger* (F. Hanighen [comp.]), Londres, 1940. <<

[104] FO 371 W5827/2082/41. <<

[105] FO 371 W6704/8/41. *Ibid*. <<

[106] D. Pastor Petit, *Los dossiers secretos de la guerra civil*, Barcelona, 1978, pág. 465. Para la rendición de Menorca, véase Alpert, M., *La guerra civil en el mar*, págs. 348-351. <<

[107] FO 371 W5943/2082/41. Para una consideración más detallada, ver: M. Alpert, «La diplomacia inglesa y el fin de la guerra civil española», *Revista de Política Internacional*, n.º 138, marzo-abril de 1975, págs. 53-72 . *Idem*, *La guerra civil en el mar*, Madrid, 1987, pág. 352. Véase también comentario de L. Romero, *El final de la guerra*, Barcelona, 1976, págs. 376-377. La narrativa más detallada se encuentra en Bahamonde y Cervera, cit. <<

[108] Peirats, en carta del 5 de septiembre de 1973. <<

[109] García Pradas, J., *Cómo terminó la guerra en España*, Buenos Aires, 1940. <<

[110] *Last Days*, pág. 172. <<

[111] Mera, ob. cit., págs. 196-197. <<

[112] Ob. cit., pág. 219. <<

[113] Negrín se refirió a esas armas en la reunión del 26 de febrero. Casado, *Last Days*, pág. 118. <<

[114] *Documents on Germán Foreign Policy*, cit., pág. 740, 12 de septiembre de 1938, mensaje del encargado de negocios en San Sebastián dirigido a Berlín. <<

[115] Publicado en Madrid del 15 al 28 de marzo de 1939. <<

[116] Modesto, pág. 229: Líster, págs. 224-225. <<

[117] El ejemplar se encuentra entre los papeles del Dr. Negrín archivados en el Ministerio de Asuntos Exteriores, RE149, carpeta 6. <<

[118] Bahamonde y Cervera, *Así terminó la guerra de España*, pág. 365. <<

[119] Véase Alpert, M., *Guerra civil en el mar*, págs. 353-360 <<

[120] *Last Days*, pág. 129. <<

[121] *CGG*, L277, C1O. <<

[122] *DO*, 9 de diciembre de 1938. Sustituyó a Cardenal, retirado. <<

[123] *Last Days*, págs. 175-180. <<

[124] García Pradas, ob. cit., pág. 77. <<

[125] *Last Days*, pág. 167. <<

[126] *CGG*, 1277, C18. <<

[127] *Last Days*, pág. 168. <<

[128] *Ibid*., pág. 176. <<

[129] Éste es otro ejemplo de la falta de fiabilidad de las fuentes. García Pradas, ob. cit., pág. 110, dice que fue destituido. <<

[130] *DO* del Consejo Nacional de Defensa, 18 de marzo de 1939. <<

[131] Casado, *Last Days*, pág. 199. <<

[132] *CGG*, L55, C1. <<

[133] Gobierno autónomo de Euzkadi, *Report on the Administration of justice in the Basque Country during the Civil War*, París, 1938. Véase en el apéndice 13, Cueto, Azcárate e Irezábal. <<

[134] Llordés, *ob. cit*., pág. 280. <<

[135] *BOE*, 13 de febrero de 1939. Traducción y comentario en F0371 W5423/8/41. <<

[136] FO 371 W5423/8/41. 29 de marzo de 1939. <<

[137] Términos de la rendición acordados en Madrid por el Consejo Nacional de Defensa y firmada el 11 de marzo de 1939, *Last Days*, págs. 201-202. <<

[138] Bouthelier y López-Mora, ob. cit., pág. 146. <<

[139] *CGG*, L277, C12 y C18. <<

[140] *Last Days*, págs. 211-212. <<

[141] *Last Days*, págs. 213-214. <<

[142] Véase el capítulo 5. <<

[143] *Last Days*, pág. 233. <<

[144] *Ibid*., pág. 259. <<

[145] *Así cayó*, pág. 185. <<

[146] Mis propias investigaciones han topado con el desinterés y, en un caso en el que probablemente había información disponible, con el requerimiento de no volver a suscitar el asunto. Tal actitud ha sido explicada como medida de protección para las familias de los hombres condenados por rebelión. Pero eso presupone que la «rebelión» fue algo vergonzoso. Naturalmente, es verdad que más de treinta años de propaganda convencieron a muchos antiguos soldados republicanos de que actuaron erróneamente. <<

[147] García Pradas, ob. cit., pág. 151. Se condenó a muerte a varios miembros de ese tribunal. Incluso el defensor de Goded fue condenado a doce años de prisión. *International Press Correspondence*, 13 de mayo de 1939. <<

[148] Véase el apéndice 10. <<

[149] *The Times*, 17 de abril de 1939. <<

[150] *Gaceta*, 5 de abril de 1932. <<

[151] *BOE*, 27 de octubre de 1939. <<

[152] Líster, ob. cit., pág. 75. <<

[153] Informe en la sección de Información del *CGG*, 30 de noviembre de 1937. <<

[154] Jesús Pérez Salas, ob. cit., págs. 39-41, 75. <<

[155] *Cruzada*, t. XXIII, pág. 474. <<

[156] L. Romero, *Desastre en Cartagena*, Barcelona, 1971, pág. 248. <<

[157] Cordón, ob. cit., págs. 301-302. <<

[158] Zugazagoitia, ob. cit., t. II, pág. 163. <<

[159] Pérez Salas, ob. cit., pág. 154. <<

[160] FS (un importante cenetista que conoció muchos oficiales y pasó largo tiempo encarcelado después de la guerra). Entrevista en Madrid, octubre de 1971. <<

[161] Peirats, *CNT*, t. III, pág. 105. <<

[162] FS, entrevista citada. <<

[163] Véase Egea Bruno, Pedro María, *La represión franquista en Cartagena (1939-1945)*, Murcia, editado por el autor, 1987, pág. 50. <<

[164] Ruiz, Julius, *Franco's Justice: Repression in Madrid after the Spanish Civil War*, Oxford, 2005, pág. 4. <<

[165] Códex, t. V, pág. 388. En esta obra se utiliza habitualmente la expresión «pasó sin dificultades por las purgas de la posguerra» cuando se refiere a personas que vieron arruinadas sus carreras y pasaron años encarcelados. Véase también Suero Roca, págs. 189-190. <<

[166] FS, entrevista citada. <<

[167] Véase D. Sueiro, *La verdadera historia del Valle de los Caídos*, Madrid, 1976, pág. VIII. <<

[168] El coronel Aurelio Matilla a Rojo en Rojo, J. A., pág. 409. <<

[169] Ruiz, pág. 41. <<

[170] Ruiz, págs. 71-72 y 158. <<

[171] *Ibid*., pág. 157, cuadro 4.1. <<

[172] *Ibid*., págs. 206-207. <<

[173] *Le Monde*, 1 de febrero de 1972. <<

[174] Líster, ob. cit., pág. 261. <<

[175] Modesto, ob. cit., pág. 174. <<

[176] En la documentada obra de A. Vilanova, *Los olvidados*, París, 1969, se pueden hallar muchos detalles sobre los exiliados. <<

[177] *BOE*, 4 de junio de 1940, 11 de abril de 1941, 30 de marzo de 1943, 9 de octubre de 1945 y 4 de noviembre de 1945 (en la sección del Ministerio del Ejército). <<

[178] Véase Patronato Central para la Rendición de Penas por el Trabajo, *La obra de la redención de penas*, Madrid, 1942. <<

[179] *BOE*, 2 de marzo de 1943. <<

[180] *BOE*, 25 de noviembre de 1944. <<

[181] *BOE*, 7 de abril de 1964. <<

[182] *BOE*, 12 de noviembre de 1966. <<

[1] Este supuesto viene confirmado por Corral, P., *Desertores*, Madrid, 2006.
<<

[2] Véase Alpert, M., *La guerra civil en el mar*, donde estos temas se discuten a fondo. <<

[3] Rojo, J. A. pág. 241. <<

[4] *Ibid*., pág. 245. <<

[5] Rojo, J. A., pág. 236. <<

[6] Citado por Bahamonde y Cervera, pág. 175-176. <<

[7] Cit. Rojo, J. A., pág. 226. <<

[8] Mortera, A., «Armas para España-pese a Howson», *Historia Militar*, n.º IX, enero de 2001, págs. 83-93 (esp. 91). <<

[9] Alpert, M., *La guerra civil en el mar*, págs. 211-212. <<

Document Outline

- El Ejército Popular de la República, 1936-1939
- Lista de abreviaturas
- Nota a la tercera edición
- Nota a la segunda edición
- Prefacio
- I
  - 1. El ejército de 1936
  - 2. Las fuerzas militares y paramilitares el 18 de julio de 1936
  - 3. El período miliciano: de julio a diciembre de 1936
  - 4. La militarización
- II
  - 5. Los militares profesionales del ejército republicano
  - 6. Un nuevo cuerpo de Oficiales
  - 7. Los comisarios políticos
- III
  - 8. Los comunistas
  - 9. Aspectos internacionales
  - 10. Reorganización, derrota, rendición y consecuencias
  - 11. Conclusiones generales
- Apéndices
  - Apéndice 1: El gabinete militar de Azaña
  - Apéndice 2-A: Situación de las unidades en julio de 1936
  - Apéndice 2-B: Unidades localizadas en la zona republicana
  - Apéndice 2-C: Personal en los cuarteles en julio de 1936. (DN, L1, C3)
  - Apéndice 2-D: Situación de las fuerzas paramilitares en julio de 1936
  - Apéndice 3: Batallones de Milicias en octubre de 1936 (DR, L1, C 335)
  - Apéndice 4: Batallones del Partido Nacionalista Vasco
  - Apéndice 5: Plantillas de las unidades del ejército republicano
  - Apéndice 6-A: Militares del Estado Mayor que prestaron servicios en el ejército republicano

- Apéndice 6-B: Oficiales diplomados de Estado Mayor
- Apéndice 7: Historial de la 2.ª Brigada Mixta
- Apéndice 8: Generales del Ejército español, conforme al Anuario Militar de 1936
- Apéndice 9: Plantilla de oficiales del Ejército Español en 1936
- Apéndice 10: Algunas indicaciones sobre oficiales profesionales muertos o encarcelados en la España republicana
- Apéndice 11: Escala provisional del ejército republicano en septiembre de 1938 (DR, L506)
- Apéndice 12: Escala de mandos
- Apéndice 13: Biografías de oficiales y comisarios republicanos
- Apéndice 14: Cambios en los mandos de Ejércitos
- Apéndice 15: Programa de la Escuela Militar de Barajas, DR, L968 C4

- Bibliografía
- Notas